



MEMORIAS

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO V.



MADRID.
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23.
1886.

MEMORIAS

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

MEMORIAS

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO V.



MADRID.
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23.
1886.

NECROLOGÍA

DEL EXCMO. SEÑOR

Doctor D. TOMÁS DE CORRAL Y OÑA

PRIMER MARQUÉS DE SAN GREGORIO.

¿Qué es la rapidez del vapor, ni siquiera la electricidad, contrapuesta á la velocidad con que se hace el viaje de la vida á la eternidad?

El Marqués de Molins.—*Tomo IV, pág.* 11.

Aún no habrá olvidado esta Real Academia la inusitada pompa con que recibió en su seno el día 8 de junio de 1879 al insigne Doctor en Medicina y Cirugía D. Tomás de Corral y Oña, primer Marqués de San Gregorio.

Los preparativos que se hicieron para su recepción, recuerdo que picaron un tanto la curiosidad de los que vieron á nuestra Junta administrativa separarse de los usos observados en otras recepciones.

Y á decir verdad, no faltaba motivo para ello; porque siendo proverbial la modestia con que esta Corporación se presenta en todos sus actos, en el de que se trata parecía como que le acompañaba algo de extraordinario, algo que le impulsaba á vestirse de gran gala, y llevar la solemnidad de la ceremonia á términos desconocidos por la costumbre.

Se proyectaron algunas reformas; se recorrió aquella

parte del edificio, cuyo aspecto convenía mejorar; se pintó, alfombró y decoró la escalera; se contaron cuidadosamente los asientos, á fin de que las esquelas de convite no excedieran al número de aquéllos, y finalmente, se vió que, á pesar de tan laudable celo, aún faltaban y había que improvisar, en muy escasas y contadas horas, varios objetos de ornamentación que no poseía la Academia.

Su mobiliario no se recomendaba ni por lo artístico, ni por lo abundante, ni por lo joven; sus terciopelos y damascos habían lucido ya en muchas festividades; su vajilla sólo existía en el Diccionario; se necesitaba un sitial que fuera digno del que había de ocuparlo, y faltaban otras cosas que no se podían allegar oportunamente: pero hay una Providencia para los sanos de corazón, y en el caso á que aludo, esa Providencia fué nuestro generoso Director, que, espléndido como siempre, puso á disposición del Cuerpo académico cuanto hubo menester para ostentar en el acto público el posible decoro, y salir del compromiso con no escaso lucimiento.

Porque compromiso, y no exento de apuros, fué el en que se vió la Academia en aquel solemne día. Antes que al nuevo compañero tenía que recibir á un personaje de incomparable importancia, que iba á dispensar á la Corporación, ocupando el puesto más preeminente, un honor del que jamás había gozado en los ciento sesenta y seis años que contaba de existencia. Esta egregia personalidad no era otra que la del cuarto nieto del augusto fundador de nuestro instituto: era la del joven é ilustrado Rey de España D. Alfonso XII, que había significado su deseo de presidir la ceremonia, para honrar en la persona de un leal servidor, al imponerle la medalla, la perso-

na de todos y cada uno de los demás señores académicos.

Si aun entre Príncipes produce cierta alteración y desusado movimiento la visita de un colega de estirpe Real, ¿qué no acontecerá cuando se trata de corporaciones que sólo tienen costumbre de recibir la visita de otra clase de Príncipes que, aunque muy admirados y aplaudidos, carecen, salva alguna excepción, de los atributos propios de la majestad de la realeza? Afortunadamente S. M. el Rey D. Alfonso XII no es descontentadizo ni ceremonioso: educado en la desgracia, sabe colocarse, sin afectación ni extrañeza, en las varias situaciones que ofrece la vida, y hay quien asegura haber oido de sus labios que fué muy dichoso las horas que en aquel solemne día pasó rodeado de los doctos varones, á quienes ya amaba y conocía, á los unos personalmente, y á los otros por lo ilustre de su fama, creyendo que á su contacto y á la atmósfera científica que se respira en estos salones, debe que sus discursos oficiales sean ahora, más que lo fueron antes, fáciles, correctos y castizos.

En aquel solemne día aconteció lo que acabo de indicar, y en él tomó posesión el Sr. D. Tomás de Corral de la silla *M*, que había dejado vacante el fallecimiento de nuestro inolvidable amigo y compañero, el distinguido jurisconsulto Sr. D. Francisco Cutanda, y ¡cuán breves son las humanas alegrías! Parece que fué ayer cuando felicitábamos al sabio Doctor por su merecido ingreso en la Academia madre, ¡y hoy desconsolados volvemos á encontrar vacío el sillón que ocupó y llenó con honra propia y grande aprovechamiento de nuestras áridas tareas! Aún suena en mis oídos el eco de su voz cuando con indulgente bondad contestaba las impugnaciones que los no facultativos dirigíamos á tal cual definición de pala-

bras científicas, definición inmejorable debida á su mucho saber, y ya aquella voz no la volveremos á oir, pues quedó extinguida para siempre.

Pocos hombres como el Sr. Corral habrán emprendido el camino de la vida con menos comodidades, y muy pocos también habrán llegado á su término más legítimamente honrados, mereciendo como él plácemes y aplausos de cuantos conocían su aplicación y laboriosidad, apreciaban la rectitud de sus miras y veneraban su desinterés y constante pasión de ser útil á sus semejantes.

La exposición de algunos datos de su paso por el mundo, confirmará la exactitud de estas verdades.

Nació el Sr. D. Tomás de Corral y Oña el día de Santo Tomás de Villanueva, 18 de septiembre de 1807, en el Palacio que en la villa de Leiva á la sazón poseía el señor Conde del Montijo, y al presente es propiedad de su sobrina la señora Condesa de Teva, Emperatriz que ha sido de los franceses. En el mismo Palacio nació también su hermana Doña Regina, quien, como el Sr. Corral, ha dejado descendencia.

Fueron padres de ambos D. Fernando de Corral y Doña Eustaquia de Oña, empezando el D. Tomás á conocer la desgracia desde muy temprano, pues tuvo la de perder á su señor padre en 1813, es decir, la de quedar huérfano cuando aún no había cumplido seis años de edad. Pero el distinguido académico á quien hoy conmemoramos sin duda había nacido, como vulgarmente se dice, con buena estrella, y no debía ser arrollado por el infortunio como tantos otros huérfanos desvalidos.

Adquirió con suma facilidad los conocimientos correspondientes á la primera enseñanza que pudieron proporcionarle los dómines de la villa de Leiva, y al cumplir

diez años fué llamado á Madrid (1817) por su tío materno D. Víctor de Oña, que desempeñaba la Contaduría de la Casa y Estados del señor Duque de Frías.

Ya una vez en Madrid, y conquistadas con su genial viveza y natural donaire la voluntad y protección de su tío Oña, emprendió esa lucha con lo desconocido á la que frecuentemente se entregan los caracteres enérgicos, y en la que siempre vencen los alentados de corazón y los espíritus superiores.

Se dedicó á estudios de mayor importancia que lo habían sido los frecuentados en la villa de Leiva, y lo hizo con tanto ardor, que en breve tiempo trabó estrecha amistad con los clásicos griegos y latinos, analizó y saboreó los primores de ambas literaturas, y cursó dos años de Derecho; cuyo estudio interrumpió y después dejó, á consecuencia de haber sido trasladada la Facultad de Derecho á la Universidad complutense.

Entonces fué (1824) cuando se decidió á cursar la Medicina, y perseverante en su propósito, siguió su estudio y lo coronó, llegando al doctorado con las notas más brillantes que pueden obtenerse en carrera que está reputada por una de las más arduas, complejas y de mayor responsabilidad en su ejercicio.

En el año de 1832 era ya Ayudante profesor, por oposición, en la escuela de Medicina, y un poco más adelante, también por oposición, ganó una cátedra de la Facultad en el antiguo Colegio de San Carlos, cuyos notabilísimos ejercicios causaron tan favorable impresión en el ánimo de sus jueces y auditorio, que puede asegurarse fueron el principal cimiento de la fama que en grado ascendente le ha seguido en su juventud, en su vejez, y parece que ha de recordar su memoria, perpetuando

su vida aún más allá del sepulcro en que hoy reposa.

Fué, pues, en 1832 cuando principió á levantarse el astro amigo del Sr. Corral, astro de brillo constante y sereno, durante el medio siglo que ha tardado en recorrer su camino, á partir de su oriente, hasta hundirse en el ocaso. Desde dicho año datan las recompensas, distinguidos honores, justas satisfacciones y alegrías que obtuvo y gozó el novel Catedrático, merecido fruto de tantas vigilias, aplicación y sacrificios que hizo de todo género por descifrar los enigmas, poseer los arcanos y penetrar en las profundidades de la ciencia. Además de Ayudante profesor, y después Catedrático, fué también Bibliotecario de la Facultad, cuyo departamento ordenó y procuró enriquecer en la medida de sus fuerzas, siendo igualmente por este tiempo elegido individuo de número de la Real Academia de Medicina, y elevado á su presidencia por la misma reiteradas veces en distintas épocas.

Y aquí hemos llegado á uno de los periodos de la vida del Sr. Corral, que sin ser tan brillante y ruidoso como lo fueron algunos otros suyos posteriores, es sin embargo uno de los que más le honran y hasta digno de envidia, por reflejarse en él algo de aquella dulce felicidad que las sagradas escrituras atribuyen á los primitivos Patriarcas.

Elegida por su corazón una tierna compañera, que ha labrado su ventura desde los albores de la juventud hasta recoger su último aliento: explicando desde la cátedra con la seguridad y reposo que prestan el profundo conocimiento y magistral dominio de la materia que se explica; amado, casi idolatrado, por sus numerosos discípulos: creciendo de día en día su popularidad, y solicitado el auxilio de su práctica lo mismo de las humildes encin-

tas que se hospedaban en sótanos y guardillas, que por las ilustres damas que habitaban en suntuosos palacios; triunfando en todas partes con su destreza, su portentosa habilidad de los casos más arduos y complicados de la especialidad científica que tan acertadamente cultivaba, es indudable que tal reunión de satisfacciones produciría en el célebre tocólogo un bienestar moral del que sólo disfrutan los hombres sinceramente modestos, que ven colmadas sus aspiraciones y sienten tranquila y alegre la conciencia.

Lo jovial de su excelente carácter, sin degenerar nunca en familiar; sus distinguidos modales; el delicado tacto que empleaba en su trato social, y la fe y pleno convencimiento que inspiraba su saber, le pusieron en posesión de una clientela tan numerosa, que á ser el Sr. Corral avariento, le habría enriquecido materialmente; pero ya se ha dicho que con la misma asiduidad y cariño asistía y socorría á los pobres más desdichados, que prestaba sus servicios á los próceres más favorecidos por la fortuna.

Ocurrió por entonces un suceso desgraciado, que, sin la menor intervención directa ni indirecta del Dr. Corral, fué, no obstante, origen de su futuro engrandecimiento.

S. M. la Reina Doña Isabel II se hallaba, como dice la moderna cultura, *en estado interesante*. Llegada que fué la hora del regio alumbramiento, sea porque en la Real Cámara hacía bastantes años que no habían ocurrido esta clase de pavorosos accidentes, ó sea porque como se dijo (no sé si con verdad) el facultativo manipulante hubo de perder la serenidad en el acto que le era más necesario conservarla, es lo cierto que S. M. la Reina dió á luz un robusto Príncipe de Asturias, pero muerto, cuya desgracia, según de público se dijo, hizo prorrumpir al señor ge-

neral Narváez, Presidente entonces del Consejo de Ministros, en la siguiente frase: «Está visto que de aquí en adelante los Gobiernos de España tendrán también que aprender á partear.»

No se sabe si por espontánea referencia de las Damas de S. M., á quienes había asistido D. Tomás de Corral, con éxito feliz en casos análogos, ó por cual otro conducto, se enteró S. M. la Reina, cuando más adelante volvió á encontrarse con síntomas de nuevo alumbramiento, de la notable aptitud del Catedrático de la clínica de obstetricia en la Facultad de Madrid, para practicar lo que elocuentemente explicaba á sus discípulos en la cátedra; pero conocida es la sorpresa con que recibió el digno Profesor, hallándose explicando en aquélla la lección del día, un recado por el que se le rogaba que con urgencia se presentara en la Real Cámara, para asistir como facultativo á la Reina Doña Isabel.

Esto acontecía el 20 de diciembre de 1851. El Dr. Corral suspendió la explicación, y se dirigió sin pérdida de momento al Real Palacio. Asistió á S. M. con su reconocida pericia, y en el mismo día la augusta parturiente dió á luz con toda felicidad una Princesa de Asturias, á S. A. R. Doña María Isabel Francisca de Asís, hoy Infanta viuda del señor Conde de Girgenti, y modelo de altas Damas por su privilegiado entendimiento, notoria caridad y severa práctica de todas las virtudes.

Tan complacida quedó S. M. la Reina de los cuidados que con ella empleó el Sr. Corral y Oña, que significó su voluntad de que en cuantos hijos se sirviese el cielo enviarle la asistiera el docto Profesor de la clínica de obstetricia de Madrid, y así se realizó en efecto; pudiendo el actual Rey de España y sus augustas hermanas afirmar

con absoluta exactitud, que la primera mano amiga que tocaron al pasar los umbrales de la vida, fué la mano inteligente y leal del que se apellidó después Marqués de San Gregorio.

Las mutuas y repetidas muestras de simpatía que prodigaron las Reales personas á Corral, y de respetuoso afecto de Corral á las Reales personas, establecieron entre todos unas relaciones tan cordialmente cariñosas, que los Príncipes miraban y trataban al Dr. Corral con la delicada benevolencia que pudieran mirar y tratar á un individuo de la Real familia, mientras que el Dr. Corral cuidaba y contemplaba á los Príncipes con un interés, un esmero, un amor como si fueran sus propios hijos. Y estos lazos tan íntimos, formados en tiempos de grandeza, fortuna y esplendor de la Corona, fueron aún más estrechos cuando llegó para la misma la hora de la desgracia. En seis años de voluntaria expatriación, con abandono de todos sus intereses, demostró Corral á su infortunada Reina y Real familia su noble gratitud y leal constancia, y que aquellos lazos formados en la prosperidad, en hombres de su carácter, sólo podían ser rotos por la mano de la muerte.

Sin abandonar todavía los tiempos que precedieron en más de quince años á la revolución de septiembre, debo hacer mención, si bien ligeramente, de las mercedes con que fué honrado y los cargos públicos que desempeñó el Sr. Corral, indicándolos por orden cronológico.

En 1852, después del nacimiento de la señora Infanta Doña Isabel Francisca, le condecoró S. M. con la Gran cruz de Isabel la Católica.—En 1853, y lo cito entre los honores que alcanzó el Sr. Corral, por ser uno de los menos vulgares que se obtienen en la vida, nuestro altísimo

poeta D. Ventura de la Vega le dedicó una deliciosa epístola en fáciles esdrújulos, en la que revela, además de las propias condiciones del carácter del autor, la suma estimación en que tenía éste al Sr. Corral como hombre y como facultativo. (Véase el Apéndice núm. 1.)—En 1855 recibió el nombramiento de Rector de la Universidad Central, en la que dejó tan gratos recuerdos (habiéndole desempeñado por espacio de ocho años), que mereció que el primer Cuerpo docente de España lo eligiera reiteradamente para que llevara su representación en la Alta Cámara legislativa.—En 1857, merced de título del Reino con la denominación de Marqués de San Gregorio, Vizconde de Oña.—En 1858, sucedió á su maestro y compañero D. Juan Francisco Sánchez, como primer médico de Cámara.—En 1859, S. M. ornó el pecho del ilustre Marqués con la Gran cruz de Carlos III, y al volver á España lucía además las grandes cruces extranjeras de San Miguel de Baviera y Cristo de Portugal. Perteneció simultáneamente á los Reales Consejos de Instrucción pública y Sanidad del reino, llegando á ejercer la Vicepresidencia de este último distinguido Cuerpo consultivo.

Y en verdad que antes de que le veamos partir para la emigración, debo dejar consignado un hecho, no de gran interés, pero sí curioso, porque da alguna idea de las opiniones políticas del Dr. Corral, y de la especie de predestinación á ser médico de Príncipes con que lo consideraba un individuo de su familia.

Tenía D. Tomás de Corral, cuando apenas mediada la primera guerra civil, un primo en las filas carlistas, llamado D. Simón T. de Corral. Era éste comandante del batallón de Guías de Alava, que daba la guardia á Don Carlos, el cual primo le escribió una brevísima carta en

la que textualmente le decía: «Tomás: el Tío (aludiendo á D. Carlos) me trata con distinción; vente y serás su médico.» A lo que contestó nuestro D. Tomás con el propio laconismo: «Simón: Muchas gracias; no puedo complacerte; soy miliciano nacional.»

Años adelante, cuando el Marqués de San Gregorio fué nombrado primer médico de Cámara de S. M. la Reina, le decía el mismo pariente, ya entregado á más pacíficas tareas: «Estabas destinado á ser médico de altísimas personas; hoy veo con gusto hermanados mis deseos y tus opiniones.»

No se distinguió, ciertamente, por lo exagerado de ellas el Sr. Corral: más hombre de ciencia médica que de ciencia política, profesaba ideas templadas equidistantes de todo extremo: respetuoso y tolerante con los que proclamaban otras, no se empeñó jamás en controversias para convencer ni ser convencido, porque ya lo estaba de que tan grato resultado no se conseguía nunca entre los más hábiles y fecundos polemistas. Filósofo de los que poseen abundante jugo en el corazón, trataba á toda clase de personas con exquisita cortesía y suma benevolencia: á todos por igual prestaba los auxilios de su profesión; favoreció cuanto pudo á los menesterosos, y no creo aventurar nada asegurando que el Marqués de San Gregorio fué de los pocos hombres que en el mundo recorren sendas muy largas, sin tropezar en ellas con un solo enemigo.

Por eso á mis ojos tiene tan relevante mérito su voluntaria emigración á tierra extraña. El Sr. Corral era universalmente querido en Madrid: la revolución no se había hecho por él: nadie le perseguía, ni había por qué; y aunque su numerosa clientela remuneraba sus servi-

cios dignamente, permitiéndole vivir con decorosa abundancia, el Sr. Corral era el único apoyo de una extensa familia, y no poseía, á pesar de su elevada posición, lo que entre nosotros se llama una fortuna; se hallaba en camino de encontrarla permaneciendo en Madrid; pero ante el repentino cúmulo de desgracias que abrumó en 1868, á la familia Real: al ver á los Reyes, sus bienhechores, descender del trono, y tristes, silenciosos y resignados, buscar asilo en suelo extranjero, el Sr. Corral no vaciló un instante en cumplir con el deber de todo súbdito leal que abriga un corazón noble, honrado y agradecido, y sin cuidarse de más, siguió á sus Reyes al destierro.

Desde Pau á París, á varios pueblos de la costa de Normandía, á Munich, á Suiza, y vuelta á París, siguió á los Augustos proscriptos, tomando parte en sus gravísimas penas y marchitas alegrías.

Sirvió, sin embargo, al Sr. Corral de supremo lenitivo en sus tristezas: primero, la dulce compañía de su esposa, la de sus lindas hijas solteras, la de su hijo Marcelo, Benjamín de la familia, y en algunas temporadas la de su hijo primogénito señor Vizconde de Oña; y segundo, que con grata sorpresa observó que no obstante hallarse fuera de su patria, no lo parecía; pues encontró en el profesorado de los lugares por donde transitó, conocidos, más que conocidos, amigos que habían examinado sus obras científicas, y que consideraban y distinguían á su autor con el aprecio y cariño que se considera y distingue á un antiguo compañero que vuelve á su país después de larga ausencia.

Y como el Sr. Corral era uno de esos hombres que suben de concepto á medida que se los trata, resultó que, á

poco de residir en París, ya concurría á conferencias y consultas médicas, invitado por sus comprofesores de la Sorbonne, del Hotel de Dieu, Lariboissiere y de otros notables establecimientos donde se estudia, enseña, cura y asiste á la humanidad doliente; con cuyo ejercicio fué ensanchando el círculo de sus relaciones, y empezaron, como le había sucedido en España, á ser solicitados sus servicios facultativos por considerable número de enfermos.

Tan cierto es que la poesía, las ciencias, las Bellas artes, y sobre todo el talento, tienen el mundo por patria, que si el Dr. Corral hubiera permanecido más tiempo en París, habría encontrado mayor clientela que la que había dejado en España, y por consiguiente, mayores medios de subsistencia; pero llamado que fué el Príncipe de Asturias por previa y espontánea abdicación de su Augusta Madre, á ocupar el trono de sus mayores, el señor Marqués de San Gregorio, como diligente guardián de la salud del joven Monarca, á cuya persona ha profesado siempre una adhesión sin límites, volvió á establecerse en España y se vió honrado seguidamente con el alto puesto de Jefe de la Facultad de Medicina y Cirugía de la Real Cámara de D. Alfonso XII.

Pasaba ya de los trece lustros la edad del señor Marqués, edad en la que se van insinuando la debilidad del humano organismo, la necesidad de sustituir con mayor reposo los afanes de la vida activa, y la de entrar de lleno en el goce tranquilo de las comodidades conquistadas en la edad viril; pero nuestro querido amigo parece que estaba destinado á representar el movimiento continuo, porque, en vez de consagrarse al descanso, emprendió á deshora una serie de fatigas á que no estaba acostumbra-

do, y se expuso á peligros materiales que sólo se arrostran, y hasta con cierto abandono, cuando se posee una organización dotada de la fuerza y entusiasmo que generalmente acompañan á la juventud.

Nueva demostración de que el Sr. Corral no tenía jamás para nada en cuenta sus conveniencias personales, aun cuando se tratara del cumplimiento exagerado de sus deberes.

S. M. el Rey, con el plausible deseo de enterarse por sí del estado de la guerra del Norte, y acelerar en lo posible la terminación de sus estragos, acordó ponerse al frente del ejército, en el que hizo gloriosamente sus pruebas de soldado. Y allí fué en pos del Monarca el casi septuagenario Marqués, batiendo los ijares de un caballo por montes y valles, sin perder un instante de vista la persona de su Rey, á la que parecía como que deseaba envolver en su cariñosa mirada para ponerla á cubierto de las balas enemigas.

La Divina Providencia tuvo á bien, en las dos campañas que hicieron (1875 y 1876), librar á uno y otro de los graves riesgos y azares á que se expusieron, y ambos volvieron felizmente á la corte, habiendo ganado el señor Marqués de San Gregorio, y añadido á sus condecoraciones, la Gran cruz del Mérito Militar con distintivo blanco, y además la medalla de Alfonso XII, que se concedió al ejército en su última campaña.

El postrer honor que alcanzó el Sr. Dr. Corral en este mundo, fué el otorgado por la Real Academia Española, eligiéndole individuo de su número; honor que, aunque muy grande, y uno de los que más lisonjeaban y satisfacían al que lo obtuvo, no parece excesivo atendidos sus extraordinarios merecimientos, y la avanzada edad en

que tomó posesión de la silla que, desgraciadamente, sólo ha podido ocupar durante unos tres años.

En ellos ha sido para los señores Académicos más que un buen compañero un amantísimo hermano. Apenas cualquiera dolencia les molestaba, aparecía Corral espontáneamente al lado del lecho del enfermo, y allí pasaba largas horas prodigando el consuelo de sus consejos y su ciencia. Así lo practicó muy especialmente en la rapidísima enfermedad que arrebató á las letras y al cariño de sus amigos, al inolvidable Selgas, á quien no abandonó hasta después de haber recogido la muerte sus despojos.

Como prueba de su actividad intelectual y laboriosidad académica, debo dejar también consignado que de las 140 juntas que celebró esta Corporación en el tiempo que perteneció á ella el señor Marqués de San Gregorio, asistió á 123, es decir, á todas menos 17 á pesar de la enfermedad de once meses, que concluyó por separarlo para siempre de entre nosotros.

Y aquí sería oportuno, para terminar este mal perjeñado bosquejo de la vida y muerte de un hombre digno por muchos conceptos de general estimación, decir algo de las obras científicas y literarias que dió á la estampa en el curso de su larga, laboriosa y bien aprovechada existencia; pero como ya las conoce esta Real Academia, y se enumeraron en la contestación que á nombre de la misma se dió al discurso de recepción del Sr. Corral, parecería redundancia que debe evitarse, sobre todo en escritos que, como el presente, se limitan á rendir un modesto tributo de cariñosa amistad á la buena memoria de un compañero ilustre, y no á trazar punto por punto la historia de sus hechos y dichos en los setenta y cinco años

que duró su peregrinación por la tierra. Diré, sin embargo, que á las obras enumeradas hay que añadir un filosófico y elocuente discurso leído en la sesión literaria que celebró el 4 de junio de 1881 la Real Academia de Medicina en honor de D. Pedro Calderón de la Barca, bello discurso, de exquisito sabor literario, y la postrera de sus producciones en la que el Sr. Corral hizo con singular erudición y maestría «La exposición textual psicológica de algunos afectos tratados por Calderón.»

No brillan sus obras por la cantidad; pero sí y mucho por la calidad, habiendo merecido que algunas de las observaciones contenidas en su «*Año clínico de obstetricia, y enfermedades de mujeres y de niños*,» las hayan publicado, comentado y juzgado ventajosamente sabios profesores de los «*Archivos de la Medicina Belga*,» y otros no menos notables de París; y si sus graves y continuas ocupaciones no se lo hubieran impedido, habría dado cima á su monumental obra «*Historia de la Filosofía Médica*,» de la cual como gallarda muestra nos ha dejado la introducción, que forma un tomo de los seis que debían comprender y encerrar todo el tesoro de su saber y larga práctica.

Decía yo al Sr. Corral en el día de su ingreso en esta Corporación: «Deseo vivamente á mi antiguo amigo toda »la salud, toda la longevidad que habrá menester para »llevar á feliz término su obra favorita.»

¡Desgraciadamente para su familia, sus amigos y la ciencia, no se han cumplido mis deseos! Aquella naturaleza sana, fuerte y vigorosa, se fué lentamente debilitando y al cabo se rindió á una enfermedad, que puede decirse, ha sido la primera y la última que realmente ha conocido. Un catarro á la vejiga le atormentó por espa-

cio de once meses, cuyo padecimiento soportó con una paciencia ajena á la viveza de su carácter, y una resignación tan grande, como grandes eran y profundamente arraigadas en él sus creencias religiosas.

En junio del año anterior se agravó en términos, que el paciente creyó llegada su última hora, y á pesar del dictamen facultativo, pidió con insistencia y hubo de administrársele la Extremaunción. Recibióla con cristiana entereza, y admiró á los afligidos circunstantes la humilde tranquilidad con que se preparaba á salir de este mundo transitorio.

Todos sus hijos le rodeaban: todos lloraban procurando ocultar sus lágrimas: á los pies de su lecho estaban la virtuosa Marquesa, que no se había separado del enfermo un solo instante, y su primo político el Sr. Dr. D. Gabriel de Alarcón. Saliendo de sus meditaciones pidió á su hijo D. Marcelo, que era con el que mejor se entendía y con el que hizo sus dos salidas á campaña, le leyera algunos párrafos del testamento de Alfonso de Cuenca, conocido también por Alonso Chirino de Guadalajara, párrafos dignos del más severo asceta, dechado admirable de filosofía cristiana, y que en el estado extremo que el paciente se encontraba, podía considerarse como la final despedida que éste daba á los deseos, dones, esperanzas y pompas terrenales, para comparecer ante el Sumo Hacedor limpio y libre de toda impureza, de todo pensamiento material.

Pero aquella lámpara que parecía iba de un momento á otro á extinguirse, volvió de nuevo á brillar. Merced á los atentos y cariñosos cuidados de su médico de cabecera Dr. San Martín, y de sus compañeros y amigos los doctores Alonso Rubio, Alarcón, Castelo, Camisón y Santero, experimentó tan notable mejoría, que muchos creimos

vencida su dolencia. Pudo dejar el lecho, salió en carruaje algún día, y en el del último alumbramiento de S. M. la Reina fué á visitarla, si bien hubo que subirle sentado en un sillón por las escaleras de Palacio.

Finalmente, aprovechó aquella benéfica mejoría para expresar á esta Academia su cariño y gratitud, haciéndole donación de una obra portentosa cuyo valor debe considerarse como superior á todo encarecimiento. «El autógrafo de la tragi-comedia del *Bastardo Mudarra*, del gran Lope de Vega, Fénix de los Ingenios.» Ofreció igualmente remitir una mascarilla del Padre Feijóo, tan luego como le fuera posible comprobar su autenticidad. (La comunicación que sobre estos particulares dirigió el señor Marqués á la Academia, y la parte del acta en que se dió cuenta á la misma de la donación, aparecen en el Apéndice núm. 2.)

El sensible fallecimiento de su hijo político Sr. Villaurrutia, ocurrido en aquellos días, debió impresionarle tanto, que volvió á recaer, sin que ya fuera posible á los doctos profesores que le asistían, rehacer aquella organización quebrantada por tan largo padecimiento.

Desde su lecho de muerte y sumido en extrema debilidad, ha gozado, sin embargo, del inefable placer de contemplar reunida á toda su honradísima familia. Allí estaban para recoger su último aliento y cerrar piadosamente sus ojos, su esposa, sus hijos, sus hijos políticos los señores de Uhagón y de Silvela, D. Luis, con quien ha consultado todo lo concerniente á sus postreras disposiciones; sus nietos, primos y sobrinos, de quienes se despidió con voz balbuciente y desfallecida, rogándoles que no se afligieran por él..... *que no estaba ya* AQUÍ..... *sino* ALLÍ.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció Don

Tomás de Corral y Oña, Marqués de San Gregorio, al dejar el mundo para siempre á las tres de la mañana del día 14 de diciembre de 1882.

El Senado, los cuerpos científicos han dado elocuentes muestras del profundo sentimiento que les ha causado la pérdida de tan distinguido español, y recientemente la Sociedad Ginecológica española ha consagrado en el paraninfo de la Universidad central una solemne sesión para ensalzar la memoria del Sr. Corral, su querido é inolvidable Presidente de honor.

Debo concluir, señores, este humilde tributo con una reflexión, que por ser triste, la considero muy adecuada al estado de nuestro espíritu en estos momentos.

He observado que en ninguna parte se nota lo fugaz que es la vida, como en esta Academia. En los años que tengo el señalado honor de pertenecer á ella, y no soy de los más antiguos, he pasado por el dolor de ver desaparecer á treinta y ocho de sus individuos; es decir, la totalidad y dos individuos más del número á que asciende el cuerpo académico.

Aún me parece que los veo: aún me parece que oigo su voz discutiendo sentados en torno de esta mesa y derramando raudales de elocuencia y sabiduría. Martínez de la Rosa, D. Angel Saavedra, Pidal, Bretón, Vega, Gil y Zárate, Pacheco, Pastor Díaz, Alcalá Galiano, González Brabo, Aparisi y Guijarro, P. Escosura, Olózaga, Olivan, Segovia, Catalina, Ochoa, Guendulain, Ríos Rosas, Hartzenbusch, Ayala, Selgas, San Gregorio..... hasta completar el número de treinta y seis, todos eran ayer ornamento, delicia y gloria de la patria; hoy ya no son más que un recuerdo vago de lo que fueron: mañana..... ¡quién sabe lo que serán!

Por eso el espíritu de los que hemos sobrevivido á tanto estrago, debe abismarse en hondas meditaciones,

. . . .
«contemplando
¡cómo se pasa la vida!
¡cómo se viene la muerte
tan callando!»

¡Que Dios haya concedido á las almas de todos el eterno descanso, y mire con igual misericordia las de los que más ó menos pronto hemos de seguir á nuestros amigos y compañeros!

He dicho.

MADRID 19 de enero de 1883.

T. RODRÍGUEZ RUBÍ.

APÉNDICE NÚM. 1.

Á MI AMIGO

EL

Excmo. Sr. D. TOMÁS DE CORRAL.

No pienses que esta epístola,
Corral Excelentísimo,
Va dirigida al célebre
De Hipócrates discípulo.
Por más que yo, sin brújula,
Bogue en estrecho círculo,
Sin que tus sabios récipes
Den al bajel más ímpetu:
No tanto aflije el ánimo
De este doliente mísero
El ver la ausencia *crónica*
De su Doctor científico,
Como las dulces pláticas
Del amigo carísimo
No oir, ni en grato diálogo
Darnos placer recíproco.
Lo que es en cuanto al médico,
Si de mi casa el címbalo
Tocase, y dentro viéralo
Fuera con él brevísimo.
Solamente dijérale
Que ante el poder febrífugo
De las plateadas píldoras
Que introduje en mi físico,
Y gracias á la pócima

Con que *Simón* el químico
Purgó mi región ínfima
De materiales rígidos;
Y á la virtud benéfica
De aquel sabroso líquido
Producto del cuadrúpedo
Que con *Balán* fué explícito;
Ya mis repuestas vísceras,
Merced á estos antídotos,
Con su morboso cómplice
Han roto el fiero vínculo.
Y dócil ya mi estómago
Digiere el néctar índico,
Que en espumante jícara
¡Es de mi gula el ídolo!
Si bien no tan benévolo
Suele mostrarse el pícaro
Cuando la carne sólida,
(Aunque de tierno vítulo)
Envuelta en jugos gástricos
Baja al duodeno crítico,
Y toca por sus trámites
En la región del hígado.
Ya allí más climatérico
Se presenta el capítulo;
Que el abdomen atónico
Se eleva timpanítico.
La digestión, por último,
Cuesta trabajos ímprobos;
Mas se hace; y presto el órgano
Vuelve á su estado prístino.
En estos días plácidos
En que venciendo el frígido
Rigor, el numen Délfico
Mostró su rostro vívido;
Salí, según sus órdenes,
En alquilón vehículo,

Del ambiente atmosférico
Á aspirar el oxígeno.
Mas ni aun con ese método
Place al Dios soporífero
Que de noche mis párpados
Cierre sueño pacífico.
  Esto al Doctor dijérale;
Mas no podré decírselo;
Que de mi hogar doméstico
Tocar no quiere el címbalo.
Tú, pues que de ese prófugo
Amigo eres tan íntimo,
Según es fama pública,
Corral amabilísimo;
Tú de mi parte búscale,
Y díle que mi espíritu
Se apoca melancólico
Si no entona mi físico.
Que un régimen dietético
Me imponga, y yo solícito,
Más que el *Corán* los árabes,
Guardaré sus artículos.
Díle que si algún mérito
Halla en mis versos líricos,
Y de escritor dramático
Me otorga el alto título;
Torne á este cuerpo lánguido
Vigor que mi estro rítmico
Encienda; y de mi cítara
Verá que al son dulcísimo
Canto su nombre célebre,
Que es ya de salud símbolo;
Y acaso al suyo uniéndole
Suba mi nombre altísimo.

Marzo de 1853.

VENTURA VEGA.

APÉNDICE NÚM. 2.

Excmo. Señor:

Al felicitarme mi antiguo y muy querido amigo el Excelentísimo Sr. D. José de Olózaga por la elección que la bondad de la Real Academia Española había hecho en mi favor para individuo de su número, me regaló la tragi-comedia-autógrafa de *El Bastardo Mudarra*, de Lope de Vega, procedente de la librería de su ilustre hermano D. Salustiano. Y como yo he creído siempre que documentos de esta importancia están mejor custodiados y conservados en las Bibliotecas y Archivos de las altas Corporaciones del Estado, que en las casas particulares, sujetos á las vicisitudes necesarias en la vida de las familias, pensé desde luego en ofrecer el precioso autógrafo del gran poeta dramático á esta Real Academia. En su virtud, hago donación absoluta y ruego á la Real Academia se digne aceptarla, no por consideración al donante, inmerecida siempre, sino para honrar una vez más la gratísima memoria del *Fénix de los Ingenios*.

Tengo también en mi poder, hace ya cerca de cuarenta años, la mascarilla del Padre Feijóo encerrada en una urna, cuya portada dorada y de no mal gusto, tiene en su base esta leyenda en letras plateadas sobre fondo rojo:

Religionis Cultor
Veritatis Amator
F. Benedictus Feijóo.

Y en la orla, en letras doradas sobre fondo negro, se lee:

Natus Die 8.° *octobris Ann* 1676
Obiit Die 26 *septemb Ann* 1764.

Tenía también pensado ofrecer á la Real Academia este recuerdo histórico que me entregó el Padre Hilario Lainz y Lanz, monje be-

nedictino, que ha fallecido hace poco siendo Deán de la Santa Iglesia Metropolitana de Valladolid; pero afortunadamente me honraron con su visita tres individuos de la Academia, y uno de estos dignos é ilustrados compañeros me insinuó la idea del grado de autenticidad que podría tener este recuerdo del sabio benedictino, y esto fué bastante para suspender el envío á la Real Academia, hasta averiguar, como lo espero, si es la mascarilla original, como lo parece por la forma y las líneas de la portada de la urna, que corresponde al gusto artístico de la época del fallecimiento del autor del *Teatro crítico*.

La dignidad de la Academia no consiente autenticidad dudosa en objetos históricos de este género.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid 4 de octubre de 1882.

MARQUÉS DE SAN GREGORIO.

En el acta de la Junta de la Academia celebrada en 5 de octubre de 1882, en la cual se dió cuenta de la comunicación anterior, se lee lo siguiente:

«De nuestro compañero el Excmo. Sr. Marqués de San Gregorio. »(La Academia quedó enterada de una comunicación de.....) rogando »á la Academia que se sirva aceptar el borrador que le envía de la »tragi-comedia *El Bastardo Mudarra*, escrito y firmado por su au»tor el Fénix de los Ingenios, y ofreciendo remitirle también una »mascarilla de Feijóo si, como espera, logra comprobar su auten»ticidad.

»La Academia acordó que el Sr. Director tuviese la bondad de vi»sitar al Sr. Marqués de San Gregorio y le diera cordialísimas gra»cias por su inestimable fineza, en nombre de la Corporación.»

D. ANTONIO FERRER DEL RÍO.

Cumplo, aunque demasiado tarde en verdad, la promesa que hice de escribir para nuestra Academia el artículo necrológico referente á mi buen amigo el Excmo. Sr. Don Antonio Ferrer del Río, trabajo á que me obligué, creyendo que no me sería difícil adquirir noticias acerca del finado, de las cuales unas han llegado á mí lentas y tardías, y otras ni tardías siquiera, no he podido alcanzarlas. Corriendo sin parar el tiempo, y según me dejan ver mis achaques, para mí harto presuroso, trato de recoger en estas breves páginas lo poco que sé de la persona, extendiéndome algo más acerca de las obras de Ferrer del Río, dejando á más diligente ó feliz investigador trazar la historia del hombre, que no es tan importante, para la Academia en particular, como la del literato. En este último concepto he conocido yo mejor á Ferrer que en el otro: semejanza de posición, igualdad de aprendizaje y ejercicio y de ciertos gustos ó inclinaciones, hubieron de crear entre ambos franca y duradera amistad; desemejanza de otras y otros impidieron la intimidad del trato, que deja saber ó no permite ignorar la vida interior del amigo.

Fué D. Antonio Ferrer del Río natural de Madrid, habiendo nacido á 12 de junio de 1814, de padres en mo-

desta posición, que se ocupaban en el comercio. Quien haya conocido, sobre todo en sus últimos años, á Ferrer, quien recuerde su más que mediana corpulencia, se persuadirá con dificultad de que nació y principió á criarse con débiles facultades físicas, que traían desasosegado á su padre, por lo cual, consultando á un médico sobre lo que debería hacer para que el niño adquiriese la robustez necesaria, no muy común por cierto en los que somos hijos de esta coronada villa, dijo al padre (quizá más como hombre de humor que de ciencia) que lo que necesitaba el chico para fortificarse sólo era comer bien y mucho, consejo que practicó el padre con feliz resultado, y que siguió constantemente el hijo mientras le duró la vida. Fueron sus estudios, no de carrera facultativa completa, latin, griego, matemáticas, francés, italiano y taquigrafía, arte que algún tiempo tuvo no poca importancia, por ser contados los que aparecían sobresalientes en ella y necesitarse más para dar cuenta de las sesiones de nuestros estamentos, donde principió á trabajar Ferrer en el año 1836, distinguiéndose desde luego en las redacciones de periódicos por taquígrafo excelente, fácil é infatigable redactor para ellos. Hizo diversas traducciones del francés que le dieron fama, en términos de no poder satisfacer por sí todos los encargos que se le traían, y tener que valerse de algún auxiliar poco diestro, que le sirvió nada bien en la traducción de la *Historia universal de César Cantú.*

Residió algún tiempo en la Habana, escribiendo artículos de diarios, que firmaba con el nombre de *El Madrileño;* volvió á España, y en 1846 dió á luz un volúmen en 8.° marquilla, con el título de *Galería de la literatura española*, colección de biografías en que entraban,

á la ligera referidas, las de principales literatos de España, casi todos entonces vivientes.

Con respeto y amor están escritas las de los Sres. Don Manuel José Quintana, Duque de Rivas, D. Antonio Gil y Zárate, D. Patricio de la Escosura y D. Joaquín Francisco Pacheco; también con amor y con respeto las de D. Alberto Lista, D. Juan Nicasio Gallego y D. Francisco Javier de Burgos; con poco respeto y menos amor la de D. Francisco Martínez de la Rosa. Defendió noble y justamente al insigne D. Manuel Bretón de los Herreros, á quien habían dado en la manía de estimar en poco escritores que valían harto menos que él, y eran muchos y escribían de continuo; fué duro en demasía con D. José Mariano de Larra y algún tanto con D. José Zorrilla y D. Antonio García Gutiérrez; muy cariñoso con D. Tomás Rodríguez Rubí y con el que hoy le paga mal en este pobre artículo, cuya insignificancia, sin embargo, le quita peligro.

Échanse en aquella como revista menos los nombres de D. Félix José Reinoso, D. Serafín Estébanez Calderón, D. Juan Arolas, D. Pedro de Madrazo, D. Manuel Fernández y González, D. Antonio Ribot y otros, al paso que el de D. Juan Pérez Calvo aparece, poco merecidamente, incluído. Por el contrario, hubiera sido de desear que no se hubiera acordado Ferrer de la Sra. Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, á quien trató desabridamente, como también al que fué después dignísimo Secretario de nuestra Academia, D. Antonio María Segovia. El juicio que hace de D. Bartolomé José Gallardo es, aunque despiadado, más disculpable. *La galería de la literatura española*, primer libro que publicó Ferrer, poco meditado, y escrito en poquísimo tiempo, no anunciaba la solidez y

buen tino que había de distinguir á otras producciones suyas, una de las cuales vió la luz á los cuatro años.

En efecto, en el de 1850, imprimió el libro intitulado *Decadencia de España: historia del levantamiento de Castilla.* Aquí ya es otro el escritor, y aun otro parece también el hombre. Con fecha de 2 de marzo del mismo año 1850, había la Academia Española abierto certamen sobre el turbulento reinado del Rey D. Pedro, y Ferrer, en su *Historia de las comunidades de Castilla en los años* 1520 *y* 21, se muestra digno aspirante al premio que obtuvo después unánime de nosotros. Desde luego da buena idea del escritor, que para un libro poco voluminoso eligió aquel período histórico, breve, pero lleno de incidentes varios, en que figuran personajes diferentísimos de fisonomía y de carácter, que dan á la narración el más vivo interes. Quizá descubre nuestro compañero alguna animosidad contra Carlos V, á quien ordinaria mente llama *Carlos de Gante*, el cual hace en su libro papel desairado. Mas por entonces no era Carlos el insigne guerrero que fué después, ni era español, ni quería á los españoles, pérfidamente informado de los flamencos que, no dejándole conocerlos, le impedían estimarlos, que sólo querían gobernar á España para esquilmar el país y humillar á sus moradores. Pinta Ferrer admirablemente al Cardenal Cisneros, al Almirante, al Obispo de Zamora, á Juan de Padilla y á su valerosa consorte.

La historia bien estudiada y desenvuelta, los hechos muy claros, las causas bien expuestas y hábilmente probadas, los juicios generalmente atinados é imparciales, el tono grave, correspondiente á la materia, el artículo propio, autorizado, maduro: propenso el autor á la censura, no desaprovecha ocasión cuando se le presenta de

volver por el concepto del censurado. Es, por ejemplo, de notar, el valor que da al rasgo de clemencia del Obispo D. Fray Antonio de Guevara en favor de los comuneros, por quienes implora la piedad del Monarca, habiéndolos escarnecido él mismo antes, en la época de la lucha. Superiormente bosquejadas se ven la catástrofe de Villalar, la del Obispo de Zamora, las tentativas últimas de resistencia de Doña María Pacheco. Entre figuras de menor tamaño se distingue mucho la del Alcalde Ronquillo, cuya muerte describe como historiador bien informado y sesudo, no como, embozando el nombre y el caso, la contó, convertida en novela, D. Cristóbal Lozano en su *David perseguido*, de donde tomé yo, exagerando repugnantemente las circunstancias de la muerte del Obispo Acuña, el asunto para unos versos, que por fortuna no han sido muy leídos, y por justicia eso merecen.

El lenguaje de Ferrer en esta obra, enérgico y dudoso como en todas las suyas, aventaja mucho al de la *Galería*, si bien en cuanto á la corrección aun deja algo que desear, sobre todo en el uso del pronombre *él* en el dativo *les*, que usa no rara vez como acusativo. Aunque no hubiese Ferrer escrito más obra que esta, su nombre no hubiera pasado á la posteridad oscuro; pero aun cuenta otras que le deben transmitir ilustre. Entre la publicación de las dos que llevo apuntadas, entre 1846 y 1850, á principios de 1847, Ferrer, nada aficionado á sujetarse á servir empleos del Estado, pero obedeciendo á las exigencias de un respetable anciano, próximo á ser su suegro, solicitó, y en 25 de febrero de dicho año obtuvo, el nombramiento de Oficial de Dirección de segunda clase en el Ministerio de Comercio, Instrucción y Obras públicas. Puesto ya en carrera, fué nombrado sucesivamente

Oficial de la clase de primeros en la propia Dirección á 1.° de marzo de 1850, encargándosele la Biblioteca del Ministerio recién fundada; Censor de teatros en 19 de diciembre de 1857; Oficial de la clase de terceros del Ministerio de la Gobernación, en 7 de octubre de 1864, en 18 de julio de 1865 quedó cesante. En 8 de noviembre de 1867 nuestra Academia le eligió, por fallecimiento de D. Eusebio María del Valle, Bibliotecario interino; perpetuo en 6 de diciembre posterior. En 18 de octubre de 1868 cesó su cesantía de cargo público, ascendiendo á Oficial de la clase de segundos en el Ministerio de la Gobernación, y á poco, en 1.° de diciembre del mismo año, á Oficial de la clase de primeros. Por último, á 18 de junio de 1871, fué honrado con la Dirección general de Instrucción pública, último de sus empleos. Dadas estas noticias por adelantado, y volviendo atrás, conviene decir que obtenido el primer nombramiento de Ferrer, debido al hoy dignísimo Director de nuestra Academia, celebró Ferrer esponsales con la virtuosa y agraciada señorita Doña Amalia Díaz Bermudo, natural de Méjico, la cual, al primer parto, á poco más de los nueve meses de matrimonio, falleció con su hijo; pérdida que contribuyó en gran manera á cambiar el carácter de Ferrer de grave en adusto, de serio en sombrío. En esta disposición de ánimo, propia para la reflexión, propensa necesariamente á la melancolía, trabajó su tercera obra histórica, su segunda dijera mejor, porque la *Galería* pertenece más á la crítica: las biografías insertas allí comprenden pocos datos históricos. En 31 de octubre de 1851 recibió la secretaría de la Academia Española el manuscrito intitulado *Examen histórico-crítico del reinado de D. Pedro de Castilla*, manuscrito que parte de vosotros, señores, juz-

gásteis y coronásteis aquí; manuscrito impreso por la Academia después, y que seguramente los demás de vosotros conoceréis en estampa. Conocéis, pues, la obra de más brío, de más alcance, de más empuje de nuestro D. Antonio Ferrer. El examen pedido por la Academia le salió al autor tan bien ó mejor que la Academia hubiera podido solicitarlo: el premio que ella concedió fué el simple reconocimiento de haber hallado lo mismo precisamente que su anhelo buscaba. Admirable tino en la investigación, admirable integridad en el fallo, valentísima expresión en la frase, son las prendas que avaloran este brillante escrito. Duele, es verdad, la rigurosa sentencia que fulmina Ferrer contra el desventurado D. Pedro; pero quien había sido riguroso, quizá de más, con el gran Carlos V, no podía ser indulgente con el matador de la inocentísima Doña Blanca, gloria de luto de los Borbones. Parte Ferrer, en su examen crítico, admitiendo como indisputable verdad la crónica de Pedro López de Ayala, y lo cierto es que, pudiéndose dudar de ella, no cabe rebatirla.

La defensa de D. Pedro podrá ser honrosa, pero es imposible. Parte había tenido en la imposibilidad de su justificación la desgracia; de seguro ha tenido mucha la habilidad de sus enemigos: pero solas sospechas no establecen probanza. Cierto que algo significa la tendencia popular no interrumpida á considerar á *Pedro el Cruel* como *valiente* y *justiciero*; pero tomada su historia en las manos, el espíritu se aflige, se horroriza, se harta de ver sangre, y cuando llega el fin del tremendo reinado respira el lector, y á trueque de ver lejos de sí al Monarca sanguinario, bien que legítimo, admite al bastardo, menos sanguinario que él cuando no le dan guerra, más

generoso cuando la generosidad le conviene, quizá no menos disoluto, pero que siquiera veneraba con interrupciones la virtud de su esposa. No han quedado á la ciencia humana datos para juzgar imparcialmente al fratricida Enrique, como al fratricida Pedro; pero la Divina Ciencia, que (según algunos han dicho) no permitió morir de muerte natural al vencedor en Montiel, parece prevenir en contra de lo que han escrito y lo que han callado cómplices sagaces, partidarios interesadísimos, veraces á medias. El premio dado por la Academia á Ferrer al juzgar su *Examen crítico del reinado de Pedro el Único*, es de los que más honran á esta ilustre Corporación y al que lo recibe. Ella le recibió por él en su seno á los dos años, no cabales (1).

Dos obras había publicado Ferrer de carácter histórico, y en ambas aparecían mal parados los Reyes: debía Ferrer una reparación al trono, y cumplidísima se la dió en la *Historia del reinado de Carlos III en España* (Madrid, 1856: cuatro tomos en 4.° español). Ya pensaba en ella cuando escribió la *de las Comunidades*; y habiéndose ocupado desde entonces en juntar materiales, para lo cual hubo de residir muchos meses en Simancas, principió á escribir de asiento el primer tomo de ella en el Real sitio del Pardo á fines del año 1851, dándole allí habitación el Rey consorte D. Francisco de Asís, y una pensión decente mientras la escribiera. Después de haber recorrido breve y dolorosamente la desastrada época de D. Pedro, la desastrosa de las Comunidades, no podía elegir Ferrer coyuntura mejor para complacerse en la relación de prosperidades y alegrías de España, turbadas apenas

(1) Tomó posesión de su plaza Ferrer el día 29 de mayo de 1853.

una y otra vez en el razonable período de casi treinta años. A los de violencias y desorden habían de suceder bonancibles días de sosiego en España, y tras la guerra de sucesión, que agitó los principios del siglo último, habían de venir la paz de Fernando VI, el arreglo, las mejoras, el crecimiento rápido de saber y de haber del memorable reinado de Carlos III: feliz elección de asunto, no libre tampoco de dificultades. ¿Dónde no las hay para el que se propone decir la verdad desnuda? No la tenía para Ferrer descubrir ingenuamente alguna que otra falta del buen Monarca, desquitada con millares de aciertos; pero hubo, entre sus disposiciones, una que ha dado lugar, y le dará por mucho tiempo, á muy contrarias calificaciones: el extrañamiento de los Padres de la Compañía de Jesús. Divulgada la obra de Ferrer, fué en este punto largamente impugnada por un grave religioso, que hizo muy bien en salir á la defensa de los suyos, y de cuyas razones juzgará con acierto la posteridad, si llegan á constar por escrito algún día todos y cada uno de los motivos que tuvo Carlos III para aquel riguroso destierro, motivos que dijo se reservaba en su real ánimo: yo, que tengo por hombre de rectitud y religiosidad al Rey que dictó la sentencia y que profesó debido amor y veneración á los que fueron mis maestros y en quienes nunca ví sino mucha ciencia y eminente virtud, abandono el hecho á la suerte del tiempo *(ai posteri l'ardua sentenza)*, y digo con nuestro difunto compañero D. José Joaquín de Mora al fin de la tragedia que tradujo del francés, intitulada *Nino segundo*; digo, pues, de Carlos III, por ahora:

> Que pues quiso morir con su secreto,
> su secreto con él baje á la tumba.

Hay que oir al uno y á los otros para fallar en justicia.

Á los expulsos ya los hemos oído; al expulsador no; debe, pues, continuar suspenso el litigio..... que quizá nunca se podrá resolver con la claridad suficiente.

Requería el *Examen crítico del reinado de D. Pedro* el ornato de la retórica, las galas de la elocuencia, la expresión de los afectos vehementes. La relación de los sucesos ocurridos mientras Carlos III ocupó el trono de España pedía tranquilidad y reposo, y esas cualidades luce la obra de nuestro compañero: no es pintoresca, sino sencilla; no vehemente, sino templada: se exponen en ella, sin buscarles colorido, los hechos; se consignan sin amplificarlos; se dice lo que fué, no se trata de decirlo brillantemente; el brillo de la verdad les basta, sin prolijos pulimentos del arte; la historia de los días de paz es como el día sereno, cuyo suave deleite, por su misma suavidad, apenas se percibe y poco se aprecia.

¡Bien venturados días de paz, sólo sabe lo que valéis el que os echa menos! Aquel Rey, que podía salir á caza todos los días, porque el buen orden de sus ministerios le permitía despachar en poco tiempo los negocios más graves y dedicar á su ejercicio varonil y sano las horas que hubiera quizá malgastado en prestar oídos á la adulación, á la maledicencia y al chisme palaciegos; aquel Monarca, no acaso de gran ingenio, pero inclinado al bien y ocupado siempre en hacerle; religioso sin superstición, ilustrado sin ciego amor de sistema, franco, sincero, amante de su familia y de sus servidores (de su familia tal vez demasiado), atinadísimo en elegir, constante en sostener á los que elegía, hizo de España un reino á semejanza suya, un conjunto grande de hombres de bien, desvelados en buscar lo mejor, y así maravillosamente nos lo pinta Ferrer del Río; como la materia histórica, es

puntualmente la historia. Él nos hace amar al protagonista de ella, á quien tal vez embellecen algo los mismos lunares que se le señalan, y al quitar los ojos del libro y ponerlos en los monumentos que nos dejó, al considerar que en lo moderno casi todo lo grande y lo bello de nuestro país es de entonces, ó viene de entonces, ó recibió cuidados amorosos y culto entonces, no pueden menos de arrasarse de llanto los ojos, y suspiramos con amargura diciendo: ¡Venturosos nuestros padres que vivieron entonces! ¿Por qué no hemos sabido prolongar, perpetuar ó entretener siquiera los tiempos de entonces? Ilustraron el reinado del buen Carlos III muchos españoles, ministros, generales, prelados, artistas, sabios, literatos y aun algunos poetas: no era poeta el Rey; de ahí arriba lo fué todo. *Regis ad exemplum totus componitur orbis.*

He reseñado... no, he apuntado solamente las principales obras de Ferrer del Río; quedan omitidas muchas, de propósito algunas; irremediablemente otras, por que no sé donde buscarlas. Escribió durante muchos años Ferrer en periódicos ó para ellos: busca es esta á que no me siento inclinado; materia en la cual por lo mismo nunca tuve ni pretendí voto. No deberé, sin embargo, olvidar que dirigió el periódico de amena literatura intitulado *El Laberinto*, publicación ilustrada, en la cual incluyó gran número de biografías de la época de Carlos III, y aun de tiempos más próximos á los nuestros; no merecen tampoco ser olvidados sus dos dramas originales y en verso *La senda de espinas* y *Francisco Pizarro*. En uno y en otro hay alguna buena situación y muchos versos de buen poeta. Lo fué también Ferrer del Río; satisfactoriamente lo prueban las dos obras dramáticas de que acabo de dar cuenta, una epístola en terce-

tos titulada *El Anónimo* y un *Compendio de la Historia de España*, extendido en octavas reales, de que tenía escrita la mayor parte cuando le sobrevino la muerte. Le cogió ésta en los baños del Molar á 22 de agosto de 1872, siendo Director general de Instrucción pública, cargo en que hizo no pocos favores á sus amigos y alguno también á nuestra Academia, donde era, como ya se ha dicho, Bibliotecario desde el año 1867.

Pertenece D. Antonio Ferrer del Río al ilustre número de académicos que han venido á serlo principalmente por obras escritas para la Academia, y por ella premiadas, como los Sres. D. Antonio Arnao y D. Luis Fernández-Guerra, mérito al cual añadió Ferrer, como el D. Antonio y el D. Luis citados, celosa, perseverante asistencia. De joven fué nuestro Ferrer, sin pecar de inquieto, muy amigo de algunos que no lo eran poco; de hombre, siempre juicioso y grave, sencillo, veraz, poco elocuente, amigo leal, ciudadano pacífico, constantemente laborioso y fácil expendedor de lo que su laboriosidad le agenciaba, por lo cual vivió siempre en los confines de la pobreza. Viudo en edad robusta, no quiso volverse á casar; pero ejerció muchos años los oficios de padre excelente con un niño falto de apoyo á quien crió, educó y dió carrera, movido sólo de su condición generosa, que en el tiempo en que fué censor de teatros le impelía á favorecer á los autores cuanto el rigor del cargo lo toleraba, mostrándose á veces más benévolo que extrictamente reglamentario, á pesar de su carácter, más formal que apacible.

De cuerpo fué alto, grueso, moreno, redondo de cara, buenos ojos, fisonomía y voz varonil, cabello negro, que ya le blanqueaba algo y faltaba en gran parte; despacioso para todo lo que no era escribir, lento en el paso. Entre

sus historiadores notables debe contar España á Ferrer, por su diligencia en reunir datos, su tino en juzgarlos, su fácil manera de referirlos: claro y noble su estilo, deja ver alguna vez afectación y amaneramiento; en el lenguaje se desearía en alguna ocasión más esmero y pureza: defectillos de poca monta, fáciles de notar, cuando no es tan fácil, por la gran muchedumbre, señalar los trozos admirables de su *Decadencia de España* y de su *Examen crítico del reinado de Pedro de Castilla.* Preciso es confesar que después de Quintana, después de Navarrete y antes de Alcalá Galiano, debe la Academia Española fijar á Ferrer el puesto entre sus individuos historiadores; puesto honroso sin duda. Para la *Biblioteca selecta de Autores clásicos españoles*, publicación de nuestra Academia, escribió Ferrer una preciosa *Introducción á La Araucana*, sobre la vida del autor y sobre el poema, edición que se imprimió en el año 1866. Al fin de la obra insertó Ferrer unas importantes ilustraciones, en número de nueve. Aún vale más, en mi concepto, el escrito que leyó á la Academia (titulado *Introducción* también) sobre la vida de Fr. José de Sigüenza y su *Historia de la Orden de San Jerónimo*; más corto es, aunque muy bien hecho, el que había de servir de Introducción á la edición nueva del *Tratado de la Magdalena* por el P. Fr. Pedro Malon de Chaide. Este opúsculo y el anterior, como sabe la Academia, permanecen inéditos. Para ella escribió asimismo Ferrer los tres discursos de contestación á los de entrada de los Sres. Rubí, García Gutiérrez y Núñez Arenas, que con el suyo sobre la *Oratoria sagrada española en el siglo* XVIII, con las tres introducciones antes mencionadas y con el estudio acerca del reinado de D. Pedro, componen ocho obras destinadas á nuestra Academia: no es,

pues, D. Antonio Ferrer de los que menos ofrendas la han hecho. Falleció á los cincuenta y siete años, edad en que aún podían esperarse de él obras que aventajasen á las ya publicadas.

Algún tiempo antes habíamos notado que Ferrer, mi amigo, como en años anteriores D. Antonio Gil y Zárate, mi bienhechor, se nos dormía en nuestras sesiones; y uno y otro, no mucho después, tras el sueño aquí, durmieron para siempre.

Alguna noche me siento acometido también de modorra, y cuento once años más que Ferrer del Río: ruego á la Academia que otorgue á estas páginas la benevolencia que se debe á los que parecen estar vecinos al sueño perdurable.

Ávila, 3 de agosto de 1874.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

COMUNICACIÓN

DIRIGIDA EN ACCIÓN DE GRACIAS

Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

por su individuo correspondiente en Venezuela

EL SR. D. JULIO CALCAÑO [1].

EXCMO. SR.:

Tengo á honra y dicha contestar al atento oficio, fechado en Madrid á 17 de marzo último, en que V. E. se digna comunicarme que, á propuesta de los Excmos. Sres. Don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, D. Tomás Rodríguez Rubí y D. Pedro Antonio de Alarcón, la Real Academia Española tuvo á bien nombrarme, en Junta celebrada la noche del día 16, y mediante votación secreta, individuo de la Corporación en la clase de Correspondiente extranjero.

Si el sentimiento de la gratitud fuese suficiente título para justificar la honra inmerecida que tan espontáneamente me hace el primer Cuerpo literario de España, ninguno más meritorio que yo, porque ninguno más rendido y obligado por tan alta merced; empero reflexionando

(1) Publícase en estas MEMORIAS de orden y por acuerdo de la Academia.

en el elevado objeto de la Real Academia Española, convencido de mi insuficiencia y escasa valía, y abrumado por una distinción que hubiera sido temerario pretender en quien se confiesa sin títulos para obtenerla, tengo que atribuir esta mi inesperada fortuna, no á galardón de supuesta importancia, sino á beneficio con que Dios ha querido premiar mi humildad, y la Real Academia Española infundirme aliento y perseverancia en el estudio de las letras humanas.

Acaso también la ilustre Corporación que tan sabiamente ha instituído las Academias correspondientes en la América española, con el fin laudable de trabajar por mantener de este lado de los mares la pureza del habla de Castilla, ha comprendido que tiene en mí un soldado más, si obscuro, decidido á combatir por la conservación del esplendor de las letras castellanas; y con la seguridad de que tan alta gracia me serviría de estímulo, no ha vacilado en agregarme al preclaro Cuerpo que ha tenido en su seno hombres de fama universal como Jovellanos y Meléndez Valdés, Martínez de la Rosa y Hartzenbusch, y que hoy cuenta con sabios esclarecidos, poetas insignes y oradores eminentes, que constituyen la pléyade que ilumina el cielo de la literatura española.

Yo me inclino con profundo respeto, Excmo. Sr.; y en la honda conmoción que experimento, duélome sólo de no saber cómo manifestar mi gratitud por la benevolencia suma de la Real Academia Española.

Gran estudio, Excmo. Sr., el de las lenguas, intérpretes del pensamiento en el seno de las sociedades humanas. No es un arte: es una ciencia transcendental; y opino que, así como la geología y demás especulativas que con ésta se conexionan, determinan las edades y las revoluciones

del globo, demostrándonos matemáticamente que la ley del progreso es universal; el estudio de la lingüística podrá un día aclarar puntos obscuros de la historia de las naciones, determinando las revoluciones sociales y políticas, las irrupciones de los pueblos, los cambios de la civilización, la marcha, en suma, que ha venido siguiendo la humanidad desde su origen primitivo; ya que si es evidente que el lenguaje sufre las modificaciones de las costumbres y del carácter de los pueblos, sea por efecto de prolongada sujeción á una potencia extranjera, sea por el trato comercial ó por relaciones intelectuales, no lo es menos que en su fondo se manifiesta siempre una esencia gramatical que, si no es una como alma suya, puede considerarse como el elemento de su organización.

El descubrimiento del sanscrito ha hecho que los doctos establezcan que todos los idiomas europeos tienen su origen en aquella lengua de la India, cuyas raíces, monosílabos, se encuentran en todos ellos. Dado este punto de partida, no será difícil que, cuando se conozcan con perfección todas las lenguas de América, de Asia y de África, se llegue á sentar con claridad que la familia humana no tuvo á los principios más que una sola lengua y un solo tronco, según lo que nos enseñan las tradiciones bíblicas, corroboradas siempre por los estudios científicos, como para darnos testimonio de la divinidad de su origen.

El lenguaje castellano, con sus elementos fenicio ó egipcio, hebreo, céltico, árabe, godo, vascuence, griego y latino, reforzado con vocablos alemanes, franceses, ingleses é italianos, nos demuestra las vicisitudes experimentadas en largos siglos por esa gran nación, sus de-

rrotas, sus grandes victorias, su creciente progreso, y la virilidad con que se constituyó al fin y fué asombro del mundo por su inmenso poderío, su impetuosa intrepidez y sus glorias militares y literarias.

Así como esta lengua cambia los casos por el artículo, reforma las conjugaciones, crea auxiliares, transforma la pronunciación, toma aspiraciones, trueca letras, forma vocablos nuevos con raíces viejas, adquiere aquí un término y allí otro, y se constituye en la más adelantada de todas cuantas pertenecen á la familia neo-latina, como que es la que tiene reglas más fijas y sencillas de ortografía y de prosodia, mayor variedad, sonidos más puros, verdadera cadencia métrica, y nervio y majestad que tienen del carácter altivo de una nación guerrera; así es como se forman todas las lenguas en el comercio del mundo; pero es también así como se vician y perecen, por las intrusiones de elementos bárbaros, como decayó y pereció el latín mismo, que ya en el Bajo Imperio, ni obedecía freno, ni reconocía reglas, viniendo á ser, al fin, una como sustentación intelectual de las personas doctas. Acaso, aun para los humanistas más sabios, ha quedado perdida la verdadera pronunciación del latín, y, por tanto, uno de los caracteres más notables de una lengua.

Para salvar de ruina semejante al idioma castellano y conservarle su pureza en medio de la invasión de la literatura francesa, establecieron los hablistas españoles en 1713 la Real Academia de la Lengua, insigne Corporación que ha contribuído poderosamente al adelantamiento y depuración del lenguaje, con la publicación de la *Gramática*, el *Diccionario*, el *Tratado de Ortografía*, las *Memorias* y otros trabajos concienzudos.

Ardua era la lucha bajo un régimen político que im-

posibilitaba la controversia en los distintos ramos del saber humano, y de consiguiente el desarrollo de la lengua, Felipe V, francés de nación, contribuía naturalmente á que se imitase la literatura francesa, tan funesta en aquel tiempo para España, como lo había ya sido para los principales centros literarios del resto de Europa, y como lo será siempre, por las condiciones especialísimas de su carácter generalmente reflector.

Era un contrasentido que la literatura francesa, que había encontrado en la española *Le Cid*, *L'Amour á la Mode*, *Le Menteur*, *Le Diable Boiteux*, *Guzman d'Alfarache*, *Le Princesse d'Elide*, *Galatée* y *Gil Blas*, viniese á darle la ley á España; y así, los hombres insignes y patriotas, que componían el gran núcleo literario de Madrid, hubieron de alcanzar al fin la anhelada victoria, con el apoyo de estadistas esclarecidos como Aranda, Campomanes y Floridablanca.

Á partir de esta época se ha ido efectuando en nuestras letras una verdadera revolución, más fructuosa y de mayor transcendencia que la efectuada en el siglo XVI, porque el movimiento actual, favorecido por los acontecimientos políticos, que tanta importancia tienen para el desarrollo de los pueblos, ha dado alas á la inspiración poética, ensanchado los conocimientos científicos y literarios, y creado campos nuevos en que la prosa adquiere variedad, soltura y gracia, sin perder, no obstante, de sus antiguas singularísimas cualidades castellanas de vigor, grandeza y majestad.

Pertenece á la Real Academia Española gran parte de gloria en esta continuada batalla, como centro perspicuo del habla castellana; pero resérvale aún el destino más señalados triunfos en los campos de la América española,

donde el contagio pernicioso ocasionado por los idiomas extranjeros, á causa de las peculiaridades de su situación social, vicia aún el lenguaje de escritores notables y amenaza propagarse en algunos centros con perjuicio de nuestra hermosa lengua y desdoro del lustre y de la gloria de España, pobladora y civilizadora de este extenso continente.

Numerosos vocablos indígenas, como *cancha*, *canoa*, *carate*, *mangle*, han sido ya admitidos en el *Diccionario de la Lengua;* pero quedan innumerables que pueden ser aceptados, como *tanela*, *atol*, *tamal;* y á más, existen voces de uso corriente en la Península que en América tienen diverso significado, como el vocablo germanesco *coime*, que entre nosotros no tiene el de *garitero*, sino únicamente el de apuntador en el juego de billar: otros, como *quincalla*, que lo tiene más extenso que el que se le da en España; modismos peculiares, como *cambado*, *maneto*, *panela*, *combado;* y, por último, términos que deben ser condenados por impropios ó bárbaros, como *añublado*, por *oscuro*, *perrerreque*, *relleva*, *zurdeto* y *oltamal*, y muchos más que rayan en peregrinos.

Únense á las voces viciosas ó exóticas de ese género multitud de anglicismos y galicismos que pretenden pasar plaza de corrientes, como *saibó* por *aparador*, *remarcable* por *notable*, *emocionar* por *conmover;* y como si ello no fuese suficiente, frases completamente extrañas, como *golpes de bastón* y *tirar la espada*, que son idiotismos inaceptables; construcciones absurdas, como *en este momento somos impuesto*, que leo en un periódico centroamericano; y en suma, abusos de lenguaje cuya enumeración en este oficio sería fastidiosa é inoportuna, bien que de cierto conducen á establecer que la Real Academia

Española no debe partir mano en la tarea patriótica, con tanta sabiduría emprendida, de fundar Academias correspondientes en las repúblicas americanas, en algunas de las cuales, como en el litoral de las del Centro, se habla con generalidad el inglés y se enseña el francés en las escuelas y colegios, acrecentándose así el riesgo, ya de suyo grave, por la heterogeneidad de las razas que pueblan estos países, y su alejamiento comercial é intelectual de la madre patria.

Bien sabe el que esto escribe que, así como no es posible la formación de una lengua perfecta y universal (porque, á más de las causas ya indicadas que concurren al desarrollo del lenguaje, éste tiene que corresponder al genio propio de la nación, determinado por el clima, los usos, las costumbres y las instituciones políticas, particularidades que lo hacen áspero y desapacible en los países del Norte, y vivo, flexible y sonoro en las regiones meridionales), temerario sería pretender que los numerosos pueblos americanos, sometidos á influencias diversas, llegasen á hablar el idioma de la madre patria con la misma pureza, formando completa una agrupación social; pero á lo menos se obtendría que, como en las distintas provincias de España, se conservase libre de corrupción en las clases inteligentes é ilustradas; y avigoran esta aserción Venezuela y Colombia, donde, por su mayor proximidad y relaciones más frecuentes con España, se habla y escribe el castellano acaso con más perfección que en las demás repúblicas de la América hispana.

Venezuela tiene hombres de letras entre quienes puede la Real Academia Española escoger los individuos que completen el número señalado para constituir la Academia correspondiente de esta República; y entre ellos los

hay muy meritorios, cuya nómina y circunstancias literarias omito, porque la insigne Corporación española, que estudia el movimiento intelectual del mundo, sabe quiénes dan fama y lustre de este lado de los mares, y del otro, á las letras castellanas.

La organización de la Academia venezolana, que juzgo en camino de verificarse, contribuirá, sin duda, y no muy tarde, á que se establezca entre España y Venezuela un convenio que proteja los derechos de los autores, y que tan útil sería para ambas naciones; como hacedero es hoy, que gobierna á Venezuela el distinguido estadista en quien apoyamos nuestros destinos, y á España un joven monarca llamado á grande suerte por sus claras virtudes.

Á la realización de los laudables propósitos de la Real Academia Española contribuirá con sus débiles fuerzas el humilde autor de este desaliñado escrito, siquiera sea para que desde los primeros instantes vea ella cuán conmovido y lleno de gratitud deja mi corazón, á poder de su benevolencia y generosidad.

No sólo acepto rendidamente, Excmo. Sr., la honra que se me hace, sino que ruego con encarecimiento á V. E. se digne significar á la Real Academia, á todos y á cada uno de los individuos que la componen, al par que mi profundo respeto y mi entera adhesión, la sorpresa agradable, la gratitud vehemente y la humildad con que he recibido tan honrosa como inesperada merced, que, para mayor realce, si cupiera, fué apadrinada por tres grandes celebridades del mundo literario, como los excelentísimos Sres. Fernández-Guerra y Orbe, Rodríguez Rubí y Alarcón; y me es comunicado, por fortuna mía, en un autógrafo valioso.

Antes de terminar, cúmpleme acusar á V. E. recibo de los ejemplares de los Estatutos y Reglamento de la Real Academia, á que el atento oficio de V. E. se refiere; y no del diploma perteneciente al expresado cargo, por no haber llegado aún á mis manos.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Caracas 16 de abril de 1882.

Julio Calcaño.

CARTA EN BABLE

DIRIGIDA AL EXCMO. SR. PRESIDENTE

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POR

D. APOLINAR RATO DE ARGÜELLES.

EXCMO. SR. PRESIDENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

EXCMO. SEÑOR:

Confiado solamente en la benevolencia que palpita en los ánimos que se han cultivado con el ejercicio de la sabiduría, me honro en dirigir á V. E. el adjunto escrito, bien persuadido de que, no una producción literaria, sino una sencilla exposición de bable, es todo el mérito que en él se puede encontrar.

No me ha guiado en este trabajo otro deseo que el de ser útil á la lengua patria, siquiera sea con el hecho pasajero de consignar en prosa el estilo y la frase con que todavía hablan, y con que en tiempos pasados escribían los naturales del Principado de Asturias; y como hay testimonios de que su antigüedad se remonta á los primitivos tiempos de la reconquista, con prelación al romance castellano que fué origen, me animó la idea de comunicar esa forma al vocabulario que tenía pensado, porque con

este solo no se hacía tan fácil la comprensión de esta lengua, aplicable para la inteligencia de los fueros, de las leyes y de multitud de instrumentos cartularios en que los sabios, y muy particularmente los jueces, encuentran entorpecimiento, y si fuera bastante el escrito á prestar ayuda para subsanar esas faltas, el tiempo no sería perdido.

No como crítica, que á tanto no alcanza mi empeño, sino como prueba de la utilidad del bable, tenido vulgarmente por antigualla y calificado las más veces como gallego, en la porfía poco meditada de rebajar su respetabilidad, me he permitido llamar la superior atención de V. E. acerca de la utilidad positiva que puede prestar, siempre que se trata de vocablos y modismos que el transcurso de los tiempos y la sucesión de las cosas han borrado de la memoria de los hombres, como se encuentra de manifiesto en las notas puestas al *Quijote* por muchos eruditos, que por no poseer el bable, cometieron, en agravio de Cervantes, involuntarios errores que reclaman corrección de la autoridad de V. E., pudiendo asentarse que estas pruebas presentarán también buen servicio para la historia, y para fijar de una manera más positiva el origen de nuestra lengua, sobre el que se emitieron opiniones en que abunda más la buena fe y el criterio absoluto de cada escritor que no el estudio de los hechos positivos, que nunca dejan lugar á controversia.

También el escrito iba encaminado, aunque con menos intención, á presentar á la consideración de V. E. voces expresivas y muy galanas que conserva en fiel guarda el asturiano, y que V. E., con su poder, tal vez haría una buena obra insertándolas en el Diccionario y sacándolas del aislamiento en que se encuentran y del peligro en que

están de quedar relegadas al olvido, como la lengua de que forman parte.

Si esa ilustre Academia—por respetos á la gloria que es debida á las edades que pasaron—se digna prestar su atención á este insignificante escrito, como complemento del mismo pudiera agregarse un vocabulario que poseo de todos los nombres de los pueblos, lugares, aldeas y barrios que contienen los aledaños de cada Concejo de aquel antiguo Principado, hoy, con algunas mermas, provincia de Oviedo.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 8 de Mayo de 1884.

APOLINAR RATO DE ARGÜELLES.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Madrid 30 de Mayo de 1884.

SR. D. APOLINAR RATO Y HEVIA DE ARGÜELLES.

Muy señor mío de todo mi respeto: Como Presidente accidental de la Real Academia Española, cumplo el honroso deber de dar á V. expresivas gracias por la muestra de consideración con que se ha servido favorecer á este Cuerpo literario, dirigiendo á su Director el Excmo. Sr. Conde de Cheste, ausente ahora de Madrid, una carta escrita en el dialecto asturiano que se llama comunmente *bable*. Poseído V. del más laudable y fervoroso entusiasmo por las cosas de su tierra amada, noble condición que distingue á los hijos de Pelayo, se ha dedicado á es-

tudiar atentamente, no sólo el lenguaje de las aldeas, sino muchos y variados documentos manuscritos de la Edad Media, de los cuales conserva buen número en su propia casa. De este modo ha podido aprender de la manera más perfecta el vocabulario y la gramática de esa habla singular que nos muestra viva y en uso la empleada por nuestros mayores cuando empezaron á escribir el castellano con carácter literario.

El objeto de la carta no se reduce á exponer las condiciones del lenguaje asturiano y su historia en los documentos antiguos, sino que se extiende á enumerar las excelencias de la tierra, y sus productos variados, y en describir los monumentos artísticos, las costumbres de sus habitantes, los trajes antiguos y modernos, y en una palabra cuanto puede convenir á una monografía tan corta como sucinta y agradable del rico, fértil y pintoresco país del otro lado del Pajares.

Si al anotar lo escaso de voces arábigas del bable yerra V. en incluir algunas como *argayo* y *algamar*, falta es bien leve en comparación con la luz que presta para rectificar la interpretación viciada de ciertos fueros y la ayuda inesperada que ofrece para aclarar ciertos pasajes de Cervantes.

Y tanta es la importancia de dicho escrito, á juicio de personas muy competentes, que si V. no lo diese por su cuenta á la estampa, la Academia le insertaría en el primer cuaderno de sus Memorias que saliese á luz.

Complácese en saludar á V. respetuosamente su atento y seguro servidor

Q. S. M. B.

El Marqués de Molins.

AL MUY NOBLE É SOBLIMAO SEÑOR

CONDE DE CHESTE,

PRESSIDENTE DE L' ACADEMIA DE LA LLINGÜA.

Prencipal cossa yé trauayar como fai la vuessa merced, per llimpiar, afincar, é allumar la fabla de Castia, en cuyu assũtu paez como q̃ al so x̊eniu vai l' empuntu é nõ se da repossu nin apara: é utrusi, plasma q̃ nõ se perenllene el llibru, topandu capocu motivu pá tornar só l' assũtu é allargar é espurrir é iguar l' sos escriptos, sin allugasse d' una vez. E dix̊eronme é ãsina l' oi, q̃ agora entaina per allegar cabucas, númeru creçiu de palabres, vnes escaccies, utres nueues q̃ enserta la cençia, é utres q̃ los Lletraos recoyeron gusmiãdo é apelucãdo per deyures, aq̃nde é allẽde la mar, õde falen la nostra llingua trẽta cuẽtos d' almes, en preua del poderiu d' aq̃sta nãçion, ca comu dẽguna, porq̃ Dios lo q̃ix̊o ãsina, voltió é x̊imielgó 'l mũdu é frayó é triyó la x̊ẽte per sulu la fama de fazelu. E nõ ponei assũtu al encargu ú llevalu tã d' afechu, bõa cossa paez: pos si lo igua bien agora, aforrasse ẽtamar ca pocu cõpostures: ca les obres de vª mᵈ deuen ser obres de Rey, q̃ s' aperten bien de primero, pos tiẽse per meyor facelu ãsina, q̃ nõ treueyar mas zeo cõ amestaduras, q̃ nõ dicẽ cõ la su alta prez: ca meyor tẽ-

rriasse per feleteria, q̃ dá vez pa q̃ uciossos é arteros q̃ nõ aparẽ, é sõ enclinaos á algamar glories de pássu, barrũtẽ falencies cuyu aputamiẽtu, si quier sea cossa lliuiana nõ ye palacianu. E ãsina ye q̃ l' enfotasse 'n les lletres q̃ x̃ũta la vª mᵈ pe la so manu, en concẽçia q̃ yé expuestu á trabucásse, í isti perx̃uiçiu solliviãta, mas nõ vá á la bona pró de naide. E yé de razon por esso, q̃ ila de, al q̃ cõ buen modu í traiga daq̃ q̃ preste: é porsi se escaeçió direi: q̃ Xovellanos entamó cuãtagüe fazer on Dicçionariu del Bable é recoyó illi mesmu los presseos cõ q̃ auia fazesse: q̃ vinoi á miẽtes esta volutá, porq̃ á isti x̃eniu escociai q̃ pe les guerres, les endustries é les sus argadios, les carreteres í veredes, é los furacos q̃ pa illes fix̃erõ é nos mõtes í periq̃tos, é mil utres llacéries q̃ enonde auonda la x̃ete nõ passẽ en valde: al fender i despelláse les puertes de los Eruásseos, é aurugásse i cozcodeásse Asturies i Castia, finás la llingua q̃ falaba tã amorossu, i se escaeciera, i penauai q̃ ãsi acaesçiesse, comu vá á pũtu d' acõtecer. Per õde tarreciai á issi entẽdimietu, q̃ alẽdãdo con lo vieyo sueñaua é columbraua afanossu l' alborada d' ogañu, q̃ al morrer la fabla desparesçieren los finsos q̃ idarán á les estories cuãdu se fagan, les preues de l' ascẽdẽçia de los astures, q̃ meyor q̃ en les piedres, los omes sabidores ẽcõtrarãles en la llingua, por ser sabiu, q̃ la fabla d' vn llugar ye archivu tã poderossu, q̃ nĩ el fuebu, nĩ les espades nĩ el ẽx̃uriar del tiempu desfaceran de cuayu: í la razon yé, q̃ los maleficios atáyẽse í la llingua e tã sotil q̃ cuélasse i esmuzésse diẽtro de toes les cosses. E tené cuẽta q̃ essa fabla nõ ye pelegrina: finau el llatin y llenu de foroñu, q̃ yé orden de natura morrer vn pa ñacer utru, falabenla los Reis de Asturies é Leon, é fazin sos cartes pobles, é les lletres forales, é donaçiones pa les

iglesies, comu la de Obona del añu DCCLXXX, õde dix̊ósse: *Damus vigenti vacas, et duos carros, et vuo roçino, et vna mula, et duas campanas de ferro* &.: é inda fenecin con illa q̃ relles de la so x̊ẽte é les soplicaciones de los sos Ayũtamiẽtos é quiciaes tien da q̃ de lo q̃ falaben los Astures vencios q̃ nõ yeren amigos del Romanu: e ansina por mũches razones ista fabla ye la de vª mᵈ comu lo yé l' estoria de so abax̊o: él' primera yé q̃ les cosses escomiẽcen pel prẽçipiu i si isti dessapaez, nada bono se fai q̃ todo s' atopez: é ãsina estarin mũches vozes i 'l sẽtiu d' utres q̃ falauen pe los 'iglos XI al XVI, si 'l báble nõ les tuuiesse en guarda: la segunda yé la preua fecha per Caveda q̃ nõ yé antox̊ãza, ca diz desviẽsse pocu, q̃ vna mesma yera la sauor llatina d' entrambes: q̃ si 'l castellanu recoyó tres partes de llatin i vna de moru, Asturies cuatru q̃intes del primeru é per deyures lo demáz: del moru nõ conoz sinó albáhaca, argáyo, argadiu, alcacer, algara, algamar, alfayate, almex̊ia i almires: é ista falla, yé la diferẽçia, q̃ 'l sillaviar semeyasse del todu. E dempues vien la cõvenẽçia, d' ẽtamar el estudiu i aliẽtálu, ca paezme q̃ v ªmᵈ deue catásse mũcho d' esses cosses, i afrõtar los sabios: q̃ los fueros son tovia lleyes viues i nõ finca en la onrra de la tierra, la letura de corrio, sin asseguranza de ẽtẽdélos, q̃ solu el apũtamiẽtu empez, como cossa dañible: q̃ vª mᵈ bien fai memoria, de como un sabiu recoyendo fueros dix̊o: q̃ sallar yéra salar, é várganu caña de piescar: é per ende falar, por falar de les cosses series, yé falencia adrede, q̃ nõ paga la x̊era, i la pressona q̃ se enfota en el dichu, non tien pizca de rix̊u. E pa q̃ esto nõ acaezca cõvien á mi ver, q̃ vª mᵈ cavile si deue ensertar en los sos escriptos, dalgunes cosses del bable, de q̃ ha falla el castellanu, q̃ q̃iciaes pe la enseñanza bien se adica, q̃ la

ballura nõ sea tã dañible comu el apartamiẽtu nõ seyendo nĩ apañando descompostures, q̃ dies barrũtu q̃ se fazia á mala parte, q̃ esso nõ tien porq̃. E úbulu, pa q̃ el mui ẽtẽdiu Caveda sefolgase cõ la so llingua, q̃ dix̊o semeyaua mũchu é yera melliza de la q̃ 'l Rei sábiu fabló, i ãsina mesmo Pidal, el Ome bonu i lletrau, ca ẽtrambos pruiaios q̃ se atayara el tiẽpu de dar cabu á la gramática i al diccionariu de bable, q̃ á la postre fix̊o sin gurgutar, pos los sabios pa les sus fechures nõ dan troníos, nĩ rux̊ios comu x̊iraldes de romeria, Don X̊uan X̊unquera Üergu q̃ sea en gloria, i agora cuerren con ãvos escriptos sus aluaces: i dix̊erõme q̃ el fautor q̃ix̊o q̃ los pux̊eren en lletres de molde. E bable tantu q̃ier dicir comu fabla asturiana, i en lo q̃ yo so ciertu yé, en q̃ los escriptos nõ dicẽ aõde nacego 'l vocablu ni aú vien é los ẽtendios tópeien pareçiu é dicen q̃ semeia 'l de Ingalaterra «babble,» q̃ q̃ier dicir charla, palucha ó x̊erigonza, é per ende nĩ á X̊ovellanos, nĩ á Caveda nõ ios prestó, q̃ apañando 'l dichu, paez q̃ se acalomnia i abaldona vna llingua fallada pa seruiçiu d' Omes bonos é fidalgos, q̃ cuẽtẽ entre sos güelos á celtas, iberos, fenicios, romanos i godos, é sin pizca de moros: é q̃ yé cossa mui atrauessada echai la cuẽta de los años, é nõ yé razon q̃ fincãdo la llingua, comu de susso dix̊e, en tã bones manes venga x̊ẽte dessaforada é nos la tire, más témome q̃ se acorriessen é q̃ nõ adicarin, ca estos átales, q̃ darin esperx̊uraos. E salvu isti, llámẽla comu q̃ix̊er; la fabla yé tiẽrra gayaspera, gassayossa, ñidia i bona pa ẽq̃illotrar passiq̃in, ú galãtear d' amores, fazer coples, falagar, echar rõq̃s, cõtar cuites, é presta ãsina mesmu pa rellatar los rux̊ios de les batalles, q̃ auonda en sonios q̃ al salir pe la boca, la x̊ete despíelos sin veyures, de modu q̃ á la postre los

gueyos nĩ l' oidu nõ tien porq̃ paecer, é q̃içiaes la bõa apostura de rostru de les pobladores de les Asturies d' Uvieu, déuẽla en bona parte á la messura de la llingua. E q̃ mũchu yé llatin yé sabíu, comu ya dixe denãtes de passada, q̃ el bable yé eredamiẽtu d' esta llingua, é q̃içiaes del estilu pa fálala, é comu el moru nõ añeró 'n aq̃lles mõtañes, nõ dexó rastru delgun, i q̃ nõ se fai mẽbrãza de per ú vinieron utres palabres, é mui prẽcipalmẽte les de los conceyos, llugares i poles q̃ cierren l' alfoz: q̃ essos nomes yá los tenin denãtes q̃ Alifonsu X diérayos la so carta é se fõdassen: é Xixia dizse q̃ el romanu topóla fecha, é mianiq̃s q̃ si se escaeçió lo q̃ de susso diximos, nõ se fizo lo mesmu cõ los barrũtos de los omes q̃ les falarõ, i ai preues de les comarq̃s aõde morauen les trius é de los nomes q̃ tenin. E per Brañaleurel, O' uria é Andines, per õde cuerre 'l Porçia, q̃den traces de lo q̃ per illi ẽtamaron los Fenicios pa allegar estañu, pa 'l q̃estayarõ pa vna ocassion, diez milles de aceña ó de regatu, é cõ el agua ãsina recoida, llauauen las tierres. E de Navia so abaxo de Luarca susso arriua, furaron los mõtes escuayaron los periq̃tos, rompedu los valles pa topar é arrebañar el oru, i isto fazin, porq̃ el ome yé vn solu, é antañu é orgañu, cavila arreu sin vagar pe la folgancia, é asina cavila per ẽllucir la llamuerga de q̃ foi fechu: é los romanos q̃ atal fixerõ, nõ trabayauen illos, si nõ la xete q̃ deyures captiuauen, é los captiuos auin de ser de llueñe de la tierra. E la de los Astures del riu Astura, ẽde 'l Cantabrieu al Dueru ó finsando en los Eruásseos, poblarõla misturaos Celtas, Iberos, Ligures é Siloros; q̃ escriptos de Himilton, Plinio é Estravon dixeron, tenin poq̃s cibdades comu agora, poca ceuera i apertura de compãgu, pocu amor á les llacuaes, castañes en vez de

pan, q̃ ẽtouia nõ auia maiz nin patates, é el miu no yera auondo, mantega en vez de aceite, sidre per vinu, mareantes aguerrios, piescauen ballenes é pex̊e del q̃ recueyen ballura é na salmoria de les mariñes pa su mãtenimiẽtu, é estruyãdulu, fazen sain pa allumar los candiles: é dalgun dix̊o, q̃ enos uarcos de cueru fux̊eron pe la mar, é poblaron al mundu nueu: é solu dieron la cerviz al romanu, dempues de solmenalu comu ciuera, é opuxérõse á los godos, é prestoyos pocu el emburrion q̃ ios dieron á los moros pa echálos de los sos llares, si bien foi grande 'l torniscon, é réçies les mocaes q̃ ios apurrierõ, q̃ illos fux̊erõ afrellaos: é ayudóyos la Cruz é la Santina de Covadonga, i Pelayu q̃ yera 'l guion é q̃ fix̊erõ Rei, assemeyando la so x̊ura á les de sos güelos. E amoria aũq̃ s' ataye adrede, facer mẽbrãza de les croniq̃s de illos, é si bien auezaos á echar glories á la reuatina, nõ se cavila bien lo q̃ en güestes é mesnaes, vestidos de pelleyos, sin aforrar el cuerpu, esñidiãdo é esguilãdo, agachaos, espurrios é arrebalgaos pe los montes, q̃ yeren sos atalayes, pa buscar vez de toller á sos contrarios comu á carbayos corcos, i tarazálos: é llimierõ romanos, é godos é moros comu ablanes i cirgüeyos, i ax̊otaes les frõteres, afataben á recostin al so fogar lo q̃ auin menester, q̃ yera auondo. E la x̊ẽte d' agora sõ vn mõtõ de cuchu na corrada de l' Obispu, q̃ entoncienes les cibdades nõ se ponin tã mages comu agora, afrõtoi la guerra al Francés, i mandoi Embax̊adores al Ingles, pel mesmu Comodoru q̃ vix̊ilaua sos costes, é pux̊o en armes trẽta é cuatro mil omes. E nes guerres ciuiles, des q̃ se rematarõ les correries del castillu de Prioriu, q̃ yera del perlau, é des q̃ 'l Conde de X̊ix̊on, i dempues los Vix̊iles de Quiñones, q̃ tenin solar en Caresses de Sieru, viérõse premiaos á

salir de l' alfoz per rigor de x̊usticia, nõ se fai parte, porq̃ nõ é x̊ũta el so teyau x̊ẽte volliciosa nin reuoluedora, i sin gurgutar aforfugada, q̃da sin ulanca, i dá sos omes pal seruiçiu, escaecida del fueru q̃ i otorgara Alifonsu VI, i q̃ ende mil ochocientos i diez i nueue, entroi en volũtá q̃ se tiestas, porq̃ ãsina túuolo por razon la X̊ũta del Principau, q̃ diói el pediu d' omes q̃ el Rei le fizo: é acaesçió lo mesmu cuãdu umbió á dicir q̃ desfix̊essen la X̊ũta, é nõ se platicó mas, aũq̃ yé claro q̃ 'l mandatu mancólos, i la mancadura resq̃mólos, é yera razon de verriar, si illos q̃ix̊eren ẽtamar voçingleria, q̃ q̃itóyos priuilex̊os ganaos cõ buen seruiçiu, q̃ auin pa defẽdesse de pechos i gaueles: i vn derecho de tã gran seguranza, nõ descria dẽgun pueblu. E 'n Asturies estilen la llingua ya mui flox̊a pe les aldees, i falen la per q̃rencia en les villes: é esta fabla si bien se semeya é yé del mesmu govin, esgouetósse daq̃ diẽtro del alfoz, é los vaq̃ros nos conceyos d' arriua, q̃ por nõ ser cristianos vieyos nõ pudierõ mezclásse cõ los q̃ lo yeren, trueq̃n les lletres i platiq̃n muchu de la ch, é í: e per poniẽte apañarõ daq̃ de los galaicos, e ãsina mesmu estrémẽse pe la color é la talla, son mas garrios pe les cinco Uilles é al Oriẽte, pel mediu é les mariñes, q̃ per delgun utru llau, é pe les traces, lo rox̊u, prietu i ensortiyau, pe les ñarices ñates, acanallaes ú comu porres, é ẽtouia dalgun q̃ estouies folgau, estremaria les castes, i de ciertu les traces de lo q̃ fazin rezando vnos é nos cõuẽtos, q̃ p' el poco modu yeren duplices, utros trauayando i los utros guerreando. E ' Castia fala castellanu sin mistura, q̃ iele mui atopadizu: i esto nõ acaez per dessamoraos, q̃ tenrrura tienẽ i nõ se ios descaez Asturies, i per deyures saq̃nse pe la pinta, comu acõtez cõ los q̃ ñacen en tierra õde nõ ha folgura,

q̃ 'l amor, si mezcla cõ la llerza, yé comu ramu de siempre viues, i ãsina atópẽse cõ el castellanu comu los pariẽtes mayores q̃ tiraios la sãgre. E aq̃sta yé lliuiana é de bondá, q̃ nõ ha inclinacion é na x̊ẽte á furtos nĩ á tafureries, i si bien nõ sõ mozos de parada, i repunẽ el oficiu de tayador, i pa verdugu touierõ q̃ echar manu d' ome defuera, nõ sõ folgazanes: i ãsina los llauradores, x̊ẽte espauilada é trux̊imana, en el su fogar alogau, nõ se desmãganiẽ, réçen pa l' alua, i méniẽse fasta dempues de atopezidu q̃ tornẽ á rezar; é tienẽ cassa, corral, tenada, i de tierres vnos cuarẽta dies de gües, é uax̊u l' orru carru romanu, d' ex̊e q̃ roda i da chirrios, llauiegu, gadaña q̃ cauruñen, fessoria, foz, fozete, forcau, çapicu, messories, i llauren i sallen i arriẽden les siemures, é çeuen los gües, x̊atos i nouielles, ca les vezes puñen i tienẽ zunes, é dányoslos á la comuña, i estrándolos cõ ueriçiu é argoma á ñeruássu, facen el cuchu pa cuchar, é yé bono, q̃ cueyen vente pér vn: é ponen polios, é sieguen erua de prau vissiegu, ó seroñu, i pacen la otoñada, i pilen llino, ẽrriestren pauoyes, descax̊inen faues, maien trigu, estruyen mãçanes, rauilen erga pa llimpiar de pox̊a la fisga i escãda, q̃ Castia nõ tien; lleuanten cárcoues, vardiales é múries, é de mui llueñe estáyen les tierres pa q̃ no se fagan umedales; é llimien oriçios i muergos é fazen abassones, gox̊es, maniegues é pax̊os, é medies de copines, galipos i mag̃iles, é angaries, portielles, torgues, estadoños, guiaes, pértigues, cuyares, esq̃írpies, correx̊os sardos í engaços: é nes fiestes, dempues de la missa, platiq̃n en porticu ó cauildu, õde deprẽdieron á solliuiar i llier de corrio, cosses del conceyu, de la sestaferia, é la manera de guarecer les vilbes pa faceyos les sienures: x̊ueguen los bulos cõ cuatreada i mãganiã-

do, al truq̃, á la moq̃ta i á la coruẋa, q̃ llamen ãsina al páẋáru de mal agüeru q̃ soruiata l' aceite de les llámpares: í el nomes emeya 'l de Cariẋu el Romanu, q̃ Augustu pũẋo de mandon p' apertános, é á los rapazucos cuãdu ẽrıeden mũchu, la chacha falayos de la cariẋa, é illos entõciones empapiecen vn poq̃ñin: é inda los omes, pe la puẋa del algodon, ya nõ visten calçon, nin mõtera, trocárõlos per pantalões i sombreros, i calçen çapatos i madreñes, i si aforren dalguna cossa, mũchu i os gusta l' espicha del tonel i fartúq̃nse de sidre. E baẋu 'l teyan la muyer de dẽgue é arrancaes, q̃ nõ põ de moza, saia d' estameña, ẋugon d' alepin, refaẋu de bayeta é madreñes cõ ses uones uroq̃s, nõ yé puigostia, me yé aforradina: alluma el fuebu cõ forgaẋes, tizacõ lleñe, gáruos é cádaues, arroẋa l' fornu i na massera amassa uoroña i panchon, é la torta échala 'n llar entre dos lláuanes, i el pote cuélgalu é nes calmieres cõ llacõ, tucu é rauadal de guchu: é nes escudielles é platos de páẋara, lleua la parua i dai 'l ẋintar á la ẋẽte, i á los marruecos, i al ẋastre, i á la cordudera i á les andeches, pe les cohides i acarretos: va 'l mercau cõ la goẋa na caueza, i á la fonte cõ la ferrada q̃ friega, é ãsina 'l canẋílon la garfiella i utros cáçios, fila los cerros, ẽẋarega 'l filu, fai la colada, mueya é recude é ensuga la ropa, muce ó cata la vaca n' el tariegu, e illa nõ cata la lleche si nõ yé á soruiatos: i fai mantega, ceua 'l piton: i les pites, el machu pal ñeñu, les femes pa les ñeñines: ruste chamusca é pela é trecha é cuez farrapes; espesses i rales, i chichos, é fai morcielles ẋuanicos é llonganiçes de sáuadu, i per antroẋu foyuelos: é si sémpuerq̃n los ñeñinos, enfréscalos, lláualos i pónlos en cuellu, possalos, páralos, echalos, tápalos, áñalos, afalagalos trai-os perdones pa q̃

ruq̃n, x̂uega con illos al *i ve i*, i á la pita ciega, é sácayos los llix̂os: si amalecen de les vex̂igues ó del sarapicu, ó de ceruiguera, pónyos la cigüa, dáyos melecines, cuidia nõ se põgan llisgos, failes reualguinos: é si oye al proue *ave maria purissima*, respondei, *sin pecadu cõceuida*, i siempre i apurre dalgun gax̂u i llicençia pa domir é na tenada: i el proue rellatai lo acaescidu per acá é acullá: é cuesse los rapaços, i estos col focete, sieguen la paçion q̃ nõ tẽga oruayu, é faen cax̂ëllos pa les aueyes, gusmien l' aueyera pa les emsambles, i cõ muga la tierra, sienuren arueyos, arrinq̃n patates, anden á la gueta, espulguen castañes, é miẽtres lliẽden, sulos ú cõ su collaçu, si siruen vn amu i couren soldada, x̂iringuen los arboles, cueien meruẽdanos i prunos é andrinos i cadápanos; é maten gafures, esfuellen espertéyos, é x̂iulen é faen chifles i çamploñes, i toq̃n la trompa: é á so pá é á so má afalanguen mũchu: é x̂ueguen pocara, corru, maya, pilota, machorra, el teyu, les chapes é les voliches, é fai cauilar q̃ lo mesmu x̂ugauen los Francos. E fartucos de reblincar per maguestos i esfoyáces, pe les files, galántien les moces i esgañitẽse echando ix̂ux̂ús; é vóltien el palu ó bona ciuiella, é várganu d' acenu, comu tarauica: é amusgaos, entruyen el passu pe les caleyes, si utrú corteyu va echar la pressona cõ la so rapaça; é aq̃sta melguera si toq̃n añeru, remiella los güeyos, cómelu á güeyaes, recueye la saya i fai mil veyures pa engatussálu, i el mastuerçu alloriau, dempues d' afustacar el suelu sin concẽçia, cuerre ca 'l cura á pedir proclames, i entrugaos ena retoral pe la doctrina, ẽtamen á cassásse, mas nõ se x̂ũten fasta passau dalgun tiempu, é q̃ illa pida el rebudu. E ãsina mesmu si el ome yé de cẽçia ú de sauer, nõ cauila pa aforrar, fáisse aloyeru, nõ se atora

per delgun, inflasse, tien farãdula, farfulla, yé cõvayon, nõ perdona ripiu per ẽtaramĩgásse, i tórnasse agachar i furta la vuelta si yé menester, i si s' entorna tien rix̃u, írguesse, echa ronq̃s é la zãcania, é guapamẽte tira pe la freua, i nin diẽtro nin fuera nõ se atopa nin apaña á llamásse Mingo de Antona, Pericu de Túx̃a, Venon de Marica, i non diz mollera, foçicu, vidaya, q̃ix̃aes, veries, caniles, cerviz, espinazu, coraes, menazuela, votiellu, cadriles nin calcáños, nin gustai la gaita, nin la zanfonia, nin les romeries: peru ye enclinau á fazer coples tienres, en les q̃ falen la x̃ana é los entrialgos: é les sos criatures nõ sõ toes llácies de güeyos azules i toes parax̃ismos, q̃ nõ pieguen á x̃ete ¡q̃ mialma del alma! yé q̃rendona i gassayossa é pocu amiga de folix̃a, peru q̃ nõ x̃irimiq̃a i risse de los fatos, espurrios i engolletaos, q̃ á la postre cõ la voq̃iña de cerezes, cõ les pepites en filera por diẽtro, la color de rosses sin untu, güeyones garapiñeros, oreyes i manes peq̃ñines, pelu llargu negru, rox̃u i ensortiyau, formes redõdes, i carnes ñerues, cuerpu gayasperu, fechu comu pa q̃ l' aire lu aniq̃ sin fendesse, i discretes i melgueres, los mozos facẽyos el vissu, i si se cassen sõ pa 'l so fogar, comu vna pegollera: é nél estrau é na cai sõ respetuosses i de vilbes onrraes: e la ménos cria cuatro fios i mũches ochu i áila de ventidos, q̃ el q̃ morrió mas aina, lleuólu Dios á los cincuenta. E pa entrar diẽtro de les casses con la puerte cierrada ú de par en par, pícasse é dizse: *Deogracies*, é la rempuesta yé: *á Dios sean daes* i entóncienes ya diẽtro dizse: *á santos i buenus dies, á santos y buenos i los dé Dios*, i ãsina se diz pel camin, i dempues de atopezidu, i al finar la missa. E Asturies tien so arq̃itetura bien preciada per Caveda, meyor q̃ per utros sabios, i esto acaez, pel conocimiẽtu

del bable: i la x̊ẽte vieya fix̊o vna copla, q̃ diz bien claru l' estima q̃ i daua á la Catedral:

Torre la de Uviedu:
Catredal la de Leon:
Campanes les de Toledu:
Rollu el de Villalon.

Ãsina los mas lletraos, al falar del Orru, si nõ se ios apũta, nõ vernan en conoscẽçia q̃ pa lliuertar les cosseches de la umedãza, pa asoleyar los granos i airear los repinaldos, les cuayaes i les mayuq̃s i pa q̃ los ratos q̃ crien mũchu demassiao, nõ los roan, fix̊erõ vnos cax̊ones de castañu de deziochu piés per catorze, cõ su teyau encima de los aguilones é cábrios, é la gala yé nõ ponei mas q̃ los cuatro claos de la peslera: i les colõdres van ensamblaes pe les x̊ũtures i pe les caueçes en los enuelgos i é nos traues, i aq̃stos sostenios per cuatru pegollos de piedra de granu comu pirámides, fincaos é nos pilpáyos de calear ú faba, q̃ entre todu lleuanten diez piés: i al costau de la puente la suvidoria desseparada tres piés pa q̃ los ratos nõ vlinq̃n: i la x̊ẽte p' entaramingasse reualga: é debax̊o seq̃n la magaya, pa la sienura de los pidales pa fazer pumaraes: i el llaurador tien alli mesmu los presseos, i yé aõde se atecha pa trauayar si el tiempu nõ va bonu, fasta auocanar, i alli tamien dá melecines á les vaq̃s toides i fai les robles de les escosses é de utres si entra en cõvenẽcia: E tien la grande en su eruolariu, q̃ ademas de lo conocio tien farfueyu, argaña, aueyera, fauaraca, gamon, cañauera, lloreu, pescales, paniega, paçion, veriçios, escayos, ortelana, paletaina, coralina, mófu, árgoma, culãtru, fior de venitu, escorzonera, polipóli i meruẽdanos. E pe les arboledes é les eries i los

celleros vense mũchos páx̃aros q̃ llamen parpayueles, andariq̃s, estorninos, alcarabanes, mazaricos, arcées, glayos, corux̃es, esperteyos, ñeruatos, reitanes, pinzones, picos palombos, zoritos, pegues, cuq̃iellos, ferres, milanos, aguiles é ruisseñores. E ãsina pe los picos i viescos, é carbayeres ossos, reuecos, llouos, raposos, corços, armentios, llondros, furones, fuines, melandros i x̃aualines: peru q̃ nõ nombren ya mõteru á la vez q̃ x̃usticies pe 'l añu nueu, pos la mũcha x̃ẽte q̃ pa tener ceuera, llaura é destapina los mõtes, descastrió ios animales. E de gafures pe los sucos, matos i uardiales tópẽse cũélebres, culieures cõ ubleru, escalamuerços, sacaures, llagartesses, merucos, gussarapos, é llimiagos: é ena mar aõde nauieguen los cachemerines piesq̃n les lanches voites ú aldeualu, dempues de utros conocios, cueruines, tonines, mielgues, piq̃s, calderones, parroches, i mas á la oriella fañeq̃s, cabres, aligotes, botones, serrianos, x̃ardes, x̃ulies, panchos i merlotos: i pe les resq̃iebres de les peñes, é pel cascayu q̃ na marea, les foles i cachones cubren les deziochu piés, piesq̃n varuaes, escamones, esguiles, oricios, canuarones, andariq̃s, centollos, perceues, mosiones amassueles, vígaros de la fiel, llámpares i x̃orra pa los ançuelos: pe los rios tópẽse salmones, truches, ésguines i llamprées, í bonos canueros d' enguiles escõdios diẽtro la sabla i l' pielgos. Epa q̃ nõ ha falla de ná, tien sos cantares: *ea, ea: ai vn galan d' esta villa:* romances el de *Don Buesso, Gerineldo i Rossaura:* é báila 'l *x̃iringüelu, la x̃iraldilla, la dança prima* onde óysse l' ix̃ux̃ú, gritu q̃ denãtes dauen é na guerra en seña d' alarma cuãdo se ponín de veladores ó atalayes. E lo mesmu tien cossadielles, é bonos refranes, é guapes sentẽcies recoides per X̃ovellanos i Caveda: i

comu diz q̃ estos atáles fazen preua del x̊uiciu d' vn pueblu, doi á v[a] m[d] la muestra de les q̃ fago recordacion.

El q̃ primeru ñaz,
primeru paz.

Filando, me voi,
filando me vengo:
d' una rocada
perdiu me veo.

Cuartu q̃ita tastu.

Déme daq̃ siq̃ier,
é si nõ fasta mas ver.

Del flaire q̃ é pigañon,
Dios lliuerte al to q̃iñon.

La color de fueu
nõ ye de dura.

El dineru del vecin
cõ vn garabin.

Dempues de vieyu, gaiteru.

Nunca llouió
q̃ nõ auocanás.

El ruin aruiu,
desq̃ come á friu.

El dineru tien el rabu ñidiu.

Arriba rapáz,
q̃ la barba te ñaz.

A la fiesta de Llugas,
si la vaca é la reziella,
no estan males ¿pa q̃ vas?

Regalu d'aldea,
pá 'l q̃ lu dessea.

Tres piés é vna corõa?
trébedes sõ tontona.

Si vas á la romeria
ten cuidiau nõ esvaries,
q̃ los praos estan ñidios
é les caleyes moyaes.

Ermitañu ogañu
bragueteru antañu.

Q̃ien bon ñeñu cria,
bona tela fila.

Barba vermeya
nũca bona pelleya.

Tien l' alma entre les payes.

Ensertar en arbol vieyu,
nĩ llena 'l platu nĩ el gueyu.

Faluca despacin,
q̃ nõ l' oya 'l to vecin.

Son mui altos corredores,
pa tã vax̊es vẽtanes.

El q̃ á lo' suyos semeya
tien fecha la preua.

Tres oreyes i vn pié?
cadapanu yé.

El bollin i la bolliña
todu sal de la fariña.

Con tu señor nõ partas peres,
dáiles enteres.

Dicen dalgunos q̃ esta fabla yé melliza ú del mesmu gouin q̃ la Gallega, i q̃ lo mesmu yé la Portuguesa, sin les farándules, q̃ i apurrierõ per de llau pa facela ẽrreuessada: q̃ semeya daq̃ el Lemosein i l' Italianu: q̃ escaesçidu l' ussu de falar llatin, fáisse vn seruiçiu al tené cuẽta del bable: é utru si falandu bable tornarásse comu ha menester so lo q̃ dixerõ los mui lleidos Pereira, Clemencin, Arrieta i Muñoz, faziẽdo comẽtos á Ceruantes i á los fueros, q̃ vª mᵈ comu prẽcipal guadador de la llingua tenrrá q̃ tiestar, i si nõ á vesse en premia pe l' estoria é pe la puridá del buen sentiu, pos ãsina yé ressultancia i ubligacion de cõseña de la so guarda: i q̃ tiestar á de juro, apaez cuãdu diz Arrieta q̃ *passar los dies de turuio en turuio*, nõ se entiẽde comu Ceruantes nõ q̃ixera dicir, q̃ D. Q̃ixote passaualos dormiu ó á escures, ãsina estaria illi de bable, pos el Astur vé claru q̃ Ceruantes q̃ixo dicir allocau, llocu, tocáu, pos del veuiu dizse entornau, turuiu. Clemencin q̃ixo q̃ aõde diz *allẽde* dixésse Ultramar, i vª mᵈ asiẽta q̃ yé *de la parte de allá* i nõ yé esto, pos q̃ier dicir, mas llueñe del utru llau, isti llau lo mesmu yé la mar, q̃ la pieq̃iella, sin cossa rompia pel mediu, i diciendo parte paez q̃ sõ dos. Tamien Arrieta esplica q̃ aõde Ceruantes diz, *ella jamás lo supo, ni se dió cata de ello*, q̃ deue entendésse por nõ se curó, non fizo cassu, i el Astur entiẽde q̃ Dulcinea, nin lo supo nin se dió cuẽta de illo. Pereira diz de la auẽtura de la vixilia de les armes, cuãdu diz D. Q̃uixote *en q̃ estoi ẽtẽdiẽdo*, q̃ esperaua la auẽtura, i el Astur diz q̃ estaua en lo mas réciu de illa. E Clemencin tradúz comu imprecacion de *malditu sea yó*, l' intergeccion q̃ dixo Andres, *mal añu, i mal añu pá 'l pecau*, en bable yé vn bocablu inocẽte i nõ imprecacion, á nõ ser q̃ se tome comu atal, el agregao pe-

cao, q̃ l' estoria nõ reça q̃ Andres dixera. E Arrieta ãsina mesmu diz, q̃ aõde Ceruantes pũxo, *le preguntásse, le dijese que mal sentia*, soura el *le dixés* q̃ yé sin dubda vn pegote de l' imprẽta: i en bable isti modu de dicir yé diccion fecha é yera lo mesmu pa Ceruantes. Pereira diz q̃ la *ley del encage*, yé sẽtẽcia de Xuez *arbitraria i caprichosa:* é el Astur en los sos tratos i en burla diz, *llei del embudu lo anchu pa tí, lo angosto pa min*, i nõ fai referẽçia á degun Xuez. El mesmu Pereira q̃ier q̃ *solas i señeras* sea parejo, i señeras, comu lo puxo Ceruantes, yé dueñas de so volũtá é sin tapar denguna gracia i fai vn vocablu mui majo. Arrieta apañãdo el dichu de Couarrubies assiẽta q̃ *Cachupin* yé 'l español q̃ d' España va á morar á les Indies, i esto nõ acaescia mas q̃ en Mexico, Pereira diz q̃ *llana de cogote* yé descogotada, comu lo son dalgunes paissanos de Maritornes, cuyu nome nõ saue d' aú vien: é á min paézme q̃ trabuccósse, llana de cogote yéra la q̃ nõ yé cogotuda é yé omilde: i los astures son tiessos de cogote, i Maritornes q̃ier dicir moza alloriada. Pereira diz q̃ *Juana Gutierrez mi oislo* q̃ supon pel maridu ó la muyer aussẽte: en bable *¿oistelu tú? ¿oistelu?* i comu l' ussa Ceruantes q̃ier dicir *lo q̃ vuste saue, lo q̃ vusté conoz*, comu vuste m' ẽtiẽde. Clemencin diz q̃ *llevar el gato al agua*, yé fazer dalguna cossa en q̃ ha defecultá é peligru, é nõ yé esso: segun el bable yé vn modismu en les desputes pa meter en dubda la vitoria ẽtre los q̃ cõtiẽdẽ, Pereira diz q̃ *furibundos fẽdiẽtes* á de ẽtendesse golpies, i comu fender yé diuidir, fazer tayaes, per esso el bable ẽtiẽde tayos, tajos. Clemencin supon q̃ õde diz *decorar* el original deuió dicir *declarauan*, Martinez de Romero q̃ deuió ser *decorauan*, i el astur nõ tien dubda q̃ el decorar q̃ puxo Ceruantes q̃ixo dicir po-

ner majo el descursu ó pulilu. M. de Romero diz *héria* tantu q̃ier dicir comu hampa, i héria dizse de criales en descampau: i héria yé tierra de llauor de muchos cõ finsos, peru sin muries, é herial, campu enauertal sin cautiuar. Arrieta diz q̃ *fruncida* tantu val comu zalamera, é fruncida dizse d' vna cossa arrugada, apertada, torcía. El mesmu Muñoz diz q̃ la comparãza q̃ fai Ceruantes del *pollin* i 'l *sardo*, q̃ yera voz del piamõte i d' alueiteria, q̃ q̃ier dicir pollin peq̃ñú, i Ceruantes á mi ver fix̊o burla de la pintura, comparãdola á vn piescau q̃ llamamos *sardu*, pos los aluéitares diciene buche i nõ sardu, i si nõ, yé vizcainu. E tamien q̃ier q̃ *alerta* sia italianu, yo dúbdolo pos *alertar* ye castizu, peru nõ puede vnu enfotásse en les cosses de guerra, pos de MDC á MDCC, traxerõ de les guerres *centinela* per velador, *bissoñu* per recluta, *corredor* per adalid, *duelu* per dessafin, *emboscada* per celada, *forrage* per paya, *fosso* per caua, *marchar* per caminar, *escarapela* per deuissa, é utres de q̃ falaben el fueru de Cuenca é les siete Parties i les Ordenãces q̃ Hernan Cortés dió en Tlascala ende MDXX pa la so x̊ete. Clemencin diz q̃ *follon*, eq̃ivál á insẽsatu, vanu, inchau á manera de fuelle, i mainiq̃s q̃ 'l Degorrio anda sueltu i deue ponésse en farrapera, ó yé grande 'l enq̃ivocu, pos follon nõ ai q̃ien nõ sepia q̃ yé 'l trãpossu, cobardon, folgazan, i nõ deriua de *follis*, fuelle ó barq̃in pa echar aire, i ãsina d' uvien follon yé de *folis*, fuelle de pelleyu, trocada la *o* en *ue*, q̃ escassos d' almex̊ia, por q̃ la q̃ tex̊in, lleuáuela comu preciada pa les Señores de Roma, seruinse de pelleyos pa sacos de ceuera, i follon yera fuelle llenu de malicies: i si nõ, vernia de fuelga q̃ l' folgazan tien todos los vicios. E per nõ allargar isti rellatu, i q̃ q̃iciaes paezca falta á la cortessia q̃ yé deuia, dex̊o de

nombrar utres notes, i q̃ deuia fazesse pa q̃ se viés q̃ 'l bable finca metanes del castellanu, peru q̃ aq̃stu nõ veda lo q̃ vª mᵈ deue fazer, q̃ yé sallar, i nõ salar les notes comu dix̊o Muñoz, i meyor etouia tiestarles dafechu, pos si se emborraca essa gloria, echanos pel mũdu, i lo pior será l' aluitamietu. E per ende nõ los dex̊e gurgutar fasta q̃ depriẽdan, q̃ los fuelles inchaos triensé pa q̃ se desinflen, i pa esso Hartzenbusch pũx̊oi á Clemencin les peres á cuartu, peru tamien descaescidu i per esso nõ rematό el trabayu: i nõ seyẽdo isti mui grande, vernia bien q̃ vª mᵈ pux̊era mandatu pa q̃ õde se diz agora en el testu *oures d' entretenimiẽtu*, voluiesse á dicir *entẽdimiẽtu* comu yera denantes. Y ver si yé posible ensertar en so Dicçionariu q̃ *aguamanil* yé trípode de madera ó fierro pa ponei l' almorfia i los presseos pa llauásse, q̃ lo mesmu yé *palanganeru*, q̃ falando ãsi dizse meyor q̃ cõ la voz cunera *llavabu* q̃ nõ tenria porq̃ 'n Castia, sin el escaescimiẽtu del aguamanil i del palanganeru, q̃ lléssen en cualesq̃ier inuentariu, q̃ ã la postre sépiasse q̃ nõ nos llauámos cima vna tayuela: é ya en camin deuia ponésse *vidé*, i en agua manos tiestar pa q̃ se diga agua mesturada cõ essẽcies: é ponei *antojana* q̃ yé la corralada q̃ los casserios de los llauradores tien delantre de cassa, i q̃ la falla pon la x̊usticia en calces prietes, pos lo mesmu q̃ *tenada*, *payar*, son vozes d' oficiu é nos inuẽtarios: á tamien ha falla de acrençia é de esplicar q̃ *collazu* yé 'l compañeru en el seruiçiu del llaurador, q̃ compãgu nõ sulu yé 'l compas q̃ vª mᵈ diz, sinõ lo q̃ se x̊inta cõ pan ú boroña: i nõ pũx̊o corral comu hacienda, i hacienda comunera, i háto comu hacienda, llamaos ãsina pe les lleyes d' Indies tít. XVII, lib. IV. E tamien *empanada* i *empanadilla* q̃ yé mas q̃ empanar, é ãsina *picapleitos* q̃ vª mᵈ diz em-

busteru i q̃ mas aina yé enriedador, abogau de caleya: é vésse q̃ trabucó 'l *pion* cõ la *pionza*, i q̃ entre el pan nõ á *panchon*, pan prietu de fariña poco peñerada, nin pan tiẽro: i õde fala de la panoya escaesçióssei la del maiz. Q̃ *picaporte* yé cierradura de palu ó de fierro, q̃ dex̃emes en cuãdu, tien vna clauia pa abrir per defuera: é q̃ picaporte q̃ier dicir llauin pa abrir el q̃ nõ tien clauia, q̃ yé 'l q̃ cierra de golpe, comu v^{a} m^{d} diz: é picaporte yé 'l q̃ val pa picar á la puerte, q̃ v^{a} m^{d} diz *aldaba*, i ãsina comu diz *llamar* per *picar*, i llamar q̃ier dicir llamar cõ verríos ó vozes, ó por señales q̃ nõ sean golpies, é per ende déx̃anos sin aldabes pa trãcar, q̃ áiles sẽçies de garabatu ó carceleres: i sin picar repica les campanes, i pa fazer compuestos yé razon q̃ aiga simples: é tamien q̃ier q̃ valga *cierrar* por *pesllar*, q̃ yé *cierrar* cõ *llaue*: i si nõ echó esta q̃içiaes toparia bonos los bocablos *atechar*, poner atechu de llúuia, *auocanar* parar de llouer, *pingostia* muyer curiossa, peru nõ desfacedora de volũtaes, *pruir* apetecer cõ extremẽcia, *arremellar* abrir los güeyos mũchu pol pasmu, la passion, ó l' apetẽcia, *rucar*, mascar vna cossa q̃ al ser roida de los caniles i molares, suena, *meruedano*, fressa siluestre, i utres cosses q̃ nõ pon el Dicçionariu i de q̃ paez fai reclamu porq̃ pertenécei por juro de heredád, i q̃ nin estan mauriẽtes nin popes pa descastriáles, q̃ 'n essi casu primeru yera apañar eçéteres q̃ nõ presten pa lletraos i estudiantes, i echar fora *berceria*, *chuche i chuco*, q̃ nõ yé bien visto rellatar, nin platicando nin escripbiendo. E bien q̃ix̃era apañar d' esta lo q̃ me fai falla á mi ver: abũltame lo q̃ fize pa nõ dai á v^{a} m^{d} nin pizca, nin siq̃iera vna x̃iga: peru nõ puedo allargar mas, nõ so sábiu é la mio fuerza nõ pux̃a mas llueñe, é per esso pa q̃ nõ me fagan ablucar, doi lo fechu sin criuar, fíx̃elo

per remẽbrãza, sin departir cõ delgu: puxérõlo en llimpiu el Licenciau Don Ẍuan Bances, de Práuia, i 'l Bachiller Don Cárlos Menendez de Cornellana, é fiẍo la inicial Don Pio Escalera, de Ẍiẍon: é q̃iẍera esñalar comu fazen la ẍana i la güestia, pa estruyar é nos archiuos õde se escuẽde lo q̃ esq̃itarõ la ẍete mas lleida, q̃ deue encõtrásse entrullao daq̃, q̃ tenriasse per ayalga. E ãsina v[a] m[d] deue terçiar pa estremar les volũtaes q̃ ãden en güedeyaes, i a falar i dai sin vagar al Dicçionario de bable q̃ nõ ví, i acutálu: i magar llega isti dia, nõ i prouez ca 'l tiempu, i escueya i tieste si yé seruiu, de lo q̃ vazcuye 'n isti escriptu, lo q̃ i cumpla, q̃ la fechura nõ yé pretẽçiossa i yé sana la volũtá. E cõ essa, isti seruidor de v[a] m[d] q̃ i vessa les manes, ruigai á Dios q̃ i guarde la vida mũchos años. Madrid á 9 de Marzo de 1884.—Apolinar Rato Hevia de Argüelles.

ORACIÓN FÚNEBRE

QUE, POR ENCARGO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y EN LAS HONRAS

DE MIGUEL DE CERVANTES

Y DEMÁS INGENIOS ESPAÑOLES,

PRONUNCIÓ EN LA IGLESIA DE MONJAS TRINITARIAS DE MADRID, EL 29 DE ABRIL DE 1869,

EL P. D. CAYETANO FERNANDEZ,

del Oratorio de San Felipe Neri de Sevilla, y á la sazón académico de número electo.

Corpora ipsorum in pace sepulta sunt, et vivit nomen eorum in generationem et generationem. (Eccli. 44, XIV.)

Ellos vivieron en paz, y sus nombres vivirán eternamente.

SEÑORES:

Dios no ha hecho la muerte. Y la Escritura divina se adelanta á consignarlo así, cual si quisiera alejar para siempre de Dios un cargo terrible que formula á todas horas la mísera y doliente humanidad. *Deus mortem non fecit* (1).

¡Ay! ¡Como que la muerte, primogénita del pecado, es la que ha hecho correr, hilo á hilo, más lágrimas de los ojos del hombre, y brotar ayes más lastimeros de los pechos humanos! Con razón los poetas agotaron sus epítetos luctuosos, llamándola amarga, impía, desgarradora, cruel: los filósofos, cogidos del espanto, creyéronla bien

(1) Sap. I, XIII.

definida con decir, *terribilior omnium terribilium*, que es lo más terrible entre las cosas terribles. Para los que se amaban no había contra ella sino el triste consuelo de que una misma urna guardase mezcladas sus cenizas; y es famosa, en fin, esta exclamación de un Rey de Amalec, cuya alma era oprimida, al morir, con el dolor de todas las separaciones. *Siccine separat amara mors!* ¡Con que así nos separa de todo la amarga muerte!

Y sin embargo, señores, hasta la muerte es hermosa en presencia de nuestra religión. ¡Ah! Vosotros, que sois maestros de lo bello, decid si no es hermoso y hasta sublime el ver la tumba cristiana rodeada de lucientes hachas, símbolos de la fe; oir la fúnebre salmodia, expresión de la esperanza, y ese *Regem cui omnia vivunt*, tantas veces repetido en presencia de la misma muerte, para bendecir llenos de caridad á Aquel que ha destruído su fatal imperio! Mas ¿qué mucho que os parezca bello, si vuestra razón, levantada por vuestra creencia, forma de todo eso camino luminoso, á manera de puente solidísimo, para comunicaros dulcemente con seres muy amados que ya habitan en la eternidad?

Y siendo esto así, ¿cuánto más bello, cuánto más glorioso y magnífico no debe pareceros ese túmulo que ahí en medio se levanta, que, sobre ser túmulo cristiano, es nada menos que el del escritor eminente, del soldado animoso, príncipe de nuestros ingenios, MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, y monumento también que simboliza y renueva la memoria de los demás autores que enriquecieron en vida las letras españolas?

¿Me preguntáis acaso el motivo, la razón estética de esa nueva, profunda y sublime impresión que á su vista experimentáis? Pues dejad que yo medite y madure un ins-

tante mi contestación.—Yo observo, señores, que sobre esa tumba hay un libro, de inestimable valor por lo que es en sí, y grande, más grande todavía, por otra significación con que allí le miro: es *El Ingenioso Hidalgo* de Cervantes; significa también ó me recuerda todo el inmenso y majestuoso cúmulo de nuestra literatura hasta la edad presente.—Yo observo, además, que habéis colocado allí honrosos laureles, coronas inmortales, y la Cruz, una Cruz que lo remata y lo domina todo; y..... ya con esto no es posible equivocarse. Responderos puedo sin titubear: ese túmulo es bellísimo, es sublime, porque..... ¿no lo veis?.... porque él nos está ofreciendo la gloriosa síntesis de todo cuanto los ingenios españoles han hecho por nosotros durante su vida, y de todo lo que nosotros debemos hacer por ellos después de su muerte. ¡Oh! y ellos han hecho tanto por nosotros, que no han podido menos de morir en paz. *Corpora ipsorum in pace sepulta sunt.* Y nosotros debemos hacer tanto por ellos, que sus nombres no perezcan nunca. *Et nomen eorum vivit in generationem et generationem.*

Ahora, si me exigís menuda, extensa y cumplida demostración de estos hechos, vais á obtenerla, señores: justamente me propongo hacer de ella el objeto único de mi oración, deteniéndome, con debido orden y según su importancia, en los dos indicados puntos: beneficios de esos famosos muertos; recompensas de estos ilustres vivos.

No diréis que mi pensamiento no es obvio, sencillo: es hasta trivial. Mas ¿cómo podría yo remontarme á unos espacios donde mis alas no sabrían moverse, y menos en estas mis difíciles circunstancias? Acaso, y sin acaso (pues lo creo con la mayor sinceridad de mi alma), jamás orador alguno se puso á usar de la palabra con mayores di-

ficultades que las que sobre mí pesan en este instante. La solemnidad augusta de estos fúnebres obsequios; lo selecto del auditorio; la honra misma de la Academia que, con una indulgencia sin ejemplo, acaba de abrirme sus gloriosas puertas; el recuerdo vivo aún de los conceptos altísimos que, con frase sonora y unción divina se han oído en este día y en este lugar de boca de eminentes y sapientísimos Prelados..... todo esto, Señores, bien entendido, justamente ponderado, bastaría para abatir un aliento más poderoso que el mío. Mas..... ¿lo creeréis? Estoy tranquilo. Desde que me he separado de vosotros, y á cada peldaño que he subido hasta colocarme en esta sagrada cátedra, me he sentido crecer y serenárseme el corazón. ¿Sabéis por qué? Porque es el sacerdote el que sube á hablaros, y el ministro de Dios ha dejado en el suelo cualquiera otra consideración; porque, si á vuestro lado me encontraré siempre pequeño y en la actitud de aprender, aquí, Señores, subo á enseñar, y con la alteza de mi sacerdotal encargo. Así, no pido al cielo otra cosa que la gracia de mi ministerio; no pido á vosotros más que la benignidad de un cristiano auditorio. Que no han de faltarme, espero, ni la una ni la otra; y en esta confianza atrévome á continuar.

Lejos de mí, Señores, la temeridad presuntuosa de traer á este sagrado sitio un discurso puramente literario que vosotros haríais mil veces mejor que yo, y para lo cual no era menester venir al templo, ni doblar ante el Ser Supremo las rodillas, ni ofrecerle, cual lo habéis hecho, un sacrificio de infinito valor. Si alguna vez parece que falto á este propósito, no me juzguéis al punto: es que asiento las premisas, que nos llevarán al cabo á consecuencias enteramente morales y religiosas; y esas premi-

sas, como impuestas en cierto modo por la índole de esta solemnidad, ni yo acierto á alterarlas, ni á sustituirlas por manera alguna. Ya con esto, nadie puede extrañar que, dejando á un lado la profana pompa de introducción erudita y todo lujo de brillantes rodeos, venga modestamente á mi asunto, apresurándome á satisfacer vuestra religiosa curiosidad. Esta, á lo que entiendo, se formula ó explica primero en semejante pregunta. «¿Cuáles son los favores que hemos recibido de esos famosos muertos? O, ¿qué es lo que han hecho por nosotros?» Y yo, señores, respondiendo de lo que han hecho por lo que han sido y son para nosotros, contesto con exactitud, empleando al efecto tres palabras, las más venturosas que encierra vuestro diccionario: porque digo, y demostraré muy en breve, que ellos son nuestros Maestros, nuestros Padres, nuestras delicias.

¡Nuestros Maestros! ¿Y exige esto demostración? Desde lo más alto y profundo de la ciencia, hasta lo más donoso y rico de la palabra; todo cuanto esos ilustres Ingenios alcanzaron, entendieron y expresaron en castiza, noble y armoniosa frase; lo que constituye toda doctrina y todo humano saber, es decir, las nociones de la verdad, de la bondad, de la belleza; todo, todo eso está en vosotros, lo poseéis vosotros; forma, por asimilación, vuestro intelectual patrimonio. ¿De quién lo hubísteis sino de los libros, de las enseñanzas de esos Maestros, que venís á honrar ante esa tumba? ¿De quién prendió en vosotros la luz divina de lo *verdadero*, sino de esa brillante línea de sabios, que comienza en el Obispo Idacio y San Isidoro de Sevilla; pasa luego por el Cardenal Cisneros, Benito Arias, Melchor Cano, Maldonado, Suárez (grandes teólogos); y, tocando en Morales, Mariana, Sandoval, B. Argensola,

Abarca, Solís (famosos historiadores), se extiende hasta los malogrados Balmes, Donoso Cortés y Pastor Díaz, eminentes y cristianos filósofos? ¿Dónde bebísteis las saludables aguas de lo *bueno*, sino en esa corriente limpidísima, inagotable, que brota en nuestro suelo, allá en los PP. Pedro Pascual, Jacobo de Benavente; dilátase caudalosa en Fr. Luis de Granada, Maestro Avila, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Rivadeneira, Malón de Chaide, Estella; aun continúa en los PP. Rodríguez, Puente, Villacastín, Zárate, y avanza hasta el popular *Libro de los niños* de vuestro Martínez de la Rosa? ¿Adónde, finalmente, acudísteis por las dichosas prescripciones de lo *bello* (vuestra *gaya sciencia*) sino á ese vasto y amenísimo jardín, por todo extremo variado y admirable, que nace en el *Poema del Cid*, Juan de Mena, Garcilaso, etc.; brilla con todo su encanto en Fr. Luis de León, Lope, Calderón, Herrera, Moratín, Quintana, y avanza hasta los *Romances* del Duque de Rivas y el *Hombre de mundo* de Ventura de la Vega? ¡Ah, señores Académicos! suprimid por un instante esos famosos nombres y tantos otros, que enumerar no puedo; cortad toda comunicación con esas galerías de hombres célebres, escalonados en la pendiente de tantos siglos; eclipsad esos magníficos luminares, que tan de cerca han seguido en nuestra patria al sol de la inteligencia, y..... ¿qué maravilla, si os encontrais de repente á oscuras, ignorantes, mudos..... sin ciencias, sin historia, sin habla, sin literatura? Mas eso no es posible; y hasta es quimera imaginar que no haya sido lo que realmente fué. Trabajaron, pues, para vosotros; todo lo sabéis por ellos; vuestro es el fruto de sus vigilias. ¿No es la verdad que debeis estar muy reconocidos á vuestros maestros?

Sí, señores; y la religión acoge y bendice también su óptima dádiva; porque, como todo dón perfecto, viene del Padre de las luces; porque nuestra religión sacrosanta adora al Dios de las ciencias; porque la religión es madre, y no puede olvidar que todos ellos fueron sus hijos, que, antes que sabios y literatos y distinguidos ingenios, tuvieron fe, profesaron y enaltecieron las máximas del catolicismo. ¡Oh! En esto ha sido una y constante la enseñanza de vuestros maestros. Sin contar, de entre ellos, los que han merecido ser colocados en el catálogo de los Santos, y que, por lo mismo, no demandan hoy, sino que más bien apadrinan vuestras plegarias, ¿no es inconcuso que la forma católica ha sido siempre la forma de nuestros clásicos escritores? ¿No es verdad que nuestros mejores poetas se han inspirado en la Biblia? ¿No es cierto que nuestros místicos son los mejores del mundo? ¿No es evidente que hasta nuestro genio dramático, que después tantas veces ha desmentido su origen, tuvo que dar sus primeros pasos en el templo, como si en esta gran nación nada fuese posible sin recibir oportunamente un bautismo cristiano? ¿Y sería acaso esta fe, una fe muerta, como la llama el Apóstol, que no trascendiese para nada en sus obras? ¡Oh! Venga á contestar por todos y en representación de todos, sinó como santo, como tipo egregio de patricios escritores, el cumplido caballero, el soldado valiente, el autor celebérrimo, y, más que todo, fervoroso cristiano, nuestro Miguel de Cervantes, cuyo aniversario mortuorio celebramos.

En este día, señores, y en una pobre morada, no lejos de este venerando asilo; acaso en esta misma hora, agonizaba en humilde lecho el inmortal Cervantes, y ya se disponía á devolver el depósito de su grande alma en ma-

nos del Criador. ¿Sabeis de dónde nace aquella su paz venturosa, aquel sosiego admirable de que en vano querría hacer alarde el más firme y pertinaz estóico? Nace del testimonio de su conciencia, que en aquella hora, como en vastísimo panorama, le presenta una por una las virtudes de su cristiana vida. Piadosos fueron sus padres, cristiana fué su educación, cristianos sus estudios, cristianos los rasgos de su vigorosa juventud..... Mas, ¿cómo en breve cuadro podría trazaros un cumplido recuerdo?

¡Aguas de Lepanto, famosas por el suceso más grandioso que presenciaron los siglos, famosas sois también, porque corrísteis un día mezcladas con la generosa sangre de nuestro héroe! Vedle, señores, en la galera *Marquesa:* rendido por maligna fiebre, que de todo servicio le excusaba, yace en el lecho del dolor un momento antes del combate. Dase empero la señal, y Cervantes no es ya suyo: denodado sube á cubierta, busca los más peligrosos puestos, colócase á la cabeza de doce hombres en el lugar del esquife; y allí, allí fué donde, rechazando con intrepidez y hasta el fin las arremetidas fieras de aquellos bárbaros enemigos de Dios, recibió dos disparos de arcabuz, uno en el pecho, otro en mano izquierda, que se la deshizo, á punto de no poderse valer más de ella. ¿Y queréis saber la causa que impulsaba tanto heroismo? ¡Oh! escuchad: es una ardorosa confesión de fe, que recuerda las de los primeros siglos de la Iglesia, con la que el soldado y literato español responde al empeño de sus jefes, que no querían permitirle abandonase el lecho para asistir al combate. «Aunque esté enfermo é con calentura, »decía nuestro Cervantes, más vale pelear en servicio de »Dios é de S. M., é morir por ellos, que bajarme so cu-

»bierta.» Así son, señores, las lecciones prácticas de vuestros maestros.

Pero ¡oh gloriosas prisiones, que con tanto acierto habéis sido colocadas sobre el túmulo de vuestro cautivo de Argél! hablad: vosotras, mejor que nadie, podéis decirnos los ejemplos de virtud cristiana de que allá fuísteis en verdad testigos bien molestos. Vosotras, al oprimir sus juveniles miembros, notar pudísteis los latidos de aquel corazón, lleno siempre de grandes empresas, y manantial fecundo de los más honrosos sentimientos. Vosotras le vísteis atado de pies y manos, ya con la cuerda al cuello para ser ahorcado: una sola palabra puede salvarle; pero esa palabra es gran perfidia, y Cervantes prefiere la muerte á la perfidia. Le vísteis animar á los tímidos para que perseverasen fieles á sus creencias; alentar á los apóstatas para que volviesen á ellas; tratar á todos con particular dulzura; con sus haberes pobrísimos socorrer liberalmente á los necesitados; cumplir con rigorosa exactitud los deberes cristianos, y, al compás de vuestros hierros, desahogar su fe en dulces y armoniosos versos en honor de la Virgen Madre, y sobre los más piadosos asuntos. ¿Qué más, señores?

Pero ¡ah! con algún otro fin habéis colocado ese libro sobre una tumba cristiana. Y no es por cierto difícil adivinarlo. Queréis acreditar solemnemente, que, si el cristiano autor del *Quijote* ha sido vuestro maestro de ingeniosa composición, de purísimo lenguaje, de discreción sin segunda, ese libro ejerce todavía un magisterio más alto: pertenece en su intención primera á la religión y á las costumbres. Sí, señores: esto podía ignorarlo el vulgo; pero de ninguna manera vosotros. Harto sabéis lo que eran los libros de caballerías; no ignoráis la avidez con

que eran leídos ó devorados por todos, ni que, aparte de sus monstruosas concepciones y escasísimo mérito literario, en su mayor número adulteraban las creencias, y traían la corrupción de las costumbres: eran casi, casi tan malos bajo este doble aspecto, allá en su época, como la novela francesa en nuestro siglo. Porque en ellos la superstición hacía tanto daño á la fe, como en ésta la incredulidad; y á más de esto, porque una poderosa mezcla de estupendo maravilloso y de loco apasionamiento trastornaba los cerebros y derretía los corazones; y era así como la doncella aprendía sus devaneos, el joven sus temeridades, la esposa su infidelidad, los potentados sus desafueros, y la familia y la sociedad entera amenazaban ruina y gran fracaso, no obstante los esfuerzos de un Víves, de un Venegas y otros sabios, que, sin éxito, tronaban contra tales libros. Y bien, señores: como cristiano, comprendió Cervantes la gravedad del mal; y hallando en su talento recursos felicísimos, como cristiano se propuso remediarlo. Ahora, si lo consiguió ó no con su *Ingenioso Hidalgo*, no hay sino ver, que tan menguadas leyendas relegadas fueron inmediatamente al olvido y cayeron en sin igual desprecio. Era, pues, la religión el sol que fecundaba á aquel grande ingenio, y también la regla que lo moderaba. «Antes me hubiera cortado la mano con que »las escribí, dice él mismo en el prólogo de sus *Novelas »ejemplares*, que sacarlas al público si todo en ellas no »fuera medido por el discurso cristiano.» Y así era la verdad, por lo menos, en su religiosa intención.

Bien se me trasluce, cristianos, que en este mismo instante la memoria os irá con citas y volverá con recuerdos, no habiendo sido todo limpio ni probado en algunos de vuestros maestros, ni aun en el propio Miguel de Cer-

vantes, en cuyo honor más nos empeña la solemnidad de este día: que el chiste no ha sido siempre casto; que la intención no ha sido siempre benévola, y que más de un desliz ha empañado vidas por otra parte muy gloriosas. Pero recordad, señores, cuál actitud es la nuestra. ¡Ah! no nos hemos reunido aquí para celebrar la apoteósis de los griegos, sino los funerales cristianos; y en ellos comienza todo por el temor del juicio, por el rubor de la culpa y la esperanza de misericordia. *Ingemisco tanquam reus; culpa rubet vultus meus; supplicanti parce, Deus.*

Nadie, sin embargo, se atrevería á negar que por lo común la vida de vuestros maestros nos suministra documentos preciosísimos, que ¡ojalá, ojalá! no olvidasen nunca en la suya los verdaderos sabios, ni los que de tales se precian en nuestros peligrosos días. Ellos nos enseñan que se puede tener talento, mucho talento, y ser fervoroso cristiano; porque, ¿quién podrá tener á menos adorar lo que tan de corazón adoró Cervantes, CUYO INGENIO (lo habéis escrito en el mármol) ADMIRA EL MUNDO? Ellos nos enseñan, que se puede ser literato sin ser impío, rechazando lo que de su edad decía Lactancio, *homines litterati minus credunt;* porque los hombres dados á la amena literatura eran entonces flojos creyentes. Ellos nos enseñan que nada sienta mejor á lo distinguido del ingenio y á la alteza de ciertas almas, que las perlas de virtudes con que se adorna la vida; que se puede ser chistoso, sin ser liviano; y crítico, sin ser mordaz; y alegre, sin ser impúdico; agradecido, sin ser bajo; sobresalir entre muchos, sin probar por esto orgullo; y conocer el mérito ajeno, sin dejarse comer por la envidia. ¿Quién más benigno con sus émulos, más indulgente con sus adversarios, más agradecido con sus protectores, más humilde

con todos que el varón insigne cuyas honras particularmente celebramos? ¿Quién más sufrido? ¡Ah! en este punto (perdónenme si exagero) ¡yo me atrevo á calificar de mártir á nuestro héroe! mártir, digo, del talento; pues con la conciencia de un alma gigante, mirándose desconocido de su tiempo y de sus hombres, humillado, pobre, torturado por las ocupaciones más ímprobas y más opuestas á un hombre de su ingenio, pudo decir con razón, que su talento era su principal verdugo, mas que la religión fué su principal consuelo.

¡Ah, señores Académicos! ingrata, injusta fué su época con nuestro Cervantes; ingrata por lo común con nuestros maestros: es ese achaque antiguo de literarios merecimientos. Pero la posteridad viene al cabo, y la posteridad siempre es justa. Ved por qué nosotros, los que hoy vivimos, que somos la posteridad respecto de tales ingenios, harto poco hacemos con decirles maestros; debemos también llamarles padres.

Nuestros padres, sí, padres de nuestra amada patria. Porque si padre es el que hace existir y avalora y caracteriza á su hechura, ¿quiénes con mejor título pueden llamarse padres de nuestra noble España, que esos ilustres muertos? Norabuena quede para los ociosos la fútil cuanto manoseada cuestión sobre preferencia entre las letras y las armas; pero, si fundadores son de un país, de una nación, los que extienden su territorio y adelantan sus fronteras y las fortalecen con castillos, porque le dan lo que podemos llamar el cuerpo; padres y fundadores de esa patria son los que con su ciencia y sus escritos le dan su pensamiento, le dan su esplendor, el brillo por el cual se la reconoce y respeta por los extraños, le dan su forma característica, su expresión, su verbo; digámoslo de una

vez, los que le dan el alma. Y esto es lo que han hecho por esta patria querida esos padres generosos.—Su *pensamiento* dije; porque ellos son los que, atrayendo las individualidades, todas las inteligencias españolas, hacia su inteligencia elevadísima, como soles que llevan tras sí en perpetua unidad todo un sistema celeste, han formado nuestra unidad de espíritu y de corazón, la verdadera unidad nacional; y nos han obligado á quererla, á conservarla como la sangre, como la vida, como la honra, dándonos la conciencia de lo que hemos sido, y de lo que podemos ser, con la verdad de sus historias, con la prudencia de sus leyes, con el entusiasmo de sus poesías, con las dulzuras inefables de su religiosa fe.

Su *esplendor*, dije también; porque ellos son los que, mejor que el Derecho de gentes, nos han granjeado el respeto y consideración de las naciones; que, gracias á sus esfuerzos, podemos ofrecer al mundo, en Mariana y Solís, la epopeya de nuestras hazañas; en el *Fuero juzgo* y las *Partidas*, la sabiduría de nuestros códigos; en las *Moradas*, la *Guía de pecadores*, el *Símbolo de la fe*, la *Perfecta casada*, etc., la pura fe y entrañable piedad de nuestros corazones; en León, Lope de Vega, Calderón, Fernando de Herrera, Francisco de Rioja y otros infinitos..... ¿sabéis qué? la medida exacta de la alteza de ingenio y fina penetración de nuestra gente; pues, como sabéis, en nada se significan mejor esas dotes de un gran pueblo, que en la talla de sus insignes poetas. Como sabéis, digo, que no sois vosotros, ni podríais serlo, de cierto vulgo ilustrado á medias, que llama á la poesía un pasatiempo y al poeta un visionario: no. Sabéis, y no es indigno del sacerdote recordarlo aquí, que la poesía es muestra grande y sublime de la jerarquía intelectual y

moral de una nación; porque es el poeta el más bello y genuino representante de las ideas que alcanzan sus hijos, como de los sentimientos que los embellecen. No ignoráis los nombres que daba á esa clase de seres el buen juicio de los antiguos: no sólo los nombraba genios; llamábalos también divinos, les decía profetas, *vates*. Suponíase, pues, dice un sabio moderno, que, por un favor rehusado á los demás talentos, el poeta se eleva á contemplar la verdad en su mismo origen, tomando á veces de allí, del foco original de toda ciencia, de Dios, hasta el presentimiento de los sucesos futuros; y que, alimentándose de la más pura substancia de la sabiduría, debía el poeta ser reconocido por el rey del pensamiento. Y no es todo exageración, señores; porque, como de decir acaba un prelado católico sapientísimo (1), «si la inteligencia es »un sol, la poesía es su rayo más brillante y más ardien- »te.» Hablo (ya se deja entender) de la verdadera poesía y de los buenos poetas. Ved si no la grandiosa figura de los vates de Israel, de ese pueblo mirado por Dios con estimación singularísima: ellos tienen en una mano la cítara, en otra la espada; en la siniestra el cetro, en la diestra el incensario. Y es que, sometidos á la inspiración propiamente divina, que los penetra y devora, fueron lo que debieron ser: cantaron á su Dios como lengua humana no volverá á cantarle; cantaron también la naturaleza, y eran al propio tiempo, entre los suyos, los maestros de las virtudes, el eco de sus alegrías, la expresión de sus arrepentimientos. Si, pues, los grandes poetas son gloria de una nación, y la gloria es la que trae y conserva y asegura el respeto y consideración de los demás pue-

(1) Mgr. Plantier.

blos, España puede llamar padres á los poetas insignes que ese túmulo nos recuerda, como la Roma pagana, no obstante su predilección por el estruendo y los triunfos de las armas, miraba con filial reverencia los laureles de Virgilio, entrelazados con los sangrientos laureles de César.

Su pensamiento..... su esplendor..... pero su *verbo*, dije en tercer lugar. Porque ellos son, esos famosos muertos, los que han unido y apretado en nudo estrecho, indisoluble, las cosas diversas, las relaciones múltiples, infinitas, que caben dentro de un mismo espíritu nacional; pero tan fuertemente, señores, que la inmensidad de los mares no basta á separarlas, ni ejércitos poderosos bastarán á dividirlas. ¿Sabéis con qué? ¡Ah! Vosotros me adivináis: con el encanto de la lengua castellana.—No hay patria, se ha dicho, donde no hay lengua común; así donde está la lengua está la patria, porque va con ella todo cuanto nos representa el nombre de esta dulce madre, como la aromática esencia, una vez aspirada, lleva á nuestra imaginación la gala y hermosura de la flor de donde ha salido. ¿No sentísteis nunca que os latía el corazón de filial ternura, al oiros saludar en lejanos climas en la armoniosa lengua de Cervantes? Pues bien, esa lengua, para nosotros, sinónimo de España; esa lengua, de que sois custodios, celosísimos guardadores, ellos son, esos generosos padres, los que asidua y afanosamente han venido elaborándola, nada menos que desde el *Poema del Cid* en la poesía, y desde el fuero de Avilés, como ha querido fingirse, en la prosa. Ellos la han formado, la han pulido, la han hermoseado, la han enriquecido con trabajo ímprobo y tarea enojosa, dándole al cabo esa pureza, elegancia y gallardía que la elevan á ser uno de los más bellos idiomas que han sonado jamás en los labios

de los hombres. Y por ventura, ¿los que tal hacen no merecen que los saludemos respetuosamente como á padres? Quien lo dude, señores, repare otra vez en aquel libro; recuerde cuál es allí su representación duplicada, y hallará en él la fe de esa paternidad y la partida de nuestra filiación. Por lo que, si se nos pusiese en la necesidad terrible de elegir para nuestra España, entre la pérdida, por ejemplo, de nuestro Cervantes y la de una parte de nuestro territorio ¡oh! yo no vacilaría en seguir á aquel inglés ilustre (1), que sublimó su patriotismo, estimando en más, para su patria, la gloria de Shakespeare que todas sus Indias Orientales.

Padres son, pues, los que han dado á nuestra España su pensamiento, su gloria, la expresión de su nacionalidad. Mas, si consideramos ahora, señores, lo que esos grandes ingenios han dado y dan que gozar deliciosamente con sus escritos, á nuestro espíritu y nuestro corazón, ¡ah! es forzoso decirlo todavía, no sólo nuestros maestros, no sólo nuestros padres, son también nuestras delicias.

Sí, señores, y es el espíritu religioso, unido al poético y al que podemos llamar patriótico-monárquico, dominante siempre en las producciones de nuestros ingenios, lo que hace que ellos sean fuente pura y muy regalada de placer para nuestras almas españolas. La historia entera viene á justificarlo.—Cuanto á la poesía, ella es, desde su infancia, si se quiere, *popular*; todavía más *heróica*, *caballeresca*; pero sobre todo *cristiana:* ahí están el *Poema del Cid*, la *Adoración de los Reyes*, los poemas de Gonzalo de Berceo, las *Cantigas* de D. Alonso el Sabio, y todo,

(1) Carlysle.

todo cuanto la musa nacional produjo entonces magnífico y sorprendente, al rumor de las batallas, al paso que se reconstruían los pueblos, y bajo la egida salvadora de generaciones de reyes tan cristianos como valientes. Viene luego nuestro gran siglo; ¡el décimosexto siglo! en el cual á altura inmensurable subieron los elementos de nuestra dicha; porque la Iglesia de España alcanza su edad de oro; porque nuestra monarquía campea en los ámbitos de dos mundos; porque nuestros sabios son admirados en todas partes: en los concilios, en las cátedras, en los gabinetes; y entonces, entonces..... ¿qué hizo nuestra literatura? ¿qué canta nuestra poesía? Eco siempre de la nación, cuya vida exalta y embellece, canta principalmente tres cosas: DIOS, PATRIA y REY. Y como estas tres cosas estaban en nuestro corazón, en nuestra sangre, en nuestro fundamento, no hay que decir que, con júbilo de nuestras potencias, los cantares á Dios son dulcísimos, los himnos á la Patria son grandiosos, las trovas al Monarca son heróicas. ¿Quién no se arroba al escuchar la voz suavísima del estático San Juan de la Cruz, y la de aquella mujer, por todo extremo admirable, que es una de las mayores glorias españolas, Santa Teresa de Jesús, cuando en melifluos versos desahogan sus corazones abrasados en el amor de Jesucristo; y al oir la de tantos y tantos como consagraron su ingenio á cantar las cristianas glorias? ¡Cuánta fe, señores, cuánto amor no revela este solo estribillo de la castellana doctora!

Vivo sin vivir en mí;
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

Y hablando de delicias, ¿qué puede ser comparado al contento, al entusiasmo, al delirio con que el pueblo es-

pañol asistía á los *misterios*, á las comedias á lo *divino*, á los *autos sacramentales*, si hemos de creer todo lo que sobre la materia inquirió y nos refiere el modesto é inolvidable González Pedroso, en uno de los trozos más elocuentes que se han escrito en el castellano idioma? Más todavía. ¡Fray Luis de León! ¡Fernando de Herrera! ¡Francisco de Rioja! ¡Qué tres nombres, señores, sobre infinitos otros, tan dulces, tan simpáticos para el espiritualismo proverbial, heróico de los españoles! ¿Quién con el primero, no se eleva á Dios por el suave, misterioso encanto de la *noche serena*; y, con el mismo, no se toma de tristísima ternura al decir á Jesús, que ya desaparece en las nubes:

Y ¿dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro,
En soledad y llanto;
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro!

¿Quién no siente ensancharse su corazón y arrebatársele el alma, al escuchar á Herrera, que así entona glorias de España por los triunfos del cristianismo sobre la media luna:

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero.
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra;

ó, con Rioja, no paladea la dulce, melancólica filosofía que el gran poeta hace caer sobre las grandezas humanas, ciudades populosas, soberbios edificios.....

cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago (1).

(1) Supónese, por seguir la general creencia, que la célebre oda á las

y la paz y contento de la virtud, con que convida al hombre en aquella *Epístola moral*, que será eterna cuando dice:

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares?

Y de nuestros prosistas místicos, ¿quién nunca acabaría de hablar, si de ponderar hubiera el tesoro de delicias que sus libros vierten en el alma del lector cristiano, ya con la sublimidad de sus pensamientos, ya con su decir donoso y elegante? ¡Oh! en este punto tenemos tanto y tan bueno, que apenas es posible elegir sin exponerse á dejar lo mejor. *Los nombres de Cristo*, la *Exposición del libro de Job*, la *Perfecta casada*, del maestro León; la *Oración y meditación*, la *Guía de pecadores*, la *Introducción al símbolo de la Fe*, de Fray Luis de Granada; el *Alcazar interior*, los *Avisos*, las *Cartas* de Santa Teresa, y todo, todo lo de éste Angel, que encarnó en España para bien y honra nuestra..... ¿qué son todas estas obras, y otras infinitas del mismo género, sino manantial inagotable de delicias, de sabrosos consuelos, de dichosa espiritualidad? ¿Qué era lo que escuchaba el gran Lista ¡nuestro maestro Lista! en las últimas horas de su vida, para llenar de dulzura esas horas tan amargas? Lo sé muy bien, señores: las *Cartas* de Santa Teresa. ¿Cuál era el único hilo con que el *despreocupado* abate Marchena permanecía preso, digámoslo así, en las creencias católicas? Era el encanto de la *Guía de pecadores*, que perseveró en leer toda su vida.

Y ya que de delicias se trata, podríase no hacer men-

Ruinas de Itálica es de Rioja, no ignorando que más ilustrada crítica la atribuye hoy á Rodrigo Caro.

ción especialísima de ese libro, el *Ingenioso Hidalgo,* que es (permítaseme decirlo) el quita-pesares de toda mala ventura, el solaz de todo descanso y el antídoto de toda tristeza? Él recrea á los doctos con la profundidad de sus sentencias, regala á los gobernantes con sus máximas sapientísimas, deleita á los literatos con lo selecto de la frase, alegra al anciano con la amenidad de los sucesos, transporta al niño con lo maravilloso de sus invenciones, y á todos divierte con la abundancia de su chiste, con la finura de su sátira, con lo honesto de sus donaires. ¡Ingenio felicísimo, señores, el de nuestro Cervantes! Y bien podemos decir, que si todos nuestros escritores han sido y son nuestras delicias, Cervantes ha sido, es y será siempre las delicias de nuestros escritores.

Empero la verdad es que, después de considerar á ese hombre extraordinario bajo el triple aspecto que le es propio, el ánimo queda indeciso, confuso, sin saber por qué manera debemos más á su singular talento, si por lo que nos enseña, ó por lo que nos glorifica, ó por lo que nos deleita. Pero mi confusión, señores, llega á lo sumo al fijar otra vez mi vista en ese glorioso túmulo, recuerdo solemnísimo de tantos sabios, de tantos escritores, de tantos ingenios como han honrado las letras españolas. Así es que, cuando ya en estos momentos quisiera yo reunirlos en vuestra presencia, y contarlos todos, si posible fuera, y condensar en breve resumen todo lo que en el curso de los tiempos han hecho por nosotros, enseñándonos, engrandeciéndonos y deleitándonos, ¡ah! el alma sale de sí, y no acierta sino á percibir una voz que baja del cielo. *Audivi vocem de cœlo;* pero voz de tres sonidos, semejante á la que oyó en espíritu el Evangelista en Patmos: *tanquam vocem aquarum multarum,* como

voz de las abundantes aguas de su doctrina; *tanquam vocem tonitrui magni*, como voz poderosa, que nos concilia el respeto y consideración de los extraños; voz, en fin, que, articulada en la sonora lengua castellana, parece *sicut citharœdorum citharizantium in citharis suis*, como de tañedores que tañen en sus propias cítaras (1). Y esta voz, señores, es la de la persuasión íntima en que estamos de que ellos son nuestros maestros, de que ellos son nuestros padres, de que ellos son nuestras delicias. ¡Tanto es lo que han hecho por nosotros esos célebres difuntos! Y por lo que, contando con la divina misericordia, que perdona las faltas, y con la divina justicia, que premia toda buena obra, creer podemos piadosamente que todos están en Dios, que todos viven en Dios, que todos han terminado su carrera en paz. *Corpora ipsorum in pace sepulta sunt.*

Y bien, señores: otra pregunta veo ahora asomar á vuestros labios, y en la que debo ocuparme con brevedad, si he de poner no lejano término á este ya cansado discurso. «Si tanto es lo que esos ingenios han hecho por »nosotros, ¿qué es lo que nosotros debemos hacer por »ellos?» *Quan mercedem dabimus eis?* decís con el reconocido Tobías. Y respondo, señores Académicos, también con sólo tres palabras, que yo sé van á encontrar gran eco en vuestra alma generosa: les debemos lágrimas, recuerdos, oraciones.

¡Lágrimas! Y ¿os parecerá mezquino este tributo? ¡Ah! no: es muy alto, es excelente. Después de nuestra alma, después de la sangre de nuestras venas, nada tenemos, nada, que sea, humanamente hablando, más noble ni más

(1) Apoc. 14, II.

íntimo. El hombre no ha recibido del cielo don más precioso, poder más grande que el don y el poder de las lágrimas. ¿Qué es lo que no expresan las lágrimas? ¿Qué es lo que no se consigue con lágrimas? ¡Ah! Dios ha puesto tan subido su precio, y dado tanta eficacia á este don misterioso, que Él mismo se deja vencer por su medio; bastando una sola, caída de los ojos humanos, para encadenar sus brazos y triunfar de su corazón. ¡Tanta dignidad, tanto valor, tanto poder y fecundidad hay en las lágrimas! Luego si en memoria de esos bienhechores, que ya no existen, el pesar nos arranca lágrimas del corazón, no será, no, tributo despreciable el que ofrezcamos ante su tumba; porque con lo más rico de nuestra existencia, con lo más precioso del sentimiento es con lo que formamos ese tributo, ofrenda del alma, testimonio irrecusable del verdadero amor.

Cierto que muchos de los objetos carísimos á quienes honramos en este día, no sólo no piden, sino que rechazan nuestras lágrimas, anegados como se hallan en el piélago de inefables delicias con que la visión de Dios los embriaga y rodea: no ignoráis que las letras españolas están bien representadas en el cielo mismo, y que á representantes tan ilustres la tierra entera da culto en sus altares como justos, como venerables, como santos. Cierto también, que de muchos de nuestros ingenios nos separan, no sólo el sepulcro, sino luengos siglos, numerosas generaciones; y que el tiempo, que todo lo abate y consume, sin destruir la estima que les debemos, hará poco menos que imposible en su favor la ternura del sentimiento y de las lágrimas. Mas si esto es así, porque nuestro espíritu, preso aún en las cadenas del tiempo y del espacio, no puede naturalmente dilatarse y vivir, como

hará un día, en lazo estrecho de caridad con los hombres de todos los tiempos y de todas las edades..... ¡ah! venid, venid, señores: bajo ese fúnebre paño yacen también, entre osamentas áridas, los tibios restos de muchos de los que habéis conocido, con quienes habéis conversado, y que han sido, respecto de vosotros, objetos de filial y santa veneración, ó de dulce y fraternal cariño. ¡Ah! Sólo en breve plazo de tres años, ¡cuánto duelo! ¡cuántas víctimas!.... Mora, Alcalá Galiano, el Duque de Rivas (Director dignísimo de la Academia), Pacheco, el Marqués de Pidal, Ventura de la Vega, ¿dónde, dónde están? ¡Ay! En la última conmemoración solemne de nuestros difuntos, sentados estaban con vosotros en esos escaños: hoy ya están allí, ¡en la eternidad! Desiertas se ven aún en vuestras asambleas las sillas que tan dignamente ocupaban; el luto y lágrimas de sus hijos, de sus esposas, de sus amigos, no han cesado todavía. Ved por qué vosotros, que sois aquí en este día el eco fiel, la representación de las dos madres más tiernas que se conocen, la Religión y la Patria, con la Patria y la Religión pagar debéis ante esa tumba el tributo de vuestras lágrimas á los que por triplicado vínculo obligan nuestros corazones. Y no hay que dudarlo, señores. La Religión llora hoy á tan preclaros hijos: como veis, se cubre de luto y entona esos ayes plañideros que habéis oído, y que parecen pegarse al alma según lo triste que nos la dejan. *Dimitte ergo me*, ha dicho, *ut plangam paululum dolorem meum* (1). Y nuestra Patria, á su vez, mezclando sus lágrimas con las de la Religión, llora también por sus numerosos hijos, como aquella madre que cansaba los ecos de Ramá sin querer consolarse, porque

(1) Job. 10, XX.

sus hijos no existían. *Rachel plorans filios suos, et noluit consolari, quia non sunt.*

Y sin embargo, señores, tratándose de pagar á muertos tan ilustres la deuda sagrada del reconocimiento y del amor, claro es que todo no ha de limitarse en lágrimas; porque, al cabo, todos los sentimientos humanos, por grandes y generosos que sean, faltando lo que voy á nombrar, son en la vida transitorios, fugaces; amenazados están de eterno olvido. Y bien, ¿qué es lo que salva de esa segunda muerte, lo que triunfa del tiempo, sino la memoria, los recuerdos? ¡Los recuerdos!.... que detienen y clavan lo que se desliza; que tornan presente lo que pasó; que hacen vivir lo que ya no es! He aquí por qué los recuerdos deben de entrar por mucho en la merecida recompensa de esos bienhechores. Pero recuerdos, no de una hora, ni de un día solamente, sino los recuerdos de los siglos, los recuerdos de la Historia, que es la que recoge y guarda los merecimientos y los sacrificios, y los registra en sus anales, los graba en el mármol ó en el bronce, los conserva, los perpetúa, los eterniza, mandándolos á las edades futuras, á posteridades remotas, coronados de gloria y de inmortalidad. Y no creáis, católicos, que estas palabras *recuerdos*, *gloria*, *inmortalidad*, sean palabras vacías de sentido, ó que no haya en tales cosas, humanas sin duda, sino vanidad y nada. Porque, si abro por muchas páginas la Sagrada Escritura, mostraros puedo al mismo Espíritu de Dios tejiendo las alabanzas de los sabios y de su sabiduría, mandando que se conserve su memoria, y excitándonos á encomiar á los varones eminentes que, por su ingenio, se cubrieron de gloria en su generación. *Laudemus viros gloriosos in generatione sua.....*, dice el hijo de Sirac, *prudentia præditi..... in peritia sua*

requirentes modos musicos, et narrantes carmina scripturarum. Ni podía ser de otro modo, señores; porque, si el agradecimiento es el recuerdo del corazón, el recuerdo de la Historia es el reconocimiento de la Patria. Es, pues, justo que esos hijos beneméritos de España, que nos han dedicado sus vigilias, sus estudios, sus tareas, reciban en recompensa la vida de los recuerdos, de la inmortalidad, de la gloria; es justo que sus nombres no perezcan como su vida; que su memoria florezca hoy sobre esa tumba, á fin de que á siglos y siglos de distancia, baste pronunciar dos ó tres nombres: Cervantes, Calderón, Herrera....., para que en el momento esas palabras hagan estremecer de entusiasmo á España entera, y nos inflamen y nos electricen con la enumeración de sus obras, con el encanto de sus versos, con la elegancia de sus escritos. Y como esto es justo, señores, la Academia Española no ha podido ignorarlo, y lo promueve y lo practica. Dícelo bien alto la misma institución de esta fúnebre solemnidad; pero muy particularmente el esmerado celo y muy prolijo cuidado con que publica las obras y escribe las vidas de esos floridos ingenios, y teje sus alabanzas y consagra su memoria. ¡Quién mejor que los hijos conservarían los recuerdos de sus padres?

Y ya con esto, señores, si yo no hablase á cristianos, podría dar aquí por terminada mi tarea; porque, después de lo que acabo de decir, después de lágrimas y de honrosos recuerdos, humanamente hablando ¿qué nos queda? Nada. Diré más: digo que aun de esas mismas cosas, yo entiendo que ninguna llega á la eternidad: ambas se detienen en los límites del tiempo. Llorad enhorabuena sobre una tumba, y ¿qué lográis? No más que humedecer los umbrales de la eternidad: vuestras lágrimas no pa-

san más adelante. Rodeadla de honor y de recuerdos: ¿qué hacéis? No más que un poco de ruido, que podrá atravesar los siglos, pero que no traspasará las puertas de la eternidad. Luego ¿nos vemos reducidos á la imposibilidad de ofrecer á esos queridos muertos algo más que lágrimas estériles, vanos honores, recuerdos impotentes? ¿No ha puesto Dios en nuestros labios y en nuestro corazón cosa más eficaz, que penetre al otro lado de este mundo, y, ganando el lugar de la prueba, lleve allí la luz, el refrigerio y la paz? ¡Oh! sí; hemos recibido de Dios esta facultad, este don maravilloso. Dios, para formarlo toma en su mano el corazón del hombre; infunde en él la esperanza y el amor, y del amor y la esperanza toma vida, nace la oración. Dios hizo más: como esta oración había de ser por sí sola impotente, Dios la animó, la fortificó con su gracia, la empapó en la sangre de su Hijo; y transfigurada por esa gracia y ennoblecida por esa sangre victoriosa, la oración obtuvo fuerzas y fecundidad sobrehumanas. Y ¿quién lo duda, señores? Hoy, aquí mismo, han debido realizarse estos consoladores misterios; sentir hemos podido todos, con sentidos de la fe, el poder y la eficacia de la oración. Yo la veo: partiendo de nuestros labios, de los labios de todos mis oyentes: la oración ha salvado el tiempo y el espacio; ha llegado á las puertas de la eternidad. En ellas se ha encontrado con este fúnebre concierto de lágrimas y honrosos recuerdos, que es lo que humanamente podemos dar. Pero ¡ah! más poderosa que todos ellos, no se detiene allí; rebasa el temeroso umbral, elévase sobre las alas de los Ángeles, sube hasta el trono de Dios, va derecho á su corazón, lo toca, lo ablanda..... hace callar á la justicia, mueve á hablar al perdón. Entonces, con la nueva de misericordia, nuestra plegaria

baja del divino alcázar á los abismos de la expiación: se cierne sobre las almas que aguardaban hasta este día la hora de su rescate, apaga el fuego abrasador que las devoraba, y, rompiendo sus cadenas, les devuelve la libertad y la ventura. He aquí, cristianos, lo que puede la oración por los difuntos; lo que acaba de hacer la vuestra en favor de esas queridas almas: ella es más fecunda que las lágrimas; tiene más precio que los honores; va más lejos que los recuerdos. Para ella no hay obstáculos, no hay distancia, no hay duración: el cielo se abre en su presencia, el infierno se cierra á su voz; lo puede todo; lo obtiene todo, triunfa de todo..... ¡Ah! Santa y saludable es, dice la Escritura, la idea de orar por los difuntos, para que se les perdonen sus pecados. *Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.* No es, pues, sin motivo el habérosla presentado como la mayor de todas las recompensas que podéis tributar á esos gloriosos ingenios, y como la más imprescindible, si habéis de pagarles la gran deuda de sus beneficios; por que, habiendo hecho tanto por vosotros, que no han podido menos de morir en paz, *Corpora ipsorum in pace sepulta sunt*; al paso que, con vuestras lágrimas y recuerdos, hacéis amables y eternizáis sus nombres en la tierra, por vuestra amorosa plegaria obtendréis que ellos sean también inscritos en el cielo. Así esos nombres vivirán eternamente, *et nomen eorum vivit in generationem et generationem.*

He concluído, señores. Pero habiendo hablado tanto de los muertos, ¿á vosotros los vivos nada añadirá el ministro de la palabra? Costoso me sería por cierto. Sea, pues, lo único, señores de la Academia, el daros y darme parabién cordialísimo, porque guardáis con fidelidad las lec-

ciones, porque seguís sin alteración la senda de esos ilustres antepasados nuestros. Sí; lo declara bien esa actitud doliente y suplicante con que habéis venido al templo á arrodillaros delante de esa tumba, no para mezclar vuestros laureles con los suyos, vuestra gloria con su gloria en este solemne espectáculo. ¡Vuestra gloria! ¡Ah! Yo no debo en vuestra presencia ni pronunciar su nombre; que *ante mortem ne laudes hominem*, me dice el Eclesiástico [1]. Y nada hay más enemigo de la gloria que la gloria misma, puesto que muchos que triunfaron de todo, que lo vencieron todo, dejáronse vencer de su gloria, no pudiendo soportar el peso de sus propios lauros. Mucho menos nombrar debiera yo esa gloria aquí, donde todo lo que nos rodea predica del modo más severo y elocuente esta terrible verdad: *gloria stercus et vermis!* ¡gloria humana, estiércol y gusanos!.... aquí, donde, si la religión honra á esos muertos, y toma en boca sus alabanzas, y consagra su memoria ¿sabeis por qué es? Porque juzga como madre piadosa que sus hijos terminaron su carrera en paz, es decir, en amistad de Dios, habiendo con las virtudes santificado las letras, y con las letras esmaltado las virtudes. De otra suerte, señores, silencio profundo reinaría ahora en este lugar; porque la religión no tiene coronas sino para las sienes del justo.—Complázcome, pues, en esa vuestra piedad: el mundo sabe por ella que la Academia Española es esencialmente católica; y al veros venir á orar al Padre de las luces por el reposo eterno de vuestros hermanos difuntos, dirán los buenos todos y dicen cuantos os miran: *Hæc est vera fraternitas*, esta sí que es verdadera fraternidad.

(1) XI, 30.

Felicítome también porque es puntualmente en este santuario, en vuestro devoto templo, venerables esposas de Jesucristo, donde tiene lugar este insigne y caritativo oficio; no sólo ya por el concepto de que, como Ángeles de oración que sois, vuestras plegarias habrán sido las primeras, y (lo diré también) las más poderosas para alcanzar el descanso de esas almas, sino muy particularmente porque sois TRINITARIAS, es decir, sois de esa Familia Redentora á cuya abnegación y esfuerzos debió en mucha parte España la libertad del gran Cervantes, y hoy debe por lo mismo la inmensa gloria que él nos ha legado. ¡Ah! Vosotras fuísteis sus libertadoras en vida, sois sus guardadoras en muerte, como custodias de su sepulcro..... ¿No habéis de ser en este día las redentoras de su alma y de las de sus ilustres compañeros, si aún lo necesitan?

Compláceme además sobremanera, respetabilísimos oyentes en general, el veros acudir en tan crecido número al sagrado recinto, dando así á este glorioso y triste aniversario el carácter de un duelo público, en el cual todos los hijos de la madre España se interesan debidamente por los que han allegado para nosotros tanta luz, tanto esplendor, tanta felicidad. Oremos, pues, todos, señores; oremos porque sus almas gocen también de la luz, de la gloria y felicidad que nunca mueren.

No con otro fin ese venerable é insigne Pastor, representante ilustre del Vicario de Jesucristo en la tierra (1), tomando en sus manos, primero el turíbulo del Santuario y después la Víctima Propiciatoria, se ha colocado entre los vivos y los muertos, como Aarón, pidiendo al Dominador de todos los seres por los que viven, y por los que ya

(1) Era celebrante el Excmo. y Rmo. Sr. Nuncio de Su Santidad.

no son; pidiendo por los muertos, es decir, por las almas de esos Ingenios Españoles, para que el Dios de las misericordias las introduzca en su reposo eterno; pidiendo por los vivos, esto es, por nuestros Católicos Monarcas, remuneradores larguísimos, como sus antepasados gloriosos, de los literarios merecimientos; por la España entera, que tan entusiasta se muestra hoy por la memoria de sus preclaros hijos; y con grande especialidad, y hasta por un deber de justicia, por la Academia Española; ¡por la Academia, señores! á fin de que este primer Cuerpo literario de una Nación siempre católica, acierte á mantener constantemente ileso el espíritu religioso que hemos heredado de nuestros mayores, y defienda y asegure y enaltezca el Catolicismo con su pluma y con su palabra; porque con la palabra y con la pluma suele verse hoy atacado por malos españoles y por peores cristianos. Y no en verdad, señores Académicos, porque la Religión necesite de vosotros, sino porque vosotros, y yo, y todos necesitamos de ella; pues siendo la mejor y más bondadosa de las madres, ella es la única que tiene consuelos para los que trabajamos en la tierra, sufragios para los que padecen en el purgatorio, y palmas y coronas para los que reinan en el Cielo.

SOBRE EL QUIJOTE

Y SOBRE LAS

DIFERENTES MANERAS DE COMENTARLE Y JUZGARLE [1].

Señores:

Designado yo, algunos meses há, para leer en este año la disertación de costumbre en la Junta pública con que esta Real Academia solemniza el aniversario de su fundación, elegí desde luego un asunto, importante siempre, pero que en el día más que nunca llama á sí la atención de todos los españoles amantes de las letras. Por desgracia, no pequeños cuidados, disgustos y enfermedades, han impedido que yo le consagre el diligente esmero que fuera menester para salir en él airoso, porque son muchas las dificultades que ofrece, y no es la menor la de evitar quien le elija la nota de presumido y temerario.

Elegí, señores, el *Quijote* para materia ó argumento de mi discurso. Y como nadie podrá imaginar, por mala ó menguada opinión que tenga de mis alcances literarios, que yo había de contentarme con ir á segar ó espigar en mies ajena, y como, desde el segundo tercio del

(1) Discurso leído por el Académico de número D. Juan Valera, en la Junta pública inaugural del 25 de septiembre de 1864.

siglo XVIII, han sido tantos los que sobre Cervantes y sus obras han escrito, acaso dé yo á sospechar que, ya que no los copie, escriba para tildarlos de que se equivocaron, para hacer la censura de sus opiniones y para poner la mía por cima de la de todos. Entendido así mi propósito, habría algún derecho para creerle nacido de altivez y petulancia, y me predispondría mal con quienes me escuchan y con otras personas discretas, cuya benevolencia anhelo captarme.

Me veo, pues, en la precisión de pedir disculpa por haber elegido tan difícil asunto, llevado y enamorado de su atractivo poderoso, y de explicar además en qué forma voy á hablar de él. Porque siendo, como lo es, discutible, bien puedo decir, con los miramientos debidos, lo que se me alcanza, sin ofender ni vejar en lo más mínimo á los que lo contrario pensaron y dijeron. Acaso sean de ellos, y no mías, la discreción y la crítica atinada. Mas, aunque así sea, todavía no se me ha de negar que podrá ser útil lo que yo dijere, porque presentaré las cosas bajo otro aspecto y las veré á otra luz, sirviendo todo para cuando una inteligencia más alta y más clara venga á dirimir la contienda, y á determinar la significación y la importancia del libro extraordinario que coloca á Miguel de Cervantes Saavedra entre los ingenios de primer orden.

Ha habido y hay aún, en tierras extranjeras y dentro de España misma, críticos adustos y poco sensibles á la belleza poética, que no estiman á Cervantes en lo que vale, y que más ó menos encubiertamente le censuran y rebajan. Poca fuerza tienen sus ataques, y mil veces han sido ya rechazados. Tarea inútil sería reproducirlos aquí del todo, y rechazarlos de nuevo. Importa, no obstante, hablar de algunos, aunque sea en resumen, porque sirven

para aclarar la idea que sobre Cervantes y su obra inmortal debe tenerse, y porque han nacido, por espíritu de contradicción, de las desatinadas alabanzas que á Cervantes se han prodigado.

Se ha de tener en cuenta que, en el último siglo, se cifraba todo el valor de una obra literaria en el atildamiento, en la corrección escrupulosa, en la regularidad y simetría de las partes y en el primor de la estructura, subordinando la poesía á un fin extraño, á un propósito subalterno, á una lección moral, á la demostración de una tesis. Todo poema, cualesquiera que fuesen sus dimensiones, su forma y su género, venía á quedar reducido á un apólogo ó á una parábola. Considerado el *Quijote* de esta suerte y de esta suerte elogiado, provocaba á la censura y se prestaba á ella. Pueriles y mezquinas eran en verdad las razones del detractor; pero no solían ser mucho más valederas y firmes las de quien encomiaba.

Por dicha, con la exagerada admiración y séquito del pseudo-clasicismo francés, no se cegaron nuestros literatos hasta negar todo valer á los autores españoles del siglo XVII; y si bien con Calderón, Lope, Moreto y casi todos los demás dramáticos, fueron consecuentes, censurándolos y disimulando mal que los estimaban en poco, con Cervantes no lo fueron, por donde, sin advertir méritos que realmente tiene, le atribuyeron otros que nunca tuvo, ni quiso, ni soñó tener en la vida. El último extremo del delirio á que se llegó sobre este punto, en el siglo pasado, fué el de D. Blas Nasarre, quien, para admirarse á su salvo de las comedias de Cervantes escritas contra todas las reglas, sin las cuales, según él y los de su escuela, no se puede escribir una comedia sufrible, supuso que Cervantes había escrito mal las suyas adrede para

burlarse de las otras. Del mismo modo, refieren de Hermosilla sus detractores que compuso varios romances bajos y vulgares, á fin de probar que no cabe el estilo sublime en dicha forma de poesía.

Por este orden, aunque no sea tan patente lo absurdo, son no pocas de las razones en que se fundaban muchos críticos del siglo pasado, y aun de principios del presente, para encomiar á Cervantes, conforme á los estrechos preceptos de la escuela que seguían.

Ensalzado Cervantes hasta las nubes en todas las naciones de Europa, y singularmente en Inglaterra y Francia, ya miradas entonces, y no sin motivo, como al frente de la civilización del mundo, se avivó el fervor de nuestros literatos, y no pudieron menos de reconocer en el autor del *Quijote* á uno de los pocos seres privilegiados que, valiéndonos de un neologismo expresivo y elegante, designamos hoy con el nombre de *genios*. La injusta crueldad con que las referidas naciones denigraban todo lo demás de España, daba mayor precio y fuerza al panegírico de Cervantes, haciendo de él una excepción rarísima, el Píndaro de esta Beocia. Como se negaba que hubiésemos tenido filósofos, sabios y grandes humanistas, y al propio tiempo se afirmaba que Cervantes era un *genio*, muchos críticos españoles, que con harta humildad creían la primera afirmación, quisieron subsanarnos del daño deduciendo de la segunda que en Cervantes estaban compendiadas todas las ciencias, todas las humanidades y toda la filosofía. Por otra parte, la magia del *Quijote* concurría y conspiraba á que pasase su autor por un varón extraordinario, y yo creo que no hubo *clasicista* español de aquella época, y sea esto dicho para honra de todos, que, por mucho que se admirase de su Boileau, de su

Corneille y de su Racine, no pusiese al manco de Lepanto por cima de estos tres escritores, sin hallarle igual, á no ser en Homero. Tasado tan alto Cervantes, por fuerza tuvieron los críticos que dar razón de la tasa, fundándola en algo que se midiese por las reglas de su escuela y que cuadrase y se ajustase con toda exactitud al ideal de perfección que ellos del escritor habían formado. Hicieron, pues, de Cervantes un terrible erudito, un reverendo moralizador, un purista escrupuloso, un atildado hablista, un siervo de las reglas y un ídolo, en suma, adecuado á la religión que ellos profesaban y á quien pudiesen rendir culto y hasta adoración, sin abjurar de sus creencias ni pasar por apóstatas.

Contra este Cervantes desfigurado y disfrazado; contra este Cervantes, cuyo valer se ponía en aquello de que tal vez carece, se levantaron algunos críticos más consecuentes ó más sinceros de la misma escuela. Contra algunos encomiadores harto hiperbólicos que llaman á Cervantes, como Mor de Fuentes, *el ilustrador del género humano*, por fuerza había de levantarse la reacción. Se comprende que Orfeo, Lino, Eumolpo, Homero, Hesiodo, Valmiki ú otro gran poeta de la infancia de las sociedades y de la primera edad del mundo, pueda ser llamado así. Toda la filosofía, toda la moral, toda la ciencia de entonces cabían en verso. El poeta era el hierofante de la humanidad. Pero en el siglo XVII, en el siglo de Newton, de Copérnico, de Descartes y de Leibnitz, después que los eruditos habían resucitado toda la ciencia antigua, acrecentándola y mejorándola los sabios; cuando en España habíamos tenido profundos teólogos, publicistas, filósofos y jurisconsultos, y había llegado el pueblo á un grado eminente de civilización propia y de castiza

cultura, llamar á Cervantes *el ilustrador del género humano* porque escribió un admirable libro de entretenimiento, es una hipérbole que raya en lo monstruoso. Esta hipérbole y la manía subsiguiente de ver en Cervantes un sutilísimo psicólogo, un refinado político, y hasta un médico consumado, excusa la prolijidad severa con que le censuran algunos, y Clemencín entre ellos. Odioso é impertinente me parecería el comentario de Clemencín á no ser por las consideraciones apuntadas.

Por cierto que el prolijo comentador, con su buen juicio, con su amor á la gloria de la patria, y con su facultad crítica perspicaz y sensible á la hermosura, no pudo menos de pasmarse y enamorarse de la del *Quijote;* pero le despedaza, como las Bacantes á Orfeo. Las incorrecciones y distracciones, las faltas de gramática, los barbarismos, las citas equivocadas, fruto de una lectura vaga y somera, todo esto, sacado desapasionadamente á la vergüenza por Clemencín, forma la mayor parte del comentario.

Pero, prescindiendo de la manera que tuvieron los clasicistas de estimar el *Quijote*, y colocándose en un punto más elevado, se rechaza en seguida la crítica del erudito Clemencín por harto minuciosa. Es lo mismo que ponerse á considerar la Vénus de Milo con un vidrio de aumento, deplorando las asperezas y sinuosidades del mármol, y prefiriendo el barniz, la lisura y el pulimento de una muñequita de porcelana.

Aun dentro del espíritu analítico y gramatical que presidía é inspiraba el comentario de Clemencín, y sin elevarse á más altas esferas, tienen contestación no pocas de sus censuras al *Quijote*.

El que Cervantes llamase laberinto de Perseo al labe-

rinto de Teseo, y Bootes á uno de los caballos del sol, y el que citase por de Virgilio un verso de Horacio, ó por de Horacio un verso de Virgilio, son errores que no importan de modo alguno en un libro donde no se trata de enseñar mitología ni literatura latina. Cervantes además dejaba correr libremente la pluma, escribía obras de imaginación y no disertaciones académicas, y no había su fantasía de abatir el vuelo, ni él había de pararse en lo mejor de su entusiasmo para consultar sus autores, si los tenía, y ver si la cita iba ó no equivocada.

Sobre las faltas de gramática de Cervantes anda también Clemencín bastante sobrado en la censura é injusto á veces. Las concordancias, por ejemplo, del verbo en singular y el nominativo en plural, ó al contrario, esto es, la falta de concordancia, no es defecto de Cervantes solo, sino de todos nuestros autores, desde los orígenes de la lengua castellana hasta el día, como lo prueba Irisarri en sus *Cuestiones filológicas*, con textos copiosos. No es esta falta, por lo tanto, sino modo de ser, elegancia, ó libertad de nuestro idioma.

Clemencín exige á menudo de Cervantes una exactitud tal en los términos, una precisión tan rigorosa y una dialéctica tan severa, que nunca ó rara vez fueron prendas de los poetas inspirados, sino de los filósofos de estilo frío y erizado de fórmulas y de los retores y gramáticos más acompasados y secos. Por otra parte, la lengua castellana y su gramática no estaban entonces tan fijas y sujetas á preceptos como en el día. No negaré yo, sin embargo, que la censura de Clemencín es útil para aprender á escribir bien y para llegar á conocer y á evitar los defectos, pero en cuanto tira á rebajar el mérito de Cervantes tiene escasísimo valor.

Aun dentro de la escuela clásico-francesa, cuyas prescripciones se siguieron en España, aunque exageradas y torcidas, como en Francia misma se torcieron y se exageraron en el siglo XVIII, la corrección es una de las prendas de que menos cuenta se hace para evaluar los escritores. Los buenos críticos franceses del siglo de Luis XIV, y el príncipe de ellos sobre todo, el famoso Boileau, creían, como el ministro de la gran Zenobia, que las faltas son propias de los grandes ingenios, y los que no las tienen son los ingenios rastreros y vulgares, los cuales no se aventuran, ni se remontan, ni se distraen y caminan siempre por camino trillado, llanísimo y seguro, atendiendo con suma precaución á menudencias de estilo de que prescinde ó de que se olvida un ingenio grande. Porque Homero, añade el maestro de Porfirio, traducido, comentado y aplaudido por Boileau, incurrió en muchos defectos, y Apolonio de Rodas no tiene ninguno, y Arquiloco carecía de orden y de concierto y Eratóstenes no, y Píndaro era incorrecto y Bachílides no lo era, y Ion de Chio componía tragedias infinitamente más conformes á las reglas y más limadas y primorosas que las de Sófocles. Pero, á pesar del atildamiento y pulcritud de Apolonio, de Ion, de Bachílides y de Eratóstenes, y de que jamás cayeron, ni tropezaron siquiera, y de que siempre escribían con suma elegancia y agrado, los otros autores que cité antes son mil veces mejores, con todos sus tropiezos, faltas, extravagancias y caídas. Y este juicio que dió el ministro de la gran Zenobia, estaba ya, á pesar de los Zóilos, confirmado por siglos de adoración, y sigue aún firme, á pesar de Voltaire y de Perrault y de otros críticos, consecuentes á la doctrina del *bon sens* y de la pulcritud meticulosa.

Otra clase de censuras de Clemencín, poco atinadas á menudo, suelen fundarse en que entiende el texto muy á la letra, y no desentraña la ironía. Así es que tomándole seria y rectamente, toma también ocasión de censurar, con una inocencia que viene á hacerse chistosa. Por ejemplo, se dice en el *Quijote* que los milagros de Mahoma son una patraña, y que *de haber tomado Sancho una honrada determinación saca el autor de la historia que debió de ser bien nacido y por lo menos cristiano viejo:* todo lo cual aflige y apura en extremo á Clemencín, y le da á entender que Cervantes incurre en una impropiedad imperdonable, ya que presupone que la historia de Don Quijote está escrita por un mahometano, el cual ni debía dudar de los milagros de su profeta, ni creer que se necesitase ser cristiano viejo para ser honrado. Esta observación crítica de Clemencín se parece, con perdón sea dicho, á la que hace Sancho Panza al oir al diablo-correo jurar *en Dios y en mi conciencia.* «Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe ser hombre de bien y buen cristiano, porque, á no serlo, no jurara *en Dios y en mi conciencia.* Ahora tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente.»

La severidad de Clemencín en la exactitud de las citas le lleva también muy lejos. Así, v. g., cuando prueba que no fué Madásima, sino Grasinda, la que eligió al maestro Elisabat por confidente y consejero, y tuvo con él ciertos tratos y familiaridades que dieron ocasión al vulgo maldiciente para que dijera lo que dijo, casi ve el lector á Clemencín trabar, por amor á la erudición, una tan graciosa pendencia con Cardenio, como la que sostuvo Don Quijote, á fuer de legítimo caballero andante, defensor de la honestidad y buen nombre de las reinas y damas principales.

Otra clase de comentarios que lleva Clemencín al extremo, es la de ver á cada paso en el *Quijote* remedos, imitaciones ó parodias de los libros de caballerías. Imitarlos y parodiarlos era, sin duda, el propósito de Cervantes, mas no tan asido y sujeto á ellos, que apenas hay, según Clemencín, no se diga ya aventura, pero ni vulgar incidente, por insignificante que nos parezca, que no caiga adrede en el *Quijote* á fin de remedar, parodiar ó recordar otro caso ó varios casos semejantes de uno ó más libros de caballerías. En esto luce Clemencín su extraordinaria erudición en todo, y singularmente en dichos libros, y prueba su diligencia suma en compulsarlos; pero, si á veces nos convence, más á menudo no nos convence de que haya habido imitación. Así, por ejemplo, Sancho principia á llorar cuando la aventura de los batanes, temiendo perder á su señor y de miedo de quedarse solo. Para un profano nada hay más natural que el lloro de Sancho. No hay para qué imaginar imitación: mas Clemencín cita en seguida, para hallarla y demostrarla, todos los escuderos, enanos, dueñas, doncellas y gigantes, que comenzaron á llorar en caso parecido. Don Quijote ata su caballo á un arbol. Cualquiera cree que una acción tan común y tan sin malicia, no ha menester comento. Clemencín, no obstante, le pone, y nos descubre que Don Quijote imitó en esta ocasión á este, á aquel y á estotro caballero, que ataron también sus caballos á sendos árboles; como si cuando cualquiera se apea no hiciese por lo general la misma cosa. Por el contrario, Don Quijote no ata su caballo á árbol alguno, sino que le deja libre pastando. Clemencín en seguida amontona citas de los infinitos caballeros que hicieron lo propio; como si fuera peculiar y privativo de los libros de caballerías y

acción extraordinaria, digna de ser comentada, el dejar sueltos los caballos ó las acémilas para que coman la yerba ó estén á prado, como dicen y suelen hacer con ellas los arrieros.

En estos casos comunes y ordinarios de la vida no sé con qué fin se ha de buscar imitación, ni siquiera coincidencia. Imito ó coincido con todo el género humano cuando me acuesto para dormir, cuando como ó cuando duermo, si bien en realidad á nadie imito, ni con nadie coincido, sino que sigo mi natural condición, lo mismo que las demás criaturas.

No es esto afirmar que Cervantes no imite ó no parodie en muchas ocasiones. Ya he dicho que no era otro su propósito. El *Quijote*, en el sentido más noble y más alto, es sin duda una parodia de los libros de caballerías; pero esta parodia, no lo es sólo en el sentido más alto y más noble, sino que va hecha con amplia libertad, y no ciñéndose ya á este lance, ya al otro de los libros parodiados, sino al espíritu superior que los anima todos. Si algún libro especial sigue Cervantes más que otros es el de *Amadís de Gaula*, por ser el mejor, *único en su arte*, y como arquetipo de todos ellos.

Sigue también é imita á Ariosto, en el *Orlando*, cuya inspiración, ó, mejor dicho, cuya propensión es semejante á la suya, aunque en otro grado y por diverso estilo.

Por lo demás, Cervantes es tan sincero en todo, que cuando imita ó remeda, casi siempre lo declara, como en la discordia que hubo en la venta, la cual, según el mismo Don Quijote, era un perfecto trasunto de la del campo de Agramante, y como en la penitencia que hizo Don Quijote en Sierra-Morena, imitada de la de Beltenebrós en la Peña-pobre. Y al contrario, Cervantes se excusa á me-

nudo chistosamente, y en realidad se alaba, de inventar lances, encantamentos y aventuras jamás imaginados ó soñados en libro alguno de caballerías, suponiendo que como Don Quijote era caballero novísimo, que resucitaba la antigua institución, no sólo hacía retoñar lo atañedero y perteneciente á ella, sino que inventaba nuevos modos de encantar y usos y costumbres peregrinos.

Me parece que á fin de entender en qué sentido sostengo que el *Quijote* es una parodia, conviene hacerse cargo de que la parodia no se hace por lo común sino de escritos ó acciones que en cierto modo infunden al parodiador un amor y un entusiasmo espontáneos, vehementes, impremeditados y como instintivos, á los cuales, ó bien la reflexión fría niega su asentimiento, ó bien la parte escéptica de nuestro sér se opone. El objeto de la parodia, si el parodiador es un verdadero poeta, y tal era Cervantes, aparece siempre á sus ojos cual un bello ideal que enamora el alma y arrebata el entendimiento; pero que no responde, ó por anacrónico ó por ilógico, á la realidad del mundo, ora en absoluto, ora sólo en un tiempo dado. El ingenio de los españoles no se inclina á la burla ligera como el de los franceses, pero se inclina más á esta parodia profunda. La reacción del escepticismo y del frío y prosáico sentido vulgar es más violento en nosotros por lo mismo que es en nosotros más violento el amor, y la fe más viva y el entusiasmo más permanente y fervoroso. En ningún pueblo echó tan hondas raíces como en el español el espíritu caballeresco de la Edad media; en ningún pecho más que en el de Cervantes se infundió y ardió ese espíritu con más poderosa llama: nadie tampoco se burló de él más desapiadadamente.

Cervantes parodió en su *Quijote* el espíritu caballeres-

co, pero confirmándole antes que negándole. No fué esta su intención, pero fué su inspiración inconsciente, la esencia y el sér de su ingenio; de lo cual no se daba cuenta, por ser él poco crítico, y por vivir en una edad y en una nación donde la crítica literaria y la reflexión sobre estos puntos, si existía, era superficial ó extraviada. Época aquella de impremeditada inspiración, el único intento claro y determinado que Cervantes tuvo, fué censurar los libros de caballerías. Melchor Cano, Luis Vives, Alejo de Venegas, Fr. Luis de León, Malón de Chaide y otros, los habían ya censurado seriamente. Cervantes quiso acabar con ellos por medio de la burla, y vino á lograrlo. No llevaba Cervantes otro fin, y no se comprende cómo algunos admiradores suyos lo desconozcan, suponiendo propósitos contrarios en el *Quijote*. En mil pasajes de esta obra inmortal se declara, sin la menor ironía, sino franca y abiertamente, que se trata de desterrar los libros de caballerías y de anatematizar su lectura. No debe, pues, dudarse de esto. Se dirá, sí, que yo pongo una contradicción radical entre el intento premeditado del poeta y su inspiración ó instinto semi-divino. Á esto respondo que la contradicción es sólo aparente. Para hacerlo ver, explicaré por estilo conciso y como en cifra lo que entiendo por literatura caballeresca.

Es condición del alma humana no contentarse con lo presente, y, como la aspiración con dificultad finge una esperanza adecuada á ella, los hombres suelen siempre fingir en lo pasado, y no en lo porvenir, lo sumo de la hermosura y de la perfección que conciben. Para levantar sobre cimientos sólidos el alcázar de nuestras ilusiones y la meta ó término de nuestro deseo, conviene, si ha de ser en lo porvenir, apelar á lo sobrenatural, ir más

allá de este mundo sensible en alas de la fe religiosa. En este mundo, con sólo la imaginación, y no sostenidos por la fe, jamás hemos llegado á fantasear, soñar ó columbrar otra vida mejor en lo venidero, hasta una época muy reciente, de donde ha nacido una filosofía de la historia optimista y alegre: la doctrina del progreso. Pero antes, y aun hoy para muchos hombres, la edad de oro se pone en lo pasado; y si en lo porvenir se esperó alguna vez ó se espera aún, es por milagro y como una purificación, como una vuelta, como el renacimiento de un período histórico ya transcurrido. Las naciones ó las razas que tienen una grande y gloriosa vida ó por la acción ó por el pensamiento, y que vienen á decaer, á perder la fuerza política que las unía, y á dejar de vivir de vida propia, son casi siempre las que crean un ideal en que luego el resto de la humanidad se complace. Este ideal aparece, en lo pasado, en el período de mayor esplendor de aquella raza, ó se columbra en lo porvenir, merced á una renovación milagrosa y divina del mismo período. El ideal de la Edad media y toda su poesía de entonces se pueden representar en estas dos direcciones, si bien no convergen en el punto de partida. La religiosa y mística está fundada en el cristianismo; la mundana y caballeresca toma para manifestarse, en su más alto grado de perfección, la historia tradicional ó legendaria de una de las razas poderosas y decaídas de que he hablado: la raza céltica. El ciclo del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda es la creación primordial y más pura del mundo caballeresco. Todas las excelencias que no existían, y cuyo logro se anhelaba, se pusieron allí. Los cantares de los antiguos bardos bretones fueron transfigurados por el cristianismo, y magnificados con todo ensueño

y con toda aspiración á mejor vida. Esta poesía popular pasó de la lengua propia á la lengua latina, y ya en esta lengua universal entre los letrados, recorrió toda la Europa y llegó á divulgarse. Lanzarote del Lago, Merlín, Ginebra, Bibiana, D. Tristán de Leonís, y la reina Iseo, con sus amores, encantamentos, profecías y hazañas, fueron cantados en todas partes, y en Alemania, en Italia y en España se atrevieron á competir con los héroes nacionales, y tal vez á eclipsarlos.

Al mismo tiempo no se borraban de la memoria de los hombres los recuerdos vivos y la admiración entusiasta de la gran civilización helénica. La duración, aunque decaída, del imperio de Constantinopla, y el frecuente trato que conservaron los griegos, á pesar del cisma, con la Europa occidental, merced á las cruzadas y al comercio marítimo de venecianos, pisanos y genoveses, contribuyeron á conservar dichos recuerdos. En ellos puso también la Edad media el ideal de la caballería, y la guerra troyana y las conquistas de Alejandro, se puede decir, á pesar del anacronismo, que formaron otro ciclo, el cual se extendió y divulgó no menos que las hazañas de los caballeros de la Tabla Redonda. Si Merlín fué el príncipe de la magia, Aristóteles fué el rey de la ciencia, y Héctor, Aquiles y Alejandro se convirtieron en maravillosos andantes. El libro del falso Calistenes, y tal vez algún otro poema ó crónica griega sobre las conquistas del Macedón, dieron origen en todas las lenguas de Europa, y en algunas de Asia, á sendos poemas de Alejandro, entre los cuales el que escribió en castellano Lorenzo de Segura fué de los últimos en el orden cronológico.

En fin, la grandeza de la antigua Roma, que había dado sus leyes, su civilización y su idioma á las naciones

occidentales de nuestro continente, tampoco podía olvidarse. El sacro romano imperio era el espectro, la sombra de aquella muerta grandeza, y el poder del Padre Santo una más alta manifestación de la providencial preponderancia de Roma, en lo antiguo por medio de las armas, entonces de un modo espiritual. Para ingerir esta grandeza en los cantos épicos populares, no se retrocedió con todo hasta Augusto ó hasta Constantino. El extraordinario renovador del imperio, santificado por el cristianismo, y su reinado y época, fué y fueron el centro y el momento de otro ciclo no menos admirable. Sin duda que á algunos personajes de la antigua Roma, y en particular á Virgilio, los transfiguró también la Edad media y los pintó á su modo; pero el centro de la epopeya romano-imperial fué Carlomagno. Aquel ciclo, más fecundo que los dos anteriores, más significativo y más rico, se llamó carlovingio; y, como los dos anteriores, no fué sólo nacional, sino que tomó carta de naturaleza en todos los países de Europa.

Al lado de estos tres ciclos, por decirlo así, cosmopolitas, se levantaron las rudas epopeyas meramente nacionales.

La abundancia de lo fantástico, de lo sobrenatural y de lo misterioso con que los poemas caballerescos solían estar adornados, se componía de una infinidad de elementos diferentes, fundidos en uno por la maravillosa fuerza de cohesión de la fantasía popular en aquellos siglos, cuando la reflexión no cortaba el vuelo de la fantasía, y cuando, por lo mismo que las nacionalidades no estaban tan marcadas y distintas como en el día, más fácilmente se dejaban influir unas por otras. El cristianismo prestaba su espíritu y daba sér á muchas leyendas, como, por ejem-

plo, á la del Santo Grial; pero todas las religiones de los paganos, así del Norte de Europa, como de la antigüedad clásica, como de la India y de la Persia, transmitidas por los árabes, concurrían con sus maravillosas visiones á realzar aquellas epopeyas espontáneas. Los sentimientos de pundonor, de lealtad y de amor fiel y rendido á una dama, eran el eje sobre que giraba aquel mundo fantástico. Mas había algo que propendía á quebrantar este eje, disipando como vana sombra, ó haciendo que todo aquel mundo fantástico se perdiese en el vacío. Este defecto era la carencia de finalidad; lo mezquino ó lo vacío del fin, comparado con lo colosal de los medios; consecuencia legítima del caos de las naciones en aquella edad, y de su falta de intención práctica para la vida colectiva del género humano. Toda fuerza transcendental, toda aspiración *humanitaria*, estaba entonces en la religión, y se proponía un fin ultramundano. Así es que no tenía la literatura profana un norte, un término, y no sólo por la rudeza de las lenguas que entonces se formaban, sino también por la anarquía del pensamiento, reflejo de la anarquía social y política, no pudo crearse un gran poema caballeresco. El gran poema de la Edad media tuvo que ser religioso, y le realizó Dante. No pudo haber un gran poema profano de interés nacional, porque las nacionalidades, ó no se habían formado aún, ó no se habían comprendido ni tenían conciencia de sí.

Hubo, sin embargo, un pueblo, donde se manifiesta antes, y con toda su fuerza, la conciencia de la vida real colectiva; donde el continuo batallar contra infieles, disputándoles el terreno palmo á palmo, identifica el amor de la religión con el de la patria, la unidad de creencias con la unidad nacional; donde el sol brillante del Mediodía,

junto con el afán de guardar la pureza de la fe, disipa todas las visiones heterodoxas de la fantasía popular de la Edad media, hadas, encantadores y vestiglos; y donde la dureza de la vida y la actividad guerrera no dan vagar ni reposo para fingir sentimientos quinta-esenciados y metafísicas amatorias. Este pueblo es el español, y en las primeras, indígenas y originales manifestaciones de su espíritu poético hay una sobriedad tan rara de lo sobrenatural y fantástico, tal solidez, tanta precisión y firmeza en las figuras y en los caracteres, tan poca exageración y ninguna extravagancia en los amores, y una rectitud tan sana en las demás pasiones y afectos, que forman del todo una poesía naciente, caballeresca también, pero que se opone á la fantástica, libertina y afectada poesía caballeresca de otros países. Sus héroes, sin dejar de ser extraordinarios é ideales, tienen por raíz exacta la verdad. Hay en ellos algo de macizo, de verdaderamente humano, de real, que no hay en los héroes de las leyendas del resto de Europa. Salvo la ventaja que daba á nuestros poemas primitivos el estar iluminados por la idea cristiana, y salvo la desventaja de estar escritos en una lengua rudísima, sus héroes se parecen á los de Homero por lo reales, por lo determinados y por lo individualizados que están. No se ven envueltos en aquel nimbo misterioso, en aquella vaguedad de los héroes de la Tabla Redonda: todos van á un fin; todos llevan un propósito fijo; no es vano el término de sus proezas, sino que es el triunfo de la civilización católica y de la patria.

Atendidas las observaciones que acabo de hacer, se comprende el entusiasmo de Southey por el poema del Cid, al cual nada halla comparable en todas las literaturas del mundo más que la *Iliada*. Hegel, que es más alta

autoridad que Southey, conviene esencialmente en lo propio, si bien son los romances, y no el poema, los que compara á la *Iliada*, y los que pone por cima del poema nacional de Alemania, los *Niebelungen*, y de todos los demás poemas de la Edad media. Las razones que da Hegel son, en substancia, las que ya se han dado: la mayor verdad del poema del Cid. El héroe y cuantos le rodean tienen más sér real, más verdad humana; se proponen un fin útil; obran con juicio y concierto; son como Héctor y Aquiles, no como Merlín ó Lanzarote. El Cid legendario no es una figura arrancada de la historia y trastocada por la fantasía: es una figura histórica que la fantasía popular ha ensalzado, sin borrar su individualidad y sin destruir sus proporciones y forma efectiva.

Poco importa que el metro y la estructura del poema del Cid estén imitados de las canciones de gesta. El espíritu es puro, original y castizo en toda la extensión de la palabra. Pero esta poesía pura, original y castiza, hubo de ceder pronto el campo á la imitación de la literatura extranjera. Los trovadores provenzales infundieron en la poesía lírica de España sus discreteos, su metafísica de amor, su escolasticismo cortesano y su *sensiblería* ergotista. Y las historias del rey Arturo y de Carlomagno, y las hadas, y los gigantes, y toda aquella profusión de prodigios supersticiosos, y las doncellas belicosas, trashumantes y andariegas, y los magos y adivinos con sus profecías y encantamentos, todo vino á infiltrarse en nuestros cantos épicos populares.

En el género lírico fué harto perjudicial esta influencia, porque hizo nacer la poesía pedantesca, afectada y fría de los cancioneros. En el género épico no fué tan grave el daño en un principio. Aquellas leyendas peregrinas

tenían gran mérito y significación. Eran la historia *mythica*, el origen ideal de lo más hermoso y perfecto que en la Edad media pudo soñarse. Pero el ingenio de los españoles no se contentó con reproducir bajo otra forma la belleza de aquellas fábulas, y, ya con atraso, respecto al movimiento general del mundo, se propuso superarlas. De aquí nacieron los libros de caballerías, género de literatura falso y anacrónico hasta lo sumo. Lanzarote, Don Tristán de Leonís y los Doce Pares, aunque no hubiesen tenido fundamento histórico, le tenían tradicional; habían vivido, durante siglos, en la creencia del pueblo, si no habían sido creados por él. Pero en España, sin apoyarnos ni en la tradición ni en la historia, sino lanzándonos atrevidamente en la región de los sueños, extrajimos de nuestra propia fantasía una multitud de héroes disparatados y quiméricos, entre los cuales descuellan los Amadíses y los Palmerines y forman dos familias dilatadísimas. El estilo afectado y conceptuoso de estos libros está conforme con lo absurdo de cuanto en ellos se refiere. Era una literatura falsa, sin razón de ser y fuera de sazón.

Ya las naciones de Europa habían llegado á su virilidad; ya era conocida su alta misión de civilizar el mundo. Para este fin, la Providencia, valiéndose de portugueses y españoles, había abierto los nuevos caminos del extremo Oriente, y había dado paso, por las nunca surcadas olas del Atlántico, á nuevos mundos ingentes é inexplorados. Las verdaderas hazañas, las increibles aventuras, las atrevidas empresas y las inauditas peregrinaciones de los modernos aventureros, debían eclipsar todas las altas caballerías de los siglos pasados, cuya falta de finalidad no podía menos de hacerlas objeto de burla. Era menester que cesase todo aquel vano estruendo, aquella

agitación inútil, aquel mal gastado brío y aquella desperdiciada heroicidad.

Cesse tudo o que a Musa antigua canta,
Que outro valor mais alto se alevanta.

Casi un siglo antes de que en España se escribiera el *Quijote*, en Italia, país entonces á la cabeza de la civilización, floreció un poeta cuyo claro entendimiento y cuyos estudios y perspicacia crítica le dieron á conocer una verdad hoy evidente, á saber: que, como dice Juan Bautista Pigna, contemporáneo de dicho poeta, y autor de una vida suya, *piú vero epico esser non si possa:* esto es, que, en la edad reflexiva del mundo y en el seno de una civilización tan complicada, no es posible escribir con seriedad una verdadera y buena epopeya heróica. Las ciencias, las artes, la filosofía, las miras é intereses de los hombres y sus diversos afanes no se cifran ya y se resumen en un libro en verso, como en las edades primitivas. No es dable un poema que tenga la significación del *Ramayana*, del *Mahabharata*, de la *Iliada*, ó siquiera de la *Eneida*. El mundo y el poeta, con una superior comprensión de las cosas divinas y humanas, encontraban ya pueriles y sin propósito las leyendas, los cantos y los romances en que la Edad media se había complacido. Sin embargo, era lástima que aquellas fábulas quedasen sin una forma tan hermosa como merecían, y esparcidas en muchas composiciones aisladas y rudas, de carácter más ó menos popular. Todas ellas, ó la mayor parte, aunque no se prestaban á ser tratadas seriamente, podían formar un artificioso conjunto, un juego maravilloso del ingenio, donde, sin destruir sus bellezas, antes mejorándolas por la forma y por cierta unidad, estuviesen templadas y como

suavizadas por una alegre y finísima ironía. Tal fué el intento de Messer Ludovico Ariosto. Para realizarle, no contento con seguir las huellas de Boyardo y estudiar las fábulas caballerescas que circulaban en Italia, dicen que se puso á aprender las lenguas francesa y española, en que muchas de estas ficciones muy hábilmente se habían escrito, y tomando de aquí y de allí, por el arte con que las abejas hacen la cera y la miel, que no sólo son dulces y útiles, sino duraderas, compuso el *Orlando*, donde está en hermoso compendio *tutta la romanzeria*, como en el panal el jugo, el almíbar y el aroma de las más generosas flores. No quiso componer una epopeya; no quiso incurrir en este anacronismo. Menos aún quiso escribir un libro de caballerías. Lo que compuso fué el testamento de las leyendas de la Edad media. Messer Ludovico Ariosto quiso cerrar y cerró dignamente el ciclo Carlovingio, agrupando en torno mil otras fábulas y tradiciones, en una obra de carácter singular, donde no acierta el lector á decidir si el poeta canta alguna vez á sus héroes ó si se ríe de ellos siempre.

Después del *Orlando*, siguieron, con todo, componiéndose poemas y novelas caballerescos. Por el estilo irónico ha llegado esta afición hasta nuestros días, dándonos de ello una linda muestra Wieland en su *Oberon*. Con toda formalidad, en Portugal, en Italia y en España se escribieron cada vez más desatinados. Los linajes de Perión y de Primaleón no se extinguían y nos daban los Polendos, Florendos, Lisuartes y Esferamundis. Dos ó tres años antes de aparecer la primera parte del *Quijote* había aparecido D. Policisne de Beocia.

Pero la literatura caballeresca debía morir, y de tal suerte se había viciado y corrompido que no bastaba la

indulgente ironía de Ariosto. Fué menester la franca y descubierta sátira de Cervantes para acabar con ella, y abrir, como se abrió en el *Quijote*, el camino de la buena novela, que es la epopeya de la moderna civilización, el libro popular de nuestros días. Parándose á considerar en este punto el mérito del *Quijote*, pasma verdaderamente su grandeza. Se le ve colocado entre una literatura que muere y otra que nace, y es de ambas el más acabado y hermoso modelo. Como la última creación del mundo imaginario de la caballería, no tiene más rival que el *Orlando*; obras maestras ambas, dice Pictet, de un arte perfectísimo, que dan á ese mismo mundo imaginario que destruyen un puesto muy alto en la historia de la poesía humana. Como novela, aún no tiene rival el *Quijote*, según Federico Schlegel lo prueba con sabios argumentos. Manzoni y Walter Scott distan tanto de Cervantes, cuanto Virgilio, Lucano y todos los épicos heróicos de todas las literaturas distan del divino Homero.

Por cuanto queda expuesto se corrobora más que de censurar Cervantes en el *Quijote* un género de literatura falso y anacrónico, no se sigue que tratase de censurar ni que censuró y puso en ridículo las ideas caballerosas, el honor, la lealtad, la fidelidad y la castidad en los amores, y otras virtudes que constituían el ideal del caballero y que siempre son y serán estimadas, reverenciadas y queridas de los nobles espíritus como el suyo. No hay, en mi sentir, acusación más injusta que la de aquellos que tal delito imputan á Cervantes. Don Quijote, burlado, apaleado, objeto de mofa para los duques y los ganapanes, atormentado en lo más sensible y puro de su alma por la desenvuelta Altisidora, y hasta pisoteado por animales inmundos, es una figura más bella y más simpática que

todas las demás de su historia. Para el alma noble que la lea, Don Quijote, más que objeto de escarnio, lo es de amor y de compasión respetuosa. Su locura tiene más de sublime que de ridículo. No sólo cuando no le tocan en su monomanía es Don Quijote discreto, elevado en sus sentimientos y moralmente hermoso, sino que lo es aun en los arranques de su mayor locura. ¿Dónde hay palabras más sentidas, más propias de un héroe, más noblemente melancólicas que las que dice al Caballero de la Blanca Luna, cuando éste le vence y quiere hacerle confesar que Dulcinea del Toboso no es la más hermosa mujer del mundo? «Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.» Ni del caballero que estas palabras dice, ni de los sentimientos que estas palabras expresan, pudo en manera alguna burlarse Cervantes. Hay en estas palabras algo de más patético y sublime que cuanto se cita de sublime y de patético en la poesía ó en la historia. El *qu'il mourût* de Corneille y el *tout est perdu hors l'honneur* de Francisco I, parecen frases artificiosas, rebuscadas y frías, frases de *parada*, al lado de las frases sencillas y naturales de Don Quijote, que nacen de lo íntimo de su corazón y están en perfecta consonancia con la nobleza de su carácter, nunca desmentida desde el principio hasta el fin de la obra.

Yo no entiendo ni acepto muy á la letra la suposición de que Don Quijote simboliza lo ideal y Sancho lo real. Era Cervantes demasiado poeta para hacer de sus héroes

figuras simbólicas ó pálidas alegorías. No era como Molière, que hace en *El Avaro* la personificación de la avaricia, y en *El Misántropo* la personificación de la misantropía. Era como Homero y como Shakspeare, y creaba figuras vivas, individuos humanos, determinados y reales, á pesar de su hermosura. Y es tal su virtud creadora, que Don Quijote y Sancho viven más en nuestra mente y en nuestro afecto que los más famosos personajes de la historia. Ambos nos parecen moralmente hermosos, y los amamos y nos complacemos en la realidad de su sér como si fuesen honra de nuestra especie.

La sencilla credulidad de Sancho y su natural deseo de mejorar de fortuna constituyen el elemento cómico de su carácter. Pero un entendimiento claro y elevado no es la sola prenda por donde los hombres se hacen amar y respetar de sus semejantes. La bondad, el candor y la dulzura inspiran amor y le reclaman. En este sentido Sancho es amable. Con justicia le llama Don Quijote, «Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero.» La rectitud de su juicio, la mansedumbre de su condición y su cándida buena fe, engendran aquel tesoro de chistes de que tanto nos admiramos, su inocente malicia, la excelencia de sus fallos cuando era gobernador, y la naturalidad ingenua de sus máximas y acciones.

Si Sancho es tan bueno y tan amable, ¿cuánto más no lo es el hidalgo, su amo? ¿Qué corazón hay que de él no se enamore? ¿Quién no siente un íntimo deleite cuando sale bien de alguna peligrosa aventura? ¿Quién no comparte su satisfacción cuando vence los leones? ¿Quién no lamenta su vencimiento en la playa de Barcelona? ¿Quién, después, no se aflige de su melancolía? ¿Quién, por último, no llora su muerte como la de un sér muy amado?

Altisidora se burla de Don Quijote, y aun tiene la impiedad de añadir á la burla el insulto. Le llama «don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, don vencido y don molido á palos;» pero este mismo insulto y atropello realza más al héroe y califica de frívola y sin entrañas á la burladora: porque ¿cómo no admirarse de la hermosura del alma de Don Quijote, que «campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder y en la buena crianza? Estas partes caben y pueden estar en un hombre feo, y, cuando se pone la mira en esta hermosura y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y vehemencia.»

Lo inspirado del *Quijote* es lo que está por cima del intento de Cervantes al escribirle, que es, como repetidas veces él mismo dice, *poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías*. Si se hubiera limitado á realizar este propósito, no sería su libro el mejor entre todos los de entretenimiento; no se diría con verdad del autor y de sus personajes: «¡oh autor celebérrimo! ¡oh Don Quijote dichoso! ¡oh Dulcinea famosa! ¡oh Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí, viváis siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.»

Reducido el *Quijote* á una mera sátira literaria, sería algo parecido á *La derrota de los pedantes* de Moratín ó á *Les héros du roman* de Boileau, y, como es inmensamente más grande, se ha de suponer que la sátira literaria es sólo ocasión de la obra maravillosa del poeta. Va éste contra los libros de caballerías, pero está animado del espíritu caballeresco. Su alma es el alma de Don Quijote. Don Quijote es él; no porque material y menudamente figuren las aventuras del hidalgo manchego sus propias

desventuradas aventuras, sino porque pone en él la generosidad de su alma, y la pone por tal vigor de estilo, que se nos retrata y aparece.

Merced á la diligencia y buena crítica de los entendidos y laboriosos escritores Mayans y Ciscar, Pellicer, Navarrete, Ríos, Hartzenbusch, Fernández-Guerra, Barrera y otros, bien se puede afirmar que conocemos hoy la noble y trabajada vida del príncipe de nuestros ingenios; pero aunque nada se conociese de ella, quien leyese el *Quijote* comprendería y amaría la excelencia moral de su autor, que allí ha quedado impresa en signos claros, indelebles y hermosos.

Si se atiende á lo maltratado que fué Cervantes por la fortuna ciega, por ásperos enemigos y miserables émulos, y á que escribía el *Quijote* viejo, pobre y lleno de desengaños, pasma la falta de amargura y de misantropía que se nota en su sátira. Por el contrario, sus personajes, hasta los peores, tienen algo que honra á la naturaleza humana. La ingénita benevolencia de Cervantes y su cristiana caridad resplandecen en este respeto que muestra á toda criatura hecha á imagen y semejanza de Dios. Las mujeres especialmente, según la atinada observación del Sr. Hartzenbusch, «son casi todas en su libro á cual más bellas y discretas y merecedoras de cariño; y á la que pinta, ya moral, ya físicamente fea, siempre le agrega un toque benévolo para que no repugne. Ríense dos mozas cuando Don Quijote las llama doncellas, pero le ayudan luego á quitarse las armas, le sirven la cena, y cuando les pregunta sus nombres, no se atreven á mentir, sino que, bajando los ojos, declaran humildes los apodos que llevan de la Tolosa y la Molinera. La soez Maritornes misma, la caricatura del *Quijote* más lastimosa,

cuando ve á Sancho bañado en sudor y con la congoja del manteamiento, le trae vino y se le paga, y en otra ocasión ofrece oraciones para que se consiga volver á la razón al hidalgo demente.»

Aún nos deleita más, haciéndonos simpatizar con el autor, con sus personajes y con la alteza de nuestro sér según él la concibe, el respeto que la inteligencia y la virtud de Don Quijote infunden en el ánimo de los hombres más rústicos y desalmados. Pastores, rameras, galeotes y bandoleros, todos se dejan fascinar por su ascendiente; todos le veneran, todos oyen con gusto y aun con admiración sus palabras, hasta que, rayando el ingenioso hidalgo en el último extremo de su locura, le tienen que moler á palos, por una fatalidad de la locura misma en que se funda lo cómico de la historia. Mas la significación altamente consoladora y humana que tienen esta necesidad y este poder con que obliga al amor y al entusiasmo cuanto es bello y grande, aunque aparezca bajo una fea y *triste figura* y venga unido á la demencia, luce como en nada en el cándido y repetido pasmo del buen Sancho Panza, al oir los discretos, apacibles y muy á menudo elevados razonamientos de su señor.

Son naturales y chistosísimas la credulidad de Sancho y su esperanza de ser gobernador ó conde; pero no es esto lo que principalmente le lleva á seguir á su amo. No pintó Cervantes en Sancho á un hombre interesado y egoísta. Si su baja condición y su pobreza le hacen codiciar, aun en esto entra por mucho el amor que tiene á su mujer y á sus hijos, á fin de que la codicia misma esté disculpada y toque por algún lado ó se funde en sentimientos bellos. No; Sancho no sigue á Don Quijote sólo por la ínsula. Mil veces duda de la promesa del gobierno;

mil veces se da á sospechar que en aquellas expediciones no granjeará más que manteamientos, coces y puñadas, y pasar malos días y peores noches; pero lejos de desear, cuando está así desengañado, dejar el servicio de Don Quijote, llora y se compunge, si su amo le despide; dice que su sino es seguirle, que ha comido su pan, que no es de alcurnia desagradecida, y que sobre todo es fiel y leal, y no es posible que pueda apartarle de su amo otro suceso que el de la pala y el azadón. Por último, dan mayor luz de sí la bondad y humildad de Sancho, cuando, durante las grandezas del gobierno, echa de menos la compañía de su señor Don Quijote, y sobre todo, cuando renuncia y abandona el gobierno mismo, repitiendo con tanta resignación y mansedumbre las palabras de Job, *desnudo nací, desnudo me hallo*, y mostrándose superior á sus indignos y empedernidos burladores, contra los cuales no exhala la menor queja ni guarda el rencor más mínimo. El abrazo y beso de paz que da entonces en la frente á su compañero y amigo, al conllevador de sus trabajos y miserias, arranca lágrimas, y con las lágrimas, risa, por ser un asno el objeto de aquella efusión de ternura.

Ni se diga que Cervantes pinta muy cobarde á Sancho, sino muy pacífico. Con harta bravura sabe pelear cuando es menester, como lo muestra con el cabrero y en otras ocasiones. Es, sí, tímido de lo sobrenatural, por lo infantil de su inteligencia. Por lo común, Cervantes no halla cómica la cobardía, como ningún vicio enteramente despreciable ú odioso. Es, además, tan grande su sentimiento de la humana dignidad, que, movido por él, rechaza toda protección y amparo de los poderosos á los débiles, y de esto se burla más que de nada, como en la

aventura del muchacho Andrés y en otras parecidas. No gusta Cervantes de imaginar caballeros valerosos y de contraponerles lacayos y villanos asustadizos. Antes los iguala á todos, ya que no preste más bríos á la gente menuda. Aquellos pelaires y agujeros que mantearon á Sancho dejaron abierta la puerta de la venta, sin temer la cólera de Don Quijote, y lo mismo hicieran aunque Don Quijote se hubiera trocado en D. Roldán ó en uno de los nueve de la Fama. En fin, Juan Palomeque el Zurdo, al desechar con desdén la protección que Don Quijote le ofrece, se diría que responde en nombre de la plebe á todos los magnates y paladines: «Yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen.» Y no se funda esto en arrogancia plebeya y en soberbia zafia y villana, sino como ya he dicho, en el sentimiento de la dignidad del hombre. Cervantes le concilió siempre con aquella profunda gratitud á sus bienhechores, de que ya sacramentado y moribundo dió la muestra más tierna y sublime en su dedicatoria del *Persiles*.

La propiedad de los caracteres, y su variedad y multitud son admirables en el *Quijote*. El cura, el barbero, el ama, la sobrina, los duques, el oidor, el cautivo, todos, en suma, hasta los que están en tercero y cuarto término, son personajes vivos, perfectamente caracterizados y diferenciados; pero, fuerza es decirlo, son una galería de imágenes, sin gran enlace entre sí. Confieso mi pecado, si lo es. No acierto á descubrir esa unidad de acción que ve D. Vicente de los Ríos en el *Quijote*. Es más; apenas si hallo en el *Quijote* una verdadera acción en el sentido riguroso. Hay, sí, una serie de aventuras, todas admira-

blemente ideadas, y enlazadas por el interés vivísimo que inspiran los dos personajes que las van buscando. Pero el desarrollo, el progreso de una fábula bien urdida, en que no haya acontecimiento que no conspire, que no prepare, que no precipite el desenlace, eso no lo veo. La unidad del *Quijote* no está en la acción, está en el pensamiento, y el pensamiento es Don Quijote y Sancho unidos por la locura. Quítense lances, redúzcase el *Quijote* á la mitad ó á un tercio, y la acción quedará lo mismo. Añádanse aventuras, imagínense otros cien capítulos más sobre los que ya tiene el *Quijote*, y tampoco se alterará lo substancial de la fábula. Esta es una falta del *Quijote* que no debo negar por un exagerado patriotismo; pero es una falta inevitable, dado el asunto. En balde procura Cervantes enmendarla en la segunda parte. Sólo en apariencia lo consigue. El bachiller Sansón Carrasco, vencido al principio por Don Quijote, se decide á sacarle la locura de los cascos, y le vence por último en las playas de Barcelona, obligándole á volverse á su casa. Lo mismo, con todo, importaba que le hubiese vencido antes ó después. Su triunfo no es causa, sino ocasión, á lo más, de que la historia termine. Bien pudo escribirse otra tercera parte en que hiciese el ingenioso hidalgo la vida pastoral y volviese luego á sus caballerías. Si el sanar Don Quijote de su locura es un desenlace, si lo es su muerte, ¿cómo son ambas cosas independientes de la acción, del movimiento de la fábula, y no preparadas por ella? La locura de Don Quijote le aisla además, y le coloca en un mundo fantástico. Nada de lo que pasa en torno suyo influye en él sino transfigurado por su fantasía. En nada suele él influir, sino como mero espectador. Los amores de Dorotea y Luscinda, los de Grisósto-

mo, la historia del cautivo, las bodas de Camacho, todo es ajeno á Don Quijote. Igual sería ponerlo en el libro que no ponerlo, tratándose sólo de la unidad de acción. Bien hubiera podido Cervantes cambiar los episodios, trocar las aventuras, alterar de mil maneras el orden en que están, barajarlas y revolverlas casi todas: siempre hubiera quedado, en su esencia, el mismo *Quijote*. Repito, con todo, que esto es culpa del asunto, y no del poeta, y que, á pesar de esta culpa, es el *Quijote* uno de los libros más bellos que se han escrito, y la primera con una inmensa superioridad entre todas las novelas del mundo.

Cervantes era un gran observador y conocedor del corazón humano. Sin duda, cuanto había visto en su vida militar, en su cautiverio y en sus largas peregrinaciones, y las personas de toda laya con quienes había tratado, le dieron ocasión y tipos para inventar y formar unos personajes tan verdaderos como los del *Quijote*; pero hay una enorme distancia de creer esto á creer que todo es alusión en dicho libro, y á devanarse los sesos para averiguar á quién alude Cervantes en cada aventura, y contra quién dispara los dardos de su sátira. Si él hubiera tenido la incesante comezón de injuriar á sujetos determiuados, lo hubiera hecho de otra suerte y no trocando una creación poética de subidísimo precio en un ridículo y perpetuo acertijo.

El arriero enamorado de Maritornes era de Arévalo, porque á Cervantes le había jugado alguna mala pasada un arriero de Arévalo. Cervantes llama á Cide Hamete autor arábigo y manchego, porque quiere zaherir á la gente de la Mancha de poco limpia de sangre. El licenciado Alonso Pérez de Alcobendas es Blanco de Paz en ana-

grama. Dulcinea es una pobre solterona, preciada de hidalga, y natural del Toboso, llamada Ana Zarco de Morales. El propio Don Quijote, en quien los mismos que hacen estas interpretaciones confiesan que puso Cervantes lo mejor de su alma, es un cierto D. Alonso Quijada de Salazar, de quien Cervantes quiso burlarse porque se había opuesto á su boda con Doña Catalina Palacios. Sancho Panza, en fin, es Fr. Luis de Aliaga, como si hubiera la menor conexión ni semejanza de caracteres entre ambos personajes.

Las cavilaciones, la erudición prolija y mal empleada, y los argumentos de que se valen para convencer de todo esto, rara vez logran convencerme, y si alguna vez me convencen, no me hacen entender mejor ni estimar en más el mérito del *Quijote*. Yo no estimaría en más ni entendería mejor la hermosura del *Pasmo de Sicilia*, si alguien me probase que el Cristo y la Virgen y otras figuras no eran más que caballeros y damas amigos de Rafael, y los sayones varios enemigos suyos.

Se ve, por otra parte, en esto de buscar alusiones, el afán de que pase Cervantes por un formidable y ponzoñoso satírico, contra lo que él dice:

«Nunca voló la humilde pluma mía
Por la región satírica, bajeza
Que á infames premios y desgracias guía.»

Porque si para otro fin se buscasen alusiones, se buscarían en los personajes bellísimos en que abunda el *Quijote*, y no en los ridículos ó moralmente feos. Á nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido, con todo, buscar la realidad del Caballero del Verde gabán, señor tan excelente, que Sancho no puede menos de besarle los pies, dicien-

do que era el primer santo á la gineta que había visto en su vida. ¿Á quién alude Cervantes en las figuras de Cardenio, de Luscinda, de Dorotea y de tantos otros nobles personajes? ¿De dónde saca, en fin, los inocentes, delicados y purísimos amores de Don Luis y Doña Clara, á quienes en pocos rasgos pinta tan hermosos como Julieta y Romeo y Pablo y Virginia?

La interpretación y la cavilación han ido en pos de lo satírico, y han llegado hasta el punto de que personas dotadas de nada común inteligencia y de poderosa fantasía hayan consumido tiempo, registrado archivos, revuelto códices y compulsado documentos, para averiguar quiénes eran los carneros que convierte Don Quijote en príncipes y capitanes. Por industria de algún comentador sabemos ya, casi á punto fijo, quiénes eran Alifanfarón de la Trapobana, Brandabarbarán de Boliche, Micocolembo de Quirocia, Pierres Papín y Pentapolín el del arremangado brazo.

No por eso acierto yo á persuadirme de que estos héroes tuviesen existencia real en la corte de Felipe III. No veo el chiste que puede haber en darles tales nombres. Antes deseo decir al discreto y querido comentador, con quien me pesa no estar conforme, aquello que dijo Sancho á su amo: «Señor, encomiendo al diablo, si hombre, ni gigante, ni caballero, de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto; á lo menos yo no los veo; quizás todo debe de ser encantamento.» Quizás no hay más que las ovejas y la fantasía de Don Quijote que les pone nombres graciosamente eufónicos, sin intención alguna.

La razón más grave en contra de estos comentarios es la de que truecan el carácter de Cervantes, generoso, magnánimo y sufrido en las desgracias, por el de un mal-

diciente, mordaz y solapado. Sus elogios, en mi sentir sinceros, aunque hiperbólicos, se convierten asimismo en baja adulación ó cobarde palinodia. Pongamos por ejemplo el temido Micocolembo, en quien nos quieren hacer creer que está aludido D. Bernardino de Velasco.

Demos esto por probado, y se verá que Cervantes no tiene la menor disculpa en prodigar alabanzas á dicho personaje, por boca de Ricote, para que tengan más fuerza. Llámale grande, prudente, sagaz, justiciero y misericordioso, y declara heróica la resolución de Felipe III, á quien también llama grande, de expulsar á los moriscos, é inaudita su prudencia en confiar su expulsión al tal Don Bernardino.

En todo esto es menester ser muy suspicaz ó muy zahorí para notar la más ligera ironía Cervantes mismo da en compendio las razones que hubo para la expulsión, y la aprueba por indispensable, y por atrevida y por heróica la celebra y magnifica.

Cervantes era un hombre de su nación y de su época, con todas las nobles calidades de nuestro gran sér, pero con todas las pasiones, preocupaciones y creencias de un español de entonces. Su afectuoso corazón pudo afligirse de que fuesen expulsados aquellos hombres, entre los cuales había algunos cristianos sinceros: mas á la par reconocía que el cuerpo de toda aquella nación estaba *contaminado y podrido*, y que era menester extirparle á fin de que no inficionase y corrompiese todas las partes sanas de la república. Cervantes, protegido y entusiasta encomiador del ilustrísimo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, no podía pensar de otra suerte que como aquel arzobispo pensaba, esto es, que, por lo menos, importaba arrojar de España á los moriscos, como el pueblo

de Dios exterminó á los cananeos ó los arrojó de la tierra prometida.

Repito, pues, que con esa perenne lluvia de alusiones y de ocultas diatribas contra determinados sujetos, de que ven algunos atiborrado el *Quijote*, no sólo se afea el carácter de Cervantes, haciéndole malévolo y vengativo hasta lo sumo, sino que también se le amengua y achica el entendimiento. Yo al menos, con la franqueza que me es propia, tengo que declarar inepcia muchas de esas imaginadas sátiras. Otra cosa es que Cervantes tomase ocasión de algunos sucesos de su tiempo y aun de su propia vida para escribir ciertos lances ó aventuras. Puede que la del cuerpo muerto esté tomada de la traslación de los restos de San Juan de la Cruz. Tal vez la aventura del rebuzno tenga por origen las desavenencias que hubo entre los vecinos del Peral y Villanueva de la Jara, por cuestión de límites. Lo cierto es que esta aventura, así como la batalla entre los barceloneses y los soldados de la flota, que describe el autor en *Las dos doncellas*, y otras muchas ocurrencias y pinturas por el estilo, que se leen en todas sus obras, dan clara prueba de la feroz anarquía y espantoso desorden de aquellos buenos tiempos.

No negaré yo que algunas veces la rivalidad de Cervantes con Lope, con Aliaga, aunque indigno, y con otros poetas, le haga lanzar contra ellos dardos satíricos. Por lo común, sin embargo, en la alabanza es en lo que se excede, mostrando más la excelencia de su corazón que la de su juicio en puntos literarios. Y lo que es contra los grandes señores de la corte, no había rivalidad alguna que pudiese mover á Cervantes. Quien nunca pasó de simple soldado y de alcabalero, no era posible que viese rivales

en aquellos grandes señores, sino Mecenas más ó menos propicios. La ambición y la envidia no estaban entonces tan despiertas como ahora; pues si el favor del Soberano sacaba á veces del lodo á validos indignos y necios, éstos no eran tan instables y ni remotamente tan numerosos como los que hoy levantan los partidos; por donde no hay nadie, por ruín y para poco que sea, que no se juzgue en potencia propincua de escalar los primeros puestos, y con el derecho de infamar á los que mal ó bien los ocupan y estorban el logro de su deseo.

Por las razones expuestas, presumo yo que no ofendería Cervantes á las personas favorecidas por sus reyes. Mucho menos me doy á recelar, como hacen otros, que de los reyes mismos se burlaba. Absurdo me parece que sea el *Quijote* una sátira de Carlos V ó de Felipe II. Quien llama grande á Felipe III, y le llama grande candorosamente, por el sumo respeto que inspiraban entonces á los españoles sus reyes, no había de tener baja idea del invicto César y de su prudentísimo hijo. Si Quintana, con todo su filosofismo á la usanza francesa del siglo pasado, todavía hace de Carlos V un sér extraordinario, y si, calificándole de déspota, le transforma en déspota arrepentido y demagogo de ultra-tumba, á fin de que le adoremos, é identifica su gloria con la de España, ¿cómo Cervantes, que nada tenía de filósofo, había de juzgar con severidad ó había de poner en ridículo los hechos de aquel emperador amado y admirado? Es cierto que la grandeza de los medios que se ponían en juego, y la inconsistencia ó nulidad de lo que resultaba, fijan en el reinado de aquel emperador el principio de la decadencia de la monarquía española; pero Cervantes no podía sospecharlo.

Cervantes, además, no pecaba de lo que se llama *libe-*

ral ahora. Al contrario, en el *Quijote*, y en otras obras suyas, da frecuentes señales de entender del modo más absoluto el poder del príncipe sobre la república. Pudiéranse citar mil ejemplos. Baste, con todo, que cite yo aquí el arbitrio que halla para que no se publiquen malas comedias; á saber, que se nombre un censor, sin cuya aprobación, sello y firma, nadie se atreva á representar comedia alguna. De suerte que, no sólo somete al gobierno las ideas de los escritores, en cuanto pueden tocar en algo á la moral, á la religión ó á la política, sino que le hace árbitro supremo del bueno ó mal gusto en literatura. El despotismo de Carlos V ó de Felipe II no debían, pues, escandalizar á Cervantes.

No se crea, sin embargo, que era servil. En él había un poderoso instinto de libertad y de altivez, y una independencia de carácter, propia entonces y siempre de los españoles, y muy en particular de los que se precian de hidalgos y de caballeros, que son casi todos, hasta los que al mismo tiempo se precian de demócratas. Muéstranse esta altivez y esta independencia en aquellas palabras de Don Quijote, menos de burla y más sentidas de lo que se piensa, en que declara exentos de toda ley á los caballeros andantes; «sus fueros, sus bríos; sus pragmáticas, su voluntad.» Muéstranse también en aquel desprecio y furor con que trata Don Quijote á los ministros de la justicia, *ladrones en cuadrilla que no cuadrilleros*, y con que se mueve á desafiar á la Santa Hermandad, y á extender el reto á los hermanos de las doce tribus de Israel, á Cástor y Polux, á los siete hermanos Macabeos y á todos los hermanos y hermandades que ha habido en el mundo. Casi siempre que hay algo de valentía ó de travesura en quien se burla de las leyes ó desafía á la

autoridad, Cervantes, sin poder remediarlo, se pone de su parte. Á los galeotes los disculpa; y si bien la apología está en boca de Don Quijote, no deja de tener fuerza y de estar hecha con calor. «Porque si bien vais castigados por vuestras culpas, dice, podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros de éste, el poco favor del otro, y finalmente, el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdición y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades.» «Me parece duro caso, añade, hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres.» Pero donde más se declara esta propensión de Cervantes es en el entusiasmo que consagra al valiente Roque Guinart, al capitán de bandoleros, de quien se admira, á quien ensalza sobre un pedestal de gloria, y en quien presenta un dechado de magnanimidad, de discreción, de cortesía y de otras mil prendas hidalgas. Los principales caballeros y damas de Barcelona, los del bando de los Niarros al menos, eran de la misma opinión y conservaban las relaciones más amistosas con aquel foragido. Faltas son estas que serían bastantes á que fuese tachada de antisocial una novela de ahora; pero en aquella época y estado social eran indispensables. Todavía, hasta hace poco, han sido en España las historias más celebradas entre el vulgo las que refieren los altos hechos de bandidos, ladrones y guapos como Francisco Esteban.

Asimismo pretenden algunos ver en Cervantes un descreído burlón. Nada, á mi ver, más contrario á la índole de su ingenio. Cervantes era profundamente religioso, y aun participaba de la superstición y del fanatismo de su nación y de su época. España había hecho la causa de la religión su propia causa; había identificado su destino

con el triunfo de nuestra santa fe; había puesto por base, no sólo á su imperio, sino á sus pretensiones de preponderancia, y de primado, y de soberanía entre todos los pueblos de la tierra, la victoria del catolicismo sobre la incredulidad y la herejía. Ser, pues, incrédulo entre nosotros, á más de renegar de Cristo, era renegar del sér de español y de hidalgo y de fiel vasallo. Este modo de nacionalizar el catolicismo tenía algo de gentílico y más aun de judáico; fué un error que vino á convertir, en España más que en parte alguna, á la religión en instrumento de la política; pero fué un error sublime que, si bien nos hizo singularmente aborrecedores y aborrecidos del extranjero, y conspiró á nuestra decadencia, colocó á España, durante cerca de tres siglos, á la cabeza del mundo, dándole en el gran drama de la historia un papel tan principal, que nada se entendería si nuestros grandes hechos, pensamientos y miras se sustrajesen por un instante de la escena.

Siendo esto así, como lo es, Cervantes, que en grado eminente representa el genio de España, tuvo que ser y fué eminentemente religioso. En todas sus obras se ven señales de la piedad más acendrada. Cuanto se conoce de su vida concurre á persuadirnos de esta calidad que adornaba su espíritu.

Lo que sí me inclino á creer es que Cervantes discurría poco sobre ciertas materias, como la mayor parte de los españoles que no eran sacerdotes y teólogos de profesión. El Santo Oficio ahogó todo discurso, todo pensamiento sobre lo divino que no fuese una repetición de lo *oficial* y consignado. La filosofía acabó por convertirse en ergotismo frívolo para las aulas, en fría indiferencia para los hombres de mundo, y para algunos políticos y eruditos

culteranos en doctrina estóica, más que metafísica, moral, y más que moral, literaria, pues los que la seguían, antes que de la ciencia y altos preceptos de Crisipo, se apasionaban del estilo pomposo y declamatorio de Séneca.

Hay, sin êmbargo, quien dé por seguro que, sin elevarse á consideraciones trascendentales, Cervantes se burló encubierta y chistosamente, no de la religión, pero sí de abusos y desórdenes introducidos so capa de religión, y de muchos vicios del clero. Llegan, por ejemplo, á imaginar que tiene más malicia de la que se le atribuye aquello de decir Don Quijote á los monjes benitos, aun después de afirmar ellos que lo eran, «ya os conozco, fementida canalla,» palabras con que Ariosto, con intento franco y deliberado, califica también á todos los frailes, así como profiere infinitas burlas impías, sin que por eso deje Cervantes de llamarle «cristiano poeta.» Se añade que hay también sátira por el estilo en la aventura del cuerpo muerto, en la de los disciplinantes y en el carácter y condición del eclesiástico que vivía con los duques.

Sin duda, Cervantes, sin querer, censuraba los vicios del clero, singularmente sobre cierto punto. El lance que el mismo Don Quijote refiere de los presentados y teólogos que fueron desdeñados por amor del lego, que para ciertos negocios y menesteres sabía más filosofía que Aristóteles, y aquellas palabras de una dueña en *La tía fingida*, dando á entender que nadie pagaba mejor que los canónigos algunos artículos de ilícito comercio, no dan la más brillante idea de la que Cervantes tenía sobre las buenas costumbres y virtud del clero. Sin embargo, Cervantes decía esto por ligereza y sin ánimo de ofender á aquella clase que en general respetaba. Una de las sentencias del licenciado Vidriera, de las cuales parece que hace Cer-

vantes el último extremo de la discreción, «es que nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *nolite tangere Christos meos.*» Y esto lo dijo el licenciado muy subido en cólera, y sólo porque un sujeto tildó de gordo á un fraile. ¿Cuánto más no se hubiera enojado Vidriera con el cuento del lego y los teólogos y con la alta fama de rumbosos que entre las Claudias y las Celestinas supone Cervantes que los canónigos gozaban?

Se ha de advertir que ahora la impiedad de muchos hombres y la extremada malicia con que interpretan los dichos de los autores, hacen que vean como una sátira en lo que sólo es efecto de un candor extraordinario, y, digámoslo así, de cierta franqueza ó familiaridad con las cosas divinas que había en aquellos tiempos de fe sincera y profunda. Al lado de esta fe había también una relajación en las costumbres y una depravación en la moral que pasman, y que se avenían sin el menor escrúpulo con la devoción más fervorosa. La asociación de ladrones y de pícaros del Señor Monipodio, da dinero para misas y para otros fines piadosos. Rinconete pregunta á un pillo á quien ve por vez primera:—¿Es vuesa merced por ventura ladrón?» Y el interrogado responde:—«Sí, para servir á Dios y á la buena gente.» Las obras de Cervantes abundan en estos rasgos. Como la mayor parte de los autores de su tiempo, no tenía dificultad ninguna en mezclar los misterios y los dogmas de nuestra religión con farsas indecentes y chistes groseros y en valerse de ellos para fraguar esas farsas y esos chistes. En su comedia de *Pedro Urdemalas*, cuando éste se finge alma del Purgatorio para robar á una rica viuda, vieja y crédula, hay escenas que parecen expresamente inventadas por el mismo demonio para burlarse de las ánimas benditas. Allí se refieren una

junta general y consejo que tienen en el Purgatorio los parientes difuntos de la viuda, las penas que padecen y la determinación que toman de enviar á uno de ellos por diputado á la viuda para que los rescate, todo de una manera tan cómica y ridícula que no puede ser más. Cuando trataba Cervantes por lo serio las cosas divinas, no solía ser más decoroso. Lo inmoral ó sucio de los lances, y lo extravagante y absurdo de los milagros, lucen no menos en *El rufián dichoso* que en el *San Franco de Sena* de Moreto y en otras más desarregladas y monstruosas *comedias de santos*. Schack pretende que *El rufián dichoso* es una de las comedias más desatinadas que en este género se han escrito. El héroe es como el de casi todas: un desalmado, pendenciero y burlador de mujeres, que, después de hacer cien mil insolencias y crímenes, se arrepiente y hace milagros, es santo y se va al cielo.

En el *Quijote*, por dicha, hay otro gusto más delicado, y junto á la más espontánea inspiración está siempre el recto juicio que la templa y modera. No hay, pues, en el *Quijote* semejantes aberraciones; pero sí hay pasajes que, interpretados hoy, pueden dar lugar á sospechas de las ya mencionadas. Yo, con todo, los creo nacidos al volar de la pluma, sin la menor intención de ofender. Si el autor pudiese contestar á nuestras preguntas, exento de todo temor al Santo Oficio, creo que no confesaría la intención ofensiva, y aun quedaría absorto de que se la atribuyesen.

Bien persuadido estoy, pues no puede ser más claro, de que el capítulo LXIX de la segunda parte del *Quijote* contiene una parodia del modo de proceder de la Inquisición y de los autos de fe. Pero ni Cervantes cayó en que aquello podía pasar por burla, ni la Inquisición tampoco. Cer-

vantes, si por burla la hubiera tenido, no se hubiera atrevido á publicarla; y si la Inquisición la hubiera tenido por burla, no la hubiera dejado pasar. En las pocas palabras que suprimió en la dicha segunda parte, se ve el cuidado minucioso que ponía en expurgar los libros. Era tal el respeto y el miedo que entonces la Inquisición infundía, que era imposible imaginar que la ponían en ridículo. La burla es sólo contra Sancho y Don Quijote, á quienes, para un asunto de tan poco momento y tan de farsa como la resurrección de Altisidora, los rodean de un aparato imponente, propio de los asuntos más sublimes. La Inquisición no podía darse por ofendida por esto, como el rey no se daba por ofendido de que hubiese reyes en parodia: el Rey que rabió, ó el Rey Perico.

Tal vez pensará alguien que el lado místico y ascético á que entonces propendia, singularmente en nuestra Península, el catolicismo, y que en las cosas de Gobierno y razón de Estado iba ya tomando grande inclinación teocrática, repugnaba por instinto, y sin que se diese buena cuenta de ello, á una naturaleza tan sana y tan práctica como la de Cervantes. Pero el ideal de mundana perfección que sin duda estaba en su mente, y la conciencia del gran movimiento intelectual de Europa y del destino de esta privilegiada parte del globo de difundir la civilización entre todas las gentes, eran nociones y sentimientos que se avenían y aun se apoyaban en el catolicismo, entendido y sentido por alta manera, y haciéndole nervio, espíritu y origen de esa misma civilización. Así es que lejos de pensar Cervantes, como el impío Machiavelli, que el cristianismo había enervado el mundo, y dádole como á saco á los tiranos protervos para que hiciesen de él á su talante, ponía en nuestra religión el manantial purí-

simo de la verdadera valentía, y dotaba al cielo de caballeros andantes, como se ve en el capítulo LVIII de la segunda parte del *Quijote*. Ni está dicho de burla, sino con profundo entusiasmo, al hablar de San Jorge, que era *un caballero de los mejores andantes que tuvo la milicia divina*, y al hablar de Santiago, patrón de España, á caballo, con la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas, que *fué de los más valientes y santos caballeros que tuvo el mundo y tiene ahora el cielo.*

Ni siquiera puedo creer que la fantasía de Don Quijote de convertir á San Pablo y otros santos en caballeros andantes venga allí con propósito de ridiculizar los libros de caballerías á lo divino, como *El Caballero Assisio*, *El Caballero peregrino* y otros. Yo entiendo que este misticismo, mezclado á veces con el espíritu caballeresco mundano, y otras veces contrapuesto á ese espíritu, rebajándole y humillándole, estaba en el alma de nuestro gran poeta. La ambición y el amor de gloria la conmovían hondamente. Á menudo reniega Cervantes de su pobreza, y de quien la llamó *dádiva santa desagradecida*. Pero también había en su corazón cierto menosprecio del mundo y cierta ternura mística, fomentada por sus desengaños de las cosas de la tierra y por los desdenes de la fortuna.

En el capítulo VIII de la segunda parte del *Quijote*, se descubre á las claras este combate interno de su corazón. El dualismo de su sér, las dos opuestas propensiones se manifiestan en un curioso diálogo entre Don Quijote y Sancho, y sin duda la propensión mística queda triunfante. Don Quijote habla del deseo de gloria, de la ambición, del amor de la patria, como móviles de las grandes acciones. Todas las hazañas, todas las atrevidas empresas dimanan de estos sentimientos que Don Quijote magnifica.

Pero Sancho le interrumpe en medio de su peroración, tratando de probar que cualquiera fraile vale más que todos los héroes del mundo, los conquistadores y los andantes caballeros, ya que hay más frailes santos que héroes y príncipes, y vale más resucitar á un muerto, dar salud á un enfermo, ó hacer otro milagro, por pequeño que sea, que desbaratar ejércitos, fracasar armadas, aterrar vestiglos, descabezar gigantes y avasallar y domeñar naciones enteras. Aquí tenemos á Cervantes humillando, por medio de la religión, la soberbia aristocrática de los grandes y poderosos.

Este pensamiento no era fugitivo en su alma sino permanente, y con frecuencia le repite. El licenciado Vidriera hace también observar que de muchos santos «que había canonizado la Iglesia, ninguno se llamaba el capitán Don Fulano, ni el secretario Don Tal de Tal, ni el conde, ni el marqués, ni el duque, sino Fr. Diego, Fr. Jacinto, etc., todos frailes y religiosos; porque las religiones son los Aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios.»

Para humillar las vanidades mundanas, Cervantes se valía casi de las mismas razones que el gran Gregorio VII. «¿Qué príncipe ha hecho milagros? ¿Qué rey, qué emperador vale un San Martín ó un San Antonio?» Palabras dictadas por un espíritu nivelador, por un sentimiento católico profundamente democrático. Pero Cervantes amaba la gloria, la vida aventurera, las hazañas; estaba lleno de ardor guerrero, y, en lo que la patria y la religión se avenían y aun prescribían el vivir heróico, él le amaba. Entonces no era el místico desengañado; entonces era el elocuentísimo encomiador de las armas sobre las letras, el héroe de Argel, el caballero andante, el soldado vale-

roso, *el que más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga;* el que prefiere su manquedad *á no haberse hallado en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.*

Por cualquier faz que se examine el carácter de Cervantes, se ve que dista infinito de rebajar el espíritu caballeresco y la verdadera gloria militar, á no ser en nombre de una más alta y más pura gloria. No es el *Quijote*, como pretende Montesquieu, el único libro bueno español que se burla de los otros; la reacción y la mofa contra nuestro espíritu nacional: antes es la síntesis de este espíritu, guerrero y religioso, lleno de un realismo sano, y no por eso menos entusiasta de todo lo bello y grande.

El *Quijote* se burla de los libros de caballerías, porque Cervantes los halla indignos del espíritu que los dictó. Hablando nuestro autor por boca del canónigo, deja ver su idea y nos da en cifra los preceptos del verdadero y excelente libro de caballerías que él soñaba, esto es, de la epopeya en prosa, ó dígase de la novela heróica, donde se han de presentar como en dechado todas las virtudes del caballero perfecto, *cristiano, valiente y comedido.* Este ideal resplandece en la obra inmortal de Cervantes, llenándola, perfumándola é iluminándola toda.

He tratado hasta aquí de varias especies de comentarios que se han hecho ó pueden hacerse del *Quijote*. El asunto es tan extenso que merece un libro. Temo haber callado muchísimo importante, y haber, además, fatigado á mis oyentes. Mas á pesar de este último temor, diré aún, en brevísimas palabras, algo de otros comentarios que hay, y que llamaré filológicos y filosóficos. Los filológicos me parecen inútiles, si tratan de explicar giros y vocablos, obscuros por anticuados. El *Quijote* no está es-

crito en una lengua muerta. Con corto y poco substancial desvío, la lengua de Cervantes es la que hoy se habla. Los grandes autores clásicos fijan la lengua en que escriben.

El comentario filológico puede ser, sin embargo, útil, si se reduce á enmiendas y correcciones, por el orden de las que en los clásicos griegos y latinos pusieron los eruditos del renacimiento; si bien conviene tener mucho pulso y prudencia en este negocio para no incurrir en los desmanes que tan graciosamente zahiere Saavedra Fajardo. Hablando de los críticos que corrigen ó enmiendan, los compara á cirujanos ó barberos «que hacen profesión de perfeccionar ó remendar los cuerpos de los autores. Á unos pegan narices; á otros ponen cabelleras; á otros dientes, ojos, brazos y piernas postizas; y lo peor es que á muchos les cortan los dedos ó las manos, diciendo que no son aquéllas naturales, y les ponen otras con que todos salen desfigurados de las suyas. Este atrevimiento es tal, que aun se adelantan á adivinar conceptos no imaginados, y, mudando las palabras, mudan los sentidos y taracean los libros.» Yo me inclino, en general, al dictamen de Saavedra Fajardo, si bien no menosprecio á estos críticos correctores, cuando hasta el mismo Aristóteles lo fué de Homero, haciendo aquella edición que Alejandro guardaba en la cajita de Darío. El *Quijote*, además, así por descuido de Cervantes como por torpeza de los impresores, estaba plagado de erratas; por lo cual aplaudo sinceramente la edición que, corregida con gran tino, ha hecho un docto y entendido compañero nuestro. Las más de sus enmiendas me parecen acertadas, aunque no pocas son bastante atrevidas.

El otro género de comentario, el filosófico, es el que resueltamente no puedo aprobar, si por él se trata de per-

suadirnos de que un libro tan claro, en el que nada hay que dificultar y que hasta los niños entienden, encierra una doctrina *esotérica*, un logogrifo preñado de sabiduría. Verdad que Homero ha tenido mil comentadores de esta clase, desde Heráclides Póntico y Demócrito Abderita hasta hoy, y Dante cátedras, donde su ciencia se ha leído, y desentrañadores de ella, como Ozanán y el rey Juan de Sajonia; pero, según dice un prologuista de *La Divina Comedia*,—«la Minerva griega salió grande y armada del cerebro de Homero, y la Minerva italiana del de Dante,» mientras que la Minerva española estaba ya nacida, crecida y muy granada, cuando el *Quijote* apareció. ¿Qué idea, por otra parte, se formaría de esta Minerva quien no la conociese y llegase á entender que era su cuna una sátira alegre, una obra festiva, un libro de entretenimiento, una novela, en fin? Una novela, y no más, es el *Quijote*, aunque sea la mejor de las novelas. Y los que en otro predicamento la ponen, no logran realzar el mérito del autor, y rebajan el de la civilización española. Antes de Cervantes, y después de Cervantes, hemos tenido filósofos, jurisconsultos, teólogos, naturalistas y sabios en otras muchas ciencias y disciplinas, que han concurrido al progreso científico, al desenvolvimiento de la inteligencia humana.

Cervantes no ha concurrido, no ha descubierto ninguna verdad. Cervantes era poeta, y ha creado la hermosura, que siempre, no menos que la verdad, levanta el espíritu humano y ejerce un influjo benéfico en la vida de los pueblos y en los adelantos morales.

No hay que hacer un análisis detenido del *Quijote* para probar que carece de profundidades ocultas. Hay mil razones fundamentales que lo demuestran.

Es la primera que ningún crítico español ni extranjero, entre los cuales pongo á Gioberti, á Hegel y á Federico Schlegel, admiradores entusiastas del *Quijote*, ha descubierto ni rastro de esa doctrina *esotérica*; y sería de maravillar y caso único en los anales de la inteligencia humana, que durante más de dos siglos y medio hubiesen estado escondidos en un libro tesoros de sabiduría sin que nadie de ello se percatase.

La segunda razón es que, dada esa sabiduría, el disimulo de Cervantes no tiene explicación, á no suponer que su espíritu era contrario á la moral, ó á la fe, ó á la política de España en su tiempo, y creo haber probado que no lo era.

Los antecedentes de Cervantes confirman más aún que no hay tales filosofías y sabidurías en el *Quijote*. Tirso, Lope, Calderón y otros muchos poetas de España, habían estudiado más, sabían más y eran más eruditos que Cervantes. Cervantes era (¿y por qué no decirlo?) un *ingenio* casi *lego*. La edad de la intuición súbita había ya pasado. Y en el período reflexivo de la vida de la humanidad, aunque pueden escribirse poemas que presuman de contener en cifra una teoría completa de las cosas divinas y humanas, estos poemas no suelen estar escritos sino por autores de mal gusto, vanidosos é ignorantes, que no saben lo que es la ciencia y quieren abarcarla, ó bien por autores que á más de poetas son filósofos, como Goethe, y muy versados en todo género de estudios. Cervantes no era ni lo uno ni lo otro; luego por este lado tampoco se concibe cómo pudo poner en el *Quijote* esa sabiduría.

Las advertencias que hace el ingenioso hidalgo á Sancho, cuando éste va á gobernar la ínsula, las doctrinas literarias del canónigo, y otras máximas sobre política,

moral y poesía, á no ser por la elegancia, por el chiste ó por la nobleza de los afectos con que se expresan, nunca traspasan los límites del vulgar, aunque recto juicio. El discurso sobre la edad de oro no es más que una declamación brillante y graciosa.

Nada más propio de la epopeya que encerrar dentro de su unidad la idea completa del universo-mundo y de sus causas y leyes; pero esto es dable cuando la idea es sólo poética, y aun no está limitada y contradicha por la sabiduría prosáica y metódica, y cuando la metafísica, la moral, la religión y las ciencias naturales se escriben en breves sentencias.

Las atribuídas á Pitágoras en los *versos de oro*, las de los siete sabios, las de otros poetas *gnómicos* y las de *Los trabajos y los días*, de Hesiodo, si bien no enlazadas á una acción heróica ni reducidas á unidad, son, como las máximas de Valmiki, de Viasa y de Homero, la legítima sabiduría épica. Pero estas sentencias, aunque se ponen en boca de los antiguos sabios, tienen un carácter eminentemente impersonal; son como la voz de todo un pueblo, y, cuando viene la reflexión y nace el saber prosáico, pierden su condición ilustre y grave, se hacen plebeyas, toman un aspecto algo jocoso, y se convierten en *refranes*. Cervantes, comprendiendo instintivamente esta verdad, que hoy aclara la crítica, hizo de la antigua sabiduría épica, ya emplebeyecida y degradada, uno de los elementos más cómicos y risibles de su profunda parodia, que no lo es sólo de los libros de caballerías, sino de toda epopeya heróica. Épicas son también, como las referidas sentencias, la importancia que se daba y la circunstanciada descripción que se hacía de todo aquello que sirve á los héroes para adorno ó defensa de la persona: un ce-

tro, un bastón, una espada ó un yelmo. Los mismos dioses en las epopeyas antiguas, y en las modernas los magos ó las hadas fabrican estas armas, alhajas ó muebles, dotándolos de mil virtudes y excelencias. Cervantes se burla de esto, transformando en yelmo de Mambrino una bacía de barbero. Así como los héroes de los antiguos poemas se revisten de armas divinas cuando acometen la más peligrosa y seria aventura, y los dioses ponen en ellos algo de extraordinario, por ejemplo, una horrenda llama que les arde en las sienes, así Don Quijote, al acometer también su aventura más seria y peligrosa, se pone el casco lleno de requesones y se da á entender que se le ablandan y derriten los sesos.

Y sin embargo, á pesar de esta burla de lo épico, Cervantes se muestra siempre enamorado de lo novelesco y lo trágico. Sin hablar del *Persiles*, en el mismo *Quijote* hay caracteres y casos que no vendrían mal en un libro de caballerías. Á las mujeres, más que á los hombres, las poetiza á veces Cervantes del mismo modo exagerado y andantesco de que tanto se burla. Dorotea, Ana Félix y Claudia Gerónima son mujeres andantes, y la última de las de rompe y rasga. Las dos doncellas, en la novela de este título, no se limitan á andar de zeca en meca, vestidas de hombre, sino que pelean y dan de cuchilladas como Pentesilea, Bradamante y Clorinda. Cervantes amaba la *romanzería*, y la epopeya heróica y los libros de caballerías, aunque tuviese, por instinto, el sentimiento de que eran anacrónicos.

No era, ni podía ser Europa como varias naciones del Asia, donde se prolongó por muchos siglos la edad de la epopeya, la edad divina. Durante este largo período, los dioses se humanaban y compartían las penas, las pasio-

nes y los cuidados de los hombres; la religión y la historia, las creencias y la filosofía, los acontecimientos reales y los sueños, todo estaba mezclado y confundido. Así se explica que un poema fuese el *libro* por excelencia de toda una nación, en el cual iban escribiendo sus ideas las sucesivas generaciones. Así el *Mahabharata*, que tenía en un principio 2.400 *slokas* ó dísticos, llega á contener al cabo sobre 100.000. En él aparece, desde la luz incierta y vaga que esparce la aurora de la civilización indiana, hasta la metafísica sutil del *Bhagavad-Gita*.

En la Europa pagana sucedió lo contrario. Los dioses, como seres efectivos, desaparecieron pronto, quedando como ideas inmortales: pero dieron lugar á Homero para escribir, con un arte que los asiáticos desconocían, la epopeya perfecta y una.

En la Europa cristiana, la fijeza de los dogmas y la gran filosofía de los primeros cinco siglos infundieron una noción más sublime y científica de la divinidad, y no consintieron que ésta pudiese decorosamente servir de máquina para los poemas. Á pesar del arte y de la ciencia de Milton y de Klopstock, hay en sus obras mil pasajes que no se pueden sufrir. Cuando con más fe y menos ciencia se ha hecho intervenir á la divinidad en nuestras epopeyas, dramas ó novelas, se ha caído en lo indecoroso. Muchos gentiles pensaban así de sus poetas épicos y del empleo que en las fábulas daban á sus dioses. ¿Cuánto más debemos pensar esto los cristianos? La idea de Chateaubriand de que nuestra religión vale más que la mitología para máquina de un poema, ofende á nuestra religión, lejos de ensalzarla.

Pero dígase lo que se diga de la idea de Chateaubriand, es lo cierto que, aparte *La Divina Comedia*, obra de un

género enteramente diverso, no hubo epopeya perfecta en la Edad media. Desde el renacimiento hasta hoy, y aun en lo porvenir, creo con Ariosto que *più vero epico esser non si possa*. Tasso, á fuerza de elegancia, de ternura y de religiosidad, nos ofusca y casi contradice el fallo. Camoens, por ser hijo de una nación épica en grado elevadísimo, por cantar una empresa nacional y al mismo tiempo de interés común al género humano, pues que abre verdaderamente la historia moderna, y por un sinnúmero de otras circunstancias dichosas, á más de su ardiente inspiración y patriotismo, contradice también en apariencia el fallo que se ha dado. En realidad y en el fondo, ni Tasso, ni Camoens le contradicen. *La Jerusalén* y *Los Lusiadas*, aunque bellísimos, son igualmente dos poemas artificiales.

Todo esto, repito, que lo sentía Cervantes, aunque no se lo explicaba. Si alguna oculta sabiduría hay en su libro, me parece que es ésta sola. Mas, como burlándose de la caballería, él es un perfecto caballero, así burlándose de la epopeya, escribe en prosa el libro más épico que en la edad moderna se ha escrito, salvo los romances del Cid; *aquel collar de perlas*, *aquella graciosa corona*, como los llama Hegel, que nos atrevemos á poner al lado de cuanto la antigüedad clásica creó de más hermoso.

Tal es, señores académicos, mi pobre opinión sobre el *Quijote*, y sobre los comentarios y críticas que de él se han escrito.

JUAN VALERA.

NECROLOGÍA

DEL

Ilmo. Sr. D. FRUTOS SAAVEDRA MENESES.

Corría el año de 1852, cuando á fines del mes de julio me ví precisado á ir al Real Sitio de San Ildefonso donde á la sazón residía la Corte. Aquel viaje era muy grato para mí, porque siempre deseé conocer los prodigios realizados en la Granja por el insigne fundador de nuestra Academia y de la dinastía borbónica, de cuyo buen gusto y amor á la naturaleza dan allí testimonio, más aún que la esplendidez de palacios, jardines y fuentes, la hermosura del lugar escogido y las grandiosas montañas que lo circuyen. Peladas unas, coronadas otras de nieve ó cubiertas de espesos bosques de pinos, embellecidas con manantiales purísimos que se despeñan á lo mejor en pintorescas y bullidoras cascadas, sirven como de marco á los mil variados paisajes, á cual más digno del Supremo Artífice, con que el humilde Balsaín brinda por entre quiebras y peñascales á quien sigue el arrebatado curso de sus aguas.

Mas no era éste el único deseo que anhelaba entonces satisfacer. Al seductor atractivo de la naturaleza, llena cada vez de nuevos encantos para el que la contempla

con los ojos del alma y descubre hasta en la más diminuta flor campestre el sello de un poder que en vano la soberbia humana pretende negar, ansiaba unir el íntimo gozo que experimentamos ante artísticos monumentos de pasados siglos, donde parece como que vibra y todavía se hace oir elocuentemente la voz de majestuosos recuerdos. Así, apenas hube recorrido los lugares que todo viajero se apresura á visitar en el Real Sitio, me trasladé á la inmediata ciudad de Segovia. Pocas poblaciones habrá cuyo general aspecto conserve tan decidido carácter monumental. Al discurrir por sus tortuosas y estrechas calles, diríase que nos transportamos á los siglos XIII ó XVI, pues de uno ú otro son principalmente muchas de sus casas y edificios públicos. En 1852 ufanábase todavía Segovia con su soberbio Alcázar, convertido ahora en montón de lamentables ruinas, y eran señuelo á la ilustrada curiosidad de viajeros y artistas los esbeltos almenados torreones de aquella antigua fortaleza, las hermosas perspectivas que ofrecía por todos lados, y el singular mérito de sus bóvedas estalactíticas cubiertas de oro (labor inapreciable del arte mudéjar), así como el riquísimo artesonado cuyos casetones mostraban en alto relieve, por orden cronológico, la efigie de nuestros monarcas, desde el restaurador D. Pelayo á la infeliz Juana la Loca.

Ocupaba por aquel tiempo la regia estancia cubierta con esta admirable techumbre la Biblioteca del Colegio de Artillería, huésped de mansión tan suntuosa, y hallábase encargado de enriquecerla con libros científicos de provechosa doctrina un Capitán del arma, Profesor de topografía y fortificación, amén de Bibliotecario y Secretario de la Junta de profesores. A él me presentó con encarecimientos de fraternal amigo otro Capitán del Cole-

gio, D. Ramón Escario, criado y educado bajo el amparo paternal y segura dirección de su insigne abuelo D. Martín Fernández de Navarrete, honra de las letras españolas. Entonces oí pronunciar por primera vez el nombre, perpetuamente caro para los buenos, de D. FRUTOS SAAVEDRA MENESES.

Cuando años después, por agosto de 1864, éste y yo registramos juntos hasta el último rincón de las amenazadoras ruinas del antiguo Alcázar, convertido en escombros por fuego devorador, ví deshacerse en lágrimas el noble corazón de Saavedra al contemplar dónde estuvo el depósito de libros y planos acrecentado por él á costa de tantos afanes.

Y ya que al principio de mi amistad con Saavedra va unido el nombre de Ramón Escario, modelo de caballeros que sucumbió al rigor de contagiosa enfermedad por demasiado escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes, permítaseme desahogar el pecho pronunciando aqui el dulce nombre de su hermano menor Emilio, nacido en esta misma casa, y como él jefe de tan distinguido Cuerpo, á quien el 22 de junio de 1866 arrebató villanamente la vida, porque esclavo de la lealtad y del honor se negó á preferir el grito de los sublevados, la embriagada soldadesca de que hasta entonces había sido como bondadoso padre. Ambos hermanos fueron amigos de Saavedra Meneses. Ambos le estimaban y respetaban por su saber y por sus virtudes. Si tuviéramos la dicha de verle en este sitio, donde sus muchas luces habrían podido aclarar no pocas definiciones de voces concernientes á la tecnología científica, seguro estoy de que se gozaría en ver enlazado su nombre al de dos hermanos de armas tan dignos y generosos.

D. Frutos Saavedra Meneses nació en la ciudad del Ferrol á 25 de octubre de 1823, y dos días después recibió las purificadoras aguas del Bautismo en la parroquia de San Julián. Fueron sus padres D. Antonio Saavedra Caballero, Maestrante de Sevilla, y Doña María de la Candelaria Meneses. Tuvo por abuelos á D. José Saavedra, Vocal de la Junta superior del reino de Galicia durante la gloriosísima guerra de la Independencia, y á D. José Meneses, Brigadier de la Real armada.

Aún no cumplidos quince años entró en el Colegio de Artillería, para el que tenía concedida gracia de cadete, con uso de uniforme, desde abril de 1836. Allí mostró desde luego tanta aplicación, que en julio de 1840 le nombraron Brigadier de la compañía. Por haber obtenido en todos los cursos de estudio notas de sobresaliente ó de muy bueno, ascendió á Subteniente del arma en 16 de octubre del año 41, con destino al 4.º regimiento de Artillería.

Tres meses después pasó desde la Coruña á encargarse accidentalmente de la compañía que se hallaba en el Ferrol. Corta fué su residencia en la ciudad natal: comisionado en mayo del 42 para conducir á San Sebastián cien artilleros, hubo de permanecer allí el resto del año; no siendo más durable su permanencia en Irún, á donde le enviaron destacado á principios del 43. Trasladado en febrero de aquel año mismo á la 2.ª brigada de montaña destinada á Teruel y Zaragoza, partió en breve á la capital de Aragón, donde, á las órdenes del Capitán general, se encontró en los famosos acontecimientos del 9 de junio. Apenas ascendido por antigüedad á Teniente del arma (11 de septiembre), se encargó de la comandancia de Artillería del castillo de Murviedro, en el que permaneció hasta di-

ciembre. Para cualquier otro oficial joven de veinte años, la estancia en el castillo de Murviedro, aun sin la responsabilidad de mandar alguna fuerza en tiempos agitados y de discordias civiles, hubiera sido muy enojosa. No lo fué para Saavedra, poco afecto á pueriles devaneos, inclinado desde muy niño á graves especulaciones, á quien halagaba ya y complacía que sobreviniesen eventualidades donde poder mostrar por impulso propio la entereza y fidelidad de su noble pecho. La acalorada fantasía de sus floridos años pintábale con vivos colores el heroismo de Sagunto, que ha hecho imperecedera la fama de aquellos lugares. Su ardoroso patriotismo, no desmentido jamás, tal vez le sonreía con la esperanza de poder emular algún día glorias que llenaban su alma de respeto y admiración. ¡Felices sueños del entusiasmo juvenil y de la imaginación poética! ¡Hermosos pensamientos nacidos siempre del corazón, cuando todavía no lo han marchitado y endurecido el soplo de la edad ni el hielo de los desengaños!

Desde aquella fecha, tan pronto vemos á Saavedra Meneses otra vez en la Coruña, residencia que le era grata por hallarse próximo á su familia á quien amaba con vehemencia, como le encontramos en Gijón y en Oviedo; hasta que en septiembre de 1844 se le destinó á la fábrica de Trubia. Elegido á principios del año siguiente para estudiar en el extranjero la industria ferrera, viajó algunos meses por Francia, Alemania, Bélgica, Holanda, Inglaterra y Escocia. Resultado de sus observaciones en esta excursión fué la *Memoria sobre la fabricación, en distintos países, de las armas de fuego portátiles*, que escribió en unión con el coronel D. Francisco Elorza (de vuelta en la fábrica por marzo de 1846), y que se publicó en el segun-

do tomo del *Memorial de Artillería* aprobada por la Junta superior facultativa. Por recompensa del acierto con que supo desempeñar tal comisión recibió el empleo de Capitán de Infantería en 19 de julio de 1847; siéndolo ya graduado desde 10 de octubre del año anterior, á consecuencia de la gracia general otorgada al ejército para celebrar el matrimonio de la Reina Doña Isabel II. La colección de láminas relativas á la fábrica de Trubia contiene el plano de aquel establecimiento, los de los hornos y varios de aparatos y máquinas, debidos á la incansable laboriosidad de Saavedra, destrísimo dibujante, y grabados de orden superior. Antes de corrido un año (en junio de 1848) nuestro malogrado compañero recibió el grado de Comandante por los servicios prestados en las nuevas construcciones y trabajos de aquella fábrica, la cual tuvo precisión de abandonar en octubre, por haber sido nombrado Ayudante de Profesor en la Academia de Segovia.

Todavía no disfrutaba Saavedra el empleo de Capitán de Artillería que exigía el Reglamento en los Profesores, empleo á que ascendió por antigüedad en 30 de diciembre del siguiente año, cuando por Real orden especial, y en atención á su relevante mérito y vasta ciencia, se le nombró Profesor de la Escuela de Aplicación, poniendo á su cargo las clases arriba indicadas. Á par de ellas desempeñó también, como he dicho, los cargos de Bibliotecario y Secretario de la Junta profesoral; y para ilustrar á sus discípulos, no sólo efectuó varias triangulaciones y planos topográficos en las cercanías de Segovia, sino escribió los *Estudios de fortificación*, que aún sirven de texto en la Escuela, y publicó autografiada la *Descripción de algunos instrumentos de Geodesia y Topografía*. Á los cuatro años de ejercer el profesorado (por enero de 1853)

obtuvo como recompensa reglamentaria el grado de Teniente Coronel de Infantería.

Nombrado en noviembre de este último año miembro de la comisión encargada de formar el *Mapa general de España*, trasladóse al punto á Madrid, y á 22 de marzo del 54 salió ya á practicar los reconocimientos indispensables para establecer una cadena de triángulos geodésicos entre Madridejos y la sierra de Guadarrama.

El egoismo con que desde hace ya largos años procuran y consiguen nuestras diversas parcialidades políticas apoderarse del mando por medio de sublevaciones militares que nos degradan y envilecen á los ojos de los demás pueblos, dió margen á una de tantas y ensangrentó las calles de Madrid durante tres días, del 17 al 19 de julio de 1854. En la mañana del último, el Teniente General D. Valentín Cañedo comisionó á Saavedra para que cubriese con 300 hombres de infantería las avenidas del palacio de Buenavista, donde hasta muy tarde permaneció en fuego con el mando de aquella fuerza. Merced á los honoríficos informes de los Generales Azpíroz, Mata y Alós y Quesada, el Gobierno recompensó tan importante servicio con el grado de Coronel. Poco después escribió y dió á luz Saavedra sus curiosos *Apuntes para la historia de los sucesos de julio de* 1854, notables por su exactitud y por la claridad y correción del estilo.

Ocupado se hallaba en continuar los reconocimientos geodésicos de Madrid á Santander y desde Santander á Bayona, cuando por Real orden de 9 de agosto de 1855 se le dió encargo de dirigir en París la construcción de un nuevo *Aparato de medir bases*, que había proyectado en unión con el Comandante de Ingenieros D. Carlos Ibáñez.

Apenas construído aquél, ambos ilustres jefes, acom-

pañados de dos astrónomos del Observatorio Imperial, efectuaron los experimentos necesarios para conocer las dilataciones de las grandes reglas metálicas, comparándolas con el tipo fundamental del sistema métrico francés. Conducido el *Aparato* á Madrid por febrero del 57, empezó Saavedra á redactar la obra donde debían describirse los experimentos; y de mayo á octubre del 58 midió, con otros tres oficiales, en los llanos de Madridejos una longitud de catorce y medio kilómetros, que forma la base central de la triangulación española. Á fines de aquel año publicó en unión del Comandante Ibáñez un volumen de 400 páginas rotulado *Experiencias verificadas con el aparato de medir bases*, donde se da noticia de los resultados obtenidos en la medición efectuada con él en las cercanías de Madridejos. Esta importante obra, que honra tanto á sus autores como á la nación, fué inmediatamente traducida al francés por el Sr. Laussedat, Profesor de Astronomía y Geodesia en la Escuela Politécnica de París.

Séame lícito recordar, ya que, por desgracia, ejemplos de esta naturaleza son hoy raros tratándose de nosotros, que cuando en la Academia de Ciencias de París leyó el sabio General Morín la nota con que el Profesor Laussedat presentaba á tan ilustre Cuerpo un ejemplar de su traducción, el celebre astrónomo Le Verrier manifestó sentimiento por que en tales trabajos otras naciones se antepusieran á Francia. «Los españoles, dijo, hacen más que nosotros, y esto debe lastimarnos.» ¡Ojalá pudiésemos decir algún día con justa razón respecto de Francia palabras semejantes á las del sabio Le Verrier! Para conseguirlo no era necesario sino apartar nuestro espíritu de las pequeñeces y miserias que son cotidiano alimento

de esta nación, y que cada día vician y corrompen más su sangre, debilitándola é incapacitándola para lo bueno.

Las observaciones angulares que debían comprobar la longitud de las diversas partes de la base medida, proporcionaron asidua ocupación á Saavedra casi todo el año 59. Pero un acontecimiento extraordinario, que hizo latir el corazón de la patria como en los últimos gloriosos tiempos de la Reconquista (relámpago fugaz que nos deslumbró un momento para sumergirnos poco después en noche aún más siniestra y oscura), vino á distraer y separar de nuevo á Saavedra Meneses de sus predilectas ocupaciones.

La idea de que habían inferido á España los moros una grave ofensa, despertando adormidos odios tradicionales, nos empujó á combatir enérgicamente del lado allá del Estrecho hercúleo á los constantes enemigos de nuestra fe. La católica España, dividida y estenuada por el furor de civiles bandos, pero no lanzada todavía en el campo estéril del descreimiento y la blasfemia, lanzó unánime grito de indignación contra el agareno; y puesto el corazón en África, pidió al Dios de las batallas que ayudase á la cruz redentora en aquella lucha, como le ayudó en Covadonga y en Granada.

Saavedra Meneses (dicho sea en honra de su ilustre nombre y de su buena memoria), á fuer de verdadero sabio, no solo era fervoroso creyente, sino además ardía en sincero amor de la patria. Apresuróse, pues, á solicitar puesto en las filas del ejército expedicionario; y tan pronto como fué atendida su petición, marchó denodado á incorporarse con el cuartel general del Conde de Lucena, en calidad de Ayudante-Secretario del Comandante General de Artillería. El 30 de noviembre acampó ya en las

alturas del Otero, próximas á Ceuta. Tres días después recibió encargo de efectuar un reconocimiento al Sur del Serrallo, en compañía de un Oficial de Estado Mayor y otro de Ingenieros, á las órdenes del bizarro General Zabala. Cumplió Saavedra como bueno la comisión, adelantándose hasta el valle de los Castillejos y recorriéndolo convenientemente. En los combates del 9, 12 y 15 de diciembre dió muestras de arrojo que le valieron ser premiado con la cruz de San Fernando. El 20 salió con el General García, Jefe de Estado Mayor, á reconocer por mar la costa comprendida entre Ceuta y el Cabo Negro. De vuelta en el campamento hallóse en la acción trabada aquella misma tarde, y en los combates del 22, 25 y 30 del propio mes. Señalóse el día 1.° del año 60 en la batalla de los Castillejos, tomando parte en el segundo ataque de las alturas y permaneciendo hasta la noche en la batería más avanzada. También se batió el día 4, dirigiendo otras tantas piezas de montaña; y ya tomando parte el día 7 en el reconocimiento del río Azmir, ya comunicando órdenes y recorriendo las baterías en los combates que se sucedieron desde el 8 al 23, ya acompañando el 29 al General Jefe de Estado Mayor en el reconocimiento del llano de Tetuán y aproximándose á los atrincheramientos del campo enemigo, supo mostrarse no menos sereno en el peligro que entendido en la teoría y en la práctica de la guerra. Una contusión de bala en la cabeza, obligándole á retirarse de la acción el 31 de enero, le valió el empleo de Teniente Coronel de Infantería; pues en noviembre del 59 obtuvo ya el de primer Comandante como recompensa reglamentaria, por haber servido el tiempo prescrito en la Comisión del Mapa. Mal repuesto aún asistió el 4 de febrero á la batalla de Tetuán, siendo nombrado

por sus servicios en ella Comendador de la Orden de Carlos III. Prestándolos muy distinguidos siguió hasta la terminación de la campaña, mereciendo y recibiendo el empleo de Coronel por la pericia y el gallardo esfuerzo con que luchó en el paso de Busfeja, hasta que en 14 de abril se embarcó para Algeciras, ansioso de volver á sus amigas tareas relativas á la formación del Mapa de España. Embebido en ellas estaba cuando el 26 de junio fué nombrado Oficial del Ministerio de la Guerra. Elegido en 20 de noviembre Diputado á Cortes por el distrito de Puentedeume, donde radicaban sus bienes patrimoniales, el 3 de diciembre juró y tomó asiento por primera vez en el Congreso de representantes de la nación.

Desde esta época empieza Saavedra Meneses á figurar como político, para lo cual tenía sin duda grandísimas dotes de carácter, moralidad y saber; pero le faltaban aquéllas que entre nosotros suelen abrir más fácil y pronto camino para ascender á los primeros puestos del Estado.

Obtenida por antigüedad y por sus méritos la cruz de San Hermenegildo y la medalla de África; ornado su pecho con la encomienda numeraria de Carlos III; nombrado sucesivamente Vocal de la Junta encargada de preparar el envío de productos españoles á la Exposición universal de Londres, de la Junta permanente de Pesas y medidas y de la Comisión para el establecimiento de la Guardia rural; llamado á ejercer el cargo de Subdirector de la Escuela militar de tiro del Pardo; elevado, en fin, por dos veces á la Dirección general de Obras públicas, amén de otras especiales comisiones políticas y de gobierno, Saavedra Meneses ocurría á todo y lo desempeñaba todo con perseverante exactitud, manifestando siempre la variedad y profundidad de sus conocimientos.

Cuatro veces consecutivas le eligieron sus paisanos para que los representase en Cortes, ya con el apoyo del Gobierno cuando mandaban sus amigos, ya con el respeto de sus adversarios cuando éstos se hallaban en el poder; que tanto logran á veces, aun entre nosotros, hombres de reputación inmaculada y de saber generalmente reconocido y apreciado. Si correspondió Saavedra á las reiteradas distinciones con que los electores gallegos hicieron justicia á sus inestimables cualidades, dígalo el universal entusiasmo con que fué acogido en Galicia á fines de 1864, y la especie de viaje triunfal que hizo desde los confines de las provincias gallegas, por la parte de León, hasta el puerto del Ferrol donde se había mecido su cuna. La circunstancia de estar cesante por entonces añade valor á aquellas calorosas demostraciones de afecto y de gratitud, sobre todo en España, donde, por doloroso que sea confesarlo, rara vez halla el caído otra cosa que persecución y vilipendio. Nada más justo, sin embargo, que tales demostraciones; porque no pertenecía Saavedra á la desventurada casta de políticos que hacen en beneficio propio granjería de los destinos públicos, descuidando, menospreciando ó burlándose de los intereses legítimos de sus comitentes. Para defender la justicia, la equidad y la ley levantó siempre su voz en el seno de la Representación nacional, no con la engañosa brillantez ó el estrépito del tribuno que pretende arrebatar á la multitud por la pendiente del crimen, sino con la serenidad y claridad de un entendimiento bien cultivado, de un corazón recto, de una convicción sincera. Espejo donde se retrataba la hermosura de su alma, la oratoria de Saavedra era ante todo clara, modesta, elegante, persuasiva, conmovedora. Jamás hizo de esos discursos que suelen anunciarse á son

de trompeta, y que llenan los bancos y tribunas del Parlamento de espectadores ansiosos de emociones fuertes ó aficionados á presenciar escenas escandalosas. Pero en todas sus oraciones parlamentarias hay luminosas ideas y útiles observaciones, encaminadas al bien y mejoramiento de la nación.

Cuando en época azarosa posterior á los lamentables acontecimientos de 1866 Saavedra Meneses fue desterrado á Melilla, hasta sus mismos adversarios le hicimos la justicia de presumir que aquel contratiempo debía ser hijo, más bien que de sus propias faltas, de las gravísimas cometidas entonces por su partido y que ulteriores sucesos han venido á comprobar. Si no hubiera yo tenido tan alta idea del noble carácter de Saavedra, las cartas con que me honró desde el destierro hubiéranmela acreditado. Franco y decidido para combatir en defensa de sus opiniones, no era hombre á propósito para prestarse, ni aun por interés de partido, á preparar tenebrosas conjuraciones, ni mucho menos para inducir á nadie á que hiciese lo que él, como honrado y caballero, nunca hubiera sido capaz de hacer. Estos generosos procederes contribuyeron á que en los momentos en que su partido cantaba el triunfo, tanto por efecto de áspera é indigna reconvención de un Capitán general, antes muy su amigo, como á consecuencia de su carácter extremadamente caviloso y exagerado en materias de pundonor, le acometiese la calentura cerebral que en breves días le llevó al sepulcro el 24 de octubre de 1868.

Amante de las ciencias, de la literatura y de las artes, Saavedra Meneses apreciaba todavía más que las distinciones militares y políticas las meramente científicas ó literarias. Desde que en diciembre de 1848 fué nom-

brado individuo de la Sociedad Económica de Amigos del País de Oviedo y en 1856 las sociedades de Geografía de París y Meteorológica de Francia le llamaron á su seno, siempre contó por sus mayores timbres estos modestos honores. Elegido individuo de número de la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales de esta corte, manifestó en su pública recepción lo mucho en que estimaba tal honra, y dió brillante muestra de profunda doctrina y de buen gusto literario. Discurriendo en tan solemne ocasión acerca de *los adelantamientos sucesivos de la Geodesia y de las ciencias más íntimamente enlazadas con ella*, supo hacer clara y perceptible para los legos una materia obscura y difícil de suyo, sin apelar en ningún caso á la especie de científica jerigonza tan del gusto de nuestros días, con que la atrevida ignorancia usurpa el nombre de ciencia y procura encubrir su vaciedad de concepto.

Del buen sentido crítico y habilidad de Saavedra Meneses en el manejo del idioma patrio dan testimonio, entre diversos escritos de su docta pluma, su juicio de la *Historia del consulado y del imperio*, de Thiers, y los artículos que consagró á examinar una de nuestras últimas Exposiciones de Bellas Artes. Dícenlo también varias de sus poesías, y muy señaladamente la dedicada *Al Ferrol, con motivo del renacimiento de nuestra marina;* la cual poesía, y la linda fábula que rotuló *La Esperanza*, incluyo á continuación de estos renglones para que cada cual forme acerca de ellas juicio propio.

Dígalo, en fin, el *Discurso* que tenía preparado para su recepción en nuestra Academia Española, consagrado á dilucidar «Las relaciones que enlazan el estudio de los fenómenos naturales con la ciencia del lenguaje, enten-

diendo comprendidos en la serie de aquellos fenómenos, así los de la naturaleza exterior, como los que el hombre observa en sí mismo.»

De sentir es que nuestro malogrado compañero no hubiese podido terminar su obra; pero la parte de ella que ha dejado y que vosotros habéis dispuesto discretamente dar á la estampa en los tomos de *Memorias*, basta para demostrar el acierto con que le llamásteis á compartir vuestras laudables tareas. Por el mayor de sus triunfos y honores contaba Saavedra vuestra elección, creyéndose indigno de favor tanto, con no fingida modestia. Permitidme pensar que interpreto fielmente lo que sentís, lamentando que la implacable muerte le haya arrebatado tan pronto de nuestro lado, envidiosa de su mérito y de sus virtudes.

Una sola observación, y concluyo. Para que forméis cabal idea de los tesoros de bondad que abrigaba el corazón de Saavedra Meneses referiré un suceso, que él procuraba cuidadosamente encubrir aun á sus mayores amigos. Cuando el cólera morbo asiático diezmaba esta población por el otoño de 1865, vivía en humilde buhardilla de la misma casa de Saavedra un matrimonio con dos hijos pequeñuelos. Aquella terrible enfermedad acabó en breves horas con los padres de ambas criaturas, que quedaron sin otro amparo que el de Dios, y sin capacidad todavía para comprender la inmensidad de su desgracia. Saavedra Meneses, que bajo aparente sequedad ocultaba un corazón tierno y sensible, se apresuró á recoger á los dos huérfanos é hizo desde entonces con ellos veces de muy cariñoso padre. ¡Bendigamos la memoria de quien, sin ser acaudalado, entendía y practicaba tan cristiana y generosamente la caridad! ¡Bendigamos al

hombre que hubiera sido, á no dudarlo, hermoso ornamento de nuestra Academia, como era ya por sus relevantes cualidades uno de los mejores hijos de la patria!

Noviembre de 1868.

MANUEL CAÑETE.

POESÍAS DE SAAVEDRA MENESES

Á QUE SE HACE REFERENCIA EN LA ANTERIOR NECROLOGÍA.

AL FERROL,

CON MOTIVO DEL RENACIMIENTO DE NUESTRA MARINA.

Domando las olas eleva su frente
Coloso de piedra dormido en el mar,
Y á España recuerda, con voz elocuente,
Que un tiempo dos mundos logró sujetar.
Sús, alza y exclama: «que tanto abandono
Es mengua y vergüenza del nombre español,
Del pueblo que viera rindiendo á su trono
Perenne tributo los rayos del sol.»
En vano corona tus fuertes murallas
Su boca temida mostrando el cañón;
Cien naves que tornan de rudas batallas
Ya no te saludan con hórrido son.
No luce en los aires su mástil altivo
Brillantes enseñas de vario color
Que el viento acaricie con soplo furtivo
Y el sol ilumine con bello fulgor.
No adornan tus proras dorados leones,
Que un globo sujeten con fiero ademán,

Mostrando orgullosos las vastas regiones
Que ya para España perdidas están.
Tal vez esas olas que bañan tu asiento,
Y do vacilante tu imagen se ve,
Mañana, agitadas al soplo del viento,
Del muro destruyan el sólido pie.
Mas no, que en la altura contino velando,
Al aire tendido su manto real,
Te aguarda la sombra del sexto Fernando,
Que aquí entre las olas te alzó colosal.
Ya basta; los hijos de un pueblo valiente
No pueden más tiempo sufrir su baldón.
Es fuerza despierte del sueño indolente
Y apreste sus garras el fiero león.
Si pobre se encuentra, perdido ya el oro
Que un tiempo formaba su rico botín,
Aún es para España preciado tesoro
El sol que fecunda tan bello jardín.
Si alzar su bandera del polvo no alcanza
Un siglo de lucha, de esfuerzo y de afán,
Si ya nuestros ojos no ven su pujanza,
¿Qué importa? Otros siglos á verla vendrán.
Que tornen, ¡oh patria! tus días de gloria;
Con lauros se mire tu frente adornar,
Y en oro esculpiendo tu nombre la historia
De nuevo te aclame «Señora del mar.»

F. Saavedra Meneses.

LA ESPERANZA.

FÁBULA.

De una venta salían tres viajeros
Montado cada cual en su pollino,
Y uno de ellos, colérico y sin tino,
Á su montura daba golpes fieros.

De la suya á menudo se apeaba
Cuidadoso el segundo, y le ofrecía
Cuanto el jumento de comer quería.
Más prudente el tercero, colocaba
En la punta de un palo paja y heno,
Mostrándolos después á su borrico,
Pero siempre á dos dedos del hocico;
Y como el asno, de esperanza lleno,
Á los otros bien pronto atrás dejara,
Víctimas del hartazgo ó de la vara,
Á su dueño exclamar oyó triunfante:
«Así marchan los hombres adelante.»

Saavedra Meneses.

ESTUDIO

ACERCA DE LAS RELACIONES QUE ENLAZAN LOS FENÓMENOS NATURALES CON LA CIENCIA DEL LENGUAJE.

APUNTES PARA UN DISCURSO

POR EL

ILMO. SR. D. FRUTOS SAAVEDRA MENESES (1).

I.

SEÑORES:

Voz autorizada y elocuente os decía, no há mucho, en inolvidable junta pública, que la recepción de un nuevo colega está siempre amargada y entristecida por la pérdida de compañero muy querido, reemplazado pronto en el sitial de la Academia, mas no en lo íntimo del amistoso afecto. ¡Cuán honda no habrá de ser la pena, hoy que, á vuestro venerable decano el Excmo. Sr. D. Eusebio María del Valle, al sabio apacible y modesto á quien todos profesábais amor respetuoso, sucede persona de tan esca-

(1) Seis son los trozos ó fragmentos que Saavedra Meneses dejó escritos y que debían formar parte de su Discurso de recepción. Como entre algunos de ellos no hay toda la ilación que fuera de apetecer, y que el autor les habría dado si hubiese concluído su obra, van señalados aquí con números romanos, por el orden en que él los dejó, para que se diferencien unos de otros.

so valer como la que, henchido el pecho de gratitud, os dirige la palabra por vez primera!

Y en tales momentos acreciéntase mi justo temor al recordar que, en el ya derruído alcázar de Segovia, vieron correr sus años juveniles un perspicuo comentador de Cervantes, otro Académico de amenísimo estilo, y el inspirado poeta que me apadrina en ésta para mí solemne ocasión, honrándose con hijos de tal valía la antigua Escuela de que voy á ser entre vosotros humilde y demeritorio representante.

Puesto que al pobre ingenio mío le está vedada la región del arte en que halláis rico venero de bellezas literarias, habréis de otorgarme indulgencia si, al obedecer lo que ordenan vuestros Estatutos, trato solamente de materias extrañas á los primores con que engalanáis el habla de Castilla, y me ocupo corto espacio en las relaciones que enlazan el estudio de los fenómenos naturales con la ciencia del lenguaje, entendiendo comprendidos en la serie de aquellos fenómenos, así los de la naturaleza exterior, como los que el hombre observa en sí mismo; pues no sin razón háse apellidado *microcosmos* al admirable organismo en que se refleja y compendia el universo material. Á medida que nuevas investigaciones dilatan los horizontes del saber, aparece más necesario el concurso fraternal de los distintos conocimientos, mostrándose con mayor evidencia la analogía de métodos y la portentosa fecundidad de las leyes primordiales que plugo al Hacedor imponer á todo lo creado. Debéis, por lo tanto, culpar sólo á mis fuerzas si, débiles y escasas, me impiden daros testimonio valedero de que no están apartadas, sino armoniosamente unidas, las teorías á que rinden culto mis colegas de la Academia de Ciencias exactas, físicas y na-

turales, con las especulaciones filológicas á que se consagran en este recinto preclaros ingenios españoles.

La palabra, expresión de la actividad del espíritu, enlace misterioso de ideas y sonidos, ocasiona en el organismo humano complicada serie de movimientos, á cuyo estudio, tan útil para conocer los verdaderos principios fónicos de la locución, se consagran actualmente sabios de merecida nombradía.

El fisiólogo moderno, provisto de aparatos *fonográficos* que señalan en brevísimo intervalo de tiempo millares de vibraciones, logra determinar la uniforme velocidad de la corriente nerviosa, que así transmite las impresiones externas y las somete á la percepción intelectual, como obedeciendo á la voluntad comunica movimiento á los diversos órganos. Comparando actos diferentes, aunque de análogas transmisiones, háse intentado medir aun la misma rapidez con que el espíritu percibe, reflexiona y resuelve. Hallan, por ejemplo, dos experimentadores que el tiempo indispensable para que uno pronuncie determinada sílaba y otro la repita, aumenta cuando éste no sabe de antemano cuál sea la elegida, y de ello creen poder deducir que la diferencia, valuada en una décima parte de segundo, corresponde á la reflexión que el acto requiere.

Investíganse, por medio de estudios anatómicos y biológicos, las relaciones entre el órgano de la voz y el sentido que, recibiendo la impresión sonora de la palabra, permite juzgar á cada instante del orden en que se suceden los movimientos orales. La proximidad del nervio acústico á los de la boca y garganta, la longitud no muy crecida de todos ellos, y la disposición especial de las partes en que terminan, explican de consuno cómo la inte-

ligencia, señoreando tales servidores, combina rápidamente los variadísimos esfuerzos que la pronunciación reclama.

II.

Basada en la comparación de los idiomas que le es dado analizar, y elevándose por ventura al conocimiento de los que inmediatamente les precedieron, la ciencia filológica nada positivo puede enseñarnos acerca de los orígenes del lenguaje; y si no cabe admitir el supuesto de que las voces comenzasen por deber su significación á convenios arbitrarios, los filósofos que las reputan manifestaciones espontáneas no logran tampoco explicar cumplidamente el primer maravilloso enlace de ideas y sonidos. En más altas esferas, y en relato de sublime sencillez, buscan satisfacción y descanso los espíritus deseosos de vislumbrar cómo tuvo principio el humano linaje, y que anhelan rendir tributo de gratitud á aquél de quien ha recibido el hombre la inestimable facultad de la palabra.

Ninguna lengua hoy conocida pudo ser matriz única de las demás, y nadie sostiene ya, en científico debate, que proceda del hebreo el habla de todas las naciones; debiéndose en parte al sabio cardenal Wiseman la desaparición de tan infundada creencia, muy común en otros siglos, y contra la cual pugnó nuestro Hervás, recordando, á este propósito que fueron confundidos los idiomas al verificarse la dispersión de las gentes.

Á tener necesidad de elegir entre diversas conjeturas relativas al lenguaje, ya vario y distinto, de las tribus que comenzaron á extenderse por la superficie del globo, debería de darse preferencia á la opinión de los que juzgan

haber sido general, en remotos tiempos, el uso de voces monosílabas. Así tuvo principio, según los gramáticos de las riberas del Ganges, el hermoso decir que llegó á merecer nombre de *sánscrito* ó perfecto, y al que únicamente ha superado en riqueza de flexiones el hablar de la artística Grecia. En muchos vocablos semíticos descubren también los filólogos modernos antiquísimas raíces, no de tres, sino de sólo dos consonantes, y con menor dificultad se han reconocido formas primordiales muy sencillas en las lenguas de casi todos los pueblos que carecen de cultura. Pero la suposición referente al primitivo empleo de radicales aislados halla principal apoyo en el idioma chino, que se conserva al través de las edades extraño á distinciones de verbo y nombre, género ó número, y sin otro artificio gramatical que el de anteponer ó posponer sistemáticamente los monosílabos de que consta su vocabulario. Merced, no obstante, á la extremada variedad de entonaciones, y al auxilio que proporcionan en la escritura distintas claves genéricas, hablar de tan pobre traza cuenta millares de locuciones diferentes, y ha producido una literatura ilustrada por obras de peregrina belleza moral, no menos que por apacibles leyendas y melancólicas elegías como las debidas á Li-taipe, el vate popular del celeste imperio.

La dilatada serie de combinaciones que es dado formar con las letras ó elementos fónicos, aun entrando muy pocas en cada grupo, muestra que el decir, próximo todavía á su origen, pudo ser monosilábico y rico al par en palabras que expresasen con viveza suma todo género de percepciones; y hasta parece probable que muchas de aquellas voces, indicadoras de actos concretos, cayesen pronto en desuso, predominando otras de acepción más

general y comprensiva, al modo que ha solido acontecer en la marcha ulterior del lenguaje.

Maestros en análisis lexiológica opinan que, fuera de algunas exclamaciones, ecos del alma profundamente conmovida, los variadísimos vocablos de casi todas las lenguas provienen de raíces relativas á ideas de acción ó movimiento, y de corto número de indicaciones pronominales. Las admirables leyes que se descubren en la composición y derivación de las voces, inducen también á conjeturar que al sencillo procedimiento de unir las sílabas, conservándolas sin alteración, hubo de suceder el que establecía la verdadera unidad del conjunto aplicándole un solo acento. Al compás que aumentaron los enlaces y mudanzas de estructura, fuéronse modificando las acepciones, y del estrechísimo consorcio de pronombres y temas radicales, brotaron á porfía palabras capaces de pintar los más tenues matices del pensamiento humano.

III.

Si el espectáculo de los progresos que alcanzó la escritura en las sociedades antiguas ofrece particular interés, no le presentan menor los medios empleados en épocas diferentes y por distintos pueblos para reconocer, según la índole de cada idioma, el orden y natural dependencia de las voces, sus elementos primarios, el modo de derivarlas y componerlas, cuanto constituye, en fin, la minuciosa análisis que un filólogo moderno ha podido apellidar: química de las lenguas.

De los escritos destinados, en remota edad, á la enseñanza literaria de los moradores del Egipto, sólo se con-

servan escasos fragmentos, que no alcanzan á dar idea del estado de los conocimientos gramaticales en aquel antiguo imperio; mas son, por el contrario, bastante numerosos los textos de esta clase hallados en la biblioteca de Nínive, señalándose entre ellos una gramática asiria, que muestra el orden lógico en que se disponían ya, hace dos mil quinientos años, los paradigmas de las conjugaciones verbales.

Comienzan poco después á florecer, en la región señoreada por el gigantesco Himalaya, los verdaderos estudios analíticos del lenguaje. Á las reglas tradicionalmente conservadas por los brahmanes, y que habían servido para preservar de todo cambio la pronunciación y armoniosa cadencia de los Himnos Védicos, suceden sagacísimas especulaciones acerca del decir sánscrito, coronadas por Panini, veinte y dos siglos há, con la obra más completa que se haya consagrado, en tiempo alguno, al examen de las formas de su idioma. Asombro causan tales trabajos, en que habla por extremo abundante en vocablos variadísimos aparece deducida de dos mil raíces monosilábicas, que se unen y modifican de diversas maneras para producir verbos, nombres y toda clase de partículas. Los accidentes de género, número y caso, lo mismo que los de persona, tiempo y modo, son debidamente explicados por los preceptistas indios, que dan también importancia suma á la cantidad silábica y á la eufonía de las voces.

Diríase, no sin fundamento, que el resplandor de la belleza tiene irresistible atractivo para los investigadores más metódicos y perseverantes, al ver cómo los cantos de la inmortal poesía jónica dan ocasión en la Escuela de Alejandría á estudios gramaticales análogos á los que sur-

gen en la India del examen de himnos antiguos y venerandos. Difieren, sin embargo, estas especulaciones en que los sabios brahmanes, preocupados muy particularmente de la forma y manifestación externa, crearon, por decirlo así, una historia natural de la voz articulada, en tanto que los griegos, fijándose más en las significaciones y especulando sobre los actos intelectuales, tuvieron el propósito de fundar una filosofía del lenguaje. Algunos escritores helénicos, y señaladamente Aristóteles, habían emitido ya juicios acertados y profundos acerca de su lengua nativa; pero Zenodoto y los críticos posteriores extienden sobre ella un vasto sistema de clasificaciones, á las que aplican nombres deducidos de los conceptos de substancia, sujeto, atributo y tantos otros pertenecientes á la división lógica de las ideas. Pero atentos á distinguir las partes constitutivas de los vocablos y á presentar aisladas las raíces, utilizan, con todo, sus incomparables flexiones y la sencillez de su aoristo segundo, para derivar diversos nombres de la sílaba esencial de algunos verbos, quilatando con esmerada solicitud los primores del decir, singularmente bello, de que el tracio Dionisio nos ha dejado la primera gramática elemental. Enseñada en Roma, con aplauso de los amantes del saber griego, sus reglas y designaciones técnicas se fueron adaptando á los idiomas latino, gótico, esclavón, y á todos sus análogos ó derivados, siendo hoy conocidas donde quiera que alcanza predominio la cultura europea.

Escritores versados en tales preceptos los aplican en Siria á lengua de índole muy diferente, y los sectarios de Mahoma, celosos guardadores de la palabra del Profeta, buscan un sistema gramatical que la preserve de alteraciones, esclarecen el artificio de su sintaxis y distinguen,

como generadores de voces, las raíces de tres consonantes. Al mediar el siglo octavo, resume Sibawaih las nuevas doctrinas, y, comentadas por otros autores árabes, las adoptan en la décima centuria sabios hebreos de Oriente y Occidente, alzándolas Jonah Ben-Ganah y otros rabinos españoles, á punto que no había de ser superado hasta los tiempos del holandés Schultens, y posteriormente en Alemania, merced al método de comparación propio de la época moderna.

El estudio de los idiomas, hecho aisladamente y con relación á un solo período histórico, no revela, en efecto, ni los cambios sucesivos, ni las leyes á que están sujetas las distintas manifestaciones del lenguaje; y de ello dan testimonio los antiguos gramáticos de la India, al motejar de *bárbaros* ó balbucientes á los pueblos que pronuncian las voces de cierto modo no admitido en el habla de los Vedas. Cuando este epíteto de bárbaro, que tan pródigamente habían de aplicar griegos y latinos, cae en desuso ante el progreso de la fraternidad cristiana, misioneros ansiosos de difundir las doctrinas del Evangelio por toda la haz de la tierra publican varios textos sagrados, y señaladamente la oración dominical, en crecido número de lenguas, de cuyas semejanzas y diferencias procuran dar breve noticia, poniendo así la primera piedra en el grandioso edificio de la filología comparada.

Preclaro ejemplo de la acción fecunda y provechosa ejercida por una vasta inteligencia sobre ramos muy diversos del saber, el gran Leibniz impulsa los estudios etimológicos, señala la importancia del examen detenido de los dialectos, y se dirige á príncipes, embajadores y viajeros solicitando la formación de numerosos vocabularios.

Es llegado el momento, señores, de recordar el nombre de un hijo insigne de nuestra patria, del sapientísimo Hervás, que añadiendo á sus propias investigaciones las de otros muchos padres jesuitas reunidos en Italia después de su expulsión de los dominios españoles y portugueses, da, en el inapreciable *Catálogo de las lenguas*, noticia razonada de más de trescientas, manifestando cómo se hallan geográficamente distribuídas. Filólogos ilustres elogian hoy este importante trabajo, en el cual se distingue el habla de los antiguos iberos de la traída de Oriente por los celtas; se forman dos grupos de los dialectos teutónicos y esclavones, y se incluyen en la familia de los idiomas semíticos, desde el hebreo primitivo al etiópico moderno, estando fundadas todas las clasificaciones, más que en la semejanza de los vocablos, en el estudio de las gramáticas respectivas. Halla también el sabio español analogías de lenguaje, no sólo entre húngaros, finlandeses y lapones, sino en los habitantes de apartadísimas comarcas, y muy principalmente en los pobladores de islas dispersas por la vasta extensión de los mares.

Como la gloria de tal descubrimiento ha sido años después atribuída á Guillermo Humboldt, que de ella no necesitaba, ciñendo su frente tantos y tan inmarcesibles lauros, justo será citar aquí algunas palabras de nuestro compatricio. «Desde las puertas, dice, del imperio de China, se hablan dialectos tártaros hasta dentro de Europa, »en que dominan los turcos, que hablan uno de ellos. Verá el lector que, desde el Indostán hasta los últimos términos de la China, hay naciones inmensas, que constan »á lo menos de trescientos millones de personas, y que, »creídas totalmente diversas, hablan lenguas que son dialectos de la China antigua. Verá que la lengua llamada

»*malaya*, la cual se habla en la península de Malaca, es »matriz de innumerables dialectos de naciones isleñas »que desde dicha península se extienden por más de dos»cientos grados de longitud en los mares Oriental y Pa»cífico.» Asertos que con abundante copia de datos comprueba el autor, el cual no llegó á ver ni el Glosario comparativo de doscientos ochenta idiomas, mandado formar por la emperatriz Catalina de Rusia, ni la obra algo semejante publicada por Adelung; pero hubo sí de consultar, y resolvió atinadamente los escritos con que estudiosos misioneros habían dado á conocer en Europa la antigua lengua de los brahmanes.

Fundada por doctos ingleses la Sociedad de Calcuta, vierte el sánscrito raudales de luz sobre los horizontes de la filología, y reconocido el fraternal enlace de los modos de decir usados desde las orillas del Ganges á las del Tajo, proclama, en fin, Federico Schlegel la unidad de la familia indo-germánica, ó mejor, indo-europea. Escúchanse en Occidente los ecos de una literatura rica y ubérrima, cual la vegetación de las florestas indostánicas, y vueltos al Asia los ojos de eruditos investigadores, descúbrense formas aún más antiguas de lenguaje en los primeros escritos religiosos de indios y persas. Á la gramática *sanscreda* del amigo de Hervás, del sabio carmelita Fray Paulino de San Bartolomé, sucede la obra monumental en que el príncipe de los filólogos alemanes, Francisco Bopp, compara sánscrito, zendo y armenio con las lenguas europeas de igual origen, siguiéndole en tan difíciles trabajos Pott, Benfey, Kuhn y Schleicher. Estudia Burnouf el habla de los Parsis; el eminente Jacobo Grimm, Zeuss y Miklosich, las de germanos, celtas y eslavos; Curtius y Corssen, las de griegos y latinos, quila-

tando Díez las analogías y diferencias de los idiomas romances. Distintas ramas del decir semítico son objeto de las investigaciones de Gesenio, Ewald y nuestro García Blanco, en tanto que Schott y Caldwell consagran sus tareas á las lenguas fino-tártaras y dravídicas, Julién á la china, y Humboldt, Bleek y Buschmann á las de Oceanía, África y América. ¿Cómo mencionar los colaboradores sin cuento que han llevado su piedra al majestuoso edificio? Baste decir que, en medio siglo de inteligentes esfuerzos, hánse analizado centenares de idiomas y miles de dialectos, enriqueciendo cada día el grandioso conjunto, ya especulaciones profundas y luminosas, ya reducidos, pero inestimables vocabularios, que en su trato con tribus inciviles logran formar los héroes de la ciencia, los animosos viajeros que, como Barth y Livingstone, arrostran toda clase de peligros por acrecer el caudad de los conocimientos humanos.

IV.

Si de las condiciones fónicas, enlazadas con la fisiología, pasase á considerar simples sílabas expresando en edades remotas variadísimos conceptos intelectuales, y me detuviese á discurrir sobre idiomas primitivos, abusara, señores, de vuestra bondad, y viérame al fin apartado de toda analogía con las ciencias de observación.

De igual suerte que la geología reconoce en la superficie del globo terrenos de diversas épocas, y deduce de su estado presente el orden probable de su formación, así el estudio comparativo de las lenguas descubre en los actualmente conocidos caracteres de mayor ó menor antigüedad. El idioma literario de los chinos, compuesto de

voces monosilábicas, cuyo número, aun con todas las diferencias de acentuación, no llega á mil trescientas, parece conservar forma muy primitiva, pues tales raíces no han recibido derivaciones, y una misma puede expresar verbo ó nombre, según el lugar que ocupa respecto de otras, necesitándose dos ó más para cualquiera indicación relativa á género, número ó caso. Aunque multitud de signos suplan en la escritura lo incompleto del sistema fónico, maravilla, sin embargo, que, con tan pobre artificio gramatical, un pueblo más laborioso que poético haya tenido, desde edad remota, apacibles leyendas ornadas con los primores de la rima, obras filosóficas de sorprendente belleza moral, y en tiempos menos lejanos, melancólicas elegías, como las debidas á Li-tai-pe, el vate popular del celeste imperio.

En aquel vastísimo territorio muchos dialectos vulgares aparecen ya más complicados, y corresponden á lo que investigadores competentes, cual Bunsen y Muller, apellidan segundo período *morfológico* del lenguaje. Permanece sin alteración la sílaba radical de los distintos vocablos, pero se le agregan otra ú otras, que pierden su independencia para dar origen á significaciones derivadas; debiéndose á la reunion de tales elementos, no del todo confundidos con la raíz principal, el nombre de *aglutinantes* que autores modernos aplican á multitud de lenguas habladas por casi la tercera parte de los seres humanos. Al intentar distinguirlas y conocer su distribución en extensas comarcas del antiguo y nuevo mundo, halla la filología útiles auxiliares en cuantos estudios tienen por objeto la historia natural del hombre, y no sin motivo el sabio director del Museo antropológico de París ha dicho recientemente que sería grave yerro separar

las investigaciones filológicas de las relativas á los caractéres físicos. «Rara vez, añade, se contradicen los resul»tados obtenidos por uno y otro medio, autorizándome á »afirmar este hecho doce años de enseñanza, en que he »pasado muestra á las principales razas del globo.»

Emigraciones de malayos á islas situadas al Sur del Asia, explican las analogías de los idiomas que en ellas se hablan, los cuales llegan á mostrarse en Polinesia escasísimos de vocablos y faltos de toda flexibilidad. Es aún más ruda y extraña la pronunciación de los hotentotes; pero su artificio gramatical, ya de menor rigidez, acércase al de otras lenguas africanas, que se distinguen por el claro sonido de sus vocales y reunen condiciones de singular eufonía. La alteración del lenguaje, tan rápida en las sociedades que desconocen la escritura y cambian frecuentemente de residencia, pónese de manifiesto en diversas tribus inciviles del interior de África, dejando de comprenderse los hijos de una misma familia, si durante dos ó tres lustros cesan de tener recíproco comercio.

Semejan los numerosos idiomas vernáculos de América á los del extremo oriental del continente asiático; y acrecentada en ellos la tendencia aglutinante, intercálanse unas voces en otras, se agregan ó suprimen elementos, y se forman así palabras de más ó menos extensión, que representan conjuntos de varias ideas. Aunque no pocos dialectos tienen letras que suenan cual desapacible chasquido, abundan, sin embargo, las de locución suave y armoniosa, ostentando el habla por extremo elegante del antiguo imperio de los Incas, y las de comarcas próximas, maneras especiales de conjugar, que los misioneros españoles denominaron *transiciones*, y cuyo metódico concierto es tal que, según el P. Molina, no ofrece la gra-

mática chilena caso alguno de irregularidad. El romance de Castilla, hablado por los heróicos conquistadores del continente americano, adoptó algunos nombres de los que aplicaban los indios á objetos peculiares de aquellas regiones, y difundió, á su vez, los usados en Europa, siendo por extremo curioso que, al mediar el siglo último, los habitantes de las islas de Chiloe apenas proferían voz alguna que no fuese castellana, pero dándole la colocación y ordenamiento propios del decir araucano.

Tornando de nuevo al Asia, en las llanuras que se extienden desde los confines de Europa á la meseta gigante de Pamir, apellidada por los orientales *cúpula del mundo*, veremos hoy, cual en remotos tiempos, jinetes nómadas que, de la *tura* ó veloz carrera de sus corceles, han recibido el nombre de *turánicos*, aplicado después por ilustres filólogos á gran número de idiomas, y señaladamente á los de multitud de pueblos que, bajo el férreo yugo de los kanes mogoles de la célebre *horda dorada*, formaron en el siglo XIII, de las riberas del Danubio á los mares de China, el más dilatado imperio de que hace mención la historia.

Fué asimismo poderoso, y menos efímero, el fundado por los turcos, cuya lengua, aunque admitiendo muchos vocablos árabes y persas, muéstrase tan regular como rica en formas gramaticales, y de ella ha dicho un escritor eminente que, á no proceder de rudos salvajes de Tartaria, podría creérsela resultado de las deliberaciones de alguna docta academia.

Á orillas del Báltico, y donde quiera que se escuchan dialectos fínicos, consérvanse antiguos cantos nacionales, que recogidos actualmente, con cuidadoso afán, de

boca de ancianos recitadores, presentan en el Kalevala joya de subidísimo precio, sólo comparable á las grandes epopeyas de otras literaturas. La inspiración poética viste de espléndidos colores aquella naturaleza sombría é inclemente, y aunque retratando con vigor extraño el choque de rudas pasiones, ensalza el poderío del espíritu, domeñador de la fuerza material, reuniendo dioses, hombres y fieras á celebrar la más bella apoteosis de poeta que haya sido nunca imaginada; poco después de la cual el mágico Wainamoinen, el cantor inimitable, desaparece tras los horizontes del mar, dejando sus canoros versos y el arpa de armonías maravillosas para eternal regocijo de los hombres sujetos al rigor de climas septentrionales.

Y reconociendo en obra tan peregrina de cuánta galanura son capaces los idiomas aglutinantes, ¿cómo no mirar con vivo interés y rendir tributo de veneración al habla vernácula de Iberia, que, extendida un tiempo desde el pie de los Alpes al confín de la Bética, resuena todavía en los pintorescos valles del territorio vascongado? Descúbrensela ligeras semejanzas con otras lenguas del Norte de Europa y de América, y aunque dividida en dialectos que han recibido muchísimas voces de procedencia indo-germánica, mantiene inalterable la antigua traza y singular carácter; no omitiendo accidente alguno que concurra á puntualizar la expresión de las ideas. Su curioso artificio gramatical facilita las derivaciones de vocablos, aplicándoles sucesivas desinencias, y nombres agregados á los conceptos de ser y tener constituyen el verbo de conjugación gallardamente ramificada, que da vida é imperecedero verdor al árbol frondoso del lenguaje eúscaro. Varias analogías del sistema fónico, algunas formas de de-

rivación, reducido número de palabras usuales, y no pocas indicaciones geográficas, atestiguan la influencia del vascuence en nuestro romance, y aun habrá, por ventura, de reconocerse aquel orígen en ciertas frases de expresiva redundancia, como: «á mí mismo me lo ocultan, sólo á tí te lo escriben,» de las cuales no ofrecen ejemplo, fuera de España, los idiomas neolatinos.

Fáltame, señores, considerar por breves momentos el tercer estado morfológico de las lenguas, en que la sílaba radical del vocablo deja de ser independiente y recibe alteración más ó menos profunda. Á este período, denominado de *flexiones*, corresponden las dos grandes familias semítica y ariaca, cuyas genealogías filológicas han podido comprobarse con monumentos y relatos históricos.

En la llanura de Sinhâr apacentaba sus ganados, cuarenta siglos há, tribu poco numerosa, que un venerable patriarca había de conducir, cruzando el Eufrates, á tierra de cananeos, por donde se dilataron, en sucesivas edades, los descendientes de Abraham. Guardadores de la creencia monoteista, que informa y señorea la vida entera de los pueblos semíticos, entonan los Beni-Israel cánticos de alabanza al Dios potente é invisible á cuyo amparo se acogen en la inmensidad aterradora del desierto. Animosos y sensuales, así luchan denodados contra los enemigos de su ley, como caen en abominaciones de que los arrancan, á duras penas, varones justos que invocan el nombre santo de Ihowáh. El habla sencilla y enérgica de los hebreos, expresión de recuerdos melancólicos ó de ardientes esperanzas, admite pretéritos y futuros, mas en vano se la buscarían presentes; bastándole, para formar sus voces, deducirlas de raíces que conser-

van las consonantes y sólo cambian de sonido vocal. Eco maravilloso de doctrina pura y sublime se alza en los cantos bíblicos á la cumbre de la inspiración poética, dándola Isaías forma por extremo correcta, que descaece al recibir el idioma de los judíos la influencia de dialectos arameos, hablados desde remota edad en Siria y Babilonia.

Estrechamente enlazada con el hebreo, la lengua de los opulentos mercaderes de Tiro y Sidón extiéndese por las costas del Mediterráneo, predomina en el Africa septentrional, y de allí no desaparece sino al acercarse los tiempos del islamismo. Comienza entonces en la península arábiga extraño movimiento intelectual, sirviéndole de vehículo un idioma superior en flexibilidad y riqueza á los demás de la familia semítica, y que difundido por los conquistadores mahometanos altera el vocabulario de muchas naciones orientales, y llega hasta nuestros días, no solamente cual eco lejano de bizarra y abundosa literatura, mas también en labios de los moradores de la región que se dilata desde las riberas del Tigris á las del Níger, conservándole en toda su pureza el beduíno errante, fiel custodio de las tradiciones de su raza. Pastores nómadas eran, en efecto, los antiguos poetas de Arabia, que consagraron dulces *kasidas* á referir las vagas tristezas del espíritu reconcentrado en sí mismo, ó á celebrar la gallardía del jinete que cruza veloz campos de anchuroso horizonte; y el deseo de absoluta independencia, que hizo decir á Mahoma «tras del arado marcha el oprobio,» no se extingue por completo en los descendientes de Ismael, ni al contacto de civilizaciones extranjeras, ni aun en el seno de refinada cultura, mostrándose levemente modificado por sentimientos caballerescos en el

poema de Antar, del héroe que con fabulosas hazañas cautiva la admiración de los hijos del desierto.

Fenicios y cartagineses, mahometanos y judíos, introdujeron sus idiomas en España, donde ostentó gentil lozanía la literatura oriental. ¿Qué parte hubo de caberles en la formación del romance generalizado en Castilla siglos antes de que tornasen á tierra africana los últimos restos de la invasión agarena? Sobre punto tan difícil han disertado en este lugar doctísimos Académicos, haciendo gallarda muestra de su profundo saber, y escritores ilustres, así de nuestra patria como de otras naciones, han esclarecido la materia con trabajos merecedores de justa alabanza. De todo ello parece deducirse que si debemos á los árabes muchos accidentes fónicos, hay varias articulaciones cuya pronunciación aspirada ó gutural ha tenido entre nosotros diverso y más reciente origen, siendo algunas formas gramaticales, el empleo del artículo como prefijo, no pocos nombres geográficos y más de mil vocablos técnicos ó de uso común, lo verdaderamente esencial del legado filológico que hemos recibido de los semitas.

Volviendo por última vez los ojos al Asia, veremos en las cimas del Belor hombres de blanco rostro y apuesto continente, que conservan costumbres y creencias semejantes á las descritas en los cantos védicos. Apellídanse *mamoges*, y tienen por compañeras de su vida, ruda y afanosa, mujeres no inferiores en belleza á las que, en el cercano valle de Cachemir, labran telas finísimas, ó danzan á orillas de cristalinos lagos donde se reflejan á porfía flores, árboles y montañas de incomparable hermosura. Son aquellos pastores descendientes directos de la tribu de los *Aryas* ó venerables, que establecida desde remota

edad en las márgenes del Vakshu, del Oxô de los griegos, envió hasta los mares índicos y las costas occidentales de Europa hijos resueltos é inteligentes, que superaron en espíritu civilizador á todos los demás pobladores de la Tierra.

Al modo que el estudio de las osamentas fósiles ha dado á conocer la disposición orgánica de animales cuya existencia se pierde en la noche de lo pasado, así de raíces y formas comunes á las lenguas indo-europeas se ha deducido por medio de un examen perseverante, denominado no sin razón *paleontología filológica*, cuál hubo de ser la índole del lenguaje ariaco y el estado social de tan noble raza, antes de que dieran comienzo sus numerosas transmigraciones.

Dirigióse una de éstas á la región sobre que eleva el Himalaya su corona de inmaculadas nieves, y donde ostentan admirable frondosidad plantas de todos los climas. El espectáculo de gigantescos montes, ríos impetuosos, selvas sombrías é impenetrables en que rugen las fieras, embarga el ánimo de los recién llegados, inclinándolos á considerar al hombre como débil sér, perdido en la inmensidad de la potente naturaleza, cuyas fuerzas adoran cual otras tantas divinidades. Movidas al propio tiempo las imaginaciones ante el esplendor de tan rica vegetación, vióse surgir y florecer por largos siglos, á orillas del Ganges, una literatura de exuberante lozanía, embalsamada con el perfume de delicadísimos sentimientos. Sencilla y espontánea en los primeros himnos religiosos, se muestra ornada de brillantes imágenes en el Ramayana y Mahabharata, que pintan no sólo luchas heróicas, mas tambien puros y ternísimos afectos, cual la abnegación generosa con que la noble Sita ó la dulce Savitri dan

ejemplo sublime de acendrado amor conyugal. El idioma poco flexible del Rig-Veda osténtase ya merecedor del dictado de *sánscrito* ó perfecto en la inmortal epopeya, recopilada por Valmiki, y en otros poemas ú obras sabias de los brahmanes; pero no desciende así, mejorado y embellecido, á las castas inferiores de aquella sociedad profundamente dividida, conservándose en dramas y poesías ligeros restos del lenguaje vulgar, de que son hijos los actuales dialectos de la India, y del que procede, asimismo, el decir, singularmente alterado é irregular, que oimos en boca de los *Frigaines* ó gitanos.

Vínculo fraternal une la lengua de los Vedas con las habladas por las gentes que se establecieron en la meseta del Irán, no lejos del país donde habían residido sus progenitores ariacos. Estos idiomas, de que el Zend-Avesta y las inscripciones cuneiformes ofrecen monumentos inapreciables, se modifican bajo las diferentes dinastías que ocupan el trono de Persia, y al derramarse por Oriente los sectarios del islamismo, la introducción de muchas voces árabes forma el habla en que el inspirado Firdusi reproduce leyendas de edad remota, y lega á las futuras generaciones el poema nacional de los pueblos iránicos.

Conoce la historia con nombre de celtas á los primeros descendientes de la tribu ariaca, que abandonaron las riberas del Oxô para dirigirse á Occidente. Detuviéronse por largo período en los valles del Cáucaso, que había de llegar á apellidarse *montaña de las lenguas*, á causa del crecido número de las que allí se escuchan y dan testimonio del paso de sucesivas transmigraciones. Puestos nuevamente en marcha, mezcláronse con los primitivos moradores de Europa, á quienes hubieron tal vez de enseñar el uso del bronce, y estableciendo más principal-

mente en las regiones que caen al ocaso desde la península címbrica á la ibérica, celebraron en medio de los campos ó en la espesura de los bosques sus ritos pavorosos y cruentos. Cuando, merced á los progresos del cristianismo, comienzan á desaparecer tales horrores, poetas populares, émulos de antiguos bardos, recitan en los dialectos kímrico ó gaélico leyendas rimadas de tan viril energía como las que relatan la muerte gloriosa de Gredyv ó el combate parricida de Conloch. Aun hoy, después de tantos siglos y de singulares modificaciones en las sílabas iniciales de muchas palabras (XIII, p.ª Bopp, 2.º), conservan no pocos habitantes de la Bretaña continental é insular y de la Irlanda el decir de la gente celta, del que sólo quedan muy escasos vestigios en el moderno vocabulario de Castilla, si bien habrá de atribuirse aquel origen al modo con que portugueses y gallegos pronuncian determinadas letras, y señaladamente algunos diptongos.

Desprendidas también del tronco ariaco, cruzan el Tanais nuevas tribus cuyos hombres de guerra (los *germanos* valerosos, tan admirablemente descritos por Tácito), sojuzgan cuantas regiones se dilatan desde la margen del Danubio á las heladas cumbres de los montes escandinavos, y llevan más tarde sus armas victoriosas á los últimos confines de la Europa occidental. De su antiguo idioma guárdase, cual monumento venerando, la Biblia que quince siglos há tradujo el sabio Ulfilas al lenguaje de los godos, en el que los verbos carecen de futuro, mas las voces y formas de derivación presentan mucha analogía con las del sánscrito y el zendo, descubriéndose en ellas un sistema regular de transmutaciones así de consonantes como de sonidos vocales. La índole del hablar gótico

consérvase, con muy poca alteración, en el llevado por los noruegos á Islandia, tierra de hielos perennes y de encendidos volcanes, en la que hallaron eco, y fueron recopilados en el poético Edda los primeros cantos de los escaldas, adoradores de Odín. Del bajo alemán, extensa rama del decir germánico, procede, entre otras lenguas, la anglo-sajona, enriquecida doce centurias há con el poema heróico de Beowulf, y que, modificada por los franco-normandos, forma el inglés moderno de tan sencillo artificio gramatical como abundante en voces monosilábicas.

El idioma tudesco de la terrible leyenda de Hildebrand, prepara á su vez el advenimiento del alemánico de los Minnesinger y de la grandiosa é imponente epopeya de los Nibelunges, al que había de suceder el habla por todo extremo rica y enérgica de Klopstock y de Schiller. Ni la breve dominación de los suevos, ni la más extensa y permanente de los visigodos, fueron parte á arraigar en España el lenguaje traído del Norte; y aunque en ella se empleó por siglos el alfabeto de Ulfilas, sólo algunas aspiraciones fuertes y un centenar de palabras usuales recuerdan en el romance castellano la influencia de los invasores teutónicos.

Partiendo de los mismos lugares del Asia, siguen los *eslavos* la huella de las transmigraciones germánicas; y cuando éstas se precipitan sobre el mediodía, avanzan aquéllos á las orillas del Danubio y del Elba, escuchándose hoy dialectos del antiguo idioma esclavón desde las bellas comarcas que baña el Adriático á las costas inclementes del Océano glacial. Como el islándico entre las alemanas, muestra el hablar lituánico carácter más primitivo que las otras lenguas de la Europa oriental, asemejándo-

se á las de pasados tiempos, en que los bohemos entonaban el himno de independencia del victorioso Zaboi y los rusos su canto patriótico de Igor. La más flexible y sonora de todas ellas, la hablada por los servios, tuvo también su ciclo de popular literatura que ostenta, cual joya de precio inestimable, el poético relato de la rota sangrienta de Kosovo.

V.

La inmensa variedad de las manifestaciones del lenguaje no ha sido poderosa á impedir el descubrimiento de leyes y tendencias más ó menos generales que, explicando los cambios á que está sujeta la pronunciación de una misma palabra en tiempos y lugares distintos, forman con nombre de fonética ó fonología parte muy principal de la gramática comparada. Ningún otro ramo de los estudios filológicos ha hecho en los veinte años últimos mayores ni más sorprendentes progresos, debidos no sólo al profundo examen de las transformaciones literales y silábicas, sino también á los portentosos adelantamientos de las ciencias fisiológicas y físico-matemáticas, las cuales rinden hoy preciado tributo á la facultad de hablar, honrosa prerrogativa del hombre.

Merced al uso reciente del *laringoscopio*, puede ya el observador percibir en el sér animado la vibración generadora de la voz humana, y examinar el maravilloso organismo que da forma sensible á los conceptos y revela el estado del espíritu en sus más delicadas gradaciones. Comparósele por algún sabio de la antigüedad á la pastoril chirimía, y no sin vivas controversias ha vuelto la ciencia moderna á reconocerle semejanza con los instru-

mentos músicos de movedizo estrangul; si bien los pequeños labios, cubiertos de la película transparente que vibra en nuestra laringe, superan á todo artificial mecanismo, y hallan en los conductos respiratorios cavidades resonantes que acrecientan sus armoniosos efectos. Entendidos investigadores han estudiado estas resonancias y la disposición del aparato vocal, en centenares de personas, desde el niño pequeñuelo, sólo capaz de débiles vagidos, hasta el anciano trémulo y balbuciente; desde la joven que emite agudos y argentinos sonidos, al varón que desciende á los más graves, siendo por cierto digna de encomio la complaciente docilidad con que se han sometido al examen y clasificación fisiológica comediantes y cantores de merecido renombre.

Necesitáronse investigaciones aún más delicadas para descubrir los secretos del órgano auditivo, que recibe las ondas sonoras, varias y multiformes, en arpa prodigiosa de tres mil sutilísimas cuerdas, cada una de las cuales parece responder tan sólo á la influencia de determinada velocidad. Débese á estos tenues filamentos, movidos simultáneamente en mayor ó menor número, el conjunto de vibraciones sencillas, que es para la percepción interna de efecto grato y armónico. Menos sujeto que la voz á influencias de sexo y edad, tiene el oído maravillosa aptitud para recibir las impresiones, por todo extremo variables, así de los sonidos que emiten el hombre y los demás seres vivientes, como de los vagos rumores con que la naturaleza entera da testimonio de su actividad, y que se escuchan aun en la noche más serena, llegando solamente á ser imperceptibles en la cumbre de altísimas montañas.

Al consorcio feliz de profundos conocimientos mate-

máticos y biológicos, debe el ilustre Helmholtz la gloria de haber revelado, al propio tiempo que los misterios del aparato auditivo, los principios en que descansa la teoría del timbre musical y de los elementos fónicos de la palabra. ¿Quién de vosotros no ha visto con embeleso á orillas del mar, cómo las olas que vienen de los confines del horizonte, rizadas por otras más pequeñas, cambian sucesivamente de aspecto, hasta diseñar majestuosa curva en las arenas de la playa? Pues de tal suerte era menester concebir la forma variable de los movimientos sonoros, que desde puntos diferentes se propagan en todas direcciones. El sabio profesor de Heidelberg, aplicando al oído diversas esferas resonantes, que según su magnitud responden á determinada vibración, ha conseguido analizar cualquier conjunto de ondulaciones simultáneas, no escuchando á la vez, vigorosa y distinta, más que una sola nota de las que, á raudales de armonía, brotan de orquesta numerosa, ó luchan y se confunden en el fragor de tormenta desatada.

En el sonido músico descompuesto por medio tan ingenioso, muéstrase la vibración fundamental acompañada de otras igualmente sencillas, que se elevan formándole armonioso coro, y cuyo número é intensidad variables determinan el timbre peculiar de los distintos instrumentos. Conocida la manera de percibir aisladas las oscilaciones elementales, y de obtener con las producidas artificialmente el efecto total apetecido, háse facilitado por extremo el estudio de las ondas sonoras que, sujetas á las leyes de la dinámica universal, se refuerzan ó se combaten, dando origen á consonancias de distintos grados y á disonancias más ó menos repetidas, cuyo conocimiento proporciona al autor de composiciones músicas

reglas utilísimas; pero que, á semejanza de las gramaticales, nada empecen al libre vuelo de la inspiración, sin el cual se intentaría en vano producir obras estéticas merecedoras de perdurable alabanza.

Ante peregrinos poetas y maestros en habla tan armoniosa como la española, no hé menester sincerarme de haber mencionado recientes especulaciones enlazadas con el arte dulcísima que fué en los primitivos tiempos compañera inseparable de la poesía; ni habré de mostrar la cadencia informando los idiomas antiguos ó modernos, ya en las entonaciones oratorias, ya en la cantidad silábica, acentos, metrificación y consonancia, debidas todas al encanto misterioso del ritmo: ley universal y maravillosa, que así rige la actividad del espíritu manifestada en música y lenguaje, como los movimientos de la materia en la inmensidad del espacio.

Pero cumple más directamente á mi propósito el recordaros cómo los progresos de la acústica han concurrido á fijar el carácter de los elementos primarios é irreductibles de la voz articulada. Antes de que fueran clasificados por los griegos del modo que indica Platón en el profundo é ingenioso diálogo de Cratilo, habíanlos examinado atentamente los preceptistas de la India que, ocupándose en la fonología de los Vedas, reunieron al principio de su numeroso alfabeto las letras de sonido vocal. Pero estaba guardado para la ciencia moderna el analizar las modulaciones de este primer grupo y reconocer en ellas verdaderos timbres instrumentales, debidos á que varios órganos de la boca y garganta, manteniéndose breve espacio en determinadas posiciones, forman cavidades resonantes que dan especial energía á algunos de los sistemas de ondulaciones emitidos por la glotis. Y es harto

curioso ver en el pentagrama representadas tales ondas predominantes por extensa serie de notas, correspondientes á las vocales y diptongos de los distintos idiomas, partiendo de la *a*, cual de centro fónico, para descender hasta la *u* más grave ó subir á la *i* penetrante y aguda.

El tesoro de inapreciables descubrimientos, debido á una pléyada de filólogos ilustres, permite seguir paso á paso los progresos del sistema vocal indo-europeo, en cuyos orígenes muéstrase la modulación central de todo lenguaje acompañada de las dos extremas y de los diptongos que con ellas forma. Estos cinco timbres debieron de resonar, ya breves, ya prolongados, en boca de los *Aryas* ó *venerables*, establecidos á orillas del Oxô, y progenitores de la gran familia que había de exceder en cultura á los demás pueblos de la tierra. Cual recuerdo vivo de los nobles ascendientes de nuestra raza, se ven todavía en la región elevadísima de Pamir, denominada por los orientales cúpula del mundo, hombres de blanco rostro y gallarda apostura, que conservan costumbres y creencias semejantes á las descritas en los cantos védicos. Desprendida del robusto tronco la rama celta y otras no menos vigorosas, los antecesores de griegos é itálicos, hallándose aún reunidos en su peregrinación hacia países de Occidente, dieron mayor variedad á las voces de la antigua lengua y acrecentaron sus flexiones con el empleo de *e* y *o* breves, no conocidas por los que llevaron el decir arya á los hermosos valles del Indostán, ni por los germanos que después invadieron la Europa. Débese á los helenos una *u* débil y obscura, hoy de frecuente uso en naciones más septentrionales, sabiéndose también la procedencia de los sonidos intermedios y de algunos singularmente vibrantes que conservó el habla sánscrita. Los idiomas semíti-

cos que desde las riberas del Tigris se han difundido hasta las del Níger, llegando en Asia á muchas islas del extremo Oriente, hubieron de tener en todas épocas timbres no tan variados como los que se escuchan al Norte del Mediterráneo, y lo mismo puede afirmarse de las demás lenguas, sin exceptuar las que se distinguen por poseer voces muy abundantes en claras y argentinas modulaciones.

Con los elementos eufónicos del decir se enlazan las consonantes, reconocidas hoy como ruídos causados por los órganos de la pronunciación, que al moverse para modificar los huecos resonantes ó acompañarlos en sus efectos, transmiten á la corriente aérea oscilaciones irregulares privadas de cadencia música. Presentan restos de grata sonoridad las letras continuas que se articulan de un modo sucesivo; mas no así las explosivas, que ya los griegos apellidaron *afona*. La antigua clasificación en guturales, dentales y labiales, ha adquirido importancia suma en el estudio de los cambios á que están sujetos los idiomas, teniéndola no escasa las distinciones entre sordas y sonoras, aspiradas y espirantes.

Con más fidelidad que las otras lenguas del mismo origen conservó la helénica las consonantes de los antiguos aryas, que fueron notablemente aumentadas en la India; mostrándose también numerosas y de mayor aspereza las del decir semítico, y llegando no pocos habitadores del África austral á emitir casi de continuo estridentes chasquidos que se han denominado *kliks*. Excepto varios salvajes de América que hablan sin cerrar nunca la boca, y otros de Oceanía que no pronuncian ninguna letra gutural, los demás pueblos del globo emplean mayor ó menor número de articulaciones de las tres clases ú órganos

orales, aunque confundiendo las de la primera y segunda algunos isleños del mar Pacífico. Esta pronunciación, confusa é indecisa, parece propia de tribus inciviles, pero se ha manifestado de nuevo y de modos diferentes al mezclarse dos ó más razas, sin que de ella estén libres por completo naciones poseedoras de abundante y bellísima literatura, siendo para muchos alemanes ciertos sonidos suaves y sordos de su idioma, tan difíciles de distinguir, como lo son para nosotros los de *v* y *b* en el habla de Castilla.

Los maestros de la ciencia filológica han pesado, por decirlo así, las letras, con objeto de quilatar su estabilidad y la resistencia que oponen á debilitarse ó desaparecer de los vocablos, reconociendo también la manera en que tienen lugar los refuerzos é intercalaciones, y examinando, por último, cómo la inmediación de ciertos sonidos determina su cambio por otros más ó menos afines. Los resultados de esta luminosa análisis, ponen de manifiesto lo mucho que influye en las principales alteraciones la proximidad de sílabas de diversa longitud, y más señaladamente el acento de las palabras, notándose en varios idiomas asiáticos una regla de armonía que somete y asemeja al timbre predominante el tono de los demás en la misma voz comprendidos.

Estudióse con igual detenimiento cómo se debilitan las consonantes dejando de ser aspiradas, y trocándose de sordas en sonoras y de explosivas en continuas; habiendo observado asimismo la marcha que siguen al reforzarse, y en la cual vuelven rara vez á adquirir la aspiración primitiva. Tales cambios, menos frecuentes que los experimentados por las modulaciones, presentan mayor regularidad, y el sutil examen de sus distintos acci-

dentes ha enriquecido la filología con leyes tan importantes como la debida al ilustre Grimm, que, comparando el habla sánscrita con la gótica y tudesca, consiguió determinar el orden en que las articulaciones de cada órgano oral han variado sistemáticamente de energía. Acrecido por virtud de nuevos estudios el canon de mudanzas fónicas, y tenidas en cuenta numerosas excepciones, hásele aplicado á las ramas antiguas y modernas del decir arya, y en parte también á las del semítico y fino-tártaro, siendo hoy de utilidad suma para reconocer el común origen de voces aparentemente diversas. Y he aquí á la etimología, blanco no há mucho de ingeniosos chistes ó de malignas censuras, trocada en investigación regular y metódica, merced al conocimiento de las transmutaciones esenciales á que las letras se hallan sometidas.

¿Qué causas mantienen así, al través de los siglos, el tardo, pero inextinguible variar de los elementos del lenguaje? Asunto ha sido éste de empeñadas controversias, que no han bastado á esclarecerlo debidamente. Al compás que transcurren los tiempos, suele amenguarse el vigor de la palabra, cual lo reconocía Cicerón analizando el habla de los habitadores del Lacio, y como lo atestigua en aquel mismo suelo el más dulce y musical de los idiomas romances. Atribuyéronse las diversas alteraciones al deseo de hacer las voces gratas al oído; pero esta eufonía, que alcanzó elevado punto en sánscrito y griego, no parece sujeta á principios bastante seguros, ni es apreciada de igual modo por los moradores de diferentes países, influyendo en los juicios que sobre ella se forman el hábito de escuchar la lengua nativa. Causa más poderosa y constante debilita sucesivamente las locuciones,

y los estudios fisiológicos hacen ver que consiste en la natural tendencia á disminuir el esfuerzo de los órganos orales, explicando la mayor facilidad de pronunciación, los principales cambios en que se conmutan y suprimen letras ó se intercalan algunas que evitan enlaces duros y embarazosos. De tal suerte, y por consecuencia de actos indeliberados, van perdiendo las palabras su antigua estructura y la parte que tener pudieran de sonidos imitativos, para convertirse en unidades simbólicas, cuya significación asienta sólo en las ruinas de los variados elementos que concurrieron á determinarla.

Si se explican sin dificultad las mudanzas que han suavizado el lenguaje, no sucede lo mismo con aquéllas, mucho menos numerosas, que le han dado mayor energía, y de las cuales ofrecen ejemplos harto curiosos, así varias articulaciones del habla teutónica que acrecentaron su vigor á principios de la Edad Media, como el uso de pronunciar fuerte la jota, adoptado siglos después en nuestras provincias castellanas. Los sonidos algo confusos que haya conservado el decir de un pueblo, ya sean procedentes de épocas remotas ó debidos al contacto de razas diversas, pueden, perdiendo su vaguedad y determinándose de modos distintos, adquirir cierta eficacia; mas semejantes refuerzos, necesariamente muy limitados, y las admisiones de letras de otros idiomas, no bastan á dar razón de todos los cambios que han solido vigorizar las voces: de manera que punto tan obscuro y difícil continúa siendo entre los filólogos materia de amplísimo debate.

Difieren también las opiniones respecto á los grupos de dos y hasta tres consonantes que anteceden ó siguen á una vocal, formando con ella sílaba. Aunque varias

acumulaciones de esta clase, ya frecuentes en los cantos védicos, son consideradas por muchos como primordiales y ajenas al sucesivo variar de los vocablos, autores insignes las creen debidas todas á la supresión de sonidos intermedios, é infieren, del estado actual de no pocas lenguas asiáticas y africanas, que en remotísimas edades cada timbre se unía á una sola articulación que por lo común le estaba antepuesta. Mas tales inducciones, salvando los confines de la fonología, tocan en la móvil arena donde combaten, sin alcanzar definitiva victoria, los defensores de las diversas hipótesis referentes al decir primitivo.

VI.

Entre los restos de otras edades merecedoras de la atención del filólogo, muestran su pristina sencillez, así las taras ó varillas con diferentes incisiones que hubieron de usar tártaros y getas, como los quipos ó cordones de distintos colores y anudados diversamente, de que se valieron los moradores del Asia oriental y del antiguo imperio de los Incas. Mas los verdaderos orígenes del arte de fijar la expresión de los conceptos no han de buscarse en tales medios puramente rememorativos, sino en la imitación total ó parcial de objetos materiales, desde las toscas figuras que traza el salvaje en su propio cuerpo, á las diseñadas ó esculpidas por hábil mano en los papiros y *estelas* de los monumentos egipcios.

Con imágenes ideográficas independientes del idioma oral representan todavía algunos indios de América los hechos hazañosos de su tribu, reproduciendo en groseras pinturas lo más esencial de una serie de acontecimientos.

No de otra suerte, antes de que los soldados del gran Cortés abriesen á la civilización europea las bellas comarcas del Anahuac, componían los aztecas sus libros históricos; si bien para indicar los nombres de las personas que tomaban parte en los combates y demás sucesos allí bosquejados, recurrían á dibujos de animales, plantas ú objetos de uso frecuente, cuyas denominaciones, solas ó combinadas unas con otras, formasen vocablos iguales en pronunciación á los que deseaban expresar. Estos documentos, recogidos por los conquistadores españoles, ofrecen curiosa muestra de cómo en una sociedad reducida á sus propios medios de progreso, la escritura comienza á depender de los sonidos orales, convirtiéndose las imitaciones de cosas visibles en signos que sólo tienen representación fónica é indirecta.

Hubo de seguir, mucho antes, marcha no muy distinta el sistema gráfico de los chinos, que conservan una antigua inscripción toscamente cincelada en la roca de Heng-chan, y compuesta de imágenes de varios objetos. Semejantes figuras, empleadas con su propia significación, ó como símbolos y alusiones á ideas abstractas, se diseñaron también en pequeños trozos de madera; y habiendo de corresponder á las palabras de un idioma monosilábico, fueron, á la vez que ideográficas, indicadoras del sonido de las sílabas. Al introducirse el uso del papel trocáronse aquellos caracteres en algunos centenares de signos fónicos, acompañados de claves genéricas que determinaban la acepción de las voces; y en tal estado continúa, desde hace dos mil años, la complicada escritura china, si bien de ella proceden otras que, como la del Japón, han recibido notables simplificaciones.

En placas de frágil barro, que á manera de hojas com-

ponen uno de los numerosos volúmenes recogidos en las ruinas de la biblioteca de Nínive, se ven, al lado de imágenes completamente diseñadas, otras que las imitan en parte, y cuyos contornos están sólo indicados por pequeños surcos que conservan la figura del clavo ó punzón triangular con que fueron abiertos antes de haberse endurecido la arcilla. Así debieron de tener principio los caracteres cuneiformes, que, pasando á indicar sonidos y adquiriendo más especialmente la representación de ciertas sílabas iniciales de los vocablos, constituyeron al fin la escritura anarya, en que algunos signos ideográficos y claves determinantes sirven de complemento á un prolijo silabario. Comunicáronla gentes de origen escita á los moradores de las comarcas que vierten sus aguas al Eufrates, cerca del cual se han descubierto recientemente inscripciones aún más antiguas que la destinada á conmemorar la apertura de los canales de riego construídos en Caldea hace treinta y cuatro siglos. Pero éste y los demás textos epigráficos en que se leen hoy los verdaderos anales de Asiria y Babilonia, guardarían aún todos sus secretos á no ser conocidas otras inscripciones de tiempos menos remotos, entre las cuales descuella la de Behistún, que ha proporcionado los principales medios de descifrar el sistema de caracteres cuneiformes anaryos. En tajada roca de trescientos codos de altura, extensas filas de incisiones profundas transmiten á la posteridad, en los idiomas medo-escita, asirio y persa, el epítome de la historia del primer Darío, confirmando por completo las aseveraciones de Herodoto. Parece resonar todavía la voz del prepotente conquistador que dicta las últimas palabras: «Nada he dicho que no haya hecho.....
»¡Oh tú! quien quiera que fueres, lee lo escrito aquí..... y

»no lo borres.» Griegos, partos y árabes sojuzgaron más tarde estas regiones, pasando todos con respeto al pie de la majestuosa lápida, que había de ser en nuestros días admiración del viajero y foco de viva luz para el estudio de las lenguas orientales.

Cuantos adelantamientos presentan las primitivas escrituras de Asia y América, ostentábanse ya reunidos en las más antiguas representaciones gráficas que hayan llegado hasta nosotros. El fértil valle inundado periódicamente por el Nilo, y que debió nombre de *tierra negra* á su contraste con las blancas arenas del desierto cercano, muestra, en sepulcros contemporáneos de las primeras dinastías faraónicas, inscripciones en que se hallan combinados jeroglíficos figurativos y simbólicos, con claves determinantes é imágenes indicadoras, no sólo de sonidos complexos, sino también de las principales letras en que es posible descomponer las sílabas. Al cincelar estos caracteres dábanseles formas severas y correctas; mas para el uso ordinario hubieron de emplearse dos escrituras abreviadas, una de las cuales, la hierática, aparece ya en el famoso papiro *Prisse*, considerado como el manuscrito de mayor antigüedad que existe en el mundo. Fieles guardadores de todo lo tradicional y venerando, no renunciaron los egipcios al empleo de las figuras ideográficas y silábicas, ni llegaron por lo mismo á utilizar plenamente el poderoso medio de simplificación que se habían procurado al atribuir signos especiales á los elementos primarios é irreductibles de la voz articulada.

No era dable que permaneciese sin más útil aplicación tan peregrino auxiliar de los progresos intelectuales. Así, pues, el pueblo cananeo, poco respetador de tradiciones, y que ávido de lucro debía convertir el humilde refugio

de los pescadores sidonios en brillante emporio de comercio marítimo y terrestre, recibió de algunas tribus de su raza establecidas en Egipto el conocimiento de los caracteres hieráticos, y con sólo los que representaban letras hubo de formar, hará treinta y siete siglos, una escritura fácil y adecuada al incesante tráfago de la vida mercantil. Estos signos, que conservaron sin cambios muy esenciales su primitiva traza, recibieron á causa de ella nombres de objetos que en algo se les asemejaban, y con tales denominaciones entraron á componer el primer alfabeto, ó más propiamente alefato: conquista inapreciable que honrará por siempre á la humana inteligencia. Y he aquí, según las últimas investigaciones filológicas, cómo resultan confirmados los asertos de Platón, Plutarco y Tácito, que colocan en el imperio de los Faraones el origen de la antigua escritura, reducida por los fenicios á breve canon de fáciles y sencillas aplicaciones.

Cual se difunde por árbol robusto savia vivificadora que lleva vigor y lozanía á los diferentes vástagos del abundoso ramaje, así hubo de propagarse el alfabeto desde la región señoreada por las cumbres del Líbano á remotísimas comarcas de Oriente y Occidente. Adoptado por hebreos y sirios, dió ocasión á los persas para el establecimiento de su sistema alfabético cuneiforme, que sustituyeron al fin con el cananeo, trocando ciertas aspiraciones en verdaderas vocales, lo cual aconteció asimismo al extenderse por los pueblos tártaros el uso de las letras fenicias. Modificáronlas de antiguo, y muy notablemente, los habitadores del Yemen, y de allí las recibieron etíopes y libios, llegando en opuesta dirección á orillas del Ganges, donde se acrecentó su número hasta formar el rico abecedario de la India, origen de otros muchos que se

emplean hoy en el Asia meridional y en varias islas de los mares cercanos. Grecia, que debió los primeros gérmenes de sus artísticas glorias, no tanto al Egipto como á las civilizaciones asiria y fenicia, tomó también de esta última el alfabeto primitivo que, con algunos aumentos y cambios de forma, fué comunicado por los dorios á latinos y etruscos. De él hubieron de adquirir noticia, en las costas del Ponto-Euxino, las tribus germanas y eslavas, que llevaron sus célebres *runas* de un extremo á otro de la Europa septentrional; y en cuanto á las curiosas letras ibéricas, cuyo estudio prosiguen dentro y fuera de España perseverantes investigadores, parecen proceder de las colonias de Tiro, ofreciendo particular analogía con la escritura samaritana.

Fruto en no pequeña parte de novísimas especulaciones el conocimiento de la marcha que ha seguido de pueblo en pueblo el fecundo principio de la descomposición de las sílabas, explica lo que de común tienen los principales sistemas alfabéticos, cuyas diferencias, harto importantes y merecedoras de examen detenido, son debidas muy señaladamente á la variedad que ofrecen las lenguas respecto á sus elementos orales, representados con mayor ó menor exactitud en alfabetos que contienen desde diez y seis á cincuenta caracteres. Reconocida además la tendencia constante que impulsa á convertir los signos figurativos en otros fónicos más ó menos simplificados, no cabe negar que al uso de las letras pudieron por ventura elevarse, sin auxilio exterior, sociedades hasta hoy poco conocidas, y de ello se ha creído descubrir indicios en el Yucatán y en varios países del antiguo mundo. Aun prescidiendo de estas investigaciones especiales, los filólogos consagrados á estudiar las escrituras primi-

tivas tienen abierto anchuroso campo á sus difíciles tareas, no sólo en Egipto, Asiria y Persia, donde tan portentosos han sido los descubrimíentos recientes, mas también en las cavernas de la India, en los tajos y precipicios de las montañas de Armenia y Etiopía, en los numerosos monumentos epigráficos de Arabia, en los no menos notables del Asia menor, Fenicia y Numidia; en los sepulcros de Italia, y hasta en algunas rocas de la península ibérica, ornadas por nuestros venerables progenitores con figuras ó signos ideográficos de tosco diseño y de antigüedad muy remota.

Perdonadme, señores, este árido resumen; pero al cruzar como á la carrera el rico museo de la historia natural del lenguaje, no pudiendo acercarme á las flores matizadas que ostentan las diversas literaturas ni á los vocabularios que guardan ordenadamente los objetos de especulación científica, me he detenido corto espacio á considerar la forma duradera y visible de la palabra, rindiendo homenaje á los monumentos primitivos, buscados hoy en países muy distantes por diligentísimos exploradores: que el anhelo de dilatar los confines de lo conocido, así en la cadena del tiempo como en la inmensidad del espacio, recompensa con puros goces á la criatura inteligente, que olvida su pequeñez al admirar, en el armonioso enlace de tantos y tan varios fenómenos, la obra maravillosa de la sabiduría infinita.

MEMORIA

RELATIVA

AL MONUMENTO MURAL

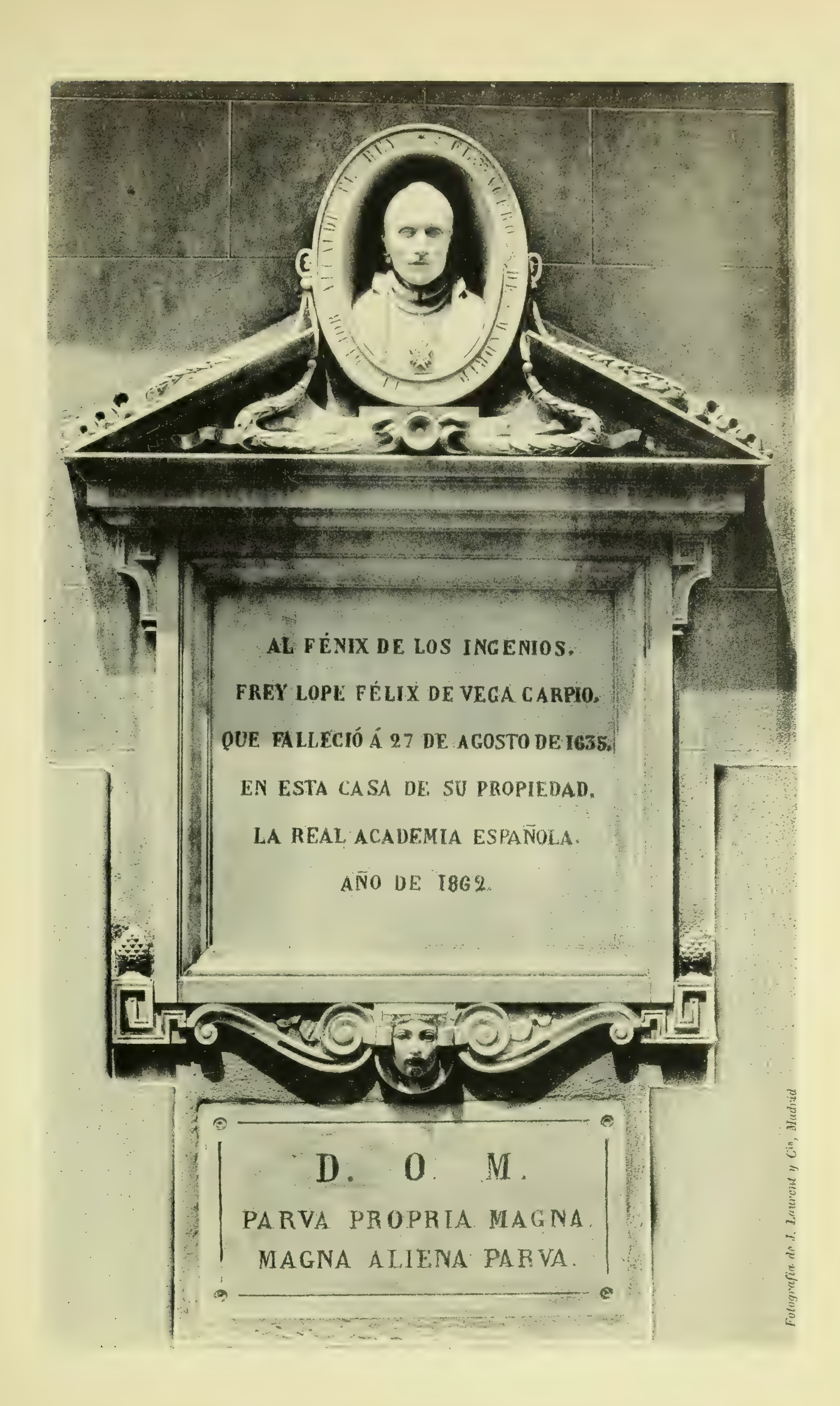
DEDICADO Á

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

La Real Academia Española ha juzgado conveniente reunir la sucinta historia del sencillo monumento dedicado al Fénix de los Ingenios, dando á luz todos los documentos desde la indicación de la idea hasta su realización solemne. Así, por su orden se incluyen en la presente Memoria la proposición del Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos; el dictamen de la Comisión encargada de informar sobre ella; el de la misma, aunque ya aumentada, sobre el programa de la ceremonia; el acta de la sesión celebrada para inaugurar el monumento; la escritura de venta de la casa núm. 11 de la calle de Francos al adquirirla Lope de Vega, y su testamento, otorgado allí la antevíspera de su muerte, como documentos leídos en la sesión misma; la escritura otorgada por la Academia Española y los actuales dueños de la casa para la perpetua conservación del monumento, y el romance dedicado por el Sr. Hartzenbusch á Lope de Vega, y también leído en ocasión tan solemne.



Fotografía de J. Laurent y Cía, Madrid

Número I.

Proposición del Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos.

En la antigua calle de *Francos*, denominada hoy de *Cervantes*, y señalada con el núm. 11 antiguo, 15 moderno, de la manzana 227, existe aún en pie, y bien conservada, la casa que fué propiedad de *Lope de Vega Carpio*, y la misma en que falleció á 27 de agosto de 1635.

De los títulos originales de dicha casa, que he tenido ocasión de reconocer, resulta lo siguiente:

Por los años 1570, siendo solar, se le adjudicó al señor cura y beneficiados de la iglesia parroquial de Santa Cruz, con cierta carga de misas, y éstos le cedieron para edificar en él con la de un censo perpetuo á su favor con laudemio, tanteo, veintena, etc. Por los años 1587 estaba ya edificada la casa, y era dueño de ella Inés de Mendoza, viuda de Juan Pérez, vecino de la ciudad de Segovia. Hacia 1590 la poseían el capitán Juan de Villegas Denuncibay, y su mujer Mariana de Ayala. Por muerte de ambos, el licenciado Gregorio López Madera, del Consejo de S. M. y Alcalde de Casa y Corte, otorgó escritura de venta judicial con fecha 10 de enero de 1608 y ante el escribano Martín Romero, á favor del mercader de lanas y vecino de Madrid Juan Antonio Leva.

Por otra escritura de venta, fecha 7 de septiembre de 1610, ante Juan de Obregón, fué adjudicada «*al Dr. Don Frey Lope Félix de Vega Carpio, familiar del Santo Oficio de la Inquisición, presbítero de la sagrada orden militar de San Juan de Jerusalén, doctor en teología, capellán mayor de la Congregación de presbíteros naturales*

de Madrid, promotor fiscal de la reverenda Cámara apostólica, y notario escrito en el Archivo Romano, etc.; conocido por el Fénix de los Ingenios, que nació en Madrid en 25 *de noviembre de* 1562,» el cual la redimió de huésped de aposento de corte, con carga de 4.500 maravedís de tercia parte en cada un año por privilegio de S. M. D. Felipe III, firmado de su real mano, y refrendado de su secretario D. Alonso Núñez de Valdivia y Mendoza, fecha en el Pardo á 14 de febrero de 1613.

Lope de Vega habitó durante muchos años esta casa, la reparó, formó en ella un oratorio, plantó un huerto en su patio, y colocó sobre el dintel de su puerta de calle una piedra en que estaba grabada esta inscripción:

D. O. M.

PARVA PROPRIA MAGNA:
MAGNA ALIENA PARVA.

Ocurrida en ella su muerte, en 27 de agosto de 1635, salió de la misma su solemne entierro, que acompañaban todas las personas visibles de la corte, y era tan numeroso, que ya había entrado mucha parte de él en la iglesia de San Sebastián, y aún no había salido el cadáver de la casa, y eso que fué por la calle del Niño, de Cantarranas (á pasar por bajo de las rejas del convento de las Trinitarias, para que lo viese su hija Marcela, religiosa en el mismo convento), la del León y la de Atocha; siendo sepultado en la bóveda de San Sebastián, de donde fueron extraídos sus restos y confundidos con los demás, *en principios de este siglo*, según resulta de mis prolijas investigaciones sobre esta vergonzosa profanación.

Por el testamento de dicho Lope (cuyo testimonio con-

servo), y que obra también en los títulos originales de la casa, otorgado en 26 de agosto de 1635, víspera de su muerte, ante el escribano Francisco de Morales, dejó por heredera única de sus escasos bienes, y por consecuencia de esta casa, á su hija legítima Doña Feliciana, esposa de Luis de Usátigui, vecino de Madrid; y por el otorgado por dicha señora, en 5 de junio de 1657, ante Juan Caballero, y bajo el cual falleció en esta misma casa, la heredó su hijo D. Luis Antonio de Usátigui y Vega Carpio, Capitán de Infantería española en los Estados de Milán; el cual, por escritura de 13 de julio de 1674, otorgada ante Manuel de Narváez Aldana, la vendió á Mariana Romero, mujer divorciada de Luis Ortiz, la que, siendo religiosa novicia del convento de Trinitarias descalzas, bajo el nombre de hermana Mariana de la Santísima Trinidad, por escritura fecha de 21 de septiembre de 1675, ante Isidro Martínez, la vendió á D. Ambrosio de Onís, Marqués de Olivares, caballero del hábito de Santiago, etc. Esta Mariana Romero es la misma comedianta de que hace mención Pellicer en su obra del *Origen del histrionismo* (parte 2.ª, pág. 113), la cual efectivamente entró de monja descalza; pero antes de profesar, se cansó del monasterio y se fué á vivir á su casa (sin duda esta misma), donde murió después, aunque no sin haber contraído antes segundo matrimonio con el comediante Manuel Ángel, que era ya viudo de cinco mujeres, y también sobrevivió á ésta, hasta que, retirado del teatro, murió en 1711 en su casa propia en la calle del Barco.

Después del Marqués de Olivares, pasó la casa por varias sucesiones y ventas á la propiedad de otras personas, que omito para no alargar demasiado esta relación; hasta que en 1825, siendo dueño de ella D. Mariano Durango,

fué comprada por D. Francisco María López de Morelle, vecino y del comercio de esta corte, por escritura de venta judicial otorgada por D. Antonio José Galindo, Teniente de Corregidor, por ante el escribano D. Antonio Villa; y por muerte de dicho Sr. Morelle, ocurrida en 16 de marzo de 1832, la heredaron su viuda Doña Josefa Poyatos y sus hijos D. José, Doña Juana y D. Epifanio López de Morelle, que la poseen y habitan.

La casa, en lo principal, se conserva íntegra, sin otras alteraciones substanciales que la de haber dicho Sr. Morelle mudado el portal (que en tiempo de Lope estaba donde ahora la primera reja) y pasádolo más al centro de la fachada. Esta tiene 53 pies de extensión, con cuatro balcones, y solos pisos bajo y principal. La caja de la escalera y la distribución interior de las habitaciones, parecen ser las antiguas; el patinillo que hoy tiene, y que ocupa parte del espacio que Lope tenía dedicado á jardín, está reducido con construcciones posteriores. Este huerto es al que hace referencia Montalván en su *Fama póstuma de Lope*, cuando dice que habiéndole ido á encontrar muy de mañana, para preguntarle si había empezado una comedia de que ambos se habían encargado, le respondió «que ya había concluído el primer acto, y aun tenido tiempo para desayunarse con un torrezno y regar aquel huerto.» La casa ocupa en todo 5.537 pies y está revocada modernamente, en cuya operación se hizo desaparecer la piedra con la inscripción mencionada. Da casi frente á la calle traviesa del Niño, hoy de Quevedo.

La circunstancia de vivir y haber muerto en la misma calle de Francos el insigne *Cervantes*, y haberse colocado en 1835, en la casa en que éste falleció, la inscripción y monumento que le recuerdan, dió lugar entonces á que

se la denominase de *Cervantes*, y que posteriormente se haya dado el nombre de *Lope de Vega*, sin ninguna propiedad, á la de *Cantarranas*, equivocación que advertí en su tiempo al Corregidor Marqués de Pontejos y al Ayuntamiento; pues en mi opinión debía haberse dado el nombre de *Lope* á la de *Francos*, en que tuvo su casa propia y en que murió, y el de *Cervantes* á la de *Cantarranas*, donde yace, en el convento de las Trinitarias.

De todos modos, y ya que así no se hizo entonces, no puede negarse que el esclarecido ingenio madrileño, cuya casa se conserva afortunadamente en pie, parece que reclama un testimonio análogo al dedicado al insigne Cervantes, en la que sustituyó á la destruída en 1833. Y el que suscribe, que en aquella ocasión tuvo la gloria de la iniciativa de este respetuoso tributo, rendido al inmortal autor del *Quijote* por el rey D. Fernando VII, y que en 1859 ha promovido igual demostración en la humilde morada del eminente dramático D. Pedro Calderón de la Barca, aunque con muy mezquino resultado por parte de la Corporación municipal; en la ocasión presente, y tratándose del *Fénix de los Ingenios*, del *portento de naturaleza*, del gran *Lope de Vega*, cree que á nadie mejor que á nuestra Real Academia Española, en cuyo seno se encuentran reunidas todas las ilustraciones de la literatura moderna, corresponde tomar á su cargo esta manifestación de su respeto y entusiasmo hacia el fundador de nuestro teatro nacional: con tanta mayor razón, cuanto que recientemente este ilustre Cuerpo acaba de resolver levantar al mismo Lope otro monumento aún más imperecedero, que es la reproducción de su inmenso tesoro dramático.

En su consecuencia, pido á la Real Academia que, si

juzga oportuna esta indicación, y previo el informe de una Comisión de su seno que considere detenidamente el asunto, se sirva acordar que en la casa que fué de Lope de Vega se coloque un recuerdo de tan insigne ingenio, en la forma artística y con la inscripción que crea conveniente.

Madrid 30 de enero de 1861.—Ramón de Mesonero Romanos.

Número II.

Dictamen de la Comisión encargada de examinar la proposición antecedente.

La Comisión encargada de examinar la propuesta del Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos, dirígida á consagrar una memoria monumental á Frey Lope Félix de Vega Carpio en la casa donde ocurrió su fallecimiento, se ha reunido varias veces para tratar la mejor manera de cumplir la obligación que le fué impuesta por la Real Academia Española: ha visto la casa que fué de Lope, ha consultado con el ilustre profesor de escultura D. Ponciano Ponzano, y cree que debe someter á esta Corporación el siguiente dictamen:

La Real Academia Española costeará en honra de Lope de Vega un monumento mural, que se colocará en la casa que fué de Lope, entre los dos balcones centrales de la fachada.

Como en la misma calle, donde está la casa que fué de Lope, hay otro monumento mural en honor de Cervantes, que consiste en un medallón de mármol y una inscripción debajo del medallón, entendemos que el monumento de la Academia debe principalmente consistir en

un busto de Lope, así para diferenciarse del monumento de Cervantes, como por ser de mucho mejor efecto un busto que un medallón, el cual sólo parece bien visto completamente de frente. La inscripción por lo mismo deberá ir dentro de un tablero adornado de modo que se diferencie también del plano en que va la inscripción relativa á Cervantes.

Estas condiciones reune (á juicio de la Comisión) el proyecto del Sr. Ponzano, que presentamos á la Academia, proyecto que se distingue por el carácter arquitectónico propio del primer tercio del siglo XVII.

El proyecto es doble: dividido en medio por una línea, la parte de la izquierda representa un monumento de rica ornamentación y con dos figuras de relieve; la parte de la derecha carece de figuras, y su ornato es sencillo: el busto entra en ambos proyectos. Así el busto, como el tablero para la inscripción, y el marco y coronación del tablero, lo mismo que el marco de la hornacina, serán de mármol de Carrara en ambos proyectos: la Comisión preferiría el más rico, si los recursos de la Academia le permitiesen adoptarlo. El más vistoso costará 20.000 reales; el otro solamente 10.000.

Cree la Comisión que encima de la puerta de dicha casa convendrá restablecer la inscripción latina, que puso en ella Lope y se había conservado hasta nuestros días.

Parva propria magna:
magna aliena parva.

En 25 de noviembre del próximo año 1862 cumplirá el tercer siglo desde el nacimiente de Lope: quizá sería oportuno disponer que el monumento de la Academia á Lope fuese descubierto en aquel propio día, considerán-

dolo como fiesta secular notabilísima para las letras españolas. La inscripción en este caso sería la siguiente:

AL FÉNIX DE LOS INGENIOS,
FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,
QUE FALLECIÓ Á 27 DE AGOSTO DE 1635
EN ESTA CASA DE SU PROPIEDAD,
LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.
AÑO DE 1862.

La Comisión ha manifestado el proyecto del Sr. Ponzano á los actuales poseedores de la casa de Lope, en razón á que habría que abrir en la fachada el hueco para el busto, y por medio del Sr. D. Ramón de Mesonero ha recibido la siguiente comunicación:

«Hemos recibido con la mayor satisfacción la atenta comunicación de V. S., en que nos participa haber acordado la Real Academia Española, á propuesta de V. S., colocar en la casa núm. 15 de la calle de Cervantes, que fué propiedad del insigne Lope de Vega Carpio, y hoy de la nuestra, un sencillo monumento que recuerde la circunstancia de haber fallecido en ella tan célebre ingenio; y adhiriéndonos con el mayor entusiasmo á la patriótica resolución de nuestra primer Corporación literaria, no podemos menos de rogar á V. S. sea cerca de ella intérprete de nuestra gratitud á nombre propio y, en lo que cabe, á nombre también de tan ilustre poeta, honra de nuestra patria, cuya modesta mansión tenemos la fortuna de poseer y habitar.

Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 9 de junio de 1861.—José López de Morelle.—Epifanio López de Morelle.—Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos.»

La Comisión aguarda con respeto, sobre todos los puntos

de este dictamen, la resolución acertada y digna de la Academia.

Madrid 12 de junio de 1861.—Ventura de la Vega.—Ramon de Mesonero Romanos.—Juan Eugenio Hartzenbusch.

Número III.

Dictamen acerca del programa de la ceremonia.

La Comisión nombrada para llevar á efecto el acuerdo de la Real Academia, por el cual dispuso colocar á sus expensas en la fachada de la casa núm. 15 de la antigua calle de Francos (hoy de Cervantes), propiedad que fué del *Fénix de los Ingenios*, Frey Lope de Vega Carpio, y en la cual falleció, un sencillo monumento que recuerde estas circunstancias y el testimonio de respeto y de admiración que la Academia rinde al príncipe de nuestros poetas dramáticos; ha conferenciado detenidamente, y tomado las disposiciones convenientes para que, según lo dispuesto por esta ilustre Corporación, pueda tener efecto el acto de la inauguración de aquel monumento el día 25 del próximo noviembre, aniversario del nacimiento del gran poeta. Y al propio tiempo que activa las operaciones necesarias, tanto para la oportuna colocación de dicha obra artística (concluída ya por el escultor Ponzano), cuanto para la conveniente decoración interior y exterior de la casa, todo de acuerdo con sus dueños, que se prestan espontáneamente á los deseos de la Comisión, ha estudiado ésta el programa de aquella ceremonia, que tan próxima se halla ya.

Bien hubiera deseado la Comisión poder realizar las nobles y generosas ideas de la Real Academia, propo-

niendo para esta solemnidad literaria y patriótica todo aquel aparato espléndido con que esta ilustre Corporación se complace en dar realce á semejantes actos públicos, y de que es tan altamente merecedor el hombre ilustre á quien está dedicada.

Pero las circunstancias materiales de la localidad han opuesto invencible obstáculo á sus deseos. Tratándose pura y simplemente de descubrir ó inaugurar el elegante, aunque sencillo monumento construído por el escultor Ponzano, y que se ha de colocar en la fachada de una casa humilde, antigua y situada en calle estrecha y apartada, no era prudente, ni aun posible, atraer á ella grande concurrencia de convidados, ni tampoco desplegar suntuoso aparato, que acaso contrastase sensiblemente con lo sencillo del monumento y con la misma modestia del local, habitación del hombre insigne que desde tan humilde morada lanzaba los rayos de su inteligencia sobre el orbe civilizado.

Consecuente, pues, la Comisión con estas consideraciones materiales y morales del sitio, del objeto y de la intención de la Academia en esta ceremonia, ha convenido en proponer á su aprobación los medios más sencillos é indispensables de realizar aquel acto con el debido decoro, los cuales, en concepto de la Comisión, pueden reducirse á los términos siguientes:

Supuesta la colocación previa del monumento, en cuyo centro se ostenta el busto de Lope de Vega, y cubierto con una cortina; decorada convenientemente la fachada de la casa, y dispuesto su interior para recibir un cierto número de señores asistentes, podrá verificarse la celebración del acto de esta manera:

1.° La Real Academia Española celebrará junta pú-

blica extraordinaria el día 25 de noviembre próximo, á la una de la tarde, en la casa que habitó y en que falleció Lope de Vega. Asistirán los señores Académicos de uniforme, y llevarán al cuello la medalla, en cumplimiento de lo que ordena el art. 102 de su Reglamento.

2.° Se oficiará al Excmo. Sr. Alcalde-Corregidor para que, en unión de una Comisión de dos Regidores y el Secretario del Ayuntamiento, se sirva asistir en representación del pueblo de Madrid, patria de Lope de Vega.

3.° Igualmente se oficiará al señor Capellán mayor de la Venerable Congregación de Presbíteros naturales de Madrid, cuyo cargo desempeñó también el mismo Lope de Vega, para que se sirva asistir acompañado de otro de los presbíteros de la Congregación.

4.° Á los Directores ó Presidentes y dos individuos más de las Reales Academias.

5.° Al Rector y Decanos de Teología y de Filosofía y Letras de la Universidad Central.

6.° Á los tres Catedráticos de número de Declamación del Real Conservatorio, para que representen en esta ceremonia, dedicada á tan insigne poeta dramático, á los actores españoles.

7.° Como á esta junta pública de la Academia no se pueden hacer invitaciones personales numerosas por medio de las acostumbradas papeletas, porque se celebra en modesto y reducido local, la Comisión cuidará de que concurran una Comisión de Autores dramáticos y dos Directores de la prensa periódica en representación de la misma.

8.° Reunidos todos á dicha hora en la casa de Lope, y abierta la sesión por el Director de la Academia, hará éste una ligera reseña del objeto de la junta, del acuerdo de la Academia y de los medios que ha creído oportuno

emplear para llevarlo á cabo; concluída la cual, y hallándose sobre la mesa los títulos originales de pertenencia de dicha casa (que han tenido la cortesía de facilitar los actuales dueños), se leerá la escritura de compra de la misma, hecha por Lope en 7 de septiembre de 1610, y su testamento, otorgado en ella la víspera de su muerte.

9.° Acto continuo se procederá á otorgar una escritura solemne, en que de una parte la Real Academia Española, y de otra los Sres. D. José y D. Epifanio López de Morelle, presentes al acto y dueños actuales de la casa, se comprometen, la primera á conservar y reparar constantemente el monumento colocado á sus expensas en la fachada, y los segundos á consentir y guardar dicho monumento, transmitiendo esta obligación y servidumbre á los futuros poseedores de la finca por compra ó herencia, así como también, en caso de ruina ó demolición, á continuar á la Academia el derecho de reconstruirle en el nuevo edificio.

10. Por último, después de leerse el romance biográfico de Lope, escrito por el Académico D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que se insertará en el acta de aquella junta, y de leerse asimismo algunas otras composiciones alusivas, si se presentaren, escritas por individuos de la Academia, el señor Director y el señor Alcalde-Corregidor saldrán á los balcones de la casa y descorrerán la cortina que ha de cubrir hasta entonces el monumento: con lo cual se dará por terminado el acto, y el señor Director declarará concluída la junta de aquel día.

11. Una música militar, colocada en la calle delante de la casa, solemnizará el acto, dando á entender de este modo, natural y sencillo, que dentro de aquel modesto edificio se está rindiendo justo tributo á la memoria de uno

de los más insignes varones que registra la rica historia de las letras españolas.

12. La fachada de la casa estará convenientemente decorada é iluminada aquella noche.

13. Tan pronto como este dictamen obtenga, si lo merece, la aprobación de la Academia, nombrará el señor Director una Comisión, que quedará desde luego autorizada para llevar á cabo el acuerdo.

Madrid 9 de octubre de 1862.—Ventura de la Vega.—Ramón de Mesonero Romanos.—Juan Eugenio Hartzenbusch.—Antonio Ferrer del Río.—Cándido Nocedal.

Número IV.

Acta.

El martes 25 de noviembre de 1862 se reunió la Academia para celebrar junta pública extraordinaria en la antigua calle de Francos, hoy de Cervantes, y dentro de la casa núm. 15 moderno, donde vivió y murió Frey Lope Félix de Vega Carpio, siendo de propiedad suya. Por indisposición del Excmo. Sr. Duque de Rivas, presidió la junta, como Académico más antiguo, el Ilmo. Sr. D. Eusebio María del Valle, con asistencia de los Académicos siguientes: Excmo. Sr. Marqués de Molíns, Excmo. Sr. Don Ventura de la Vega, Excmo. Sr. Marqués de la Pezuela, Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos, Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, Sr. D. Antonio María Segovia, Ilustrísimo Sr. D. Fermín de la Puente y Apecechea, Señor D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, Excmo. Sr. Don Leopoldo Augusto de Cueto, Sr. D. Manuel Cañete, señor D. Manuel Tamayo y Baus, Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe

Monlau, Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal, Sr. D. Francisco Cutanda, Sr. D. Juan Valera, Sr. D. Antonio García Gutiérrez, y yo D. Antonio Ferrer del Río, que, por indisposición del señor Secretario perpetuo y de orden del señor Presidente, hice de Secretario.

Preparado estaba el local de modo de dar cabida al mayor número posible de personas, y de recordar que allí tuvo su morada el varón preclaro á cuya alta fama se iba á rendir el debido homenaje. Todos los tabiques de las habitaciones exteriores se habían derribado para formar un salón corrido, con tantos sillones como debía ser el número de asistentes y convidados, y con cuatro hileras de sillas á fin de que el público estuviera asimismo representado en tan solemne ceremonia. Á la cabecera del salón estaba la mesa presidencial, y encima el retrato de Lope de Vega que posee la Biblioteca Nacional, y es auténtico sin duda alguna. Por toda ornamentación se veían cuatro colgaduras de damasco, otras tantas cornucopias de sencilla apariencia y una alfombra, no de lujo, para dar idea cabal de la decorosa modestia del antiguo y célebre morador de aquella estancia. Igual carácter presentaban su oratorio con la correspondiente mesa de altar y un cuadro de la Purísima Concepción de la Virgen María, de cuyo misterio fué especialísimo devoto, y su alcoba con una cama decentemente colgada, y puesta en el mismo sitio donde exhaló el último aliento.—Por disposición de la Academia se había también formado un jardinillo en el ya reducido espacio que se conserva del más extenso y ocupado antes por el huerto, que el inmortal poeta regaba con sus propias manos. Dos grandes lienzos habían fijado los actuales poseedores de la casa: uno á la entrada del portal y sobre la derecha, con apun-

tes biográficos del Fénix de los Ingenios y noticia de la época en que la finca dejó de pertenecer á sus descendientes, y otro en la pared que da frente á la escalera con estas solas palabras: *Á Lope de Vega.*

Teniendo al Excmo. Sr. Corregidor á la derecha y al señor Capellán mayor de la Congregación de Presbíteros naturales de Madrid á la izquierda, el señor Presidente abrió la junta á la una de la tarde con un breve y oportuno discurso, en el cual empezó por manifestar su sentimiento de que el señor Director no pudiera autorizar con su presidencia la ceremonia, si bien para suplir su falta en la ocasión presente le habilitaba hasta cierto punto la circunstancia de ser hijo de Madrid como el gran poeta, á quien estaba consagrada, al cumplirse el tercer aniversario secular de su nacimiento, según acuerdo unánime de la Real Academia Española y á propuesta del Sr. Don Ramón de Mesonero Romanos. Después hizo una sucinta reseña de los trabajos de la comisión encargada de realizar el acuerdo, compuesta del Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega y de los Sres. D. Ramón de Mesonero Romanos y D. Juan Eugenio Hartzenbusch, á la cual fueron agregados más tarde el Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal y el que escribe la presente acta, á quien será también lícito alegar el título de haber nacido en Madrid, para suplir menos indignamente al Excmo. Sr. D. Manuel Bretón de los Herreros en el cargo de Secretario. Expresando que la sesión pública y extraordinaria tenía por objeto la inauguración del monumento mural dedicado por la Real Academia Española al ilustre Lope de Vega, cuyo elogio hizo en breves y sentidas palabras, se apresuró á encomiar el patriotismo, la buena voluntad, el desinterés y la cortesía con que los actuales dueños de la casa se habían prestado

á cuanto pudiera mejor contribuir al brillo de la ceremonia, en términos de anticiparse á veces y aun de ir más allá de los deseos de la Academia. Y concluyó por hacer presente que, no permitiendo lo reducido del local dar cabida más que á escaso número de personas, la Corporación había atendido á que tuvieran allí representación el pueblo donde Lope de Vega tuvo cuna; la Congregación de Presbíteros naturales de esta villa, de que fué Capellán mayor largo tiempo; la Facultad de Teología y de Letras, por su calidad de Doctor en la primera y de consumado en las segundas; las Academias todas; los poetas líricos y dramáticos, que inspirados por la fe religiosa y el sentimiento de la nacionalidad enlazan al siglo de Lope de Vega el siglo presente, sin desatender el progreso de las luces; los actores, sin cuya cooperación artística no resalta bien el brillo de las producciones del genio, y la prensa periódica, que difunde los conocimientos humanos, y que ahora coadyuvaría á la mayor gloria del inmortal Lope de Vega, llevando noticia á todas partes del tributo pagado á su fama.

De orden del señor Presidente hice relación de lo que debía ocupar á la junta pública y extraordinaria antes de la inauguración del monumento, y en seguida leí la escritura de venta de la casa al adquirirla Frey Lope Félix de Vega Carpio, y su testamento otorgado la antevíspera de su muerte, y dentro de la misma alcoba que estaba á la vista. Celebrada aparece el 7 de septiembre de 1610 la escritura: como vendedor de la casa figura Juan Ambrosio de Leva, mercader y vecino de esta villa; por Lope de Vega fué comprada en precio de nueve mil reales, cinco mil de ellos al contado, y los otros cuatro mil restantes por mitad en los ocho primeros meses siguientes,

cada cuatro meses dos mil reales, con el censo perpetuo anual de mil y cincuenta y cuatro maravedís á favor del Cura y Beneficiados de la iglesia de Santa Cruz de esta corte, siendo Gaspar de Porras, Pedro Meléndez y Antonio de Caira los testigos, y Juan de Obregón el escribano.

Con fecha de 26 de agosto de 1635 está otorgado el testamento, en el cual, después de hacer la profesión de la fe y de encomendar á Dios el alma, Lope de Vega ordena que, difunto su cuerpo, sea vestido con las insignias de la Orden de San Juan y depositado en el lugar de la iglesia que dispusiere el Excmo. Sr. Duque de Sesa, después de decírsele misa cantada de cuerpo presente en la forma que se acostumbraba por los demás religiosos, el mismo día de su muerte, si fuere hora, y si no al siguiente.—Á cargo de los albaceas deja el acompañamiento de su entierro, honras, novenario y demás exequias y misas que se hayan de decir por su alma.—Luego declara que antes de ser sacerdote y religioso, fué casado con Doña Juana de Guardo, que llevó en dote veintidós mil trescientos y ochenta y dos reales de plata doble, y á la cual hizo de arras quinientos ducados, de que era deudor á su hija única Doña Feliciana Félix del Carpio, y así manda que se le paguen de lo mejor de su hacienda.—También declara que su dicha hija estaba casada con Luis de Usátigui, y que la señaló cinco mil ducados de dote, comprendiéndose lo que la tocaba de su abuelo materno, de los cuales nada había satisfecho por estar alcanzado, y también ordena que se paguen de seguida.—Para las mandas forzosas deja cuatro reales, si tienen algún derecho; para los Santos Lugares de Jerusalén, veinte reales; uno para casamientos de doncellas huérfanas, y otro para ayuda á la beatificación de la beata María de la Cabeza.

—Por albaceas nombra al Duque de Sesa, D. Luis Fernández de Córdoba y á Luis de Usátigui, su yerno.—Otra cláusula viene á continuación y en esta forma: «Declaro que el Rey nuestro Señor, Dios le guarde, usando de »su benignidad y largueza, há muchos años que, en re»muneración del mucho afecto y voluntad con que le he »servido, me ofreció dar un oficio para la persona que »casase con dicha mi hija; y porque con esta esperanza »tuvo efecto el dicho matrimonio, y el dicho Luis de Usá»tigui es persona principal y noble, y está muy alcanza»do, suplico á S. M. con toda humildad, y al Excmo. Se»ñor Conde-Duque, en atención de lo referido, honre al »dicho mi yerno, haciéndole merced, como lo fío de su »grandeza.»—Después de pagar lo que deber pudiera y de cobrar lo que le fuere debido, en el remanente de sus bienes nombra por heredera universal á su hija única Doña Feliciana, y designa á la sagrada Religión de San Juan para que lleve lo que le perteneciere según los estatutos, dando por nulo cualquier testamento anterior ó legado, y sólo por válido éste, que otorga ante el Escribano Francisco Morales y los testigos Licenciado D. Felipe de Vergara, médico; Juan de Prado, platero de oro; el Licenciado D. José Ortiz de Villena, presbítero; D. Juan de Solís, y Diego Logroño.

Acto continuo, el Sr. D. José Garamendi, Secretario honorario de S. M. y Notario público de estos Reinos, leyó la escritura que á la sazón otorgaban la Real Academia Española y los actuales poseedores de la citada casa de la calle de Cervantes, y según cuyo texto se obligan, la primera á mantener y los segundos á consentir perpetuamente el monumento mural consagrado á Lope de Vega, cuya escritura firmaron como otorgantes la señora

Doña Josefa Poyatos, sus señores hijos Doña Juana, Don José y D. Epifanio López de Morelle, y todos los señores Académicos antes enumerados. En calidad de testigos firmaron el Excmo. Sr. D. Luis González Brabo, Académico electo; el Excmo. Sr. Duque de Sexto, Corregidor de Madrid; el Excmo. Sr. Duque de Tamames, Teniente de Alcalde; Sr. D. José Moreno Elorza, Síndico, y Sr. D. Camilo García Piñuela, Secretario del Ayuntamiento; señores D. Miguel Cortés del Valle y D. José Losada, de la Congregación de Presbíteros naturales de esta villa; Excmo. Sr. D. Antonio Benavides, Excmo. Sr. D. José Zaragoza y Sr. D. Carlos Fort, de la Academia de la Historia; Sr. D. Juan Montenegro y Sr. D. Eugenio de la Cámara, de la Academia de Nobles Artes de San Fernando; Excmo. Sr. Marqués del Socorro, Sr. D. Frutos Saavedra Meneses y Sr. D. Vicente Santiago Masarnau, de la Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales; Excmo. Sr. D. Lorenzo Arrazola, Excmo. Sr. D. Salustiano Olózaga y Excmo. Sr. D. Modesto Lafuente, de la Academia de Ciencias morales y políticas; Sres. Don Eduardo Palou y D. José Amador de los Ríos, como Decanos de la Facultad de Teología y de la de Letras; en representación de los poetas líricos, los Sres. D. Eduardo Asquerino, Marqués de Auñón, D. Joaquín José Cervino y D. José García; de los poetas dramáticos, los Sres. Don Luis Eguílaz y D. Luis Mariano de Larra; de la prensa periódica, el Excmo. Sr. D. Fernando Corradi; del arte de la declamación, los Sres. D. Julián Romea y D. Joaquín Arjona; y por último, el Sr. D. Ponciano Ponzano, como constructor del monumento que iba á ser inaugurado: tras de lo cual declaró otorgada el Sr. Garamendi en debida forma la escritura.

No habiendo podido asistir por enfermedad el Sr. Don Juan Eugenio Hartzenbusch á la junta, su romance á Lope de Vega fué leído con excelente entonación por el Sr. D. Manuel Cañete, cautivando la atención el ingenio con que están bosquejadas las diversas épocas de la vida del poeta insigne, y encomiadas su alta gloria é imperecedera fama por un hombre del pueblo, mientras se supone la traslación del cadáver desde su casa á la parroquia, y las tiernas palabras de Sor Marcela de San Félix, hija natural de Lope de Vega y monja Trinitaria, con que termina el bien pensado y sentido romance.

Finalmente, se abrieron los dos balcones centrales; y saliendo el Ilmo. Sr. D. Eusebio María del Valle al de la izquierda, y el Excmo. Sr. Duque de Sexto al de la derecha, á las dos y treinta y cinco minutos descorrieron las cortinas de damasco puestas sobre el monumento, ejecutado en mármol por el escultor de Cámara Sr. D. Ponciano Ponzano, cuyo conjunto y cuyos pormenores están ajustados al carácter arquitectónico del primer tercio del siglo XVII, así como el revoque de la fachada del edificio. Debajo del busto de Lope de Vega, esculpido perfectamente y colocado dentro de una especie de hornacina con los títulos de dos de sus comedias, *El mejor Alcalde el Rey* y *El Acero de Madrid*, en los bordes, se ve un medallón elegante y de tamaño proporcionado, con la inscripción siguiente:

AL FÉNIX DE LOS INGENIOS
FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,
QUE FALLECIÓ Á 27 DE AGOSTO DE 1635
EN ESTA CASA DE SU PROPIEDAD,
LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.
AÑO DE 1862.

También apareció restablecida la leyenda que puso Lope de Vega encima de la puerta de la calle:

D. O. M.

PARVA PROPRIA MAGNA:
MAGNA ALIENA PARVA.

Al tiempo de inaugurarse el monumento mural tocó un himno la música de Ingenieros, colocada en frente de la casa. Numeroso público se veía en la calle, á pesar de lo muy desapacible del tiempo, bastando para mantener el buen orden un piquete de guardias civiles veteranos. Entre tanto los dueños de la casa llevaban su galantería al último extremo con levantar el lienzo colocado sobre la pared de en frente de la escalera para descubrir una lápida de mármol negro con la inscripción siguiente:

Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN MEMORIA DE LA SESIÓN PÚBLICA Y EXTRAORDINARIA QUE CELEBRÓ EN ESTA CASA EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DEL PRESENTE AÑO, ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DEL ILUSTRE MADRILEÑO LOPE DE VEGA, CON MOTIVO DE INAUGURAR EL MONUMENTO QUE LE CONSAGRA; LOS SUCESORES ACTUALES EN LA PROPIEDAD, VIUDA É HIJOS DE D. FRANCISCO MARÍA LÓPEZ DE MORELLE, AÑO DE 1862.

Inaugurado el monumento mural á Frey Lope Félix de Vega Carpio, el señor Presidente declaró terminada la junta, de que certifico.

Antonio Ferrer del Río.

Al leerse la presente acta para su aprobación, excusaron la falta de asistencia por motivos legítimos el Excelentísimo Sr. D. Alejandro Oliván, el Ilmo. Sr. D. Tomás

Rodríguez Rubí, Sr. D. Severo Catalina del Amo y señor D. Ramón Campoamor, que asistieron á la junta ordinaria del jueves 27 de noviembre. Varios señores Académicos excusaron asimismo la falta de asistencia, por razones igualmente legítimas, de los Excmos. Sres. D. Mateo Seoane, D. Joaquín Francisco Pacheco, D. Agustín Durán, Marqués de Pidal, D. Nicomedes Pastor Díaz, D. José Caveda y Sr. D. José Joaquín de Mora.

Se hallaban ausentes de Madrid los Excmos. Sres. Conde de Guendulaín, y D. Patricio de la Escosura, y el Ilustrísimo Sr. D. Eugenio de Ochoa.

Por oficios al Presidente de la Comisión, consta que no pudieron asistir los Sres. D. Adelardo López de Ayala y D. José García Luna, en representación de los autores dramáticos el primero, y de los actores el segundo.

Número V.

Escritura de venta de la casa núm. 11 de la calle de Francos, al adquirirla Frey Lope Félix de Vega Carpio.

En la Villa de madrid a siete dias del mes de setienbre de mill e seis cientos y diez años ante mi el escriuano e testigos parescio Joan anbrossio leua mercader vezino desta Villa=Estando presente el dotor aldana Cura propio de la yglesia de santa Cruz y el maestro crespo benefiçiado por sí y en nonbre de los demas benefiçiados de la yglesia de santa Cruz desta Villa=Les dixo que bien saben que el tiene unas casas en esta Villa a la calle que llaman de francos linderos casas de Joan de Prado y otros linderos sobre la qual el dho cura y benefiçiados tienen mill e çinquenta e quatro marauedis y dos gallinas de

censso e renta en cada un año perpetuamente y con el dho cargo tiene tratado de vender las dhas casas a Lope de Vega carpio vezino desta Villa en prescio de nueve mill Reales=que les pide e rrequiere le den lisencia para celebrar la venta de las dhas casas questa presto de pagar la veintena parte con los rreditos corridos hasta el dia de oy e lo pidio por testimonio=El dho cura y benefiçiados dixeron que no quieren la dha cassa por el tanto sino que pagando la veintena parte del prescio de las dhas cassas con los rreditos corridos hasta el dia de oy e otorgandole el dho Lope de Vega carpio escriptura de rreconosçimiento y dandola sacada a su costa y no en otra manera= dixeron que dauan e dieron lisencia e facultad en bastante forma al dho Joan anbrosio Leva para que pueda çelebrar la dha venta en el dicho presçio de los dhos nueve mill rreales=y se dieron por contentos y pagados a su voluntad de trezientos y ochenta e quatro rreales, los trezientos y sesenta por la veyntena parte del dho presçio y rremitieron lo demas y los veinte e quatro rreales por los rreditos corridos hasta el dia de oy por quanto los rresçibieron del dho Joan anbrosio Leva en presençia de mi el dho escriuano e testigos desta carta de que yo el escriuano doi fee que rresçibieron la dha cantidad los dhos cura y benefiçiados en moneda de vellon y otorgaron carta de pago y lisençia en forma bastante como de derecho se rrequiere y es nesçesario para su validacion y lo otorgaron ansi, siendo testigos pedro melendez y lorenço de monterroso y Fran^co^ lopez Zarralde estantes en esta corte y los otorg^s^ que yo el escriuano doi fee conozco lo firmaron. El liçen^do^ Joan martinez de aldana—el liçen^do^ crespo—ante mi Joan de obregon=E yo Jhoan de obregon scriuano del Rey nuestro Señor e perpetuo del nu-

mero de la Villa de madrid y su tierra presente fui y lo signe=En testimonio de verdad=Jhoan de obregon.

Sepan quantos esta publica escriptura de venta y enagenaçion vieren como yo Joan anbrosio leva mercader vecino desta Villa=digo que por quanto por venta judiçial que antel señor alcalde gregorio lopez madera e martin rromero escriuano de prouinçia se hizo estando la corte e consejos en esta Villa de madrid se remato en mi como en mayor ponedor unas casas questan en esta Villa a la calle que llaman de francos linde de casas de Joan de Prado y por parte de abaxo casas de Juan Sanchez alguacil de corte en presçio de setecientos ducados con el cargo de censso perpetuo que sobre ellas tiene el cura y benefiçiados de la yglesia de santa Cruz desta Villa los quales fueron los quinientos ducados dellos de contado y los duçientos rrestantes por otra tanta cantidad que sobre la dha cassa estan fundados a censso a rrazon de catorze la qual venta se hizo a instançia de Pedro de tamayo e yo pague los quinientos ducados conforme al dho rremate a Joan bautista andriano yerno del dho pedro de tamayo como suçesionario y del dotor brauo como consta mas largamente por la dha venta judiçial que en mi fauor se otorgo por el dho señor alcalde Gregorio Lopez madera en esta Villa en diez dias del mes de henero de seisçientos que signada de el dho martin rromero con esta se entregara=de mas de lo qual el dho Joan bautista landriano y doña maria de ayala su muger de mancomun e ynsolidun por escriptura que en mi favor otorgaron en esta Villa en diez y siete de el dho mes de agosto del dho año de seisçientos y ocho rrateficaron la dha venta e se obligaron a la euiçion y saneamiento de la dha casa=y ansi mismo de quitar e rredimir los dhos duçientos ducados de el dho

çensso para que la dha cassa quedase libre dentro de vn año de la fecha della donde no les pudiese executar por los dhos duzientos ducados como mas largamente consta de la dha escriptura que ansi mismo se entregara = y es ansi que en la forma que yo tengo comprado la dha cassa y con la misma eviçion y saneamiento y sin otro alguno tengo tratado de vender la dha casa de suso declarada con el cargo de çenso perpetuo que tiene = a lope de Vega carpio vezino desta Villa por el presçio y de la manera que aqui sera contenido = E poniendolo en efeto = Otorgo e conozco por esta presente carta que vendo y doy en venta rreal por juro de heredad desde agora para siempre xamas al dho Lope de Vega Carpio para el y para sus herederos y succçesores e para quien de vos o dellos vuiere titulo o causa en qualquier manera a saber las dhas casas de suso deslindadas que fueron del capitan Villegas de inunçivay questan en la dha calle de francos desta Villa sobre la qual tiene y le pertenesçe a el dho Cura y beneficiados de Santa Cruz desta Villa mill e çinquenta e quatro marauedis de çensso perpetuo en cada un año con derecho de lisençia e veintena a quien a de haser rreconosçimiento = y por libre de obligacion e ypoteca espeçial ni jeneral que por mi parte se aya ynpuesto despues que tengo y poseo, con todas sus entradas y salidas, usos y costunbres pertenençias derechos y seruidunbres quantas tiene y auer deve y con las que se me vendieron en la dha venta, por presçio e quantia de nueue mill rreales = Pagados en esta manera = Los cinco mill rreales luego de contado en presençia del escriuano e testigos desta carta de cuya paga y entrega yo el escriuano doy fee que en mi presençia e de los dhs testigos el dho Joan anbrosio Leva rescibio del dicho lope de Vega los dichos cinco mill

reales en rreales de plata de a dos y a quatro, y los quatro mill rreales rrestantes pagados dentro de ocho meses primeros siguientes de la fecha desta por mitad en cada quatro meses dos mill rreales de que en casso nesçesario y a mayor abundamiento por quanto se a de obligar en la manera que dha es me doi por entregado sobre que rrenunçio la exçeçion de la no numerata pecunia y leies de la paga. e prueua della y del engaño y las demas que en esta rrazon hablan como en ellas se contiene y otorgo digo e confieso que los dhos nueue mill rreales es el justo presçio e valor de las dhas casas e que no valen mas e que si agora o en algun tiempo mas valen o pueden valer de la tal demasia e mas valor le hago graçia y donaçion pura mera perfeta ynrrebocable quel derecho llama entrebiuos dada e donada luego de presente y rrenunçio la Ley del hordenamiento rreal fecha en las Cortes de alcala de henares que trata sobre las cosas que se conpran e venden por mas o menos de la mitad del justo presçio y los quatro años en ella declarados que tenia para pedir rreçeçion deste contrato y suplimento al justo valor y desde oy dia questa carta es fecha y otorgada en adelante para siempre xamas me aparto de la propiedad y señorio titulo boz e rrecursso y otras açiones rreales e personales que me pertenesçen a la dha cassa y a la eviçion y saneamiento que dellas me hizieron los dhos Joan Bautista Landriano y su muger y liberaçion e redençion de los dhos duçientos ducados de el dho çensso y todo ello se lo çedo rrenunçio e traspasso en el dho Lope de Vega Carpio y en sus herederos y succçesores y le doy poder para que las pueda poseer e tener e hazer dellas a su libre voluntad=E para ello le entrego la dha venta judiçial y escriptura de obligaçion y saneamiento de suso rreferido=y durante y en-

tretanto que por su parte es tomada e aprehendida la dha posesion me constituyo por su ynquilino tenedor e poseedor e me obligo que por mi fecho e casso propio como dho es la dha cassa no tengo vendida enajenada enpeñada obligada ni ypotecada ni en otra manera enaxenada porque lo demas de la eviçion y saneamiento della no e de quedar obligado a cosa alguna mas de la que tiene hecha el dho Joan bautista Landriano y su muger y en quanto a lo demas se la vendo a su rriesgo e ventura porque ansi a sido y es trato e conçierto y de qualquier persona que por mi fecho se la enbargare o pusiere mala voz tomare el pleito y lo siguiere e fenesçere a mi costa é minsion hasta le dexar en paz y en salud con la dha cassa so pena de le pagar lo que por mi parte le saliere yncierto con las costas y daños que se le siguieren e rrecresçieren = E yo el dho Lope de Vega Carpio que presente estoy a lo que dho es aviendo oydo y entendido esta escriptura la acepto en todo e por todo como en ella se contiene e por lo que a mi toca prometo e me obligo con mi persona y bienes muebles e rraizes avidos e por auer de dar e pagar los dhos quatro mill rreales al dho Joan anbrosio leva u a quien su poder huviere en rreales de plata y no en otra manera para desde oy dia de la fecha desta carta en ocho meses cumplidos primeros siguientes en dos pagas en cada quatro meses dos mill rreales por la caussa e rrazon de suso rreferida de que siendo nesçesario y a maior abundamiento me doy por contento y entregado a mi voluntad e rrenuncio la exçeçion de la no numerata pecunia y leyes de la paga e prueua della y del engaño y las demas que en esta rrazon hablan como en ellas se contiene = puestos e pagados los dhos quatro mill rreales en la manera que dha es en esta Villa de madrid en cassa

y poder del dho Joan anbrossio leva y de quien su poder huviere a mi costa e rriesgo=y para mas seguridad de los dhos quatro mill rreales ypoteco por tazita y espresa ypoteca sin que la obligaçion general derogue ni perjudique a la espeçial ni por el contrario las dhas casas de suso declaradas y deslindadas que por esta escriptura el dho Joan Anbrosio leva me vende para que no las pueda vender dar donar trocar canbiar ni en otra manera enaxenar hasta tanto que aya pagado los dhos quatro mill rreales i la uenta i enaxenaçion que de otra manera se hiziere sea en si ninguna y de ningun valor y efeto ademas de caer e yncurrir en el delito destalionato y si para los dhos plaços no vuiere dado e pagado los dhos quatro mill rreales y estuviere o rresidiere fuera desta corte pueda el dho Anbrosio leva ir o enbiar una persona a qualquiera de las dhas pagas con salario de quinientos maravedis por cada vn dia que en la cobranza se ocupare ansi de yda estada y buelta contando a rrazon de ocho leguas por dia los quales nos obligamos de pagar á la tal persona la qual quiero sea creyda por solo su juramento sin otra prueua ni diligençia alguna de que le rrelieuo por los dias que en la dha cobrança se ocupare y por los dhos salarios quiero ser executado como por el principal =E para lo ansi guardar e cunplir cada vna de nos las dhas partes por lo que a cada vno toca de guardar y cunplir obligamos nuestras personas e bienes muebles e rraizes avidos e por auer y damos poder cunplido a qualesquier Juezes e Justiçias de su magestad a cuya juridicion nos sometemos i espeçialmente y por especial sumision yo el dho Lope de Vega Carpio me someto al fuero e juridicion de los señores alcaldes de la Cassa y Corte de su magestad corregidor y su lugarteniente desta Villa de

madrid y a cada uno ynsolidun para que por todo rigor de derecho e via executiua nos conpelan e apremien al cumplimiento e paga de lo que dho es como si esta escriptura fuese sentençia definitiua de Juez conpetente pasada en cossa juzgada e rrenunçiamos nuestro fuero juridiçion y domicilio y la ley sit convenerid de juridiçione onivm judicun y las demas leyes fueros y derechos de nuestro fauor con la ley e derecho que dize que general rrenunçiaçion de leyes fecha non vala. En testimonio de lo qual otorgamos esta carta en la manera que dha es ante escriuano publico e testigos yuso escriptos que fué fecha e otorgada en la Villa de madrid a siete dias del mes de setienbre de mill e seisçientos y diez años siendo testigos gaspar de Porras y Pedro melendez y Antonio de Çayra vezinos y estantes en esta Villa y los otorgantes que yo el escriuano doi fee conosco lo firmaron de sus nombres =Joan anbrosio Leua=Lope de Vega carpio=Ante mi Joan de obregon=E yo Jhoan de obregon Scriuano del Rey nro S.r e publico del numero de la Villa de madrid y su tierra presente fui a lo que dho es e lo hize sacar para titulo de la venta de Lope de Vega Carpio y lo signe=En testimonio de verdad=Jhoan de obregon (1).

Número VI.

Lope de Bega: exsemption de la casa que tiene en la calle de ffrancos.

Don phelipe tercero deste nombre por la gracia de Dios Rey de Castilla, de leon de aragon de las dos Siçi-

(1) Parece excusado advertir que este documento y los tres siguientes van impresos (en lo posible) con la ortografía de los originales, que forman parte de los títulos de la casa que fué de Lope, y existen en poder de los dueños actuales de ella, los Sres. D. José y D. Epifanio López de Morelle.

lias de Ihm. de portugal de nauarra de Granada de toledo de Valençia de Galiçia de Mallorcas de Seuilla de cerdeña de cordoba de corçega de murçia de Jaen de Los algarues de algeçira de gibraltar delas yslas de canaria delas yndias orientales y ocidentales, yslas y Tierra firme del mar oceano Senor de vizcaya y de molína &.ª

Por quanto he ssido ynformado que si concediesse exsemption perpetua de huespedes de apossento para todo lo que se labrare enlas cassas que llaman de maliçia e yncommoda partiçion dela villa de madrid quedando con la carga que agora tienen de pagar lo que les esta rrepartido por el primer repartimiento que se hizo por la terçia parte delos alquileres con que contribuyen para ayuda al aposento delos ministros y criados mios y delos serenissimos principe é ynfantes mis muy caros y muy amados hijos los dueños dellas se ynclinarian amejorarlas ensancharlas y hedificarlas con cuyos hediffiçios se ennobleçeria la dicha villa y quedaria mas seguro lo que pagan para el apossento pues muchas que estan flacas y que con façilidad se podrian caer se asegurarian conlos hediffiçios y se ensancharia la poblaçion dela labor y juntamente conello se podria sacar alguna summa de dinero para socorro delas necesidades que seme offreçen sim perjuyçio alguno antes dandolo los dueños delas dichas cassas de su voluntad por la mrd. que reçiuirian enla dha. exsemption y por parte deuos Lope de bega carpio familiar del sancto (1) offiçio dela ynquisiçion y veçino dela

(1) Al pie de la plana que principia con esta palabra, se halla la nota siguiente:

Como Arquitecto de esta Visita, declaro que las líneas de este Privilegio componen cinco mill, y trescientos pies quadros superficiales. Madrid 3 de Julio de 1753.= Joseph Ygnacio Gutierrez.

dicha villa de madrid seme a supplicado os hiçiesse mrd. de conçederos exsemption perpetua para vna cassa que teneis enella enla calle de francos que primero fue de los herederos del capitan villegas la qual tiene de delantera çincuenta y tres pies y de ondo çiento y es todo al ancho de la delantera dela dha. calle y los ediffiçios y viuienda que enla dha. cassa ay son vn caguan sala y alcoba y coçina y vn oratorio pequeño todo doblado de bobedillas y vn corral que tiene vn cobertizo que sirue de palomar atexabana y seruiçio de desuanes bajos atexabana y linda por vna parte concassas de juan de prado y dela otra con casas del aguaçil Juan sanchez de que pagais quatro mill y quinientos mrs. dela dicha terçia parte y que por la dicha exsemption me seruiriades con lo que fuese justo Y VISTO en mi consejo de hazienda e ynformado dela calidad y sitio dela dicha cassa y hechola medir se concerto conuos de os conçeder la dha. exsemption y libertad perpetua enella assi enlo que teneis labrado como enlo que de nuebo se labrare y acrecentare siruiendome con setenta y çinco mill mrs. pagados en dos años y dos pagas por mitad que corren desde quatro de diçiembre del año passado de mill y seis çientos y doçe y quedando á vuestro cargo la paga delos dhos. quatro mill y quinientos mrs. dela dha. terçia parte con que lo que se labrare enla delantera dela dha. cassa aya de ser guardando enla traça y labor la órden general que esta dada con declarazion que no seos a de apremiar en ningun tiempo á que agais la dha. labor porque a de quedar a vuestra voluntad y delos que subçedieren enla dicha casa labrar quando quisieredes y quisieren y que si vos oel dueño que fuere della agora o en algun tiempo compraredes o adquirieredes junto aella algunas otras cassas apossentos o corrales por

pequeños que sean que no estuvieren exsentos no los podais ni puedan yncorporar conel que queda exsento y preuillegiado sino fuere manifestandolo primero quelo yncorporeis alas justiçias dela dha. villa de madrid y alos apossentadores que tienen o tuvieren los libros del apossento de mi cassa y corte para que tomen la rrazon dello y den çertificaçion de lo que asi se manifestare sopena que por el mismo casso pierdan otro tanto del aposento que queda exsempto y preuillegiado por esta carta como fuere lo que assi se yncorporare enel sin haçer la dicha manifestaçion y los dichos apossentadores sean obligados atomar luego la rraçon y dar la dicha çertificaçion sin dilazion ni lleuar porello derechos algunos y auiendo vos el dho. lope de bega carpio aceptado el dicho conçierto como esta dho. os obligasteis de pagarme los dhos setenta y çinco mill mrs. á los dichos placos hipotecando ala seguridad dello la dicha cassa y la escriptura que dello otorgastes quedo en poder de don fauian de monrroy Cauallero dela orden de alcántara mi Thesorero general de que os dio çertificaçion en siete de diçiembre del dicho año de mill y seis çientos y doçe dela qual se tomo la rraçon por el contador del libro de caxa y los de la rraçon de mi real hazienda que para satisfaçion de vos el dho Lope de bega carpio he mandado yncorporar en este preuillegio y es del thenor siguiente.

Yo don fauian de monrroy Cauallero del auito de alcantara Thesorero general del Rey nro. señor certifico que queda en mi poder vna obligacion que otorgo lope de bega carpio familiar del sancto officio vezino desta villa ante melchor Bazquez moran escriuano de su mag.[d] su criado y official en la secretaria de su rreal hazienda en quatro de diçiembre deste presente año de pagar á su ma-

gestad o a su Thesorero general en su nombre o a quien por su magestad fuere mandado setenta y çinco mill mrs. en dos años y dos pagas por mitad quela primera comiença desde quatro de diçiembre passado deste año puestos enesta villa enlas arcas de tres llaves de su magestad en reales de contado con ynteruençion de los señores contadores (1) de la racon dela rreal Hazienda que tienen las llaues dellas. Con salario de quinientos mrs. ala persona que entendiere enla cobrança por la mrd. que su magestad le a hecho de mandar dar preuillegio de essemption perpetua de huespedes de corte y de otros en vna cassa del susodicho que tiene enesta villa enla calle de francos que solia ser delos herederos del capitan villegas que tiene de delantera çinquenta y tres pies y de ondo çiento linde de juan de prado y del aguacil Juan sanchez alas quales les esta repartido de terçia parte quatro mill y quinientos mrs. Cada año que quedan cargados enellas para el dicho hefeto y con hipoteca especial dellas y desta çertificaçion an de tomar raçon el señor contador del libro de caxa de la hazienda de su magestad y los dichos señores contadores dela rrazon della. fecha en madrid a siete dias del mes de diçiembre de mill y seis çientos y

(1) En la margen de la plana que principia con estas palabras, se halla lo que sigue:

Nota. Las casas contenidas en este privilegio junto con otras imediatas á ellas estan ypottecadas á la seguridad de un censo de catorce mil rs. de principal que con réditos de dos y medio por ciento á el año ympusieron D. Fernando Martinez de Huete y D.ª Antonia Sanchez Recuero su muger dueños de ellas en favor del Pattronato y Obras pias que fundaron Pedro Suarez de Toledo y D.ª Leonor de Esttrada su muger por escritura que otorgaron anttemi en este dia. Y para que conste yo Juan Villa y Olier escribano de S. M. y del número de esta Villa pongo esta nota que firmo en Madrid á catorze de Abril de mil setecientos setenta y siette.=Juan Villa y Olier.

doçe años. don fauian de monrroy. En treynta y vno de diçiembre de mill y seis çientos y doçe años. tome la rraçon miguel de ypenarieta. Tomo la rraçon Antonio gonçalez de legarda. tomo la rraçon juan munoz descobar.

Y APROUANDO como por la presente apruebo. El dicho conçierto mando se guarde y cumpla segun y dela manera que esta referido por los dichos setenta y çinco mill mrs. delos quales amayor abundamiento no embargante que no son cumplidos los dichos plaços para que este conçierto quede del todo perfeto me doy por contento y pagado y porque la paga de presente no pareçe derogo la ley dela non numerata pecunia prueba y paga y las demas que eneste casso hablan como enellas se contiene y yo y los Reyes mis subçessores no permitiremos ni permitiran que agora ni en tiempo alguno se vaya contra lo susodho. sino que perpetuamente para siempre jamas os conçedo preuillegio y exsemption perpetua de huespedes de apossento enla dha. cassa de suso declarada para que enella ni enlo labrado ni edificado ni enlo que de nuebo se labrare y hedificare y acrecentare vna y muchas veçes por vos el dicho lope de bega carpio o porqualquier de vros. subcessores vniuersales y particulares enqualquier manera para siempre jamas no os puedan ser echados enla dicha cassa ni em parte alguna della huespedes de apossento de corte contra vra. voluntad ni gente de guerra aunque sea por cassa publica de mayor ymportancia que se pueda penssar ni por faltar cassas de apossento ni por otra qualquier cossa ymaginada o por ymaginar ni por venida y estada de Rey principe o ynfante ala dicha villa ni otra qualquier perssona de qualquier calidad dignidad preheminençia y condicion que sean porque en ningun

tpo. ala dha. cassa y sitio della que esta dho. no an de ser hechados los dichos huespedes antes a de quedar y queda la dicha cassa y sitio della con todo lo labrado y por labrar y que se labrare segun dho. es libre de todo genero de huespedes de apossento. Y se declara que aunque la corte se mude dela dicha villa por algun tiempo o para siempre jamas ni por otra rraçon ni caussa alguna ymaginada o por ymaginar yo nilos Reyes mis subcessores no an de ser obligados aos voluer ni a vros. herederos los dichos setenta y cinco mill mrs. ni parte alguna dellos ni lo que ouieredes gastado ó gastaredes enla labor porque tan solamente lo emos de estar para que se guarde lo contenido en esta carta sobre lo tocante ala dha. exsemption y preuillegio della Y DECLARO que esta mrd. no bale ni puede valer mas quelos dichos setenta y cinco mill mrs. y si mas vale y valer puede dela tal demassia os hago graçia y donaçion perfeta ynrrebocable que el derecho llama entre viuos por algunos seruicios que me aueis fecho de mayor remuneraçion de cuya prueba os rreliebo y aunque la dicha exsemption y mrd. no balga tanto como montan los dhos. setenta y çinco mill mrs. conque me seruis no aueis de tener acion ni vuestros herederos ni quien subçediere en la dha. cassa de pedirlo emtiempo alguno ni poralguna manera porque de vra. voluntad y graciossamente lo aueis offrecido y querido seruirme con ello para ayuda alas necesidades que de presente tengo y encargo al serenissimo principe mi muy caro y mi amado hijo y mando alos ynfantes prelados duques marqueses condes ricos hombres priores delas ordenes comendadores y subcomendadores alcaydes delos castillos y cassas fuertes y llanas y alos del mi consejo presidentes y oydores delas mis audiençias Alcaldes

y alguaçiles de mi cassa y corte y a todas las demás Justiçias y ministro de guerra destos mis reynos y al mi apossentador mayor y demas apossentadores de mi cassa y corte que guarden y hagan guardar auos el dicho lope de bega carpio y a vuestros herederos y a quien de vos o dellos ouiere titulo o caussa para siempre jamas esta carta de exsemption y preuillegio y contra el tenor della no passen ni consientan yr ni passar y alos dhos. apossentadores que tienen otubieren los libros del apossento que no hechen ni consientan echar enla dha. cassa y enlo que se hedificare enella y enel dicho sitio huespedes de apossento de corte y guerra para siempre jamás y lo noten ansi en los dichos libros quedando solamente conla dha. carga de los dhos. quatro mill y quinientos mrs. dela dha. terçia parte conque sila corte se mudare de madrid el tiempo que estuviere fuera della nolos aueis de pagar ni parte alguna dellos todo lo qual es mi voluntad que asi se haga y cumpla sim embargo de quales quier leyes prematicas y cedulas que se an dado sobre lo tocante al apossento de mi corte y otra qual quier cossa que aya y pueda auer en contrario que para en quanto aesto toca y por esta uez dispenso contodo ello quedando en su fuerza y vigor para en lo demas adelante y mando alos fiscales anssi de mi consejo como de todos los demas tribunales que agora son y adelante fueren y aqualquier dellos que si vos el dho. lope de bega carpio y vros. herederos y subcessores enla dicha cassa quisieredes y quisieren que salgan ala defenssa desta exsemption contra qualquier quelo quisiere contra decir entodo o emparte lo hagan y sigan entodas ynstançias el pleyto contestado o no y que en casso que de hecho os sean hechados huespedes nolos admitais ni seais obligados alos rreciuir sin caer porello em-

pena alguna porque la dha. cassa a de ser libre de apossento de corte y guerra para siempre jamas y los vnos ni los otros no hagais cossa en contrario por alguna manera so pena dela mi mrd. y de diez mill mrs. para mi camara delo qual mande dar y di la presente escripta empergamino y sellada con mi sello de plomo pendiente enfilos de seda de colores y librada del presidente y los del mi consejo de hazienda y contaduria mayor della alos quales mando que hagan assentar el traslado desta mi carta de preuillegio enlos libros delo saluado que ellos tienen y que sobre escripto este de como se hiço os le buelban de que an de tomar la rraçon los dichos apossentadores y el contador miguel Salmeron que tiene la quenta y raçon de lo que procede dela terçia parte que se rreparte para el apossento alas dhas. cassas de maliçia e yncomoda partiçion. Dada en el pardo a catorze de Hebrero de mil y seis çientos y treçe.=Yo el Rey. (Siguen firmas y notas.)(1)

Número VII.

Don Phelipe por la graçia de dios Rey de castilla. de leon. de aragon. delas dos sicilias. de Jerusalem. de portugal. de nabarra. de Granada. de toledo. de Valençia. de galiçia. de mallorcas. de sebilla. de cerdeña. de cordoba. de corcega. de murçia. de Jaen. delos algarbes. de algeçira. de gibraltar. delas yslas de canaria. delas yndias orientales. y ocidentales. yslas y tierra firme del mar Oceano. Archiduque de austria. duque de borgoña. de brabante y milan. Conde de flandes de aspurg y de barcelona. señor de bizcaya y de molina. etc.ª A bos lope

(1) Este documento y el siguiente no fueron leídos en la sesión.

de bega carpio vezino desta billa de madrid sabed que yo mande dar. y di para el presidente. y los del mi consejo de hazienda. y contaduria mayor della. dos mis cedulas firmadas de mi real mano despachadas. La una por mi consejo de camara refrendada de tomas angulo mi secretario. Y la otra por el dho. mi consejo de hazienda refrendada de pedro de contreras. ási mismo mi secretario questan asentadas en los libros de la razon de mi real hazienda que son del thenor siguiente.—El Rey=presidente y los del nro. consejo y contaduria mayor de hazienda yo os mando que libreis al prior frayles y conbento del monasterio de santa cruz dela çiudad de segobia de la horden de santo domingo treinta mill mrs. en cada uno de dos años este pressente de seisçientos y honze y el benidero de seisçientos y doçe de que nos le hacemos mrd. y limosna para ayuda. de su sustento. tomando la razon desta nra. cedula Juan ruiz de belasco nro. criado. fha. en madrid *a primero de junio de mill y seis çientos y honçe años.* Yo el rey. por mandado del rey nro. señor tomas de angulo. tomo la razon Juan ruiz de belasco.—El rey: presidente y los del mi consejo de hazienda y contaduria mayor della sabed que por una mi cedula de primero de junio pasado deste año de mill y seisçientos y honçe despachada por mi consejo de camara hiçe mrd. y limosna al prior. frayles y conbento del monesterio de santa cruz dela çiudad de Segobia. dela horden de santo domingo. de treinta mill mrs. por este dho. año y otros treinta mill por el benidero de mill y seisçientos y doçe para ayuda a su sustento. y os mande se los librasedes donde los pudiesen cobrar segun mas largo enla dha. mi cedula se contiene. y porque mi boluntad es que tenga cumplido efeto. por la presente os mando que la beais

guardeis y cumplais entodo y portodo como enella se declara. y en su cumplimiento libreis en quales quier fincas de mis alcabalas tercias y otras rentas donde lo aya desenbarazado y en corridos de juros. que ayan pertenecido o pertenezcan a mi real hazienda no enbargante. questen reserbados y en cosas estrahordinarias. de que ay o hubiere razon en mis libros della al dho. prior. frayles y conbento del dho. monesterio de santa cruz de segobia. los dhos. treinta mill mrs. encadauno delos dhos. dos años que an de haber por la razon susodha. y para la cobranza dellos les dareis los despachos necesarios en la forma que conbenga solamente en virtud dela dha. mi cedula de primero de junio deste año y desta sin otro recaudo alguno. y si los dhos. mrs. no cupieren en la parte donde una bez se los libraredes se los bolbereis alibrar en otras delas dhas. cosas donde quepan. que yo lo tengo asi por bien fha. en san lorenzo *a treinta de jullio de mill y seisçientos y honze años*. yo el rey. por mandado del rey nro. s.or pedro de contreras. Y aora por parte del dho. monesterio me fue suplicado le mandase librar los dhos. sesenta mill mrs. en parte donde con brebedad los cobrase y bisto por el presidente y los del dho. mi consejo de hazienda y contaduria mayor della fue acordado que aquenta dellos se librasen enbos quatro mill nobezientos y nobenta y ocho mrs. para que se los pagueis delos treinta y siete mill y quinientos mrs. questais obligados a me pagar en mis arcas de tres llabes al mi thesorero general oala persona que por mi os fuere mandado para quatro de diçiembre deste ano de seisçientos y trece por la mitad y primera paga de setenta y çinco mill mrs. conque me serbis por la mrd. que os hiçe de mandar os dar prebillegio de esençion perpetua de huespedes de corte y otros

en vnas casas que teneis enla calle de francos quedando como quedan cargados en ella la paga de quatro mill y quinientos mrs. que os estan repartidos por la terçia parte de aposento que tenia. E yo tubelo por bien y os mando que luego que sea pasado el dho. dia quatro de diçiembre deis y pagueis alos dhos. prior frayles y conbento del monesterio de santa cruz de segobia los dhos. quatro mill nobeçientos y nobenta y ocho mrs. y tomando su carta de pago ó de quien su poder hubiere. Conla qual y esta mia de libramiento abiendo tomado la razon della don fabian de monroy mi thesorero general y miguel de ypenarieta. contador del libro de caja de mi hazienda seran bien dados y pagados y no seos bolberan apedir otra bez agora ni en tpo. alguno y si luego que sea pasado el dicho plazo no selos dieredes y pagaredes mando a qualesquier mis Juezes y Justiçias destos mis reynos y señorios acadauno en su jurisdiçion os conpelan y apremien aello por todo rigor de derecho y bia ejecutiba la mas brebe y sumaria que de derecho hubiere lugar, haziendo y mandando hazer en buestra persona y bienes todas las ejecuçiones prisiones bentas tranzes y remates de bienes que conbinieren de se hazer como por mrs. de mi haber asta que con efeto selos ayais pagado con mas el salario dela persona que con poder delos dhos. prior frayles y conbento del dho. monesterio asistiere ala cobrança dellos de todo el tpo. que dilataredes la paga arazon de quinientos mrs. al dia. con mas las costas procesales que se causaren enella con declarazion que si al tpo. quela dha. persona entendiere enla dha. cobrança obiere otra o otras con salario contra bos ala delos mrs. restantes que me debeis pagar al dho. plazo sean de repartir pro rata entre todos los dhos. quinientos mrs. segun la cantidad que ca-

dauno vbiere de cobrar debos que yo por la presente ago çiertos sanos seguros y de paz los bienes que por esta razon fueren bendidos y rematados alas personas quelos compraren y en quien se remataren para agora y siempre jamas y no agais cosa en contrario que asi es mi voluntad dada en madrid a tres dias del mes de marzo de mill y seisçientos y treze años. (Siguen firmas y notas.)

NÚMERO VIII.

Copia del testamento de Frey Lope Félix de Vega Carpio.

En el nombre de Dios nuestro Señor amen. Sepan los que vieren esta scriptura de testamento y vltima voluntad como yo Frey Lope Félix de Vega Carpio presuitero de la sagrada rrelixion de San Juan estando enfermo en la cama de enfermedad que Dios nuestro Señor fue servido de me dar y en mi memoria juicio y entendimiento natural creyendo y confesando como verdaderamente creo y confieso el misterio de la santisima Trinidad Padre hixo y Spiritu santo que son tres personas y un solo Dios verdadero y lo demas que crehe y enseña la santa madre yglesia catholica rromana y en esta fe me huelgo hauer uiuido y protesto uiuir y morir y con esta ynbocacion diuina otorgo mi testamento desapropiamiento y declaracion en la forma siguiente ——————————

Lo primero encomiendo mi alma a Dios nuestro Señor que la crio y hiço a su ymagen y semexança y la rredimio por su preciosa sangre al qual suplico la perdone y lleue a su santa gloria para lo qual pongo por mi yntercesora á la sacratisima Virgen maria conceuida sin pecado original y a todos los santos y santas de la corte del

cielo y difunto mi cuerpo sea restituido a la tierra de que fue formado.————————————————

Difunto mi cuerpo sea bestido con las ynsignias de la dha. rrelixion de San Juan y sea depositado en la yglesia lugar que hordenare el Exmmo Señor Duque de Sesar mi señor y pagase (1) los derechos.————————————————

El dia de mi muerte si fuere ora y sino otro siguiente se diga por mi alma misa cantada de cuerpo presente en la forma que se acostumbra con los demas Relixiosos= Y en quanto al acompañamiento de mi entierro onrras nouenario y demas osequias y misas de alma y rreçadas que por mi alma se an de decir lo dexo al parecer de mis albaceas o de la persona que lixitimamente le tocare esta disposicion. ————————————————

Declaro que antes de ser sacerdote y rrelixioso fui casado segun orden de la santa madre Iglesia con Doña Juana de guardo hixa de Antonio de guardo y Doña Maria de collantes su muger difuntos vecinos que fueron desta uilla y la dha. mi muxer trajo por dote suyo a mi poder veinte y dos mill trescientos y ochenta y dos rreales de plata doble e yo la hice de arras quinientos ducados de que otorgue scriptura ante Juan de Pina y dellos soy deudor a Doña Pheliciana felix del carpio mi hixa vnica y de la dicha mi muger a quien mando se paguen y rrestituian de lo mexor de mi hacienda con las ganancias que le tocare=Declaro que la dicha Doña Pheliciana mi hixa esta casada con Luis de Vsatigui vecino desta uilla y al tiempo que se trato de dho. casamiento le ofreci cinco mill ducados de dote conprendiendose en ellos lo que a la dicha mi hixa le tocase de su abuelo materno y

(1) ¿Será *páguense*?

dellos otorgo (1) scriptura ante el dicho Juan de Pina a que me rremito y respecto de hauer estado yo alcançado no e pagado ni satisfho por quenta de la dicha dote marauedis ni otra cosa alguna aunque e cobrado de la herencia del dicho mi suegro algunas cantidades como parecera de las cartas de pago que a (2) dado = mando se les paguen los dichos cinco mill ducados.——————

A las mandas forçosas si algun derecho tienen les mando quatro reales.——————

A los lugares santos de Jerusalem mando Veinte reales = y para casamiento de doncellas guerfanas vn real = y para ayuda á la beatificacion de la beata Maria de la caueça otro rreal y para cumplir y pagar este mi testamento y declaracion nombro por mis abaceas al dicho Exmo Señor Duque de sesar Don Luis fernandez de Cordoua y luis de Vsategui mi yerno y a qualquiera de los dos ynsolidun a los quales con esta facultad doy poder para que luego que yo fallezca vendan de mis bienes los necesarios y cunplan este testamento y les dure el tiempo necesario avnque sea pasado el año del albaceasgo.——————

Declaro que el Rey nuestro señor Dios le guarde usando de su benignidad y largueça a muchos años que en rremuneracion del mucho afecto y voluntad con que le e seruido = me ofrecio dar vn oficio para la persona que casase con la dicha mi hixa conforme a la calidad de la dicha persona y por que con esta esperança tubo efectto el dicho matrimonio y el dicho luis de Vsatigui mi hierno es hombre principal y noble y esta muy alcançado su-

(1) ¿Será *otorgué*?

(2) Parece que debe ser *he*.

plico a Su magestad con toda vmildad y al Exmo. Señor Conde Duque en atencion de lo rreferido onrre al dho. mi hierno haciendole merced como lo fio de su grandeça—

Cobrese todo lo que paresciere me deuen y paguese lo que lixitimamente paresciere que yo deuo————————

Y cumplido en el rremanente de todos mis vienes derechos y acciones nonbro por mi heredera vnibersal á la dicha Doña feliciana felix del carpio mi hixa vnica y en quanto a los que pueden tocar á la dicha sagrada rrelixion de san Juan tambien cunpliendo con los esttatutos della nombro a la dha. sagrada rrelixion para que cada uno deue (1) lo que le perteneciere————————

Reuoco y doy por ningunos y de ningun efectto todos y qualesquier testamentos cobdicilios desapropiamientos mandas legados y poderes para testar que antes deste aya hecho y otorgado por scripto de palabra y en otra cualquier manera para que no ualgan ni hagan fee en juicio ni fuera del salbo este que es mi testamento declaracion y desapropiamiento el qual quiero y mando se guarde y cunpla por tal o como mexor aia lugar de derecho y lo otorgo ansi ante el scriuano del numero y testigos de yuso scriptos En la Villa de madrid a veinte y seis dias del mes de agosto año de mil seiscientos y treinta y cinco. E yo el scriuano doy fe conozco al dicho Sr. otorgante y a lo que paresció estaua en su juicio y entendimiento natural y lo firmo testigos el Sr Joseph digo Phelipe de Vergara medixo (2) y Juan de prado platero de oro y el licenciado Joseph ortiz de Villena presuitero y Don Juan de Solis y Diego de logroño residentes en esta corte=y tambien lo

(1) Parece que se debe de leer *lleve*.

(2) Probablemente *médico*.

firmaron tres de los testigos=Frey Lope Felix de Vega Carpio=el licenciado Don Phelipe de Vergara=Don Juan de Solis=el licenciado Joseph hortiz de Villena=ante mi Francisco de Morales

(Sigue la nota en que el escribano Manuel Martín de Uriarte da fe de ser cierto y verdadero el traslado que antecede, y lo firma á 4 de Julio de 1674.)

Número IX.

Copia simple del convenio entre la Real Academia Española y los dueños de la casa calle de Francos antes, y ahora de Cervantes, número 15 nuevo, 11 antiguo, manzana 227, para la colocación y permanencia perpetua en la fachada de dicha casa de un monumento dedicado á la memoria de Frey Lope Félix de Vega Carpio.

Número cuatrocientos cincuenta y nueve.=En la heróica villa y corte de Madrid, á veinticinco de noviembre de mil ochocientos sesenta y dos, siendo las dos de la tarde, y en la casa situada en ella, y su calle llamada antes de Francos, hoy de Cervantes, señalada con el número quince nuevo, once antiguo, de la manzana doscientas veintisiete, en la que vivió y falleció Frey Lope Félix de Vega Carpio, previo acuerdo y convocatoria, se reunieron, de la una parte la Real Academia Española en junta pública y solemne, á que concurrieron los señores Académicos siguientes: el Ilmo. Sr. D. Eusebio María del Valle, el Excmo. Sr. Marqués de Molíns, el Excmo. Señor D. Ventura de la Vega, el Excmo. Sr. Marqués de la Pezuela, el Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos, el Excelentísimo Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, el Sr. D. Anto-

nio María Segovia, el Ilmo. Sr. D. Fermín de la Puente y Apecechea, el Sr. D. Antonio Ferrer del Río, el Sr. Don Aureliano Fernández-Guerra, el Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, el Sr. D. Francisco Cutanda, el señor D. Manuel Cañete, el Sr. D. Manuel Tamayo y Baus, el Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau, el Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal, el Sr. D. Juan Valera, el Sr. D. Antonio García Gutiérrez, vecinos de esta corte; y de la otra, la señora Doña Josefa Poyatos, viuda del Sr. D. Francisco María Lopez de Morelle, y sus hijos D. José, Doña Juana (ésta soltera) y D. Epifanio López de Morelle, mayores de edad, vecinos de esta corte, como dueños en toda propiedad y posesión de esta casa, la cual, según resulta de sus títulos, fué del mismo Frey Lope por compra que de ella hizo en siete de septiembre de mil seiscientos diez, y en la que vivió muchos años hasta su fallecimiento, recayendo después en los actuales dueños; y así reunidos todos los señores comparecientes, por ante mí Don José María de Garamendi, Secretario honorario de S. M., Notario público y de los del Ilustre Colegio de esta corte, hallándose también presentes los testigos que se referirán al final, *dijeron:* Que deseando la Real Academia Española consignar una elocuente prueba de estimación y respeto al Fénix de los Ingenios, concibió el proyecto de erígir en su memoria, en esta misma casa que fué de su propiedad, y en la que moró y terminó su existencia el día veinte y siete de agosto de mil seiscientos treinta y cinco, un sencillo Monumento que, además de significar la veneración de los presentes á sus esclarecidas dotes, perpetúe su recuerdo en las edades venideras. Que tranquila la Real Academia con la esperanza de que la realización de este proyecto había de encontrar en las épocas

futuras el cuidadoso esmero que siempre merecen las elocuentes protestas de admiración al genio, comunicó su pensamiento á los actuales dueños de la finca, la señora Doña Josefa Poyatos, y sus hijos comparecientes, quienes, lejos de oponer el más leve obstáculo á la ejecución de tan patriótico proyecto, lo acogieron con la mayor satisfacción y espontaneidad, penetrados de su notable significación, y deseosos de concurrir á la gloria del Padre del Teatro Español, que excitó en vida, y excita ahora y excitará siempre en los españoles de todas clases y condiciones, universal entusiasmo. Que en su consecuencia, y por más que la creación del Monumento pueda ser materialmente el origen de una servidumbre en la casa de que se trata, nada significa esta circunstancia para los propietarios que poseen joya tan inestimable, se prestaron gustosos á ello, conformes con la Real Academia; y en su vista, dispuso la misma Corporación construir, como lo hizo á su costa en la fachada principal, un sencillo Monumento que recuerde la circunstancia de haber pertenecido esta casa y fallecido en ella el Fénix de los Ingenios, Frey Lope Félix de Vega Carpio, cuyo Monumento se descubre en este acto á la expectación pública con las solemnidades acordadas por la Real Academia. Y á fin de perpetuar su permanencia en el sitio en que se le ha colocado, han convenido la Real Academia y los poseedores de la casa en consignar de una manera legal sus respectivos derechos y obligaciones: á cuyo efecto, de un acuerdo y mutua conformidad, en la parte que á cada una de ellas incumbe, *otorgan* que estipulan y pactan lo siguiente:

1.ª La Real Academia Española, que de conformidad con los dueños de esta casa, calle de Francos antes, y hoy de Cervantes, número quince nuevo, once antiguo, de la

manzana doscientas veinte y siete, ha costeado y colocado en su fachada principal el Monumento de recuerdo de la morada de FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO, que hoy se descubre con la solemnidad acordada por la misma Real Academia, se compromete á conservarlo perpetuamente; y los dueños de la finca imponen desde ahora á la misma esta servidumbre sin retribución alguna, para de este modo contribuir por su parte á honrar la memoria del Ilustre Ingenio á quien se dedica; y se obligan por sí y sus sucesores para siempre á consentir su existencia y conservación, trasladando desde luego esta honrosa servidumbre á los que por cualquier título se transmita la casa.

2.° Si por demolición, incendio, hundimiento ú otro cualquier caso imprevisto, dejase de existir esta casa, tendrá derecho la Real Academia Española á que á su costa se coloque dicho monumento en la fachada principal de la nueva casa que se construya en la superficie de la actual, á fin de que perpetuamente permanezca en ella, sin que los dueños ó poseedores de la finca se puedan oponer á ello con ningún pretexto.

3.° La Real Academia Española cuidará de costear los gastos que sean necesarios para la colocación, permanencia y buena conservación del monumento en la fachada de esta casa, ó en la que por cualquier motivo existiese en su terreno.

Con cuyas calidades y condiciones formalizan este convenio, y se obligan los señores contratantes por sí y sus sucesores á cumplirlas exacta é inviolablemente en la parte que á cada uno le incumbe, sin tergiversarlas ni modificarlas con ningún pretexto; y al que intentase lo contrario, no se le oirá en juicio ni fuera de él. A cuyo

fin, con la sumisión á justicias de S. M. y renunciación de leyes, y con la advertencia de que de esta escritura se ha de tomar razón en la Contaduría de hipotecas de esta capital dentro de doce días, bajo las penas del caso, así lo otorgan y firman, á quienes doy fe conozco, con los testigos que también firman, después de haberles leído literalmente yo el Notario esta escritura, por renunciar por sí; de todo lo cual, y de que después de sus firmas se pondrán sus respectivos honores y condecoraciones, yo el Notario doy fe.—Josefa Poyatos.—Epifanio L. de Morelle—Juana López.—José López de Morelle.—Eusebio María del Valle.—El Marqués de Molíns.—Ventura de la Vega.—El Marqués de la Pezuela.—Antonio Alcalá Galiano.—Ramón de Mesonero Romanos.—A. M. Segovia. —Francisco Cutanda.—Fermín de la Puente y Apecechea. —Antonio Ferrer del Río.—Ponciano Ponzano.—L. A. de Cueto.—Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.—Manuel Cañete.—Manuel Tamayo y Baus.—P. F. Monlau.—Cándido Nocedal.—Juan Valera.—A. García Gutiérrez.—Luis González Bravo.—Duque de Sexto.—Duque de Tamames.—Miguel Cortés del Valle.—José Moreno Elorza. —José Losada.—Camilo García.—A. Benavides.—Carlos Ramón Fort.—José de Zaragoza.—Marqués del Socorro. —Eugenio de la Cámara.—Juan de Montenegro.—Frutos Saavedra Meneses.—Vicente Santiago de Masarnau.—Lorenzo Arrazola.—Salustiano de Olózaga.—Modesto Lafuente.—Eduardo Palou.—José Amador de los Ríos.—El Marqués de Auñón.—Luis de Eguílaz.—Fernando Corradi.—Luis Mariano de Larra.—Joaquín José Cervino.—Eduardo Asquerino.—José García.—Eduardo de Garamendi.—Julián Romea.—Joaquín Arjona.—Está signado.—José María de Garamendi.

Los testigos presenciales y que suscriben el documento anterior son los siguientes: el Excmo. Sr. D. Luis González Bravo, electo individuo de número de la Real Academia Española; el Excmo. Sr. Duque de Sexto, Gobernador civil de esta provincia y Alcalde Corregidor de Madrid; el Excmo. Sr. Duque de Tamames, Teniente de Alcalde; el Sr. D. José Moreno Elorza, Síndico del Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid; el Sr. D. Camilo García Piñuela, Secretario del mismo; el Sr. D. Miguel Cortés del Valle, Capellán mayor de la Congregación de Presbíteros naturales de Madrid; el Sr. D. José Losada, Presbítero, de la propia ya mencionada Congregación; el Excelentísimo Sr. D. Antonio Benavides, Director de la Real Academia de la Historia; el Sr. D. Carlos Ramón Fort, de la Academia de la Historia; el Excmo. Sr. D. José de Zaragoza, de la Academia de la Historia; el Excmo. Sr. Marqués del Socorro, Consiliario de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando; el Sr. D. Eugenio de la Cámara, Secretario general de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando; el Sr. D. Juan de Montenegro, Académico de la de Nobles Artes; el Sr. D. Frutos Saavedra Meneses, de la Real Academia de Ciencias exactas; el Sr. D. Vicente Santiago de Masarnau, de la Real Academia de Ciencias exactas; el Excmo. Sr. D. Lorenzo Arrazola, Presidente accidental de la Real Academia de Ciencias morales y políticas; el Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga, de la Real Academia de Ciencias morales y políticas; el Excmo. Sr. D. Modesto Lafuente, de la misma Real Academia; el Sr. D. Eduardo Palou, Presbítero, Decano de la Facultad de Sagrada Teología en la Universidad Central; el Sr. Dr. D José Amador de los Ríos, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras en la Univer-

sidad Central, é individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de Nobles Artes de San Fernando; el Excmo. Sr. Marqués de Auñón; el Sr. D. Luis de Eguílaz; el Excmo. Sr. D. Fernando Corradi; el Sr. Don Joaquín José Cervino; el Sr. D. Luis Mariano de Larra; el Sr. D. Eduardo Asquerino; el Sr. D. José García; el Sr. D. Eduardo de Garamendi, Caballero del Hábito de la Orden militar de Santiago, Doctor en la Facultad de Derecho y Abogado del Colegio de esta corte; el Sr. Don Julián Romea; el Sr. D. Joaquín Arjona, y el Sr. Don Ponciano Ponzano, Escultor de Cámara: de todo lo cual también doy fe.—Está signado.—José María de Garamendi.

Es primera copia de su original para la Real Academia Española, que en papel del sello noveno con el número señalado al principio obra en mi Registro de Escrituras de este año, á que me remito, en cuya fe lo signo y firmo, dejando anotada esta saca en Madrid á veintinueve del mes de su otorgamiento.—Está signado.—José María de Garamendi.—Hay un sello.—Tomada razón en el Registro corriente de obligaciones sobre la casa calle de Cervantes, número once antiguo de la manzana doscientas veinte y siete, al folio quinientos cincuenta y seis. Madrid dos de diciembre de mil ochocientos sesenta y dos. —Cayetano García.—Derechos, doce reales.

Número X.

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

ROMANCE.

Febrero de 1562.

En un humilde aposento
De una posada en la Corte,
Forastero y forastera
Se dicen castos amores.
Mujer y marido son,
Joven él, y ella más joven:
Lágrimas vierte la dama,
Y pide perdón el hombre.
«Matábanme, Félix mío,
Mis celosas aprensiones.....
Cuando aprensiones las llamo,
Yerro á propósito el nombre.
Sin avisártelo, vengo
De Asturias á que me informes
Qué tan cierto es que en Madrid
Ofendes á tu consorte.
No ha de amarte más que yo
La que tu fe me soborne;
Y algo por bella me debes,
Y algo por discreta y noble.»
Suspendió aquí la quejosa
Las tiernas reconvenciones,
Porque en el rostro el deudor
Le dió con la paga entonces.

Fatigada la viajera,
Y siendo bien que repose,
La lleva Félix en brazos.....
Dios les bendiga la noche.

25 de noviembre del mismo año.

Devoción me merece
San Lope obispo:
Lope quiero que sea
Nombre del niño.
—Ponle dos, ponle,
Por mi amor y tu gusto,
Félix y Lope.

1573.

Bajo el rústico dintel
Del Corral de la Pacheca,
Cisneros el comediante
Habla con Félix de Vega.
«Pasmado (le dice) estoy
De que haya en edad tan tierna
Quien ya en sus cuatro jornadas
Componga en verso comedias.
Once años cuenta Lopico,
Y pasos encuentro en esa,
Que no los tiene mejores
Virués, ni Juan de la Cueva.
De amor y de celos hay
Dos asombrosas escenas:
¿Cómo adivina un muchacho

Lo que no es dable que sienta!
—De amor y celos nació
(Modesto el padre contesta);
Y amor y celos retrata
Por él su naturaleza.»
Llegaba Lopico en esto
Con los chicos de una escuela,
Cañas cabalgando todos,
Pisando recio en las piedras.
Por bandera en otra caña
Llevaba un cartel de iglesia,
Y al pasar por el teatro,
Batió Lope su bandera.

1635.

«Úsase un dicho en Madrid,
Curiosa prima Dolores,
Que allá sin duda ignoráis
En las indianas regiones.
A lo más bello y mejor
En cualquier género y orden,
Ya no se llama *excelente;*
Dicen todos que es *de Lope.*
Cosas de Lope se llaman
Libros, espadas, sermones,
Joyas, telas, cuanto tiene
Gran brillo, mérito y coste.
De Lope son los tocados
Que el gusto nuevo dispone,
Las justas de ingenio dignas,
Las ruidosas diversiones.

Las villanas de Aranjuez
Que venden ramos de flores,
De Lope dicen que son
Rosas y claveles dobles.»
Así á una doncella linda
Cortesanas instrucciones
Daba, al entrar en Madrid,
Cierta señora en su coche.
De Cádiz la trae consigo
Para que á su lado goce
Lo que en Méjico ganó
Su padre, que Dios perdone.
Tomar la calle de Francos
Pretende el automedonte;
Mas el paso le embaraza
Tropel de gentes enorme.
De las calles convecinas,
Ya despacio, ya de golpe,
Desembocan sin cesar
Mozos, viejos, ricos, pobres,
Placeras, dueñas, beatas,
Soldados y sacerdotes;
Sólo se ve luto, y manos
Con amarillos blandones.
No hay en la calle pared,
En cuyos huecos no asomen
Apiñadas las cabezas
De compasivos mirones.
La cruz de San Sebastián
Por entre la turba rompe:
Cánticos de muerte suenan,
Claman las lenguas de bronce.

No se ve féretro aún:
Saldrá, si en marcha se pone
La muchedumbre que llena
Puerta, zaguán y escalones.
Hacia la iglesia, por fin,
Se mueve la prieta mole,
Revueltas las cofradías,
Vacilando los pendones.
Pasan, y pasan, y pasan
Grandes, familiares, monjes,
Cómicos, freiles, poetas.....
¿Quién hay á quien tantos honren?
La primita mejicana,
Diestra en aprender lecciones,
Prorrumpe: «Si no es de rey,
Entierro es éste *de Lope*.»

Acertaba la niña:
Lope, el famoso,
Va de ocho capellanes
Llevado en hombros.
«¡Sánchez! ¡Maestro!
Decid á esta indianita
Quién era el muerto.»

El señor Sánchez, persona
Muy conocida en Madrid,
Zapatero es de aguadores
Y de gente baladí.
Aficionado á la farsa
Desde la edad infantil,

Con pan y comedia vive
Cómicamente feliz.
Por jefe le reconoce
La turba mosqueteril,
Que en el Príncipe y la Cruz
Mueve á menudo motín.
Más de un galán le ha doblado
La engarrotada cerviz,
Enviándole presentes
Que él desdeñó recibir.
De un novel ingenio cuentan
Que visitándole, á fin
De que estrenándose en tablas
No se le mostrara hostil,
«Mancebo (saltó el maese),
Justicia os haremos: id,
Id en paz, si es tal la obra
Que yo la pueda aplaudir.»
Entróse en el coche Sánchez
Como en ganado país,
Y al paso que el duelo siguen,
Habla á las damas así:
—«Nace el hombre con deseo
De ver y oir cuanto pueda;
Lo que en realidad no alcanza,
Codicia verlo en comedia.
Pide el escribirla bien
Alto ingenio y muchas letras,
Alma, inventiva y gracejo,
Que Dios á pocos dispensa.
Farsas en España, ya
Divirtieron á mi abuela:

Para entonces no eran malas,
Para después no eran buenas.
Salieron al fin á luz
Dos, tres, seis y una docena,
Que asombraron á Madrid,
Sevilla y España entera.
En paseos y en saraos,
En las plazas y las tiendas,
Nadie á la sazón trataba
Más que de la farsa nueva.
«¿Quién ha escrito *El verdadero*
Amante?—Lope de Vega.—
—¿Y *Las Amazonas*?—Lope.—
—¿Y *El molino* y la *Aristea*?
—Lope.—¿Y la *Abderite*?—El mismo
Lope, y el *Vamba* y la *Angélica*,
La Melindrosa, *El Maestro*
De danzar, *La Montañesa*,
Lo cierto por lo dudoso,
Psíques, *Muza*, *El Turco en Viena*,
Los milagros del desprecio,
El pleito de Ingalaterra,
Amar sin saber á quién,
La Dama boba, *La siega*,
Los enredos de Celauro,
La Serrana de la Vera,
El mejor Alcalde el Rey,
Peribáñez, *Las Batuecas*,
El remedio en la desdicha,
El Cerco de Orán, *La estrella*
De Sevilla.....—¡Señor! ¿cuánto
Escribe ese hombre?—Unas treinta

Comedias al año.....» Luego
Compuso más de cincuenta:
Cincuenta y cuatro nos daba
Desde cuaresma á cuaresma;
Y esto ¿cuándo! cuando ya
Pasaba de los sesenta.
Dos días, y en cada uno
Doce horas de tarea,
Veinticuatro de bufete
Con otras tantas de huelga,
Tiempo bastante le fueron
Para llevar á la escena
De *La noche de San Juan*
La fábula placentera.
Con prisa igual más de ciento
Produjo su fácil vena,
Y há tres años que contaba
Cabales mil y quinientas.
Esto, amén de cuatrocientos
Autos y de diez poemas,
Y romances infinitos,
Canciones y cantilenas,
Los sonetos á puñados,
Los epigramas por gruesas,
Epístolas no sé cuántas,
Y ocho, en fin, ó diez novelas.
Y este hombre comió y durmió,
Y santificó las fiestas,
Y estudió filosofía,
Cánones, historia y lenguas.
Y este hombre trató mil gentes;
Que no hay nación en la tierra

Que no enviase á Madrid
Persona que á Lope viera.
Del Padre Santo en la corte,
Del Gran Señor en presencia,
Con vítores resonó
El nombre del gran poeta.
Grande, sí, porque de España
Reprodujo la grandeza:
Cuanto hay bello y grande aquí,
Sus farsas nos representan;
Y no con frase trivial,
Ni en rima pobre y grosera;
Garcilaso y Castillejo
Brillan á la par en ellas.
¿Qué español no quiere ser
Aquel galán, que él diseña
En *Las flores de Don Juan*,
Flores de oro, no de seda?
¿Quién pudo sin llanto ver
Á la divina Isabela,
Que allá en Irlanda padece
La más lastimosa fuerza?
Por templar al padre airado,
Que un hijo de amor desecha,
Esclava de su galán,
Suspira celosa Elena.
Corona Sol *merecida*
Ciñe de cónyuge honesta:
Porque un rey de amarla deje,
Sus brazos al fuego entrega.
Ley natural hace al hombre
Amar á su compañera;

Lope la pone en altar,
Y al pie del altar nos lleva.
Teatro español tuvimos
Antes que Lope naciera;
Mas era teatro en cuna,
Y aun era español apenas.
Él le dió forma y valor
Y sello que nunca pierda:
Si hombre como yo lo ve,
Marcadas tendrá las señas.
De Lope el arte aprendieron
Cuantos en él se le hombrean,
Tirso, Rojas, Alarcón,
Y el que hoy su laurel hereda.
De autores hablar no quiero
Que usando mi oficio medran:
Zapatos remiendo yo,
Y ellos á Lope remiendan.
Pródigo maestro, á mil
Cortada dejó la tela:
Desperdicios de su pluma
Son gala de ciento ajenas.
El Fénix de los Ingenios
Le han llamado; no lo aciertan:
El fénix de sí renace,
Y un Lope no se renueva.
No da Dios tan á menudo
Tanto ingenio y tales prendas.
Flaquezas en Lope vimos,
Ejemplar vimos la enmienda.
Galán, soldado con brío,
Dulce humor y habla discreta,

Gran defensor de las damas,
Pagáronle el defenderlas.
Dos veces casado fué;
Dos hijas casadas deja,
Una bien, otra mejor:
Monja vive aquí á la vuelta.
Hija de culpa nació
La hermosísima Marcela;
Dios ángel volverla quiso,
Que gloria del padre fuera.
Sacerdote él veintiséis
Años, y en clausura estrecha
Catorce ella ya, virtud
A siglo y á claustro enseñan.
Jamás de labios de Lope
Salió palabra soberbia,
Jamás la envidia en su pecho
Vertió su ponzoña negra.
Con su ingenio iban al par
Su bizarría y modestia:
Quien no le trató por gusto,
Le buscó por conveniencia.
Ved esos pobres que gimen,
Siguiendo la turba densa:
Padre era de todos él,
Y pobre por ellos era.
Mas ya se paran allí.....
Las Trinitarias son esas.....
De frente á una celosía
Veis que el ataúd presentan.....
Sor Marcela de San Félix,
Tras la celosía puesta,

A dar á su padre va
La despedida postrera.
Las manos al ataúd
Tiende amante una profesa.
¡Ella es! ¡ella es! la hija santa
Del gran *Frey Lope de Vega.*»—

Silencio reinó profundo,
Mudas las campanas quedan,
Beberse quieren los ojos
El eco flébil que esperan.
«¡Santos del Señor (se oyó),
Cuyas virtudes excelsas
La fe celebró de Lope
Con rima imperecedera!
¡Vos, *Apóstol de las gentes*,
Penitente *Magdalena*,
Roque, *Diego*, *Nicolás*,
Casilda, *Julián de Cuenca!*
¡Vos, *Cardenal de Belén;*
Vos, *Ángel de las escuelas*,
Brígida, *Isidro*, *Agustín*,
Y vos, mi Madre *Teresa!*
Con vosotros ha vivido
El alma de Lope tierna:
Recibidla en brazos, hoy
Que al pie del Eterno vuela.
Recibe tú, padre mío,
De éste mi dolor la ofrenda:
Sin corazón para el mundo,
Me mata por tí la pena.
¡Padre! ¡Adiós! Del viaje largo

Descansas en paz perpetua;
Y en vez de laurel caduco,
Ciñes corona de estrellas.
¡Yo lloro, y eres feliz!
¡Bendita la mano sea,
Que gloria te da en el cielo,
Tras gloria tanta en la tierra!

ORACIÓN FÚNEBRE

QUE, POR ENCARGO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y EN LAS HONRAS

DE MIGUEL DE CERVANTES

Y DEMÁS INGENIOS ESPAÑOLES,

PRONUNCIÓ EN LA IGLESIA DE MONJAS TRINITARIAS DE MADRID,

el día 24 de abril de 1876,

EL ILMO. SR. DR. D. SERVANDO ARBOLÍ,

CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE GRANADA.

Filii sapientiae, ecclesia justorum: et natio illorum, obedientia et dilectio. Eccli III. 1.

Los hijos de la sabiduría son congregación de justos: y la nación de ellos obediencia y amor.

SEÑOR (1):

Justicia y sabiduría, obediencia y amor: éstos son los lazos que, afianzando el nudo estrecho de las relaciones con Dios, aseguran y consagran las que nos unen á nuestros hermanos. Gloria, gloria y prez á la religión que concibe esa síntesis eterna, en que todo se concierta y aduna, todo se perfecciona y se salva. Hoy más tiene derecho á este encomio, cuando á la faz de las naciones profiere esa palabra sublime «todo vive,» ante los fríos despojos en que la razón se hiela para modular «todo muere.» ¡Ah! con ser tan finos los obsequios dedicados por

(1) Nuestro augusto Monarca D. Alfonso XII, que presidía el acto.

vuestro afán, ilustres Académicos, el sentimiento cristiano es el único que puede gloriarse de haber sabido ordenar alabanzas en justicia y labrar coronas imperecederas. ¡Vedlo, vedlo..... no sé si es la religión, si la ciencia, si el amor, si la patria, los que hoy nos convocan y los que hoy nos presiden; pero siento en mi alma convicciones tan íntimas y estímulos tan eficaces, que no vacilo, no puedo ya dudar, es Dios el que nos busca, el que nos congrega, el que sublima esos muertos, el que bendice estos vivos, manteniendo con su aliento creador el espíritu tradicional de esta Real Academia, para que siempre sea Española y, como Española, cristiana!

¡Cuánto no he vacilado antes de subir á este sitio, en que todavía suenan los ecos de tan esclarecidos oradores y prelados tan eminentes! Necesitaba interpretar vuestros ánimos en este día memorable, y en igual medida que interpretásteis vosotros el espíritu del Cristianismo. Ardua empresa: pero os debo toda la verdad; acabo de cobrar nuevos bríos, cuando veo *ese libro* (1) sobre un sepulcro, ¡ese libro junto á una cruz! Sobre el sepulcro, para dominar á la muerte; junto á la cruz, para guarecerse á su sombra; sobre el sepulcro, para glorificar á los que pasaron; junto á la cruz, para enseñar á los que vienen; y á unos como á otros diciendo en lengua del Apóstol: «*no queremos subyugar vuestros ánimos,*» no, no; lo que encarecemos sin descanso es la fe que ilustra, la fe que redime, la fe que nos hace libres, la fe que hizo grandes á esos genios, no embarazando su vuelo ni aun con el peso de las cadenas que suelen aprisionar á los héroes.

(1) La magnífica edición del *Quijote*, hecha por la Real Academia Española, colocada sobre la tumba de estas exequias.

Afanándose en la soledad, para regalarnos con fruto de sus vigilias, ó envueltos en el torbellino de la existencia, para sembrar entre nosotros la verdad, el bien y la hermosura: ocultos, para corregir á los que no asentaron su fama sobre base de merecimientos; ó cobrando aplausos, para vengar del olvido á los que desconoció la ignorancia ó persiguió la envidia; todos esos ingenios tienen derecho inalienable al amor de la patria, á la gratitud de la historia, á las ternuras de la religión. Nos ven desde sus orillas tranquilas, nos inquieren por el uso que hicimos de sus máximas, ó quizá nos llaman á juicio para residenciar nuestro menosprecio. ¡Y la religión alcanza más! ¡Hija excelsa de Dios, tú sola pasas los linderos del tiempo y colocas en Sión la caridad vencedora, mientras cesan las lenguas y la ciencia se destruye! ¿Quién no te amará, embeleso arrobador del alma y esperanza postrera del cautivo? ¿Qué hacéis, señores Académicos? Conversar todavía con esos vuestros hermanos, evocarlos, redimirlos, á favor de dulces alianzas pactadas por la fe y robustecidas por el valor de la víctima que acaba de ser sacrificada.

Al depositar coronas de laurel sobre sepulcro que encierra la historia de nuestras grandezas literarias, habéis dicho á los amantes de la sabiduría: «Sólo á esta condición seréis grandes: que admiréis y que imitéis á ese coloso, capaz de despertar celos al mundo y de irradiar su gloria sobre otros nuevos continentes.» Por eso es el encomiar la excelencia de los que cultivaron las letras en el día solemne consagrado al *príncipe de los ingenios*; y parece que reclamáis tributo magnífico, concertando sobre la tumba de CERVANTES la herencia de todos los siglos, los lauros de todos los vates, los ecos de todas las

cítaras, la armonía de todos los cánticos, y aún más..... la plegaria fervorosa de mil creyentes corazones. Loado sea el Señor; pero ¿por qué ocultarlo? Enemigos hay que combatir, prevenciones que borrar, obstáculos que vencer en la marcha progresiva de las letras cristianas. Orgullosos de nuestras conquistas, pudiera engreirnos la lisonja de los que tal vez nos adulan con intención aviesa de perdernos; y como veo ese grandioso baluarte labrado con la memoria de nuestros mayores, justo será que en él nos refugiemos, para admirar desde sus torres la dilatada abundancia de los campos del Señor, y la mísera escasez de los reductos incrédulos. Autoridad por prestigio, fe por guía, sacrificio por emblema: tres palabras que ahora mismo modulan acordes vuestros labios, y que envueltas van en el ardor de la oración, en la espiral del incienso y en el llanto de los ojos, para dejar asentado que la causa de los sabios es la propia que de los justos, ni se puede emancipar de la obediencia que liga ni del amor que embellece. *Filii sapientiae, ecclesia justorum: et natio illorum, obedientia et dilectio.*

Renunciar á lo pasado, es amancillar los blasones; abjurar de la fe, es enervar todas las fuerzas; caminar á la ventura, es comprometer la misión y rebajar los quilates del precio singular del genio. Mejor que yo lo sabéis vosotros, señores de la Academia, y me perdonaréis que sea ingenuo, que ni oculte ni disfrace la verdad, esa verdad con que la religión se engalana, y que cuenta con recursos sobrados para afrontar todas las luchas, cuando posee criterio tan alto, sistema tan perfecto, valor tan definido, que nada puede ni envidiar ni temer al hombre de las letras, al hombre de la ilustración, al hombre de nuestro siglo, siquier despliegue el manto del filósofo ó

se implique en locas aventuras para eternizar su memoria.

Dignos son de todo encomio esos hijos de la sabiduría, porque en sus trabajos nos descubren fuentes que no se enturbian, y, al inculcarnos los que conviene entender en orden á las letras, recuerdan lo que debemos á su laboriosidad y la justicia con que hoy les dedicamos oraciones y lágrimas. Nos dicen que es preciso ilustrar su tradición, robustecer su espíritu, dirigir su ejercicio. Ilustrar la tradición, es evocar todas sus glorias, de que ellos son *fieles testigos*; robustecer su espíritu, es enlazarlas con la fe, de que ellos son *firmes atletas;* dirigir su ejercicio, es santificar y fecundar sus afanes, de que ellos son *claro modelo*. Ved cómo trazarán su propio elogio, enaltecido y decorado con la verdad de su carácter, los primores de su lengua y la eficacia de sus virtudes.

No es éste el sitio ni el momento de establecer criterios de demostración filosófica, para ilustrar las verdades que acabo de enunciar. La índole de mi oración y el fúnebre aparato de este culto solemnísimo, no consienten aquellas elucubraciones; y habré de limitarme en consultar con toda la severidad de esta cátedra ese testigo de las glorias de la Iglesia católica en el progreso de las letras, que es *la historia*; y ese otro testigo elocuentísimo de las glorias del espíritu en su elevación hacia Dios, que es *el sentimiento*. Asunto que me abruma y misión que me confunde, en la que no han de faltarme, espero, esos tres grandes recursos que se cifran en los auxilios del Señor, en la autoridad de nuestro ministerio y en la indulgencia de los sabios.

Es la primera idea que nos asalta en presencia de este

egregio catafalco, al renovar la memoria de tantos ingenios españoles, el valor tradicional de esa riqueza acumulada para nuestra patria; y hoy, que venimos á heredarla, justo será que reconozcamos su mérito, contemplando, á la luz de la razón y de la historia, esas joyas preciadísimas que forman todavía el embeleso del alma y el dulce solaz de nuestros corazones. Un docto publicista acaba de decirlo: «Quitad á un pueblo su tradición, y le robáis su personalidad (1).» Por eso la Iglesia católica enriquece las naciones con el depósito de verdades custodiadas en su regazo; con la tradición de enseñanza, como con la tradición de sacrificio, sostenidas ambas en la misión del sacerdocio. Fuerza es advertir á nuestro siglo que, para progresar y perfeccionarse en las cosas que pasan, conviene mantenerse adheridos á las grandes leyes que rigen la existencia; que cortar la tradición es interrumpir el curso de la vida, condenarla á volver sobre sí y á comenzar de raíz, en cada generación, la obra siempre incompleta de su perfeccionamiento. «¡Ay de los pueblos, cuando olvidan que el amor filial es una ley que les obliga con igual rigor que á los individuos! La generación que maldice de sus padres y esparce al viento sus recuerdos, no recogerá las bendiciones de la posteridad (2).»

Nada nos conturban los clamores de ese espíritu novador que grita lleno de recelos: «Vosotros sois de ayer.» No, señores Académicos, no somos de hoy, ni de ayer, ni de mañana: *somos de la eternidad* (3), y queremos salvar nuestros destinos gloriosos, previniendo daños con la memoria de lo pasado, con ejemplos de maestros tan in-

(1) Ch. Périn, *Les lois de la société chrétienne*, tomo I, pág. 311.

(2) Aparisi, *De la perfectibilidad según el catolicismo*.

(3) Bellísima frase del gran orador y filósofo P. Lacordaire.

signes. Cualquiera sea la autoridad de las letras y el prestigio tradicional de nuestra hermosa lengua, corriendo los siglos y desplegando donaires; cualquiera sea el valor de esos nombres que representan primitivas escuelas, con Victoria, Cano, Suárez, Soto, Maldonado, Mariana, Luis Vives y Supúlveda; cualquiera sea el precio de nuestro idioma, tan rico, tan grave, tan sonoro, majestuoso sin hinchazón, elegante sin afeite, delicado sin fastidio; es lo cierto que la religión, abarcando en su idea los tipos de todas las bellezas y la fórmula de todos los tiempos, decir puede: yo tengo una palabra que crea, una palabra que redime y una palabra que salva: este *Verbo* es una síntesis gloriosa y un poder infinito, desde la alborada del mundo, en que el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas del Génesis, hasta la tumba funeral del ángel de las revelaciones postreras. ¿Hemos acaudalado mayor riqueza que haga inútil la tradición de la fe y la tradición de la patria?.... Pero cuando se crean fuerzas, ha dicho nuestro Balmes, «es necesario saber qué se hará de ellas, cómo se les comunicará dirección: de lo contrario, sólo se preparan rudos choques, agitación indefinida, desórdenes destructores (1).»

Desde los elogios que prodigó Estrabón á los antiguos Turdetanos, hasta los ecos de escritores modernos que tuvieron á gala esclarecer períodos de investigación difícil y de obscuridad tenebrosa, la serie de esos varones ilustres, durante la dominación romana, en los albores del Cristianismo, bajo el cetro de los godos, en el período de los árabes y desde el siglo XII hasta CERVANTES, necesita más concierto y más holgura que hoy pudiéramos

(1) *Del protestantismo comparado con el catolicismo*, tomo III, pág. 188.

emplear para ilustrarla. Mucho nos complace que eruditos extranjeros hayan sabido vindicarnos de la injusticia de otros, que, sin conocer nuestro carácter nacional, censuraron, como Sismondi, la exaltación del sentimiento que embalsamó nuestros cantos como inspiró nuestras conquistas, haciendo de la historia patria una espléndida epopeya, donde encuentran lugar aspiraciones las más nobles y los más sublimes desenlaces. Bástanos con saber que esos genios asombrosos, colocados ¿no los veis? bajo la tutela de un *libro* que á todos los abarca por la prodigiosa variedad de conceptos, no sólo formaron nuestra lengua, ostentando las gracias de su artificio y la majestad de sus tonos, si que hicieron grandes á otros muchos, multiplicaron su brillo, como las hebras de los astros, repetidas en los cristales y bordadas en las mansas corrientes. ¡Qué contraste!.... Hoy, plectros destrozados y cítaras enronquecidas, que apenas si entonar pueden los ayes de la última agonía de las naciones, y eran ayer..... ¡gloria del Betis, Genil y Manzanares; codiciadas por las márgenes del Sena y por las comarcas misteriosas del Tíber! Ayer enmudeció el Orbe escuchándolos; hoy guardan silencio del sepulcro, mientras el mundo celebra á sus antiguos maestros.

Ya no es problema que nuestra gran escuela mística fomentó la elocuencia sagrada de las naciones más cultas, ni puede negarse que dimos impulso civilizador al resto de Europa; que desde Garcilaso á Góngora, desde éste á Luzán y á nuestros días, la española literatura, vindicada por sabios apologistas en el siglo de la enciclopedia, mantuvo ese ingente predominio que la crítica no acierta á disputarle. El llamado obscurantismo no fué jamás acaudillado por claros varones, ni protegido por la Iglesia: no,

y mil veces no; y es prudente repetirlo, para los que tuvieron la desgracia de estudiar mal nuestros hábitos, ó de no penetrar con pie seguro en el fondo de la historia.

Ni tuvimos ayer glorias prestadas, ni ambicionamos hoy un puesto en el panteón de divinidades modernas. Dimos maestros al Lacio, emperadores á Roma, laureles á dos mundos, y siglo llegó en que *se tenía por gentileza saber hablar castellano* (1).

Nada más imponente que esa inmensa agrupación de coronas que hoy parecen descender sobre ese túmulo, para laurear á los que nos hicieron tan famosos y tan grandes. En cambio, señores, ¡permitidme una expansión legítima! nada más contrahecho ni raquítico que el pedantismo licencioso que se mofa de aquellos gigantescos trofeos. Rompen la tradición; pero ¿qué hacen? y aun más, ¿qué hará el Señor con ellos? Cuando la humanidad alzó una torre en las llanuras de Sennaar, la palabra del Omnipotente se dejó escuchar, diciendo: «Bajemos y confundamos su lengua:» *descendamus et confundamus ibi linguam eorum.....* (2). He ahí el término, el juicio de las generaciones divorciadas de la fe: confundir sus lenguas, no hablar ya como los hijos de Dios, sino repetir ecos informes, palabras de confusión y muchas veces de vergüenza y oprobio. ¿Conocéis algo que, al desviarse de este movimiento regular de fuerzas intelectuales, no haya también precipitado el reino del trastorno, el caos de las letras y hasta la mengua del habla, tan libre, tan galana y esplendente en los dominios de la fe; tan cautiva, pobre y denegrida á merced de la incredulidad?

(1) Palabras del autor del *Diálogo de las lenguas.*

(2) *Génes.*, XI, 7.

Como singularmente se trata de aquel siglo que *jamás tendrá segundo* (1), no parecía extraño á mi propósito volver contra la falsa reforma la inculpación que entonces lanzaba al rostro del Catolicismo, como si fuese rémora del genio en las vías de su adelanto y en la cultura de Europa. Señores, ¡qué peregrino encuentro! León X condenó al monje de Eisleben; y aquel hijo ilustre de los Médicis decía: «He amado siempre á los doctos y á las buenas letras; nació este amor conmigo, y la edad no ha hecho más que acrecentarlo, porque siempre vi que los que cultivan las letras son apegados de corazón á los dogmas de la fe, y que ellas son el ornamento y la gloria de la Iglesia cristiana (2).» Así hablan los Pontífices: nosotros así hablamos. Toda interpretación que ésta no sea, tan espúrea es en su origen, como intencionada y calumniosa en su espíritu. ¡Venimos desde los primeros siglos librando rudos combates en defensa de la ilustración! El Demóstenes cristiano, San Gregorio de Nazianzo, elevando su voz contra el Apóstata, como hijo de rica estirpe á quien osaran mermar la herencia de su padre, exclamaba: «¿Quién inspirarte pudo el pensamiento de prohibirnos el uso de las ciencias? Nada tengo más querido, después de los intereses del cielo y de las esperanzas de la eternidad, y justo es que tome su partido y las defienda con todo el vigor de mi palabra y todo el fuego de mi pecho (3).»

Pero, ¿y nuestro CERVANTES? Sobre ese túmulo se ostenta un libro, reproducción fidelísima de todo el genio español. «No ha de haber nación ni lengua donde no se

(1) Lope de Vega, *Laurel de Apolo.*
(2) León X, *Carta á Enrique VIII.*
(3) S. Gregor. Naz., *Disc. 4 contr. Juliano.*

traduzca mi historia [1]:» así presagiaba aquel varón esclarecido, de quien pudo aseverarse lo que el noble Santillana en sus proverbios, «que ni la ciencia embota el fierro de la lanza, ni face floxa el espada en manos del caballero.» Allí donde eran *deseadas las heridas y se mostraban por trofeo, y algunos las hubieran comprado* [2], mereció sellar con sangre la hermosa causa de la Religión y de la salud en Europa. Ni desgracias le abaten, ni esclavitud le envilece, ni pobreza le humilla, ni calumnias le oprimen. Aquella *pesada piedra*, de que suele lamentarse; aquellas *desdichas que siempre persiguen al buen ingenio* [3], no han podido ni torcer su carácter ni doblegar su constancia. Y cuando en expresión donosa de Montalbo,

«gózase el mundo en su felice vuelta,
y cobra España las perdidas musas (4),»

¿qué empleo dará á sus facultades? ¡Ah! Faltábanos exprimir en un libro la historia del corazón y los anales de nuestras aberraciones; y empeñando aquel estudio, de cuyo abandono se quejaba Ambrosio de Morales y condolíanse los ánimos discretos, regala al mundo esa inmortal Novela, esa sátira sin hiel, esa invención peregrina, tan ridícula como sabia, tan profunda como amena, tan sabrosa como fértil, desencanto de ilusiones, tesoro de juicios y delicia de los doctos. Es muy poco..... es quizá

(1) *Quixote*, parte II, cap. III.

(2) Jerónimo de Torres y Aguilera, testigo presencial, *Crónica de varios sucesos.*

(3) *Quixote*, parte I, cap. XXII.

(4) *Soneto de Montalbo á la Galatea de Cervantes*, cuya obra leyó antes de estamparse.

empañar su brillo llamarle, con Tirso de Molina, el *Boccacio de España:* mejor le cuadra la exquisita fineza de un extraño, que no vacila en decirle «honor y gloria, no solamente de su patria, pero de toda la humanidad (1).» ¡Acertado egoísmo el que profirió en cierta ocasión: «Plegue á Dios que nunca tenga abundancia, para que en sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo! (2).»

¡Con cuánto afán no se despierta la Europa para vengar del olvido este sepulcro glorioso! Ya podemos consolarnos: el mundo ha conocido que le pertenece por herencia esta gloria, porque es la gloria del genio; y las generaciones se agolpan en tropel para honrarlo, inquiriendo con avidez las huellas de su carrera y los misterios de su fantasía. Seamos menos impacientes, adoptando la mesura de un crítico juicioso: «No nos hagamos tan pueriles que apoquemos con nuestras menudencias la grandeza del obsequio. La memoria de CERVANTES vivirá eternamente mientras haya prensas que impriman y ojos que lean (3).»

Y vivirá..... no prevalecerán en su heredad ni cedro que le cubra ni montes que le humillen, porque la luz de los justos alegra y resplandece, en proporción que se extingue la antorcha de los impíos: *lux justorum laetificat; lucerna autem impiorum extinguetur* (4). Se apagará toda, toda luz que no se encienda con el único y exclusivo fin que señaló CERVANTES: «*Nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana.....*

(1) Dr. Bowle, en su prefacio á la edición inglesa.

(2) Memorables palabras de uno de los caballeros franceses que vinieron á España con la embajada en tiempos de Felipe III.

(3) Capmany, *Teatr. Histor. Crít. de la Elocuencia Esp.*

(4) Prov., XIII, 9.

buscando ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros.» Entre las alucinaciones de imaginación acalorada y el egoísmo que las combate; entre los héroes del idealismo y la ruindad de los que sólo respiran el deleite; entre «los concertados disparates, si disparates sufren concierto [1],» y los cálculos de sensatez positivista, la ciencia bien encaminada descubre luz esplendorosa en que todos los horizontes se iluminan, todas las aspiraciones se ensanchan; y fuera de este círculo, no hay sistema que arraigue ni moral que prospere: *extinguetur*. Borráranse del libro de los vivientes esos híbridos engendros que tratan de viciar nuestro suelo, donde ni se da ni podrá darse jamás sino un modo de pensar, *el modo español*, como dijo un extranjero ilustre [2]. Aquí no conocemos la filosofía *del yo*: tenemos á gala el no entenderla, y aun solemos lamentar los descalabros del habla en aquéllos que de entenderla presumen..... *extinguetur*. Desaparecerán de la historia esos soñados *castillos* y esas *señoras del pensamiento* que nadie conoce ni adivina, porque sólo viven en la imaginación de fanáticos; ¡ah, cristianos! ese logogrifo filosófico, esa fantasmagoría de saber, esa encarnación del orgullo, nacida, como el Hidalgo, *en un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme*, no es ni será nunca la filosofía española, porque tampoco es la cristiana: *extinguetur*. Holgamos de elevarnos al cielo como el árbol de Ezequiel, nutrido con las aguas y exaltado por los abismos; pero no, no es nuestra esa creación deforme que remeda al dragón incubado en el cauce de los ríos, repitiendo sin cansan-

(1) *Quixote*, parte I, cap. L.
(2) Schlegel, *Hist. de la literat.*, tomo II.

cio: «Me he formado á mí mismo.» ¡Para acariciar este ensueño, no era preciso hablar la lengua de Mariana y de Márquez, de Granada y Mendoza, de León y de Ercilla! Los que hablan como ellos, no sabrán nunca pensar sino como ellos pensaron.....

He aquí, señores, representada una gloria literaria cuyos elocuentes y venerables testigos, no satisfechos aún con haberla legado á la posteridad, se esfuerzan todavía por allegar argumentos y robustecer las pruebas de la misión que entre nosotros ejercen, transmitiéndonos su mismo espíritu, su mismo sentir, su misma idea, para cimentarnos con solidez sobre las bases indestructibles en que estriba nuestra grandeza, esta grandeza de la nación española tan original, tan excelsa, tan brillante, que, mientras se mantiene adherida á sus nobles tradiciones, no puede descender de ese solio magnífico en que á la Providencia plugo entronizarla. Este libro portentoso que fué llamado con justicia el «mayor esfuerzo posible del genio, de la filosofía y del saber humano,» vive y vivirá siempre entre nosotres, para deshacer agravios inferidos, no sólo á la moral y al dogma, si que también á nuestra dignidad y á nuestra hidalguía, tantas veces rebajada por el empeño aventurero que hace progresos en Europa. A estas páginas y á otras mil informadas de su propio espíritu, volvemos sin descanso los ojos en busca de consuelos y en reparo de desdichas que con crudeza nos hieren; porque esa historia y esos libros dicen lo que fuimos, lo que debemos ser siempre y á lo que no podríamos renunciar jamás, sin comprometer tantos derechos nobilísimos, tanto lujo del saber y riqueza tanta de la fama.

Sobre ser testigos de preciadas glorias, son también es-

tos ingenios atletas firmes de la fe, y no puedo dilatar por más tiempo la demostración de esta verdad consoladora, que de suyo es bastante para sublimar de nuevo á nuestros padres, presentándolos hoy con doble título al amor y á la gratitud de todos los corazones. Fundada está la literatura en la *razón* y en la *historia:* pues bien, la historia y la razón han sido interpretadas por nuestros escritores y hablistas; la una, como el heraldo de la Providencia que publica su triunfo en la marcha de los sucesos; la otra, como hija querida de la fe católica, que ha encontrado en esta madre dulcísima su defensa, su resguardo y su abrigo.

Discurrid, si os place, por los tres grandes períodos de las letras, y en todos encontraréis ese germen celestial, esa *semilla de verdad eterna* (1), como la llamó el gran filósofo San Justino, depositada en el fondo de nuestro pensamiento. Recuerdo ahora lo que el inolvidable Valdegamas decía á esta ilustre Academia en ocasión muy solemne: «Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias (2).» Yo diría, señores, á los que intentan divorciar ambas causas: sed lo que queráis, clásicos ó románticos, de ayer ó de hoy, pero ved que, como dice el Señor, «la sabiduría clama y la prudencia da voces;» que no podemos usurpar á la fe el derecho de llamarse madre, pues figurados estábamos en el hijo tierno y unigénito, á quien ella adoctrinaba, y

(1) S. Justin., *Apolog.* 1, 48 *et passim.*
(2) Discurso de recepción en la Real Academia Española.

decia: «Reciba tu corazón mis palabras..... no te desvíes de los consejos de mi boca (1).» Esta es la riqueza de que hablando con arrebatador entusiasmo el orador del pueblo antioqueno, asevera «que basta con una sola palabra para adquirir caudales de filosofía y alimentarnos todo el tiempo que vivimos (2).»

¿De dónde, si no, hubieron su tesoro esos ingenios? ¿Cuál es la historia de nuestro idioma? Ensaya en su infancia las *alabanzas de Nuestra Señora*, como niño que duerme en el regazo, y que, para desatar su labio no manchado, repite el dulce nombre de madre. Cuando se forma, cuando crece, cuando impera, también acopia en manos de la religión los frutos de sus tareas y los lauros de sus victorias; retrograda los tiempos; busca al pueblo mesiánico, tan poeta como grande; toma la vara de sus caudillos, la cítara de sus reyes y la lira de sus videntes; recoge sus ecos, esos ecos libertados del anatema y salvados de la desolación de su altar..... los escucha, sí, los entiende, los traduce á la distancia de cuarenta siglos, y se eleva al Dios altísimo para que

«cantemos al Señor, que en la llanura
venció del ancho mar al Trace fiero.....»

Ni nos asombre este lazo tan íntimo que vengo señalando. El catolicismo se llama *poder religioso*, más excelso que el de Oriente; *poder literario*, más eficaz que el de Grecia; *poder social*, más extenso que el de Roma; y si no bastaran para asegurar su imperio estos elementos grandiosos, se llama también *poder de fe*, y éste es su secreto, su victoria, su encanto.

(1) Prov., VIII, 1, lib. IV, 3, 4, 5.
(2) S. Crysost., *Hom. ad pop.*, 1.

Definido está «que toda aserción contraria á una verdad de fe, bien entendida, es absolutamente falsa [1].» Ya lo vemos, señores: la verdad en su concepto puro, en su razón ideológica, no puede sustraerse al dominio ni á la inspección de los dogmas. A dicha nuestra, no son españoles *ninguno* de los métodos que prescinden del criterio de fe, y podemos decirlo con holgura ante ese mausoleo que nos recuerda tantos nombres venerandos. Quisiera encarecerlo con la sencillez propia de esta cátedra: esos sistemas no nos cuadran, porque no se han escrito para nación de creyentes; y si sólo á condición de aplaudirlos hemos de llamarnos cultos, optaría, con egregio apologista de nuestra literatura, por renunciar este título, si no se abre otro camino para arribar al templo de la fama [2]. Menos cultos ante la Europa, no fuera tanta mengua como menos sabios para Dios, menos libres para el mundo.....

Esos ingenios, que claman así desde sus tumbas para quebrar el sueño á los que no meditan en su corazón, no se desviaron ni un ápice de la enseñanza católica. Lo que en los siglos medios, esmaltando la tiara de los Pontífices, profesaban Alberto Magno, Tomás de Aquino y Buenaventura, cuando sostenían ellos solos la cátedra de la ilustración del universo, eso propio nos inculcan muy luego los filósofos españoles. ¡Cuánto nos deleita oir á un político y literato, á Saavedra, el cuadro de las ciencias como *derivadas de los atributos de Dios*, casi con idénticas frases á las en que el Ángel de la escuela y el Doctor seráfico lo habían trazado en sus obras! ¡Ah! Suya

(1) Canon. Conc. Vatic. De-fide et ratione, IV.
(2) El Abate Lampillas, tomo III, págs. 37 y 38.

es también aquella encantadora imagen de la Religión peregrina por el orbe, triste y desolada, sin hallar asiento ni pisar tierras amigas, que encuentra abrigo y solaz en la piadosa España, galardonando el Señor esta fidelidad de nuestro pueblo con el auxilio que le prestó para adquirir nuevos mundos (1). ¡Señores, no puedo ocultarlo!.... Mi corazón se enternece al evocar estos recuerdos tan dulces; es vuestra patria y mi patria, ¡es vuestra Religión y la mía! Comunes son nuestras glorias; y, creedlo, creedlo, deploraría como la mayor desgracia para mi nación, como el mayor oprobio para mí, que soy el último de sus hijos, si viniesen tiempos en que ya no pudiera un escritor encarecer, como aquel insigne repúblico, nuestro esmero en la conservación y práctica del Catolicismo.

¿Vísteis en el *Ingenioso Hidalgo* obligada la naturaleza al compás de la manía, surgiendo por do quiera lanzas, escudos, yelmos, dueñas y castillos, transformando al molde del capricho los objetos vulgares? Pues bien, católicos: el error lo desfigura todo y lo tuerce; ha hecho de la teología una historia, relegándola, como la escuela positivista, á la *infancia del mundo;* de la historia una filosofía, acomodándola á un criterio; de la filosofía una parábola, envolviéndola en nubes; y de todas estas transformaciones obradas por hábiles encantadores, ¿qué resta? ¡Una insigne paradoja, una torpe decepción! ¿Y qué importan los enojos de la cordura? El ansia de placeres ha escudado los engaños, devolviéndose finezas la razón cautiva del delirio y el amor vendido á la ganancia.

Se ha dicho, ignoro el fundamento, que las modernas

(1) Saavedra Fajardo, *República literaria*, pág. 152, ib. 28.

literaturas están impregnadas de panteismo. Si esa incertidumbre, si esa perpetua oscilación de los ánimos obedecen á aquella grande herejía, no es mi misión el juzgarlo. Me sorprenden, sí, esos prolongados lamentos del libro, del discurso, del periódico, sobre la *anarquía científica*, sobre la falta de sistema seguro que imprima su carácter á los trabajos del espíritu. ¡Cosa extraña! Todos hemos allegado una parte en las temibles proporciones de este mal; ¡pero todos nos condolemos! hasta se acentúa que es la forma de estos tiempos..... Señores, el ministro de Dios, y ante esos restos inermes que nos recuerdan la instabilidad de las cosas y la certidumbre de nuestra nada, tiene el deber de publicar que la verdad cristiana, verdad religiosa, verdad moral, verdad científica, verdad literaria, es la única que ostenta fijeza de principios, por lo que también es la única que podrá salvarnos en horas de peligro, en el fragor de las luchas y en la crisis de los pueblos. Es *la verdad que nos ha hecho libres*, cumpliendo la profecía del Hombre-Dios. Ya no hay medio, escoged: ó libres en la fe, ó esclavos entre los incircuncisos; que desde el día bendito que la eterna palabra se dignó hablar en el tiempo, no restan más que dos bandos: el de los que tropiezan en esta piedra y caen para su ruina, ó el de los que sobre ella edifican para la gloria y para la libertad.

De esta alianza bellísima de las letras con la fe para mantener vivo su espíritu, brota sin pena un limpio manantial de risueñas inspiraciones. ¿Quién las podrá enumerar ni encarecer? El solo nombre de Calderón bastaría para que admirásemos ese concierto suave y esa maravilla indecible del espíritu de piedad esforzando el vuelo de los ingenios. El cielo del Señor con sus místicas re-

velaciones; el uno y otro hemisferio con los prodigios de naturaleza; el mar de olas hinchadas por la cólera del Altísimo, ó de tranquilos espejos que dan paso al luminar de la noche; la elevación de la montaña en que Dios suele hablar á sus profetas, y la profundidad de los valles en que discurren las brisas; el torbellino del mundo con sus funestos encantos y la esquividad y apartamiento de las selvas que convida á la plegaria..... señores, ¿habrá ni un solo concepto, ni una sola inspiración, ni un solo matiz en esa variada floresta de las musas, que no se haya interpretado mil veces por nuestros poetas y hablistas en provecho de la idea religiosa y del severo código del cristianismo?

Así concebimos y de esta suerte realizamos, aun dentro del orden meramente literario, la idea de la perfectibilidad, haciendo del hombre, en frase de un académico insigne, «esa imagen creada que en el tiempo y en la eternidad debe tender hacia su tipo, sin poder jamás darle alcance (1).» ¡Cómo se casan las ideas y conversan á distancia los siglos! Nos parece oir á San Ireneo aquella palabra inmortal que nadie fuera de la Iglesia ha imitado, y que muy pocos comprendieron: «*Homo verò profectum percipiens et augmentum ad Deum* (2):» ¡aumento, progresión y aumento hacia Dios! ¡Cuánta grandeza! Por eso es, señores, que entre todas las calumnias forjadas para nuestro descrédito, ninguna nos apena como la de que no dignificamos al hombre. Un santo español, Juan de la Cruz, que él solo, él solo representa un siglo y puede dar nombre á una escuela; ese ingenio peregrino que busca

(1) Aparisi, *De la perfec. según el Catolicismo.*
(2) S. Iren, adv. Haeres, II, 20, 1.

por las *noches* la claridad del sol iluminando las almas, nos dijo, para vindicarnos: «Más vale un pensamiento del hombre que todo el mundo, y por eso sólo Dios es digno de él y á él solo se le debe [1].» Parece que nos encadena mucho esta sentencia, pero ¿nos enaltece? ¿nos eleva? Basta: suele el mundo decirnos, como el tentador, «seréis como dioses,» para luego burlar nuestro engreimiento con la realidad de torpe desnudez y el aspereza del infortunio.

No solamente han sido estos ingenios fieles testigos de ricas tradiciones y firmes atletas de la fe católica, origen de todas nuestras grandezas, si que también se nos ofrecen como claro modelo en la dirección y ejercicio de las letras cristianas, prestándolas la eficacia y el valor que han menester para rendir su tributo en bien del hombre y de la sociedad.

Nadie niega el poder de la palabra, que ha llegado á formar como en Grecia un imperio formidable. Será, pues, misión de las letras santificar y dirigir su marcha, consultando esos modelos clarísimos, cuyo príncipe nos abona, al decir que «*no hay ninguna de sus novelas de quien no se puede sacar ejemplo provechoso, ni que no esté medida con la razón y con el discurso cristiano* [2].» Hubo un pueblo ardiente que encarnó sus divinidades y las imprimió el sello de su genio, trasladando al Olimpo la rivalidad de sus émulos y la lucha de sus fracciones; ese pueblo se encarnó también en sus poemas, y la *Iliada* y la *Odisea* fueron perpetua enseñanza, en doble voz

(1) Obras de San Juan de la Cruz. *Avisos y sentencias.*
(2) Cervantes, *Novelas ejemplares*, Prólogo.

de la razón y de la historia, para robustecer sus leyes y adoctrinar á sus príncipes. Pero, señores, nosotros *emulamos carismas* infinitamente más excelsos, más puros. Legatarios somos de esos grandes ingenios que llevaron hasta el lecho de muerte los ardores de su fe y la eficacia de sus virtudes, y que grabadas en libros dejaron esas máximas fecundas, nutridas de fervor y de celo, que forman hoy nuestras delicias y estimulan nuestra admiración.

Permitidme, católicos, una cita á que me lleva de la mano el modelo de esos ilustres varones: parece que escuchaban al gran Obispo de Hipona, al gran literato de Cartago, cuando decía en su lengua peregrina: «Es preciso hablar con sencillez para instruir, *submissè*; hablar dulce y suavemente para hacer amable la verdad, *temperatè*; hablar con grandiosidad y vehemencia para arrastrar los corazones y convertirlos, *granditer* (1).» ¡Familiaridad que instruye, dulzura que enamora, fuerza que arrebata! Todo lo han dicho los Padres, señores Académicos, pero seamos justos; y sin añadir ni una tilde á esos tesoros de luz, confesemos también que los literatos y sabios españoles supieron interpretarlos, como si estuviese reservada tal gloria para los que mejor supieron emplear las gracias de la buena nueva. Aquí tuvimos escritores en «*quienes la naturaleza, enamorada de su misma abundancia, despreció las sequedades y estrecheces del arte*,» como se dijo del Fénix de los Ingenios (2); y redundando esta copia asombrosa en provecho de la cristiana razón y de los sanos principios, dimos al mundo el espectáculo

(1) San Agustín, de Doctr. Christ., lib. IV.
(2) Elogio de Lope de Vega por Saavedra Fajardo: *Repúb. liter.*, 51.

ansiado de una literatura ejemplar, en que brillaron las arras purísimas de ese bello desposorio entre la voz de Dios que nos llama y los gemidos del corazón que responde. ¡Cuán triste, señores, cuán triste no deberá ser el día que ese enlace se relaje, y en que los hijos puedan juzgar á sus madres, obedeciendo á los plañidos lastimeros del profeta: «*Judicate matrem vestram judicate*: *quoniam ipsa non uxor mea*, *et ego non vir ejus* (1)......» Juzgad, juzgad á vuestra patria: ved si es fiel á su varón, ó si ha contaminado su tálamo.....

Fuerza es pensar bien, para ostentar las galas del buen decir; pensemos según Dios, y hablaremos como hablan y se entienden los ángeles, que esto se dijo de los libros suavísimos de una insigne española, que inspiró también la musa de MIGUEL DE CERVANTES (2). Ya comprenderéis que hablo de la inmortal Teresa de Jesús, del orgullo sin segundo de nuestra patria, de esa casta azucena que ha embalsamado nuestros campos, de esa virgen peregrina que ha comunicado á las letras la eficacia más noble que puede concebir el genio, la eficacia de la santidad, la eficacia del arrobamiento y del éxtasis, la eficacia de la elevación asombrosa y del amor sin medida. SERENÍSIMA SEÑORA PRINCESA DE ASTURIAS: el Catolicismo, que ha enaltecido á la mujer en el orden social, es el único que la ha sublimado en el literario; y justo era que España recabara esta gloria, que hoy tengo derecho á evocar como privativa de nuestra nación, sin poder cederla á otra al-

(1) Oseas, II, 2.

(2) Cuando beatificó Paulo V á Santa Teresa de Jesús, hubo fiestas y certámenes poéticos, uno de cuyos jueces fué Lope de Vega. En ellos tomó parte Miguel de Cervantes, como lo acredita una bellísima composición que dedicó á este asunto.

guna, porque registrando la historia literaria del mundo y comparándola con la nuestra, aseguramos ese título nobilísimo que nos asiste para decir á la impiedad, mal que le pese, y al indiferentismo, por más que se resienta y se duela: «Para entender todo el precio de las letras españolas, para admirar su síntesis perfecta y su más rara hermosura, es preciso alzar la vista á los altares.»

Lo que pedimos y anhelamos para nuestras letras, es preservarlas de la ingerencia del naturalismo que todo lo emponzoña, esa gran locura de los modernos ideólogos, que dejan la naturaleza solitaria, encendiendo por única antorcha la razón, como lámpara en medio de un sepulcro (1). Que la poesía no llegue á ser lo que en su tiempo lamentaba Orígenes, «cáliz de oro para encerrar venenos de torpeza (2).....» Dejad, dejad que el favor cubra de lauros á poetas sin Dios y á escritores sin idea religiosa; no les envidiemos sus triunfos; estos laureles no son dignos de nosotros, y siempre podremos decir con Tertuliano: ¿qué cosa más indigna de los hijos de Dios que lo que es digno de un ídolo? (3).

Acercaos al lecho donde yace y en que pronto exhalará su aliento postrimero el hombre sabio..... Es el famoso cautivo redimido por los Trinitarios y justo encomiador de este Orden; es el literato pobre que mendiga el sustento de mano de bienhechores encomendados por él á la gratitud de la historia; es el vate de ardiente fantasía que ha *subido al Parnaso* para desalojar á poetas indignos de este título; es el decoro de las gracias y regocijo de las musas; pero es más, mucho más: es el *filósofo cristiano*

(1) *Definición del naturalismo*, por el P. Félix, S. J.: Confer., 1858, 10.
(2) Orígenes, Hom. 21, in Hierem.
(3) De Coron. Milit., X.

y *devoto* que se abraza con la cruz para presentir esas gloriosas transfiguraciones del alma en el Thabor de su inmortal grandeza; es el humilde profeso de San Francisco, muy luego conducido por sus *hermanos terceros*, sin pompa ni aparato, con el atavío de su riqueza propia y con la aureola del genio que ciñe y que embellece su frente! Señores de la Academia: es CERVANTES, CERVANTES, que en el ardor de su fe me obliga y me compele á aclamar contra las letras sin Dios, contra las letras altivas, porque logro en mi abono la autoridad de los santos y la autoridad de los sabios; tengo además la autoridad de la historia, y oigo á San Gregorio que el obstáculo mayor de la verdad es la hinchazón de la mente, que mientras llena los espacios del alma cubre de nubes los horizontes de la sabiduría, y fórmanse hombres que parecen agudos é interiormente son ciegos..... *dum inflat, obnúbilat..... foris acuti, intus caeci* (1).

Vosotros me estimuláis con alto ejemplo en esta augusta ceremonia y fúnebre solemnidad, en que dais un testimonio público de que siendo por vuestro instituto celosos mantenedores de la pureza del habla, no lo sois menos de la limpieza de la fe que ha dado inmortalidad á esos genios, vivificando sus obras y esclareciendo sus vidas. Así me otorgáis nuevo derecho para repetir á los doctos: poned, poned vuestros anhelos, no en la ostentación de esa agudeza que conquista fama y prez en la opinión del mundo, sino en la humildad que se abate, en la ciencia que no disipa, en las letras que adoran al Señor; sí, que nunca la inteligencia es más grande que cuando advierte su nada, como nunca más libre el albedrío que cuando se

(1) Gregor. Moral., XXIII, XVI.

encierra en cárceles de amor, y se querella dulcemente en brazos del esposo (1). ¡Qué bienandanza tan colmada, cuando es dado escuchar al que nos habla sin estrépito de palabras, sin confusión de opiniones, sin fausto de honores, sin impugnación de argumentos! (2).

Suba el numen cristiano en alas de la fe, y corra esos espacios de oro en que la imaginación se dilata y las ideas se subliman. Resuenen sus ecos tan regalados y tan tiernos como los ha modulado el habla hermosa de CERVANTES. ¿A quién no moverá una endecha de Salicio, una silva de Figueroa, una canción de Rioja, una quintilla de Gil Polo, una cadencia de Jáuregui, disputando al cantor de Jerusalén la ternura y brillantez de su ingenio? Vosotros supísteis imitarlos, conquistando los laureles de la escena y el verde mirto de la lírica, mereciendo aplausos como en los días de Lope, Calderón y Moreto, como en los días de Rivadeneyra, Mendoza y Mariana, como en los días recientes de los Listas, Gallegos y Saavedras. Las letras españolas no pueden ser más que españolas, y como españolas, cristianas. Fijas en el cielo las miradas de nuestras musas, apenas hollarán el polvo de la tierra, como no sea para bendecirla, para estrechar á los hombres con vínculos de paz, con lazos de infinito amor, formando esa preciada corona y ornamento de la patria que se adorna con hijos de sabiduría y congregación de justos, ligados por la obediencia y consagrados por la caridad: *Filii sapientiae, ecclesia justorum: et natio illorum, obedientia et dilectio.*

SEÑOR: una de las más nobles prerrogativas de los

(1) *Multo quippe liberius erit arbitrium, quod omnino non poterit servire peccato.* Aug. Enchirid., 28.

(2) Kempis, de imit. Christ., lib. III, cap. XLIII.

grandes monarcas que dieron nombre á su siglo, fué siempre el amor de las letras, en íntimo consorcio con el lustre de la fe, para asegurar la gloria de su reinado y la felicidad de sus pueblos. ¡Cuánto no deleita nuestro corazón el contemplaros hoy heredero de tantas hermosas tradiciones, nieto gloriosísimo de los que se llamaron *sabios*, como Alfonso, añadiendo primores á nuestro idioma, y de los que se llamaron *santos*, como Fernando, para agregar á sus timbres el honor de nuestros altares! Os vemos presidiendo ese sereno recinto de los hijos del saber, y nunca os hemos contemplado más digno de nuestro respeto filial y de nuestra gratitud ferviente, que cuando parecéis compartir con ellos los afanes de la ciencia y las preces de la religión que hoy los bendice y los consagra. ¡Ah! ¡Modularon las cítaras tantos acordes suavísimos para cantar las glorias del solio de Recaredo! ¡Se afanaron tanto por enaltecer el reino de la fe católica, que ciertamente vuestro ejemplo magnífico es á la vez testimonio de alma pura que Dios bendice en su misericordia, y prenda de gratitud á los ingenios que ilustraron la patria! Plegue al cielo que estas letras españolas tengan siempre por divisa ese amor tan acendrado y ese respeto tan íntimo de que hoy nos ofrecéis claro modelo. SEÑOR: permitid al más indigno de los oradores cristianos que aquí, en presencia del Dios que juzga la justicia, evoque esa gloria imperecedera que todo el pueblo español anhela ver esculpida en vuestra noble frente; ese poder, esa grandeza, ese emporio que fué en otra edad

«Firme rival del Támesis umbrío,
Duro azote del Sena turbulento,
Gloria del trono, de la Iglesia brío,

Temido en Flandes, respetado en Trento,
Y desde el mar de Luso á la Junquera,
Hubo un cetro, un altar, una bandera [1].»

A riesgo de fatigaros, quisiera dirigir una palabra al pueblo; á ese pueblo tan amado de mi corazón, á ese pueblo que es heredero legítimo del *Hidalgo Ingenioso*, á ese pueblo que, cuando no se apasiona con delirio de la religión de sus padres, es porque tiene la desgracia de no estimar sus beneficios, por más que los respire, los beba, los palpe en la vida pública. Yo le diría, copiando otra vez de un libro que contiene la erudición de las almas: *No te conmuevan los dichos bellos y sutiles de los hombres, porque no está el reino de Dios en la palabra, sino en la virtud.* Después de decir á la Academia con el gran Prelado de Cambray: «el Diccionario no contiene más que la mitad de la lengua,» debo decir á todos: «las palabras no contienen sino la mitad de la idea,» cuya plenitud es la verdad de Dios, su reino, su justicia. Huid de lo que ya lamentaba nuestro insigne Melchor Cano; esquivad el desenfreno del habla y la licencia de la pluma [2], que asestan al corazón el dardo envenenado para viciar y corromper su sangre. Empero, alabad incesantemente al Señor como los coros angélicos que entonan sus magnificencias; adoradle como los serafines que vió el Profeta velando la faz delante del Altísimo: ¡lengua que glorifica, silencio que enmudece y que adora! ¡Qué concierto tan arrobador! ¡Qué melodías tan suaves! ¡Qué gérmenes tan fecundos de dicha y de prosperidad!

Señores: cuando damos una ojeada por Europa, no

(1) Duque de Frías, *A la muerte de Felipe II.*

(2) *Illis libertas placet, imò verò licentia dicendi scribendique:* Cano, de Locis, lib. VIII, cap. III.

es raro sorprender algún síntoma siniestro de la defección que precede á la última de las desolaciones. Son muchos ¡ay! son muchos los que llevan la funesta señal en la frente y en los brazos..... *characterem..... In dextera manu sua, aut in frontibus suis.....* (1), ó lo que es igual: la razón orgullosa que se alza contra la fe, y el encono de la fuerza que se conjura contra el Evangelio. Algunos de entre vosotros comparten, y no pocos llamados son á compartir mañana con los más altos poderes, las dificultades y angustias del Gobierno, dirigiendo los destinos de la amada patria. ¿Qué podría yo deciros que con mucha más elocuencia no lo dicten vuestros ánimos, á la vista de esa fúnebre corona con que venimos hoy á honrar tantos insignes repúblicos, que fueron al propio tiempo ornamento de las letras y amparo de la religión? Por eso no temo llamar á las puertas de vuestro espíritu con el acento de la Iglesia, que desea para vosotros el bien y para los pueblos su adelanto, y con esa voz tan llena siempre de armonías me atrevo á preguntaros: ¿qué partido abrazarán las naciones, si abrigan instintos de salvarse?.... Adoptar otra divisa; nueva señal en *la frente*, humillando la inteligencia para mejor esclarecerla; nueva señal en *la mano*, santificando los poderes para mejor dirigirlos; y en esta obra de salud, las letras cumplirán su misión, fomentando en el ánimo de los pueblos las ideas que los educan y las esperanzas que los ennoblecen. Para alcanzar ese ideal con que sueña la actual generación, para realizarlo en lo que tenga de elevado, justo y verdadero, necesitamos la influencia bienhechora del catolicismo: prescindamos de él por un instante no

(1) Apoc., XIII, 16.

más, y acontecerá que sabiendo ó presintiendo dónde vamos, ignoraremos el trámite que deba conducirnos, y nuestra gloria será la de esa *ciencia imperfecta* que censuraba San Isidoro de Sevilla (1), ciencia que desconoce las vías, aunque no ignore los términos.

No basta con reducir las letras á la rica tradición que las mantiene en su centro, ni á la viva fe que nutre y que renueva su espíritu: es menester también santificarlas en la oración, que las hace aún más fecundas y abundosas. Por eso es que no nos limitamos en admirar, si que venimos á quemar timiamas y á ofrecer el cándido Cordero que se inmoló desde el principio, para que la sangre de la alianza purifique nuestro corazón y satisfaga la deuda de injustas prevaricaciones. Fuera de esta Iglesia y alejados de ese altar, no esperéis el *torrente de aguas vivas que se esparce*, en frase de los Proverbios, ni tampoco los premios que disputa el mundo á la virtud y al mérito de los sabios. ¡Hay coronas que nunca se marchitan! y éstas son las que para nuestros padres en las letras ha implorado fervorosamente el sacerdocio. *Cada cual será lleno del fruto de sus labios, y se le retribuirá según sus obras* (2).

Vivo el dolor, reciente la memoria de tantos seres amados que ayer compartían con vosotros los afanes del estudio ó saboreaban en el hogar las dulzuras de la familia, no debo apenaros con el eco de sus nombres ni el relato de sus merecimientos. Hoy nos llaman en alivio de sus amarguras..... quizás padecen todavía para expiar esos triunfos que enaltece el mundo, pero que empañar suelen

(1) S. Isidoro, *Hisp. Sentent.*, lib. I, XVII.
(2) Prov., XII, 14, XVIII, 4.

el brillo de la inocencia ó la nítida hermosura del amor cristiano. Clamad, clamad, para que el Señor reciba nuestra oblación, llevada en manos de su ángel, como se dignó aceptar los dones de Abel, su tierno niño; el sacrificio de Abraham, su patriarca, y la hostia pura de Melquisedech, su sacerdote. Esposas del Cordero, multiplicad vuestras oraciones, porque la historia del Príncipe de los Ingenios ligada está con el sublime heroismo de aquel insigne español que supo allegar raudales de dulzura á las cárceles del cautiverio, y dádivas de sacrificio para redimir la desgracia. Polomas del desierto, acelerad con vuestras caricias el día de las misericordias, y unid vuestros ardientes votos á los de este pueblo fiel y nobilísimo, que ruega con fervor porque el alma de MIGUEL DE CERVANTES y las de todos los demás ingenios españoles que cultivaron gloriosamente las letras, por la misericordia de Dios descansen en paz. AMÉN.

DISCURSO

DEL

Sr. D. JOSÉ DE SELGAS Y CARRASCO [1].

SEÑORES ACADÉMICOS:

Hace más de dos años que recibí la particular distinción de ser elegido por vosotros para ocupar un puesto en esta Real Academia; y sólo el justo temor de no corresponder dignamente á tan señalada honra, me ha detenido por espacio de tanto tiempo, sin dejarme cruzar los pacíficos umbrales de este sereno recinto.

Pensaba yo que, apresurándome á recoger el honor que de vosotros recibía, daba más señales de desearlo que de merecerlo; porque suele acontecer que los honores que más se ambicionan no son los que más se merecen.

Por otra parte, mi natural temor debía de tener un término: ese término debía de cumplirse y se ha cumplido, y no me era lícito demorar por más tiempo esta solemnidad sin incurrir en ingratitud.

Por eso no he acudido antes á sentarme entre vosotros; por eso vengo hoy.

No debo yo erigirme en juez de la escasez de mis me-

(1) Leído en la Junta pública que celebró la Real Academia Española, para darle posesión de plaza de número, el día 1.° de marzo de 1874.

recimientos, puesto que vosotros me habéis elegido; pero no llevaréis á mal que vea en la elección con que me habéis honrado más vuestra benevolencia que vuestra justicia.

Vengo á ocupar el puesto de un hombre ilustre, á cuya memoria debo el justo homenaje del más profundo respeto.

D. Joaquín Francisco Pacheco, admirado en el foro, temido en la tribuna, útil en la Academia, es un nombre que no debe olvidarse y que yo en la ocasión presente no puedo olvidar.

Al rendirle el tributo de este recuerdo, en el momento en que voy á sucederle, lo hago con la seguridad de que no puedo sustituirle.

Siempre ha sido honor insigne llegar á tener un asiento en estos escaños; pero creo que hoy es más honroso que nunca, porque nunca como hoy se ha visto la lengua patria en mayor desgracia.

Desde aquí defendéis, con heróico empeño, la pureza y la integridad de la lengua castellana, simultáneamente acometida por las invasiones de una literatura que el filosofismo ha hecho sabia, la política libre y la industria útil.

Sabia, porque nadie la entiende.

Libre, porque se ha emancipado de la tutela del Diccionario y ha roto las ligaduras de la Gramática.

Útil, porque traducida en dinero, ó lo que es lo mismo, hablando en plata, que es la lengua positiva de nuestros tiempos, en todas partes cuesta mucho más de lo que vale.

Desde aquí defendéis la integridad de la lengua castellana contra la funesta influencia de tres grandes pode-

res: contra el poder del filosofismo, que, llamándose á sí propio ciencia, ha subvertido el orden de las ideas; contra el poder de lo que se entiende por política, que ha alterado profundamente el sentido de las palabras; contra el poder de una industria, que, confundiendo las bellas letras con las letras de cambio, ha medido la altura del arte por la extensión de la ganancia.

Ved si puede ser mayor la desventura de nuestra lengua.

En poder de la filosofía moderna se ve cruelmente *germanizada.*

En manos de la política sufre el yugo de todo linaje de *galicismos.*

En los dominios de la industria literaria está siempre vendida.

Si yo fuera indiferente al honor de sentarme en este sitio, experimentaría el deseo de conseguirlo, arrastrado por ese atractivo que sobre los corazones nobles ejerce siempre la desgracia.

No sé si podemos ser á un mismo tiempo testigos y jueces de nuestro siglo; ignoro si en el cúmulo de derechos que hemos conquistado se encuentra el derecho ilegislable que pone á nuestro arbitrio la facultad suprema de fallar definitivamente en causa propia.

Es posible: la soberanía de la razón, que hace de cada hombre el juez único de sus propias acciones, no puede negarnos el derecho de ser jueces de nuestro siglo.

Es cierto que todavía pesa sobre nuestra generación la práctica rutinaria de apelar á un proceso que nosotros no instruimos, y á un tribunal que sólo nos oye como simples testigos, y que aún conserva por derecho propio el privilegio exclusivo de absolvernos ó condenarnos.

Hablo del proceso de la Historia y del tribunal de la posteridad, de cuyo juicio no se ha escapado todavía generación ninguna.

Pero medítese bien acerca de esto, y se verá qué injusticia tan notoria resulta de que hayan de ser nuestros jueces aquéllos á quienes nosotros no hemos podido elegir ni podemos juzgar.

La civilización moderna no ha debido fijar todavía su luminosa mirada en este punto, y sólo así puede aún permanecer en pie el antiguo fuero de esa tenaz jurisdicción.

Mas, seamos ó no jueces legítimos de nuestro siglo, no podemos negar la evidencia de que no tenemos otro tiempo en que vivir, y sería una crueldad que nos empeñáramos en creer que son los peores tiempos del mundo éstos en que hemos nacido, cuando es tan propio de la condición humana dar á la realidad los colores del deseo.

¿Y quién puede privarnos del placer de nuestra propia alabanza? ¿Por qué nos hemos de negar la satisfacción de unos aplausos que tan fácilmente podemos tributarnos?

Si se mira la prisa con que vivimos, la inquietud con que nos movemos, la precipitación con que nos empujamos, nada más fácil que incurrir en el error de creer que nos agita y nos impulsa la viva ansia de salir del día.

Mañana: he ahí, en efecto, el término improrrogable de nuestros deseos.

Mañana es el día risueño que todos buscamos.

Al día de mañana hemos trasladado todos la fiesta solemne de nuestra común felicidad, como si nos estuviera prohibido ser felices en el día de hoy.

Y se dirá: si el día de mañana embarga las inquietas miradas de nuestros ojos con el esplendor de una brillan-

te perspectiva, triste y obscura debe parecernos la realidad del día de hoy; porque si lo porvenir es una esperanza, lo presente debe ser una desgracia.

Pero esto es un sofisma que á todos nos deslumbra: el día de mañana es un día que no llega nunca, como si de ese modo quisiera darnos á entender que los deseos del hombre no tienen medida.

Y si no es así, el caso está previsto.

Hay entre las ciencias modernas una que, salvando los límites que separan á unos tiempos de otros, nos ha abierto con mano franca los fabulosos tesoros que se esconden en las obscuridades de la edad futura.

Paso gigantesco, por medio del que los pueblos y los individuos, adelantándose prodigiosamente á su tiempo, pueden tomar de lo venidero todo lo necesario á la majestad de lo presente.

Preciso es confesar que si la inflexible naturaleza de las cosas no nos permite poner el pie fuera de nuestra generación ni más allá de nuestra vida, en cambio la ciencia invencible de los hombres nos lleva hasta el punto de que podamos, con toda comodidad, meter la mano en el hondo bolsillo de las futuras generaciones.

He ahí, sin duda, por qué se escapa frecuentemente de nuestros labios este grito de triunfo: *El porvenir es nuestro.*

Y en verdad, yo pregunto: ¿á quién puede pertenecer el gran tesoro de la riqueza futura, si no es á nosotros á quien pertenece?

¿A nuestros abuelos? Han muerto ya.

¿A nuestros nietos? No han nacido todavía.

Tal es nuestro derecho aplicado á nuestro crédito.

Este crédito, aplicado á la prosperidad pública, no es

menos maravilloso, al paso que es más sencillo y más palpable.

Consiste en hacer efectivo lo que es imaginario, en devorar una fortuna antes de poseerla, en traer á lo presente lo que está por venir.

¿Cómo? En las limpias hojas de todos los libros de caja campean dos palabras técnicas que representan valores opuestos, cantidades contradictorias.

La primera de estas palabras es *Debe*; la segunda es *Haber*. Pues bien; cámbiese el sentido opuesto de ambas voces; tómese recíprocamente una por otra, y tan sencilla operación arrojará á nuestros ojos esta suma enorme: hay..... lo que se debe. O lo que es igual: el *Debe* será el *Haber*.

De esa manera la economía política, que nos está enriqueciendo, ha puesto á nuestro alcance lo que está por venir: de ese modo, sin poder salir de hoy, hemos logrado vivir en mañana.

Así se ve cuán absurdo es el secreto impulso que nos empuja fuera de lo presente, tomando como una esperanza lo venidero.

Fijémonos bien en este punto.

Los siglos pasados trabajaron lentamente para legarnos una rica herencia: por eso consumieron tanto tiempo.

Nosotros, á nuestra vez, trabajamos para dejar á los siglos venideros una opulenta deuda: por eso gastamos tanto.

Bajo la forma de los tres tiempos elementales de la conjugación, descubro toda la profundidad de estas observaciones.

He aquí el orden de los tiempos.

Aquéllos lo ganaron.

Nosotros lo gastamos.

Los que vengan lo pagarán.

Ahora creo que no habrá nadie que esté descontento de vivir en el tiempo presente.

Pero no hay en el mundo dicha que sea completa; y mientras el creciente poder del hombre no derogue esta ley impuesta por la Providencia á la naturaleza humana, no tenemos más remedio que someternos á la imperiosa necesidad de sufrirla.

Alguna sombra había de obscurecer el cielo de nuestra felicidad, alguna gota de acíbar había de caer en el suntuoso vaso en que rebosan las dulzuras de nuestra vida, alguna pena había de oprimirnos el corazón en medio de la viva algazara de nuestra dicha.

¡Qué singular contraste! Somos sabios, y nuestra lengua se empobrece; somos poderosos, y nuestra lengua pierde su vigor y su fuerza; estamos á punto de tocar el bien supremo de una felicidad completa, y he aquí nuestra única desgracia: no nos entendemos.

Hay una época brillante en nuestra historia literaria que llamamos Siglo de oro, y de la que no podemos hablar sin profundo respeto.

Entonces la lengua patria, agradecida sin duda á los favores que recibía, se prestaba, dócil y abundante, fácil y clara, á servir de fiel expresión á las ideas más abstractas, á los conceptos más ingeniosos, á los más tiernos afectos.

Respondía, como el instrumento acordado responde á la destreza del músico; como la tierra preparada responde en frutos sazonados y en copiosas flores á la fecunda semilla que se encierra en su seno.

Aquella lengua enamorada en Lope, grandilocuente en

Calderón, sobria en Rioja, atrevida en Góngora, inagotable en Cervantes, aguda siempre y siempre profunda en Quevedo, tan clara como filosófica, tan sencilla como sublime en Fr. Luis de Granada, armoniosa en todos, era ciertamente la lengua de un pueblo que creía y que pensaba.

Aquel fué el siglo de oro.

¿Es aquella vuestra lengua?

No es á vosotros, señores Académicos, á quien dirijo esta pregunta.

Al hacerlo, interrogo á esa ciencia soberana que, llamándose filosofía moderna, busca por torcidos caminos la última razón de las cosas, y lleva los espíritus á la última confusión de las ideas.

Interrogo á esa política, hija natural de esta filosofía, que, pretendiendo buscar el justo equilibrio entre los gobiernos y los pueblos, sólo habla de mentidos derechos que parecen encargados de hacer olvidar todos los deberes, excepto el deber dinero.

Interrogo á esa industria literaria, hermana de esta política, que, erigiéndose en maestra de todas las cosas, desnaturaliza los más bellos sentimientos en dramas y en novelas y obscurece la claridad de las ideas y la evidencia de los hechos, por medio de discursos y periódicos, con tempestades de palabras y nubes de tinta.

Á esa filosofía, á esa política y á esa industria he dirigido mi pregunta; y aunque brevemente van á contestarme.

La filosofía es la primera que se me presenta, y abriendo el libro de su profunda sabiduría, dice de este modo:

«Reconocido, pues, Yo en la conciencia y á distinción determinada del cuerpo; Yo mismo, igualmente ó espíri-

tu sigue en orden á la consideración del cuerpo—y como lo conocemos y nos lo atribuímos—(ó como nos hallamos con el cuerpo en el medio sensible y en la naturaleza) considerar (2.ª sección de la 2.ª parte de la conciencia) el espíritu ó yo mismo, como el que resto en la distinción; que os consideramos propia y primeramente en nuestro sér y propiedades—las puras nuestras interiormente—sin necesaria atención en esto, al cuerpo, y lo tocante á él considerado, no haciendo esto primeramente á nuestro propio sér—sér de espíritu y conciencia—sino sólo al cuerpo y nuestro conocimiento de él, como conjunto é íntimo conmigo.»

Profundo debe ser el pozo de ciencia que se esconde debajo de esos renglones, si hemos de medirlo por la densa obscuridad de las palabras; y el investigador más perspícuo que intentara penetrar en ella se vería expuesto á perder hasta la íntima noción de sí mismo, que es la manera más segura de perderse.

En cuatro partes se divide la Gramática de la lengua castellana, y sería ciertamente un hombre extraordinario el que acertara á encontrar en el párrafo que acabo de leer rastro alguno de ellas; no hay en él ni analogía, ni sintaxis, ni prosodia, ni ortografía: es un conjunto informe de palabras; es la lengua elevada al caos.

Yo sé que hay idiomas sin gramática que todos hablamos y todos entendemos.

El amor, por ejemplo, no encuentra muchas veces palabras en el *Diccionario* de ninguna lengua para expresar los secretos pensamientos del cariño, y busca en la elocuencia de las miradas, en el insinuante calor de los suspiros, en el persuasivo encanto de las sonrisas, la comunicación íntima y completa de dos corazones.

De la misma manera el dolor, como si no cupiese dentro de los límites de la palabra, prorrumpe en gritos arrancados del alma, desata en la boca el manantial de los sollozos y hace caer de los ojos afligidos torrentes de lágrimas.

Ved al niño que sonríe en el regazo de su madre: sus labios no han aprendido aún á pronunciar palabra alguna, pero su alma está toda en la expresión angelical de su rostro; todavía no ha tenido por qué ocultarla, y la deja ver en la viva inquietud de sus ojos, en la dulce movilidad de su boca, en la agitación de sus pequeñas manos, en la pureza de su risueña frente.

Cosa extraña: no sabe hablar y todo lo dice.

La madre, inclinada sobre aquel rostro que alternativamente ríe y llora, no pierde—permítaseme decirlo así—ni una palabra ni una sílaba de tan misterioso lenguaje.

Hay más: hay quien, hablando y escribiendo, desconoce de tal modo el sentido propio de las voces que usa y la precisa correspondencia que debe existir entre el pensamiento y la palabra, que con frecuencia nos vemos obligados á interpretar en leyes, en libros, en discursos y en periódicos párrafos enteros que hacen muy dudosa la recta inteligencia de los conceptos.

Y aun en este frecuente caso á que nos ha traído el abuso de la palabra y de la pluma, todavía podemos averiguar lo que se ha querido decir ó lo que se dice, y de todas maneras nos queda el consuelo de saber con más ó menos certidumbre, si no lo que ha querido decirse, á lo menos lo que se ha dicho.

Pero en el libro de que he copiado la página de filosofía que antes he leído, es absolutamente imposible ave-

riguar, ni lo que su autor ha querido decir, ni lo que dice.

Se asegura que la palabra sirve para disfrazar los pensamientos, y yo me inclino á creer que, en esta época, para lo que más sirve es para omitirlos.

Incalculables son los estragos que en una inteligencia incauta puede causar semejante filosofía; pero visible es el pasmoso desorden que ha introducido en la hermosa lengua castellana.

Abandonad á la influencia de esos librepensadores el idioma patrio; dejad que esa *ciencia* se apodere de él y lo haga á su imagen y semejanza; consentid que esa lengua absurda se propague, y todos los que tenemos todavía la pretensión de dejarnos entender, nos veremos sometidos á la dura necesidad de hablar por señas.

Así trata la filosofía moderna la lengua castellana..... y, seamos justos, la trata así con razón, porque el gran enemigo de esa ciencia es la Gramática, y por eso la destroza sin misericordia.

La política, á su vez, ha trastornado el sentido de las palabras, y sin pasar del breve examen á que su propio nombre se presta, creo que podré demostrarlo.

Yo abro vuestro Diccionario, registro sus páginas y me encuentro con esta definición:

POLÍTICA.—*Arte de gobernar á los hombres, dar leyes y reglamentos para mantener la tranquilidad y seguridad públicas y conservar el orden y las buenas costumbres.*

Paso porque la definición no sea completa: no tengo inconveniente en admitir que la política es algo más que eso; pero dentro de los términos con que la definís, está la base de lo que debemos entender por política.

Pues bien; esta palabra ha cambiado radicalmente de sentido: el uso que de ella se hace, la aplicación que generalmente se le da y el modo con que por todos se entiende, prueban que ya no es lo que debiera ser.

Dejad las columnas del Diccionario y consultad las columnas de todos los periódicos; dejad la Academia y pasad al Parlamento, y veréis la transfiguración del sentido de esa palabra.

Política, en su propio lenguaje y en el lenguaje más elocuente todavía de los hechos, es el choque tumultuoso, continuo y necesario de los partidos.

Tal es el fundamento de lo que llamamos régimen político.

Váciese ahora esta idea esencial de la política en el molde de vuestra definición, y nos encontraremos con que es todo lo contrario.

He aquí los términos:

POLÍTICA.—*Arte de trastornar los pueblos, destruir leyes y reglamentos para mantener la intranquilidad é inseguridad públicas y conservar el desorden y las malas costumbres.*

Así la política, empezando por el sentido de su propio nombre, ha alterado en el comercio de todas las opiniones el valor de todas las palabras.

Ella es la que ha contrapuesto el sentido análogo de dos verbos que la lengua ha hecho para que vayan juntos, como lógico complemento uno de otro, y ha declarado que reinar no es gobernar.

Ella es la que, fundiendo en el crisol de concordancias imposibles los términos más opuestos, ha creado esa frase que, corriendo de bolsillo en bolsillo, corre todavía de boca en boca diciendo: *Donativo forzoso.*

Hasta en lo que es meramente formulario tiene el extraño placer de contradecirse.

Es frecuente oir en los tumultos parlamentarios esta reclamación arrancada por el dolor de un atropello ó de una ofensa: «pido que se escriban esas palabras;» pues bien, el que pide que se escriban esas palabras, lo que verdaderamente pide es que se borren.

¿Queréis ver la contradicción más manifiesta? Pues sabed que esas palabras, sean las que quieran, no se borran nunca.

No fatigaré yo vuestra atención por más tiempo, buscando en el movimiento de la industria nuevos agravios hechos á la pureza de la lengua de que sois custodios; pero me permitiréis que ofrezca á vuestra reflexión el último ejemplo de nuestra grandeza y de nuestra desdicha.

Voy á hablar de un prodigioso invento, ante el que debemos descubrirnos.

Maravilloso es, ciertamente, ese artificio con que el hombre, robando á la naturaleza el poder de su más misterioso agente, ha puesto en rápida comunicación á los pueblos más distantes y en continuas y estrechas conversaciones de intereses y de sucesos á los hombres de todos los puntos del globo, convirtiendo el mundo en una tertulia.

Esta lengua incansable, que lleva nuestras palabras con la viveza del relámpago al través de las mayores distancias, tiene por agente el fugitivo impulso de la chispa eléctrica y por medio la fragilidad de un alambre.

Y he aquí un raro capricho de las cosas: tan poderoso elemento, tan feliz idea llevada á término á costa de tantos sacrificios y de tanto trabajo, está á merced del aire y basta un soplo para destruirlo: ¡tan grande y al mis-

mo tiempo tan débil! ¡Tan poderoso y al mismo tiempo tan frágil!....

Mas ello es que, mientras una corriente de agua no lo interrumpe ó una bocanada de viento no lo deshace, el telégrafo trepa por las montañas, desciende á los valles, corta las llanuras, salta los ríos, se hunde en el seno de los mares, y de continente en continente, de región en región, de pueblo en pueblo, lleva á las más apartadas comarcas la pronta noticia de lo que acaba de suceder, muchas veces de lo que está sucediendo y alguna vez de lo que aún no ha sucedido.

Verdadero prodigio de la industria humana, que excede á toda admiración. Digámoslo con orgullo: el telégrafo es la lengua propia de la civilización moderna; la fórmula de su pensamiento, su verbo; es el oráculo de la sociedad presente.

Pero ved qué extraño idioma es el que habla: las palabras saltan del aparato al papel, sin orden, sin concierto, sin trabazón alguna; parece que las partes de la oración han roto todos los vínculos que las unen entre sí, y las oraciones, bárbaramente mutiladas, salen del impasible mecanismo desfallecidas, sin color, sin fuerza, sin vida, como si se escaparan de los agudos garfios de un terrible tormento.

El monstruo habla siempre un lenguaje monstruoso, sea el que quiera el idioma en que hable; destroza los conceptos y devora las palabras, movido, si puedo decirlo así, por una sobriedad insaciable, y parece que para vivir necesita alimentarse de la substancia de todas las lenguas cultas.

El instrumento más admirable de nuestra civilización habla como un salvaje.

Ya lo veis: esa filosofía, esa política y esa industria, cada uno á su modo, muestran particular empeño en destruir el gallardo monumento de nuestra lengua patria, de esa lengua que ha sabido contarle al mundo y extender por la tierra nuestro nombre y nuestras grandezas.

Mas hoy, que anda en tan viva disputa lo tuyo y lo mío; hoy, que la propiedad se ve tan frecuentemente acometida, propósito heróico es el vuestro pretendiendo conservar la propiedad del idioma castellano, invadido por la filosofía, subvertido por la política y explotado por la industria.

Por esto me parece que recibo hoy un doble honor al sentarme en este sitio; porque, lo vuelvo á repetir, nunca se ha visto la lengua castellana en mayor desgracia.

Antes de poner término á la lectura de estas páginas que tan benévolamente habéis escuchado, permitidme una última reflexión.

Desde este lugar apartado de las agitaciones de la vida pública, donde se han retirado las letras para dejar pasar la gritería de los errores, el tumulto de las pasiones, el encontrado oleaje de los intereses y el desorden de las costumbres, podéis ver con perfecta claridad retratada en el espejo de la lengua la fisonomía verdadera de la sociedad en que vivimos, porque en ninguna parte se dibuja más fielmente la imagen moral de un pueblo que en la lengua que habla.

La historia relata los hechos, la literatura ensalza á los héroes y perpetúa las hazañas en la memoria de los hombres; pero el estudio de las lenguas nos descubre mucho mejor la inteligencia, la civilización y el genio de las sociedades y de los pueblos.

En ellas, digámoslo así, palpitan el carácter, los senti-

mientos y las costumbres; parece que al comprenderlas se oye la voz remota de los pueblos que las han hablado, y vienen á ser como los ecos que en pos de sí dejan las generaciones que pasan.

Se habla como se siente y como se piensa: una lengua varonil no puede pertenecer á un pueblo afeminado; la lengua no puede ser sabia en un pueblo ignorante, ni puede ser culta en un pueblo salvaje.

De la misma manera las lenguas se postran cuando las sociedades desfallecen; una lengua que se corrompe es siempre indicio seguro de una sociedad corrompida: la baja latinidad pertenece al bajo imperio.

Tenéis, pues, en la mano la sonda con que podéis medir la profundidad intelectual y moral de estos tiempos en que vivimos: todo, todo lo que la lengua desciende eso descendemos.

He visto muchas veces al médico delante del enfermo buscar en señales exteriores la revelación de la enfermedad oculta, y siempre lo he visto indagar el estado de la dolencia por el estado de la lengua.

En la lengua del enfermo es donde ve el médico el carácter y los estragos de la enfermedad.

Imitad este ejemplo.

¿Queréis saber cómo se piensa? Pues ved atentamente cómo se habla.

He dicho.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. CÁNDIDO NOCEDAL

AL DISCURSO ANTERIOR.

SEÑORES:

Doy las más expresivas gracias á la Academia Española por haberme designado para representarla en tan solemne ocasión, aunque indigno, y contestar, llevando su autorizada voz, á nuestro nuevo compañero el señor D. José de Selgas y Carrasco. Grandes son mi gozo y la satisfacción de mi alma, viendo llegar á estos honores dignamente al amigo querido, y ser yo quien en público le felicite. Yo también apadriné sus bodas el día en que se unió ante el altar á la mujer que labra su ventura; también presenté yo en las sagradas fuentes del Bautismo el primer fruto de aquella unión bendecida. Compañero de Selgas, que no jefe suyo, contemplábame yo cuando juntos servíamos á la patria en los consejos de la augusta Señora que empuñaba el cetro; juntos defendimos en diversas ocasiones y en sitios diferentes, con la palabra y la pluma, entre azares y peligros, nuestras comunes opiniones, que podrán ser erradas todo lo que se quiera, pero las profesamos con noble sinceridad y desinterés notorio; juntos, en fin, hemos tenido la suerte de mostrarnos

hijos sumisos de la Iglesia, eterna depositaria de las únicas verdades que pueden proclamarse con seguridad y sin vacilación en la tierra. ¿Cómo extrañar que hoy apadrine aquí al laureado escritor quien se preció de estar al lado suyo en hidalga lucha, y sobre todo quien apadrinó á sus hijos? Así ellos, en el cerco de ángeles junto al trono de Dios, alcancen de la misericordia infinita que sean sabias nuestras almas, como es tierno y cariñoso el abrazo que nos damos hoy de hermanos y compañeros.

Que el Sr. Selgas es digno, dignísimo, de ocupar un puesto en la Academia Española, sábenlo los Académicos que le han dado su voto para que le ocupe: sábelo España, que conoce su *Primavera*, y su *Estío*, y sus *Hojas sueltas*, y su *Libro de memorias*, y sus *Nuevas páginas*. Y si alguien lo ignora, que se lo pregunte á cuantas madres de familia hayan leído la composición intitulada *La cuna vacía*.

Acababa de perder Selgas dos hijos de tierna edad; sentía oprimido el pecho y desgarrado el corazón; pero contempla el acerbo dolor de su esposa, anegada en lágrimas, y halla de improviso dulces bálsamos de consuelo que prodigar á la madre infelicísima escribiendo lo siguiente:

Bajaron los ángeles;
Besaron su rostro;
Murmurando á su oído dijeron:
—Vente con nosotros.
Vió el niño á los ángeles
De su cuna en torno;
Extendiendo los brazos les dijo:
—Me voy con vosotros.
Batieron los ángeles
Sus alas de oro;

Suspendieron al niño en sus brazos,
Y se fueron todos.
De la aurora pálida
La luz fugitiva,
Alumbró á la mañana siguiente
La cuna vacía.

Decidme, señores Académicos; decidme, espectadores que tenéis la bondad de escucharme; decidme vosotras, sobre todo, que con vuestro buen sentido decidís de la fama de los hombres, así como de su suerte, señoras que presenciáis este acto: ¿no es gran poeta el autor de *La cuna vacía*? ¿No es gran poeta quien ha escrito las composiciones conocidas con los nombres de *Lo que son las mariposas*, *Las dos amapolas*, *La sensitiva* y *La modestia*? ¿No es gran poeta quien ha compuesto el ingenioso apólogo de *El sauce y el ciprés*?

Cuando á las puertas de la noche umbría,
Dejando el prado y la floresta amena,
La tarde melancólica y serena
Su misterioso manto recogía;
Un macilento sauce se mecía
Por dar alivio á su constante pena,
Y en voz suave y de suspiros llena
Al son del viento murmurar se oía:
—«¡Triste nací!.... ¡Mas en el mundo moran
Seres felices, que el penoso duelo
Y el llanto oculto y la tristeza ignoran!»
Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.
—«¡Dichosos, ay! los que en la tierra lloran,»
Le contestó un ciprés mirando al cielo.

Como prosista, Selgas posee maravilloso y envidiable arte: el de encerrar los pensamientos más profundos, y á veces más atrevidos, en las palabras más sencillas y más

llanas que tiene el idioma castellano. Y como si éste no fuera extraordinario mérito, aún alcanza otro que no le va en zaga. Con fórmulas en apariencia ligeras, como quien juguetea y se entretiene discurriendo y retozando por entre niños y flores, dice hondas sentencias y clava agudísimos dardos para advertimiento común, y derrama bienhechor rocío y abundante consuelo en las almas doloridas. Sabe así desconcertar y confundir al adversario con gracia tal, que al oirla fuérzale á reir, y al meditar sobre ella le hace llorar; como serenar el espíritu contristado con una frase al parecer trivial, pero de tal modo sabrosa, que se adhiere tenaz á la memoria.

Sus discursos dulces y regalados para el bello sexo, como el viento primaveral, oloroso cual la flor del tomillo y del cantueso en las cumbres del Guadarrama, y fragante como los ramilletes de azahar que embalsaman los huertos en la patria de Selgas, encierran siempre para la mujer útil y bienhechora medicina, mostrándole el camino de la verdad sin adular ni sus flaquezas ni sus defectos. Nadie en nuestros días, que yo sepa, ha dicho mayores durezas con mayor galanura á esta hermosa mitad del género humano; pero envueltas en consejos tan provechosos y honrados, como los que realzan la serie de artículos que llevan el epígrafe de *El Mundo*.

¿Queréis un cuadro encantador, sencillo, alegre, que da por resultado una gran verdad? Pues escuchad á Selgas.

«¿No habéis visto alguna vez á una niña llena de viveza y de alegría correr impaciente, ágil y ciega detrás de una mariposa?

»Va, vuelve; torna á ir y torna á volver; sus pies menudos y ligeros trazan sobre la tierra tantos círculos,

tantas vueltas, tantos giros, como giros, vueltas y círculos dibujan sobre el aire las alas impalpables del codiciado insecto.

»Diez veces ha sentido en sus mejillas como un soplo el contacto fugitivo de aquellas alas finas como un encaje, brillantes como el oro y la seda, ligeras como el aire.

»Veinte veces la ha cogido y veinte veces se le ha escapado: parece un desafío á muerte; la niña ni se cansa ni cede; la mariposa ni huye ni se deja coger; hay gritos de cólera, gemidos de impaciencia y quejidos de alegría: hay pasión, hay furia, hay vértigo.

»No es siempre la niña la que busca á la mariposa: muchas veces es la mariposa la que busca á la niña..... la niña sigue invencible y la mariposa incansable.

»Llega al fin un momento que parece decisivo.—La mariposa ha tomado espacio y, elevándose hasta las copas de los árboles, se ha perdido entre el follaje obscuro y espeso.—La niña, suspensa, la busca con sus inquietas miradas y no la encuentra. De pronto la ve venir, silenciosa y cauta, por debajo de las ramas, como si quisiera sorprenderla. Sus alas, ya azules, ya carmesíes, relampaguean en la sombra, llenando el aire de caprichosas aguas de todos colores; se agita temerosa como una llama de nácar, de púrpura y de oro.

»La niña abre sus brazos para esperarla; abre sus ojos para no perder ni uno de sus movimientos, y abre sus labios sonrosados para decirse á sí misma: esta vez no se me escapa.—La mariposa llega; la envuelve en una nube de círculos; roza sus labios, sus rizos, sus mejillas, sus párpados; golpea con sus alas las manos de la niña, y se escapa majestuosamente como si quisiera decir: estás fresca. ¡Qué lástima, qué desconsuelo, qué rabia!—La

mariposa va y vuelve, la niña vuelve y va. Las dos se buscan con nuevo encarnizamiento, y las dos se encuentran.—Levanta la niña sus dos manos blancas, pequeñas y sonrosadas como dos mosquetas, y la mariposa pasa por entre las manos de la niña como pudiera pasar por entre dos rosas.—Este sí que es el momento decisivo, el momento supremo.—La niña junta sus manos y la mariposa queda al fin entre las manos de la niña. ¡Qué alegría, qué saltos, qué risas, qué felicidad!—Aquí está preso, cogido el objeto de tantos afanes.—No se atreve á separar los dedos, y los aprieta temerosa de que el tesoro se escape.—Diez cabezas rubias, movibles y risueñas, rodean con impaciente curiosidad aquellas manos que han sabido coger tan codiciada joya.—Diez cabezas de niñas, esto es, diez botones de rosas que se empiezan á abrir.—Van á ver los matizados colores de sus alas; van á tocar sus bordados de oro; van á examinarla, á besarla, á poseerla.—Se toman serias precauciones para el caso de una fuga. Todas las manos se levantan escalonadas estratégicamente alrededor del prisionero, como centinelas colocados para hacer inútil cualquiera tentativa de evasión..... Al fin la niña empieza á separar poco á poco sus manos fuertemente apretadas; la curiosidad se aumenta, la impaciencia crece, y las precauciones se doblan: hay un momento de profundo silencio y de completa inmovilidad: ese silencio y ese reposo que preceden siempre á los grandes sucesos.—Las manos de la niña se abren; una exclamación general resuena en el corro; la curiosidad desaparece; las manos se bajan; las precauciones se abandonan.—La mariposa no es mariposa, aquellas alas no son alas, aquellos colores no son colores, la niña encuentra, en la suave palma de su menuda mano, un gu-

sanillo aplastado, un poco de polvo que apenas brilla á los rayos del sol: nada.

»La curiosidad se convierte en descontento, la animación en abandono, la alegría en tristeza.

—»¡Qué chasco!—He ahí la vida: ese es el mundo.»

Resuélvese á bosquejar un perfecto retrato de mujer que en su concepto, y en el mío, haya de estimarse acabado tipo de belleza moral en su sexo; pues eligiendo como asunto la vida sencilla de los campos, y buscando en ellos la mujer de su gusto,

«Pobres criaturas, dice. ¿Qué sabéis vosotras lo que es el mundo?—Vuestra ignorancia sólo os permite ser buenas hijas, buenas esposas y buenas madres.—Cantáis por las mañanas, rezáis al caer el sol y bailáis los domingos delante del atrio de la iglesia, porque vuestras honestas alegrías son tan agradables á los ojos de Dios como vuestras humildes oraciones.—Tenéis unos espejos en los que comprobáis todos los días la belleza de vuestros semblantes y la sencilla pureza de vuestras almas.—Os miráis en los ojos de vuestras madres, de vuestros esposos y de vuestros hijos; os miráis también en el espejo, siempre limpio, de vuestra conciencia.—Vuestros adornos son siempre de moda.—Tenéis la sonrisa de la alegría, bello adorno fabricado y tejido en el taller de vuestro corazón. Sois gallardas como el álamo que se cría al sol y al viento. Cada estación os ofrece una flor fresca, risueña, acabada de hacer, viva y brillante, para que adornéis vuestros cabellos. El trabajo, la virtud y la inocencia os proporcionan los dos encantos más bellos de la mujer: la alegría y la salud..... Cuando bajáis al valle, cruzáis la ribera ó subís á la montaña, todo os echa flores: la tierra, el monte, los granados, los almendros, los rosales y los

tomillos. Esta galantería podéis admitirla sin bajar los ojos; podéis admitir esos requiebros sin que vuestro rostro se encienda de pudor ni palidezca de soberbia.—Podéis recoger esas flores que os arrojan al paso, sin que vuestros hijos se avergüencen, ni vuestros esposos se ofendan, ni vuestros padres se aflijan..... Vuestras casas están apiñadas alrededor de la iglesia, como los hijos alrededor de su madre. Detrás de la iglesia está el cementerio: ese camposanto, labrado por la muerte, está allí como un amigo que espera: sobre cada sepultura se levanta una cruz, sencilla porque es la verdad, negra porque es el recuerdo de un gran luto, con los brazos abiertos porque es la señal de una gran esperanza. ¡Pobres criaturas! ¿Qué sabéis vosotras? Sabéis amar, sabéis creer, sabéis orar y sabéis morir..... Vivís como las flores: á la luz del sol y delante del cielo. ¿Y esto es vivir? Y estas criaturas, al cerrar los ojos por última vez, ¿podrán decir que han visto el mundo? Y la civilización, y la sabiduría, y el progreso, ¿ha de dejarlas en tan profunda ignorancia?—Yo os enseñaré un pequeño mundo, ese *mundo* que las mujeres de la civilización, de la sabiduría y del progreso llevan á la espalda al correr por el mundo. Es un mundo sobre el que brilla el sol y el cielo de los placeres. Es un paraíso en que la tierra es de seda y los ríos de oro..... Aquí lo tengo, como una joya encerrada en su estuche: otro día abriremos el estuche y veremos la joya.»

Y le abre, en efecto, y saca de él un cuadro pavoroso pintado con tan vivo colorido, con tanto vigor como los dos anteriores.

«Vosotras, bellas criaturas, que pasáis la vida asomadas á la ventana de vuestros encantos; que todo lo mi-

ráis desde la altura de vuestros adornos; que ahogáis sobre las alfombras el ruido de vuestros pasos, como si quisiérais ocultarle al tiempo que vais andando por la vida; que tenéis por templo el tocador, por altar un espejo, por divinidad vuestra propia hermosura: vosotras sabéis lo que es el mundo. No sois la perla escondida, sois la perla engastada..... Vosotras habéis ensanchado interminablemente los horizontes de la vida rodeándoos de espejos; al fin del camino que seguís está siempre vuestra imagen; tenéis constantemente delante de los ojos una bella perspectiva: vosotras mismas..... Habéis hecho de vosotras mismas un peligro constante á vuestra honestidad, un escollo continuo á vuestra virtud, y un recelo permanente para los que os estiman, para los que os respetan, para los que os aman..... Sois la percha donde el lujo cuelga sus fugitivas invenciones; el aparador donde el comerciante muestra sus telas; joyeros donde Pizzala expone sus alhajas..... Sois el lujo; esto es, la gran mentira de la civilización, la gran miseria de nuestros tiempos..... Este es el mundo. Vosotras lo habéis encerrado en el estrecho recinto de cuatro tablas; llamáis *mundo*, con perfecta exactitud, á ese inmenso baúl que lleváis siempre á la espalda en vuestra brillante peregrinación sobre la tierra. Dentro lleváis vuestro corazón. Abrámosle. ¿Qué hay en él?—Todo: seda, oro, diamantes.—Nada: cuatro adornos, cuatro piedras y cuatro trapos. ¿Nada más?—
—Nada más.—¿Y ese es el mundo?—Ese.—Al llegar aquí tiráis el libro con enfado diciendo: todo eso es mentira. Es decir, que sois así sin saberlo, ó sois así sin quererlo ser.»

De este último cuadro, por no poner demasiado serio al auditorio, he suprimido mucho, y acaso lo mejor. Quie-

ro, con todo, presentaros agradable contraste con otra composición de Selgas: *La Modestia.*

Por las flores proclamado
Rey de una hermosa pradera,
Un clavel afortunado
Dió principio á su reinado
Al nacer la primavera.
Con majestad soberana
Llevaba y con noble brío
El regio manto de grana,
Y sobre la frente ufana
La corona del rocío.
Su comitiva de honor
Mandaba, por ser costumbre,
El céfiro volador,
Y había en su servidumbre
Yerbas y malvas de olor.
Su voluntad poderosa,
Porque también era uso,
Quiso una flor para esposa,
Y regiamente dispuso
Elegir la más hermosa.
Como era costumbre y ley,
Y porque causa delicia
En la numerosa grey,
Pronto corrió la noticia
Por los estados del rey.—
Y en revuelta actividad,
Cada flor abre el arcano
De su fecunda beldad,
Por prender la voluntad
Del hermoso soberano.
Y hasta las menos apuestas
Engalanarse se vían,
Con harta envidia dispuestas
Á ver las solemnes fiestas

Que celebrarse debían.—
Lujosa la corte brilla;
El rey admirado duda,
Cuando ocultarse sencilla
Vió una tierna florecilla
Entre la yerba menuda.—
Y por si el regio esplendor
De su corona le inquieta,
Pregúntale con amor:
—«¿Cómo te llamas?»—«Violeta,»
Dijo temblando la flor.
—«¿Y te ocultas cuidadosa,
Y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,
Hoy que entre todas las flores
Va el rey á elegir esposa?»
Siempre temblando la flor,
Aunque llena de placer,
Suspiró y dijo:—«Señor,
Yo no puedo merecer
Tan distinguido favor.»
El rey, suspenso, la mira
Y se inclina dulcemente;
Tanta modestia le admira;
Su blanda esencia respira,
Y dice alzando la frente:
—«Me depara mi ventura
Esposa noble y apuesta;
Sepa, si alguno murmura,
Que la mejor hermosura
Es la hermosura modesta.»
Dijo, y el aura afanosa
Publicó en forma de ley,
Con voz dulce y melodiosa,
Que la violeta es la esposa
Elegida por el rey.
Hubo magníficas fiestas;

Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas,
Y en aquel reinado fueron
Todas las flores modestas.

Oye Selgas decir que no puede obligarnos, ni seducirnos, ni encantarnos, ni ser de nuestro gusto lo que no hemos elegido en la edad madura de la razón, y sale al paso de semejante sofisma, aplaudido ¡mal pecado! en nuestros días, con esta respuesta categórica, tan llena de gracia como de exactitud y profundidad:

«El principio que concede al hombre el derecho de elegir, es un gran principio. Vamos á verlo.

»El hombre elige:

»Sus amigos;

»Su mujer;

»Sus criados.

»Rara vez encuentra un buen amigo; por casualidad tropieza con una mujer á su gusto; todos los días está cambiando de criados.

»El hombre no puede elegir:

»Ni á su padre;

»Ni á su madre;

»Ni á sus hijos.

»Rara vez encuentra un mal padre; nunca es para él mala su madre; sus hijos son siempre los mejores.

»El principio será una gran cosa; pero se ve que el hombre tiene muy mala mano para elegir.»

Reconócese universalmente á Selgas por ingenioso, agudo, y sobre todo encarecimiento donoso: no lo niega nadie que yo sepa. Pero acúsanle algunos de paradójico. Veamos si hay exactitud en la acusación.

Paradoja es, según nuestro propio Diccionario, especie

extraña ó fuera de la común opinión y sentir de las gentes, y aserción falsa ó inexacta que se presenta con apariencias de verdadera.

¿En qué casos sostiene el nuevo Académico especie fuera de la común opinión y del común sentir de las gentes? Tiene que probar esto quien intente aplicarle con exactitud la calificación de paradójico; porque si no, la acusación queda en el aire y se convierte en una verdadera paradoja. Lo que sucede es que va Selgas muchas veces contra el sentir de quien le critica, y entonces el crítico, por su propia autoridad, se erige en representante del común sentir de las gentes y fulmina contra las especies que le mortifican el anatema de llamarlas paradojas. Pero cuenta que semejante calificación no puede nunca referirse al estilo ni á la forma de un escrito, sino al fondo, á la substancia. Quien la aplique de otra manera, no sabe lo que es paradoja. Ahora bien; en el fondo ¿cuándo se muestra paradójico Selgas? Será opinable, será controvertible, será, en efecto, controvertido lo que sustente; pero aquí no hay paradoja mientras no sea singular opinión de nadie participada. Con lo que vendremos á parar en que no sabe lo que se dice quien, á falta de otras contestaciones más convincentes, sale del paso con un *artículo de incontestación*, como se dice en el foro.

¿Es paradójico Selgas cuando asegura que el filosofismo moderno contribuye á descoyuntar, desnaturalizar y destruir la lengua de Cervantes? Pues que intente cualquiera traducir al castellano el trozo de filosofía, digámoslo así, que Selgas copia en su discurso, ú otro de los no menos extravagantes de las obras aludidas, y pronto se convencerá de serles imposible entender lo que preten-

de el autor decir; y si lo adivina ó se figura que lo comprende, y trata de explanarlo en buen idioma corriente en Castilla, verá que no puede aprovechar ni un período, ni una frase, ni una oración de las que á granel componen ese fiero pedrisco y ennegrecido turbión de palabras.

¿Es paradójico nuestro Académico novel cuando sostiene que la política ha contribuído á producir igual desastroso resultado? Pues que se traigan á esta mesa los periódicos de Madrid y de toda la Península; que se presenten los diarios de las discusiones públicas, y que se examinen hasta las disposiciones oficiales, y decida la Academia.

¿Y hay paradoja en sustentar que la lengua sale maltratada y exánime del telégrafo? Pues á la vista está; y pudiera haber añadido, sin oponerse al común sentir de las gentes, que desde que se usa el telégrafo apenas tenemos medio de saber bien y á punto fijo lo que pasa en ninguna parte del globo, porque el telégrafo da las noticias confusas y obscuras por querer ser breve, en embrión y en borrador porque lleguen pronto; y cuando llegan las cartas y relaciones explicando los sucesos, hállase ya el ánimo embargado con nuevas noticias telegráficas, que arrebatan el interés y la memoria de las pasadas. Así, de extracto en extracto, de confusión en confusión, llégase á formar un intrincado laberinto de más difícil salida que todos los conocidos en la historia y en la fábula.

¿Paradoja es, por ventura, sostener que los descubrimientos más portentosos de la especie humana en los modernos tiempos, deben servir antes de vergüenza que de envanecimiento al común de los hombres? Pues ahí está el vapor, cuya fuerza no debía de haber sido un misterio

para los hombres desde el primer día que arrimaron una vasija á la lumbre, y han dejado pasar siglos y siglos sin echarlo de ver. Y ahí está el P. Félix, que ha dicho lo propio y ha usado el mismo ejemplo en sus célebres conferencias, sin que nadie le tache de paradójico, á pesar de escucharle ó leerle todos ó los más sabios de Europa, no exceptuando los incrédulos ni los que desconocen que el cristianismo es el progreso.

¡Cuántas veces la tacha de paradójico en aquél que la pone se ha de entender, no sólo por imposibilidad de sostener con esperanza de glorioso y legítimo triunfo una discusión, sino también cauteloso pretexto para combatir aquello que desembozadamente no se puede ultrajar! De ello abundan ejemplos patentes y recientísimos. En un Estado, pongo por caso, hay prohibición legal de atacar el catolicismo. Pues bien: se les echa un mote encima á los católicos, y en sus personas y en sus doctrinas se acomete con furia lo mismo que la ley protege y ampara. En vano contestan los del mote que el dardo va contra la Iglesia; que no es á ellos, sino á la Iglesia, á quien se vulnera: eso es paradoja, se grita, y redóblase la desaforada vocería. Pero llega el caso de que desaparezca la prohibición; y ¿qué sucede? que se olvida el mote y se ataca al descubierto la verdad revelada por Dios y mantenida por su Iglesia. ¡Ay, si los hombres de buena voluntad, pero indolentes, se hubieran hecho cargo y preparado con tiempo! Quizá nunca llegase el infelicísimo de ver calumniados, apostrofándolos de sanguinarios y traidores, los Santos que son lustre y ornamento de nuestra patria: ¡qué digo los Santos! llena de ultrajes la inmaculada purísima Virgen, Madre de Dios y misericordiosa Patrona de las Españas; crucificado á cada hora de

nuevo el Redentor del mundo, y lanzadas blasfemias horribles contra inefables misterios.

Los hombres no debemos ser pesimistas, porque no podemos trocar el mal en bien. Pero ¿quién sabe? Dios consiente algunas veces el mal, porque Él, y Él sólo, puede y sabe sacar bien del mal, como de la caída del hombre *(felix culpa)* sacó el divino portento de nuestra redención por su preciosísima sangre.

¿Habrá también paradoja en decir que en la época más esplendorosa de nuestra historia literaria, que llamamos Siglo de oro, la lengua patria se prestaba dócil y abundante, fácil y clara, á servir de fiel expresión á las ideas más abstractas, á los conceptos más ingeniosos, á los más tiernos afectos? Pues que vengan á responder, por Selgas, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, Fr. Luis de León y Cervantes, Lope y Calderón, Quevedo y toda aquella serie gloriosa de nombres ilustres que son nuestro justo orgullo, que más de una vez elevan hasta los cielos, con elogios desinteresados, los alemanes no inficionados de una filosofía anticristiana, panteista, y por consecuencia, en último término, atea.

La filosofía ¿quién lo duda? tiene singular influjo en las letras y en las artes. Desde que el moderno panteismo anda suelto por el mundo, reproducción de añejos errores, cien veces victoriosamente refutados, ha llevado su maléfico influjo á la literatura y á las bellas artes, y aun hasta la música, arrastrándolas á repugnante realismo. Ya no son los afectos del alma humana, hecha á imagen y semejanza de Dios, sino las armonías del mundo material, y hasta sus ruidos, lo que las artes reproducen casi exclusivamente; y esto, no como prueba y manifestación del poder divino, creador del cielo y de la tierra y de to-

das las cosas visibles é invisibles, sino como culto rendido al Mundo Dios, ó sea al *universo producido por una emanación necesaria y efusión continua de la substancia del Absoluto*, que es ridículo y disparatado axioma fundamental del error llamado panteismo.

Del ateismo desembozado y abierto y del materialismo, no hablemos. Esos no dan lugar á que haya, buenas ni malas, bellas artes ni amena literatura. Quien no crea en la existencia de Dios, ni en la inmortalidad del alma humana; quien no se sienta dotado de alma racional y perdurable, y crea que ha de confundirse todo él con la tierra á que vuelve su cuerpo, ni más ni menos que una calabaza ó un asno, no ha de tener en más la belleza de las artes ni la expresión de las aspiraciones inmortales del espíritu que nos vivifica que en aquello en que lo estiman las calabazas y los asnos. Por fortuna, la demostración de la inmortalidad del alma y de la existencia de Dios, eterno, sin principio ni fin, personal, próvido, creador y conservador del mundo, ha llegado hasta las últimas capas de la sociedad, y sólo es dado ya pregonar el materialismo á los dementes ó á los idiotas.

¿Hay en algo de esto paradoja? Que lo sustente quien se atreva.

Y como quiera que la Iglesia de Dios sea depositaria y maestra de la verdad, y así lo creemos todos los católicos, el sostener con decisión todo lo que ella sostenga no puede sin temeridad calificarse de contrario al común sentir de las gentes. Y no ha de parecer redundante ni estéril ni inoportuno decirlo y proclamarlo en todo tiempo y lugar, aunque fuera menester correr peligro de muerte, aun arrostrando lo que suele afligir y mortificar á la generación presente tanto ó más que morir: el peligro de

verse en caricatura ridícula expuesto á los ojos de inapercibida muchedumbre.

No es eso, no, se dice: Selgas es paradójico en la forma. ¿Cómo? ¿Qué se quiere significar con esto? ¿Que presenta las cosas verdaderas, ó las opinables, en términos que parecen contrarios á la verdad? Pero ahí no hay paradoja: eso se llama sátira unas veces, y otras sarcasmo. En tal caso, la acusación va mucho más allá de la persona acusada y, pasando por encima de su cabeza y de sus escritos, se dirige contra el sin igual Cervantes, príncipe de los ingenios españoles; contra el gran D. Francisco de Quevedo. La profundidad, el arrojo, el desenfado y la libertad de éste, bastan para desconcertar y deshacer la errada opinión absurdísima de que en España y en los siglos pasados la empresa nacional de conservar íntegra y pura la unidad católica oprimió y achicó los entendimientos y le cortó al ingenio sus alas. ¡Ahogado el ingenio de Lope y Calderón, de Tirso y Moreto y de nuestros excelentes romanceros! ¡Achicado y abatido el entendimiento de Fr. Luis de León, de Vives, y de Suárez, y de Melchor Cano! Esto ello se contesta sólo; no hay necesidad de contestarlo. Cuando los tiempos actuales, y aun los futuros, presenten una lista de hombres eminentes en todos los ramos del saber y en todas las manifestaciones del ingenio, igual, que no superior, á la de nuestro Siglo de oro, podrán mirarle cara á cara: entre tanto, bajen respetuosos y confundidos la cabeza.

El buen hijo ha de reverenciar la memoria del buen padre. No se han de envidiar ni maldecir las grandes y admirables hazañas, sino procurar igualarlas, ó por lo menos competir con ellas. Renegar de nuestros timbres más esclarecidos, admiración de cien generaciones y es-

tudio y pasmo de extraños pueblos; renegar de nuestros inmarcesibles lauros y de nuestras mayores glorias, es renegar de la patria.

No trato, señores, de fatigar más vuestra atención, y he llegado al fin de mi propósito, que no ha sido otro que el de mostraros la índole del ingenio de Selgas, para que sin prevención injusta pueda ser debidamente apreciado. Cuantos me escuchan han leído y saboreado cada cual de por sí, en el retiro de su casa, las obras de este escritor ameno. Las cuales, sin embargo, necesitaban llegase un día, como el presente, de ensayarse en la piedra de toque de numeroso auditorio, de inteligente y escogida asamblea. Tiénenle siempre, para su más pronta y reconocida fama, el orador sagrado, el jurisconsulto, el repúblico, el poeta dramático; fáltale, por lo común, al lírico, al erudito, al historiador, al escritor verdaderamente filósofo. Ya supondréis mi gozo cuando miro logrado uno de los vivos deseos de mi alma: el de ver dignamente apreciados aquí en tan honroso lugar los bien nacidos pensamientos, la feliz inspiración, el intento bizarro de nuestro nuevo compañero.

Observad, señores Académicos, la unidad de miras que resplandece siempre en los escritos de Selgas. En prosa y en verso, cuando habla formal y cuando parece como que se chancea (que es tal vez cuando dice las cosas más formales y graves), nunca vacila, jamás duda, siempre es el mismo. Si la buena crítica exige de las figuras fantaseadas, en cualquier poema ó ficción literaria, que siempre sean consecuentes consigo propias, ¿quién podrá dispensar de esta consecuencia, tan conveniente y bella, al mismo escritor? Español y cristiano, ante todo, la fe de nuestros padres, las tradiciones de España, la más

pura moral, las más provechosas enseñanzas brotan espontánea y constantemente de la pluma de Selgas, humorística, pero profunda; retozona, pero sentenciosa. ¿Queréis una muestra más decisiva, si cabe, de los sentimientos que animan á Selgas y de que está impregnada su alma? Pues oidlos, que él mejor que yo sabe explicarlos con natural sencillez y con facilidad suma:

¡Triste experiencia!
¡Quién pudiera trocar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia!
¿Y por qué á la virtud somos extraños?
¿No es la virtud la amiga bienhechora
Que evita dolorosos desengaños?
¿No consuela el dolor que nos devora?
Si llora con nosotros..... ¡qué dulzura
No derrama en las lágrimas que llora!

....

Ella nos cubre con su hermoso manto;
Ella el afán mitiga y el desvelo;
Ella nos presta inagotable encanto.

....

Siempre á la par de nuestro bien camina;
Y, después de esta vida transitoria,
Sobre nuestro sepulcro se reclina.

....

Virtud, dame tu fe, dame tu aliento;
Olvida mis pasados desvaríos;
Brille en mi corazón tu sentimiento;
Brille en mi vida y en los versos míos.

Sea bien venido á la Academia Española el autor de pensamientos tan nobles, expresados en tan bellísimos versos.

He dicho.

AUTORIDAD DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

EN MATERIA DE LENGUAJE.

DISCURSO

DEL

Sr. D. LEÓN GALINDO Y DE VERA [1].

Señores Académicos:

Hace algunos años, al terminarse la sesión pública en que la Academia de la Historia, más por su bondad que por mis méritos, declaraba haberse adjudicado el premio á la Memoria que escribí sobre la *Historia, vicisitudes y política tradicional de España en África*, acercóseme D. Antonio Aparisi y Guijarro, cuyo recuerdo vive hondamente grabado en mi corazón, y me dijo: «¿Sabes quién »ha sostenido con más empeño tu causa? Olózaga. ¿Quie- »res verlo? Desea conocerte.» Presentóme á él, y le di las gracias por el apoyo que me había prestado; me contestó con las frases de urbanidad y cortesía que se prodigan á quien se ve por primera vez, y por todo quedéle agradecido.

Al estrecharnos la mano en afectuosa despedida, nos

(1) Leído en junta pública celebrada para darle posesión de plaza de número, el día 21 de febrero de 1875.

separamos para no volver á vernos. «Muchos años Diputado y Embajador y Presidente del Congreso, tres veces »Académico, cuatro emigrado, otras tantas llevado en »triunfo; de elocuencia irresistible, propia para el entusiasmo y para la ironía; fácil en arrancar y verter lágrimas y en provocar risas; en su trato familiar, amable; en su comercio social, cortés y obsequioso; con sus »adversarios en la tribuna, implacable; en las academias, »asiduo y celosísimo, porque lo era mucho del decoro y »prosperidad de toda corporación á que pertenecía (1);» pasó sus últimos años en suelo extranjero representando á su país, más embebido en las artes de la diplomacia que en las tareas de las letras, más entregado á las luchas ardientes de la política que á las reposadas lucubraciones filológicas. Júzguele, pues, la historia; la historia, que no perdona ni olvida: cúmpleme á mí, su sucesor, al conmemorarle con este motivo, dar público testimonio de mi gratitud por la honra que me dispensó aquel insigne talento, cuya fácil y elegante palabra, cuya intencionada argumentación cautivó tantas veces á amigos y adversarios, y fué causa de que justísimamente ostentase en su pecho la insignia de Académico de la Española.

No es mi propósito, con frases de humildad, encarecer lo escaso de mis méritos para ocupar este sitio, porque, desde que me elegísteis, ante vuestro fallo tuve que hacer callar la voz interior del propio conocimiento: el elegido puede ser pequeño, pero al designarlo vosotros como no indigno de ser vuestro compañero, le eleváis prestán-

(1) Discurso pronunciado por el señor Marqués de Molins en la apertura de las cátedras del Ateneo en noviembre de 1874.

dole el brillo de vuestro nombre y haciéndole participante del caudal de gloria científica que el Cuerpo atesora. El frágil vidrio, con ser vil tierra, refleja el rayo del sol que acariciándole se quiebra en su pobreza, y, cual ascua encendida, despide, aunque prestada, magnífica aureola de luz.

Y pues que en materia tan principal como la del merecimiento propio, sometiendo mi juicio al juicio ajeno, he reconocido la autoridad de la Academia, voy á tratar en el presente discurso de cuál sea aquélla en materia de lenguaje.

Tiene por fin el hombre lo bueno, lo verdadero, lo bello; bondad, verdad y belleza, emanaciones de aquella substancia increada que con su presencia lo llena todo y todo lo vivifica. Para conseguir su fin, para andar el áspero camino que separa el mal del bien, lo errado de lo falso, lo grosero y repugnante de lo hermoso y apacible, se le ha impuesto el trabajo como medio y la autoridad como guía.

Es la autoridad cosa tan necesaria que en todas partes la encontraréis, material ó moral. No existe asociación en que no haya quien mande; no existe asociación en que por la ley, por la costumbre, por el miedo, por la necesidad, por la índole natural del hombre, que donde ve superioridades se humilla, no haya quien obedezca: los pocos dirigen, la multitud calla y sigue.

Y consiste en que es una verdad de sentimiento que rechaza toda clase de sofismas, que las asociaciones, en tanto lograrán mejor el fin para que se constituyeron, en cuanto los asociados se conformen más sumisos al impulso de la mano que los dirige. Si desconocen la rienda,

frustraráse su intento, gastando miserablemente sus fuerzas en movimientos estériles y desordenados.

La autoridad es, por consiguiente, el fundamento de todo progreso moral, científico y literario.

Ved en religión dogmas indiscutibles; un centro que resuelve las dudas con criterio invariable; que enseña hoy doctrinas basadas en los mismos principios esenciales que las basaba hace dos mil años; que, en lucha perpetua con el error, resuelve las cuestiones que agitan al mundo con soberano imperio, orden, majestad, armonía, firmeza incontrastable..... Allí hay autoridad religiosa.

¿Qué os dicen esas disputas sin término, esas profundas divisiones, ese variar incesante, ese sostener unos lo que otros rechazan, esos absurdos monstruosos en los principios morales, esos delirios inconcebibles en el culto, ese convertir en Dios toda materia, ese rechazar todo orden sobrenatural? Que allí no hay autoridad religiosa.

Ved esos pórticos y esas academias y esas cátedras y esas tribunas que, obedeciendo á un impulso común, á una razón única, eje sobre el que rueda la inmensa pesadumbre de los conocimientos humanos, caminan sin retroceder, con rumbo fijo y directo, de las verdades conocidas á las desconocidas, y, desechando lo que se opone de raíz á sus principios fundamentales, aumentan progresivamente el caudal de la ciencia..... Allí hay autoridad científica.

Ved el campo del saber convertido en campo de locuras, proclamando todos doctrinas nuevas, dando por verdades dogmáticas delirantes sistemas, atacando cuanto existe, escarneciendo la sabiduría de los pueblos adquirida con el paciente trabajo de cien siglos, gastando toda

su vitalidad en aprender á entenderse; y, en medio de este vertiginoso torbellino de opiniones que se cruzan, se chocan, se levantan, caen, aparecen y desaparecen, perderse en los abismos de la duda y de la impotencia..... Allí no hay autoridad científica.

Si, pues, en religión, en moral, en ciencias, en cuantas operaciones abarca y se ejercita el espíritu del hombre, el concierto del mundo exige que se refrene la razón, que se humille la voluntad, que se reconozca un poder supremo que resuelva y dirija; si para todo hay reglas y para todo existe autoridad, autoridad y reglas han de existir en materia de lenguaje.

Y tanto más cuanto el lenguaje, instrumento maravilloso que manejan todos, es lo más expuesto por ello á perturbaciones y errores. No basta provenir del mismo origen y pertenecer á la misma raza y tener intereses solidarios, no: la nacionalidad es el lenguaje, porque el lenguaje es el estrecho lazo que une á los asociados y los hermana y los identifica.

Quiso el Señor dispersar á los hombres: no les dió para ello aficiones distintas que suelen modificarse por la edad y por las costumbres; no arrojó entre unos y otros la discordia de intereses contrarios que, por medio de combinaciones sutiles, se concuerdan ó se desdeñan por varones generosos; no interpuso insondables océanos, no intraspasables sierras que vence el pecho varonil y el ánimo constante: puso sólo entre ellos la diversidad de lenguas, y miles de años han transcurrido y la división continúa, porque lo diverso de las lenguas permanece como castigo eterno de la soberbia del hombre.

Españoles son todos los que pueblan la Península, ó por mejor decir, el sol que la alumbra no debiera alum-

brar más que á españoles; y, sin embargo, ved dentro de ella grupos antiguos, diversos, que si se unen no se confunden; que á través de la sucesión de los siglos, y á pesar de lo idéntico de los intereses conservan su individualidad, porque no tienen un idioma común. Catalanes y navarros, gallegos y castellanos, pelearán reciamente defendiendo la misma bandera contra un invasor extranjero que no hable la lengua de ninguno de ellos, pero, más que un pueblo, son una federación de pueblos: su distinto idioma es el cerco encantado que no pueden traspasar unos ni otros. Suena insufrible para el andaluz el rudo enérgico acento de los provenzales, y sonríese en son de mofa el audaz catalán cuando el muelle ceceo de los ardientes hijos de la Bética le atoniza los oídos.

Y aun entre los que hablan el mismo idioma, la diversidad del estilo separa á los hombres más que el nacimiento, más que la clase, más que las profesiones. Sin orgullo ni vanidad, antes con llaneza y aun con verdadero placer, estrecha el poderoso la encallecida mano del honrado industrial, y si es necesario se asocia con él para un fin común y le hace árbitro de su nombre y de su fortuna, que confía á su probidad é inteligencia; mas no puede intimar con él: perpetuo obstáculo será un solecismo, una frase baja ó ajena de oídos escrupulosos. Dad á ese industrial de las callosas manos un lenguaje escogido, el lenguaje del hombre bien educado, y pronto la unidad de intereses y el trato y el conocimiento de la mutua bondad crearán amigos donde sólo había socios: es que ya hablan ambos el mismo idioma; es que lo delicado de la frase hace resaltar lo delicado del sentimiento moral; es que, identificados en la esencia, la forma de expresarla resuena armónica en sus oídos.

Siendo, pues, lo idéntico del lenguaje causa de que los hombres se reunan, si no hubiera reglas, si no hubiera autoridad, si no hubiera quien conservase y pelease por los fueros del buen decir, el idioma entregado al capricho universal se fraccionaría anárquicamente. Poco á poco ocurrirían tantas variaciones, que la mayoría de los nacionales se creería extranjera en su misma patria. Cada ciento, cada mil, cada diez mil usarían palabras, construcciones, modismos diversos, y, agrupándose atraídos por el imán del habla común, formarían en la nación círculos separados, fracciones aisladas que se subdividirían indefinidamente.

La autoridad que unifica el lenguaje, es concierto y armonía; la libertad que diversifica el lenguaje, es turbación y disonancia: obedecer á aquélla, es familia, patria, nacionalidad; usar de ésta, es individuo, cosmopolitismo, humanitarismo.

Si, pues, se ha de buscar lo que une, no lo que disgrega, necesaria es la autoridad lingüística; pero ¿ha de depositarse en uno ó en muchos, en corporaciones ó en personas? Despláceme monarquía de las letras, y república literaria suena agradable en el oído acostumbrado. Herédanse el poder y la firmeza de carácter y las altas dotes morales: los claros ejemplos del ascendiente son llamados al descendiente, que, si no los sigue, en baldón propio convierte la gloria ajena: nótase más el defecto cuanto más rico es el brocado, y con la grandeza del nombre resalta con más extremo la nulidad del hombre. El ingenio, la ciencia, la sabiduría no se heredan: dones que el Señor concede á los individuos, no se transmiten con la sangre, y, excepto algunas familias afortunadas, pocos son los padres que sonríen gozosos al ver á sus hijos ade-

lantárseles en la celebridad adquirida, y menos los nietos que continúan las tradiciones gloriosas del padre y del abuelo.

Como toda soberanía intelectual descansa sólo en la presunción del mayor saber, y el sujetarse á sus fallos es voluntario, de aquí que cada rey de la lengua necesitaría que los súbditos unánimes reconociesen su indisputable superioridad; negocio harto difícil y ocasionado á disputas insolubles y á interregnos prolongadísimos. Pasarían años y años antes que su dominación fuese universalmente acatada, y algunos se le opondrían y combatirían sus preceptos, promulgándolos á su vez distintos, y la multitud indiferente seguiría á la ventura contrarios derroteros, y el vulgo de los escritores, más presuntuoso cuanto más vulgo, alzaría á la par banderas creyéndose todos modernos Alejandros, dominadores del mundo filológico, con el mismo derecho que aquellos peregrinos ingenios.

No sucede esto en las corporaciones, que sólo por serlo se respetan: la naturaleza de las cosas así lo determina. La muchedumbre imprime en todo el sello de majestad que da la fuerza en lo físico como en lo moral. El guerrero valeroso, cuya espada mensajera de muerte no encuentra resistencias individuales, ceja y se abriga entre los suyos á la vista del ejército enemigo, porque no ha de pelear contra éste ó contra el otro campeón, no contra la fuerza una, reunida, omnipotente, incontrastable, de cien mil hombres.

Es además hecho reconocido que las colectividades tienen y encierran cierta cosa en sí que no puede explicarse y que forma autoridad: todos los criterios se funden en un criterio especial; todo en ellas reviste algo de im-

ponente, de verdadero, sin relación á sus individuos, distinto de sus individuos, contrario muchas veces á sus individuos. Aparece el poeta en el teatro: cada uno de los espectadores, ó la inmensa mayoría, no son poetas; saben menos que el autor; ni siquiera sospechan que han existido Horacio, Boileau ni Lope de Vega, y sin embargo, el juicio de aquella masa de espectadores, ignorantes los más, entendidos los menos, apasionados algunos, indiferentes casi todos, es contadas veces injusto: aquella multitud con intuición maravillosa indica los defectos del drama, y bosteza cuando el autor, en ampulosos versos, amontona frases vacías y sonoras; y duerme cuando inoportuno, en vez de enseñar con los ejemplos, sermonea en acompasadas redondillas; y álzase anhelante cuando un rasgo generoso ó una idea magnánima y felizmente desenvuelta le arrebata, y aplaude frenético con triples salvas que llenan la extensa bóveda é hinchan el espacio.

En vano el poeta, erguida la frente y desdeñosa la mirada, cierto de su superioridad intelectual sobre cada uno de los circunstantes, querrá afrontar la pública opinión: su fallo le eleva triunfador ó le confunde vencido.

Y si esto sucede con la multitud indocta, ¿qué ha de decirse de las colectividades formadas por varones cuyo cabello se ha blanqueado en el profundo estudio de las cuestiones filológicas? Desde que se crean esos centros literarios, se aprende á respetarlos; desde que nacen se acatan instintivamente sus resoluciones, y aquel respeto y ese acatamiento constituyen su autoridad literaria.

Para que ésta acrezca de día en día hay, además, motivos que, si bien ajenos á la esencia de las Academias, no por ello influyen menos en su propagación. Los triun-

fos de las colectividades á nadie humillan: muchos resistirán el declararse inferiores á sus adversarios (¡orgulloso es el talento!); mas nadie se sonroja de saber menos que la Academia, porque no se señala quién le ha vencido, ni tiene que sufrir en su amor propio, ni teme la sonrisa irónica, ni la despreciativa mirada, ni la comparación humillante con el rival. La gloria de las colectividades es la gloria de todos los que las forman y de todos los que no las forman; es el tesoro común de la república literaria; dentro de un año, quizá dentro de un mes, mañana mismo por ventura, el que hoy sufre impaciente el peso de su autoridad, formará parte de aquellas corporaciones y participará, como todos, de la honra por ellas adquirida.

Tienen también las Academias, por su misma naturaleza, mayor aptitud para perfeccionar el lenguaje, enmendando incesantemente los errores. Inmortales con la sucesión, rejuveneciéndose con las elecciones, atesorando trabajos antiguos, allegando los modernos, unidos á los tiempos que fueron por la tradición y por los libros, dando la mano á los actuales por el roce imprescindible y continuo con los que forman las huestes literarias, va elaborando sus obras lentamente, como todo lo durable. Jamás se avergüenza de desechar un vocablo aceptado ó de enmendar un error admitido, porque es ella la que á sí misma se corrige; ella la que á sí propia se enmienda; ella la que va perfeccionando su inacabable tarea; ella la que, en su cuadro sin término, con la nueva pincelada de hoy cubre el falso toque de ayer. No así el particular que, aunque yerre, concluído su trabajo lo defiende cual lo presenta, y, si otro lo corrige, la perfección que resulta ya no es suya, y como no suya ó la rechaza

vivo, ó muerto se elimina de su obra, formando una entidad distinta. Son, pues, los esfuerzos de los individuos sillares que separadamente se arrancan de la cantera; es la Academia el arquitecto que con ellos va labrando el edificio del lenguaje patrio.

Cierto que habrá ó puede haber algunos escritores más entendidos en el griego, en el árabe, en el hebreo, en el sánscrito que alguno ó algunos de los Académicos; pero el Cuerpo literario de seguro que reune en sí más ciencia, porque es foco donde convergen los rayos de muchas inteligencias, mar donde confluyen las corrientes de múltiples conocimientos. Y aun cuando así no fuera; aun cuando apareciere un filólogo, asombro de las generaciones presentes y sonrojo de las pasadas, que atesorase más erudición que toda la Academia, uno de esos asombros lingüísticos inventores de vocablos, para quienes el idioma fuese blanda cera que se amoldase á todos sus caprichos; aun entonces de seguro la Academia reuniría más criterio literario, más sentido común, más rectitud é imparcialidad de juicio para decidir sobre la bondad de la frase, más tacto para escogerla, más arte para pulirla, más constancia para perfeccionarla.

En la naturaleza todo está relacionado. No existe autoridad que no tenga sus límites morales ó legales, escritos ó acostumbrados, naturales ó convencionales: la autoridad de la Academia, ni aun en su voluntario imperio, podía ser absoluta en materia de lenguaje.

Pelean en el hombre y en todo lo que procede del hombre dos principios opuestos: la tendencia á mejorar y el instinto de conservar.

Pobre alma desterrada del mundo, nacida para lugar

más alto, recordando su origen divino, aspirando á la perfección: lo nuevo le atrae con atracción irresistible; vislumbra algo que no conoce y que quizá sea la realidad de lo que sueña, y esa esperanza es el acicate que le estimula á seguir tras el codiciado objeto.

Y como al tenerlo no se apaga su anhelar ardiente, desconfía, lo examina receloso, y como por su limitado entendimiento no abarca la verdad, la bondad y la belleza en todo su conjunto, una nueva faz de las cosas se le presenta, y el lado que resplandeciente admiraba desde lejos parécele de cerca obscuro y cercado de tinieblas, y otro que desde allí descubre luce ahora deslumbrador y le llama con irresistible atractivo, y para alcanzarlo deja lo que ya mira con desprecio y continúa su interminable carrera.

Así los que padecen la fiebre del oro abandonan los bienes heredados y el tranquilo hogar y el dulce amor de la esposa, y en regiones apartadísimas, anhelante el pecho, hundidos los ojos, registran los placeres, investigan las arenas, perforan los montes, y ebrios de alegría estrechan con mano temblorosa la pirita brillante que estiman oro nativo, hasta que el análisis les muestra que sólo es azufre y cobre, y arrójanla iracundos y buscan de nuevo con creciente afán y con desesperada impaciencia.

Sin embargo, sin esa suma de trabajo, en gran parte inútil; sin esos buscadores incansables; sin esos espíritus movedizos, descontentos, espoleados por la codicia, muchos mineros permanecerían ignotos, y la riqueza que esconde la tierra en sus entrañas no se convertiría en encanto de los ojos, brillo de la majestad, decoro de la hermosura, conveniencia universal, medio de satisfacer

todas las necesidades materiales y de dar larga rienda á la satisfacción de inefables goces morales.

Por el contrario, cuando el instinto de conservación predomina en demasía, todo le parece al hombre inmejorable: cree gozar de la bondad en su punto extremo, poseer lo verdadero en su esencia y en sus derivaciones, conocer la belleza en su realidad y en todos sus atributos, y, satisfecho de sí mismo y recreándose en sus obras, vive vida miserable é ininteligente.

Y si alguna vez la pasión de lo desconocido, nunca completamente apagada en el corazón del hombre, estremece sus fibras y su espíritu flaquea, y algo más bueno, más verdadero, más bello se dibuja en lejanos horizontes, el temor, dándole aldabonadas, le detiene; tápase los ojos para no ver; recela de todo lo que no comprende; duda si, al tender la mano á lo que se le brinda, se le escapará lo adquirido; tiembla al mover el pie, por si se hunde el apoyo que se le presenta robusto, y se resigna á vivir mal por miedo de vivir peor. Así el infeliz á quien la catarata incipiente permite sólo vislumbrar, entre nieblas y sombras, objetos confusos, resiste batírsela, y se conforma con vivir privado de la luz esplendente del sol, por el temor que le embarga de perder la débil claridad de que goza: cierto, sin embargo, que ese temor, esa inmovilidad, evitan muchas veces que, lanzado el hombre imprudentemente en maravillosas aventuras, corriendo tras mentidas apariencias y engolfado en el borrascoso mar de engañadoras ilusiones, carezca el día del naufragio de un punto en donde, abrazado á la tabla salvadora, llegue á descansar el amortecido cuerpo y reanimar el conturbado espíritu.

Y entre estas dos fuerzas, una que le empuja, otra que

le retiene; hija aquélla de sus aspiraciones infinitas, hija ésta de la propia flaqueza; ya despreciando lo que por poseído le hastía, ya avivándosele la afición porque teme perderlo, ya atraído por el encanto de lo que por lejano le deslumbra, ya desengañado al tocar la miserable realidad de lo que codiciaba, avanza, retrocede, se arroja impetuoso á lo porvenir ó se apega fuertemente á lo pasado.

La reflexión y la experiencia templan estos impulsos, mas siempre predomina en el hombre una de las dos inclinaciones que, en corrientes paralelas y opuestas, le conducen á encontradas orillas; y según su temperamento, estudios, compañeros, clase, se decide por lo ideal ó por lo práctico, por adquirir ó por conservar lo adquirido. Allí reina la imaginación, aquí el juicio; allí los hombres fogosos é iniciadores, aquí los reposados y firmes; allí los de oposición y ataque, aquí los de resistencia y gobierno: unos y otros son necesarios para el bien de la república, aquéllos acelerando el movimiento con sus ímpetus; éstos templándolo con su prudencia; aquéllos, como Blasco de Garay, descubriendo las maravillas del vapor; éstos, como Fulton, dirigiendo y utilizando su fuerza inconmensurable.

Lo que sucede en el mundo político sucede en el mundo filológico. En la debida proporción de ambos elementos, en que no se sobreponga ninguna de aquellas facultades, en que la imaginación y la inventiva se sujeten al juicio y á la crítica, en que la crítica y el juicio no rechacen sistemáticamente la imaginación y la inventiva, consiste el ordenado progreso de las ciencias; que quien se entrega demasiado á la invención, destruye, y quien la rechaza en absoluto, petrifica.

Indudablemente la Academia, como todo Cuerpo científico ó literario, es juicio, es autoridad, y huye de lo móvil y sospecha de las variaciones: sosegada, tranquila y reflexiva, adelanta incesablemente, pero con lentitud; que lleva consigo y ha de conservar amorosa el patrimonio heredado.

No es, pues, de ella el inventar vocablos ni el establecer de rebato nuevos giros: si en raras ocasiones entrega al público una palabra ó una frase desconocida, cuando es necesaria y no ha brotado espontáneamente, esa es la excepción, eso es lo extraordinario.

La invención no puede encargarse oficialmente ni á una persona ni á una colectividad: la palabra aparece súbitamente hoy, y mañana se pronuncia por todos los labios; pero según el inventor, es la palabra inventada; según el objeto sobre el que recae la invención, suele ser el inventor.

El adelanto de las artes, el refinamiento del gusto, las exigencias de la civilización, el ansia insaciable del goce que busca avivadores al gastado apetito, producen nuevas invenciones y objetos nuevos que han de designarse con un nombre nuevo. Ese contingente trae la industria; pero ¡Dios mío, qué contingente!: el químico ó el mecánico, que en el laboratorio ó en el taller han agotado su ingenio en discurrir y su ciencia en aplicar, se afanan y sudan para el bautizo de su invento: menos difícil les sería encontrar el específico maravilloso que ha de convertir el carbón en precioso diamante, ó el punto de apoyo para la palanca de Arquímedes, que tropezar con el nombre adecuado. Tras largo discurrir no encuentran mejor solución que designarlo con su apellido, que da á conocer

al inventor; pero no el invento, ni cualidad ninguna del invento. Ejemplo sea la gran industria á la que convergen los esfuerzos de la Europa entera, como medio potentísimo de extender las conquistas de la moderna civilización: cañones Barrios, Blackey, Plasencia, Armstrong, Krupp, Witworth; carabinas Minié, Soriano y Wentzel; fusiles Chassepot, Rémington y Berdan: no hay más allá; no esperéis otra cosa de la industria, del arte, del oficio.

No quiero hablar de los que inventan sin saberlo, de esa nube de escritores escribientes que nos circunda con una atmósfera de barbarismos tan tenaz y tan crasa, que al fin llega á influir hasta en los temperamentos más robustos. Ignorando los orígenes del lenguaje ó equivocándolos; creyéndose, en su presuntuosa ignorancia, maestros y con autoridad para enseñar; amamantados por lo general en la extranjera y exótica frase, y á veces ajenos hasta de esa semi-instrucción, plaga de las presentes generaciones, emplean palabras nuevas ó aplican las usuales tan torpemente, que mueven á enojo, ó á lástima ó á risa.

Á menudo, filólogos llenos de años y de saber, sumos sacerdotes del idioma y poseedores de sus más recónditos misterios, se empeñan en mejorarlo, en perfeccionarlo, creyendo de buena fe que es hijo natural y legítimo del estudio y de la ciencia. Y obcecados con este error, establecen *á priori* un lenguaje perfectamente lógico, con número, peso y medida, ajustado al marco inflexible de leyes matemáticas, y pasan la vida laboriosa y afanadamente, perfeccionando sintaxis, corrigiendo prosodias, reglamentando ortografías; inventando terminaciones que denoten por sí mismas los atributos de las cosas; en-

tronizando palabras matrices vaciadas en el hebreo, ó en el griego, ó en el árabe, ó en el chino, y muere el sabio inventor, y gramáticas, y terminaciones, y palabras, y leyes inquebrantables le acompañan á la tumba; como á la muerte del poderoso jefe de la tribu, se entierran con él sus tesoros, y sus mujeres, y su caballo, y sus más afectos servidores.

De vez en cuando un orador eminente, rey de la tribuna, que arrastra con su poderosa elocuencia á las muchedumbres, se apodera del idioma patrio, y sin más reglas que su colosal talento y su ingénita osadía, centuplicados por el ardor de la lucha, busca palabras que hieran á su adversario, gran adulador de las heces sociales; y no encontrando en la lengua más que la de *popular* y *plebeyo*, débiles, incoloras, que no expresan con fidelidad su idea, las abandona desdeñosamente como arma inútil, y de sus labios contraídos por la indignación brota la de *populachero*, dura, enérgica, exactísima, que, llevada en alas del periódico, se extiende á los cuatro vientos y se hace común en la conversación, en el discurso y en el libro.

Poetas de imaginación exuberante hasta el desenfreno, para quienes la autoridad es nombre vano, las reglas intolerable esclavitud, y estrechos y angustiosos los dilatados horizontes de la filología científica, crean también palabras, locuciones, estilo, escuelas. Dioses rodeados de tempestades, arrojan, en sus arrebatadoras inspiraciones, un aluvión de vocablos peregrinos, un torrente de frases nunca oídas, un diluvio de giros singulares, ya conformes, ya opuestos al espíritu del idioma.

Semejantes al Nilo, cuando se despeña de los altos montes de la Abisinia y rugiendo se derrama por las llanuras, que todo lo arrolla, hombres, y ganados, y árboles,

y edificios; pero al mismo tiempo mezclado entre sus revueltas destructoras ondas lleva el limo fecundador que ha de producir las maravillas de los campos egipcios; con sus pensamientos gigantes, con su sobrehumano ingenio, con lo atrevido de sus concepciones, deslumbran, fascinan, avasallan; y muchas de las palabras é idiotismos hijos de su potente fantasía, objeto al nacer de acre censura ó de punzador sarcasmo, sobreviven, y triunfan, y se aceptan por todos, y ensanchan maravillosamente los límites de la lengua de Castilla.

También el pueblo, esa multitud sin nombre, confusa amalgama de todo lo que no sobresale en la seciedad, que lo circunda todo, que lo envuelve tódo, como el aire á la tierra; de inteligencia escasa, pero de corazón crecido; que no reflexiona, pero siente; que no se convence, pero se persuade; que no estudia, pero que adivina, inventa y no poco en materia de lenguaje. Y consiste en que ese medio de expresar ideas, afectos y sensaciones, es facultad innata en el hombre, atributo inportantísimo de su naturaleza, signo externo de su nacionalidad. Por ello en todos existe el germen de la invención, porque todos piensan, todos aman, todos sienten.

El lenguaje, esto es, la palabra, el idiotismo, el giro, nacen á menudo, no de la cabeza, sino del sentimiento: las grandes pasiones, los afectos profundos, son manantiales perennes de heróicos hechos y de elocuentísimos dichos; de aquí que á lo mejor el vulgo literato produzca esas flores de la lengua, brotes de un corazón impresionable, que encantan por la sencillez, que admiran por la exactitud, que asombran por la profundidad, que arrebatan por la poesía, que conmueven por su cándida delicadísima ternura.

Pues bien; los sabios con sus lucubraciones etimológicas, los industriales con sus menguados inventos, el poeta con sus magníficas inspiraciones, el orador con sus arrogantes licencias, el vulgo con sus conceptos vigorosos, y aun á veces hasta esas pobres cabezas que sin saberlo usan nuevas voces ó corrompen las antiguas, todos pueden contribuir al crecimiento del idioma, porque todos inventan; mas ninguno tiene autoridad para imponer á los demás como castizos esos vocablos: sólo la Academia es la llamada á juzgarlos; y como no debe juzgar en causa propia, y en causa propia juzgaría si inventase, ha de reconocerse y convenirse en que el límite de su autoridad es la invención é introducción de palabras desconocidas.

No es el lenguaje, en su primitivo origen, creación del hombre: de más alto proviene: único [1] y recibido de Dios al principio de las edades, se confundió después en los campos de Sennaar, y como resultado de esta confusión, se dividió, y con él la humanidad, en agrupaciones distintas. Estas agrupaciones, adicionando, olvidando y modificando, formaron su peculiar lenguaje, apropiado á su carácter, á sus inclinaciones, á sus necesidades.

El inglés, orgulloso y práctico, para quien el tiempo es dinero, úsalo conciso, cortado, esdrújulo, monosilábico. Un minuto que ahorre en hablar, puede dedicarlo á ocupaciones que le produzcan un penique ó evitar que se retarde el cumplimiento de una orden. ¡Admirable idioma para cálculos y cuentas y arrogantes preceptos!

(1) Erat autem terra labii unius et sermonum eorundem. Genes., capitulo XI, vers. I.

El alemán, filósofo, razonador y metafísico, tiene mil palabras compuestas, y sus partículas conjuntas modifican el pensamiento, lo hacen más intenso, evitan á menudo explicaciones y perífrasis, definen una idea complicada ó varias ideas correlativas, por más que el abuso con que los hombres científicos las amontonan sea causa de que, olvidado el entendimiento de los rasgos distintivos del objeto que desea conocer, se pierda entre el caos de lejanísimas relaciones y analogías que han querido expresarse con aquella superabundancia de preposiciones. Por ello, cuando esa forma se trasplanta á nuestro suelo, que por su índole la resiste, no hay agua sedativa con virtud bastante para el alivio de una cabeza española que se empeñe en averiguar y fijar, con completa certidumbre, la razón de la sin razón de una filosofía transrhenana envuelta en jerga hispano-germánica.

El francés, burlón, ingenioso y ligero, posee un lenguaje que se presta admirablemente á los equívocos, á los retruécanos, á las frases de doble significado, á los logogrifos, á toda clase de juegos de palabras; pero, más apegado al goce de los sentidos que á los sueños del espíritu, si la inspiración le arrebata y quiere hablar el lenguaje sublime de los dioses, lucha en vano con el instrumento. ¿Por qué no he de decirlo? Las magníficas poesías de Racine y de Corneille y de Lamartine y de Víctor Hugo, he de leerlas con la mente, sin pronunciar las palabras: si las oigo, el libro, á pesar de sus grandiosos conceptos, se me cae de las manos, y me siento quebrantado por la pesadez insufrible de aquellos versos siempre agudos, por el perpetuo sonsonete de aquellos consonantes monótonos, padres del fastidio é indisputados abuelos del sueño. Magnífica carroza arrastrada por las antiguas

calles de Madrid; mullidos y suaves almohadones que convidan á la meditación y al descanso; mas los pedernales del piso no consienten un punto de reposo.

La lengua del Dante, dulcísima lisonja del oído, falta de consonantes y sobrada de vocales, ¿qué indica sino que es propia de un pueblo apasionado, afectuoso, indolente, poco apto para el trabajo continuo y varonil que necesita esfuerzos materiales? ¡Oh! dejad, dejad al legítimo sucesor del pueblo de Augústulo que, tendido en el pórtico, ó encerrado en el gabinete, ó reclinado en la terraza sufriendo el sol volcánico de Sorrento, amortiguando su luz con ricas telas ó burlando sus rayos con el follaje de la caprichosa enredadera, goce adormecido del *dolce far niente* ó escriba sutiles y delicadas argucias diplomáticas, tan flexibles como su lenguaje, ó prorrumpa en dulcísimos conceptos de amor y de ventura. No pidáis otra cosa á la lengua italiana: exigírsela, es exigir que un niño, con su infantil acento, recite las glorias del trabajo ó los horrores de luchas implacables; no sienta bien frase austera y robusta en aquellos suavísimos sonrosados labios de los que sólo deben salir cantos de felicidad, tiernos acentos, gracias infantiles.

He ahí al pueblo español, grave, religioso, severo; más especulativo que práctico; enérgico y viril, sin ser desabrido ni adusto. En su idioma, feliz combinación de vocales y consonantes, no busquéis nombres propios de oficios, de artes, de industrias: se los prestan los extranjeros; mas no hay idea moral, ni aspiración religiosa, ni noble hazaña, ni virtud encumbradísima, á que no responda con acento grandilocuente, con frase propia, con períodos rotundos, con epítetos arrebatadores que forman la delicia de los propios y la admiración de los extraños.

Hay, pues, en todo idioma cierta cosa sutil, impalpable, que se conoce por intuición, que se escapa al análisis, que constituye substancialmente su individualidad, que le distingue con sello original, que forma su índole, que sobrevive á todas las variaciones; arca santa que flota entre misterios sobre las aguas procelosas del uso, perfume exquisito que se infiltra en todas sus partes: el espíritu del lenguaje. La conservación de ese espíritu; el rechazar toda forma que no se adapte á esa regla universal, toda frase que no se vacíe en ese molde, todo giro que se aparte de esa tendencia, toda construcción que no se ajuste á esa medida, todo período que contradiga á ese elemento constituyente, eso es lo que incumbe en especial á la Academia, eso lo que ha de conservar la Academia, eso lo que ha de defender la Academia contra las ciegas invasiones de la ignorancia, contra los meditados ataques de soberbios atrevimientos.

Pero además de ese espíritu están las palabras: aquél, alma; éstas, cuerpo del idioma. Para mantenerlas, para fijar su verdadera significación, para que no se pierdan sus distintas acepciones, para volver al comercio literario las que inmotivadamente han caído en desuso, necesita la Academia el incesante trabajo del Diccionario, acudiendo á las fuentes del lenguaje, á las abundosas canteras de donde han de extraerse los materiales, á los riquísimos mineros que mantienen la majestad y riqueza de la lengua, á nuestros escritores de los siglos XV, XVI y XVII.

Difícil es que en materias literarias, morales, filosóficas, teológicas, en fin, en cuanto tiene relación con los estudios psicológicos, haya necesidad de inventar ni de admitir voz alguna extranjera: todas se encuentran en las

obras de nuestros grandes escritores, ó pueden derivarse natural y fluidamente de las empleadas en ellas.

Mas no puede defenderse el uso vulgar de todas las palabras sólo porque se encuentren en los libros clásicos. Las hay que, si bien castizas y propias, el uso las ha relegado al de las capas ínfimas de la sociedad; de ello, que la voz que se oía sin extrañeza y aun la que se saboreaba con deleite, por pintar con vivo extremo la idea, hoy hiere desapaciblemente el oído escrupuloso y no se pronuncia ni se escribe por personas bien educadas.

Nuestro gran hablista Fr. Luis de León, cuyo dulce estilo encadena el alma, en su incomparable obra *De los nombres de Cristo* (1), usa palabras que hoy están proscritas sin apelación.

Á medida que la cultura y la urbanidad ganan, más susceptible es el trato social. Por ello, las voces que, olvidando la alteza á que su buena suerte las había sublimado, se avillanan hasta el punto de convertirse en propiedad exclusiva de yangüeses y mozos de mulas, necesitan del Jordán de muchos siglos para recobrar, si alguna vez les es posible, la dignidad perdida.

Fuera, pues, de estos casos de excepción, obligada está la Academia, Cuerpo docente literario, á conservar el uso de las palabras antiguas, el tesoro del idioma patrio; y si cuando hay necesidad de expresar un objeto ó una idea, la satisface recordando y volviendo al comercio público palabras ya sabidas solamente de escudriñadores filólogos, ó locuciones propias largo tiempo en desuso, que evitan perífrasis enervantes y desmayados rodeos, ha hecho un servicio eminente al idioma y á la patria.

(1) Lib. III, párr. 1.°, pág. 175, edic. de Rivadeneyra.

No ha de ser, sin embargo, el espíritu de conservación del idioma tan absoluto, que impida su crecimiento y desarrollo. En la robusta virilidad del cuerpo humano, ¿dónde los diminutos frágiles miembros, encanto de los ojos, que embebecidos le contemplaban en la cuna? Y sin embargo, los miembros son los mismos: por un lento é insensible trabajo de la naturaleza, asimilándose las substancias afines de los alimentos, segregando las inútiles y expeliendo las nocivas se han cuadruplicado los huesos, se han ensanchado los vasos, se han robustecido los músculos, se ha llegado á la transformación completa del niño en hombre.

Como el cuerpo humano, se halla sujeto el cuerpo lingüístico á modificaciones progresivas. Por la lenta é insensible elaboración de los siglos, que ensancha el círculo de los conocimientos humanos, que rectifica las ideas, que pule y civiliza á los pueblos, se multiplican las relaciones sociales; el lenguaje á la par va creciendo, robusteciéndose, fijándose, pero sin perder su índole primitiva, sus voces rudimentarias y sus giros infantiles, hasta llegar al punto de su mayor perfección y grandeza.

Si nos empeñásemos en valernos exclusivamente de las palabras y frases conocidas, para expresarlo todo; en no aceptar nuevas voces para nuevos objetos, para nuevas invenciones; en no descomponer las ideas múltiples ó pensamientos complexos por medio de vocablos que demostrasen sus gradaciones más ó menos significativas, sus variados matices más ó menos intensos, caeríamos en espantosa confusión y obscuridad y en lamentable atraso en el continuo adelantar de los tiempos; porque forman tan amigable consorcio los conceptos con los signos que los declaran, que no se inventa una palabra cien-

tífica sin que se dilaten con nuevas conquistas los dominios de la ciencia.

Pero más que este peligro corre el idioma el contrario: los neologismos son de suyo invasores. Entregado el mundo á la disputa de los hombres, las ideas modernas y los errores de hoy caen con impetuosa juvenil energía sobre las antiguas ideas y sobre los arraigados errores, y lo nuevo y lo viejo, en empeñada lucha, forman múltiple y vertiginoso conjunto en que triunfan casi siempre las cándidas ilusiones de mejor porvenir.

Así las palabras que expresan estos diversos objetos, estas ideas distintas, estas contrapuestas tendencias, siguen igual fortuna, y al par que aquéllas se imponen y vencedoras brillan con luz más esplendente, éstas se obscurecen con sombras más profundas ó se hunden en los insondables abismos de lo pasado.

Y este movimiento de transformación, irreflexivo y ciego, que vendría á ser como el de todo cuerpo que no tropezara con obstáculos, irresistible, arrollando cuanto se le opusiera, lo variable de suyo y lo que debe permanecer en todo tiempo, ha de encontrar un dique robustísimo en la Academia, para que de todo ello discierna lo que hay de necesario y lo que hay de inútil, lo que hay de razonable y lo que hay de caprichoso, y abra anchísima puerta á lo necesario y razonable, y repela con todos sus alientos lo inútil y caprichoso.

De lo que se infiere que la Academia no ha de limitar sus trabajos á la simple conservación del lenguaje tal como nos lo legaron nuestros predecesores, sino que ha de ocuparse asiduamente en aumentar su caudal con nuevas palabras é idiotismos nuevos, en *conservar mejorando*. Y más que el simple conservar es difícil la mejora, de

la que es condición indispensable el elegir; como lo es más la tarea del juez, que ha de fallar convenientemente arduo litigio, buscando la justicia desfigurada por el hábil pincel del hipócrita sofisma; que la del abogado que consagra sus talentos al triunfo de un cliente, amontonando en su pro cuantas razones le sugiere su agudo ingenio, falsas, aparentes y verdaderas.

La Academia, al elegir y adoptar nuevas frases y palabras nuevas, no puede obedecer á reglas inflexibles, sino que su criterio ha de ser libre, aun cuando basado casi siempre en el uso previo que se haga de aquella palabra ó de aquella frase. El uso ha de ser, pues, la estrella polar de la Academia; pero el uso acostumbrado, el uso cuando llega á constituir costumbre. Porque no basta el uso, esto es, la repetición actual, la repetición durante un período más ó menos largo de ciertos actos, de ciertas palabras: no; se necesita la costumbre; la continuación de ese uso por largo tiempo; la posesión legal, plena, digámoslo así, en que está la palabra de ser usada: puede emplearse una frase por muchos, por todos, y, sin embargo, ese uso no constituir costumbre. Hace relación el uso á la extensión del empleo de la palabra; hace relación la costumbre á la duración de ese mismo uso: es aquél el levantamiento del edificio; es ésta la perfección del edificio, que se reconoce sólido y durable: es el uso el hecho; es la costumbre el derecho: el uso consagrado por el asentimiento universal.

Mas el uso puede recaer sobre palabras nuevas aplicadas á objetos nuevos, ó sobre palabras nuevas aplicadas á objetos significados ya por palabras antiguas, que han de quedar anuladas ó sustituídas ó modificadas.

Respecto á las primeras, la Academia ha de ser laxa:

para aceptarlas, sólo ha de atender á su naturaleza. Las hay que responden á caprichos del momento; efímeras, cuyo nacimiento y muerte preside el mismo sol: las hay que representan intereses fijos, ideas adquiridas, y nacen con signos inequívocos de vitalidad. Corresponde á la Corporación, con la piedra de toque de su criterio, distinguir las unas de las otras, apreciar su necesidad; y si ésta existe, aceptar el vocablo, aunque la costumbre no haya sancionado el vulgar uso. Sólo cuando la voz sea bárbara, sólo cuando sea completamente extranjera ó en su composición no se haya obedecido al espíritu del idioma, deberá rechazarla, si encuentra otra que, significando lo mismo, vista el airoso traje español: mas guárdese de desechar la palabra nueva, sonora y significativa, sólo por ser nueva; que no ofende impiadoso la veneranda memoria de sus ascendientes el que, mirándose en el campo heredado como en las niñas de sus ojos, lo ensancha, lo mejora y lo embellece.

No es necesario, digo mal, no estimo necesario que la voz, para que tome carta de naturaleza, se haya usado por tres autores ilustres: de desear es y conveniente es su consagración por los grandes ingenios, pero no la juzgo indispensable. Cuando tres ó más autores de los reconocidos como maestros la usan, el examen de la Academia es simplemente de fórmula para revestir de la autoridad legal literaria el uso que tiene ya á su favor la autoridad moral de los preclaros nombres que como buena la prohijaron; menos aún: puede decirse que el uso de aquella palabra no lo autoriza la Academia al incluirla en el *Diccionario*, sino que, reconociendo el derecho que para ello le asiste, se limita á colocarla en el lugar que desde su nacimiento le tenía preparado.

Pero aunque no esté usada por los clásicos, si la voz es necesaria, y forma parte del común lenguaje, y se ajusta en su composición á las reglas exigidas, no ha de tener la Academia tan exiguas atribuciones que su criterio compuesto de la suma de los criterios de todos sus individuos, muchos de ellos con méritos bastantes para que se les acate como maestros, no se considere con sobradas garantías de acierto para allegar al tesoro del idioma español una nueva adquisición que lo enriquezca.

No se entienda por ello que es nuestro ánimo sostener que la Academia, Corporación tan grave, tan detenida en sus fallos, deba seguir en todas sus variaciones el uso vulgar, de suyo ligero y tornadizo, no: lo que sostenemos es que no ha de rechazar la palabra eufónica y significativa que sustituye á otra, ó que aumenta el número de las admitidas, sólo porque no la conocieron ó la despreciaron los grandes maestros de la lengua.

Con más mesura se ha de obrar cuando la palabra nueva se presenta sin más títulos que su novedad, existiendo otra propia y castiza que significa lo mismo y que ha de quedar anulada: entonces sí que, para la aceptación, ha de ser la Academia escrupulosa y nimia; entonces sí que es necesaria la lucha, el recuerdo al público de que para aquel objeto ó idea existe voz propia; entonces sí que, para adoptarla como hija legítima, es indispensable la autoridad de escritores renombrados que en sus obras la estampen; entonces sí que sólo debe ceder la Academia cuando proclame su adopción el sufragio universal.

Pero si, aunque exista la palabra castiza y propia, es repugnante, acepte sin vacilar la innovación para que se difunda hasta los más remotos confines. Por lo común, el

uso fuerza á la admisión de muchos vocablos; necesario es á veces forzar ese mismo uso, obligar á que se use la palabra elegida, valiéndose de todo el poder moral con que inviste á la Academia el asentimiento público.

Como en todas las cosas que caen bajo la jurisdicción del buen gusto, de ese sentimiento íntimo que no se explica, pero que ejerce sobre el mundo de la belleza indisputable soberanía, acontece en los idiomas. Hay palabras que hieren desagradablemente el oído delicado, bien por su estructura, bien porque representan la parte más abyecta del objeto, ó lo representan en toda su grosera desnudez [1].

(1) Observación fué ya de Cervantes: «Ten cuenta, Sancho (hace decir á »Don Quijote), de no mascar á dos carrillos, ni de *erutar* delante de nadie. »—Eso de *erutar*, no entiendo—dijo Sancho, y Don Quijote le dijo:—*Eru»tar*, Sancho, quiere decir regoldar, y éste es uno de los más torpes voca»blos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo: así la »gente curiosa se ha acogido al latín, y al regoldar dice *erutar*, y á los re»güeldos *erutaciones*; y aun cuando algunos no entiendan estos términos, »importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo que con fa»cilidad se entiendan, y esto es enriquecer la lengua sobre quien tienen »poder el vulgo y el uso.» Lo que predecía Cervantes ha sucedido: el uso ha ido introduciendo la voz latina, destronando á la española, declarada innoble y baja. Y esa delicadeza del gusto envuelve en sí exquisitas y sutiles distinciones de significado. Cervantes sólo pensó en sustituir el uso de un vocablo por otro sinónimo, y á pesar de no haber habido declaración expresa, insensiblemente, sin darnos cuenta, la sinonimia ha desaparecido, y la idea que quiere determinarse por ambos no es idéntica. Porque si bien con ambas palabras se designa el mismo acto natural é involuntario del hombre, no lo representan de la misma manera y con los mismos accidentes. La palabra primitiva es la designación del acto inculto, incivil, mal educado, rebosando vino y carne, que nos causa repugnancia y asco por el modo y por el motivo; mientras la neológica representa el acto excusable, reprimido en lo posible, evitado casi siempre, hijo de la indisposición del cuerpo, envuelto entre el perfume del anís y los tibios vapores de la manzanilla, que nos causa lástima como signo de dolencia;

No es necesario advertir que la poesía, la verdadera poesía que embellece cuanto toca, puede en ocasiones, con gran efecto y dando robustez al estilo, componer magníficas frases con esas palabras repulsivas, si no huellan los límites inquebrantables del decoro y de la pública honestidad.

Reguladora y legisladora la Academia, tócale discernir las unas de las otras, sujetar las modernas á la turquesa de la etimología, restringir las antiguas á su prístino significado, corregir los errores en que se incurra, enseñar el camino que ha de seguirse; ceder, resistir, modificar el uso, encuadrándolo en el inflexible marco del espíritu del idioma, que ha de infiltrarse en todas sus partes, como el fuego se infiltra en el hierro, sin que la más pequeña de sus partículas se libre de la acción incandescente.

Por este continuado choque, por esta lucha perenne, por este conjunto informe de goces y necesidades físicas, que se sacian y renacen sin reposo, de descubrimientos y aberraciones de la ciencia, de arranques elevados y miserables caídas del corazón, de inspiraciones y abusos del genio, de errores múltiples y aciertos casuales del vulgo, de olvidos y rehabilitaciones, de adquisiciones y de abandonos, de neologismos y de arcaismos, de resistencias y capitulaciones, de ataques y de defensas; al transcurrir algunos siglos, el lenguaje se encuentra modificado: en perjuicio suyo, si la transformación se debe á la casuali-

y de todas estas circunstancias, que hieren instintivamente nuestra imaginación, sin que las analicemos, sin que reflexionemos siquiera sobre ellas, proviene, en mi opinión, que la palabra que expresa el defecto repugne tanto al labio que se elimine de la conversación culta; mientras que sin embarazo se usa la que expresa la necesidad natural ó la consecuencia del padecimiento.

dad ó á la ignorancia; con ventaja, si la ciencia la dirige; si una Corporación celosa, atenta á las evoluciones del espíritu humano y al lenguaje que ha de anunciarlas, cede ó resiste inteligentemente; si ensayando los neologismos en el crisol de la filología, que ostenta por emblema, separa la escoria del oro cendrado, y con su recto juicio y su inflexible criterio *limpia, fija y da esplendor* á la lengua castellana.

He dicho.

DISCURSO

DE

D. FERMÍN DE LA PUENTE Y APEZECHEA

EN CONTESTACIÓN AL ANTERIOR.

Dos nombres, señores Académicos, ha dado como por santo y seña el nuevo compañero al llegar á vuestros umbrales; y yo, que en vuestro nombre salgo á recibirle, y en el de nuestro Director á presentárosle, esos propios nombres recojo, como de tan grata recordación.

Tenéis ya, en efecto, en vuestro seno al digno y legítimo sucesor del Sr. Olózaga, en ese propio sillón cuya gloriosa cronología arranca del diligente y exacto historiador de las guerras de sucesión, Marqués de San Felipe, y que esmaltaron después, con varia fortuna, el humanista Zapata, el poeta Huerta, el arabista Conde, el Ministro expatriado comentador del *Quijote*, D. Ramón Cabrera, y, por último, el economista Valle y el tan prematuramente malogrado Sr. Saavedra Meneses.

Pero otro nombre invocaba el nuevo Académico al empezar su discurso, con cierto como religioso respeto, y á éste no puedo yo tampoco dejar de salir siempre al encuentro, abriéndole, ya que no pueda, ¡ay de mí! los brazos, á lo menos de par en par el corazón; el de nues-

tro insigne y querido Aparisi y Guijarro, de dulce y para mí hasta veneranda memoria, cuya voz oísteis con encanto, y á quien premiásteis una y otra vez como poeta, cuando á los poetas llamábais á cantar á Bailén y á Tetuán, las dos mayores glorias de la patria en la historia contemporánea. Viven para siempre en vuestros anales aquellos patrióticos versos: los primeros, dignos de Herrera; los segundos, que á par de los de vuestro Quintana pueden emular con los de Tirteo. Su elocuencia, triunfadora en el foro y tan poderosa en la tribuna, tampoco ha llegado á vosotros sino del otro lado del sepulcro, pero para dejaros eterno memorial de santos deberes y de dulces y melancólicos recuerdos (1). Hoy os le envía también, si más alegre, no menos caro, y yo cumplo su encargo trayéndoosle de su parte.

Tenéis, en efecto, en el Sr. D. León Galindo y de Vera, no sólo al sucesor de Olózaga, sino al heredero de Aparisi, al participante de sus estudios, al representante de su espíritu. Y si yo, en verdad, no acierto cómo se pueda encarecer este elogio, todavía, para justificarle, habré de apelar al mismo Aparisi, habré de hablar con vuestro testimonio, y de coger, en fin, como al vuelo, algunas palabras del nuevo Académico.

Y ante todo, aquel ánimo ingenuo, que era todo verdad y todo modestia, á quien no ocurrió nunca la idea de contarse entre vosotros, sobrecogiéndole en la calle la inopinada y acertadísima intimación de su candidatura, que tuvo la gloria de hacerle el Sr. Campoamor, y que á poco tiempo ratificó vuestra sabia votación, lo que para sí ni imaginaba siquiera; eso deseaba, eso quería para el

(1) Véase su discurso de recepción, que no llegó á leer, y se ha publicado en las Memorias de la Academia.

Sr. Galindo de Vera. Esta confianza le debí por suerte, y ese honroso encargo, santo para mí después de su muerte, me propuse cumplir, cuando entre vosotros, á pesar de mi pequeñez, intenté su candidatura. Hícelo en verdad no por mí solo, que tanto no pudiera, sino con poderoso y autorizado auxilio: el de los Sres. Nocedal y Fernández-Guerra (D. Aureliano), que conmigo suscribieron la propuesta. Y á esto, sin duda, y no menos á lo que vosotros de él conocíais y sabíais de antemano, se debió el éxito. Navegábamos con rumbo á la estrella de Aparisi en mar de bonanza, que tal es siempre el de vuestra genial benevolencia, con vientos prósperos de nobles y merecidos triunfos del candidato: fuimos, pues, viento en popa á arribar á seguro puerto, la suspirada siempre y rara vez conseguida unanimidad, que dobla el precio del favor. Permitidme que diga en vuestro nombre que la dábais á quien con raro, y acaso nunca visto ejemplo, en el espacio de un solo año ganó tres primeros premios en concurso público contra valiosos competidores, en tres distintas Academias: la de la Historia, la de Ciencias Morales y Políticas y la vuestra. Fué vuestro laurel, discernido también con asentimiento unánime, en asunto esencialmente filológico, que son los de más alto valor en esta liza. Falle el mundo literario si es ó no de cantera académica el vencedor de tales hazañas.

Sabéis, además, en cuántas sesiones os ha presentado vuestra Comisión de Diccionario las copiosas propuestas de nuevas voces y acepciones para el mismo, hechas por el Sr. Galindo; y si el agradecerlo es deuda, el declararlo públicamente no sólo es cumplida recompensa para quien la recibe, sino estímulo á cuantos como él contribuyen á poner su parte en esta mies gloriosa, que con provecho

de la patria y de la lengua allega de todas partes y acrecienta nuestra Academia.

Levantando, ante todo, la mente al ideal de la misma, encuentra hoy el Sr. Galindo inscrito en su frontispicio, como sublime emblema, el VERUM, BONUM ET PULCHRUM, que abarca todo género de belleza, la cual, partiendo de la esencia misma de Dios, irradia sobre el hombre llenando su entendimiento, su conciencia y su voluntad. Gloria es, en verdad, de nuestra Academia abrazarlas á todas tres, por lo mismo que es objeto de sus meditaciones la lengua, que todo lo abarca, que es el órgano de la revelación de Dios y de la sociabilidad, y á la cual, por lo mismo, nada de toda la humanidad es extraño. Y ¿cómo comprender el ejercicio de esta omnímoda acción y derecho sin obligación correlativa, sin responsabilidad consiguiente, y sin autoridad que la defina y la regule y la exija?

Oíais, señores, no há muchos años, en este mismo lugar, asentar y probar esa propia tesis del principio de autoridad en materia literaria á uno de vuestros más ilustres individuos, el Sr. Ríos y Rosas; el cual, caminando por el ingrato terreno de la filosofía, pero sin dejarse ligar por sus ataduras, llegó, sin embargo, con superiores luces y con su enérgica voluntad, á afirmar victoriosamente estas conclusiones, no sin sorpresa y hasta con excesiva incredulidad de algunos de los extraños que le oyeron. Yo vine entonces hacia él por más fácil camino, hasta que sin esfuerzo nos encontramos reunidos.

En el mismo principio funda hoy sus conclusiones el nuevo Académico, que, parte por hallarlas probadas de antemano, y parte porque, viniendo de donde viene, no há menester pruebas ningunas para su tesis, se contenta

con la simple afirmación. Hay, en efecto, autoridad en materia de lenguaje; autoridad que no puede ejercer uno solo; que pertenece á pocos, escogidos, y, si es posible, por todos, ya que no con sufragio universal elegidos (que éste, á pesar del nombre, viene en realidad á ser imposición de los menos), universalmente aceptados y tradicionalmente seguidos.—Tan alta magistratura está confiada á nuestra Academia. Mas antes de considerar por qué medios y con qué condiciones haya de ejercerla, estudiemos algún tanto las de este género de autoridad.

Observa el Sr. Galindo cuán necesaria sea la presencia de ella en todo orden religioso y científico, en todo cuerpo de doctrina que tenga principios ciertos y haya de estar en posesión de la verdad. Tan seguro es esto, que viene á ser como la piedra de toque de la legitimidad de toda ciencia, el crisol donde se purifica y depura. Es la autoridad, en efecto, la memoria de los tiempos pasados, que aquilata lo presente y abre las fuentes de lo porvenir, sin la cual la humanidad navegaría á un tiempo sin brújula y sin lastre, en perpetua infancia, en interminables experimentos. Recordamos á este propósito haber oído en la Universidad de Sevilla á un ilustre jurisconsulto, joven á la sazón (1), mucho antes de la declaración dogmática de la infalibilidad del Sumo Pontífice, defenderla como absoluto é imprescindible coronamiento de la verdad y de la unidad católica, la cual, sin este criterio perpetuo é indeficiente, apenas podía concebirse, mientras que con él lograba su sanción última y más evidente demostración; al paso que, como por maravillo-

(1) El Sr. D. Manuel del Amor Laraña, hoy insigne catedrático de Jurisprudencia de aquella Universidad, y una de las mejores lumbreras de su foro.

sa contraprueba, este solo enunciado, que á ninguna otra autoridad en el mundo tan completamente corresponde, era por sí solo una demostración concluyente de la divinidad de su origen.

Pero descendiendo de tan altas consideraciones á otro terreno más llano para nosotros, entremos, señores, en esta amable República de las letras, que con tanta fruición como maestría nos traza el Sr. Galindo, dando en ello tan exquisita muestra de saber cuanto de discreción y cortesanía. No hay en ella (ya lo habéis oído) imperios, ni cetros, ni Césares, ni dictaduras. Obran en su seno dos contrapuestos elementos, la acción y la resistencia, sin que ninguna de ellas pueda predominar exclusiva, suprimiendo á la que la promueve ó contrasta. Ambas han de coexistir y funcionar á un tiempo: *moderatè permixta conformatione*, como decía el gran orador y filósofo latino [1].

También hay en esta República jurado, que sois vosotros, y mayorías que declaran la razón y distribuyen el derecho, ya que crear éste sea de todos, y crearle y darle infaliblemente y en una pieza no sea de nadie, porque nada humano es ni absoluto ni infalible; y estas mayorías que interpretan el voto de todos, que es el uso, también por el uso son juzgadas, y á sí propias se rectifican; y en esta incesante marea y circulación con que la sangre afluye al centro y del centro por todas las arterias se reparte, está la vida; en la cual, como en la sociedad y en las lenguas, con el estancamiento viene la corrupción; con la paralisis, la gangrena, que, si no se extirpa, trae consigo la muerte.

(1) Cic. De Rep. Lib. I, cap. XLV.

Al lado de estos peligros recuerda el Sr. Galindo el terrible castigo de la confusión de las lenguas, impuesto á la soberbia humana en los campos de Sennaar; pero de aquel castigo, envuelto en mucha misericordia, como suelen ser los de Dios, ayudadas de la geografía salieron las naciones.

Otra más funesta y pequeña, como que viene del hombre, padecen los pueblos cuando de su carácter y condiciones se olvidan y hacen que se olviden sus lenguas, viniendo á palpar sombras y tinieblas y acogiendo al acaso confuso rumor de discordantes sonidos, que chocan y pugnan con los propios.

Ahora bien: ¿cuál es el medio de prever y aun de reparar tanto desastre? Es el orden, es la autoridad. Con razón lo afirma el Sr. Galindo en una frase que no puedo menos de recoger. Esta autoridad en la lengua es la lengua, es la patria, es la nacionalidad.

Por lo mismo quiere y há menester que el poder central, que de ella cuida, sea fuerte, y más fuerte en España, como si fuera el único vínculo que liga y mantiene en uno ese haz de provincias que llama federación, cuya palabra suena entre nosotros como amenaza contra la unidad de la patria. No es, por fortuna, no, la lengua, aunque tan firme, el solo fundamento ni el único lazo que congrega y constituye á España. Por encima de éste, y aparte de sus condiciones geográficas, de sus mares y ríos y montañas, está el santo amor de su independencia, su carácter y su genio; su historia y sus tradiciones; sus mujeres y sus hombres; su manera de ser y de regirse, su trono y sus ayuntamientos; sus Concilios y sus Cortes; su Dios, en fin, único en todo el ámbito de su noble tierra, en donde no cabe otro altar, aunque no sea sino por

el universal vacío que en torno de él se haría, y por la más eficaz de todas las intolerancias: la del desprecio.

Mas no es esto negar en manera alguna el poder de la lengua para reanudar y vigorizar todos aquellos sentimientos á los cuales convertiremos más adelante nuestra atención. Tratamos ahora de explicar cómo sucede en España, sin mengua de la unidad, este hecho providencial de la diferencia de dialectos, porque Dios ha querido que sea, y nada de Dios se hace en vano, y porque además tiene España fuera de su suelo intereses del corazón, para cuya existencia y conservación es, si no el único, el principal elemento esa autoridad que con tanta elevación asienta el Sr. Galindo.

Un idioma completamente ajeno al nuestro, el vascuence, vive en España desde tiempos tan antiguos que no alcanza á discernirlos la historia; y además del castellano, que es la lengua española por excelencia, coexisten con ella otros tres, ó más bien cuatro dialectos, derivación de un mismo común origen, que viven todos dentro de la Península. Son éstos (aparte del asturiano) el gallego y el portugués, que es su derivación ó perfeccionamiento, y el lemosín, que permanece en Cataluña, Valencia y las Baleares. Del primero hablaremos más adelante; en cuanto á los últimos, ¿cómo no considerar española á la lengua que salvó y restauró la patria en Covadonga; que hablaron nuestros primeros guerreros y poetas y escritores; en que se escribieron las Partidas, y que hoy mismo anda en boca de aquellos naturales? Ni ¿cómo negar carta de naturaleza á aquélla en que trovaba Macías y en que escribía sus incomparables Cantigas el Rey Sabio en un idioma que tanto se da la mano con el portugués de hoy? Y si á la parte de Levante nos vol-

vemos, ¿podremos reputar por extranjera á la en que pensaron Raimundo Lulio y Luis Vives y en que evangelizaba San Vicente Ferrer? Pues si á tiempos más modernos convertimos la vista, ¿rechazaremos á Jovellanos y á Campomanes; á Capmany y Balmes; á Feijóo y Pastor Díaz, y finalmente á Aparisi y Guijarro, todos españoles y casi todos grandes glorias de vuestra Academia?

Y no que por ello pretendamos que todos estos dialectos sean una misma y sola lengua, que eso dista tanto de lo cierto cuanto nos es de todo punto innecesario: lo que afirmamos es que con todos ellos se ha pulido y perfeccionado el romance castellano, influyendo todos y cada uno de ellos en éste; puliéndole y acrecentándole, é informando, sobre todo, su carácter hasta constituir esta noble y hermosa lengua española, tal como la tuvimos en nuestro siglo de oro, tal como todavía la heredamos de nuestros padres, dando ella hoy mucho á aquellos dialectos y sin ofensa, como de caudal común; y recibiendo de ellos, y de otras provincias de aquende y allende los mares, como de naturales tributarios. No es mía esta idea, es vuestra también y académica: es, como veréis más adelante, del Sr. Musso y Valiente, mi ilustre padre literario y uno de vuestros más claros ingenios. Oculto en la noche de los tiempos el lenguaje primitivo de los pobladores de España, un pueblo antiguo y venerando que se asienta en sus costas y á lo largo del Pirineo, dándose la mano con el que ocupa la opuesta falda, no alcanza ni acierta á revelarnos este misterio. Hánle preguntado nuestros sabios; y hallando en el inventario de nuestra lengua frecuentes palabras procedentes de la suya, no encontraron en él la construcción ni el régimen. Mayores, y si no completos, indudables vestigios ha-

llamos de la raza semítica ó ariana, de lo cual ya os hablaba hace tiempo un sabio profesor de lenguas orientales, compañero nuestro, el Sr. Catalina. Tan útiles investigaciones han hallado eco en nuestros hermanos de América, que también se llaman hijos de este mismo origen, que les viene por doble abolengo en este supuesto, ya por sus aborígenes, ya por nuestra filiación [1]. Como quiera, con tales elementos, amalgamados con los que aportaron á nuestras costas en alas del comercio, se formó el primitivo idioma: «Que al comunicarse entre sí los pueblos, decia aquel sabio Académico, el primer género que ponen de manifiesto es su lengua.»

Aparte, pues, de las primitivas invasiones, que callan las historias, pero de que nos hablan las piedras, las cuevas y hasta la lengua misma, y que no es ahora ocasión de escudriñar; ateniéndonos sólo á las colonias é inmigraciones históricas, es indudable que, como comerciantes, aportaron á España, ó sucesiva ó simultáneamente, los hebreos, los fenicios (los de Tiro), más adelante los griegos y africanos (los Cartagineses), y más íntimos y persistentes que ningunos los romanos, cuyos vínculos con España fueron tantos que por la fe á ellos jurada consintió abrasarse Sagunto, y Numancia, después de haber sido terror de su república, vino á perecer también con fuego, estrechada por sus armas.

Dominaron entonces su suelo los fieros vencedores, pobláronle con colonias y municipios, surcáronle vías, oprimiéronle ciudades romanas, hiciéronle campo de batalla (¡desgraciada suerte de nuestra patria!), y en su seno se combatieron y decidieron en gran parte aquellas gra-

(1) Véase la obra publicada en París en 1871 por D. Vicente Fidel López titulada *Les races aryennes du Perou.*

ves cuestiones que entrañaban la dominación y el imperio del universo, al cual preparaban, sin saberlo (por medio de aquella maravillosa y fatídica unidad que ya no ha de acabar), á la Luz que iba á venir al mundo. Romano, pues, era en aquellos tiempos el suelo español; y, sobre todo, romana hubo de ser en casi su totalidad la lengua española, singularmente la oficial y literaria.

Además de la fuerza de las armas, que suele ser precursora de otra más poderosa, la de las letras, costumbres é instituciones, otra civilización nos avino de Roma, todavía más extensa y universal y fecunda. Pero ¿qué decimos civilización? Era otro nuevo sol, un nuevo sér, una completa transformación. Fué el Cristianismo, fué el Catolicismo. De nación hebreo, pero ciudadano romano, que reclamaba sus derechos, desde Tarso, tal vez entre negociantes, aunque él á negociar no viniera, trájola San Pablo á las costas tarraconenses, y sus discípulos la propagaban por las de Almería, en tanto que á las de Occidente aportaba el Hijo del trueno, el grande Apóstol de España, celestial Enviado, que haciendo en ella su principal mansión y volviendo á la misma cuando de sus términos salía, en fin, en ella vino á quedarse perpetuamente, hasta que un día, con sus hijos, comparezca ante El que le envió, sin haber perdido de ellos ó de sus pueblos á ninguno, conforme con la enseñanza del Divino Maestro.

Siguió alguna tregua de respiro, dispuesta acaso en el orden de la Providencia, para dejar que la nueva semilla prendiera, cundiese y se arraigara, no tanto á la sombra de la paz, como con el riego de la sangre de sus mártires; y entre tanto España envió sus hijos, romanos ya y españoles á un tiempo, al trono de los Césares, en Adria-

no, Trajano y Teodosio, ó como maestros y poetas y áulicos á los palacios en los Sénecas, Lucano, Marcial y Quintiliano, ó en San Dámaso al Pontificado, y otros grandes obispos y varones apostólicos á sus Concilios y al gobierno de sus Iglesias. Después sobrevienen los godos, antigua amenaza del imperio romano: ábrense sobre España también las cataratas del Norte, y, desbrozado el imperio de su corrupción y despojos, salen y se levantan nuevas naciones.

¿Cómo recibió España á sus rudos invasores, que eran, además, extraños á su culto? Recibiólos abrazada con su fe, padeciendo sin desesperar, y al cabo de algún tiempo, fundidas ambas razas, fundida también, si no absolutamente, en gran manera la lengua (en que más que nada da á entender su separación de la latina, la pérdida de sus declinaciones y conjugaciones y la adopcion de partículas y el empleo de sonidos ásperos que encontramos en ella, y no son latinos), al cabo de algún tiempo, el suelo vencido venció á los vencedores.

¿Quién fué la gran restauradora? Fué la Iglesia, fueron los Concilios. Casi al propio tiempo que la restituyó Recaredo, junto á su solio y de su propia sangre aparecía, entre el brillante coro de sus hermanos, el gran San Isidoro, aquella enciclopedia de su siglo, luz del nuestro y en cuyas obras se columbran ya vestigios del habla española.

Pero otra gran prueba nos reservaba la Providencia. Á la invasión del Norte correspondió después otra del Mediodía. África, que antes nos enviara á los cartagineses, nos mandó también sus tribus errantes, con las cuales, por fortuna, vinieron los árabes. La Religión todavía les disputó el terreno, y no se lo abandonó nunca

por entero; pero su verdadero santuario y el corazón de la patria se refugiaron en Covadonga á la sombra de la Monarquía. De allí, siete siglos de luchas y conquistas que no hemos de seguir paso á paso. Bástenos saber que con ellas se salvó, y al mismo compás de ellas apareció la lengua.

«Durante la reconquista (dice el Sr. Musso) (1), hablábanse en España, como que en realidad, aparte de los vascos, había en ella distintas naciones, diferentes idiomas. Los moros usaban el suyo, que, hijo de clima ardiente y fecundo, traspasaba el fuego de éste á las palabras y frases. Los de la corona de Aragón, en general, el lemosín, que era ó venía á ser el provenzal. Los castellanos se expresaban con su romance, embrión de idioma que todavía casi no se había formado. Tomaba éste del provenzal, hermano suyo; tomaba del árabe, con quien hasta entonces no había tenido que ver, y, á pesar de ello, mostraba más afición á tomar de éste que de aquél. No era capricho, sino necesidad: del más sabio recibe siempre la ley el más ignorante. No obstante, vestía estas galas á su modo. Con lo cual el romance iba perdiendo su antigua rudeza y poniéndose en disposición de ser algún día lengua, no sólo culta, sino envidia de otras. Manejada después por sus primitivos escritores y los que les sucedieron, cada día la armonía era mayor, el ritmo más perceptible, la frase más correcta y desembarazada, la gracia empezaba á columbrarse, y ya en las Partidas su decoro daba á entender que las dictaba la boca de un Monarca. Notable es que, estando el castellano todavía

(1) Discurso de entrada en la Real Academia Española leído en 2 de agosto de 1827 al tiempo de tomar posesión. Véanse las MEMORIAS de la Academia, tomo III, pág. 106.

en la cuna, le tomaron á su cargo Reyes y personajes de alta jerarquía; y que cuando de su compañía se apartaba, se acogía á los misterios y techos de la Religión, puesto que el claustro era refugio común en aquellos tiempos. ¿Qué maravilla se hiciese lengua de Reyes, con quien en señorío, pompa y grandeza no puede competir ninguna entre las vivas? Lengua que crecía entre el estruendo de las armas, ¡cuánta robustez debía adquirir! ¡cuánto vigor! Lengua que, apenas salida de la niñez, daba leyes á los pueblos, ¡cuánta dignidad! Lengua que se complacía en ser cultivada por príncipes y caballeros, ¡cuánta gallardía y soltura! Lengua, por último, que en los versos entonaba loores al Omnipotente, ¡cuánta sublimidad!»

Perdonad, señores, esta cita, si, aun extractada, os ha parecido algún tanto larga. Ella, sin embargo, nos ha hecho adelantar sobremanera en nuestro propósito. Porque, aparte de habernos demostrado la influencia sobre el romance castellano de los dialectos, sus hermanos, ya nos ha hecho fijar la opinión sobre su genio y carácter, cuyo estudio puso con razón el Sr. Galindo al lado de vuestra autoridad como único medio de ejercerla fructuosamente.

Sí, ya lo hemos visto: nuestra lengua nace en brazos de la Religión y á la sombra de la Monarquía. Trae con la primera una alianza de diez y nueve siglos, y por medios de propagación y de conquista tiene las misiones y las armas: nuestro estado es el de perpetua lucha, y no siempre con extraños; ¡ay! ¡las más veces, con mayor amargura, de hermanos contra hermanos! «Suerte particular de nuestro idioma (prosigue vuestro insigne Académico), que casi no deja el santuario sino para salir á

campaña, pues, desde su principio hasta acabar su siglo de oro, apenas se encuentra escritor de mérito que no sea ó eclesiástico ó militar.» Así, pues, ni el que sea extraño á nuestra fe podrá comprender sino con gran dificultad nuestros clásicos, ni apenas será dable conocer á fondo nuestra lengua al que no estudiare y conociere nuestros ascéticos. Ved nuestro Teatro; y si queriendo penetrar por sus puertas la Religión, la lealtad y el honor no os las abren, no pasaréis de los umbrales: nada entenderéis. Y no menos á la mano podéis hallar otra comprobación.

¿Habéis pensado alguna vez en la multitud de palabras, de frases, giros y refranes que, más que ninguna otra cosa, reflejan el genio de nuestro idioma? Hailos directamente derivados y relacionados con la Religión, con su fe, con sus preceptos y sacramentos, con su espíritu y sus enseñanzas, con cada una de sus virtudes y los objetos de las prácticas y ceremonias del culto. ¿Habéis fijado vuestra consideración en los que se refieren ó á la Monarquía, ó á la persona del Rey, á su autoridad, á la personificación en él de la patria? No es nuevo en mí este estudio, que ciertamente da origen á muy curiosas observaciones. Mas ya que en él no me detenga, porque no es de esta ocasión, permitidme decir siquiera algo de lo que al paso nos ocurra.

Con sólo la palabra *Dios* (y sirva de muestra) basta para formar media lengua, bien que no es extraño, pues, en verdad, no cabe en toda la Creación. Unida con casi todas las preposiciones, forma la palabra *Dios* frases de diverso sentido. *A Dios* (en dos palabras y con inicial mayúscula la última) es forma de cristiano y afectuoso saludo, con que le encomendamos las personas á quienes encon-

tramos ó de quien nos despedimos; combinadas en una sola y con letra minúscula la última, es la propia despedida.

Á darte el *adiós* postrero
llega ya tu triste amante,

ha dicho el Sr. Arriaza, uno de vuestros poetas. *De Dios* decimos que son las cosas que más manifiestamente parecen ordenadas por su Providencia: también decimos que están *de Dios.* Con la preposición *en* formamos un verbo de que hablaremos más adelante. *En Dios y en mi ánima* decían nuestros padres para encarecer ó afirmar mucho una cosa. *Por Dios*, y con la palabra hermano, pide limosna el pobre, y *por Dios*, devolviéndole aquel cariñoso nombre, le pide perdón de no socorrerle el cristiano, por más alto que sea, sin que sepamos que á tan dulce fórmula haya alcanzado nunca la filantropía, cuya moral, de dudosa ley, ni su afectada cortesanía, llegar no pueden á donde raya la caridad. De *por Dios* sacamos el enérgico verbo y nombre *pordiosear* y *pordiosero. Sin Dios y sin ley* llamamos al *Atheos* griego, que también ha entrado en nuestro idioma, y al *exlex*, de Horacio. Un *contra Dios* nos parece el despropósito que se opone á la ordenación divina. Si pretendemos afirmar una cosa, decimos *bien sabe Dios;* si referirnos al porvenir ó apelar á la Providencia, *Dios dirá*, *Dios proveerá;* si consolarnos en la contemplación de las miserias humanas, *á todas partes alcanza Dios;* si testificar su justicia, *Dios castiga sin palo ni piedra;* si se malgasta el tiempo, decimos que *hemos perdido toda la mañana de Dios; nos dan á Dios*, *recibimos á Dios*, cuando sanos ó enfermos nos le administran. Espera, por último, el enfermo *la hora de Dios* cuando, ya destituído de todo auxilio, se halla

en el último trance. Decimos *fuego de Dios*, *ira de Dios*, *cuerpo de Dios*, *la palabra de Dios*, con diferente y enérgico sentido; y no sólo decimos *ángel de Dios* y *hombre de Dios*, sino que, extendiendo esta caridad hasta á los irracionales, también aludimos á ellos con cierta ternura, llamándolos *animalitos de Dios*. Sabéis que en España tenemos *la tierra de Dios*, y decimos que echa *por los trigos de Dios* el que, raciocinando, divaga sin hallar término ni salida. Y si de aquí pasamos á las frases y refranes, casi sin pensarlo nos saldrán al encuentro: *á Dios rogando y con el mazo dando; de menos nos hizo Dios; Dios os guarde; ¡vaya por Dios!; vaya con Dios; ¡bendito Dios!; que Dios haya; Dios y ayuda; de Dios nos venga el remedio; Dios sobre todo.*

Y cuenta que lo de menos es que sean muchos; lo que más importa son los tesoros de religión, de fe, y esperanza, y amor, y por tanto, de la más alta y verdadera filosofía que contienen en sí y reflejan sobre la lengua.

Ni se crea que cuando estos ejemplos citamos, rebuscamos palabras y frases que sólo se usan entre gente devota. Úsalos el pueblo indistintamente, como es notorio, y aun en labios de aquéllos que más ajenos de la Religión ó de aquellas ideas parecen, no dejaréis de oir que se *endiosan* en la contemplación de cualquier objeto que los arrebata y transporta; veréis que no hay quien no *adore* y llame *divino* é *inmortalice* lo que apasionadamente ama ó admira; que, si se queja de lo que diariamente le acosa, no pregunte con amargura si esto ha de ser *el pan nuestro de cada día.*

Y si todo buen español, cuando se siente algo indispuesto, dice que *no está muy católico*, no hay desdichado alguno tan descreído que, si cae, no se queje de que se

ha *roto el bautismo*, ó, para amenazar al contrario, no le intime *que le romperá la crisma*, que, por lo visto, aun para él imprime carácter permanente; el más redomado tabernero entiende de *cristianar* y de *bautizar* el vino. Para el cristiano y para el que no lo fuere, habrá ya *prójimo* hasta la consumación del mundo: aunque no sepa de Horacio ni de parodiar su hemistiquio, dirá con Quevedo y con la Religión, sobre todo en lo primero, al tratar de la necesidad ó de la pobreza,

que, siendo toda cristiana,
tiene la cara de hereje.

No hay español que no conozca el toque de *oraciones*, ni deje de entender lo que por esto se significa, aunque haya algunas docenas que modernamente pretendan llamarle el *Angelus*; ni materialista en cuyos labios no suene el *amén* cuando le desean que alcance lo que con ardor apetece; ó si le hacen una mala pasada, sobre todo en negocios de bolsa ó de dinero, que son hoy el *pellem pro pelle* de que hablaba el diablo al Señor pidiéndolo permiso para tentar á Job, no le llame, si es español el burlado, *judío y sin conciencia*; y si éste de *santiguarle* tratare con una de las navajas que del *Santo Oleo* llaman, no le moteje de *desalmado*.

Por *matrimonio* se ha querido hacer pasar, en esta nación católica y entre católicos, bien que con el aditamento de *civil*, á lo que, no teniendo nada de Sacramento ni aun de religioso, y sí meramente la esencia de contrato aprobado por la autoridad civil, se afirmaba, contra todo principio de Derecho, que era irrevocable, con la singular é insostenible pretensión, que contraviene á la esencia de todo contrato, de que no pudiera disolverse por el

recíproco y voluntario disentimiento de aquéllos que con su libre consentimiento le formaron. Al verdadero matrimonio, para conocerle, añadían el apellido de *canónico* ó *eclesiástico*; pero las ideas y las palabras valen lo que son, y la de *matrimonio*, adoptada hace tantos siglos por la Iglesia y consagrada en los cánones y en las leyes del reino, significa en España el Sacramento y el contrato indisoluble que se forma por la voluntad libre de los contrayentes aptos, pero que la Religión atestigua, recibe y santifica, y cuya sanción está en el cielo. Sin negar, pues, á la autoridad civil el completo derecho de registrar y hacer constar tan solemnemente como quiera la verificación de los matrimonios, aquella intrusión no sólo era esencialmente perturbadora y anti-católica, sino insostenible ante los fueros de la lengua; y así lo demostraba la simple consulta con vuestro Diccionario, que con razón invocó un ilustre prelado, digno Académico correspondiente vuestro, al hablar de este asunto (1). *Amontonamiento* llamaba el pueblo, con singular y soberano instinto, á lo que, al abrigo de la torcida inteligencia dada á la palabra *matrimonio*, se pretendía introducir. No es dado á los hombres, repetimos, ni aun á las leyes, hacer que las palabras valgan por lo que no son, y signifiquen lo contrario de lo que la lengua y el uso les reconoce.

Y al propio compás, y como contraprueba de esto, habréis visto que nuestros soldados, al caer en la red barredera que, por su universalidad, más á las antiguas levas que á las proscritas quintas semejaba, decían que iban á servir *al Rey*, aun cuando la República se los llevase; y

(1) El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Francisco de Paula Benavides, Obispo de Sigüenza, en Carta Pastoral.—Véase la definición de la palabra *matrimonio* en la 11.ª y última edición del Diccionario de la Academia.

aparte de la palabra *realeza*, por extremo diversa de *realidad*, siendo aquélla tan usada por nuestros clásicos, y tan felizmente restituída al uso por el Sr. Ríos y Rosas, ¿no buscamos siempre los españoles en una *Real orden* licencia hasta para respirar? El nombre de carretera no ha anulado todavía el de *camino real* que, en el lenguaje figurado, expresa el que fácil y seguramente conduce á lo que se apetece; ni hay español que no entienda que *en la del Rey* equivale á decir en la calle, y que no conozca el *real* de la feria, sobre todo si va á ella, ni deje de sentar sus *reales* cuando en un lugar se establece. En el lenguaje del pueblo, sobre todo, la *real gana* dicen á la voluntad que no admite apelación: aun para los que no aman á los *Reyes*, son huéspedes bien recibidos los *reales*, y sobre todo (y, en cuanto á esto, pongo á prueba á todos los republicanos del mundo, por intransigentes que sean), no conocemos españoles que no transijan y hasta caigan de hinojos á los pies de una *real moza*, sin ocurrírseles siquiera llamarla ni *nacional* ni *republicana*. Pues en punto de honra (que, sea dicho de paso, *honra* es más castiza y española que *honor*, lo cual se prueba con notar que aquélla es indígena en nuestro suelo, y de subidísimos quilates tratándose de la mujer, por la suya propia y la de su marido, que guarda en depósito; al paso que el *honor*, idea más colectiva, nos es más común con los franceses; el *honor* nos viene generalmente tributado por otros; la *honra* nace en nosotros mismos); en *puntos de honra*, decimos, ¿qué ideas tan peregrinas no vemos en este país, donde sus hijos son los *naturales*, y *nación* se llama al extranjero? (1).

(1) Véase el *Diccionario*, última acepción de esta palabra, apoyada por el uso común.

Decíamos antes que nuestro estado normal es desgraciadamente el de guerra y perpetua cuestión, en que malamente nos herimos y desangramos. Pues bien; uno de vuestros más celosos Académicos, el Sr. Cueto, convirtiendo á este punto su atención, ha encontrado que para significar estas luchas hay en nuestra lengua multitud de palabras simples, diferentes entre sí, sin contar con el sin número de sus derivados, frases y combinaciones. Debo la lista á su amistad, y gustoso os la ofrecería si no fuese caudal ajeno, ó, al hacerlo, abrigara siquiera esperanza de que había de abrir principio al remedio [1].

Háse dicho acertadamente que en sólo la manera de saludar se pinta el carácter de cada nación; y contrayendo este examen á alguna de las lenguas de Europa más conocidas, vemos, en efecto, que el antiguo romano lo verificaba con la palabra *vale*, encabezando sus cartas con la sabida fórmula equivalente: *Si vales*, *bene est; ego valeo:* como si con ambas quisiera significar que la fuerza y el poder eran para ellos los objetos de mayor estima. También decían: *salutem plurimam dicit*, significando con ello que hay muchos géneros de bienestar, y que, en cierta manera, era dueño de imponerlos ó conferirlos el que saludaba.

Pregunta el francés: *Comment vous portez-vous?* como si para ellos el movimiento fuese la beatitud suprema. He aquí lo que el inglés inquiere: *How do you do?* ¿qué hace V.? como si dijera que la actividad es allí el asunto de mayor importancia.

(1) Son mucho más numerosas que las empleadas para significar esta idea en el francés, el alemán y aun el inglés, si bien, según aquel ilustrado crítico, es éste el que, á larga distancia, más se nos aproxima en tan poco envidiable género de riqueza.

Tres fórmulas españolas conocemos más usuales: todas igualmente características. La primera es el *á Dios*, que no sólo sirve para saludarse, sino también para despedirse; la segunda, *¿cómo está V.?* en que harto se significa que para nosotros, desgraciadamente, el reposo es el más general y deseable de los estados. La última fórmula, universal entre personas de escogida educación, es *á los pies de V.*, *que besa sus pies*, tratándose con señoras, y *beso á V. la mano*, que es la congruente de parte de éstas á los hombres, ó de los hombres entre sí. El pueblo, y con él el lenguaje oficial, acertadamente dicen: *Dios guarde á V.* Dígase si el carácter nacional, religioso y caballeresco, puede expresarse más gráficamente que con estas formas (1). Otra hay más moderna: *¿Cómo va?* decimos hoy: traducción del *Comment ça va-t-il?* y en efecto, ahora, que siempre andamos en busca de algo nuevo, que suele ser peor que lo que tenemos, no es mucho que, como la enfermedad, se nos haya pegado de nuestros vecinos la moda de la pregunta.

Pues estudiando el carácter de estos idiomas, sabido es que se atribuye á un personaje muy ilustre haber dicho que él hablaba inglés con su caballo, italiano con las damas, francés con los hombres y español con Dios. El señor Musso, coincidiendo en parte con esta observación, se expresa así: «Si entre otras cosas observamos cómo pintan los modernos en sus versos la pasión del amor, la veremos en los italianos delicada; en los ingleses, profunda; en los franceses, tierna; en los españoles, apasionada y vehemente. Los ingleses hablan con sus conciudadanos; los franceses, con los demás hombres; los ita-

(1) *Agur*, que vulgarmente dicen *Abur*, contracción de *Augurium*, tiene también sabor religioso, aunque pagano.

lianos, con los ministros; los españoles, con los Reyes.» —Confieso que estos juicios téngolos por exactos, á lo menos en su mayor parte, y lo mismo el del Sr. Galindo, especialmente en cuanto á los ingleses, como que aquella nación ha profesado por axioma que *el tiempo es dinero*, diferenciándose completamente en este punto (y ni lo tengo ni lo digo por alabanza) de nuestra gente, que dice que *gana tiempo* cuando le pierde, y que *hace tiempo* cuando lastimosamente le deshace ó malgasta.

Pero razón es ya que consideremos las naturales alianzas de nuestra lengua, dentro de las cuales nos sea lícito acrecentar sus dominios. Ya hemos dicho que el lenguaje español no es el latín, y que por tanto fuera grave error latinizarlo todo fundiéndolo en el molde romano. Pero basta conocer este escollo para no ir á dar en el opuesto, menos excusable todavía, de huir del origen latino. Vendrán bien, y serán como de casa, las palabras que vengan con esta filiación. *Son buena presa*, decía el Sr. Lista á sus discípulos, con tal de que en su formación, inflexiones y desinencias las vistamos á la española, que es el *parce detorta* que exigía el eterno legislador del buen gusto; y en las nuevas, que vengan además justificadas por la necesidad, piedra de toque de los aumentos del idioma.

Aparte de esta fuente común, tenemos la de los otros idiomas neo-latinos, y entre ellos, principalmente, los de dentro de casa, de los Pirineos acá, ó de los pueblos que hablan español del otro lado de los mares, sin otro valladar; que bien sabemos que las aguas son grandes conductoras de muchas cosas, y por mar se trasladan las colonias y con ellas las naciones enteras, con su ajuar y sus costumbres, sin perder lo que van perdiendo, y dan y reciben en trueque, cuando peregrinan por tierra.

En América está la mitad de la historia de España, bien así como aquí el tesoro de sus creencias, de su lengua y hasta el manantial de su sangre. Renunciar unos de otros, sería mutilarnos en vano, si ya no es que estas heridas van á la cabeza ó al corazón, ocasionando la muerte de unos y otros. Asáltanos, como de paso, á este propósito el recuerdo de los magníficos versos en que un insigne poeta inglés, Coleridge, pinta el efecto de estas divisiones entre amigos ó personas íntimamente unidas. Dicen así, poco más ó menos, trasladados á nuestro idioma:

En su juventud florida
Ellos ¡ay! amigos eran;
Mas lenguas hay que murmuran
Y la verdad envenenan,
Y la vida es espinosa,
Y la juventud parlera.
Estar mal con quien se ama,
Como la locura ciega
Allá dentro del cerebro
Labra, ahonda, martillea!
Ni el uno hallará ni el otro,
Aunque buscarlo pretendan,
Quien el corazón pesado
Pueda aliviarles de penas.
El uno, del otro en frente
Vedlos: las astillas quedan!
Como dos rocas que el rayo
Dividió con ira extrema
De una sola, que fué antes!....
Rasgándola en dos, soberbia.
La mar corre entre una y otra,
Mas ya, ni calor que hierva,
Ni rigor de áspero hielo,
Ni trueno que el aire hienda,

Quitarán lo sucedido.
Lo que fué harán que no sea,
Ni, pues, una vez pasó,
Borrar del todo las huellas (1).

Hasta aquí los versos, que harto convencen que no se puede apartar el corazón siempre que se quiere, so pena de arrancárselo uno á sí mismo.

Mas volviendo á nuestro intento, después de esta cosecha de familia, por decirlo así, conviene reespigar en las de los demás idiomas neo-latinos. De Italia trajimos el fuego sagrado en el renacimiento de las letras; de Francia, en medio de la corrupción del buen gusto, la restauración de los estudios clásicos. Y aunque es cierto que por más de un título nos han sido funestas muchas de las importaciones que de allá nos han venido y sobrevienen, con ambos pueblos tenemos mancomunidad de Religión y de origen, que hacen que ni sus ideas ni su lengua nos sean completamente extrañas.

(1) He aquí el texto original para satisfacción de nuestros lectores:

Alas! they had been friends in youth;
But whispering tongues can poison truth;
And constancy lives in realms above;
And life is thorny; and youth is vain;
And to be wroth with one we love,
Doth work like madness in the brain.
. . . .
But never either found another
To free the hollow heart from paining—
They stood aloof, the scars remaining,
Like cliffs which had been rent asunder
A dreary sea now flows between;—
But neither heat, nor frost, nor thunder,
Shall wholly do away, I ween,
The marks of that which once hath been.

Coleridge, *Christabel*.

Otras hay que se hablan en Europa, de diversa fuente, en que esta extrañeza sube de punto hasta llegar á ser irreconciliable. Citaremos entre ellas el inglés, del cual participamos poco; pues aparte de algunas expediciones en que recíprocamente nos hemos pagado la visita, por la dominación del territorio no hemos combatido nunca. En América fuimos rivales, y hoy, más que nunca, lo son sus hijos contra nuestros hijos:

... arma armis pugnent, ipsique nepotes (1).

Y aquí es de notar cuánto importa no consentir que el altivo pueblo norte-americano usurpe ni monopolice contra toda razón y derecho el nombre de América, que es de todos y cada uno de aquellos pueblos, y no patrimonio de ninguno exclusivamente, por más que de poderoso presuma (2).

Respecto de Alemania, allá fuimos soñando ó procurando imperios; pugnamos larga y costosamente por conservar lo que no nos importaba, y, en cambio, por derecho de sangre, los trajimos á nuestro territorio y los implantamos en nuestra monarquía. ¿Qué ganamos? ¿Qué nos quedó de ellos? Bien lo registra la Historia.—En cuanto á la lengua, más ó menos palabras, tal cual frase

(1) Virg. Æneid., lib. IV, vers. 629.

(2) Á los que de esto que afirmamos quieran una muestra, recomendamos el excelente artículo escrito por nuestro Académico correspondiente el Sr. D. Antonio Flores y Jijón, individuo de número de la Academia Ecuatoriana, sobre la lengua y literatura española en los Estados-Unidos, y que se ha publicado en *El Mundo Nuevo*, periódico de Washington, en 1.° de abril de 1874. Allí podrá ver cómo la raza invasora, que acorrala y extermina á la indígena, persigue también á la conquistadora, que es la nuestra, expulsando nuestro idioma como medio indefectible de conseguirlo.

apenas, ni una sola construcción: estas últimas no las consienten ni una ni otra, que son esencialmente antipáticas.

Que se nos busque otra asimilación más íntima en que se hayan confundido ambos pueblos. En vano la procuran hoy mismo los sectarios de esa moderna filosofía que pretenden traernos de allá. Los que intentan traducirla se la dejan en alemán; y así es que, aunque palabras españolas empleen, ni les alcanza nuestro régimen para expresarse, ni nosotros acertamos á comprenderlos, dado caso (lo que no tenemos por averiguado) que ellos á sí propios se entiendan. De ahí es que sea ésta una de las poderosas causas de corrupción de nuestro idioma, lo cual no hace mucho que acertadamente se alegó é hizo constar ante la Academia (1). No cabe fusión del Norte con el Mediodía: lo que cabe es invasión; es también ley de la historia.

Veamos en cambio de dónde pueden buscarse otras de más entrañable carácter é íntima transcendencia. En lo físico y en lo moral, del Oriente viene la luz, así como del Mediodía el calor. Una y otra son naturales en nuestro suelo, y, si de fuera vienen, agrádanse en él como en terreno propio. Confírmalo la irrupción sarracénica. Con las tribus bárbaras que la iniciaron, vinieron envueltos en sus oleadas los árabes, que fundaron entre nosotros el califato de Córdoba y los reinos de Sevilla y Granada, que todavía tienen su sello y su carácter, que no se desmentirá jamás. Ved la alianza que hace con la severa arquitectura que aquí encontraron, la suya, tan esbelta y gallarda, que dibuja palmeras de piedra y lanza al aire

(1) Discurso de entrada del Sr. D. José de Selgas, 1874.

surtidores de columnas, y sin ser ya lo que primitivamente era, se combina y perfecciona hasta llegar á formar ese orden maravilloso que ni es gótico ni árabe, sino el más adecuado para adorar á Dios elevando el alma, y que la arrebata hasta el cielo debajo de las bóvedas de León y Toledo y Sevilla, y entre las filigranas de Burgos. ¿Qué más os diré? Entrad en Granada y veréis sus cármenes, que son como guirnaldas que costean y festonan la Alhambra; id á Sevilla y penetrad en sus patios; dirigíos á Málaga, y la veréis espejarse en sus limpias aguas, coronada de rosas y azahar, pero también de palmas y cipreses; y dudaréis si esta punta meridional de Europa, que se da la mano con África, no es más bien un reflejo del Oriente con sus poéticos y voluptuosos encantos. Ni creáis que con esto sólo he agotado la analogía. Buscad en los frutos, y aun en los animales, los tipos que parecen incluir la perfección de los nuestros. Y contrayendo la observación, por ejemplo, á los caballos, veréis que buscan nuestros criadores como mejores tipos para cruzar nuestras razas, sobre todo las del Mediodía, no esos caballos poderosos del Norte, sino los berberiscos, y mejor aún los del Yemen, de Damasco ó Alepo, criados en las tiendas del árabe y que con duros cascos cruzan los ámbitos del desierto.

Si queréis cercioraros de la influencia más alta y concluyente que esto ha ejercido, recorred á España, y por donde quiera veréis cruzar y vivir entre nosotros todos los tipos de las mujeres santas del Antiguo Testamento, así como la filial imitación de la que es sol de la ley de gracia. Y si oponéis que esto se debe á la influencia de la Religión, y que por lo mismo ese carácter no es peculiar de la patria de Santa Teresa de Jesús y de Isabel la Cató-

lica, llegaos, por ejemplo, á Andalucía, y cruzando aquellos magníficos paseos desiertos, entrando en aquellas casas árabes, abiertas casi sólo á lo interior, y viendo aquellas mujeres, que viven únicamente para Dios, y sus maridos, y sus hijos, para la vida íntima de la familia, que es todo su mundo; decid en qué se parecen á ellas la vida agitada de la dama francesa; la activa, aunque espiritual, de la inglesa, y sobre todo, la casi varonil de la norte-americana, cuya coquetería son ó los negocios ó la ciencia, y que pueblan no sólo las escuelas de los hombres como maestras, y los observatorios y los laboratorios químicos, sino las universidades también, y se agitan en los *meetings*, preocupando á sus legisladores, que no saben si concederles el derecho electoral, si es que no aspiran al de elegibles para sus Parlamentos, inquiriéndose mientras á quién se encomendará la crianza de sus hijos (1).

¡Oh! bien hayan mil veces nuestras madres españolas y americanas, que sólo en llenar estos santos deberes se ocupan, y entre las cuales se contaban la que tan superiormente pinta el señor Marqués de Molíns en su *Manchega*, sin decirnos que lo sea suya; la de Aparisi, tantas veces nombrada por él en vuestro seno, ya al frente de sus versos, ya en su discurso de entrada; la del que tiene la honra de hablaros, noble americana, su primera y santa maestra; las de todos y cada uno de vosotros, señores Académicos, y de los que me escuchan; que ¿quién no tie-

(1) Véanse los excelentes artículos que sobre los progresos del Catolicismo en los Estados-Unidos y sobre instrucción pública en ellos insertó el *Correspondant*, ilustrada revista de París, en 1871, y el que con el título de *Los Católicos del Nuevo Mundo juzgados por los protestantes*, apareció en la entrega 167 de la propia revista, correspondiente al 10 de Diciembre de 1868, así como los juicios del *Atlantic Monthly*, periódico protestante.

ne ó ha tenido una madre que haga palpitar su corazón?

Y es tal y tan poderosa la fuerza de asimilación del país, que con razón observa un sagaz crítico y sazonado escritor, paisano de ellas que á maravilla las conoce y apreciarlas sabe, que siendo frecuente que de nuestras costas meridionales vayan muchas jóvenes distinguidas á educarse al extranjero ó lo sean por ayas inglesas ó alemanas, á despecho de ello, y aunque no dejen de aquilatar con este realce la viveza de su ingenio, concluída su educación vienen á ser, por dicha suya y de su patria, antes que todo y sobre todo, gaditanas, jerezanas, malagueñas (1).

Ni creáis, señores, que cuando esto digo divague de mi asunto, que en sus entrañas estoy. ¿No son nuestras españolas, por ventura, las que hoy salvan nuestra sociedad, las defensoras de la Religión, las depositarias de nuestras tradiciones, las restauradoras de nuestra monarquía y el vínculo nunca roto entre ambos hemisferios? (2). Pues desde hoy más debéis mirarlas como las mejores y más fieles aliadas de esta Academia; que ellas hacen, y guardan, y enseñan el idioma. Vedlas siempre asociándose á nuestros triunfos, participando de nuestras

(1) D. Salvador López Guijarro en su artículo *La Malagueña*, en la obra *Mujeres españolas y americanas*, que publica el hábil editor D. Miguel Guijarro.

(2) En comprobación de estas aserciones, citaremos sin más comentarios, á las señoras de las Asociaciones de Beneficencia domiciliaria; Academias dominicales que por sí solas educan 40.000 niñas; escuelas católicas, conferencias de San Vicente de Paul, las de los heridos y la Cruz Roja, y otras varias de igual naturaleza; y nominalmente, por la especialidad del asunto, á la Excma. Sra. Doña Pilar Arias de Quiroga de Primo de Rivera y á la ilustre señora chilena Doña Mercedes Martínez de Walker, que ha sido verdadera madre para los prisioneros de la *Covadonga*, sin perjuicio del amor á su patria y á las instituciones que en ella rigen.

solemnidades, no ya admitidas ó toleradas sólo como en la Universidad y otras Academias, sino aquí, en nuestros escaños, ocupando con satisfacción de la Academia vuestros sillones, única Corporación literaria que así las recibe, como que á ella vienen, no por deferencia y mera cortesía, sino con derecho propio, como veis á la digna esposa y bellas hijas del nuevo Académico, á traeros á sus maridos y á sus padres, participando de su triunfo, y gozándose en que obtengan vuestra aprobación.

Pues arrancándonos con pena á esta consideración, que es la suprema del asunto cuando se trata del estudio del carácter español, ¿queréis ver las huellas de esta alianza en nuestra literatura? Las hallaréis en toda ella, y singularmente en nuestro Teatro nacional, en el cual, hasta en lo moderno, casi no peca un drama por lirismo, y, finalmente, en los arrebatados vuelos de Herrera, en que tan natural y gallardamente campea, no sólo la inspiración del Dios de Moisés, sino hasta el carácter de su poesía y sus giros y locuciones. Leed su canción á la victoria de Lepanto, y no extrañaréis encontrar en ella los rasgos del que cantó con tan divina inspiración el paso del Mar Rojo; leed la traducción del *Super flumina Babylonis*, y no dudaréis que canta David en la lira del maestro León; y si alguno sospecha que la identidad de asuntos es la que produce la uniformidad de tonos, todavía en la canción del mismo Herrera á D. Juan de Austria, tan diversa en esencia, los volveréis á encontrar, y en cualquiera de las odas del ilustre agustino, en medio de su serenidad, el propio arrobamiento que penetra los cielos.

También las musas de Grecia se placen en nuestro suelo, y dadas de la mano con ellas las de Roma. Pero ¿qué mucho, si con éstas nos hallamos ya en casa, reanudan-

do lo que ahora discutimos con lo que al principio decíamos? Por ello, y por no abusar demasiado de vuestra paciencia, cortamos aquí el hilo de nuestras observaciones. Ahora bien: ¿quién ha de hacer todo esto?—Ya lo ha dicho el nuevo Académico: lo hace el pueblo, lo hacen sus escritores; no lo hace por sí sola la Academia, cuyo empleo no es inventar, ni á nadie puede mandarse inventar de oficio. Dejando, pues, á aquél á un lado, estudiemos el ejercicio de la autoridad en la Academia. Y ante todo, para ello puede influir mucho el Gobierno. Necesitamos que sea acertada la dirección en los estudios, desde la enseñanza primera, que nunca será la instrucción sólida sin esta segura base, en la cual, ampliándola convenientemente, perseveren los alumnos siquiera hasta los catorce ó quince años. Hasta esa edad, y sin aquellos conocimientos previos que á todo lo bueno conducen, no se puede en puridad estudiar lengua ninguna sabia, filosofía, matemáticas ni ciencias de ninguna especie, comprendiéndolas. No se extrañe que insistamos sobre esto: aunque parezca pequeño es de altísima importancia, y no tiene poca el proclamar esta verdad ante la Academia española (1).

La Academia, por medio de sus libros, enseña en España y habla con América (2). Pues bien, además del fa-

(1) Sabido es que fijándose hace tiempo en los planes de instrucción pública que hasta los diez años no se puede empezar el estudio del latín y lo que se llama segunda enseñanza en los Institutos, indirecta, pero no menos eficazmente, ha venido á establecerse que á esa edad acabe la primera, cuando apenas se sabe leer. Debiera, pues, ampliarse aprendiendo siquiera los alumnos á leer y escribir bien; Religión y Moral; la Gramática de su lengua, no ya por epítome ni compendio; de Historia y Geografía, á lo menos las de su patria; Aritmética; nociones de Geometría, de Física y Química y Dibujo, sobre todo el lineal y de ornato.

(2) Esto hace la Academia con la publicación de sus Gramáticas adap-

vor del público, necesitaría que el Gobierno, con mano pródiga, la asistiese. Necesitaría, decimos, como quien sabe que en las circunstancias actuales esto no puede quedar sino en los límites del deseo, consignándolo aquí para mejores días. Pero, aun atendidas las dificultades presentes, baste saber que toda la subvención que en todos conceptos recibe la Academia Española del presupuesto general del Estado está reducida á la suma de 38.000 reales. Creemos que el Gobierno, si fija su atención sobre ello, no negará más amplitud á una Corporación que no vivirá ni crecerá sin ella; y cuenta que para esta clase de Institutos sólo el estacionarse es morir. Por lo demás, la Academia no ha pedido nunca privilegios, ni menos exclusivos, que cierran la puerta á toda competencia, sin la cual también sobreviene el estancamiento. Pero nada tiene de violento creer que ya que en las escuelas privadas hubiese toda libertad de elegir los libros de texto (en cuya libertad de elección cada día obtiene la Academia mejor parte), en las públicas, esto es, en las sostenidas, subvencionadas ó vigiladas por el Estado, la provincia ó el Municipio, se usen los libros de texto de la Academia.

Debiera, además, ordenar el Gobierno la publicación del *Diccionario tecnológico español*, cometiéndola, con vuestro concurso, á la Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, y costeándola. Sin él, cada día nos sobreviene un diluvio de palabras, muchas veces no nece-

tadas á los tres órdenes de la enseñanza, y sus diversos Diccionarios. Hace también ediciones de nuestros clásicos, y oportunamente, por medio de certámenes, excita al cultivo de los diversos ramos de la literatura, ó bien á la dilucidación de importantes temas que conciernen á la lengua ó á aquélla.

sarias y otras imperfectamente formadas, con las cuales, en nombre, no ya de la barbarie gótica, africana ó germánica, sino de la civilización francesa, inglesa ó alemana, se vicia y corrompe la lengua, ya por las palabras, ya, sobre todo, por la construcción. El Gobierno, al introducir muchas mejoras, al registrarlas en los aranceles, al adoptarlas para uso público, pudiera, consultando á las Academias, precaver unas veces y remediar otras el desastre. Ejemplos han dado de lo primero el Ministerio de Fomento y la Dirección general de Obras públicas: el casco de Madrid presenta recientemente muestras de lo segundo. Reclamó, en efecto, la Academia contra el nombre bárbaro de *docks*, que, con menosprecio de la verdad y del sentido común, se pretendió introducir donde ciertamente no hay río ni diques que con el Támesis y los suyos puedan compararse, y la voz no se aclimató. Borróse de los edictos municipales, y aun creemos que de los registros también, la de *boulevard* ó *bulevar*, no menos ridícula é inexacta y bárbara por añadidura en la forma que nos venía, y la hemos sustituído con el nombre, harto más propio y español, de *calle*, con que se ufana la de Alcalá; y aun pudiéramos haberle dado los de *carrera*, *corredera*, *coso* y aun *estrada*. Y ahora se ha dado la gente rica, y los que estudian y halagan sus gustos, á sembrar *hoteles* en Recoletos y los nuevos barrios de Madrid, los cuales ni los mismos franceses conocerían por aquel nombre, como que en ellos no se hospeda más que á sus dueños, ni se alquilan al viajero, ni se sirve mesa redonda (1).

(1) En uno de nuestros Ministerios se escribió en un documento oficial de hace algunos años: «Si la enfermedad *recidivase*.» De la palabra francesa *récidive*, por fortuna no introducida entre nosotros, dedujo y formó sin

En cuanto al crédito de la Academia Española, aunque sólo fuese por la fidelidad con que corresponde á su instituto, no sólo no encuentra contradicción, sino que cada día se extiende y consolida más, por la misma forma en que le concibe y emplea. Dícelo bien su lema, con el cual tan oportunamente ha cerrado el nuevo Académico su discurso. No se lanza, pues, á aventuras, ni en las alas del buen deseo, ni aun cediendo al impulso de los amigos, que con la mejor intención por este camino quisieran empujarla. Sus individuos, como españoles y como escritores, usarán del derecho que en este concepto, y no en el de Académicos, les corresponde para proponer, no á la Academia, sino al público, tal ó cual palabra ó frase, como estas cosas se proponen, no por vía de consejo, sino poniéndolas en acción y movimiento; tal como se enseña á andar, no con explicaciones, sino andando. El público, dueño del lenguaje, que es de todos, acogerá ó desechará, y este fallo, que es el del uso, lo recogerá la Academia, ilustrándole y puliéndole si es necesario; pero sujeto este mismo pulimento á la última apelación del propio uso, que, advertido, rara vez deja de rectificarse. Y aun para proponer aquellas observaciones, la Academia no lo hace por sí sola, sino inquiriendo y consultando á personas doctas y especiales en los diversos ramos, y al mismo uso en diferentes provincias (1).

duda el autor tan enorme barbarismo, que merece citarse por lo garrafal.

(1) Sirva de ejemplo lo que recientemente ha sucedido con las palabras *azada* y *azadón*. Vago, y hasta contradictorio, era el sentido que se les daba. La Academia, pues, ha tenido que abrir información sobre el particular, y además de la propuesta del ponente y del juicio de la Comisión de Diccionario, ha consultado á diferentes provincias por medio de sus dignos correspondientes. Diez y ocho respuestas ha recibido á cual más interesantes, varias de ellas con dibujos y grabados.

La Academia, pues, al acertar, acierta con muchos: íbamos á decir que con todos, porque si á muchos consulta á nadie desoye, lo cual por sí solo es ya garantía del acierto por la desconfianza del propio juicio. Á esta manera de concebir y plantear el cumplimiento de sus deberes, corresponde en proporcionada escala la deferencia y confianza de los demás.

Voy á citaros de ello tres ejemplos: los dos primeros de nuestro propio territorio; el tercero de otro no tan próximo, aunque no menos español ni menos autorizado. Es el primero el que ofrecen los tribunales de justicia, en donde al lado del libro de la ley está el *Diccionario* de la Academia, que no menos invocan los que hacen estas leyes mismas; así como los escritores y los que aspiran á hablar bien ó sostener sobre la lengua una cuestión cualquiera. ¿Cuántos derechos no se han definido, cuántos pleitos no se han fallado por sola la autoridad de la Academia, depositaria, en verdad, en este concepto, de los bienes, de la honra, hasta de la vida de sus conciudadanos?

Pues si su buen concepto consideramos, prestad atención, y veréis que siendo la más antigua entre todas sus hermanas, ya por ello, ya porque la lengua todo lo abarca y á todas partes se extiende. parece como que suena y es aclamada por el primer Cuerpo literario de la nación, cediéndole todos el paso por lo mismo que ella á ninguno se antepone. Y si queréis ver esto de una manera palpable, séame lícito recordar un hecho que pasó no há muchos años en el palacio de nuestros Reyes. Agolpábanse allí en memorable ocasión mucha parte de nuestros hombres de letras con el objeto de ofrecer un tributo de gratitud por el magnánimo desprendimiento de S. M. la

Reina Doña Isabel II. Eran los concurrentes poetas, si no todos iguales, ninguno inferior en altivez. ¿Quién había de atreverse á hacer cabeza, ni á llevar la voz ni la presidencia? Pues lo que hubiera sido imposible decidir entre tantos, todos, por casi común inspiración, lo decidieron. Observaron algunos, y aceptaron todos unánimes, que correspondía á la Academia Española, representada por uno de sus individuos presentes. Había, en efecto, varios, como los suele haber siempre en cuantos hechos importantes y gloriosos acontecen, sobre todo en materia civil, en nuestra nación; y entre aquéllos, según es uso y estatuto de la Academia, había de llevar la presidencia el más antiguo. Esta inmerecida honra, por la expresada razón, cupo al que tiene la de escribir estas palabras, bien que él la declinó con insistencia en otro digno compañero suyo, el Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra, que á este lauro y otros personales, no menos valederos, reunía el de individuo y anticuario de la Academia de la Historia. El hecho, verdaderamente notable, se consignó en nuestras actas. Y éralo, en efecto, por la espontaneidad con que pasó como cosa en que no podía haber duda entre aquella tan escogida compañía, y á pesar del *genus irritabile Vatum*, á que los que la formaban pertenecían.

Pues el otro ejemplar todavía es más terminante. Separados de nuestro suelo, pero abrazados con nosotros por la lengua como patria común, viven veintidós millones de almas que hablan español. Separados están por los mares, y más que por ellos, y á despecho de los vínculos de la Religión, de la raza y de la sangre, por los intereses, por las preocupaciones y pasiones de una lucha funesta y fratricida. Pues bien; lo que no han podido las

armas ni hubiera alcanzado la política, lo ha intentado con llaneza, lo ha conseguido sin más que la bondad del intento, la santidad del motivo y la confianza en el noble carácter español, la Academia Española. Habló, en efecto, en nombre de aquella patria y del patrimonio común, que es nuestra literatura, en nombre de Cervantes y de Calderón, y fué ¿cómo no había de serlo? no sólo entendida, sino correspondida también. Los más claros talentos americanos se conmovieron á su voz; todos unánimes contestaron. Inmensa salva de aplausos brotó del corazón á los labios de todos aquellos tan dignos españoles, y dos Academias, que la nuestra evocó con instancia, como hijas, para que vinieran á la luz, aclamándolas como hermanas desde que aparecieron, surgieron á su voz, sucursales y correspondientes, y como tales las saludó, no ya la única, sino la primera Academia Española. Bogotá produjo la primogénita de las nuevas hermanas, la Colombiana; en Quito se ha alzado la primera Ecuatoriana, y otras dos ó tres se hallan anunciadas, cuyo secreto creemos todavía deber respetar. Cada correo nos trae nuevas conquistas de correspondientes; abundante cosecha de libros, de propuestas, de adiciones y enmiendas de voces para nuestro Diccionario. Entre aquéllas, séame lícito citar la elegante traducción en verso de todas las obras de Virgilio, dedicada á nuestra Academia por su autor el Sr. D. Miguel Antonio Caro, director que ha sido de la Colombiana; la magnífica Oda gratulatoria del ilustre poeta venezolano el Sr. D. José Antonio Calcaño, uno de los predilectos discípulos del Sr. Bello; las apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano, del Sr. Don Rufino José Cuervo, que ojalá fuesen más conocidas en España, como merecen; el Poema á la Iglesia católica

del Sr. D. Juan León Mera, de Quito; las Observaciones gramaticales del Sr. D. José María de Bassoco, de Méjico, y multitud de ellas filológicas de los Sres. D. José María Torres Caicedo, D. José Antonio Calcaño, D. Cecilio Acosta, que por dos veces ha remitido gran número de ellas; D. Pedro Fermín Cevallos, D. Ricardo Ovidio Limardo, D. Ezequiel Uricoechea, D. Antonio Flores Jijón y otros. Finalmente, la Academia Colombiana nos ha enviado el primer número de su Anuario, en que expone todos los antecedentes de su instalación, ofreciéndonos las primicias de sus interesantes trabajos. ¡Tanto ha promovido la Academia Española! ¡De tal suerte le ha correspondido América!

Sin armas, sin escuadras, sin tratados ni notas diplomáticas, ha conseguido de aquellos pueblos lo que á otros ha sido hasta ahora imposible recabar. Es verdad que no les hablaba de política, ni de intereses materiales, ni mucho menos de imposible, y ni imaginada dominación: hablábales en nombre de la Religión, de la sangre y de la lengua, que son unas mismas en todos, y la propia lengua es el objeto de comercio y comunicación que les ofrecía. Singular comercio en que todos ganan: los hijos, tomando de casa de sus padres lo que es su patrimonio y su herencia; los padres, acrecentando su gloria con las conquistas y la gloria de sus hijos. Y luego, para esta unión de familia, la Academia, antes y después de su separación de la madre patria, les ha mandado como heraldos, entre otros, á Jovellanos, los Iriartes y Campomanes; á Meléndez Valdés, Cienfuegos y los Moratines; aquéllos, todos Académicos; los dos últimos, padre é hijo, laureados por la Academia; y más recientemente á Quintana, y Gallego, y el Duque de Rivas, como poetas; á Lis-

ta, y Bello, y Mora, como universales maestros; á Balmes, Donoso Cortés, Aparisi y Pastor Díaz, como cristianos filósofos; á Pacheco, Pidal y Ríos y Rosas, como jurisconsultos; á los mismos, y á Martínez de la Rosa, y Alcalá Galiano, y Olózaga, como oradores parlamentarios; á Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega y Baralt, aquéllos dos como poetas dramáticos; éste, además de poeta, como filólogo; como Académicos diligentísimos, en fin, á Fernández de Navarrete, Musso y Segovia, y otros que no nombro, porque están vivos, y porque tampoco hay para qué, pues ambos mundos los conocen, sin temor de equivocarlos. Todos estos son vuestros, que en verdad no puede haber mayor alabanza para esta Academia; y unidos con ellos, nuestras demás Academias y otros españoles no menos ilustres prosiguen esta gloriosa empresa, cuyos frutos son incalculables.

Pero notad bien esto: la Academia, que la inicia, no la lleva á cabo por sí sola; que Dios mismo no quiere hacer el bien sin el concurso de la voluntad del que ha de recibirle; y por ello la Academia, en este apostolado, cuenta también con la de los pueblos americanos; ella, que no se impone absoluta ni á los españoles de aquende.

Á este efecto, así como el alambre que liga los continentes á través de los mares, transmitiendo, no tanto la chispa eléctrica inconsciente, cuanto la humana inteligencia, en una y otra orilla há menester un aparato idéntico que la expida del uno, y la reciba en el otro, el primer deseo y casi indispensable medio que procura la Academia Española es que al otro lado del Atlántico se establezcan otras, correspondientes suyas, que reciban lo que ella les envía para nuestros hermanos, distribuyéndolo según á las necesidades de cada país sea convenien-

te, restableciendo lo que acaso en la travesía se haya debilitado ó perdido, y por el contrario, recogiendo, ordenando, autorizando y acaso puliendo y dando cuerpo de doctrina al caudal que de ellos haya de provenirnos. De esta suerte la Academia está segura de acertar, reflejándose por entero en sus hermanas y hablando á los españoles de aquellos hemisferios como si en su suelo estuviese. Así se explica el celo y el empeño con que la Academia madre promueve la creación de estas americanas, y limitándose á la iniciativa, á las propias deja, como es natural, su establecimiento y la designación de sus individuos.

Ahora bien; ¿cuál es el gran medio de asegurar el logro de sus tareas? Es la frecuente comunicación de sus ideas y de sus trabajos; es la adopción de nuestros libros de texto; es el cultivo unísono de los grandes modelos; es, por último, el conocimiento y estudio de nuestras respectivas literaturas. Una ortografía para todos precisamente; una gramática, si es posible; un Diccionario vulgar también; otro más grande en que consten los principales provincialismos de las diversas naciones que hablan el español.

Ante todo, si nuestras hermanas de América, si las corporaciones literarias de España, si los literatos de una y de otra han de estudiar á fondo la lengua y tratan de corregirse en ella y hasta de mejorarla, se necesita que se conozca y circule el gran Diccionario de autoridades hecho por nuestra Academia, en el cual cada voz y sus diversas acepciones se acreditan con uno ó más ejemplos que convenientemente las apoyan y justifican. De esta obra verdaderamente magistral, de seis tomos en folio, no se ha hecho más que una sola edición hace ciento

cuarenta años, la cual se halla, por tanto, agotada. Calcúlese cuán raros ejemplares se hallarán en América donde, por lo mismo que no es fácil allegar todas las fuentes de autoridad, serían más indispensables. Ocupada se halla la Academia en preparar su corrección; pero esto es obra larga cuya terminación no alcanzaremos los vivos. Ha empezado la Academia (y ya es algo) por rectificar el catálogo de los autores que merecen ser autoridad. La primera edición que para uso interior hizo en el año próximo pasado le ha sido arrebatada de las manos y está preparando la segunda. Pues bien, otra edición del Diccionario grande de autoridades, con leves correcciones, podría ser el remedio. La Academia, propietaria, ya que no pueda hacerla por sí, no le negaría su concurso ó su asentimiento. Con ella y el Diccionario prosódico y ortográfico de la lengua, que se está dando á la estampa, mucho haría ya la Academia, en tanto que con incesante tarea prepara la 12.ª del Diccionario usual.

¿Qué más le quedaría? Hay una frase andaluza que naturalmente se nos viene á la memoria al oir esta pregunta. *Poner puertas al campo* fuera, en efecto, trazar límites ni aun dirección á sus trabajos. Esto no obstante, séanos lícito indicar que nuestra Prosodia está todavía en la infancia, y que en la Ortografía el uso es vario y en no pocas cosas contradictorio. Tiene la Academia en su seno propuestas sobre el particular, no de esas que rompen con toda razón etimológica y contra el uso, por más que sean, á lo menos en la apariencia, lógicas: tiénelas racionales y prudentes, hechas por algunos de sus más beneméritos individuos, sobre todo en lo que se refiere á acentuación y á los signos ortográficos que deben emplearse, señaladamente en poesía, y sin cuyas modifica-

ciones no será posible indicar cómo se haya de leer, que es el oficio de la acentuación y puntuación. También hay algo que hacer en materia de pronunciación. En ésta visiblemente hemos perdido, puesto que tenía la lengua sonidos de que hoy carece y que conservan nuestros dialectos, ó los que son con nosotros de común origen. Ahora mismo estamos perdiendo algunos de aquellos sonidos, y éstos incumbe á la Academia defenderlos, y los primeros echarlos de menos, siquiera para que los escritores pugnen por recobrarlos.

Con maduro examen, por ejemplo, ha consignado la Academia, habiéndola estudiado en Castilla, la diferencia entre la *b* y la *v*, confundidas casi en la pronunciación desde el tiempo de Marcial; y aunque no tanto en la escritura, lo bastante, sin embargo, para dar lugar á crasas equivocaciones. En nuestras provincias de Levante es muy marcada la diferencia, y en ello deberíamos imitarlas.

Tuvimos antes, y conservan el gallego y el portugués, la *s* suave, además de la fuerte, que hoy es la única nuestra: tienen también ellos, y aun los asturianos, la pronunciación de la *sh* y de la *x* inicial, que no hay en castellano. Hemos perdido la *h* suavemente aspirada, que se echa de ver en todos nuestros buenos autores del siglo de oro, y aun en los no andaluces; cuando á éstos se pretende imitar, la exageramos, por el contrario, más de lo que fuera razón. La *c* suave, que nunca debe confundirse con la *s*, no debe ser tampoco de igual fuerza en todas las palabras, como se hace, por ejemplo, en Madrid, y de seguro ni á la poesía ni menos á la música satisface tanta aspereza, que no hay en la *z* final, como se ve en *lápiz*, *feliz*, *matiz*, *codorniz*; y lo propio hay que decir de la exageración de los sonidos guturales. En cuanto á

éstos, hay que notar que si bien hemos defendido y restablecido la *x*, suprimiendo su innecesaria y viciosa sustitución por la *cs* y la *gs*, cuando en realidad su sonido no es siempre fijamente el de ninguna de estas combinaciones, sino el de otra intermedia. Pero en cambio la hemos suprimido cuando es inicial, y apenas conservamos vestigios de ella en la pronunciación, aunque tal vez los conservamos en la escritura.

Con *x* escribían nuestros padres el nombre de *México*, y así le llamamos hoy sus hijos. Á orillas del Guadalete conocemos personas muy ilustradas que escriben siempre *Xerez* (con *x*), como antes se hacía, y todavía los extranjeros conservan vestigios de esta pronunciación; lo cual también justifica la etimología, no convenciéndonos nosotros de por qué haya de consultarse ésta casi universalmente, cuando es latina, y se haya de desatender si es de otro origen [1]. Nombres hay todavía, sin embargo, aunque la mayor parte propios, que en su ortografía conservan la *x* inicial, como *Xanto*, por el río de Troya; *Xantipe*, *Xicotencal*, *Xilocordeón*. Pues la *x* final, que algunos intentan proscribir, todavía tiene mejor defensa y autoridad en el uso. Decimos, sin contradicción, no sólo *Guadix* y *Torrox*, sino *ónix*, *almoradux*, *antrax*, *carcax*, siendo, por tanto, injustificado suprimir la *x* en el plural para producir un sonido gutural, que ya hemos dicho que no se recomienda mucho por la armonía, fuera de que algunas de estas voces no forman el plural así. *Ónices* se forma de *ónix*. El de *ántrax* no sabemos cuál sea, aunque *ántraces* nos parece mejor. Palabras hay, como *alixal*

(1) Los extranjeros escriben y pronuncian *Méxique* y *Mexico*, y sabido es que los ingleses llaman *Sherry's wine* al Jerez, de que son tan decididos partidarios y principales consumidores.

y *alixar*, en que, sustituída la *x* con la *s*, se confunden, sobre todo la última, con el verbo *alisar*, y completamente desconocemos su etimología, perdiendo con ella la razón de su significado.

En manos del vulgo se vulgariza también la lengua, haciéndola perder el carácter etimológico que la explica. Hemos propendido de antiguo, y propendemos todavía, á suprimir consonantes, que tanto vale á veces como deshuesarla, dejándola fofa. De los compuestos del supino latino *scriptum*, en algunos hemos suprimido la *p*, y así decimos *suscritor*, pero decimos *inscripción*, *adscripto*, *rescripto* y *Padres conscriptos*; escribimos ya casi generalmente *setena* y aun *setiembre*; pero decimos *septenario*, *septuagésima*, *séptimo*, *septemviro*. Se ha escrito por muchos *suceder*, lo mismo por *acontecer* que para significar que *una persona ó cosa viene después de otra*; pero son conceptos diversos y conviene distinguirlos en la conversación y en la escritura, diciendo, por ejemplo, que la llamada guerra de *succesión sucedió* en el siglo XVIII. Solemos omitir la *n* de la preposición *trans*, confundiendo sus compuestos con los del adverbio *tras*. Cierto que aquella supresión está á veces sancionada por el uso, y así, nadie dice *transladar*, *translucir*; pero decimos, y debemos decir, *transferir*, *transcribir*, *transfiguración* y *translúcido*. Lo mismo decimos *móvil* (con *v*) á lo que mueve ó es principio ó causa del movimiento, que á lo que puede ser movido, sin tener en cuenta que en la primera de estas palabras lo que se modifica es la palabra *mover*, esencialmente activa, cuyo carácter conserva su derivado *móvil*, casi generalmente substantivo, de cuyas radicales, añadiendo la terminación *bilis*, dedujo el latín *movibilis*, y por contracción *mobilis*, con *b*, pues lo que

interesa para conservar la esencia y significación pasiva de la palabra es el *bilis*, que expresa la adaptación ó facilidad para recibir el movimiento. Á esta semejanza hemos hecho nosotros *movible* y su contracción *mueble*, *inmoble*, *móbil* (con *b*) en esta aceptación pasiva, y *mobiliario*. Confesamos, sin embargo, que se escribe con *v* *inmóvil*, porque, aunque en realidad más se explica á lo que no se mueve por sí que á lo que no puede ser movido, también tiene uso y autoridad en este último sentido, en el cual es lo que llamamos *inmoble* ó *inmueble*, y debiéramos escribirlo *inmóbil* con *b*, como se escribe el *mobilis* é *inmobilis* latino, aunque de ello todavía no haya costumbre. Si de una veleta hablamos, por ejemplo, diremos que su *móvil* (con *v*) es el viento que la hace girar; y de ella, porque puede ser movida, afirmaremos que es *movible* ó *móbil* (con *b*); y yo propio he dicho, traduciendo los Libros Sapienciales, hablando del Espíritu Santo:

«Sutil, diserto, elocuente,
Siempre inmaculado, móvil,
Infalible, suave, amante
Del bien, de paz y del orden.

. . . .

Sutil, puro, inteligente,
Que á los demás en sí absorbe,
Porque es la sabiduría
Más que lo *movible*, *móbil*.»

Omnibus enim mobilibus mobilior est sapientia, dice el texto; con que si no hubiera escrito estas palabras usando en ellas de la *b*, no hubiese podido expresar mi pensamiento, porque no tendrían el significado que pide el sentido y determina el original (1).

(1) Libro de la Sabiduría, cap. VII, vers. 24.

Con *v* se suelen escribir las frases *llevar* ó *estar en vilo*; con *b* se escribían antes en ediciones esmeradas, y deben ciertamente escribirse si se atiende á la razón etimológica, que creemos sea *bilanx*, la balanza, para significar que un objeto se lleva suspendido del suelo, ó que, pendiente, y por tanto, indeciso, tenemos el ánimo. Á lo infinito pudiéramos prolongar estas citas. La Academia, registrando y dando cuenta de la diversa forma ortográfica y prosódica que han tenido éstas y otras palabras, debe rectificarla y fijarla, que es esto gran parte de su instituto.

De buen grado seguiríamos al nuevo Académico en cuanto tan acertadamente dice, como tan interiorizado en la materia, respecto á las reglas que han de tenerse presentes para el acogimiento de nuevas palabras, sobre la adopción de nuevo signo para nueva idea, proscribiendo los nuevos cuando haya otros anteriores que la representen, y el esmero con que se deben devolver al uso muchas empleadas por nuestros clásicos, y que sin razón sobrellevan el estigma de anticuadas cuando no se les ha sustituído nueva forma.

Novelador dice Lope de Vega al novelista; y aunque sea tan grande la autoridad, hoy ni nadie usará aquella palabra, ni dejará de emplear la última cuantas veces se le ofrezca, si es que quiere ser fácil y seguramente comprendido. *Thalweg* hemos traído malamente del alemán (sin saber cómo se ha de escribir ni pronunciar, ni cómo se le haría el plural), cuando tenemos la palabra *vaguada* (con *v* y con *b* se ha escrito) para significar el camino por donde *va* el *agua*, la línea fundamental que marca el curso del agua en los ríos y en los valles. Anticuadas se llaman las palabras *airamiento*, por el acto de encen-

derse en ira; *espejarse*, por representarse en un remanso ó limpia corriente de agua algún objeto, como en un espejo, ó el padre en el hijo, que le semeja y representa ó física ó moralmente; *acuantiar*, por fijar la cuantía, el valor ó cantidad que corresponde á cada una de las partidas separadas de un todo, cuya palabra, inteligible desde luego á primera vista para todo el que sepa lo que significa *cuantía*, se ha querido substituir con el bárbaro *presupuestar; ubiar*, derivación del *ubi* latino, por determinar el punto en que se halla situado un pueblo, un edificio ú otro cualquier objeto cuya posición convenga precisar, y cuya voz, usada ya por el monje Berceo, y posteriormente por otros, entre los cuales Hernández de Velasco, creemos que recibirá de buen grado la ciencia, cuando á semejanza suya se aplican las de *ubicar* y *ubicación*, de forma y significación análogas. *Avalancha* nos han querido introducir, por el desprendimiento súbito, y como resbalando, de la nieve, habiendo varias palabras castellanas, que ya otra vez hemos expresado, para significarla, entre las cuales, sobre la extranjera, lleva *alud* lo mejor de la batalla. Para traerla del extranjero, valiera más haber admitido la germánica *labina*, del latino *labi*, ó la española *resbaliza*, que también hemos oído, aunque sin suficiente autoridad, y desearíamos encontrarla ó que la adquiriese, porque expresa la idea con toda claridad.

Pues respecto á la sintaxis, todavía es más apremiante la tarea de la Academia, y más necesario el ejercicio de su autoridad. Hiere más los oídos, y es, por tanto, más repugnante y visible el uso de una palabra exótica ó bárbara, siendo, por lo mismo, el daño más evidente y fácil de reparar. No así las faltas contra el régimen ni los defec-

tos en la construcción; y sin embargo, por ellos principalmente se alteran y se corrompen las lenguas. Este vicio es común por demás en nuestra época, principalmente de la parte de Francia. No, no son los principales y más temibles galicismos los que con los vocablos se nos vienen, y con la viciosa traducción ó asimilación, por lo mismo que saltan más á la vista. El principal daño está en la concordancia, está en la construcción, y, sobre todo, en el régimen; en las frases que con este vicio se nos inoculan. Vino aquí, por ejemplo, la palabra *modista*, antes no usada, significando el que adoptaba, seguía ó inventaba las modas. Fué en su origen masculina esta voz, como que también entonces cortaban y aun hacían los sastres *modistas* los vestidos de las señoras. *Modista* fué después, como era natural, femenino, significando la mujer que corta y hace los vestidos y adornos elegantes de las señoras, y la que tiene tienda de modas. Vueltos después, por feo capricho de la voluble Diosa, los hombres á aquella ocupación, hále parecido á alguno ó alguna que de puristas presumen, que, como el oficio, debe también masculinizarse la palabrilla; y si el oficio medra, amenaza bárbara invasión de *modistos*. Paráranse un poco tales inventores, y echaran de ver que de los nombres acabados en *ta* que indican profesión, son muchos masculinos, como *poeta*, *anacoreta*, *recluta*, ó cuando más, comunes de dos, como *artista*, *profeta*, sin que á nadie le haya ocurrido que es menester llamar *artisto* al artista, ni al modista, *modisto*, por más que haya excelentes modistas mujeres, y artistas tan eminentes como la Roldana, la Malibrán ó la Concepción Rodríguez. Pues en materia de régimen, ¿qué solecismos no vemos cada día, que desfiguran y desnaturalizan el idioma? Yendo

prevenidos con armas, y, por tanto, no *desapercibidos* para lo que pueda ocurrir, pasamos *desapercibidos* (á la moderna) si no nos ven; como si en España pudiera decirse nunca *apercibirse* de una cosa, por notarla ó parar mientes en ella. Para hablar en castellano, debía decirse *sin ser notados, sentidos ó vistos.* Dícese cada día que nos *ocupamos de* ésta ó de la otra cosa, cuando queremos significar que *en* la misma nos *ocupamos.*

Multiplicar pudiéramos por desgracia semejantes ejemplos; y cuenta que no basta que admitamos frases extranjeras y viciosas construcciones, sino que, al propio compás, por no usarlas, perdemos ú olvidamos las nuestras, en que es la lengua española tan abundante. Coja el que lo dude á cualquiera de nuestros clásicos, á Cervantes, á Calderón, á Lope ó á Quevedo, por ejemplo, y verá cuántos tesoros hay allí que á voz en grito piden ya un descubridor: ¡tan escaso es el número de los que los frecuentan! Conveniente fuera, pues, y aun muy necesario poner de manifiesto y en circulación estos tesoros, multiplicando las ediciones de los clásicos y dando á conocer sus bellezas, como hace la Academia, y más haría si el favor del público la ayudara. Debiera asimismo, á nuestro juicio, no contentarse sólo con dar ejemplo del buen decir, sino censurar en sus Memorias las locuciones, frases y maneras viciosas, poniendo al lado de ellas las que debieran usarse; presentar modelos del régimen, no sólo de los verbos y adjetivos, sino del de las preposiciones, como fructuosamente lo hace, aunque en pequeña escala, en su Gramática; y por último (y esto es lo más esencial), que, no contentándose con la definición de las palabras, que muchas veces es muy difícil, si no imposible, en el Diccionario, ya en el vulgar, ya en otro especial

para este efecto, pusiese las palabras en acción por medio de ejemplos que les dieran movimiento y vida, permitiendo verlas á la luz y examinarlas por todas partes. Ésta, que para nuestra España sería una obra de suma importancia, tiénela no menor para nuestros hermanos de América; no olvidando nunca que si es tan fuerte vínculo la lengua, el vínculo que á ésta liga y mantiene en un haz es la sintaxis, sin la cual pronto dejaríamos aquélla y nosotros de ser unos y hasta de entendernos.

He aquí, pues, la única recomendación que sobre este particular nos parece oportuno hacer á la Academia, y el único y muy encarecido consejo que, por conclusión, nos atrevemos á dirigir á nuestros hermanos de entrambos mundos.

Y aquí es bien demos ya punto, que harto hemos abusado de vuestra paciencia. Perdonad, señores, que, hablando de estas cosas, no pueda irse á la mano un Académico antiguo que en ellas ha ocupado buena parte de los mejores años de su vida, cuando del asunto se habla por persona que, aunque recién venida á este sitio, tiene tanta experiencia y autoridad como el Sr. Galindo. Yo, además, por singular deferencia de la Academia, tengo la gloria de ser Secretario de la Comisión de Academias americanas, y, tratándose de la lengua, no podía dejar de hablaros también desde el punto de vista que á éstas interesa. Justo es, además, que en estas solemnidades contemos con los hijos como si los tuviéramos presentes, así como ellos lo hacen con nosotros en idénticas circunstancias, y tanto más cuanto que, si la debilidad de mi vista no se corrige, acaso sea la última vez que podré tomar parte activa en ellas. Aun en la presente, debo y doy

afectuosas gracias al dignísimo compañero que con tanta benevolencia se ha prestado á auxiliarme.

Venga, pues, el nuevo Académico á nuestros brazos, escribiéndose de esta recepción una fecha, que espero será fausta en los anales de la Academia. Cuando á los míos vengas, ilustre Académico, yo te recibiré en ellos con efusión, como tal, como entrañable amigo y como á quien á Aparisi representa: tú, en cambio, recibe en mi abrazo el abrazo de Aparisi.

He dicho.

DEL ESTILO Y DE LOS CONCEPTOS

DE NUESTROS FILÓSOFOS CONTEMPORÁNEOS.

DISCURSO

DEL

Excmo. Sr. D. VICENTE BARRANTES [1].

Doble pésame, señores, recibió esta ilustre Corporación el 5 de enero del año pasado, por la temprana pérdida de D. José Godoy Alcántara, á quien contaba en su seno, y, abiertos los brazos, vanamente esperó en ellos estrecharle. Escritor estimable por todos títulos é infeliz, *vir bonus dicendi peritus*, y como tal predestinado á no exceder los límites de una social medianía, cuando en pláceme y honores literarios empezaba á recoger el fruto de su modesta laboriosidad, un padecimiento cruel, una de esas enfermedades que acompañan á los libros y á las veladas literarias, como la lepra en los siglos medios acompañaba á la miseria, vino á paralizar la docta pluma que había producido tan notables trabajos como la *Historia crítica de los falsos cronicones* y el *Estudio sobre los ape-*

(1) Leido, en el acto solemne de su pública recepción, ante la Real Academia Española, el día 25 de marzo de 1876.

llidos castellanos, ambos en público certamen laureados: el primero, por vuestra insigne hermana la Academia de la Historia, y por vosotros mismos el segundo. Más afortunada que la vuestra fué, sin embargo, aquella Corporación, que pudo ver á Godoy sentado en sus sillones, prestándole el concurso de sus vastos conocimientos y con las bellas prendas de su carácter encantándola. No cerraré, ciertamente, este doloroso párrafo á la memoria de tan buen amigo y colega consagrado, sin dedicar también un recuerdo, que surge de seguro en cuantos me escuchan espontáneo, á la gloriosa estirpe literaria de quien fué quizás Godoy último representante entre nosotros. ¡Destino triste es á la verdad el de los Alcántaras, que á las más hermosas flores de sus hermosos campos andaluces los semeja, pues por ser tan aromáticas y esplendentes, apenas si resisten un día los rayos abrasadores del sol meridional! Muerto en la isla de Cuba el gallardo historiador de la poética Granada, cuando más sazonados frutos su ingenio prometía, síguele al sepulcro prontamente su menor hermano Emilio, eruditísimo arabista, docto coleccionador de nuestros cantos populares, recogiendo la herencia literaria de ambos, ya en línea transversal, nuestro malogrado Godoy, cuyo sillón, ahora tan vacío como cuando él nominalmente lo ocupaba, habéis tenido la benevolencia de ofrecerme.

Ardua tarea echáis, señores, sobre mis débiles hombros, y en hora antes que á la meditación y al recogimiento, á la inquietud del ánimo adecuada, que viven las inteligencias en el período histórico que atravesamos vida triste de vacilación y duda, como quien presencia el espectáculo de una renovación de la sociedad, y no puede resistirse, que así lo disponen designios inescruta-

bles, á ser elemento destructor ó elemento destruído, torrente que arrasa los campos ó campo arrasado por el torrente. Fuérame dado, viniendo alegre en más alegres días al templo del buen decir y de la pureza del habla castellana, traeros á par, con éste mi primer saludo de gratitud, serenas impresiones del mundo literario que fuera de vosotros vive, propia y acertada misión de estos discursos, donde cada nuevo Académico debe en puridad presentarse á vuestros ojos como heraldo de las tendencias y aspiraciones de la literatura militante, cuyo revuelto campo abandona para encerrarse en vuestras sosegadas tiendas. Mas no es posible, señores, que en tales momentos como los presentes, manifestación alguna artística de las dulces emociones del espíritu acierte á desarrollarse en el tiempo ni el espacio, sin la saturación de la atmósfera que nos rodea, que es como contagio á todas partes difundido, fragor pavoroso de la lucha entre la razón y la fe, entre lo bello y lo deforme, que á nuestro siglo desgraciado simboliza, siendo verdugo implacable de toda poesía, de toda idealidad consoladora. «Privado el artista de la vida interior, que acaso no conoce »siquiera, según observa profundamente F. Schlegel en »sus *Ideas sobre el arte cristiano*, es imposible que la des»pliegue espléndida en sus creaciones, porque se agita su »ánimo en confuso torbellino, en el delirio de una exis»tencia meramente externa, interiormente vacía y nula, »opuesta de todo en todo al arte, cuya misión es levan»tarnos, desde la bajeza de esa vida, al alto mundo de los »espíritus.»

Glorioso ejemplo de triste é incesante batallar ¿no sois vosotros mismos? ¿Qué tregua ni qué descanso os consentís contra las invasiones perturbadoras del habla caste-

llana, antes renovadas que reprimidas? La preclara institución de esta Academia, ¿qué es, en los revueltos días que atravesamos, sino arca santa que conserva las puras tradiciones de un cimiento poderoso de nuestra nacionalidad, único que acaso resiste sin grietearse á los golpes de la piqueta destructora, porque está amasado con la sangre de cien héroes y cien generaciones, y templado al calor inextinguible de las creencias cristianas? Ella, merced á vosotros y á vuestra vigilancia incesante, sigue flotando sobre este caos de elementos despedazados, de opiniones en ruina, verdadera nebulosa espiritual, que es nuncio de nueva y mejor vida para unos, présago para los más de cataclismo infalible. Mantener en decoroso apartamiento, si no inmaculada como una doncella, respetable y respetada como una matrona, la hermosa lengua de Fr. Luis de León y de Cervantes, empresa parece poco menos que temeraria, cuando los mismos hombres que madre la apellidan tienen en su pensamiento y desarrollan en las manifestaciones de su vida intelectual todos los principios de confusión y desbarajuste que forman el caos político y religioso cuyo hervir nos rodea de estallidos espantables.

Llámesele decadencia moral, renovación ó depuración, que esto importa poco y el calificarlo con exactitud nos llevaría muy lejos, el estado embrionario y metamórfico es hoy común á todas las ciencias y todas las artes, donde la literatura, abeja del pensamiento humano, liba los jugos que han de formar su sabrosa miel, como que ellas á su vez lo sacan de las mismas entrañas de la ciencia-madre, la filosofía, entregada en este siglo á un vértigo que le hace engendrar monstruos deformes, por haberse torpe y ciega divorciado de aquella noble hermana, que

fué tan seguro guía al gran poeta de la Edad Media en las obscuridades del *Purgatorio* y del *Infierno*. Bien duramente por cierto reprendió Beatriz al Dante la misma culpa, lección que debieron de aprender las generaciones sucesivas, y por desgracia la han olvidado:

«Quando di carne á spirto era salita,
E belleza e virtú cresciuta m' era,
Fu io á lui men cara e men gradita:
. . . .
Tanto giù cadde, che tutti argomenti
Alla salute sua eran già corti,
Fuor che mostrargli le perdute genti.»

Guiaros á mi vez hasta el fondo de ese movimiento filosófico para que viéseis clara como la luz su añeja vaciedad, su satánica tendencia, sus infinitas deformidades artísticas y literarias, desenmascarando á la utopia degenerada de Platón y Campanella, que, con pretensiones de novedad y de un superior organismo, vive entre nosotros la vida de las rapsodias, al calor de aparatosos artificios, sería empresa patriótica y quizás oportuna, que todo espíritu bien intencionado la acaricia para vigorizar los salvadores principios religiosos y sociales; pero sobre ser impropia de vuestro instituto, que pertenece más bien al que registra los progresos de las ciencias morales y políticas, exige altísimas cualidades y profundos conocimientos filosóficos de que desgraciadamente carezco, y materiales desarrollos que los límites de este discurso no me permiten. Habré, pues, de contentarme con esbozaros á vuela pluma el cuadro de las deformidades literarias y artísticas á que enantes me refería; los errores que únicamente se relacionan con el lenguaje y los modos de

enunciación de la idea, ¡y ojalá acierte á imitar á aquéllos que, pintando la fealdad del rostro, dan claramente á entender las prendas morales de la persona! Á dicha puedo contar, para no extraviarme en tan difícil camino, con la segura guía de muy doctos escritores, que en este mismo lugar con envidiable acierto lo han reconocido y explorado, sin perder tampoco de vista los escollos en que algunos estuvieron á pique de perderse, que tal vez el error enseña más que el acierto al precavido. Las tentativas que se han hecho cerca de vosotros para que deis carta de naturaleza á cierto lenguaje filosófico, que ha andado y aun anda como de moda en la literatura, son á este propósito lecciones muy provechosas, porque con ejemplos tan elocuentes como tristes muestran cuánto deslumbra el falso brillo de esas doctrinas, y á qué errores tan transcendentales no conducen, aun en la esfera puramente lingüística y literaria. Ya con el pretexto de enriquecer vuestro caudal de vocablos y de frases, ya con el de descubrir nuevas fuentes de autoridad aplicables al idioma, se ha pretendido que sancionéis implícitamente errores fundamentales de la filosofía moderna, á la invasión de una terminología innecesaria bajo el punto de vista de la ciencia española, bárbara é indefendible á la luz de vuestro *Diccionario* y vuestras autoridades. No he de recurrir yo á ellas, por cierto, sino á humildes y quizá desconocidos escritores de la escuela más olvidada hoy entre nosotros, para probar que nuestro lenguaje filosófico supera en claridad, en precisión, y, por consiguiente, en belleza, al que campea en los libros á que me refiero, que no tienen, por otra parte, de profundos sino lo que tienen de inextricables y tenebrosos.

Pienso responder así á una tendencia patriótica y salvadora del momento presente, que ha iniciado uno de vuestros más célebres Académicos en donosa y chispeante polémica, donde la musa de la sátira se ha puesto al servicio de las altas lucubraciones de la filosofía; pero, repito, que no me permitiré entrar en el fondo de las doctrinas, sino muy de ligero y cuando sea indispensable para el mejor planteamiento de mi tesis. Si «el estilo, »como dice Buffon, es el hombre; y si no se puede expri»mir ni declarar sino lo que se concibe en el entendi»miento, porque las voces son señales de los conceptos,» según San Buenaventura en su tratado de *Luminaribus Ecclesiæ*, examinando aquí el estilo y los conceptos de esos escritores, de seguro ratificaréis vuestra inapelable sentencia condenatoria, y quedará descubierto el mal corazón detrás de la mala cara.

Pasa por axioma entre los que estudian las evoluciones del espíritu humano en las épocas de renovación social, que sólo una pasión avasalladora y absorbente abre el abismo que separa á los santos de los heresiarcas, siendo en los primeros humildad lo que es soberbia en los segundos. En efecto, señores: mientras proclama su pequeñez el humilde, y sin dificultad reconoce en su propia sabiduría un débil reflejo de la Suprema, que formó los mundos por un acto de su omnímoda voluntad; el soberbio, por no declararse pequeño ni reconocer á su inteligencia límites, al llegar á lo infinito y encontrarse allí frente á frente con Dios, se encara con Él y le apostrofa, ó cuando menos le vuelve despechado la espalda. La misma diferencia existe exactamente entre la filosofía racionalista, hija del libre examen y de la revolución, y la

filosofía cristiana, hija de la revelación y de la autoridad divina. Aquélla establece la razón y ésta la humildad, como fuentes superiores del conocimiento de la verdad absoluta. Si todos los filósofos se propusieran, como el ilustre Balmes, no fundar un sistema nuevo, no establecer escuela filosófica, no creerse, en fin, único depositario de la verdad, que pertenece á Dios, que sólo permite al hombre aproximarse á ella, ni el mundo de las ideas sería, como vemos, campo de extravagancias y delirios, ni el mundo material viviría entregado á las estériles agitaciones y á los ensayos peligrosos que nuestro tiempo devoran; pero la filosofía racionalista procede en sentido inverso, y donde ella está desde luego ha de existir fundación sólida, escuela establecida, verdad descubierta y formulada, que los sabios antiguos completamente desconocieron.

Compárese el procedimiento de San Agustín, que hace de la humildad el término de la ciencia, por aquellas sublimes palabras *Prima humilitas*, *secunda humilitas*, *tertia humilitas*, con el del racionalismo, declarando «que »sea lo que fuere cuanto el hombre piensa, siente ó ima»gina, si con sinceridad lo dice, es de valor y estima;» y ya excusaré toda ponderación de la vanidad del filosofismo de nuestros días, máxime para vosotros, que recordáis cómo el fundador de la escuela alemana más funesta y extendida en nuestro país llamaba á su sistema *la ciencia*, dando á entender que ha destronado á la teología bajo un aspecto, y bajo de otro, que hasta que el mundo tuvo la dicha de que él naciese había vivido en la ignorancia.

Son los tiempos de falsa ilustración tiempos de grande vanidad, y los hombres de ellos flojos en las creencias,

vacilantes en la fe, dudosos y aun negativos del poder Supremo, porque el suyo propio los deslumbra y desvanece. Cada mediana inteligencia, cada carácter un tanto viril, aspira á ser hoy un sistema, una organización, un Estado, opuesto, distinto, incompatible con todo otro sistema, con toda otra organización, con cualesquiera otro Estado. Por eso vemos que nunca se preconizó tanto la armonía en la ciencia, en los espíritus y aun en las cosas mundanales, y nunca ha sido tan imposible, ni la oposición tan viva entre los hombres, así en el orden moral como en el material. Oid á Tiberghien, uno de los oráculos de la Escuela, proclamar, ya realizada por Krause, «la armonía de la especulación y de la vida, que so»ñaron Pitágoras, Platón, Plotino, Orígenes y Leibnitz,» para confesaros á renglón seguido, contradiciéndose vergonzosamente, que hay en la actualidad «anarquía en las »teorías, anarquía en las creencias, anarquía en la so»ciedad;» que hay «tantas opiniones como hombres;» que ni siquiera se ha creado «una unidad científica,» y que el mundo moral vive en el caos. Yo preguntaría en lenguaje más llano á esos inventores de sistemas armónicos, á esos padres del *armonismo universal*, del *armonismo absoluto*, pues ellos por palabras bárbaras no se detienen, si no les avergüenza y espanta la antítesis dolorosa que con sus delirios presenta este triste mundo de las realidades. No hay en Europa una sociedad tranquila, ni una agrupación sin lucha interna y fundamental, ni un organismo que no parezca próximo á desmoronarse. Los pueblos soliviantados, las conciencias sin sosiego, las instituciones en equilibrio inestable, ¿no son harta prueba de que va muy descarriada en nuestros días la ciencia, que tiene por única misión trazarnos los ca-

minos de la vida moral? ¡Ah! Si volviera á nacer el bueno de Severino Boecio no escribiría, ciertamente, la *Consolación*, sino la *Desolación de la Filosofía.*

Ni le basta á ella con arrastrar de su carro triunfador á la humanidad ansiosa y sobresaltada; sino que, mudable y quebradiza, como obra que hace el hombre sin mirar á Dios, fíngese la potencia que le falta para ser innovadora, y cada nuevo día quiere trazar rumbo nuevo al humano espíritu, y que el nombre de cada filósofo, por obscuro que sea, marque una época de desenvolvimiento intelectual, como en la historia antigua las marcaron los nombres luminosos de Platón y Aristóteles. Volando con torpes alas el espíritu de sistema por los espacios de la vanidad para hacernos creer que se remonta, renueva, afeita y disfraza los más añejos delirios, los sueños más estrambóticos que tiene el mundo ya olvidados: á cualquiera colección de vaciedades, llama doctrina; á cualquiera fábula artificiosa, ideal humano ó divino; á cualquier librejo, Biblia, y á cualquiera declamador, gloria nacional. Así á los tristes, que hemos alcanzado estos tristes tiempos, todos nos brindan salvación y ventura; mientras la conciencia nos dice que estamos irremisiblemente perdidos, si Dios no pone término á nuestros errores.

No participamos nosotros en manera alguna de la exagerada opinión de los que cambian por cuatro versos bien hechos cuantas obras filosóficas desde Platón acá se han escrito; pues, al contrario, estimando y reconociendo, como Balmes, que en el orden intelectual «son los filósofos la parte más activa del linaje humano, y cuando todos los filósofos disputan, disputa en cierto modo la misma humanidad,» tampoco podemos desconocer que nin-

guna tiene menos derecho que la llamada en nuestro país filosofía moderna á alardear de originalidad, principalmente en sus novísimas evoluciones, que tanto á sus corifeos envanecen. Por lo pronto, y sin entrar, como ya se ha dicho, en el fondo de los sistemas, las dos tendencias contradictorias é irreconciliables que hoy dividen á la filosofía, una á rebajar al hombre y otra á deificarlo, son casi tan antiguas como el mundo, y desde Heráclito y Demócrito vienen representadas en el intelectual por esas dos figuras que podrían llamarse mitológicas. Conste igualmente que, al hablar de filosofía en este discurso, tampoco entendemos referirnos á la gran ciencia de la verdad religiosa, y en místico amor á la verdad cultivada, sino á aquellas escuelas que antes que metafísicas se engalanan con el pomposo título de sociológicas, porque más que á reformar al hombre se dirigen á reformar la sociedad y las instituciones humanas; á aquéllas que tienen algún eco en nuestro país, donde la civilización, marchando para nosotros desgraciadamente en sentido inverso, con mengua de muchos siglos de originalidad y vigorosa invención, nos ha hecho en pocos lustros menguados copistas de rapsodias más menguadas; de aquella escuela, en fin, de quien se dice por algunos que es «la »única que ha llegado á constituirse entre nosotros;» mientras un elocuente escritor, que también se sienta en esos bancos, la declara «disuelta» en la polémica de que antes hablé, sin duda para probarnos una vez más el armonismo que sus principios establecen y perpetúan. Á esa escuela, que es una simple disidencia de Hegel, y como tal la menciona Wilm en su *Historia de la filosofía*, nos referimos; á esa escuela, simple incidente del movimiento filosófico alemán, donde nunca se le dió la

menor importancia, por cuya razón «nos aisla del mun- »do sabio:» peregrina acusación que acaba de dirigírsele en la *Revista europea*, también á nombre de la armonía, acusándola al propio tiempo de que, por disimular su verdadera fuente, el *panteismo*, palabra bárbara, según Bournouf, nunca usada en Grecia ni en Roma, y sin equivalente en sánscrito ni en zend, ha inventado el *panentheismo*, según Erdman, encierra un pleonasmo no menos extravagante.

Decir que esa doctrina, tanto en el original como en las copias, es antipática á nuestra inteligencia, parece excusado toda vez que ni se imaginó para nosotros, ni entra en ella ningún elemento nacional, castizo, de abolengo español puro, sino que todo es exótico, germánico, nebuloso é inextricable; y de aquí sus formas abigarradas que, en sus libros mal llamados españoles, no tienen otro par que aquel arábigo romanceado de moriscos y judíos, que los tímpanos del castellano clásico desgarraba, por lo cual le llaman los escritores del tiempo *algarabía*. Otra negra página de nuestros anales literarios recuerda también, y hasta la saciedad se ha dicho, aquélla que tantos chistes inspiró á Quevedo y Lope, y tantos dislates y tonterías á los poetas menudos del siglo XVII; pero Dios nos libre de comparar el gongorismo del cisne de Córdoba, genio extraviado por su excesivo genio, con el *germanismo* insulso y sin sentido, que, si algo tiene de nacional, son gotas de sangre hebráico-moruna, pues reconoce por padre á Spinoza, cuyo abolengo hispano-judío á algunos de nuestros compatricios envanece. Del crudo ateismo que formula este filósofo en su única substancia, dotada de dos atributos infinitos, el infinito pensamiento y la infinita extensión, pueden salir y salen de

hecho todos los *transformismos* que tanto nos escandalizan hoy, al verlos llegar á su desenvolvimiento lógico, puesto que la substancia única lo mismo forma al hombre que á la bestia: pero sale principal y primeramente el pantheismo, que dice que todo es Dios, que todas las cosas sacan su existencia y su substancia de Dios; y sale también, por último, raquítico y enclenque, como un hijo bastardo, el pleonástico panentheismo, que sostiene que todo está en Dios, creyendo con esta fórmula artificial argüir que no habla de esencia ni de substancia: sofística distinción que á nadie seduce, porque en la palabra *todo* se presuponen las dos categorías, las dos determinaciones del pensamiento y muchas más. Si ahora añadimos la fórmula del Maestro, quedará un tanto claro el turbio concepto fundamental panentheista, para los que estén al corriente de su algarabía. Hela aquí: «Noción de la »esencia, que nos capacita que todo es en Dios, bajo Dios »y mediante Dios.»

Aquí tenemos ya la prueba del afán de singularidad que aqueja al filosofismo, donde cada hombre medianamente pensador, en cuanto alcanza alguna nombradía, quiere hacerse un sistema y formarse un Dios á su modo para sus particulares usos, ni más ni menos que forma su libro letra por letra y hoja por hoja, quitando aquí, poniendo allá, con la cabeza en las manos y la imaginación por las nubes. Es curiosa bajo este aspecto la recopilación que hace Ahrens, en el tomo II de su *Curso de Psicología*, de los conceptos de Dios que han expresado los filósofos modernos Leibnitz, Kant, Schelling, Hegel y Krause; recopilación, por supuesto, dirigida á exponer él su conformidad con la fórmula de este último filósofo, única que declara, como todos, verdadera. Así, de vuelo

en vuelo descarriada, ha venido la inteligencia á parar al punto de partida, al antropomorfismo, ideando tales y tantos conceptos de Dios, como el hombre primitivo pudo formárselos en la soledad de los bosques vírgenes. El antropomorfismo, según cierto pensador moderno á quien dejamos la responsabilidad de sus opiniones, es una tendencia natural, ingénita, á tal punto «que, si los bueyes »quisieran crearse un Dios, lo concebirían bajo la forma »de un buey, y los leones bajo la forma de un león, como »los etiopes crean divinidades negras y los tracios les dan »una fisonomía salvaje y ruda;» doctrina que, aunque rechazada en Grecia há veinte siglos por la escuela de Xenófanes, ha levantado en nuestro tiempo la cabeza, como tantos otros delirios ya olvidados. Basta á ponerla en ridículo esa comparación burlesca de los animales, que los darwinistas más exagerados, la misma Clemencia Royer, rechazaría. En el hombre, según el escritor á quien vengo refiriéndome, obedece esa tendencia á la intuición del Sér Supremo, del Sér á quien sirve de reflejo acá en la tierra; confesión que haremos de buen grado, para concluir que, en el estado de cultura que alcanza la sociedad, la tendencia antropomórfica de la filosofía moderna es una tendencia esencialmente retrógrada, puesto que pone al siglo XIX al nivel de los anteriores á Jesucristo.

Pero de todas las pretensiones de novedad é invención que la filosofía pseudo-española abriga, ninguna tan vana y huera, ninguna tan destituída de fundamento como la que se refiere al lenguaje, que pretende haber purgado de los barbarismos escolásticos, cuando lo que ha hecho ha sido imitarlos y aun exagerarlos sin necesidad ni dis-

culpa. Ella, tan enemiga de la teología y de las escuelas católicas, aunque lo contrario sostenga; ella, que ha encontrado ya á los idiomas en su plenitud, y, concretándonos al nuestro, tan atildado y abundoso, tan lleno de elementos propios para la locución científica y para las más remontadas abstracciones, ella no tiene inconveniente en copiar los vicios del sistema que anatematiza, contradiciéndose una vez más y probando hasta en esto su falta de originalidad. Bárbara fué, sin duda, la tecnología de los escolásticos; pero no invención de la teología por cierto, que la usó con parsimonia, reconociendo sus abusos y reprendiéndoselos, sino de la jurisprudencia y la medicina, ciencias á quien no pone tilde la filosofía moderna, porque son sus ciegas auxiliares, ó mejor aún sus esclavas. Si con verdad y justicia calificamos de bárbaro aquel lenguaje, ¿qué calificación merecerán los que muchos siglos después usan otro más bárbaro aún? Importa, sin embargo, advertir que aquellos *términos categoremáticos* y *sincategoremáticos*, aquellas *quidditates* y *aliquitates*, aquellos *puntos copulantes ó terminantes del continuo*, tenían muy alta significación en la ciencia, si no en la gramática, según observó ya, defendiendo la misma tesis, un ilustre catedrático de Sevilla en 1866, y no pueden remotamente compararse con la terminología que usan los jergui-parlantes de nuestros días, ni ésta consiste solamente en palabras revesadas, coma aquélla, sino que pone su punto y su gloria en revesar la frase, el estilo y hasta el pensamiento; en sembrarlos de zarzales, en cubrirlos de marañas, pareciendo que viertan sobre el escrito, en vez de polvo, guijo y almendrilla, para que se lea á tropezones, á descalabradura por palabra. Los Góngoras del filosofismo—y perdone la comparación el

gran poeta cordobés, de venerable memoria,—no adulteran el lenguaje por exuberancia de fantasía, como el cisne del Betis, ni recogen tradiciones lingüísticas de un país meridional, donde ya el sobrino de Séneca, por la pomposidad y la exageración de las metáforas, fué digno precursor de los poetas árabes; ni, como Góngora, descienden de la caballería de la Edad Media, que en sus libros, por Don Quijote inmortalizados, acostumbró al pueblo español á los revesamientos del estilo y á los truques y retruques del vocablo, con que solían hacer gallarda música y concepto alambicado, pero concepto al fin; que éstos los usan á trompón y á salga lo que salga, unas veces para encubrir la vaciedad de sus pensamientos y otras su enormidad y peligrosa tendencia, que de ambas cosas hay ejemplos abundantes. En los siglos escolásticos que tanto se censuran, estaba el latín corrupto, y el romance, como todas las lenguas, en mantillas, circunstancia que disculpa á los filósofos y aun á jurisconsultos y naturalistas, mientras ahora, que todas aquellas causas han desaparecido, ellos desbarran de obscuridad y extravagancia, y el escolasticismo resplandece maravilloso de claro y concreto. ¿Será que digan más los unos que los otros? ¿Será que penetren más hondo en los abismos de la metafísica? Al contrario. Comparemos al último gran pensador de la escuela tomista—último en la serie de los tiempos,—al P. Ceferino González, obispo de Córdoba, con el maestro de los llamados filósofos de la germano-española:

DEL MAL.

(OBISPO DE CÓRDOBA.)

«La voluntad humana es de su naturaleza defectible, flexible en orden al bien y al mal, y libre y responsable en sus actos..... á Dios, como provisor universal del mundo y especial del hombre, sólo le corresponde dar á éste los medios y auxilios necesarios para obrar el bien moral, pero no el matar ni anular su libertad imponiéndole la necesidad física de obrar el bien..... La santidad infinita de Dios excluye necesariamento todo pecado respecto del mismo Dios, es decir, la existencia en Dios del pecado y la volición directa y positiva del mismo; pero no se opone á la permisión de su existencia en las criaturas.....»

(*Filosofía elemental*, Madrid, 1873.—Tomo II, págs. 356 y 358.)

DEL MAL.

(KRAUSE.)

«.....El mal, como la inmoralidad, procede exclusivamente de la limitación de los seres finitos vivos..... de la falta ó uso defectuoso de la libertad finita..... respecto de Dios esto puede decirse, que el mal y la maldad en el sistema de la vida de los seres finitos, son producidos en Dios por una manera eterna, toda vez que Dios es la eterna causa de la finitud, y, por consiguiente, de la finita circunscrita libertad de todos los seres finitos racionales.»

(*Lecciones sobre el sistema de la filosofía panteística del alemán Krause*, por Don Juan M. Ortí y Lara. Madrid, 1865.—Pág. 267.)

No os fijéis en las diferencias de doctrina, aunque saltan á los ojos, por ser la de Krause tan monstruosa como pura la del ilustre misionero filipino; fijaos únicamente en la frase, en el estilo, en la sencillez y claridad de los conceptos del uno y en lo intrincado y bárbaro del otro. ¿Cuál será más escolástico, el tomista ó el panteista?

Apresúrome á decir que yo no niego á la metafísica ni á ninguna ciencia—¿quién sería tan insensato?—un lenguaje suyo propio, técnico, especial, obscuro, ó, por decirlo mejor, abstracto; un lenguaje cuya inteligencia exija previa iniciación doctrinal, y que no esté al alcance del vulgo de las gentes, como no lo está la ciencia misma; que yo no defiendo aquí los fueros del vulgo, para el cual no se han escrito jamás los libros de filosofía, lo que en el caso presente puede atribuirse á protección del cielo. Defiendo la causa de los hombres ilustrados, y princi-

palmente de la juventud escolar, que en un año de matemáticas aprende á resolver problemas, y en igual espacio de tiempo no acertaría á pensar en castellano un pensamiento de Krause. Con ellos, y para ellos, pregunto yo: ¿es un tecnicismo científico el que tal escuela usa? He aquí la cuestión. ¿No necesitan los filósofos de otras escuelas, para entender ese tecnicismo, ir haciendo en la lectura un trabajo de traducción, semejante al del niño que deletrea, como lo probó Taine, á propósito de Maine de Birán, el más parecido, según él, á Krause de todos los filósofos? Los mismos escritores krausistas, cuando los sorprendemos en un arranque de sinceridad, ¿no confiesan que su tecnicismo es una ridícula jerigonza? Tiberghien, propagandista infatigable de aquella doctrina, y el más inteligente de todos, para defender las extravagancias filosóficas del maestro, sin negarlas, porque sería negar la luz del día, hace en la pág. 51 de su libro *Enseignement et philosophie* la peregrina confesión de que «sólo »para los alemanes son ininteligibles aquellos neologis- »mos, que los extranjeros apenas si perciben,» cosa que está tan lejos de la verdad como de lo que dicta el sentido común. ¡Que una innovación filosófica será más perceptible al nacional que al extranjero! ¡Estupenda anomalía! Mientras el extraño encuentra en la innovación violadas las leyes generales de aquel idioma que por principios ha aprendido, el nacional comprende al golpe las leyes particulares que el innovador ha podido tener en cuenta, y considera las circunstancias y necesidades del momento que son atenuantes de su falta. Pero á fe que otro escritor famoso, alemán por añadidura y no enemigo de Krause ni de su escuela, Zeller, en la *Historia de la filosofía*, confiesa á su vez costarle tanto trabajo en-

tender el lenguaje krausista como si fuera arábigo ó sánscrito, que es grande ponderación y, para el argumento de Tiberghien, de remate. Más categórico todavía el francés Taine, acusa en su estilo humorístico al maestro de haber inventado substantivos «de una legua,» sin perjuicio de preferir su lenguaje al de Maine de Biran, filósofo que hacía *cardos metafísicos* en vez de oraciones. Y aquí nos sale al paso otra vez la decantada armonía de los sistemas armónicos, pues el mismo escritor español que ha alegado algunos de esos textos en un artículo de la *Revista Europea* de 15 de agosto último, acaba por deducir de ellos que el estilo de Krause es de sobra inteligible, pero no aquende el Rhin, sino allende, ó sea para los alemanes puros; cuenta que ajustará con Zeller y con el activo profesor de la Universidad libre de Bruselas, cuyas opiniones, como acabamos de ver, son absolutamente contrarias.

Tráense por de contado, y para mayor contradicción, esas citas en defensa de D. Julián Sanz del Río, á quien se atribuye haber realizado, como hablista, una misión igual á la de Krause en Alemania, que fué limpiar el idioma de *impurezas* y de *influencias extrañas* librarlo. Para ello parece que se requería, no sabemos por qué, exagerar la necesidad del tecnicismo. ¿Fué esto efectivamente lo que hizo Sanz, ó fué plagiar al maestro de un modo servil, aplicando sin ton ni son á nuestra lengua, que no lo necesitaba, el trabajo crítico que sobre la alemana atribuye Tiberghien á Krause?

En sus *Cartas inéditas á D. José de la Revilla*, que acaban de ver la luz, arrojándola muy clara sobre los errores científicos y las responsabilidades políticas de los hombres que han dirigido la instrucción pública en Es-

paña, asienta Sanz del Río, entre las más curiosas contradicciones de estilo y concepto, que la edad de oro de nuestra lengua «estaba lejos de ser época de madurez y »perfección que nos deba servir de modelo en todo..... »que se desarrolló sólo bajo un aspecto parcial (¿la edad »ó la lengua? porque aquí se nos ha perdido el agente de »la oración), esto es, como expresión del sentimiento y »del carácter humano, mas no bajo la relación más ín»tima y fundamental suya, esto es, como expresión del »pensamiento y de la razón.» Si nosotros entendemos bien estas campanudas frases, parece que el sentimiento y el carácter son sólo un aspecto parcial (del idioma) y manca por ello nuestra gran literatura. La humanidad, para Sanz del Río, pierde su concepto absoluto; no substantiva ya cuanto se refiere al hombre y á las colectividades, así en la esfera moral como en la material, y pasa á ser un tonto de capirote el que dijo aquello que hasta hoy ha corrido por sentencia..... *Nihil humanum á me alienum puto*, teoría enteramente opuesta á todas las de Krause y del propio Sanz, como es notorio. En cuanto al sentimiento, cualidad baladí, no enaltece, sino rebaja al escritor, máxime si siente con carácter humano, es decir, reflejando los sentimientos generales de la humanidad. Ved de qué suerte, para Sanz del Río, el pensamiento viene á ser antítesis del sentimiento y del carácter humano, y ni en uno ni en otro cabe la razón, y cómo llegan á ser de todo en todo incompatibles razón, sentimiento y humanidad. ¿Hase visto nunca tan extraño galimatías, ni tan fundamental contradicción en un reformador humanitario? Un sencillo ejemplo lo pondrá más claro. Cervantes, escritor humano por excelencia, tanto que es regocijo y envidia de todas las naciones, para el

autor de las *Cartas* era un loco de remate (sin razón), un mísero idiota (sin pensamiento). La sensibilidad exquisita de Santa Teresa, que hoy mismo hace crecer espinas en su yerto corazón depositado en Alba, para el filósofo es una cualidad negativa, máxime si todos los católicos simpatizan con ella, lo que le da un carácter eminentemente humano, es decir, incompleto, parcial, defectuoso.

Traduciendo seriamente lo que quiso y no supo decir el Sr. Sanz del Río, brujulearemos entre sus frases nebulosas una acusación á nuestra lengua por no haberse prestado en el siglo de oro, y menos hoy, á los desarrollos de la lucubración filosófica, por lo cual urge hacerla, según él, «precisa, clara, enteramente distinta en sí, en »sus elementos interiores, y coherente, rica, llena de ca»rácter y vida en sus modos, sus composiciones, sus de»rivaciones, sus conjugaciones, etc., etc.» Traducida del alemán, sin duda, esta jerigonza, y para la lengua alemana escrita, demuestra que el Sr. Sanz no conocía el instrumento que manejaba, ó, dicho en términos populares, pero gráficos, que no estaba el pandero en manos que lo supiesen tañer, pues, como si desconociese el valor de las palabras, acusa á nuestro castellano de obscuro, cuando es clarísimo; de incoherente, cuando es concreto; de pobre, cuando es rico; de falto de carácter y vida en sus modos, composiciones, etc., cuando se puede asegurar que él mismo no sabía cómo y por qué medios se revela en los idiomas el carácter y la vida, ni por qué usaba estos términos en vez de otros cualesquiera. Pero aceptando también esta vez su terminología, concluiremos que anuncia el propósito de reformar esta pobre lengua castellana para que sea digna de sus altos pensa-

mientos filosóficos, y vamos á examinar primero el modelo que le embelesaba, el que á la imitación de los españoles ofrecía, para oir después cómo suena en las propias manos del Sr. Sanz el desclavijado instrumento que usó la turba multa de los Cervantes y Mendozas, los Saavedras y Solises.

Pese á nuestra resolución firmísima de no meternos por el campo del donoso Académico antes aludido, acontécenos, al elegir textos para prueba de nuestra tesis, algo de lo que acontecía al ilustre Sancho Panza con el no menos ilustre Doctor Pedro Recio de Tirteafuera, que apenas si hay bocado en esa olla podrida del filosofismo de quien el buen gusto literario, doblando la hoja, no nos grite:—«Vuesa merced no coma de aquellos conejos »guisados que allí están, porque es manjar peliagudo; de »aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aún se »pudiera probar; pero no hay para qué..... (mande) qui»tar el plato de la fruta por ser demasiadamente húme»da, y el plato del otro manjar..... por ser demasiado ca»liente y tener muchas especias.....» Tapándonos los oídos, y pidiendo á Dios que ponga tiento en nuestras manos, hagamos rebusco «en este platonazo, que está »aquí delante vahando,» de «los cañutillos de suplicacio»nes y las tajadas sutiles» que Tirteafuera consentía al señor gobernador de la Barataria. Veamos cómo expone el maestro uno de sus principios fundamentales:

«Si el espíritu finito ha de conocer el principio infinito »de la ciencia, este conocimiento ha de ser obra suya, y »en su misma conciencia debe hallarse la alta concien»cia de este principio.»

¿No os trae, señores, este párrafo á la memoria «la »razón de la sinrazón que á mi razón se hace, de tal ma»nera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de »la vuestra fermosura?» Pero demos de mano y por esta vez á las reminiscencias quijotescas, aunque ellas de suyo y por su mismo pie se nos metan retozando por las puertas de la memoria, y vamos á ver qué hay de profundo y exacto en esa tesis, que suena al oído como un caldero que sube golpeando por el cañón de un pozo, frase felicísima que D. Juan Nicasio Gallego dirigió á un poeta melenudo que sus versos le consultaba. Lo que hay de gramatical, ya lo habéis visto: una *obra suya*, que brama de ser relativa y de ser perogrullada. Completemos el prolegómeno alemanesco.

«Si no se encontrara en la conciencia (prosigue Krau»se) el conocimiento del principio infinito, éste no exis»tiría para ella; no habría ciencia. Si, pues, el espíritu »se halla en sí mismo como cosa cierta, debe explorar »dentro de sí mismo todo lo que es y todo lo que encuen»tra en sí; tiene, por lo tanto, que observar su conocer »y su pensar, y haciendo todo esto será hallado el cono»cimiento del principio absoluto en su debido tiempo y »lugar en la serie de observaciones que hace el espíritu »dentro de sí mismo. En consecuencia de esto, el espíritu »finito sale de sí mismo en la conciencia ordinaria; se di»lata fuera de sí mismo en la consideración de todo lo »finito que hay á su lado y fuera de sí; inquiere el modo »como aprehende la naturaleza y otros espíritus finitos »en su consecuencia; levántase de la vista de lo finito »determinado al pensamiento de ser infinito y absoluto, »ó sea al conocimiento y reconocimiento del principio.»

Pues él se levanta, señores, sentémonos á descansar nosotros, considerando de paso la negrura del abismo en que hemos caído. No sé si acierte á traduciros en lenguaje inteligible lo que quiso decir Krause en ese párrafo, que es por cierto de los más fundamentales de su exposición doctrinal. Se trata nada menos que de las fuentes del conocimiento de Dios, bien que ese Dios sea una abstracción filosófica, puramente subjetiva, puesto que lo pone *el yo*, *evolucionando* sobre sí mismo y fuera de sí mismo, como un titiritero que hace el molinete sobre las tablas de un teatro. Para llegar á la intuición de lo absoluto, el hombre, ó sea *el yo individual*, como dice Fichte, padre del *egotismo*, empieza por contemplarse á sí propio, por ponerse, que el *yo* en estas hipótesis es el espíritu, el pensamiento indeterminado é informe, el ente de la antigua filosofía; después de lo cual el hombre pone el *no yo*, que encierra, según el crítico más profundo de cuantos han analizado esta doctrina, «todas las »existencias reales y posibles, visibles é invisibles, espi»rituales y materiales, lo temporal y lo eterno.» El yo, pues, es «primera certeza subjetiva, según Krause en »otro lugar más claro, de donde gradualmente se llega »al conocimiento del principio.» Si no se llegara á ese conocimiento, ya lo habéis oído: no habría principio, es decir, no habría ciencia ni habría Dios; de suerte que los faltos de entendimiento, á quien nada se les alcanza de entrarse y salirse en su conciencia filosófica, deben renunciar á Dios por los siglos de los siglos. Mal año para la doctrina católica, que dice:—«Bienaventurados »los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los »cielos,» y mal año para el venerable Kempis, que exclama á cada momento con la profunda sencillez con que

resuelve todos los problemas de la conciencia religiosa: —«Hijo, no puedes poseer la libertad perfecta, si no te »niegas del todo á tí mismo..... déjate á tí y hallarme »has á mí.»

Si fuera original el concepto panteístico que la fórmula de Krause envuelve, tendría también algo de original su desarrollo; pero ni aun eso tiene en puridad, pues Jordano Bruno, Spinoza, Schelmann y otros escritores independientes cuando no adversarios del catolicismo, profesan esta intuición de lo absoluto, suponiendo que todas las cosas finitas son modos ó determinaciones de la existencia de ese absoluto; con que hacen del espíritu, del pensamiento, del hombre, en una palabra, un yo transcendental, formado por la conciencia científica, donde encuentra Krause al fin, por una serie de evoluciones, que según él nada tienen de arbitrario, el conocimiento del principio, lo absoluto, lo eternamente generador, es decir, Dios, que está, por consiguiente, en el hombre, como el hombre está en Dios. Veamos ahora cómo ha desarrollado el escolasticismo el concepto análogo de la filosofía católica, y veámoslo en un escritor cualquiera de los finales del gran siglo, para mejor prueba de que nuestro idioma no necesita envolverse en nubes ni hacer giros vertiginosos para remontarse á las más abstractas especulaciones. Sea, pues, el texto de un fraile obscuro, Fr. Juan de los Ángeles, que en sus *Triumphos del Amor de Dios*, impresos en Medina del Campo en 1590, dice á este mismo propósito lo siguiente (fol. 213):

«Dios está en todas las cosas con una general existen»cia, según tres géneros de causas: eficiente, apropiada »á la presencia, y final apropiada á la esencia. Contra la

»infinidad de la potencia nada vale. Por limpieza de la »divina presencia ninguna cosa se esconde; fuera de la »inmensidad de la divina esencia, ningún sér hay creado »ni creable. De esta manera está Dios en cualquiera cria»tura sensible ó insensible, corporal ó espiritual. Y si »aun por imposible se diese que las criaturas no depen»dieran de Dios en ningún género de causa, Él es tan »grande que por su inmensidad se diría estar en todas »ellas, porque ni ellas estarían sin Dios, que las penetra, »ni Dios sin ellas, pues las abraza.»

No necesitó por cierto este humilde fraile de la provincia de San José, para expresar el profundo concepto de la penetración de Dios en la humanidad, aquel entrarse dentro y salirse fuera de sí mismo que usa Krause; aquella consideración de todo lo finito; aquel aprehender en su conciencia á la naturaleza y á los espíritus finitos, que envuelve contradicción con la doctrina ordinaria panteística, y prueba irrecusablemente que fué el ponderado maestro alemán desconocedor del arte de pensar y del valor filosófico de las palabras, pues no sabía hacer la luz en las tinieblas caóticas de su inteligencia. Ya previó San Buenaventura el caso, añadiendo al texto que citamos anteriormente:—«No puede concebirse sino lo que se en»tiende; luego lo que sobrepuja á nuestro entendimiento »no podrá declararse con palabras.»

Su metafísica pura no es menos extravagante que la que mezcla con la teodicea, ni le inspira frases más inteligibles.

«El *yo* consta de espíritu y cuerpo como hombre; él se »encuentra como permaneciendo y también como mu-

»dándose, esto es, como no *temporal*, *perpetuo*, *subsis-»tente*..... Yo me encuentro como un todo, mismo yo, y »me distingo como todo yo de mí mismo en cuanto soy »en mí y bajo mi cuerpo, y en esta distinción me nom-»bro espíritu. Yo, como todo yo, distinto del cuerpo, soy »el *espíritu*. El cuerpo es un apéndice unido en esencia á »mí como espíritu.»

Todas las luces que ha producido la invención del gas en el siglo XIX no serían bastantes para penetrar en esta catacumba de estilo, donde está enterrada la inteligencia menos original y más estrambótica que haya revuelto nunca el mundo intelectual. La distinción que hace entre el espíritu y la materia, descuartizando el yo suprasensible del germanismo, es tan vulgar y macarrónica, sale tanto de los límites racionales, que sólo en una obra clásica de delirios filosóficos se le encuentra símil, y aun allí, por su lenguaje castizo y á las veces galano, agrada tanto como en Krause repugna.

«La esencia del animal es ser viviente y senciente» (dice el reverendísimo P. Fr. Antonio de Fuentelapeña, discurriendo sobre la materia de que están formados los duendes, en su famoso libro *El ente dilucidado*, que todos habréis leído como yo, en vuestras horas de esplín, pues de mí juro que me divierte casi tanto como el *Quijote*). «Luego si estos duendes son vivientes y sensitivos, »síguese por consecuencia forzosa que sean animales..... »Ni obsta contra esto el decir que el acto vital debe ser »inmanente: *sed sic est*, que la producción de la presencia »puede ser *ab extrinseco* y, por consiguiente, transeun-»te. Luego el movimiento progresivo no es vital, á lo »menos formalmente.....» «Que sean también sensitivos

»se prueba así. Lo primero porque dichos duendes juegan á los bolos, cuentan dineros, trenzan las crines de »los caballos y se aficionan á éstos y á los niños..... luego dichos duendes tienen ánima sensitiva, etc., etc.»

Y más adelante escribe estas palabras, que son de perlas para nuestro retrato del *yo*, todo yo y mismo yo, que se encuentra, que se muda y que tiene el cuerpo por apéndice, á manera de soneto con estrambote..... «estos duen»des no se producen por creación, ni por natural dima»nación, sino por educción, y..... esta educción no se »hace por verdadera generación de vivientes..... luego »*de primo ad ultimum* sólo resta que se produzcan por »corrupción..... no hay otro mixto más á propósito..... »(que) tampoco es producida dicha forma duendina por »dimanación simple de la materia, pues lo que dimana »de otro es propiedad suya.....» Ahora comprenderán los aficionados á libros viejos la escasez que vamos padeciendo en España de este *Ente dilucidado*, ente extravagante sobre todos los entes, así como las voces que más de una vez han corrido en nuestro comercio de antiguallas de hacerse activo rebusco de ejemplares para llevarlos á Alemania y otros pueblos de la culta Europa, que están á ciegas copiando los delirios de nuestros más decadentes escritores. Igual acontece con la obra del médico Juan Huarte, *Examen de ingenios para las ciencias*, y ni una cosa ni otra deben de asombrarnos; que el primero trata de resolver por la existencia de los duendes muchas cuestiones directamente enlazadas con lo que hoy se llama espiritismo, como el golpear de las mesas y bancos, las voces invisibles, el cosquilleo, los fenómenos magnéticos, etc., etc., y la segunda es fuente inagotable de materialismo, dado que trata principalmente de la potencia

humana para formar y aun reformar la materia á su albedrío, engendrando los hijos á voluntad de las partes, y otras cosas no menos peregrinas, que el respeto á las damas impide esclarecer en este sitio.

Mas no se piense que á Huarte ni al P. Fuentelapeña les haga yo por esto la injusticia de compararlos con el escritor alemán, entendimiento revesado, imaginación pobrísima, que ni siquiera en el campo de las utopias, campo sin embarazos ni límites, donde el más vulgar escritor suele sentirse poseído de inspiración y potencia sobrenaturales, ve las suyas acrecerse, antes anonadarse y menguar hasta el raquitismo. Apuntó las causas él propio que hacen más libre y ancho el terreno de las utopias, diciendo que la idea en segundo estado se convierte en ideal, donde toma formas y direcciones ejemplares; especie mucho mejor y más claramente expresada por el antiguo moralista Montaigne, que á la imaginación en período álgido la apellida *la loca de la casa*, y extremadamente mejor aún por nuestro Don Quijote, en aquel admirable coloquio que pasó con Sancho en las entrañas de Sierra-Morena, cuando veía «lugares tan acomodados »para semejantes efectos,» que eran «dar zapatetas en el »aire y tumbos cabeza abajo.» Pues ni aun allí en su Sierra-Morena alcanza Krause la palma de un mediano imitador, como certifica su *Ideal de la humanidad*, obra grandemente ponderada y conocida en España por haberla vuelto en nuestro idioma, con adobos y corolarios de su cosecha, el mismo Sr. Sanz, presunto reformador de nuestro tecnicismo filosófico; obra con harta razón puesta en el *Índice romano*, que acaso por lo mismo se nos quiere presentar á toda hora como dechado «de puro »y levantado espíritu,» como Biblia de los racionalistas

modernos, como clave de las soluciones políticas y sociales que nos guarda la Providencia en lo porvenir. Impotente y desahuciado andaría el moderno racionalismo, si todos sus hijos fueran tan enclenques y de mal ver como el *Ideal de la humanidad para la vida*. Ni bajo el aspecto filosófico, ni bajo el literario, ni siquiera por su armazón interna, puede compararse con las grandes utopias que soñó el genio de la antigüedad clásica, ni con las medianas que abortó el Renacimiento, ni siquiera con las de la escuela de Saint-Simón y Owen, que han producido la horrible exageración comunista, cuyos ensayos en París y Cartagena han escandalizado al mundo. Y eso que á todas las pone él á contribución, principalmente á las últimas, y todas han podido servirle de modelo, que ayuda no poco á un mediano literato el andar en compañía de hombres superiores, bebiéndoles los pensamientos y hasta las palabras.

Sin perjuicio de hacer en otro lugar breve análisis de la obra, que no cabe en éste ni á mi propósito conduce (1),

(1) Por no causar á nuestros oyentes vértigo, renunciamos á convencerles en un cuarto de hora de lo absurdo de una doctrina que tales escritos produce, amontonando textos y citas, es decir, logogrifos y charadas; con lo que á par crecería demasiadamente el discurso, pues tendríamos que entrar en observaciones impropias de esta ocasión, que hay puntos que no puede tocar un escritor de conciencia sin ponerles el debido correctivo. Á fin de que no se crea, sin embargo, que los párrafos copiados arriba están elegidos exprofeso y deliberadamente para acusar á la doctrina de obscuridad y á sus expositores de torpeza literaria, copiaré aquí algunas cuartillas de mis primeros apuntes, con las ligerísimas notas, ó más bien llamadas, que les tenía puestas. Casi todas se refieren al estilo y á la gramática.

«Yo afirmo que nosotros *guardamos* en nuestro interior el *pensamiento* de una más alta *esencia*, la cual está sobre Razón, Naturaleza y Humani-

recordad que es, en suma, y el mismo autor nos lo dice, «plan, proyecto ó reglas para la perfección de la huma»nidad,» cuyas instituciones y estados actuales va examinando uno tras otro en repetidas, inextricables y ampulosas disquisiciones. ¡Qué pretensión tan descabellada

dad. Yo puedo esto demostrarlo *por muchos lados*; pero sólo quiero servirme para este intento del concepto de fundamento y causa.»

(Guardar *pensamientos* y de una *esencia*. Demostrar *por lados.*)

«Debemos elevarnos al pensamiento de un sér en el que, así la Naturaleza como la Razón, estén contenidas; de un sér por cuyo medio, es decir, conforme á la esencia del cual, estos dos seres sean determinados; de un sér que sea también el fundamento de la unión de ambos, según cuya unión el Espíritu y la Naturaleza son la Humanidad.»

(¡Y luego se maravillan los incrédulos de que la Santísima Trinidad sea incomprensible! He aquí la Trinidad panteística. ... ¿quién la comprende?)

«En tanto, pues, que pensamos á Dios como Sér idéntico, *fuera del cual nada es*, pensamos á Dios como absoluto. Finito, empero, es aquel todo que es, y en tanto que es una parte y, por consiguiente, limitado; por donde sólo puede llamarse infinito aquel todo que en ningún respecto es parte, por lo cual no tiene límite en sí ni por sí.»

(Lo que es parte no es todo, y lo que es todo no es parte. Lo finito, limitado, y lo infinito no tiene límites..... Verdades de Pero Grullo. Dios, el Sér idéntico, fuera del cual nada es. ¿Ha querido decir que todo lo abraza? Pues si no, ¿qué entiende por identidad este filósofo? Según el primer *Diccionario* de la Academia, llamado de autoridades por la mucha que tiene, y porque aplica á cada palabra ejemplos de los escritores clásicos que la han usado mejor, *identidad* «es razón, en virtud de la cual son una misma cosa en la realidad las que parecen distintas.» No puede, pues, entrar sino en oraciones comparativas; y, por consiguiente, decir que Dios es *idéntico*, omitiendo á quién ó á qué, es dejarlo colgado y en el aire por no saber gramática. La doctrina, más absurdo aún.)

«Por medio de los pensamientos finitos, en parte negativos, de los seres determinados del mundo, nada viene negado de Dios; y así, aunque Dios

la del título sintético! ¡Qué pretensiosos los particulares y relativos de las secciones en que el libro se divide! Necesitaría responder á ellos con tanta exactitud como la *Imitación de Cristo*, para quedar á buenas con la lógica; y en cambio nos conduce á tropezones, por escabro-

en sí, bajo sí y mediante sí es los seres del mundo, de ninguna manera es pensado como finito en ningún concepto. Pues los seres del mundo son justamente mirados como siendo en-bajo-mediante Dios; y así todo lo que cada sér del mundo es, como también lo que cada sér del mundo no es, es afirmado y, por consiguente, no negado en Dios y respecto de Dios. Pues aquello que un sér del mundo no es, eso justamente lo es el otro opuesto á él. Lo que el espiritu no es; lo que, por consiguiente, debe ser negado de él, eso es justamente lo opuesto á él. la naturaleza de la cual es afirmado; y lo que la naturaleza no es, lo que deba, por tanto, negarse de ella, es la razón, el espíritu, y debe ser atribuído al espíritu. Por consiguiente, lo que se afirma de la Naturaleza debe negarse de la Razón; mas lo que se afirma de Razón y Naturaleza no puede negarse de Dios, que es en sí ambos, Naturaleza y Razón, sino que todo es positivo en Dios, respecto de Dios.»

(La oposición entre lo relativo y lo absoluto no puede expresarse de una manera más antigramatical. «Lo opuesto al espíritu es la naturaleza, de la cual es afirmado.» Un escritor mediano diría: «Opuesto al espíritu es aquello que á las cosas materiales se refiere; aquello justamente, etc.,» y debe repetir el relativo, porque *aquello* no es *eso* ni puede serlo, mientras haya un libro que se llama gramática. Los seres mirados en-bajo-mediante Dios, recuerdan los conocidos versos:

Ni me entiendes, ni te entiendo,
pues cátate que soy culto.

Respecto al sentido ó concepto, bien dice su docto comentarista Ortí: «El dios de Krause es fuerza é inercia, espíritu y cuerpo, mineral y vivientes, es ave y cuadrúpedo, mar y continente, tierra y cielo, hombre y demonio, y en suma, según la expresión admirable de Bossuet, todas las cosas son aquí Dios, menos Dios mismo.»)

«Dios es en sí mismo lo determinado, lo opuesto, en cuanto es en-bajo-mediante si el mundo todo, esto es, en cuanto contiene el organismo total de los seres y de las esencias.»

(*Determinado*, *opuesto*: palabras que braman de verse juntas, porque la

sos atajos y obscuros caminos, á una especie de Atlántida ó Ciudad del Sol, que llamaría yo más bien, remedando el título de la obra maestra de Jordano Bruno, *Establo de la bestia triunfante*, donde deben asociarse en «unión jurídica y política» los pueblos de la vieja Euro-

primera implica afirmación, y la segunda no hay que decir lo que implica. Contener el organismo total de las esencias, pase en sentido figurado, que no es poco pasar, porque las esencias son inorgánicas; pero conste que Krause quiso decir *conjunto*, y no encontró la palabra. Contener el organismo de los seres, es más que herejía, más que panteismo, pues nos hace pensar á Dios con órganos de hombre, de bruto, de reptil, de ave, de pez, de piedra, de mineral, de vegetal, de todo, en fin, lo que vive y palpita en la creación; un inmenso conjunto de materia cósmica omniforme. ¿Quién había de decirle al zumbón impío, que hizo látigo de sus venganzas políticas aquel epigrama de Moratín, arreglándolo á su manera:

—«¡Lo que somos! ¡lo que somos!
dijo el diputado Burgos,
contemplando atentamente
la calavera de un burro;»

¿quién había de decirle que por aquel entonces se estaba inventando un sistema filosófico, según el cual lo que el diputado sentía ante la asnal calavera era una visión beatífica? Todavía lo dice Krause más claro en otro lugar: «Fuera del Sér infinito, no puede ser pensada ni aun la cosa más mínima.» ¿Cómo dudar que esté en Dios también el *mínimo* asno de la calavera?

Él nos perdone tan horribles chanzas, y para que nuestros oyentes paladeen buen lenguaje castellano, después de esa jerga insípida, concluiremos copiando frases análogas del Comendador griego, en su comentario á la copla 128 de las *Trescientas* de Juan de Mena: «Confesó haber un Dios, el cual es una mente incorpórea que, derramada y extendida por todas las cosas de Naturaleza, da sentido de una vida á todas las anomalías.» Edición de Amberes, por Juan Steelsio, M.DLII: en 8.º)

Bastan estas muestras á nuestro propósito, puramente literario y gramatical. Los que quieran apreciar mejor lo absurdo y herético de la doctrina krausista, consulten las notables *Lecciones* que dió sobre ella en la *Armonía*, Sociedad literario-católica, el Sr. D. Juan Manuel Ortí Lara, impresas en un tomo, por Tejado (1869), que ha sido para nosotros guía seguro é inesti-

pa, ya casi regenerados hoy por sus doctrinas, que así lo dice implícitamente, con los de América, que formarán, allende *del* Atlántico, «un coordinado» estado superior político «y, asociándose Asia y África á su tiempo,» sellarán «una definitiva alianza *en el mar de las islas.*» ¡Juro

mable. Media docena de libros como el del Sr. Ortí, oportunamente publicados, hubieran impedido la perversión de una gran parte de la juventud, y á España muchos dias de luto.

Debo también completar aquí otras indicaciones, que en el texto no tienen lugar, porque producirían en el auditorio *delirium tremens.* Examinaré ahora lo más brevemente posible la obra maestra de Krause, en concepto de sus sectarios españoles, *El ideal de la humanidad para la vida.* Ya hemos visto arriba cuántos y cuán buenos modelos pudo imitar: de consiguiente, todo lo que le falte de originalidad, debe de perfección literaria exigírsele.

Desde luego en el prólogo el discípulo Sanz contradice al maestro, asegurando que resta algo que hacer á la filosofía «para acercarse á la vida y penetrar en ella,» mientras Krause dice en varios lugares con tono de sibila: «El tiempo del fruto está aún lejos; pero el tiempo de la flor ha llegado ya,» si bien no asegura la realización de su profecía, porque vive en un tiempo cerrado y no puede anticipar la realidad histórica; pero lo anuncia la historia que vamos haciendo, si vale decir por nuestra cuenta y riesgo.» (¡Válgate Dios por historia! ¿Si querría que la hiciéramos por procurador?) Tambien explica el Sr. Sanz los retazos y pegotes que á la obra alemana puso por la necesidad de «desacostumbrar á nuestros pueblos de la moral servil de la obediencia pasiva,» y por una razón suprema que expone de este modo: «Las antiguas costumbres, formadas al abrigo del sentimiento creyente y la tradición, se alejan cada día» (¡costumbres que se alejan!), sin que las nuevas «se hayan afirmado..... siendo gran dicha que haya tomado la conciencia social la salvaguardia (¡tomar la salvaguardia! como quien dice: coger la batería) de lo que resta aún de sentido y hábito moral en los pueblos más cultos.»

Rehacer, pues, este mundo de los logogrifos, que según el discípulo está perdido, y según el maestro á punto de ganarse, es el ideal que el libro se propone. Empieza estableciendo el desacuerdo en que nos hallamos los mortales, «entre lo que la idea exige y nuestro hecho histórico,» invocación mística que parece referirse al pecado de Adán; pero no es eso. Es que no satisfacemos en nuestras relaciones sociales á nuestro fin total humano interior ni exterior;» que no hallamos «una ley armónica huma-

á Dios trino y uno que no será mal geógrafo el que de tal barajamiento geográfico deduzca fijamente la posición de esas islas, que poblarán los Robinsones del porvenir, allende ó aquende, entre América y Europa ó entre Asia y África, donde los mares y las islas son tan fáciles de contar como las estrellas del cielo!

na... en que se reanude la marcha de la vida individual y social, pasada y presente.»

—¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
—Y tanto que lo entiendo.—Mientes, Fabio,
que soy yo quien lo digo y no lo entiendo.

Ya pareció la armonía de los escritores socialistas, la armonía de Fourier y Saint-Simón, que se convierte al fin y al cabo en música celestial..... de tiros. Vengamos, pues, á que la armonía humana ó de todos los seres en la humanidad es la panacea que Krause busca también en este mundo, medicina por cierto nada nueva, que ya la entrevió Platón en su libro de *Las leyes*, donde dice que el hombre es el único sér que tiene el sentido de la armonía; pero debió añadir que lo tiene como ciertos perros el olfato, que *laten* la caza á media legua y la dejan escapar entre los pies. En su afán de emplear frases campanudas, el filósofo alemán califica este sentimiento de la armonía como «anterior á toda historia y vencedor de todo límite geográfico,» lo que quiere decir que lo mismo se encuentra en el pisaverde de la Puerta del Sol que en el salvaje de la Patagonia; y para probarnos su universalidad alega perogrulladas, como que «en ninguna parte se encuentra un partido contrario á la humanidad.» Con esta ocasión, indudablemente oportunísima, expone una teoría de los partidos, que viene como anillo al dedo, subrayando palabras vulgares para hacernos creer que encierran conceptos recónditos y eminentes. Según él, puede haber «partidos políticos, científicos ó religiosos,» insigne descubrimiento, sin duda alguna. Mayor novedad hubiera tenido si nos describiese partidos sin política, sin ciencia y sin religión, como los hemos visto, por desgracia, nacer de los desvaríos filosóficos de nuestro siglo.

Y aquí empieza á pintarnos el estado presente del mundo, que es en verdad un galimatías, imagen fiel de su cap. VIII, á que nos referimos; y éslo tal, en su concepto, porque hay pocas *Uniones* (*sic*) y no forma todavía la humanidad «un reino y sociedad cerrada en sí y toda interior» (no se atreve á llamarla federación, falansterio ni *Commune*; pero nosotros, ya prácticos en el asunto, podemos llamarla París, Alcoy ó Cartagena), con

Bien veis, señores, por ese brevísimo resumen, que no es la originalidad el distintivo de Krause, pues cuatrocientos años antes de Jesucristo soñó Platón su *Atlántida* en el mar y mar de las islas, como todos los mares, aunque con más pericia geográfica y sentido literario,

lo que se conseguiría «su entera humanización.» Son deliciosos los detalles de esta pintura, que llevan el retumbante rótulo: *La humanidad abraza en la historia sus sociedades interiores.* Ello será malísimo lenguaje, impropio, chabacano; pero en cambio es nuevo, porque nadie sabía, hasta que nació Krause, que la humanidad es para los filósofos compendio y resumen de todas las cosas que al hombre se refieren, sin perjuicio de ser no muy propio el vocablo, y su sentido más material que espiritual.

«El Estado-Europa» le parece inferior al «Estado y reino político» que él sueña, porque no comprende, «bajo ley y autoridad ciertas partes mayores de la tierra, hasta llegar en la historia definitiva á un estado y reino político terreno que abrace en ley y derecho todos los anteriores.» He aquí á los reformadores liberales, á los visionarios del socialismo y del comunismo armónico, plagiando vergonzosamente á los tiranos y Césares antiguos, de quien maldicen en sus catilinarias, porque aspiraron á la monarquía universal, ni más ni menos que ellos aspiran hoy á una república universal, con una religión universal y una ciencia y un arte universales, porque esperan que en ese monstruoso falansterio serían los filósofos reyes y pontífices, realizándose el cándido sueño de Platón, que convertiría al mundo en inhabitable manicomio. Para mayor novedad en la idea y en la exposición, llama Krause á ese Estado un «Estado mayor.» No se dirá que al nombre le falte poesía y elegancia. Con esto, y con decirnos que este Estado mayor no absorbe ni perjudica á los Estados menores, pura y simplemente porque él inventa una palabra, que no es absorción ni perjuicio, sino *involución*, y con ofrecernos también su tantico de paz universal, manía universal, que Kant ha puesto de moda, cierra la introducción del libro, á la cual siguen unas *Ideas preliminares*, en parrafitos cortos, con números arábigos distinguidos, bajo esta rotulata: *El hombre y la humanidad.* Nada más estrambótico. Entre las cosas que el hombre debe ser y hacer, cosas que reza admirablemente nuestro Catecismo, pone Krause éstas: «Mostrar la armonía de la vida universal en bella forma.....» Reunirse «en esferas mayores hnmanas, para formar (con otros) un superior hombre y vida..... entero y de todos lados armónico.» De suerte que el que desafina ó pierde el compás por la izquierda, por la derecha ó por el

pues en pleno siglo XIX ha podido visitarla y describir su fantástica posición submarina un viajero de novela; y en el mar, y por consiguiente en mar de las islas, colocó también Harrington su *Occeana*, y Bacon su *Nueva Atlántida*, y Fenelon su *Isla de los placeres*; sin que men-

frente; el que no hace las cosas en bella forma, queda echado del Paraíso krausiano por incompatible con la superioridad y entereza de la vida universal. Lo mismo pueden y deben hacer «las naciones. los pueblos y las uniones de los pueblos,» ó sean los Estados mayores y menores, que en montón y arrebujados constituyen la *Sociedad fundamental humana*, sociedad que se resuelve toda en «amor, y paz, y publicidad de obrar.» (Allí, por lo visto, se hace todo al aire libre.) Un pensamiento profundo, que merece recogerse por lo nuevo, nos sale al paso. La *Sociedad fundamental humana* no repudia nada de lo que «ha sido bellamente cumplido en la historia, en el Estado y la Iglesia, en la ciencia y el arte;» antes aspira á reproducirlo otra vez, según «el espíritu de nuestro siglo.» ¡Qué garantía para los hombres reaccionarios! Tendrán una antigüedad á la moda; una Edad Media á la moda; monjes y caballeros andantes á la moda; Nerones, y Recaredos, y Felipes segundos y hasta una Inquisición fundamental-universal-humana, aderezada con arreglo al último figurín. ¿Se piensa que exageramos? Pues Krause ve anuncios del tiempo *de la fruta madura* en «los misterios de los pueblos primitivos, indios, chinos, egipcios, griegos; en la doctrina y la sociedad de Pitágoras y de los Essenios; en la ciencia y la vida de Sócrates y Platón, (y) en las sociedades de caballeros y corporaciones en la Edad Media.» Tales son las que podríamos llamar *Bases para el Reglamento de la sociedad fundamental humana*, pues todas esas ideas pertenecen á la *introducción* del libro en buena lógica; pero ¿quién pide lógica á escritos donde no hay siquiera gramática?

La primera parte que sigue, parece que está destinada á examinar los síntomas de armonismo que ofrecen hoy las principales instituciones, ó sea, en el lenguaje burocrático de la *Sociedad fundamental*, el número de socios con que puede contarse, ó, vamos al decir, cálculos de probabilidad de la empresa. Aquí caminamos de maravilla en maravilla, de tanta originalidad espantados.

La *familia*, reunión personal, «nos hace amado el hombre todo, como este tal é individual hombre.» Marido y mujer «viven juntos, hermanando la mayor de las oposiciones: la del sexo:» grandísimas sentencias que escucha por primera vez absorto el siglo XIX. Se podría haber dicho me-

temos otras muchas asociaciones de pueblos regenerados, ángeles y querubines filosóficos, que también pudo Krause tener presentes; asociaciones anfibias, por decirlo así, terrestres y marítimas á un tiempo y hasta etéreas, como la *Ciudad del Sol* y la *Monarquía del Mesías*,

jor, eso sí; pero de un modo más nuevo..... ¿quién? ¡Vivir juntos marido y mujer, hermanando los sexos! ¡Ahí es nada! Pues ¿y cuando añade que del amor de marido y mujer nace el paternal y el filial, y luego la familia, y las generaciones humanas? El lector no tiene manos para hacerse cruces. —«*Las naciones, los pueblos*, un conjunto de familias.» ¡El mundo boca abajo ante este descubrimiento insigne, que no habían podido hacer los patriarcas de la ley antigua ni los *cabezas de barangay*, pobladores del Archipiélago filipino!—La *amistad*, «círculos de familias que se abren unos á otros y se comunican entre sí.» ¿Hay nada más poético? Algún tilde pudiera ponérsele, como el de hacer la amistad colectiva, cuando es eminentemente individual; pero esto es *peccata minuta*, porque, en cambio, nos revela que cada hombre tiene «su carácter,» y esto ya es un gran progreso para las ciencias, por más que sea un deplorable precedente para la armonía universal.—El *comercio social*, que «otros llaman trato,» se compone de elementos muy peregrinos: «las reuniones de familia, los círculos, las sociedades y las artes de sociedad» que alimentan y embellecen la vida; «el juego, la música, el baile y el drama.» (¡Sordo sea el sentido común: el drama arte de sociedad á par del juego!) Pues con este mixto «se hace posible que los amantes y amigos se encuentren y se conozcan.» ¡Filosófica apreciación, sin duda alguna, y en estilo elevado y propio! Amantes que se conocen por primera vez no son amantes lo menos hasta la segunda, y á su *vez* aquella primera *vez* no son tales amantes, ni siquiera conocidos.—El *Estado*. Le hay terreno y divino para Krause. «El primero, es »un organismo interior é interiormente relativo y omnilateral que repre»senta la recíproca y exigible condicionalidad para el destino humano.» Con esa definición se contentarán nuestros oyentes, que si es obscura..... no hay otra más clara.—*La Iglesia*. Por ser «la religión un modo total de la vida en relación digna con Dios,» y por manifestar el hombre su sentimiento divino «en forma social,» funda «una común superior vida, donde muestra la religión de «su corazón en palabras y obras como *una edificación social*.» No se dirá que la Iglesia no queda bien servida, y por alto estilo y con profundos pensamientos.—*La ciencia*. Con mucho trabajo consiguen los pueblos y las generaciones «edificar en forma de sociedad humana cientí-

de Campanella; la *Utopia*, de Tomás Moro; la *Tierra de paz ó la casa del amor*, de Nicolás de Munster; el *Triumphus crucis*, de Savonarola; la *Basiliada*, de Morelly, y en los mismos días de Krause, á poco más ó menos, pues él murió en 1832, la *Nueva armonía*, de Roberto Owen,

fica, la ciencia primera y las ciencias segundas en ella contenidas.» (!!!) Una Academia universal de «todos los profesores científicos, llenará el fin científico humano y dará unidad firmísima á la verdad.» (¡Unidad á la verdad!.... unidad á su expresión diga V. otra vez, ó unidad á las verdades.)

La emprende luego con el *arte* y la *sociedad artística* humana, en vulgarísimas disquisiciones, que le ayudan á probarnos (¿!), en otro capítulo, que las *Instituciones hoy activas de la sociedad humana no llenan el destino total de la humanidad* por las causas siguientes:—La familia, porque «los esposos se aman, no absoluta ni primeramente como hombres, sino porque son el uno para el otro, estos tales y propios individuos con su personal carácter, cualidades y prendas de cuerpo y espíritu,» (lo que deja traslucir algo y aun algos de amor libre, entre esos disparates de los tales individuos, que recuerdan los sainetes de D. Ramón de la Cruz, y las prendas de *cuerpo*, que parecen cosa de sastrería); porque entre padres é hijos «reina y predomina la individualidad» (ó sea, dicho en plata, que no amo yo á los hijos del Zebedeo ni á los de Kitolis, como á los que son carne de mi carne y huesos de mis huesos); porque se quiere «más á los parientes que á los amigos y á los amigos más que á los extraños,» fenómeno antihumano é insufrible..... Por todas estas cosas la familia no es perfecta, ni el trato social presente merece los elogios de Krause. Análogas censuras prodiga á las restantes instituciones. Las omitimos, porque no se entienden absolutamente las más de ellas, y no sabemos si son para reir ó para llorar, con la sola excepción que sigue. Al *arte* lo censura, porque hay «artistas libres y artistas útiles» (en español se llaman éstos artesanos) que «trabajan una pieza tras otra según modelo hecho, sin originalidad de idea» (por si no lo habíamos entendido), con cuyo descubrimiento maravilloso se engolfa en sapientísimas disertaciones sobre la condición del artista útil y del artista libre, ponderando sus diferencias, que no son ni más ni menos que las que existen entre el arquitecto y el albañil, entre Murillo y el mozo que los colores le molía. En cuanto á la concepción artística del mundo presente la juzga defectuosa, porque es una, particular, «no llena todo el corazón y todo el espíritu del hombre,» y nosotros, en fin,

y el *Nuevo mundo industrial*, de Carlos Fourier, que son indudablemente los dos modelos que más se propuso eclipsar.

Que los eclipsó, en efecto, por el estilo y por la extravagancia de la forma, no hay manera de negarlo, pues Owen y Fourier eran verdaderos escritores, que sabían decir lo que pensaban y darse á entender de doctos é in-

los míseros mortales somos imperfectos, porque nos gusta más un arte que otro, porque preferimos una comedia de Calderón á un par de zapatos, una estatua de Fidias á un botijo de la Alcarria, y la catedral de Toledo á un casucho de Chamberí. El artista por su parte, preocupado por el amor exclusivo al ideal, no siente «el amor á la humanidad,» y carece en fin «de educación armónica de todo el hombre.» Este es también el resumen de su crítica: que «ninguna de las esferas hoy activas de la sociedad humana toma todo el hombre como objeto inmediato de su educación,» que les falta «de raíz una vida de positivo concierto..... la sociedad total de las sociedades particulares, la sociedad *fundamental humana.*» ¿Á dónde va á parar este pensamiento desbocado? exclamará el lector. Bien claro lo dice, después de multitud de botes y relinchos intelectuales. Sólo en la plenitud de su vida se hace «el hombre, en la realidad histórica, semejante á Dios y digno de su providencial destino» (declarada herejía, que el hombre sólo mediante la gracia se hace semejante á Dios), con otras lindezas panteísticas semejantes á ésta, encaminadas á la anulación de la Iglesia católica y al ateismo de los Estados, por medio de la absoluta libertad de cultos. Igual libertad pide en todo y para todo.

En la parte afirmativa del libro no podemos ni debemos ocuparnos ya, aunque bien lo merecería, pues abunda en extravagancias y logogrifos no menos que la otra, y es la que constituye al autor en un rápsoda ramplón y chabacano. Hácelo también inútil la breve suma que de ella hemos en el texto incluído. El método que sigue, análogo al de su crítica de la humanidad, aunque algo más metafísico, le obliga á repetir á montón casi todos los conceptos que en las partes expositiva y crítica deja formulados, habiendo párrafos y páginas enteras de vana palabrería, que no se acierta á dónde corresponden, si á la exposición, al nudo ó al desenlace, al principio, al medio ó al final. Tan pronto adopta el tono expositivo como el crítico, como el meramente didáctico; mesa revuelta, en fin, y olla verdaderamente podrida para todos los paladares extragados, para todos los estómagos cancerosos.

doctos cuando querían, cosa que parece á Krause vedada por la naturaleza. Bajo este aspecto, su único rival en el mundo literario, más aún que Maine de Birán, diga lo que quiera el autor de *Les philosophes français au* XIX *siècle* (Taine), ha sido el sansimoniano Enfantin, aquel hombre que desarrollaba á Platón á través de Descartes y Leibnitz; aquel hombre que llamaba á Dios «verbo infinitesimal, que se resuelve en palabras en el arte, y »fuera del arte en símbolos.» ¡Qué solfa tan extraña resultaría, si en cuadro sinóptico se comparasen los estilos de estos escritores, agregándoles algo del sistema pasional de Fourier, como, por ejemplo, aquél que en el *Nuevo mundo industrial* alega de los magníficos resultados que su doctrina produciría, aplicada al cultivo de los perales por una *serie* de peraleros, aliados de los cereceros, rivalizando con los cultivadores de manzanas, en el edén de un falansterio! Pero á nosotros lo que nos importa es examinar los frutos de la de Krause, que más que peral es guadapero, plantado en el campo de la literatura española.

En punto á innovaciones y reformas del orden intelectual, suelen ir los discípulos mucho más lejos que los maestros, así por el afán de singularizarse y tomar pronto en la escuela puesto aventajado, como por la ingénita propensión de toda copia á eclipsar las calidades de su modelo. Mayormente en filosofía, y filosofía panteística, que es la que predomina en Europa desde los tiempos de Descartes, hallándose hoy, quizás por fortuna, á punto de ser derrotada por sus legítimos hijos, el materialismo y el positivismo, constante castigo que da la Providencia al error humano; mayormente en filosofía se observa invariable esta ley de las exageraciones. Cuando se aparta

de la suma verdad, pronto la envuelven tinieblas, y más á cada paso se descarría. Ni hemos de olvidar tampoco que la inspiración intelectual bebida en extranjeras fuentes hace con sus productos verdadero acto de aclimatación, como aquél que sufre una planta exótica cuando la traemos á absorber jugos y respirar brisas contrarias al medio atmosférico en que ha nacido. En todos los tiempos y países la poesía, la música, la arquitectura, la pintura, tejen su historia con interminable serie de estas evoluciones, que por ser de todos vosotros conocidas excusan encarecimiento. La misma planta humana, en su traslación á otras latitudes, adquiere nuevas ó modifica sus antiguas condiciones fisiológicas.

Cuando tales mudanzas y trasplantes no los produce la necesidad imperiosa de llenar fines instintivos de la vida social, como acontece en las conquistas de los pueblos, sino que son hijas de un mayor desarrollo del espíritu, de la tendencia á la dilatación y esparcimiento por las esferas morales que al alma humana señorea, se impone siempre al arte una suprema ley de buen sentido por el mismo lenguaje dictada, que sólo consiente asimilaciones entre las cosas que son similares. Pero la moderna filosofía, por ir contra las leyes de la naturaleza y de la lógica, lo ha dispuesto de otro modo: ¡tanta es su vanidad y desvanecimiento! Entre razas meridionales, que no se acomodan con la poesía del Norte, con las artes del Norte, y que hasta á los idiomas teutónicos son antipáticas, se empeña en aclimatar su filosofía, que es de todos sus productos el más exótico en nuestro suelo; y exagerada, desfigurada, abigarrada por la imaginación ardiente de sectarios que, antes que espuelas, riendas necesita. Agréguese á lo dicho que aquí se hace moda prontísimamen-

te en ciertas esferas lo que allí no pasa casi nunca de manía individual, como acontece con el mismo Krause, tan obscuro y desconocido en su país, que algún sabio alemán se pasma de ver á su primer traductor, Sanz del Río, elevado por nosotros al quinto cielo, y que baste inscribirse en los registros de su mal llamada escuela para tener derecho á la inmortalidad. El moderno achaque de menospreciar nuestras cosas ha sido también parte en que se tomen por Evangelio las diatribas de Sanz del Río contra la lengua castellana, y se imite su estilo extravagante y agermanado, no debiéndose olvidar, por último, sus circunstancias personales, ni las que contribuyeron á que fuese elegido en el claustro de la Universidad central para estudiar el krausismo en Alemania. Nunca perdonará la historia á nuestro Centro directivo de Instrucción tan lamentable ocurrencia, inspirada principalmente por el prurito de imitar á tontas y á locas á la Francia, á donde en febrero de 1834 el calvinista M. Guizot había llamado á Ahrens, agregado de la Universidad de Goettinga, á dar un curso de psicología en la de París.

Era Sanz del Río hombre bondadoso, afable, místico, que trajo, como era de esperar, de Alemania un tono dogmatizador y unos como vislumbres y destellos de iluminismo harto propios para fascinar á jóvenes inexpertos. Lo revesado de la doctrina, que le hacía parecer nueva, y hasta inocente y católica, á los espíritus superficiales, y las tradiciones de gongorismo que resucitaba, nunca en la patria de Lucano y Gerardo Lobo muertas, hicieron fácilmente lo demás, dándose la mano con sucesos políticos de todos conocidos. ¡Fecha triste! Desde entonces el cuerpo escolar no ha vuelto á producir grandes

escritores, ni siquiera medianos hablistas, ni menos poetas de alto vuelo, sino oradores y discutidores, dialécticos é ideólogos; observación que conviene hacer aquí por vía de ejemplo de cuanto confunde, amanera y esteriliza la inteligencia esa doctrina filosófica. Lastimoso error, volvemos á decir, porque en aquellos jóvenes á quien fascinó la nueva moda cifraban sus esperanzas la patria y la literatura, donde algunos habían hecho ya con lucimiento sus pruebas, mostrándose en el estilo y en el arte de escribir, objeto principal de nuestra tesis, puros, nacionales, verdaderamente españoles. Pero ¿qué había de suceder, si el jefe de la secta, como hemos visto, declaraba inútil y tosco el instrumento que manejaban, y los hacía quizás avergonzarse de escribir como sus padres escribieron? ¿Qué había de suceder, si con su ejemplo los arrastraba á formar, en medio de nuestra sociedad literaria, una especie de sanhedrín misterioso, un como antro de sibilas, de donde sólo debían salir, envueltas en vapores obscuros y flameantes, palabras laberínticas, enmarañados conceptos, estilos de pura convención para seducir á las gentes indoctas? En el mismo Sanz del Río, como en Pitágoras, hubo dos hombres diferentes: el público y el privado. Aunque mediano orador, era en sus explicaciones ex-cátedra claro y castizo, según cuentan, lo que no parece inverosímil recordando su *Discurso inaugural del año académico* 1857 *á* 58 y algún otro rasgo fugitivo de sus obras; pero cuando al coger la pluma de filósofo se le acordaba su pretendida misión profética y transcendental, arropábase con su manto de obscuridad y tinieblas á fin de parecer más que un hombre. En aquella actitud, indudablemente le poseía, como demonio tentador, un profundo desprecio hacia todo ele-

mento nacional, empezando por la gramática de esta Academia y por sus mismos lectores, á quien juzga tan atrasados, que únicamente repitiéndoles una y mil veces los conceptos más triviales, y exponiéndoselos *ab ovo*, podrían ser de ellos comprendidos.

Sólo así nos explicamos las pomposas vaciedades que han salido de su pluma y las de sus discípulos, donde la crítica más zahorí para descubrir en el fondo algún vislumbre de pensamiento, y ese pueril y rancio y tortuoso, tiene que hacer esfuerzos semejantes á los del marino que sondea el grande Océano para sacar, al cabo de muchas horas y fatigas, un puñado de arena ó un manojo de algas. Así, y sólo así, concebimos en escritos llamados arrogantemente filosóficos, desvaríos como casi todas las notas y adiciones del *Ideal de la humanidad,* su obra maestra, de sus pobres discípulos embeleso, y de nosotros los simples mortales desesperación. Aquellos *Mandamientos de la humanidad*, parodia impía de los de la Ley de Dios, plagio rastrero del *Catecismo positivista* de Augusto Comte, que acababa de publicarse en París (1852) divididos en generales y particulares, donde se desconoce por tal modo la noción rudimentaria de lo que es particular y lo que es general, como la significación de las palabras más comunes, no ya en estilo puramente literario, que esto podía ignorarlo impunemente Sanz del Río, sino en el filosófico, que era su especialidad; aquellos consejos al hombre de que *santifique* á Dios y se santifique á sí mismo (1.° y 3.°), que entrañan un paralelo herético entre el Criador y la criatura, acaso por haber aplicado el verbo santificar sin conocer su significación; aquel mandamiento de amar á todos los seres y á sí mismo con pura inclinación (8.°), como si no hubiera en

nuestro idioma palabra más gráfica y expresiva para designar el amor del espíritu, huyendo de todo sentido material, que es justamente el que la inclinación revela, por lo cual resulta doblemente inaplicable con el adjetivo *puro*; aquellas recomendaciones de combatir la fealdad con la belleza (22), frases tan desnudas de toda metáfora, tan bajas é impropias, que parecen copiadas de un anuncio de cosméticos y perfumes; y todo aquello mezclado con los más disolventes apotegmas de la teoría panteística, como ordenar al hombre que niegue tributo á la fe y á la autoridad, é infundirle la esperanza de convertirse en Dios más tarde ó más temprano: todo aquel cúmulo de monstruosidades, para ser puesto en su verdadero punto crítico, exigiría mayores talentos que yo poseo, mayor espacio que el que me resta.

No concluiré, sin embargo, con el porta-estandarte de los germanófilos en España, sin traeros á la memoria su famosa disertación sobre el organismo científico-universitario de la sociedad futura, que hasta en documentos oficiales se ha querido parodiar recientemente, con ser el más rancio y ridículo estrambote que al *Ideal de la humanidad* puso su traductor. Á vosotros se os habrá caído el libro de las manos al llegar á tan estupendo pasaje, sin que os tomárais nunca la molestia de pensar por qué; pero es preciso que apuréis la amarga copa hasta las heces, penetrando conmigo en aquel dédalo de frases enmarañadas y de oraciones sin concluir, donde se repiten cien veces los más vulgares conceptos y los originales no se entienden ninguna vez; donde el único plan que el autor parece haberse propuesto es volver las universidades á la Edad Media y convertirlas en behetrías, con su fuero especial científico y jurídico, imcompatible con la

armonía histórica-espiritual-natural á la vez, que para las demás instituciones de la sociedad regenerada preconiza. Cierto que ningún crítico imparcial debe haber penetrado hasta hoy en semejante mazmorra, donde el espíritu se asfixia y entontece.

Tres son, según el propagador krausiano, las instituciones interiores de la ciencia (¡instituciones interiores!) «que se relacionan particularmente con la institución »científica (Universidad), llamando así la sociedad huma»na para la ciencia.» Helas aquí: «La Biblioteca, la Aca»demia, la Cátedra.» (Al revés me las calcé, dirá cualquiera entendido.) Óigase ahora nueva y sorprendente doctrina sobre las tres instituciones.

Á la Biblioteca nos la presenta buscando libros; junta en uno con el bibliotecario y en una sola persona confundidos, como si el bibliotecario no fuese de carne y hueso y la biblioteca de cal y canto. El mérito de los libros ha de clasificarse «sin juzgar directamente de su »valor literario, sino su relación histórica, y la que guar»dan con las producciones contemporáneas, con el autor, »como su padre, y con el estado literario del pueblo y »del siglo;» galimatías que en cristiano quiere decir que se clasifique el libro con relación á su época, á su autor y á la ciencia de que trata; lo cual, si no resulta juicio crítico, y literario, y directo, venga Dios y véalo. En cuanto á novedad científica, mucha más tiene cualquier artículo del Reglamento oficial de archiveros-bibliotecarios. Á la Academia la llama «institución personal» en unas partes, y en otras «particular y relativa,» como si pudiera ser duendina, á tenor de los entes del P. Fuentelapeña; la atribuye «fines muy varios, y cada cual propio,» sacándonos del error de que pudieran ser ajenos, y aña-

de muy orondo que ha de «tratar cuestiones» y ha de «hacer consultas,» notabilísimo descubrimiento filosófico-administrativo, que dejará espantados á los oráculos de la Administración española, Posada Herrera y Colmeiro. Finalmente, «la verdad hallada» en la Academia ha de tomar «forma exterior,» que es la cátedra; y en la cátedra ha de ser «expuesta (¡pásmese el orbe!) en forma de doctrina científica,» y no en coplas de Calaínos ni en récipe de botica. ¡Señores Académicos! ¿No es esto escribir por escribir, sin saber lo que se escribe? ¿No es esto amontonar palabras, como el minero amontona escoriales á la boca de la mina, sin distinguir lo que es tierra de lo que es oro?

Pero ya abuso de vuestra benevolencia, máxime si tenéis el espíritu en el mismo punto de perturbación y mareo que está el mío, con tantas *aliquitates* y *quidditates* como ha abortado el germanismo para afrentar á los escolásticos. Por idéntica razón no me ocupo en los escritos, igualmente censurables, de algunos jóvenes de gran valer afiliados á la escuela krausiana; por esa razón, y porque los considero á unos próximos á tornar al buen camino, y á otros en el de arrojar la máscara, como les aconsejan filósofos eminentes, para declararse panteistas ó positivistas, lo que al menos deslindará los campos y dará al espiritualismo gran ventaja para la lucha.

Por fascinación y por debilidad, por seguir la corriente de su maestro español, ellos desprecian la gramática, amaneran su estilo, revesan su inteligencia y ponen en todas sus obras sello estrambótico, que cuando salgan de esa esclavitud intelectual se apresurarán á destruir, recordando el famoso dístico de *Urganda la Desconocida.*

Ellos no pueden menos de tener presente que un desgraciado escritor, que acaba de morir, entre los últimos vislumbres de su juicio lo tuvo para querellarse de que krausistas y telegrafistas estén asesinando á la pobre lengua castellana, que ningún mal les ha hecho. Ellos, en fin, no podrán menos de considerar que mientras la ciencia les ha costado largas vigilias, á otros les basta para alardear de filósofos tomarse de memoria aquellos versos tan conocidos:

«Si culto quieres ser en sólo un día
La culti aprenderás jerga siguiente.»

¡Cómo no hemos de esperar confiadamente ver borrados por sus mismos autores apotegmas como éstos: «El »derecho es la evolución del concreto,» frase desnuda hasta de propiedad gramatical; «el poeta es á la vez su»jeto y objeto de sus creaciones, materia y forma, efecto »y causa,» con otros muchos por el estilo, de que podría hacer aquí larga recordación, si no temiera alargar este discurso! Hasta en obras puramente literarias campea tan desbocado el desprecio á la gramática y á toda ley de lenguaje, que sin hablarnos de «bello arte,» «de tor»cimientos de espíritu,» «de artistas científicos,» «de re»ducir por tiempos,» «de ojeada total y comprensiva, «etc., etc.,» no se atreve ningún krausista á sentar plaza de literato. En la misma cuenta incluyo no pocos discursos parlamentarios y documentos oficiales que, en lo porvenir, volverán locos á los lectores de la *Gaceta*, si no tienen á la mano un traductor.

Recordemos ahora, para concluir, la misión lingüística que á sí misma esa escuela se atribuye, para mejor comparar con la de sus pretensiones insensatas la suma

de sus desaciertos. «Precisa, clara, enteramente distinta »en sí, en sus elementos interiores, y coherente, rica, lle- »na de carácter y vida,» había de ser la lengua castellana, según el Sr. Sanz, para ponerse á la altura de sus pensamientos.—*Precisión.* El escritor más adocenado se atrevería á condensar en media página cualquiera de las más precisas que él haya escrito.—*Claridad.* Ya veis que es su estilo como la boca de un lobo, y que alguna vez nos ha hecho bendecir la invención del gas.—De su *distinción en sí y en sus elementos interiores* nada podré deciros, porque á la verdad no lo entiendo bien, ni es posible brujulear lo que por distinción entendía, hombre que usa substantivos por adjetivos, como «instinto bi- »bliófilo,» y que á un verbo singular lo movía con dos agentes, como la «biblioteca y el bibliotecario..... busca.» Si tomara él la distinción en este sentido, podría quizás admitirse, pues en efecto su estilo se distingue entre todos los españoles, como el desierto de Sahara entre todos los campos del universo.—La *riqueza, carácter y vida* que acertó á prestar al castellano, todavía os las recordarán en los fatigados oídos el insoportable martilleo de frases hasta la saciedad repetidas, de oraciones iguales y tortuosas, la nimiedad de los accidentes retóricos, la amplificación sistemática, el pleonasmo insufrible y la más insufrible monotonía. Dícese también que vino á purgarlo de *impurezas* y de *influencias extrañas*, y esto sin duda se dice, como él las más de sus cosas, por decir, pues mal podía traer semejante misión respecto al idioma el que vino á germanizarlo. No conozco una sola palabra inventada por el Sr. Sanz que merezca entre nosotros carta de naturaleza, ni sabría decir si las que nos chocan son verdaderas invenciones. Excepto *seidad, ca-*

pacitar y alguna otra por el estilo, sólo encuentro palabras mal construídas ó cuya significación él mismo desconocía, como *terríficas* (sombras) en el *Ideal de la humanidad* (segunda edición, pág. 285), donde hizo de tierra lo que de terror pensaba hacer. Ni eran su especialidad semejantes invenciones, que siempre descubren potencia intelectual, sino la de giros y frases, como ya se ha dicho.

Coinciden en esta manía de reformar los idiomas casi todos los visionarios filosóficos, que no en balde es el lenguaje, según de Bonald, el problema fundamental de la ciencia y aun de la vida humana, y ellos en su ceguera necesitan, para remover la ciencia y la vida en nuevo crisol, nueva palanca y más á su modo y entender poderosa. Proceden con el lenguaje ni más ni menos que con la sociedad, que si repugna su doctrina, si la escarnece, si la encuentra descabellada, no confesarán que se equivocaron, no por cierto; sino dirán que la sociedad se equivoca, que no está al temple del fuego sagrado, que hay que reformarla y dignificarla; y en seguida escriben su utopia, su receta para el enfermo imaginario, que no la necesita, y á quien causan una verdadera enfermedad por curarle en salud.

Aspecto curiosísimo de la vanidad científica, implacable enemiga de la verdadera ciencia; si el espacio de que ya dispongo me lo permitiese, de buen grado os describiría el idioma del porvenir, que el sansimoniano Enfantin soñó en su *Libro nuevo* (otro *Ideal de la humanidad*), donde, exagerando por todo estilo la extravagancia de Leibnitz de dar participación al álgebra en la vida moral, insinúa que para armonizar rigorosamente el lenguaje y la filosofía, han de ser, en el tiempo que él llama infinitesimal, el hombre teórico, *el substantivo*; el práctico, *el*

adjetivo; el sacerdote, *el verbo*, con otras innovaciones semejantes, que dan ganas de encerrar á su autor en un manicomio. Parte por encubrir un tanto cuanto sus pensamientos, de la propia conciencia temerosos, adivinando que han de escandalizar á las gentes; parte por afectación de éxtasis intelectual, donde vagan por esferas suprasensibles; parte, en fin, hagámosles esta justicia, porque entreveen la verdad; pero el espíritu de sistema y el orgullo de sectarios les aconsejan decirla de nuevo modo y al artificioso organismo que ellos *á priori* se imaginan acomodarla, esclavos de sí mismos, esos pobres hombres se convierten en multiloquistas desatinados, de los que habla el cap. X, vers. XIX de los *Proverbios*. ¡Cuán diferentes de nuestros místicos, que también se quejan del idioma, pero no por soberbia, sino por humildad, porque no les basta para extremar con tanto extremo como querrían las alabanzas á Dios! La razón de esto da el mismo teólogo á quien he citado por modelo de vulgar escolástica, diciendo bellamente que «en el enajenamiento ex»tático oye el hombre cosas que no le es lícito ni puede »decirlas, porque todo está en el afecto, quiero decir que »no discurre ni raciocina, sino ama.»

Ayudan mucho estos tiempos á toda perversión moral é intelectual, con traer á los espíritus desatentados, á las creencias en perpetua discusión, y á los hombres y á las cosas fuera totalmente de su quicio. Há casi un siglo que vive la Europa en insoportable vigilia, oyendo en lo íntimo de sus entrañas rumores pavorosos, golpear incesante, estallidos y desplomes. Entre tantas ruinas como por todas partes nos rodean, tengo por maravilla, y sólo á causas providenciales atribuyo, que conservéis incólume la augusta majestad de nuestra lengua. Séame permitido

concluir con una halagüeña hipótesis, ya que toda la ciencia y toda la filosofía conducen hoy por término á un desgarrador ¿quién sabe?, pues por romper el velo á los misterios de la fe, únicos que alumbran y embellecen este camino obscuro que la humanidad recorre á tientas, hemos llegado á hundirnos en un abismo de pavorosos misterios; misterio del *Pan-theos*, misterio de la materia, misterio de la fuerza, misterio de la selección, misterio de la evolución, serie infinita de indescifrables hipótesis, que prueba ser la ciencia humana limitada, incompleta, reflejo pálido de una inteligencia superior, y que ella puede, sí, brujulear las leyes generales de la vida; pero no dictarlas, ni aun explicar satisfactoriamente el pensamiento que las dictó. Séame, pues, permitido concluir con una hipótesis consoladora. ¿Quién sabe si cuando uno de nuestros más grandes reyes prefería para hablar con Dios, entre todas las lenguas europeas, la lengua de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, nos daba la clave del misterio peregrino que á vuestro instituto en estos tristes días enaltece? ¿Quién sabe si el castellano sigue siendo el más puro y vigoroso de los elementos de nuestra nacionalidad, porque es el intermediario entre nuestro pueblo y Dios, relaciones destinadas á no romperse nunca? ¿No recordáis cuánta energía, cuán indómita resistencia ha opuesto siempre á las prevaricaciones, él, tan dócil y flexible, que fué latinizante en los siglos medios; itálico, en el XVI; gongórico, en el XVII; galicista en el XVIII, y trivial é insípido en lo que del presente lleva andado? Otro recuerdo me asalta en este momento, que no puedo ni debo omitir. Los hombres más eminentes de la Reforma luterana, que eran á la par insignes hablistas, como Juan de Valdés y Cipriano de Va-

lera, no lograron hacer protestante á nuestro hermoso castellano, antes él protestó contra ellos, desnudándose de sus galas y atavíos en sus obras filosófico-religiosas, donde aparece desabrido, seco y anti-musical, mientras en el *Diálogo de las lenguas* y en sus obras literarias les prodiga á manos llenas todos sus encantos, sus armonías todas, su incomparable grandilocuencia y majestad. No pueden, pues, los filósofos culti-germanos huir de un triste dilema, en la lucha mortal que vienen con vosotros sosteniendo, padres del buen decir y del puro y gallardo estilo: ó confiesan que de lleno les comprende la sentencia ya alegada de San Buenaventura, y que se explican mal porque no piensan bien, ó que es demasiado grave nuestra lengua para prestarse á las grotescas supercherías, á las impúdicas dislocaciones que quieren imponerle para que niegue ¡insensatos! á su Dios. ¡Sí! que el principal objeto de esa gimnasia empírica es atacar al Catolicismo por la espalda, y noble, creyente, mística, nuestra lengua repudia el filosofismo, porque en ella cada palabra tiene su historia ejemplar, limpia, concreta y á las veces santa; historia que está indisolublemente unida al *Símbolo de la fe*, al *Camino del cielo*, á la *Conversión de la Magdalena* y á tantas y tantas obras inmortales que la hacen inmortal. Por eso, cuando tal vez á traición la vencen, cuando la torturan, muéstrase, según la acabáis de ver, como un mártir, descoyuntados los huesos, abrumado de saetas, pero brillando todavía en cada palpitación de sus carnes desgarradas los resplandores misteriosos de un alma llena de fe y de una conciencia pura, que en los espacios infinitos vive, mientras á manos de sus verdugos muere.

He dicho.

CONTESTACIÓN

DEL

Excmo. Sr. D. CÁNDIDO NOCEDAL

AL DISCURSO ANTERIOR.

Por todo extremo es para mí satisfactorio el encargo de saludar y dar la bienvenida, en nombre de la Academia Española, á nuestro nuevo compañero el Sr. D. Vicente Barrantes. Porque en su discurso de recepción que acabáis de escuchar, resplandece una cualidad que aprecio más que nadie, ó tanto como el que más, estimulando en toda ocasión que puedo, así á jóvenes como á hombres maduros, para que de ella hagan pública ostentación y generoso alarde, y por la cual merece el Sr. Barrantes plácemes cumplidos y cordiales enhorabuenas.

Presidiendo la Academia Matritense de Jurisprudencia y Legislación en el año 1867, dije en la sesión inaugural las siguientes palabras:

«No he de negar ni ocultar, señores Académicos, que la defensa de los principios salvadores de toda sociedad, y la sumisión completa á los preceptos de autoridad infalible, traen descalabros consigo y exigen hoy algún esfuerzo. Entereza para combates materiales, para desafiar grandes riesgos y desdichas, en suma, para reñir batallas sangrientas, tiénenla muchos; en algunas tierras, y España una de ellas, no suele faltar á nadie. Pero va-

lor para afrontar con nobleza, un día y otro, el incesante empeño de poner en ridículo cosas y personas, es por todo extremo escaso. Conócenlo la revolución y la impiedad, que son una misma cosa, y acuden á la estratagema de lanzar los dardos de la ironía y los tiros del sarcasmo sobre los que viven apegados á las tradiciones seculares de la patria. Llámanse los enemigos de España y de su cristiano idioma á sí mismos sabios, y dícense hijos de la civilización y del progreso: y con tal ejecutoria, por ellos mismos expedida, por ellos legalizada y pregonada por ellos, nos llaman á los demás obscurantistas y retrógrados, y apagaluces, y partidarios de la tiranía y de la arbitrariedad, con otros no menos iracundos motes, algunos groseros y todos calumniosos. ¡Imposible parece! Arredrados por semejante gritería, ocultan el rostro ante calificaciones tales y se retraen espantados algunos espíritus gallardos, que serían vigorosos atletas si la discusión fuese decorosa y urbana, ó si la persecución fuese material. Pues bien; es menester armarse de este valor, mucho más útil que el otro en los tiempos que atravesamos; es preciso acostumbrar el oído á semejantes barbarismos, y oponer á la desfachatez, la serenidad; á la descompostura, la sangre fría; á los insultos, razones; á los apodos, sonrisas compasivas, y avanzar sin miedo por la carrera firme y segura que se abre á nuestros pasos, sin parar mientes en el gárrulo infernal clamoreo. Ni más ni menos que el discreto viajante, sin salir un punto del camino real, desprecia las trochas y veredas donde chirrian las cigarras y los grillos.»

De este valor armado se nos presenta el nuevo colega: bien merece que yo cordialmente le felicite y abrace.

Antes de ahora, y en galanísimos versos, había dicho el Sr. Barrantes:

«Hermanos en ciencia gaya,
Vates que la patria mía
Precia tanto,
Desde la orilla del Caya
Os contemplo noche y día
Con espanto.

Romped la lira armoniosa,
Hundid la frente en el cieno
Que envilece;
Sois como el ave medrosa
Que se esconde al oir el trueno,
Y enmudece.

¿Por qué el cielo os dió esa lira,
Mente rauda que alto vuela,
Voz canora,
Si cuando la patria espira,
Ni siquiera la consuela
Ni la llora?

Tantas almas desoladas,
Tantos ayes y gemidos,
¡Nada os deben!
Las vírgenes profanadas,
Los altares destruidos,
¿No os conmueven?

Calle eterna de Amargura,
Con el manto hecho girones
Por sudario,
Va la España sin ventura
Recorriendo entre sayones
Al Calvario.

En el cielo su esperanza,
Desesperada en la tierra,
Llora y gime;
Sin que un grito de venganza,
Sin que un cántico de guerra
La reanime.

. . . .

¡Y de España y de su gloria
Os llamásteis herederos
Sin segundos,
Cuando el sol de la victoria
Alumbraba á sus guerreros
Por dos mundos!

¿No cantásteis sus hazañas,
Sus blasones, sus encantos
Y alegrías?
Pues rasgaos las entrañas,
Cual se las rasga en sus cantos
Jeremías.

. . . .

Donde se alce una bandera
Con castillos y leones,
Bendecida,
Allí estará mi alma entera,
Mi laúd, y mis canciones,
Y mi vida.»

Esto cantaba el nuevo Académico ayer, en su precioso libro titulado *Días sin sol*; propónese en su discurso de hoy señalar á la befa y al escarnio el, llamémosle así, idioma del filosofismo krausista. Los pasajes que cita, los trozos que transcribe y todos los libros y papeles de la secta, servirían, en efecto, para hacer reir, si no fuera

porque al cabo hacen llorar. Ininteligibles como parecen, encierran, sin embargo, mortal veneno, y cado uno de esos discordantes pedriscos que hieren los oídos españoles, hallan intérpretes en los cortijos de Andalucía ó de Extremadura, y se traducen en frases impías, en amenazas pavorosas, en desmanes sangrientos. No hay que maravillarse: el krausismo es, además de ridículo en grado superlativo y eminente por su jerga inextricable, notoriamente panteista; y el panteismo es, además de anticuado, ateo apenas encubierto con mal perjeñado disfraz. Y como el ateismo entraña la negación de Dios, y de su Providencia, y de su justicia, y de su misericordia, abre de par en par las puertas á las refinadas codicias que la ley de Cristo prohibe. La hez del pueblo no entiende la jerigonza de los filósofos krausistas, pero tampoco há menester entenderla: harto se le alcanza que niega á Jesucristo, y con esto le basta y sobra. Porque como la ley de Dios prohibe que se codicien los bienes ajenos, se cree autorizada á codiciarlos, y en cuanto puede á tomarlos y repartírselos, tan pronto como haya quien le autorice á volver la espalda al verdadero Dios. Ved aquí de qué suerte, lógicamente procediendo, la ridícula fraseología de los filósofos á que alude nuestro bien intencionado compañero anatematizándola con gallarda y castiza frase, pone en manos de la desatinada plebe el trabuco y el puñal. Del propio modo, tan pronto como el rico avariento se entera de que no hay que temer á Jesucristo, porque Dios es engendro de la fantasía humana, sin acción, sin movimiento y sin vida, mófase de los santos preceptos de la caridad cristiana, y oprime, y veja, y aniquila á los pobres, y sin misericordia y sin entrañas agota sus fuerzas, y labra impío tesoros sobre el sudor sin

descanso y sobre el trabajo sin consuelo. Véase de qué manera, y faltando de todo punto para evitarlo humano remedio, las extravagancias incoherentes del filosofismo se convierten en barricadas sangrientas; y ante ellas, ridículas como son, estrambóticas y sin sentido ni gramatical ni filosófico, caen los altares, y tras los altares los tronos, y la autoridad, y la propiedad de los ricos, y el trabajo de los pobres, con mísera y lamentable ruina y destrucción de la patria.

La justicia de Dios es fundamento de los reinos y de las repúblicas. En las sociedades que no creen en Dios ni temen su justicia, brotan al punto sediciones que ahogan en sangre el principio moral de la autoridad, y discordias que extinguen la llama de la misericordia. Los príncipes se convierten en tiranos, los súbditos en canalla vil, los ricos en fieras inclementes y los pobres en furias infernales. El demonio del orgullo, de la soberbia y de la avaricia; el que atiza los odios, el que promete goces materiales, pasea libre por el mundo, y corrompe la ciencia, y arrebata á la belleza su natural influjo. En la sociedad en que falta ó flaquea la fe, vienen al suelo las artes, desaparece la literatura, se hace grosera la lengua y groseros también los espectáculos: los teatros en que se oían con delicia los versos de Lope y de Calderón, de Alarcón y de Moreto, se llenan de inmundo fango, prostituyendo el corazón de la doncella y de la dama; y el pueblo que entendía, saboreaba y aplaudía los autos sacramentales, bellísima creación de la más noble y alta poesía, necesita para divertirse y entusiasmarse contemplar mujeres desnudas, lúbricas danzas, jóvenes convertidas en aladas mariposas ó en peces caprichosos, y mancebos disfrazados de sátiros; con lo que, al ofuscador brillo de las luces

de Bengala, y resonando atronadora música, se deslumbran los ojos, se desgarran los oídos, el alma se paganiza, y el hombre, reflejo de la Divinidad, se degrada y embrutece.

Persona ciertamente no nada sospechosa de fanatismo y de intolerancia, Goethe, ha dicho que el verdadero, el único tema de la historia del mundo, es la lucha de la incredulidad con la fe, y que todas las épocas en que domina la fe son espléndidas, grandiosas y fecundas en frutos opulentos y duraderos; y, al contrario, todas las edades en que la incredulidad se engríe con malhadado triunfo, están cubiertas de sombras, entre las cuales se oculta su miserable infecundidad.

Si, como todos convienen en afirmarlo, aspiran noble y gallardamente las artes á levantarse desde la bajeza de la vida meramente externa, vacía y nula, al alto mundo de los espíritus, ¿qué han de tener de artísticas, cómo han de ser bellas las producciones de infelices ingenios que sobreponen la razón á la fe, el cuerpo al alma, lo terreno á lo celeste, lo que está sujeto á podredumbre á lo que es inmortal y perdurable? Pues el habla de esos infelices no podrá recomendarse ni por la pureza, ni por la armonía, ni por la claridad, sonoridad ni elegancia; menos aún podrá ser, ni recordar siquiera, la de Cervantes y Fr. Luis de Granada, la de Santa Teresa y Fr. Luis de León, la de Sigüenza y San Juan de la Cruz.

Á fines del pasado siglo, la protesta religiosa, convertida, cual era de esperar, en escéptica filosofía, pasó, como también era de suponer, á convertirse en orgía revolucionaria y sangrienta. El drama patibulario de la revolución francesa fué combatido por toda Europa; pero sucedió que toda Europa, al combatirle, quedó con el con-

tacto inficionada. Permitió Dios que un hombre de entendimiento gigantesco, provisto de todas las dotes de gran capitán, enfrenando, al parecer, la revolución en su patria, la paseara en realidad triunfante por todo el mundo, esplendorosa con el brillo de sus vencedoras armas. Los soldados de aquel caudillo que, en apariencia, había restablecido el culto y levantado los derruídos altares, llevaron en las puntas de sus bayonetas, de nación en nación y de pueblo en pueblo, los funestos principios de la revolución infernal que se gloriaban de haber aherrojado y vencido. ¿Quién tuvo la feliz idea de conocerlo, y de oponerse denodada, tenaz y desesperadamente, movido por seguro irresistible instinto, á la invasión armada de las ideas filosóficas de la revolución francesa? El pueblo español, este heróico y altivo pueblo, que sin saber á punto fijo por qué, sin explicárselo bien, sin hacer ni escuchar largas arengas que se lo pusieran de manifiesto, por intuición, como movido por el dedo de Dios, dijo al soberbio, feliz y triunfador propagandista: «De aquí no pasarás.» Y del propio modo que las soberbias olas del Océano no pasan nunca, ni en las más grandes mareas, del límite que las puso Dios con omnipotente dedo en blanda y movediza arena, y de allí retroceden rugiendo á las playas antípodas, asimismo el católico pueblo en que vivimos dijo al coloso: «No llegarás á las columnas de Hércules.» Y no llegó, y retrocedió sin parar, y sin lograr momento de reposo, hasta la roca de Santa Elena.

Esto hizo España, no solamente para defender á una dinastía, no por conservar tan sólo su integridad, sino por conservar su fe y su unidad católica, y por cerrar sus puertas á impías sectas y á intrusas filosofías.

Esto, y no otra cosa, fué nuestra guerra de la Inde-

pendencia. Para esto, y no para otros fines, dió Madrid el generoso grito de alarma en el memorable *Dos de Mayo*, y respondió sin vacilar España toda. Para esto se llenaron de sangre nuestros campos y nuestros ríos, los fértiles valles y las inaccesibles montañas. Por esta razón tuvieron por herejes casi todos los españoles á los invasores. Por esta razón escribieron en sus banderas nuestros padres: *¡Dios, Patria y Rey!* Por esta razón se defendió Gerona tomando por caudillo á San Narciso, y se levantó á los cielos el nombre de Zaragoza apellidando á sus innumerables mártires y cantando de la Virgen del Pilar

Que no quiere ser francesa,
Que quiere ser capitana
De la gente aragonesa.

Unos cuantos ilusos, hombres de bien á carta cabal, mas por todo extremo cándidos, reunidos en Cádiz, encerraron en un Código los principios que traían en sus aceradas bayonetas las huestes invasoras; y defendiéndose heróicamente, como toda España, de las bombas y granadas enemigas, admitieron ¡ceguedad lamentable! los envenenados proyectiles políticos y filosóficos. En vano, en vano invocaron á la Santísima Trinidad; inútilmente confesaron que la religión católica, apostólica, romana es la única verdadera: los principios filosóficos se han divorciado después de la religión verdadera, y hoy los que se llaman hijos y herederos de los legisladores de Cádiz, ó eligen lo que ellos llaman libertad, dejando á un lado la fe de sus madres; ó desfiguran la historia de los santos; ó blasfeman de la Santísima Trinidad, á despecho de los que la invocaban al frente de su Código; ó conceden al error los fueros y franquicias que sus

inadvertidos progenitores reservaban á la única religión verdadera.

¿Qué hay que admirar en todo esto? Principalmente, un misterio profundísimo de la omnipotencia y sabiduría divina; un misterio digno de que se recuerde á toda hora, por consuelo de lo presente, como esperanza para lo porvenir, que del agrado de Dios fué siempre *ocultar muchas cosas á los sabios y prudentes, y revelárselas á los pequeñuelos.*

Descuide el Sr. Barrantes, mi amigo querido y bien intencionado colega; descuiden los afligidos y espantados españoles que lloran con escasa esperanza de remedio: los prudentes nos han extraviado; los hábiles nos han confundido; nos han perdido los sabios; cuando Dios quiera, nos han de salvar los pequeñuelos. Entonces, todos en España adorarán á Dios con el culto de la religión verdadera, y se hablará, sin mezcla de jerga extraña, el idioma rico, armonioso, enérgico y cristiano de Fr. Luis de Granada y de Santa Teresa, de Lope de Vega y de Cervantes. Va lo uno con lo otro, y todo lo ha de salvar Dios por ministerio de los pequeñuelos.

Por lo pronto diré, á riesgo de que se rían los que se apellidan sabios y de ignorante me motejen, que hay fundada esperanza, pudiera llamarse seguridad completa, de que la lengua de *La guía de pecadores*, la de *Los nombres de Cristo*, la de *Las moradas*, en fin, la lengua castellana, será conservada del inficionamiento krausista por unos pequeñuelos que se llaman las mujeres.

No llevaréis á mal, vosotras las que honráis este acto con vuestra presencia, que os llame *pequeñuelos*. Nada hay más fuerte que lo débil; nada más grande que la piedrecilla que derribó la estatua de Nabucodonosor. Peque-

ñuelas sois en comparación de los sabios y filósofos; lo sois, sobre todo, en el sentido del Evangelio; lo sois, y lo habéis de ser, en el sentido de salvadoras providenciales de una sociedad que vuelve la espalda á Jesucristo.

Ni es la vez primera que lo digo, ni es por galantería, sino que mueve mis labios convicción fuertísima y desapasionado juicio. De quien espero yo, en la época tristísima que atravesamos, la salvación de España, de sus creencias, de sus tradiciones, y por consecuencia de su idioma, es de las mujeres que saben la doctrina cristiana, y ponen en manos de sus hijos el sencillo y profundísimo catecismo del P. Ripalda, ó el precioso libro compuesto por el P. Astete. Ellas saben, y nos enseñan, y seguirán enseñando á las generaciones venideras, que *Dios es un Señor infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas;* y se ríen, y se reirán perpetuamente de ese *Mundo-Dios, emanación necesaria y efusión continua de la substancia de lo absoluto,* como dicen los panteistas disparatadamente; de ese Dios *que contiene en bajo mediante sí el mundo,* como añade Krause, en mal castellano por añadidura; porque no se presta el castellano á definir correctamente otro Dios que el verdadero.

Cierto que los muchachos salen del hogar doméstico y son llevados á unos pozos de ciencia en que, á expensas del Estado, se les enseña filosofía krausista; que tanto vale como decir que se les enseña á renegar de la sencilla y sublime fe de sus madres, y á considerarlas como ignorantes por no saber más que la doctrina cristiana. Pero aun con este grave tropiezo, que es justo deplorar mientras extirparse no pueda, no se ha perdido todo, aunque se haya perdido muchísimo. Es posible, y aun

probable, que el que de niño escuchaba embebecido á su madre, se ría cuando joven de sus santas enseñanzas, siguiendo las lecciones de científicos maestros y doctores. Pero el día menos pensado se apodera de su corazón el amor de una mujer; por ella suspira y vive; por su amada ríe y llora, y enfurécese celoso, ó tiembla de ternura enamorado. Pues en esa hora recobra la mujer su cetro, y, mientras permanezca cristiana, no hay más remedio que hablarla en cristiano. La mujer, en tal momento, sigue siendo conservadora de las creencias del pueblo español y de su habla hermosísima; porque el apasionado joven, extasiado de amor, olvida á los doctores, y vuelve á aprender que hay Dios que tachona de estrellas el cielo y cubre los campos de flores incomparables; que Dios, crucificado, redimió de la servidumbre del pecado al género humano todo entero, y que, además, sacó á la mujer de la abyección miserable en que vivía; y lo que no lograron ni el cielo con su rico manto de estrellas, ni el campo con su alfombra de lirios, violetas y rosas, consíguelo la sonrisa de la mujer amada, y todo en ella le parece encantador, bellísimo y casi divino, y exclama entusiasmado y gozoso: «Gloria al Dios de las vírgenes y de los castos amores; gloria al Dios humanado, que ennobleció á la mujer; gloria al Hijo de la Virgen, que elevó el matrimonio á sacramento; bendito sea Aquél que santificó la familia, uniendo *uno con uno*, *y para siempre.*»

No haya miedo que la requiebre de amores en algarabía krausista; no hay temor de que la hable del *yo mismo reconocido en la conciencia y á distinción determinada del cuerpo*, *que como le consideramos propia y primeramente en nuestro sér y propiedades*, *las puras nuestras interiormente sin necesaria atención en éste al cuerpo y*

lo tocante á él considerado, no haciendo esto primeramente á nuestro propio sér—sér de espíritu y conciencia, —sino sólo al cuerpo y nuestro conocimiento de él, como conjunto é íntimo conmigo.

Si cosas tan estupendas viniese á decir un enamorado, la señora de sus pensamientos, por mucha gana que tuviera de casarse, le recibiría y contestaría con una carcajada. Y este burlón alborozo de la solicitada prenda de su alma, es gran conservador del patrio idioma; que ni consiente el amor verse traído y llevado con tan enrevesados términos, ni olvidan nuestras bellas y despejadísimas españolas que el engaño y la falsía van siempre envueltos en obscuras palabras; saben que en buen romance y mejor castellano aprendieron la verdad en el catecismo, engrandecedora, sencilla, clara, sublime; y quieren el castellano, y no algarabía que las suena á matrimonio civil y á casamiento á espaldas del cura y por detrás de la iglesia.

Es necesario que el enamorado olvide á sus doctores y recuerde á su madre; deje á Krause y á sus discípulos, sus filosofías y sus estrambóticas frases, y diga á su amada éstas ó parecidas palabras:

¿Por quién me encuentran velando
Las aves, cuando amanece?
¿Qué está en mi alma pasando,
Que me halla siempre llorando
La luna, cuando anochece?

. . . .

La fuente clara y serena,
Las parvas llenas de trigo,
Mi huerta de flores llena,
Todo sin ti me da pena,
Todo me alegra contigo.

. . . .

Como mi amor extremado
No hay en todo el mundo dos;
Más que á mi madre te he amado,
Y, si no fuera pecado,
Te amaría más que á Dios (1).

La mujer podía comprender, y comprendía, aquello de *la razón de la sinrazón que á mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura;* porque, si bien conceptuoso y de malísimo gusto, no era contrario á la luz natural, ni á la revelada, ni estaba reñido con todo género de ternura. Aun el que estos retruécanos borrajeaba, podía decir también:

¿Dónde estás, señora mía,
Que no te duele mi mal?
Ó no lo sabes, señora,
Ó eres falsa y desleal;

frases en que no se echa de menos ternura ni sentido común.

No es maravilla que las mujeres sigan fieles á Jesucristo, aunque le vuelva la espalda el filosofismo reinante. ¡Tienen tanto que agradecerle! Y ellas, que obran por sentimientos y afectos del corazón é impulsos nobilísimos del alma, le guardan la gratitud que le deben. Nosotros solemos lavarnos las manos, esquivar compromisos, evitar peligros ó temer burlas; ellas, entre tanto, despreciando todo eso, que en efecto vale poco, siguen la tradición de aquellas *santas mujeres* que acompañaron á la Virgen en el Calvario y fueron con aromas á buscar á Cristo en su sepulcro al amanecer del tercero día. El

(1) *El juez de su causa*, comedia en tres actos por un ingenio de esta corte.

ángel del Señor, cuyo aspecto era como un relámpago y sus vestiduras como de nieve, les dijo á ellas, y en ellas á cuantas sigan su camino: «*No temáis vosotras, porque sé que buscáis á Jesús, que fué crucificado.*» Y con efecto, no temieron ni dudaron; ni ahora dudan ni temen, antes bien nos dan ejemplos que nosotros no imitamos: unos por temor, otros por mala vergüenza, y otros, que son los peores, por echarla de sabios, no queriendo repetir lo que dicen las ignorantes mujeres. ¡Pobres semisabios, ciegos y verdaderos ignorantes! Huyendo del clarísimo hablar de la mujer, que es ahora el *pequeñuelo* del Evangelio, inventan disparatadas frases y locución tenebrosa, para pasar como descubridores de un mundo hasta hoy desconocido; y no saben que hace veinticuatro siglos que los retrató de cuerpo entero el Rey Profeta en aquellas inolvidables palabras: «*Dijo en su corazón el necio é ignorante*: *no hay Dios.*» Dícenlo hoy muchos ó dánlo á entender con frases tenebrosas, desportillando el muro que defiende y engrandece á la sociedad humana. Pero abandonado lo más importante de la fortaleza al femenino devoto sexo, defiéndele con valor incontrastable, con sencilla tranquilidad, con perseverancia pasmosa.

También está escrito: el mismo ángel del Señor que dijo á *las santas mujeres*: *no temáis*, *ya sé que buscáis á Jesús*, *añadió*: *id á decir á sus discípulos que resucitó*, *y que va delante de vosotros á Galilea*; *allí le veréis*; y le vieron, y se les apareció antes que á los hombres, y le confesaron resucitado antes que nadie; y le dieron su sangre y la de sus hijos en la arena de los mártires; y lucharon en circos y patíbulos con las fieras y con los hombres, peores que las fieras; y convirtieron á sus maridos, á sus padres y á sus hermanos; y se hicieron muchas

esposas de Jesucristo. Hermanas de la Caridad en los campos de batalla y hospitales, religiosas en los claustros, esposas y madres en el hogar doméstico, luchan denodadas, bajo el amparo de la Reina de los Cielos, con filósofos impíos, con la petulancia descreída, con la soberbia humana, que convierte á la razón en dios, en tabernáculo su interés, en fin y objeto de la vida los más groseros instintos, y los goces materiales que se logran con riqueza de cualquier modo adquirida.

Si la mujer se paganiza, todo está perdido. Pero no es de temer: fieles seguirán á Aquél que las redimió del oprobio, que las convirtió de cosas en personas, de esclavas en compañeras del hombre. Es posible y aun probable que contribuyan á extranjerizar el idioma, ocupadas en preparar el *trousseau* de alguna novia ó en buscar un *bijou* que haga *pendant* con otro de su *toilette*, y, lo que es aún peor, que ayuden á estropear la sintaxis castellana. Pero fuera de que yo creo que no son ellas las autoras del delito, sino meramente cómplices, y considero reos principales á los hombres, todavía espero firmemente que, aunque hablen en francés, seguirán hablando en cristiano. En manera alguna las aplaudo en lo de adulterar el castellano idioma con *el mal pegadizo de frase extranjera;* pero sobre todo encarecimiento las alabo en su empeño de no descristianizarle. Perdónoles fácilmente si oigo que le dicen á la Academia:

Vos no sois que una purista;

mas les ruego que no perdonen ellas á quien quiera que les venga hablando frases, no sólo distintas, sino también opuestas á las del P. Ripalda.

Ya me parece oir á *los sabios* tachar mi discurso de co-

lección de vulgaridades. Tendrán razón; pero es el caso que prefiero ser vulgar á ser desatinado. El tema felizmente elegido por el Sr. Barrantes, habiendo sido tratado con maestría, no deja nada que añadir á quien contesta: nuestro compañero lo ha dicho todo, y muy bien; mucho mejor que yo pudiera. Limítome, pues, á hacer, en nombre del Director, los honores de la casa, y á repetir á cuantas señoras favorecen á la Academia en este acto lo que de ellas aprendí, lo que en la niñez me enseñó mi madre, lo que dicen todos los días las damas españolas á sus hijos.

Saludo á la mujer española, tipo de la mujer cristiana; y en ella fío la conservación de las creencias de esta católica tierra y de su cristiano lenguaje.

Aquello que, en alguna comarca de Europa, ciertos hombres llamados sabios andan averiguando con solícito afán, metidos en inextricables laberintos, hablando una jerga que sería ridícula, si al cabo no fuese mortalmente venenosa, lo sabemos ya los españoles. Con firmeza y holgura lo aprendimos en el regazo de nuestras madres; lo oimos con deleite de sus labios amorosos entre tiernas caricias mezcladas con saludables consejos; y sin fatiga nos afirmamos en su conocimiento y razón profunda y eficaz, oyéndolo de nuestros varoniles padres, los soldados de la guerra de la Independencia, delante de los retratos de nuestros abuelos heróicos, los soldados de la fe por toda la redondez de la tierra.

Febrero 22 de 1876.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. AGUSTÍN PASCUAL,

LEÍDO EN JUNTA PÚBLICA DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL DÍA 30 DE ABRIL DE 1876 (1).

SEÑORES:

Las instituciones se parecen á la eternidad. Infinito el destino humano, no se realiza en el tiempo; limitada la ley individual, las disposiciones se convierten por el trabajo en talentos y suelen llegar hasta los destellos de la originalidad. Cumplido el deber de la criatura, no ha concluído su carrera la humanidad; instantáneo el momento, fugaces los días, rápidos los años, la verdad, la justicia, la belleza y el bien son los polos de nuestro navegar por la vida, insondable plenitud, sólo realizada parcialmente tras largos siglos de titánica lucha; sublime misterio que á todos espanta; divino ideal de la actividad humana. La Real Academia Española cultiva, con perseverancia ya secular, la ciencia lingüística, y por la dolorosa, pero necesaria renovación de sus individuos, la

(1) Al tomar posesión de la plaza de Académico de número para que había sido elegido.

variedad de los caracteres intelectuales alimenta el espíritu crítico, fuente de incremento gradual, de tareas tenaces, de resoluciones elevadas.

Ayer, el Excmo. Sr. D. Severo Catalina del Amo animaba vuestras doctas sesiones con palabra tersa y sosegada, indicio fiel de entendimiento clarísimo, de sentir profundo, de voluntad general; hoy sólo escucharéis voz turbada por afectos encontrados: el dolor de la separación absoluta, el placer de anhelada dignidad, el sentimiento de la más sincera gratitud. Filólogo, lingüista y literato, gloria de la Universidad Central, profesaba con singular maestría la forma y la expresión del lenguaje; su paralelo entre el idioma de la Religión y el decir de los latinos, ilustra el origen del elemento semítico en la historia del pueblo español; su libro titulado *La Mujer*, pone de manifiesto los conocimientos filosóficos del escritor correcto y elegante, y, al exponer los deberes del ángel de la familia, describe la intimidad primordial, amoroso preludio del linaje, la tribu y la nación. Al distinguido orientalista, muerto en los albores de la edad madura, sucede sin títulos preclaros, y única y exclusivamente por vuestra bondad, un humilde cultivador de las lenguas septentrionales.

Ni un momento he vacilado en la elección de tema para mi discurso. Ingeniero de montes, y profesando, por consiguiente, una ciencia vernácula de Alemania, tuve que comparar la lengua de los Fueros y las Partidas con la letra y el espíritu de los Códigos forestales, á fin de facilitar el camino de la enseñanza á la brillante juventud que, ansiando ser honrada y laboriosa, se precipitó, con la fuerza que la gravedad atrae los cuerpos, al centro escolar, formado por el espíritu progresivo de los tiempos

modernos para dar seguridad en la región del rayo á los ricos cultivos de los campos, las planas y las vegas. La Real Academia Española, baluarte también de la existencia nacional, como fiel guardadora que es de la independencia del idioma, fija la vista en las causas perturbadoras, en los aluviones que vienen de fuera, en los barbarismos que, cual yerbas extrañas, alteran la continuidad de las mieses, amenazando con un dominio absoluto; pero la Academia, fotografía de la inmanencia popular, sigue también el armonismo del progreso para enriquecer sin deshonra, aumentar sin impurezas, acrecer sin impropiedades, cual las aguas que, denudando los terrenos, arrastrando despojos orgánicos, arrebatando el elemento espumoso, se mezclan, se revuelven y se agitan con el flujo y reflujo de los estuarios, para adquirir, por el cambio de calidad, el derecho de aguas vivas del mar.

«Con la venida de los vándalos y godos, dice el Doctor Bernardo Aldrete, patriarca de la filología española, como se mudó el imperio también la lengua, pero no del todo, sino sacando de ella la vulgar que usamos, variándose con los tiempos.» Enseña la filosofía de la historia, que la unidad de una nación, y por consiguiente la de una lengua, desenvuelve á poco vivir el contenido de su esencia, creando dos potentes estratificaciones: patricios y plebeyos. Allá por los tiempos de la segunda guerra púnica se dividió así la lengua del Lacio; la introducción del arte griego por los Escipiones y la conquista de Grecia propagaron entre las clases aristocráticas de Roma las costumbres y los dichos de los helenos, nuevo motivo de divergencia entre lo presente y lo porvenir: *pugna*, decía el urbano; *battalia*, decía el inculto. *Sermo nobilis*,

llamaban á la lengua de los Césares; *sermo plebeius*, *rusticus-castrense verbum*, con desdén los cultos decían del hablar de los labriegos, artesanos, artífices y soldados. Vino el germanismo á continuar la historia de la humanidad, y enemigo, por consiguiente, del mundo antiguo, tanto del oriental como del romano, borró las desigualdades políticas de esclavo y señor, de extranjero y ciudadano, de bárbaro y paisano; minó las bases del Estado centralizador; abrió los diques que contenían la acción individual; escribió en su bandera la interioridad del espíritu, herencia igual para todos; creó el derecho humano ensanchando la esfera del civil, y fué, en una palabra, la espada de la libertad, porque blandió la del Cristianismo. El germano concluyó con el latín literario, idioma petrificado é inmóvil, cual la cultura pagana de que era hermosísima expresión; libre el latín popular, creció el italiano y el valaco en la banda oriental, el español y el portugués en el S.O. y el francés y el provenzal en el N.E. Los germanos aceptaron las lenguas de las naciones conquistadas á fin de crear armonías históricas, unidades que, por su rica variedad, vienen caminando sin tregua ni descanso hacia el anhelante ideal del hombre culto y civilizado. Nuestros Flavios se españolizaron; las nuevas instituciones, el nuevo progreso, la nueva historia pedían, sin embargo, neologismos, y la independencia nacional los acogió benévola, les dió cariñoso albergue, los hizo suyos, pero los vistió tan á la española, que hoy, olvidada la conciencia de las transformaciones y cerrado el período etimológico, es tarea científica, de arduo y complicado trabajo, el averiguar el sitio de donde vinieron, el camino recorrido y la ley de vasallaje. Tal fué la doble acción de la lengua *bárbara*, *germánica*,

teotisca, y mejor dicho *diota,* sobre la propia y peculiar de nuestra patria.

Sin discutir en estos solemnes momentos el mito étnico de Manno y de sus hijos Iso, Ingo y Erminio; sin recorrer los tres períodos nebulosos de las lenguas germánicas, el indo-europeo primitivo, el eslavo diótico y el fundamental; sin salir de la última época, arranque de su presencia en la historia, los estratos lingüísticos presentan el carácter paleontológico en las playas esteparias del Ponto, en las cañadas caucásicas, en los estrechos y los deltas, por donde vinieron los vigorosos pobladores de Europa: los griegos, latinos y celtas primero, los germanos, eslavos y lituanos después, todos para completar la acción de los iberos en el Mediodía y la vida de los fineses en el Norte. Siempre de Oriente á Poniente; siempre del Asia, patria de la vida intuitiva; siempre á Europa, tierra de la libertad y, por lo tanto, de la ciencia, del arte y de la industria. La transmigración germánica corresponde al movimiento denominado ayer indo-germánico, hoy indo-europeo; á la fórmula lingüística A^a (A^a *ab*.....), como se dice ahora en las escuelas; lengua á primera vista con diferentes dialectos, y, sin embargo, median entre sus formas primordiales regiones inmensas y millares de años. Se cierne majestuosamente tan rica unidad desde el mar de las Indias al Atlántico, de Ceylán á Islandia, del Poniente europeo á las playas de Colón, del Chimborazo y los Montes Azules á los archipiélagos del mundo oceánico. Los blancos, civilizando á los negros, aceitunados y cobrizos, despertando la dignidad humana, contribuyendo á realizar las palabras sublimes del inspirado *Génesis,* que Dios crió el hombre á su imagen, á imagen de Dios le crió.

El siglo de Alejandro conoció ya á los virtuosos germanos en el extenso territorio que orlan el Danubio y el Rhin, el Océano y el Báltico. Escala de aclimatación fué durante muchos siglos el fecundísimo suelo que debe su fertilidad al Istro y al Tiras, al Tanais y al Boristenes. Las primeras colonias, remontando, ora el Rhin, ora el Elba, ya el Oder, ya el Vístula, lograron limitar la veleidosa actividad de los vanidosos celtas. El atrevimiento y la audacia arrostraron el peligro de subir por el Volga para luchar cuerpo á cuerpo con los cultos fineses, hijos del Ural y padres de la Calevala, epopeya que rivaliza con los cantos jónicos, el Mahabharata, el Sáname y los Nibelungos. Las poblaciones germánicas, que emigraron subiendo entre el Boristenes y el Tiras por la Sarmacia, la Finlandia y el golfo de Botnia, formaron en el Septentrión el tipo sueco-noruego, y la gente, que marchó entre el Tiras y el Danubio, creó en el Mediodía báltico el tipo danogótico.

Confinando el área germánica con los latinos y los celtas por Mediodía y Poniente, y con los lapones, lituanos, fineses y eslavos por las regiones hiperbóreas, experimentó los efectos de vecindad tan variada, amoldando su cultura á Grecia, primera edad europea, la idea humana opuesta al absolutismo asiático; pero el trato internacional entre germanos y griegos no fué nunca directo: se estableció por medio de los tracios, hijos del N.O., pueblo fronterizo con Grecia por Mecedonia, contiguo á los germanos y sármatas en Gecia y Dacia y habitante de las deliciosas colinas, donde Hemo y Ródope levantan al cielo sus próceres montañas. ¡Triste suerte la de los tracios! También por su intermedio se comunicaron los germanos con los escitas, los flecheros, pueblo

del Asia meridional, según revelan las pocas palabras que de ellos tenemos, gente turbulenta, con un pie en Europa y otro en Asia, jamás satisfecha, pues por rezago ó por distancia llegó tarde al botín del territorio europeo. La lengua helénica, y con mayor determinación el dialecto eólico, despertó en el idioma de los germanos orientales la reduplicación, la apofonía y quizás la *n* final de los infinitivos; con letras rúnicas y griegas se forma el sistema gráfico de los godos, y los helenismos abundan en la hermosa lengua de Ulfilas.

Los getas (Γετάι de los griegos, ó sea *Daci* de los latinos) constituyeron unidad nacional. Moraban al N. de los tracios, y muchos siglos antes de la era cristiana profesaban algunas ideas monoteistas; tuvieron mitología, estado sacerdotal, escala de castas, reyes rodeados de mayordomos, sumilleres y gentiles-hombres, cultivo agrario é industria naciente, aunque ya con carácter artístico. Darío blandió su espada contra los getas, pueblo honrado, valiente, casi inmortal, según confiesa nada menos que el exclusivismo griego, y desvanecieron las derrotas géticas el poderío de Alejandro; repuesta la nacionalidad, y andando los siglos, victorioso Trajano el año 107 después de J.-C., se llevaron á Dacia varias colonias romanas, origen de la lengua valaca, dacomana ó rumánica, isla latina en medio de las olas germánicas y eslavas. Pero la fuerza del Emperador no extinguió el sentimiento nacional: víctima el S.O., incólume el N.E., las revoluciones del siglo II anunciaron al mundo la realización de los gloriosos destinos señalados por la Providencia á los germanos.

Al despuntar el siglo III, hacen su primera salida en la historia los divinos, esto es, los godos. ¿Á dónde fué á pa-

rar la antiquísima nación gética? ¿De dónde vinieron los godos? Ni aquélla fué extinguida por la espada romana, ni éstos bajaron del Vístula. Sin examinar el testimonio histórico, cuya competencia se encuentra en otra Academia, la comparación filológica despide luz vivísima sobre tan intrincado laberinto. Enumerando Plinio los pueblos trácicos que vivían entre el Hemo y el Danubio, cita á los Mœsi, Getæ, Aorsi, Gaudæ Clariæque, y aplicando Jacobo Grimm la ley de la sustitución, ha encontrado que

Getœ : *Gaudœ* : : *Guthans* : *Gautôs*.

Confirma la unidad de los getas y los godos la ley de las vocales sánscritas: *Drupadas* y el nombre de su hija *Dranpadî*; *Bhimas* y su hija *Bhaimî*; *Visravas* y su hijo *Vaisravanas*; el rey turingo *Bisinus* y su mujer *Basina*; es decir, se repiten en los nombres de los hijos y los descendientes los de los ascendientes, pero con apofonía. Los denominados *Gaudœ* son los descendientes de los *Gutœ*; pero como la vocal apofonizada expresa el crecimiento del linaje, la dinastía, la tribu, la nacionalidad, los *Gaudœ* no son los antiguos *Getœ*, sino sus descendientes. En el anglo-sajón y en el escandinavo antiguo volvió á dominar la *t*, pero la vocal indica clara y distintamente la procedencia étnica; los *Geátas* son los descendientes de los *Gotan*. Al testimonio inductivo se agrega el directo. Jornandes, obispo de Croton por los años 552, compilador de Dío, Casiodoro y Ablavio, confirma también la identidad originaria con la cita que en el capítulo III hace del nombre étnico *Gautigoth*, yuxtaposición de los dos elementos filológicos, forma popular, prueba palmaria de las inducciones que la ciencia ha sacado del dato suministrado por Plinio.

El consonantismo disipa las tinieblas de aquellas remotas edades: reflejo del sánscrito, concuerda el geta con el griego, latín, lituano y eslavo, ley descubierta por analogía, puesto que escasean los hechos directamente observados. Los dominadores de la humanidad; los que reunían en su metrópoli reyes, sacerdotes y soldados de todas las partes del mundo entonces conocido; los que oían tantas y tan diversas expresiones de nacionalidad, miraron con desdén la filología comparada, hecho sumamente natural cuando la política, absorbiendo todos los fines reales de la vida, anulaba ciencia y arte. ¿Por qué inculpar á Ovidio? La situación de Tomi brindaba al estudio de la lengua de los getas; pero á la enfermedad del pueblo romano eran antipáticas las lenguas bárbaras, y, confundiendo el vigor naciente con la rudeza, le fué más fácil á la molicie pagana injuriar que hacer justicia. Los romanos conocieron algo las instituciones de los germanos occidentales, pero sólo tenían ideas vagas y confusas respecto de los orientales; el mismo Tácito, quizá el escritor en quien más se vislumbra el espíritu humano, fué inexorable poligenista y tenía por autóctonos á los germanos. Los griegos, embrión del mundo actual, principiaron á inventariar las lenguas bárbaras, y el Glosario botánico de Dioscórides es de inestimable valor para el conocimiento de la lengua gética; con aquel monumento lingüístico y con las denominaciones gentilicias, patronímicas, geográficas é históricas, se ha construído un bosquejo del idioma aborígene.

Indígena indudablemente es el de los godos: principió la sustitución con el siglo I y concluyó con el III. Las consonantes sonoras, sordas, aspiradas del original, pasaron á ser sordas, aspiradas, sonoras en godo, ley descubierta

cincuenta años há por el ilustre J. Grimm. ¿Queréis conocer el vocalismo sánscrito en toda su pureza? Hojead la gramática gótica; ningún idioma ha sido tan fiel á su padre. La trilogia *a*, *i*, *u*, creó el número de las declinaciones y la duplicidad de los diptongos, cuyas condensaciones produjeron las largas. Peculiar del sánscrito es el guna, y únicamente en las lenguas germánicas se desenvolvió la apofonía: el guna es pura ley fonética; la apofonía es completamente dinámica, la regla que transforma las radicales del verbo y las inflexiones del nombre. Imitaciones lejanas del guna presentan las otras lenguas de la clase. Con las fuentes de la apofonía se ligaron los pseudo-diptongos, y andando los tiempos se engendró la perifonía, tomando carácter dinámico en los plurales y conjuntivo en el alemán alto moderno. Dinámico también el consonantismo, corrieron las lenguas germánicas todo el ciclo de las letras mudas. La lengua germánica es afine primera y materialmente con la eslava y la lituana; dista mucho de la griega y la latina, y aunque con ésta coincide más que con aquélla por lo que hace al vocabulario, tiene, sin embargo, mayor afinidad con el griego en algunos caracteres de la inflexión; más lejana aparece respecto del celta, aun cuando tal cual vez muestra afinidades con él y no tiene ninguna con las lenguas finesas. Los caracteres diferenciales se presentan perfectamente marcados, á saber: la apofonía, la sustitución fonética, el verbo débil y el nombre suave; se empleó dos veces la sustitución, se llevó la apofonía á ley de la conjugación fuerte, y se aplicó la declinación suave al nombre y al adjetivo.

Debemos el conocimiento del godo principalmente á Ulfilas (n. 318, obispo en 384, m. en 388), traductor de

la Biblia y escritor del monumento antiquísimo de las lenguas europeas. Nuevo triunfo del Cristianismo: que ya no hay bárbaros, todos somos hermanos, y nuestro padre está en el cielo. Los germanos de Occidente y los del Norte tardaron más en abrazar el Cristianismo, efecto de la posición geográfica y de las oscilaciones del movimiento social. Amemos con delirio nuestra independencia nacional, pero no pongamos la nota de inculto al pueblo que en el siglo IV poseía ya lenguaje literario. Mientras los invasores profesaron el arrianismo, tuvo uso litúrgico el godo; pero convertido Recaredo al catolicismo en el año 587, aconteció lo que sucede en todos los cambios de relaciones totales, «á tal punto llegó el menosprecio de »aquella literatura, dice el ilustre crítico D. José Amador »de los Ríos, que los códices que se salvaron de las llamas »fueron borrados para escribir sobre ellos las obras del »episcopado católico.» De la borrasca salió á flote el códice argenteo, obra del siglo V, y el cual debió de pasar á los Ripuarios por dote de una princesa española, según las investigaciones modernas: hállase hoy cuidadosamente guardado en la Biblioteca de Upsala; se conserva allí con tanto cuidado que á mí me pareció, cuando le examiné, que estaba el precioso manuscrito en nuestro archivo histórico central; la imprenta, ariete del monopolio, ha multiplicado las copias del aristocrático códice. Idioma muerto el gótico, vive vida sana y lozana su culta y numerosa prole, allá donde floreció; se superpusieron primero los eslavos, y últimamente los húngaros y los turcos. Sangre pura domina de los Carpatos á la California: cutis blanquísimo, pelo rubio, ojos azules, y la mezcla con la raza latina se conservan en el N.E. de España y en el S.O. de Francia, en la antigua Gocia, Septimania,

Occitania; cuna de la poesía provenzal, amamantada por el godo, cual lo fué por el franco el estro septentrional de Francia.

Las gentes germánicas, que alcanzaron el triunfo de vivir en el anhelado jardín de las Hespérides, no necesitaban intérprete. La ciencia ha mostrado la verdad del dicho de Procopio γοτδικὸν ἔδνοσ.

«Sólo de los alanos se puede y suele afirmar que usa- »ron la lengua de los escitas, y esto más por conjetura »probable que por razones que á ello convenzan,» dice el P. Mariana. Sean los alanos, los hermosos, los descendientes de los masagetas; sean de la serranía alana, allá al N. del Caspio; sean escitas, con los que convienen en armas y lengua, difiriendo únicamente de ellos en algunas costumbres, es cosa averiguada, y lo importante para nuestro objeto, que los alanos se fueron fundiendo gradual y sucesivamente con los getas y los godos. El padre de Jornandes era *Alanowamuth*, voz formada cual las alemanas *Walahmund*, *Sahsmund*, y que expresa el efecto de los matrimonios mixtos; el mismo Jornandes se declaraba semigodo: *quasi ex ipsa gente trahentem originem.* Los pocos nombres geográficos que nos han legado los alanos, particularmente en los Pirineos aragoneses, indican también que cuando aquéllos tuvieron la dicha de ver las montañas y las vegas españolas, hablaban la lengua ulfiliana.

«De los vándalos otrosí se tomaron otras dicciones y »vocablos como *cámara*, *gozque*, *azafrán*,» dice también el P. Mariana hablando de aquel pueblo, siempre juzgado al revés, porque ni germánicas son las voces citadas por nuestro ilustre historiador. La ferocidad que se atribuye á los vándalos, y que ha llegado á ser prover-

bial, es tan gratuita como la gloria que se concede á los godos por un sistema gráfico y por un estilo arquitectónico, inventos ambos que no arrancan de esta nacionalidad. Los vándalos, los hijos del viento, fueron los alanos de aquellas edades, y deben su pavorosa celebridad á la consternación que siempre infunde el recto empleo de la caballería ligera. En tiempo de Marco Antonio lograron fijar por primera vez la atención de la historia, y, abandonadas las fuentes del Elba, se confederan con los alanos tras largas vicisitudes para cruzar el Rhin, invadir las Galias primero, pasar los Pirineos después, y extenderse por tierra española. Algo valían cuando en la antigua Cartago fundaron un imperio, que con cierto brillo duró de 429 hasta 534, á pesar de las guerras religiosas. La etimología del nombre linajudo *Astingi* ó *Azdingi* muestra la intimidad de vándalos y godos. Del dialecto de aquéllos sólo nos han quedado algunos nombres propios, los cuales presentan una característica perfectamente determinada, el predominio de la *t*, Τένζων por *Gento*, Τένζων por *Tato Tatto*.

El suevo, el libre, cuyo nombre engendró por vanidad el de *eslavo* y por ironía el de *esclavo*, constituyó la mayor nacionalidad y la más guerrera de Germania, según el juicio de César. Los suevos fueron, respecto de los sármatas, lo que los getas con relación á los escitas. Los que vinieron á España descendían de los antiguos semnones, si se ha de dar crédito á la opinión de Zeusz, porque no basta haber probado, como lo ha hecho este autor, que nuestros suevos se diferenciaban en todo y por todo de los *jutungos*. Los nombres de los reyes suevos *Rechila*, *Audica* y *Masdra*, que nos han transmitido Idacio y San Isidoro, tienen la terminación gótica *a* en lugar de la

sueva *o*, error perdonable en escritores familiarizados con el godo, especialmente cuando al lado de aquellas formas se encuentra la verdadera; *p. e. Miro*. La voz *Frantanes* es corrupción de *Francanes*, esto es, la forma latina por *Franca*. Idacio escribió *Maldra*; pero la crítica concede la preferencia á la transcripción del concienzudo arzobispo de Sevilla, esto es, á la forma *Masdra*, que viene de *Mördr*, escand. ant., *mardaro*, que vale caro viva en alemán; debió transcribirse esta voz con *s* en el siglo V, y de ningún modo con *r*. Es verdad que *Remismundus* contiene el elemento *rimis*, quietud; pero también es cierto que esta forma corresponde además á otros dialectos germánicos. La intimidad de los suevos españoles con los alanos y los vándalos, y las investigaciones de Grimm, á quien seguimos, indican que aquel pueblo fué más godo que alemán. Se tienen escasas noticias del poder suevo en España, y, sin embargo, ¡cuántos fósiles lingüísticos hay en los archivos de Galicia y Portugal!

Á la Confederación sueva se debe la lengua del *das*, esto es, el alemán alto antiguo. Desde el siglo IV empezó á llamar la atención de la historia universal el nombre de *alemán*, es decir, un pueblo de aquella Confederación llamado así, limítrofe entonces, y aun hoy día, con los suevos por la tenebrosa *Selva Negra*. Entre los franceses, quizá por la proximidad, el nombre alemán se aplicó al núcleo principal de la raza, y lo mismo aconteció entre nosotros, á la manera que hoy decimos *prusianos* cuando por brevedad queremos hablar de la Confederación germánica. También los italianos, generalizando el nombre de una nación germánica, dijeron *tudescos*. Los godos tenían en sí el carácter alemán; y cuando se precipitaron al centro del país, víctima entonces de sus ve-

cinos los eslavos, principió la segunda sustitución fonética: espontánea, instintiva, vacilante la presentan los siglos V y VI; reactiva, reflexiva, fija, se presenta ya á últimos del siglo VII; sin embargo, los siglos VIII y IX muestran algunas palabras aún dudosas, las cuales confirman la proximidad del cambio. No arrancó la sustitución del idioma fundamental: las consonantes sordas, aspiradas, sonoras del godo, pasaron á ser aspiradas, sonoras, sordas, respectivamente, en el alemán alto antiguo; cambio maravilloso, cuya causa discute todavía la ciencia del lenguaje. El Mediodía, las montañas y las serranías dan grato albergue al alto alemán; el Poniente y el Norte, las playas y las marismas, los paulares y las navas, los campos y los llanos, las vegas y los valles son las habitaciones del bajo alemán. Parece que hay cierta correspondencia entre las familias étnicas y las lingüísticas: al montañés le agradan las vocales claras y las abiertas, los diptongos, las aspiradas, la energía dórica, los poetas líricos, el drama, y deleitan al campesino las vocales tenues y las cerradas, las consonantes sonoras y las sordas, la dulzura jónica y el ostentoso aparato de la brillante epopeya. Los monumentos del alemán alto antiguo se levantaron durante el período que corre desde el siglo VII hasta el ocaso del XI; su literatura fué enteramente religiosa; la propagación del Cristianismo, el fin de la época, traducciones, glosarios, diccionarios, gramáticas, fueron los géneros clásicos.

La rica variedad de la Confederación, madre del alemán, se desenvolvió en la historia creando costumbres y códigos, incomprensibles sin el conocimiento de los dialectos. *In necesariis unitas, in cœteris libertas.*

El *bávaro*, pueblo germánico con nombre celta, pre-

senta muchas peculiaridades filológicas, no sólo por la forma literaria tan influyente en la Edad Media, sino por las locuciones vulgares, fieles siempre al número dual.

La gente franca, viva, ínclita y áspera tomó también para nombre nacional la noción de libertad y de la audacia, aspirando á rivalizar con los suevos y los baltos: el *sui juris* de aquel tiempo no indica el estado opuesto al de la esclavitud; vale la libertad política, sentida ya hasta por los mismos galos, cual lo indica *Nervii liberi*, *Treveri liberi*, *Bituriges liberi* y otros muchos. Los francos, en el siglo III, empezaron á cambiar los esteparios paulares del bajo Rhin por las fértiles Galias, donde la lucha fué empeñada y fecunda; según las pruebas aducidas por M. Guizot, testigo irrecusable, las Galias estaban ya germanizadas á mediados del siglo IV. Al belicoso Clodoveo le faltó un Ulfilas, y por este vacío no tiene monumento lingüístico la civilización franca: nos tenemos que contentar con los analistas, con la ley Sálica y con listas de nombres propios. Vacilante el franco entre el alemán alto antiguo y el sajón, se inclina unas veces á éste y otras á aquél, pero sin emplear la segunda sustitución fonética; tuvo por carácter diferencial el empleo de la *ch* en lugar de la *h* del alemán, v. gr.: *Charibertus* por *Haribertus* (*Heriperaht*, *heri*, ejército; *peraht*, fulgente). La *ch* cayó con los merovingios, y Carlomagno fomentó el estudio del alemán alto antiguo creando escuelas que, á pesar de estar más animadas de formalismo que de espíritu científico, lograron popularizar la comparación de los cantos épicos germánicos con la atildada literatura de los griegos y romanos: esfuerzo vivificador, elevado, humano; las civilizaciones nuevas deben utilizar el buen material de los edificios demolidos; el latín,

nunca privilegio de los patricios, jamás monopolio del clero, del foro ó de los naturalistas, siempre popular en la poética Alemania, metamorfoseó todos los estratos sociales, aniquiló casi completamente el número dual, dió al caso instrumental los caracteres del ablativo latino en lugar del dativo griego y gótico, y usó eufónicamente la *r* y la *s*. Al contrario, recorred las riberas del Mein, el bosque de Turingia y la Bohemia alemana, y vuestro oído, acostumbrado al dulce acento del inmortal amigo de los pastores y del campo, experimentará desagradable impresión al oir el habla de aquellos francos, todavía no latinados.

El juramento prestado en 842 por Carlos, Rey de los francos, está casi, casi en alemán; pero en un alemán de caramelo, término opuesto al vigor suavo-bávaro, no pertenece al franco de los merovingios; le aseguran su origen alemán la *z* y el *grupo uo*, aunque conserva la *d* en *godes* y *dag* y también la *th* y la *dh*. Lo mismo se nota en la canción de Luis. El poema de los Nibelungos, escrito hacia 1210, fué obra de los francos-neerlandeses, cual término opuesto á los guelfingos y amelungos, cuyo carácter es suevo-gótico. También se debe á los francos la fábula del Reinhart.

Aparecen en el Elba los lombardos, unidos á los suevos y á los marcomanos antes de las emigraciones al Mediodía. El imperio lombardo tuvo pocos monumentos lingüísticos, porque los godos se habían adelantado á traducir los libros sagrados, y cuando aquél entró en la historia universal principiaba á florecer la literatura anglo-sajona y la alemana: sólo tenemos los códigos, la obra de Paulus y algunos documentos sueltos; pero los nombres propios se presentan tan corrompidos en los

manuscritos como los de las glosas malbérgicas. El vocalismo es casi igual al del alemán alto, y la misma semejanza presentan las consonantes; no desenvolvió la perifonía, pero tuvo los pseudo-digtongos y las sustituciones propias del siglo VII; prefirió las letras sordas á las sonoras: *palco* es forma lombarda, *balcón* es alemana; también usaba la *z* por la *t*, pero no universal, sino generalmente. Por la posición geográfica, los lombardos italianos, relacionados con los rugios y los alemanes, fueron fronterizos con los bávaros que poblaban el Tirol, y tuvieron con ellos por los enlaces étnicos íntimo trato.

El borgoñón fué más afine con el godo que con el alemán, lo que se confirma por la posición oriental de los antiguos borgoñones, siempre confederados con los godos y limítrofes con los visigodos en la cuenca del Ródano. Son importantes para nuestra historia los documentos borgoñones de los siglos VII, VIII y IX, porque entonces el pueblo borgoñón no albergaba á francos ni alemanes, y los nombres propios no se modificaron por los dialectos de estas dos últimas naciones.

El alemán alto de los tiempos medios, que vivió desde el siglo XII hasta el XVI, fué el desenvolvimiento del dialecto suevo, porque éste triunfó de sus hermanos como el delicado ático se adelantó al eólico, al jónico y al dórico; como el toscano venció al milanés, al veneciano y al siciliano; como el dialecto de la isla de Francia resumió el picardo, el normando y el borgoñón; como el rotundo toledano venció al rico aragonés, á la tenaz lengua leonesa, al tierno bable, á todos los dialectos y patueses hijos de la variedad geográfica de nuestra Península, de las diversidades étnicas, del contacto con iberos, celtas,

germanos, provenzales, franceses, portugueses y hasta sarracenos. Las vocales de las sílabas radicales del alemán alto de los tiempos medios conservaron los caracteres que tenían en el alemán alto antiguo; pero la vocal de la sílaba siguiente á la radical se atenuó, hasta el punto de llegar á ser una *e* indiferente: *gëban* se convirtió en *geben*. Suministra aquello á la etimología un criterio sencillo y fácil: cuando encontramos la voz *Gualtario*, de *hari*, ejército, tenemos delante de nosotros una voz que proviene del alemán alto antiguo; cuando hallamos la forma *Gualterio*, estamos ya en los tiempos medios. Intacta la estructura del verso antiguo, adquirió finura y regularidad con la pérdida de la vocal llena del radical. Al nacer el individualismo, el hecho de la Edad Media, encontró la poesía un maravilloso instrumento; y como la literatura pasó del clero á los cortesanos y caballeros, el alemán alto medio suministró no pocas palabras al pueblo, que en nombre de Dios y del derecho blandía la espada de la libertad contra el fatalismo agareno.

La patria del análisis, ora cualitativo, ora cuantitativo; la patria de lo que los pueblos neo-latinos hemos dado en llamar conquistas de la civilización, por las dificultades que presenta su replanteo en las naciones donde aún se sienten las potencias substanciales y totales del paganismo antiguo; la cuna del gobierno representativo; el país de las aplicaciones de la ciencia á las necesidades de la vida; la tierra de la imprenta, del vapor, de la electricidad, nos ha enviado con los nuevos progresos los signos fonéticos correspondientes. Huéspedes aún, y en traje de camino, se distinguen perfectamente de sus antiguos hermanos, ya naturalizados tras muchas generaciones. No puede creer el pueblo que las voces *blanco* y *wagón* hayan llegado á

nuestro hablar y trato por el intermedio germánico, porque sólo los doctos conocen las edades del lenguaje. El siglo XVI, precursor de la revolución inglesa en el XVII, de la francesa en el XVIII y de la española, portuguesa é italiana en el XIX, creó una cultura á orillas del Elba y con ella un idioma: el alemán alto moderno. Obedece éste históricamente al principio del menor esfuerzo; desdeña la ampulosidad, busca la rapidez y aspira á establecer la forma monosilábica. Volatiliza la sílaba final, alarga la raíz, y por la lógica prosódica destruye el error y la duda, los dos escollos de la inteligencia, para entronizar en la gramática la verdad y la certidumbre, los dos fines del entendimiento. En las lenguas modernas, preciso es confesarlo, el acento propende á confundirse con la cantidad. El alemán pone el acento agudo sobre el elemento esencial ó sobre el prefijo, cual modificador ó determinante del concepto: 1.°, *Géhen*, ire; *Aús-gehen* exire; *Eín-gehen*, inire; 2.°, *Vóll-mond*, llena luna; *Kórnfeld*, de trigo campo; 3.°, *Über-gehen*, superire con el acento en la *u*; *Über-géhen*, abandonar. *Tálvec*, *Thalweg*, se dice en nuestras aulas de Topografía, con tendencia á volatilizar el segundo elemento del compuesto: *Tálve* se dirá probablemente cuando se cierre el período etimológico.

Así como á los suevos y á sus confederados se les debe la formación del alemán alto antiguo, del mismo modo se debe á los sajones el bajo alemán, reflejo fiel del consonantismo gótico, en que se fijó la mayor parte de la raza, y fuente del frisón y sajón.

El frisón, que tiene literatura desde el siglo XII, se ha conservado con tanta fuerza como el amor á la patria de los pueblos, que le hablan en la costa septentrional de

Holanda hasta la Holsacia. La legislación latina del siglo IX tomó muchas voces frisonas.

Se conoce el alto sajón por el poema del Salvador (Hêliand), imitación de los cantos épicos nacionales, conservado en dos manuscritos del siglo IX. Nació en el territorio limitado por el Rhin y el Elba, salvo la banda septentrional, asiento de los frisones. Las formas modernas del sajón antiguo constituyen los patueses contemporáneos; su pronombre presenta huellas del dual. El sajón antiguo es la base del anglosajón. En éste se llama *geofon* el mar, y proviene del sajón antiguo *geban*, que se refiere á un sér mitológico; *heban*, cielo, dice el primero; *heofon* trae el segundo. La partícula *biûtan*, pero, sajón antiguo; *butien*, neerl; *bûtan*, anglosajón; *but*, ang, toca únicamente al aaa; *bûzan* tiene Is. 5-6, *bauszen pauszen* los documentos hésicos y *ûzan* es la forma del aaa. Es característica la metátesis de la *r* delante de las vocales; así es que en lugar de *brunnum* se dice *burnon*, y en vez de *brunna* se dice *burna*. Los grupos *rl* y *rr* son comunes con el godo; dice *wriso* el sajón antiguo y *riso* el aaa.

Tiene el anglosajón monumentos importantes, tanto en prosa como en verso, porque desde su origen experimentó los efectos del Cristianismo. Los reyes, los próceres y el clero le cultivaron con empeño para propagar la doctrina del Crucificado. Los britos, enemigos del alemán, formaron el término opuesto, y de este choque, con la nueva sangre, resultó nueva vida. El anglosajón es muy rico y conserva elementos góticos, que no llegaron á pasar al aaa; por ejemplo, el pronombre demostrativo *se*, *seo*, *thüt* que es *su*, *sô*, *that* en el godo; el verbo *eode*, ir, por *iddja*; el verbo *bycgan*, emere, por *bugjan*. Coincide algunas veces con el aaa, por ejemplo, *dide=tëta*,

término que falta al godo y al escandinavo antiguo. Tiene elementos del último, por ejemplo, *sôt*, el hollín de la chimenea y materiales propios y peculiares, por ejemplo, *this*.

El neerlandés, el actual holandés y flamenco, se diferencia poco del bajo alemán; con éste debió coincidir en los tiempos antiguos. Le falta la *th*, y por la *ft* del aaa pone *cht*. Tomó algunos elementos franco-batavos, en lo que se diferencia del sajón.

Por monumentos del siglo XIII conocemos el escandinavo antiguo, idioma independiente en léxicon, leyes fonéticas y formas gramaticales: pero aún aquel estado naciente se presenta coordinado al alemán y al godo, pero de ningún modo cual brote del uno ó del otro. El conocimiento del escandinavo es muy útil para el estudio del español, porque las expediciones hechas por los normandos en el siglo X introdujeron muchas voces clásicas, y sobre todo marítimas, en las lenguas románicas; y como los escandinavos tardaron en convertirse al Cristianismo, conservan los testimonios del período mitológico y épico, con los que se prueba la unidad de la raza. Allá en las tierras boreales, la solitaria Islandia guarda incólume el primitivo decir de los escandinavos antiguos; acá el Báltico y el mar del Norte, la Suecia y la Dinamarca han dado finura, delicadeza y gracia al idioma de la tierna y cariñosa Eda. La segunda persona del singular del pretérito perfecto de indicativo confirma la unidad del godo y escandinavo: ambos expresan la inflexión con el aumento de una *t*, siendo así que las lenguas alemanas emplean un giro optativo. También el escandinavo coincide con el godo en las vocales y consonantes.

Estas son las lenguas germánicas que han influído en

la formación de la española, ya directa, ya indirectamente, y cuyo resultado presenta la fonética comparada. (Apéndice.) Causa dolor que un francés de tanta estima como lo es A. Brachet, confiese cándidamente, en 1868, que es imposible determinar la lengua á que los latinos debemos las voces de índole germánica, porque se desconocen las semejanzas y diferencias del antiguo hablar de los germanos. Publicada está desde 1836 la Gramática comparada de las lenguas románicas por mi ilustre maestro Federico Díez; publicada está desde el 7 de marzo de 1848 la Historia de la lengua alemana por Jacobo Grimm; publicada está desde 1833 la Gramática comparada de las lenguas indo-europeas por Francisco Bopp; pero ¿cómo han de saber los franceses la lengua en que hablaron los godos y los suevos cuando ignoran el estado de la Alemania contemporánea, según han puesto de manifiesto las derrotas de la última guerra? La vida exterior ahoga bastante en Francia la intimidad del espíritu. Nuestro capital lexicográfico se aumenta con caudales de que carecen nuestros vecinos. Tomando hoy el criterio germánico, buscando mañana el celta, el ibero, el semítico y el latín, llegaremos á conocer con enlace sistemático el origen y la historia de las voces españolas. ¡Tanto vale la fonética comparada!

Novecientas treinta palabras radicales debemos los latinos á los germanos. Unas trescientas constituyen el acervo común; y Francia, que por la situación y por la resistencia fué la que más se germanizó, cuenta con cuatrocientas cincuenta voces propias y exclusivas; Italia tiene ciento cuarenta; la Banda occidental unas cincuenta, y Valaquia es la más pobre del grupo. Las palabras germánicas se aclimataron perfectamente en el sue-

lo latino, y muchas llegaron hasta naturalizarse, tomando parte activa en las derivaciones. Comparad el caso contrario, y veréis que las palabras españolas son infecundas en el suelo germánico. La voz *fanfarrón* dió en las regiones del Rhin el verbo *fanfaroniren*; y por el contrario, la palabra *blanco* ha originado innumerables derivados y compuestos en la tierra que riegan el Ebro y el Guadalquivir. Nuestro pueblo tiene admirable receptividad, de pocos conocida é imperfectamente estudiada hasta el día.

Atribuyen algunos á influencia germánica la antinomia que con la lengua latina presentan las románicas respecto de las largas por posición, y la tendencia que las últimas muestran á coincidir con los idiomas ulfilianos. Ley común de la prosodia sánscrita, griega y latina fué la regla de posición; la *e* breve de *fĕro* vale una larga en *fērre* por *ferere*. Lo contrario presentan las lenguas germánicas: *sŭnum*, sol; *sūnu*, hijo; y también las neolatinas de *ōbjectum*, latino, brotaron; *ŏbjet*, francés; *ŏbjetto*, italiano; *ŏbjeto*, español. Pero la causa es general y revela un progreso. Hubo dificultad en pronunciar muchas consonantes de seguida: *Pampalona*, *Ingalaterra*, *Viquitoria* presentan inserta una vocal breve; bastó que la falta de agilidad encontrase una dificultad análoga en la pronunciación de las lenguas antiguas, para que á su vocal breve, que valía un tiempo, se agregara el retraso equivalente á la fracción de otro tiempo. Hoy las condiciones son distintas: educada la voz, pronuncia con facilidad de un golpe dos ó más consonantes, y obrando el consecuente sobre el antecedente, tendencia de la fonética indoeuropea, la primera consonante del grupo llega á ser el fin de la sílaba anterior, y, precipitándose en ella

el sonido, se abrevia la vocal precedente, aunque larga por naturaleza.

Las palabras de origen alemán, si tienen el acento en la penúltima sílaba y terminan en vocal atónica, conservan el acento primitivo en la transcripción románica, por ejemplo, *hôsa* dió *huesa* (parte del vestido). Pero si tienen el acento en la antepenúltima ó terminan en consonante, suele correrse el acento á la penúltima, en lo que parece que se toma en cuenta hasta cierto punto el acento profundo de la sílaba que sigue á la raíz, v. gr., de *álansa*, *alesna*, *lesna;* de *hérinc*, *arenque*; de *félisa*, *felísa;* de *flådo*, accus. *flådun*, *flådon*, salió *fladon*, *flan*. Los compuestos llevan el acento en la segunda sílaba: *albérgue* de *héribérga; Reinåldos* de *Reinwalt*.

Pasando á la comparación de las inflexiones se nota que las lenguas románicas, lo mismo que otros idiomas modernos, han perdido parte de las antiguas formas inflexionales. Débese este resultado á la libertad propia del lenguaje popular, incómoda á la variedad de aquellas formas; ligada severamente la pronunciación á las leyes de la cantidad, se desvaneció poco á poco el sonido y también la importancia de las desinencias; y amigos de la claridad los modernos, las lenguas sintéticas tomaron el carácter de analíticas. Suplióse la falta del antiguo organismo con voces auxiliares sencillas, empleadas, ya aisladamente, ya como afijas y unificadas en su significado individual, para indicar abstractamente las formas gramaticales que llegaban á representar.

Refiérese la declinación al substantivo, adjetivo, numeral y pronombre, para expresar con la forma flexional la relación del género, número y caso. Que allá en los albores del siglo XVII afirmara nuestro Dr. Aldrete que

los nombres góticos son indeclinables, merece sin duda absolución, porque el ilustre español obedecía á criterio extraño, puesto que ignoraba el alemán; pero que en el año 1867 el distinguido Augusto Brachet muestre igual ignorancia (pág. 52 de la *Historia de la lengua francesa*), es una ofensa á la cultura de estos tiempos.

Desapareció la declinación en las lenguas románicas gradual y sucesivamente, y partiendo de la lengua matriz. Se suprimió el género neutro, y muchos substantivos pasaron á ser masculinos, correspondientes á la segunda declinación, con la que tenían semejanza formal. No cabía reforma en el número, puesto que el latín había llegado al límite, y se suprimieron los casos, sobreviviendo tal cual vez el nominativo, y casi siempre el acusativo. Dominó decididamente este hecho en la transcripción románica de los nombres germánicos: 1.°, BALCÓN (*balcho*); 2.°, BLANDÓN (*brato*); 3.°, GONFALÓN (*gundfano*); 4.°, GIRÓN (*gêre*); 5.°, AIRÓN (*heigir*); 6.°, GUARAÑÓN (*waranío*); 7.°, GRAPÓN (*chrapfo*); 8.°, ESPORÓN (*sporo*); 9.°, ESTURIÓN (*sturjo*); 10, GASÓN (*waso*).

Hay también huellas del genitivo: tal es la segunda voz de FUERO JUZGO, *forum judicum*; los nombres de la semana en *es*, como JUEVES, y los patronímicos en *ez*. Larramendi (*Gramática*, páginas 10 y 11) atribuye al vascuence el origen de los patronímicos en *ez*: RODRÍGUEZ DE RODRIGO, FERNÁNDEZ DE FERNANDO, como el vascongado BERÚN, plomo; BERUNEZ, de plomo; pero los vascongados no emplean nunca esta forma para los patronímicos, y dicen Manuel de Garagorri en lugar de Garagorriez. Más probable es el origen gótico: *ez*, y antes *iz*, conviene con *is*, terminación gótica del genitivo: RODERÍQUIZ, RODRÍGUEZ, es igual á *Hrôthareiks*, gótico. FER-

DINANDIZ, FERNÁNDEZ, lo es á *Frithananthis*, gótico. Se aplica esta terminación á casos impropios: en lugar de FLORI, FORTUNII, PELAGII, PETRI, SANCTII, se dice FLORIS ó FLÓREZ, FORTÚÑEZ, PELÁEZ, PÉREZ, SÁNCHEZ, exactamente cual en los días de la semana se arrancan á la Gramática los genitivos MIÉRCOLES=*Mercurii*, LUNES=*Lunæ*, dies.

El género de las voces tomadas de las lenguas germánicas coincide casi siempre con el original, á lo menos en los femeninos terminados en *a*. Así, AGALSTRA, ALANSA, ARKA, BARA, BARTA, BIGA, BINTA, BORTA, BRECHA, BRUNJA, DUAHILA, FEDARA, FÊHIDA, GELDA, HALLA, HÂRA, HERDA, HIZA, HOSA, HUTTA, IWA, KRIPFA, LIPPA, anglosaj.; LOUBA, MARKA, RÎHA, SKALJA, SKARA, SKELLA, SKINA, SKOLLA, SKÛRA, SLAHTA, SLINGA, SNEPFA, SPANNA, STUPA, UVOTHA, WERRA, WANGA, WÌAS, ZARGA, ZAINA, quedaron femeninos en *a* al transcribirse al romance. Es verdad que FLANCO se diferencia de *hlancha*, pero esta etimología es algo dudosa; también *albergue* difiere de *heriberga*, pero en el Norte la forma *herbergi* es del género neutro, y es posible la misma estructura en el aaa.

Hay una diferencia entre el godo y el alemán alto antiguo que pasó á las transcripciones españolas. El género masculino de la forma débil del godo se indica por la terminación *a* y el femenino por *o*, y en alemán alto antiguo se verifica lo contrario. Así, AMALA, ATILA, TULGA y VAMBA son nombres góticos de varón, y SÍFILO (*Sifilô*), TULGILO (*Tulgilô*) lo son de hembras. EZILO, HEIMO, QUERO (*Kêro*) y RANDO son nombres de varón en alemán alto antiguo, y HELISPA (*Helispâ*), UOTA (*Uotâ*) son nombres de mujer. Tácito nos ha conservado los nombres SIDO, TUISCO, VANGIO y además el nombre gótico CATUALDA.

Los nombres Ingævones, Herminones, Semnones, Gothones suponen un singular en *o* del alemán alto antiguo. El latín *homo hominis* coincide con el alemán alto antiguo *Komo*, *Komin*, y ambos se diferencian del godo *guma*, *gumins*. El masculino latino tiene, como el femenino, la forma *virgo virginis*. Los nombres propios de ambos géneros suelen hacer el genitivo en *onis* con *o* larga: *Otho*, *Plato*, *Juno*, *Dido*, como *temo temonis*, *semo semonis*.

Así como al formarse el español se prefirió para el substantivo la primera declinación y aun se empleó la segunda, del mismo modo se concedió marcada preferencia al adjetivo terminado en *us*, *a*, *um*, y esta clase sirvió de tipo para las transcripciones germánicas; por ejemplo, Baldo, en los compuestos (*bald*), Blanco (*blanh*), Blao (*blao*), y además Bravo, Bruno, Brusco, Chato, Drudo, Esdrújulo, Fino, Franco, Fresco, Gallardo, Gancho, Gayo, Gofo, Guercho, Laido, Ligio, Listo, Lozano, Mocho, Rico, Tacaño. Se exceptúan Felón, Fol, Gris.

En todas las lenguas de la familia indo-europea coinciden los numerales, y, por consiguiente, no hay que buscar fuera lo que abunda en casa.

Lo mismo se observa respecto de los pronombres personales; pero en el posesivo nuestra lengua tiene una peculiaridad, sobre la cual llamó vuestra docta atención, en solemnidad igual á la presente, el ilustre difunto Don Salustiano de Olózaga. El pronombre posesivo *suus* se usa únicamente en plural por españoles y portugueses; las otras naciones latinas tomaron el pronombre de la tercera persona *ille*, y de la forma *illorum* sacaron un nuevo posesivo, que los romanos de la banda oriental, conservando el sentimiento etimológico, dejaron indecli-

nable: *loro*, italiano; *lor*, valaco; mas los de la banda del N.E. le sujetaron á declinación: *lor*, *lors*, provenzal; *leur*, *leurs*, francés. Igual procedimiento empleó el alemán; pero el godo tuvo para el posesivo plural *seins*=σφέτερος del genitivo del plural *seina*=σφῶν, de manera que en este punto coincide el español con el godo.

El pronombre indefinido *maint*, *mainte*, francés, ligado con la voz española *tamaño* y con la italiana *tamanto*, es aún objeto de vacilaciones y dudas, pues aún le sacan del cinro *maint*, multitud, y otros del alemán *manag*.

El pronombre *degun*, *dengun* es provenzal; se dice *degu* aun ahora mismo, se usó antiguamente, por ejemplo, en el Fuero Juzgo, y es popular en muchas localidades, donde se tiene por vicio fonético. Debe su origen á la imitación de *dihein*, ullus, aaa.

La independencia de las lenguas románicas campea completamente en la conjugación. El latín popular puso los cimientos; sus dignos hijos, los romances, levantaron el nuevo y grandioso edificio. El espíritu analítico utilizó los escombros de la lengua del Lacio para fundar paradigmas; suprimió unos modos y creó otros; anuló tiempos, y dió vida á expresiones más finas, más delicadas y más precisas de la forma del mudar.

Inferiores en esta materia las lenguas germánicas á sus congéneres, contribuyeron muy poco á la historia del nuevo progreso. No hablemos del verbo substantivo, cuya esencia es general en todos los géneros, especies y variedades de nuestra familia lingüística; pero rechacemos, respecto del verbo haber, la excéntrica idea de que debemos el auxiliar al *haban* gótico, y la no menos peregrina de que debemos tan útil auxilio al semítico *hawàh*, que significa, como *sum*, *es*, *esse*, ser, estar y haber; hon-

remos la memoria de nuestros padres y no busquemos abolengo ignoto y dudoso. *Haber* es un hijo tan parecido á *habère* que, en un litigio sobre legitimidad, los médicos forenses darían testimonio tan terminante, que llenaría por sí solo el vacío de pruebas históricas. Ningún romance ha fotografiado mejor que el español el verbo *habère*; consérvase la *h* y además la *b*, como *probar* de *probare*, *haba* de *faba*, *caballo* de *caballus*, *libra* de *lībra*. En esta esfera la lengua española es rica y precisa: tiene los verbos *ser*, *haber*, *estar*, que corresponden á los tres conceptos fundamentales de ser, esencia y forma.

La declinación abandonó las desinencias y empleó las preposiciones, progreso admitido entre los mismos germanos, que por *de* y *ad* el neerlandés emplea *van* y *aan* y el inglés *of* y *to*. Recorred á Cicerón, á César, á los escritores del siglo de Augusto, y encontraréis, á poco hojear, los nuncios del espíritu analítico, el verbo auxiliar *habeo dictum* por la forma sintética *dixi*. Jamás el español renegó de su patria.

Armónico como pocos, enriqueció con la variedad el diccionario de los verbos; pero dándoles la carta de naturaleza del primer paradigma y enviando al tercero los derivados con *i* ó *j*. Ejemplos: 1.° AFONTAR, AGASAJAR, AGUAITAR, ATILDAR, BILINDAR, BOGAR, BRITAR, DANZAR, ESCANCIAR, ESMAIAR, ESQUIVAR, ESTAMPAR, GRATAR, GUARDAR, GUIAR, GUINDAR, LASTAR, LLEPAR, catalán, MARRAR, RAPAR, RENTAR, catalán, TASCAR, TIRAR, TOCAR, TOMAR, TRISCAR, TROBAR, catalán.—2.° ARDIDO, COSIDO, FORNIR, GUARIR, GUARNIR, JAQUIR, MARRIDO, ROSTIR, catalán.

Del adverbio sólo se tomó el anticuado *a reo* y hoy *arreo*, que vale, sucesivamente.

La potencia derivativa de las lenguas románicas es riquísima. Muertas muchas voces sencillas, ya por su incompleto significado, ya por su embarazosa forma, la necesidad abrió el cómodo y seguro camino de la derivación. Las lenguas modernas son realmente creadoras: pocas raíces, muchos brotes, son los caracteres lexicográficos del hablar contemporáneo. Los elementos formativos, heredados de las lenguas antiguas, campean en los idiomas hoy vivos, pero para las combinaciones se han limitado sus derechos. Esterilizados algunos, tienen carácter puramente inorgánico, cual ya le tuvieron en el mismo latín: *bulus* de *patibulum; bra* de *latebra; elis* de *fidelis*; *monium* de *testimonium; ester* de *campester; uster* de *paluster*; *uus* de *arduus*. La mayor parte conservaron su fecundidad, y se unen también con los elementos germánicos.

Cuando un sufijo con *e* ó con *i* se agrega á las consonantes *c* ó *g*, ¿pierden éstas el carácter gutural, siguiendo la ley general de los romances? Triunfante este canon en el derecho patrio, se modificó en el internacional. Durante los primeros siglos, cuando los órganos vocales tenían la sensibilidad necesaria para suavizar las guturales, los derivados se sujetaban al precepto general: de *clericus* salió *clerec-ia*; de *vaccus* brotó *vacío*. Perdida aquella sensibilidad, las guturales, colocadas delante de las vocales blandas, recobraron su pronunciación; así lo demuestran las voces *borrigu-eño*, *ciegu-ezuelo*, *duqu-esa*, *poqu-illo*, *largu-eza*. Los germanismos no experimentaron el ablandamiento, porque su introducción se verificó en el último período: de *bank* salió *banquillo*; de *marka*, *marqués*; de *rîchi*, *riqueza*.

Las voces germánicas se naturalizaron con tanta fuer-

za y rapidez, que dieron y dan frutos fecundos; del adjetivo Blanco, por ejemplo, salieron: Blancardo, Blancarte, Blancazo, Blancura, Blanchard, Blanchete, Blanquas, Blanqueación, Blanqueador, Blanqueadura, Blanqueamiento, Blanquear, Blanquecedor, Blanquecer, Blanquecimiento, Blanquernes, Blanquernia, Blanqueo, Blanquero, Blanqueta, Blanquete, Blanquición, Blanquillo, Blanquimento, Blanquinoso, Blanquísimo, Blanquizal, Blanquizar, Blanquizco, Blanquizo. Algunas voces extendieron con facilidad los germanismos cual calco del original, por ejemplo: Bedel de *putil*; Escabino esclavin de *skepero;* Escalin de *skilling*.

Aun cuando la lengua patria contó con muchos sufijos desde su origen y no necesitaba empréstitos extranjeros, se enriqueció, sin embargo, con algunos germánicos: tales son Aldo, Ardo, Arte, Ing, Ling, Valt.

De adjetivos germánicos salieron algunos substantivos, y también se realizó el caso contrario: por ejemplo, del alemán bracke salió braco, braca, como de *ciccum* brotó *chico, chica*. De verbos germánicos ya españolizados se derivaron algunos substantivos: de Gastar, Guastare, salió Gasto, Guasto; de Tirar salieron Tira, Tiro, y del catalán Trobar salió Troa.

En la composición las voces germánicas siguieron la ley general.

La sintaxis es hija del genio nacional, y está sujeta á las evoluciones históricas. Las lenguas germánicas no pudieron modificar el modo de pensar, sentir y querer de los pueblos neo-latinos. Comparados los dos géneros de idiomas, la observación confirma lo que predicen las razones y conceptos generales. Oriental la sintaxis española durante los siglos xiii y xiv, clásica después, se aco-

moda á las necesidades de cada época: siempre grave y sonora; con ricas galas y hermosas preseas, cuando sirve al sentimiento; con sencillez lógica y admirable claridad, cuando es el instrumento de la ciencia; ayer en el púlpito, en la homilía y en el libro mostraba la vaguedad del misterio para cultivar las relaciones totales de la sociedad; hoy en la tribuna, en el periódico y en el telegrama ostenta el vigor, la exactitud y la precisión.

En conclusión, los germanos, destruyendo el patriciado romano, favorecieron el desarrollo del latín popular, y contribuyendo á crear la Edad Media, el período del individualismo, propagaron por el área románica los nombres de las nuevas instituciones. Formados en las entrañas de la historia los dos términos principales, el Estado y el individuo, los pueblos germánicos aspiran á crear el armonismo de los dos y envían también á los latinos el diccionario parlamentario. Con los progresos de la libertad caminan los de la ciencia, y al movimiento inaugurado por Leibnitz y por Newton sigue una serie de invenciones y descubrimientos que tenemos que bautizar los pueblos, cuyo destino providencial nos lleva á otras esferas no menos grandes y gloriosas. Los españoles, desde el Occidente europeo, y al través de la soledad de los mares, hemos enseñado á la humanidad los límites del mundo, creando la historia universal, arrancando á la ignorancia miles de miles de hombres, dando el verdadero dominio al que es eco é imagen de Dios. También el habla de Sigüenza, de Granada y de Cervantes enriquece, no sólo las lenguas románicas, sino también la del altivo y fiero germano. ¡Y ah! En las universidades de Alemania se cultiva nuestra hermosa lengua, se estudia su gramática, se fomenta su lexicografía, y se levantan

con tantos y tan señalados esfuerzos monumentos que honran al género humano. Nuestras universidades no corresponden con la recíproca, pero el arte de Mariana prueba ésta, al parecer, desidia. La España católica siempre miró con desconfianza las mercaderías fabricadas en el país de la reforma; pero, á pesar de los patricios, el pueblo balbuceó las voces germánicas, las acomodó á las leyes de la prosodia patria y las reselló, no con las partidas del presupuesto, sino con la fuerza independiente y rigurosa de Sagunto y Numancia, de las Navas y Lepanto, de Madrid y de Bailén. Podrá el semidocto introducir barbarismos sin labrar ni pulir; podrá el docto cambiar el acento de las lenguas muertas ó para él desconocidas; pero el uso, fiel á su conciencia, condena ó absuelve, admite ó perfecciona, altera ó restablece, llevando siempre por divisa de su escudo el dicho del príncipe de los poetas populares, de D. Pedro Calderón de la Barca:

Del más hermoso clavel,
Pompa del jardín ameno,
El áspid saca veneno,
La oficiosa abeja miel.

APÉNDICE.

VOCALISMO.

A.

La *a* gótica equivale á la *a* sánscrita; ni una ni otra lengua tienen la épsilon ni la ómicron, modificaciones las dos de la vocal fundamental. En vez de la *â* sánscrita, extraña al godo, empleó éste la *ó* y tal cual vez la *é*, vocal peculiar del idioma ulfiliano, porque el godo es en el grupo germánico lo que el jónico es respecto del ático, dórico y eólico: únicamente el frisón antiguo tiene también la *é* gótica. El nombre propio Suero, ó sea Suerius de los documentos, despierta la memoria del vocablo gótico *svérs*, honorabilis, gratus, acceptus; pero como la forma *Suarius* es tan usual como *Suerius* y conviene literalmente con *suâri* gravis, alemán alto antiguo; *schwer*, alemán alto moderno, es la inicial y la fuente de Suerio, cual de *primarius* salió *primero*. La *a* primitiva se soldó con el español, cuando por la perifonía había pasado á ser *e* en los manantiales alemanes.

1. Albergue (*heriberga*, aaa: 1.º, *heri*, ejército, aaa; *harjis*, g; 2.º, *përkan*, aaa; *bergen*, aamod; *baîrgan*, servare, tueri, g.

2. Elano, el alce ó gran bestia, Cervus alces de los naturalistas (*ëlaho*, aaa, y éste de *alces*, Cæs, b. g. 6-27, ἀλκή, fuerza).

3. Escanciar (*scencam* y el sust. *scenco*, aaa, el arcáico *scanjan*, *scancjo*, de donde el lat. med. *scancio*, *scantio*, ley. sal. 11-1, cod. fuld.)

4. Eschala, cat. ant. Cron. d'Esclot, cap. 5 (*scara*, aaa).

5. Esmaltar (*smelzan* y el arcáico *smalzjan*, *smaltjan*, aaa; *schmelzan*, fundir, derretir, aamod; *smaltum* lat. med.), Covarrubias decía bien: «y será alemán por haber venido de allá..... y trajo el nombre con la invención.»

6. Estracar, térm. arag. (*strecchan*, cansar, aaa).

7. Estrapada (*strapfen*, tirar, suizo; *straff*, tieso, tirante, terco, aamod).

8. Fango (*fani*, lutum, g., cuyo genitivo es *fanjis*, *fenni*, aaa).

9. Flan, Fladón, Flaón (*flado*, Venut. Fort.; *flato* según otros; de *flado vlado*, aaa y el fem. *flada*, laganum, placenta, torta, libus, favus).

10. Gaje (*vadium* ó *wadium*, prenda. L. Alam. *vadi*, pignus, g.; *wetti*, aaa).

11. Garana, doc. navarr. bosque artificial (*warenna*, cozo de caza ing. de los tiempos medios; *warande*, neerl. de *warón*, guardar, aaa).

12. Gasajar, Agasajar (*gaselljan*, aaa; *saljan*, offerre, immolare, g.)

13. Gasalianes (cum meis gasalianibus, coparticipes, doc. del año 804). Esp. sag. 26-445, donde *gasalianes* aparece formado cual el pl. gót. *gasaljans*, además *gasalia*, comunidad, sociedad, lat. med.).

14. Guarir (*varjan*, prohibere, vetare, impedire, g.; *werjan*, aaa).

15. Namium, térm. for. (*nâm*, escand. ant.; *nâma*, captio, captura, aaa, cual *prenda* de *prender;* los franceses tomaron el plural y dicen *nans*).

16. Sala (*sal*, domus, de *sal-jan*, manere, divertere, g.)

De aquí

a. Salo, pagus, el coto acasarado de nuestro D. F. Caballero.

b. Sala, río hoy Issel, en cuyas riberas vivían los Salios *Sălĭī*, Amm. 17-8.

c. Sálico (*salicus*, *saligus*, voz híbrida, porque la terminación no sale de la alemana *ig*, sino de *icus*, lat. como *Geta*, *gĕtĭcus*; *Gothus*, *gĕthĭcus*; *Francus*, *francicus*. Tierra sálica, propia del varón, declaración natural en una época en que la personalidad política estaba ligada al suelo, y éste se aseguraba más por la fuerza del brazo que por el principio del derecho.

d. Los nombres propios Salecus, Salius, Salucho, Salas, quizá Salazar.

Los nombres propios, en cuya composición entra el vocablo *hari*, ejército, como *Gund-hari* (*gund*, pugna bellum); *Walthari* (*walt*, dominador); *Werinhari* (*werin*, defensa), pertenecen al aaa, y se transcribieron mudando la *a* en *ie*, á saber: Gontiero, Gualtiero, Guarniero, galicismo cual *argentier* de *argentārius*; pero al fin prevalecieron las formas Guntero, Gualterio, Guarnerio, hijas del alemán alto de los tiempos medios: *Gunthêr*, *Walthêr*, *Wernhêr*. Igual giro establecieron italianos y franceses, por ejemplo, *sparaviere*, *sparviere*, it (*sparwari*, gavilán, aaa.; *sparva*, g.); *épervier*, fr.; pero los españoles decimos Esparvel, Esparavel, y los catalanes formaron el verbo Esparverar de Esparvel, como Amilanar de Milano; lo mismo muestra la forma Esparaván, porque el caballo levanta en alto la pierna enferma, como mueve los tarsos el Esparavel, y la voz catalana *Esparverenc* por Esparaván, consta de *esparver* y de la terminación *enc*.

Los nombres francos Electeo (*Electeus*); Electulfo (*Electulfus*); Eletrudis (*Electrudis*); Eletardo (*Electardus*), contienen el elemento *alhs*, templum arx, g.; *alah*, aaa; *ealh*, anglosajón. Luego Electeus franco es igual á Alahdio, aaa Alhthius, servidor del templo, g. Electrudis franco es

igual á *Alahtrûd*, aaa. Electulfus franco es Alaholf, el héroe del templo, *olf*, lobo por héroe. Á igual regla obedece el nombre Serlus por Serla.

En los nombres francos prevaleció la *e* larga; presentan este hecho los nombres masculinos, formados con *méres*, memorable, y los femeninos con *flédis*, elegancia, corresponde esta vocal á la *é* gótica y latina, y á la *â* del alemán. La voz franca *flédis*, corresponde á la alemana *flât*, y por su significado es elemento de muchos nombres de mujer.

1. Albofledis (*Alboflédis*) franco.
2. Bertefledis (*Bérteflédis*) franco.
3. Famerofledis (*Fameroflédis*) franco.
4. Merofledis (*Méroflédis*) franco.

Como la misma *é* gótica se inclinaba á la *i*, hay formas con flidis.

1. Baltaflidis.
2. Gerflidis.
3. Hercanflidis.

E.

La *e* latina breve se romanceó por *ie*: *bien* de *bĕne*, *yerno* de *gĕner*, *viejo* de *vĕtulus*; pero no sucedió lo mismo con las voces germánicas, porque la mayor parte habían tomado el sonido *i* antes de llegar al oído de los romanos. Sin embargo, se notan los casos siguientes:

1. Espiedo y también Espedo, Espeto (*sper*, aaa; *speer*, lanza, ó de *spiz*- punta, aamod.)
2. Yelmo, Hielmo, Elmo (*hëlm*, aaa; *helm*, aamod; *hilms*, galea, g.)

Las formas *spir* y *hilm* no dan *ie*, y para establecer que Fieltro viene de *filz*, hay que probar antes la posibilidad del intermedio *felz*, como forma secundaria.

I.

La *i* y la *î* sánscritas pasaron á ser *i*, y *ei* en el godo. *Ei* es la expresión gráfica de la *i* en todas las otras lenguas germánicas, salvo el alemán alto moderno, y *ei* representa la *i* sánscrita, principalmente en el final de los temas femeninos del participio presente y en el comparativo. Ulfilas, al trasladar del griego al godo los nombres personales y geográficos, empleó con frecuencia *ei* en lugar de iota, por ejemplo, Teitús por Τίτος, y también escribió ει por *ei*, v. gr., Σαμαρειτησ por *Samareités*, quizá porque en el siglo IV se pronunciase ει cual *i* larga, como lo hace el griego moderno, y es probable que ésta es la fuente del grupo gótico *ei*.

La sustitución románica siguió la ley de la *ī* latina. *Hilo* de *fīlium*, *lirio* de *līlium*, *vil* de *vīlis*.

1. Gripo, térm. marít. (*greipan*, arripere, g.; *krîfan*, *grîfan*, aaa; *gripâ*, escam. ant.)

2. Gris (*grîs*, aaa).

3. Guipar (*reipan*, coronare, g.; *wîfan*, aaa), de donde *Guipur*, especie de encaje.

4. Guisa (*veis*, g.; *wîsi*, aaa; *weise*, aamod).

5. Hysern, Isern (*eisan*, hierro, g.; *îsarn*, aaa; *îsern*, anglosajón. La verbena, de la que Plinio decía: herba pura qua coronabantur bellum indicturi se llamaba *Îsarna*, *îsanina*, aaa, *îsenhart* aaa de los tiemp. med.; *Eisenkraut*, aamod., ó sea ἡ σιδηρῖτις de los griegos, Ferrarca de los latinos, y según las supersticiones germánicas se supuso una relación entre el hierro y el dios Marte, y de aquí el nombre de la semana, como *Solsequium*, domingo; *Lunaria*, Luna; *Mercurialis*, miércoles; *Barba Jovis*, jueves; *Capillus Veneris*, viernes). De aquí Isnardi Iznardi (*Isanhart* duro como el hierro, aaa).

6. Iva (tejo *îwa*, aaa).

7. Jiga, Giga, instrumento de cuerdas, baile con acompañamiento de música (*gîge*, aa de los tiempos medios y el verbo *gîgen*); de aquí *jigote*, por la semejanza con aquel instrumento, como nota Covarrubias.

8. Lista (*lîsta*, aaa).

9. Mita (*mîza*, aaa.; *mîte* anglosajón).

10. Rehilo (*reiro*, tremor, terræ motus, g.); Rehilar (*reiran*, tremere, g.)

10. Rico (1.°, *reiki*, n. principatus, g. *rîchi*, aaa; 2.°, *reiks*, m. princeps, g.; *rex*, lat.; *rix*, celt.; y 3.°, *reiks*, que hace el genitivo en *jis*, potens, g.; *rîchi* aaa todos de *rājan*, sánscrito).

12. Rima (*rîm*, número aaa). La voz latina *Rhythmus* no pudo dar las italianas *rimmo*, *remno* ni las otras voces románicas. Como *rîm* vale también ringlera, hilera, dió el verbo Adrimar, Berceo, Arrimar y Rigoleto, n. pr. y Rigoleto, n. ap., especie de baile, estos dos últimos deben su origen á *rîga*, circunferencia aaa.

La *i* gótica inicial se escribía con dos puntos; suele ser *e* en el alemán alto antiguo, y con mayor generalidad es *e* en el de los tiempos medios y en el moderno; se escribe con crema *ë* cuando está en una sílaba acentuada. La transcripción románica aceptó la *e*, siguiendo la regla de la *i* latina breve: *cebo* de *cĭbus*, *reno* de *rĭgidus*, *veo* de *vĭdeo*.

1. Camarlengo (*chamarlîng*, aaa, *camarlingus camerlengus*, lat. med.; *Kämmerling*, aamod, cubicularius, diætarius, voz formada con *camera camara*, lat.)

2. Elmo (*hilms*, galea, g.)

3. Felón, Felonía, y en Berceo Fellón, Fellonía (*fillo*, aaa y acusat. *fillon*, *fillun*).

4. Fresco (*frisc*, aaa).

5. SEN, sentido íntimo, Fuero Juzgo, Berceo, Alexandre (*sin*, aaa) de aquí SENADO, sensato.

6 SENESCAL (*senescalcus* bajo lat.; *siniscalh* aaa: 1.°, *sini*, aaa, referido al superlativo gótico *sinista* senior, del mismo radical que el lat. senex y el gaelico *sean*; 2.°, *skalks*, servus, sirviente, criado, g.; *scalh*, aaa).

Hay además algunas palabras en las que se conservó la *i* modificada parcialmente por el aaa.

1. BRITAR (*brittiam*, romper, quebrar, anglosajón). Se tenía este verbo por peculiar del portugués, hasta que el ilustre D. A. Fernández-Guerra y Orbe, en el Glosario del Fuero de Avilés, observó naturalizadas las formas: *britavan*, *britó*, *ad caminum britatum*.

2. ESGRIMIR (*skirm*, *skerm*, escudo, aaa; y el verbo *skirman* dió schremen, por metátesis de la *r*), de aquí ESGRIMAR, cat. y ESGRIMA.

3. ESPIAR (*spĕhôn*, aaa; *spähen*, aamod: *to spy*, ing, y se ve la unidad superior en la serie: *spichre*, lat. σκέπτειν gr. *pac*, ver, sánscrito).

4. ESQUIFE (*skif*, aaa; *skip*, navis, g.) de aquí la vacilación entre la *f* y la *p*, esto es, ESQUIFAR y ESQUIPAR y EQUIPAR.

5. FLINTGLAS (*flintglass*, ing.: 1.°, *flint*, silex de vlins, aaa; 2.°, *glass*, cristal).

6. SINGLAR (*segalèn*, aaa; *sigla*, escand. ant.)

7. TIRAR (*taîran*, solvere, lacerare, g.; *zéran*, aaa).

8. TRISCAR (*thriskan*, triturare, g.; *dreskan*, aaa).

Se nota tal cual vez la *i* de la derivación, sobre todo en los nombres étnicos:

1. VANDILIOS (*Vandilii* Tac. se liga con el nombre de un héroe, *Vandil*, ó sea *Ventil*, aaa. *Vindili* de Plinio se refiere á *Vandah* ó *Vandalĭi* Tac. Ger. 2. La voz no se refiere á *wandeln* ó *wandern*, andar, vagar, porque además de que entonces eran andantes todos los pueblos germánicos, se deriva de *vindan*, plectere, torquere, vertere, g.; *wintan*, aaa, *vinds*, viento, g.; *wint*, aaa, cual "Ατμονοι. Con ellos afines eran los VINDELICOS (*Vindĕlĭci*, Plinio 3-20-24). El nombre de los VENETOS, *Vĕnĕti* Tac 46, que éste probablemente escribió con ortografía gálica, quizá salió de *Vandali*, es decir, que los germanos aplicaron sucesivamente los nombres étnicos *Vinidili*, *Vandali*, á los eslavos con las formas *Vinidi*, *Veneti*, *Vindilii* y *Vandalĭi* son entre sí como *Isc* es á *Asc*, como *Cimber* es á *Camber*. El nombre étnico se ha conservado en algunos personales.

1. VANDALBERTO (*Wandalberht*, aaa).

2. VANDALGISILO (*Wandalgisil*, aaa).

3. VANDALMAR (*Wandalmár*, aaa).

4. GAMBRIVIOS, GAMABRIUNOS (*Gambrivii*. Tac. *kambar*, *gambar*, strenuus, sagax, aaa). De aquí:

a. Gambra, fundador de una linaje lombardo.

b. Sicambros (*Sigambri*, Cæs. b. g. 4-16, esto es, *Sigigambir*, los sagaces para conseguir la victoria, bello strenui).

El franco puso *ei* en lugar de la *i* larga: tal se observa en la voz *feifu*, por ejemplo, que es elemento de muchos compuestos; débese este vocablo á *fîfa*, flecha, escandinavo antiguo, y también especie del género Eriophorum, muy útil en el Norte, porque era una pelusa que sirve para rellenar los colchones y las almohadas; los nombres de plantas se emplearon en los nombres de mujeres.

1. Auroveva (*Aurovéfa*).
2. Genoveva (*Génovéfa*) gagan, izquierda.
3. Marcoveva (*Marcovéfa*).
4. Sonoveva (*Sonnoveifa*).
5. Vinoveva (*Vinofeifa*).

O.

La *o* pasó generalmente íntegra al español. Hay además algunos diptongos que provienen de la *ó* gótica y de la *o* alemana breve, porque la *o* gótica pasó á ser *ó* y *ou* en el aaa. También la *u* del godo llegó á ser *o* en el alemán, y se transformó en *o* el diptongo gótico *au*.

1. Espola, Espolón, Espora, Esporón, Espuela, Espuera (*sporo*, a, cuyo acusativo hace *sporón*, y de aquí las formas dobles).
2. Espolín; lanzadera pequeña, Espolinar, tejer en forma de espolin (*spuolo*, canilla, aaa).
3. Facistol (*falzstuol*, *valzstuol*, curulis sella, aaa).
4. Faldistorio (*falt-stuol*, aaa: 1.º, *falte*, plica a, porque se dobla como la silla cural; 2.º, *stuol*, silla).
5. Forro, Forrero, Forraje, Forlier, Forlerio, Furriel (*fôdr*, vagina, g.; *fuotar*, aaa).
6. Huesa, parte del vestido que se ponía sobre las calzas, poema del Cid (*hosa*, *osa*, lat. med., de *hosa*, caliga, aaa, *hose*, calzón, aamod).
7. Rostir, asar, cat. (*róstjan*, aaa y *raustjan* hipot. y arcaic.), de aquí Rustrir en bable, y que significa tostar el pan y masarle cuando está tostado ó duro.
8. Rueca (*rocco*, aaa. *rockr*. escand. ant.)

Con mayor rigor tomó el español la *o* de los nombres francos, que equivale á la *uo* del aaa.

1. Bobo, nombr. prop. (*Bóbo*, franco, *Puopo*, aaa).
2. Crotilde (*Chródhildis*, franco, *Hruodhilt* de *hruod*, gloria, aaa).
3. Domigisilo (*Dómigisilus*, franco, *Tuomgisal*, aaa de *tuom*, judicium, aaa).

4. Froberto (*Frótbertus*, franco; *Fruotperaht*, aaa).

5. Godelindis (*Gódelindis*, franco; *Guotlint*, aaa).

El franco fluctuó algunas veces entre la *o* y la *au*, y la misma vacilación se propagó al español.

1. Austrevaldo, Ostrevaldo (*Austrevaldus*, *Ostrevaldus* en Irmino).

2. Rauchingo, Rochingo (*Rauchingus*, *Róchingus*, se usan indistintamente por Gregorio de Tours).

U.

No distingue la escritura gótica entre la breve y larga, de manera que únicamente por inducción se conoce la cantidad de esta vocal. Los códices del aaa presentan la reduplicación y el signo circunflejo. Creo con Bopp que el godo tuvo *u* larga, porque las comparaciones suministran sólidas pruebas de este aserto. Los romances peninsulares siguieron la ley latina, como *buho* de *būbo*, *cuyo* de *cūjus*, *lumbre* de *lūmen*.

1. Bruno (*brûn*, aaa; *braun*, rufus, aamod; *brown*, ing. se refiere al verbo gótico *brinnau*, ardere, candere).

a. Boroña, de bruna, cosa parda, según D. J. Caveda, introd. á las poesías en dialecto asturiano.

b. Bronce (*bruno* por los intermedios *brunizzo*, *brunniccio*, *brunito*, *brunillo*, *brunico*, dislocado el acento y el verbo arcáico *brunizzare*).

c. Brun, apellido; Bruno, nombre (*Brûno*, aaa).

d. Brunia, test. del rey D. Ramiro de Aragón, año de 1061 (*brunjo*, lorica, g.; *prunná*, aaa).

e. Bruniquilde (*Brunichildis*, lat. med., *Brunhilt*, aaa).

f. Brunmatín, apellido, equivalente de Aurora.

g. Bruñir y su ant. Broñir (*briunen*, aa de los tiemp. med.): «alisar cualquier metal ó mármol que reciba pulimento, y, por estar la cosa bruñida, reverbera la luz en ella y ofusca la vista,» decía ya Covarrubias.

2. Buco, Buque, Trabuco; *Buc*, hoquedad cat. (*bûh*, aaa, *bûch* aa de los tiempos medios: la última palabra vale vientre y tronco las dos acepciones de los romances). De aquí Trabucar, hocicar, perder la posición bípeda, porque el trabucar las ideas, y por tanto las palabras, viene del lat. *bucca*.

3. Burón (*bûr*, casa, aaa). Val de burón.

4. Elemento común al celta y al germano es el vocablo Drudo (1.°, *drûth*, meretrix, gael; 2.°, *trût*, *drût* y también *drûd*, aaa; *triuwi*, m. leal, amante, amigo, *triutin*, f. querida).

a. Drubaldo (*Drudbaldo*).

b. Vildrudo (*Vieldrud*).

5. Esdrújulo (*etrûhhal*), arrojándose á los pies, aaa, *straucheln*, tropezar, «y las dos últimas silabas parece que se van derrocando, abajando y

deslizando,» decía Covarrubias. Sirvió de intermedio el vocablo italiano *sdrúcciolo*.

6. Estuche (*stûchjo*, aaa).

7. Runas (*runa*, secretum consilium mysterium, g. *rûna* aaa).

a. Adrunar, ant. adivinar.

b. Runilo, f. nombre gótico de mujer.

8. Surcrau (*sauerkraut*, aamod.); *sauer*, acido y *kraut*, yerba por asimilación respecto de las coles. Los franceses dicen *choucroute*, pero los alemanes avecindados en España, los fondistas y los gastrónomos han formado los dobletes de siempre: los patricios dicen *sauercrau*, los plebeyos *surcrav* de *sûr*, acidus, aaa.

La transcripción de la *u* breve optó por la *o*.

1. Cofia, Escofia (*cofea*, Venant, Fort.; *kuppha*, *kuppa*, nutra, aaa y el arcáico *kuphja* con el sufijo. Los alemanes formaron la voz con material latino con *cūpa*, cuba, tonel, cambiada la sorda en aspirada.

2. Fonso (*funs*, promus; promptus, aaa).

a. Alfonso (*Adfonsus*, *Hadufuns: hadu* guerra; la *d* pasó á *l*, como *almuerzo* de *admorsus*).

b. Ildefonso (*Hildefons*, a, *Ildefons*, lomb. *Childefonsus*, franco. Hildœ s. Bellonne ope promptus ó Hildœ pronus).

c. Fosos (*Fosi*, pueblo germánico; *fûsa*, saj. ant. *funsé*, ad bellum prompti, aaa).

3. Mofar (*mupfen*, burlar, aa; *mopen*, neerl; *mop*, ing.)

Hay también casos con *u* radical.

1. Almucia, Almucio, Almocella, Almucela, Muceta (*mutse*, neerl; *mütze*, cofia, toca, gorro, aaa del verbo *mutzen*, troncar), de donde Mocho, Mochín y Bochín (*mots*, neerl.)

2. Cundir (*kuni*, genus, g.; *chunni*, aaa; *kunds*, adj. oriundo, de un linaje, g.)

3. Estufa, Estufar, Estofar (*Stufa*, *stupfa*, a de *stuppa*, lat.)

4. Estuque, Estuco (*Stuck*, crusta, aaa).

5. Huta, choza (*hutta*, tugurium, aaa).

6. Mufla, térm. quím. (*muffula*, bajo lat.; *muffel*, a.; *muffle*, ing. del radical *to moffle*, envolver; aparece la *o* en la palabra *mofletes*).

7. Truco, Trucar (*thryccan*, anglosas: *thryckia*, escand. ant.; *druck*, *druck*, a).

8. Tumbar (*tumba*, escand. ant.)

9. Turba, térm. geol. (*zurf*, aaa).

10. Ufo, Á, Ufano, Ufanía (*ubba*, *uppa*, aaa; *ufjó*, superfluum, g.)

11. Urgullo (*urguoli*, insigne, aaa: 1.°, *ur*, *us*, *ex*; 2.°, *guol*, *gil*, *gal*, petulante, y de *gailjan*, lætitia alficere, g.) Hoy se escribe *Orgullo*, pero la

sílaba original *ur* se ve en el Poema del Cid, donde *urgulloso vrgulloso*. La vacilación fué considerable: *Argull* R. Munt., p. 143, cat. ant. y *Argulo, Argullo*, *Arguio*, *Arguyo*, *Erguío*, *Ergull*, *Orguío*.

AI.

En las inflexiones de las lenguas germánicas desempeña papel importante el guna, inserción de *a* breve delante de una vocal. El grupo gótico *ai* corresponde al sánscrito *é*, contracto de *ai*, y pasó á ser *ei* en el alemán alto antiguo, y hasta *é*. Las lenguas románicas suelen pronunciar únicamente la vocal acentuada de *ái*, tomando por modelo el anglo-sajón; pero la regla no es absoluta. Si los romances hubiesen utilizado el diptongo *ei*, el español y el italiano tendrían *e*, y el portugués y el provenzal *ei*, lo que no sucedió.

I. Predominó la *a* en los casos siguientes:

1. AFRO, térm. rioj. arce (*eivar*, *eipar*, aaa).

2. ARRIGO, ARRIQUE, ANRRICH por ENRIQUE *Heinrîk*, aaa: *hein*, patria, *rîh* príncipe).

3. GALA (*geil*, arrogante, aaa; *gâl*, alegre, anglosaj.)

4. GANAR (*geinou*, aaa).

5. GARAÑÓN (*hreinno*, aaa).

6. GUADAÑAR (*weidanôn*, cazar, pacer, aaa; *weidanjan* ó *weida*, pasto, caza, con sufijo románico).

7. LAVAÑA, especie de pizarra (*leie*, aaa).

8. LASTAR (*leistan*, aaa).

9. RAZA (*reiza*, línea, aaa, porque raza vale lo que procede de una misma familia; *radīcem* hubiera dado *rais*, y *rādix* no puede dar la voz italiana *razza*).

10. ROSTAN en las obras impresas, pero *Rustanus*, *Rostagnus* en los códices (*Hruodstein*, aaa: 1.°, *hruod*, gloria; *stein*, piedra).

II. Se conservó tal cual vez el grupo *ai*. Los diplomas francos de los siglos VI, VII y VIII suelen presentar nombres propios con *ai*.

1. ADELAIDA (*Adalheid*, aaa, *Adelheid*, aamod).

2. AIGATEO (*Aigatheo*, doc. francos).

3. AIRÓN (*heigro*, *heigïr*, ardea garzetta, aaa). De aquí AGRÓ, cat.

4. CAIDERUNA (*Chaiderund*, doc. francos).

5. COQUILAICO (*Chochilaicus*, doc. francos).

6. DAGALAIFO (*Dagalaiphus*, doc. francos).

7. FAIDA, térm. for. (*gaféhida*, aaa; *fæthe*, *fædhe*, anglosajón). De aquí FAIDIR, perseguir, documentos valencianos.

8. Failenba (*Failenba*, doc. francos).

9. Gaifo, Gayfo (*wayvium*, res derelicta, lat. med. *waive*, *wave*, ing.: *vafian*, anglosajón).

10. Gailesunda (*Gailesunda*, doc. francos).

11. Gairebaldo (*Gairebaldus*, doc. francos).

12. Gaiso (*Gaiso*).

13. Garelaico (*Garelaicus*).

14. Guay, Guaya (*vai*, g.; *wé*, aaa).

15. Laido (*leid*, aaa, *lâdh* anglosaj.), así Laizar, herir, Berceo. Milag. 394 de *leidón*, *leidén*.

16. Laimo, arcilla, laimo. Vocab. de S. Galo (*lehm*, a). Algunos, sin conocer la Historia de la lengua, han tomado la forma inglesa y dicen *loam*.

17. Laipingo (*Laipingus*, doc. francos).

18. Raimón (*Reimbald*, de *Regimbald: regin*, n. pl., consejeros divinos; *bald*, audaz).

19. Raina, térm. forest., doc. navarros (*rain*, aaa).

20. Vitlaico, Witlaico (*Witlaicus*).

21. Vulfoliaco, Wulfoliaco (*Wulfolaicus*).

22. Zaina, zurrón de pastor, que no es voz de Germanía, sino que llegó á nuestro pueblo por el intermedio italiano (*zain*, tubo, cesta, aaa).

III. También se empleó la *e* sencilla.

Resona, rumor, noticia, usado en los doc. navarros *reisa*, gritería, algarada, aaa, y escand. ant.; *reisœ*, viaje, aamod. De aquí las variantes *Reisa*, *Reysa* y *Resa*.

IV. En lugar del diptongo gótico *ai*, suele presentar el idioma franco la *e* larga. La ley sálica 46 trae *lésus*, sinus por *laisus*. Se dijo *Salohém* por *Salohaim*, *Boihémum*, Tuerto, Boiohæmo, Veleyo Patérculo. Hist. II, 109. Se encuentran muchos nombres propios compuestos con *géne*, cual el gótico *Gaina*, comes Marcellinus.

1. Caino (*Chaino*, *Chœno*, francos *Haino*, puesto que la g se transcribió también por h).

2. Gainoaldo (*Gainoaldus*).

3. Genardo (*Génardus*, franco; *Caganhart*, *Kaganhart*, aaa).

4. Genobaudes (*Génobaudes*).

5. Genobaudo (*Génobaudus*).

6. Genebolda (*Génebolda*).

7. Genedrudis (*Génedrudis*).

8. Genefus (*Génefûs*).

9. Genismo (*Génismus*, *Génisma*).

Difícil es la interpretación de las formas *ain*, *aun;* pero *gain*, *gén* provienen de *gagan*, *gagin*, el lado izquierdo, como *ain* de *agen*, *maist* de *ma-*

gist. Gagan vale, contra, en los compuestos, como *widar*, á saber: Viderolto, *Widerolt*, aaa, *Wiederhold*, aamod.

V. El lombardo conservó la *é* alemana: Evino (*éwin*, eterno, aaa; *aiveins*, g.)

AU.

El diptongo gótico *au*, que corresponde al sánscrito *ó*, pasó á ser *ó*, *ou*, y tal cual vez *au* en alemán antiguo, *eá* en anglosajón y *au* en escandinavo antiguo, y se transcribió como el *au* latino: *coto* de *cautum*, *ronco* de *raucus*, *toro* de *taurus*.

1. Arrufarse, cast. *Arrufar*, cat. (*raufen*, sacar, arrancar, a, y cuyo verbo coincide con *rupfen*, quitar, sacar con violencia, a).

2. Auberto (*Autperaht*, *Ótperaht*, aaa: 1.°, *aut*, *ót*, opes, *peraht*, fulgente).

3. Audoarte (*Audwart*, aaa, *Otwart*, aaa: 1.°, *aud* opes, g.; 2.°, *wart*, dominante).

4. Austorica (*Ostarrîhi*, aaa); 1.°, *óstar*, oriente.

5. Austrasia.

6. Austravia (*Ostarouwa*, aaa: 1.°, *Austry*, escand. ant.; 2.°, *avis*, *aujós*, isla).

7. Austria (*óstar*, oriente, aaa, *austr*, escand. ant.; conserva la combinación *au*, que fué nacional en las regiones provenzales, *Ósterreich*, imperio de Oriente).

8. Austrego (*austrag*, producto ad finem, exitus transactio, litis sententia, aamod, voz frecuente en los siglos xv y xvi, y que corresponde á la voz *usztrag*, aaa. *Austregœ*, lat. mod.)

9. Bausán, Bauzán, Bauzador, embaucador, estas voces recuerdan la provenzal *bauzaire*, que probablemente debe su origen á *bósi*, vano, malo, nulo, aaa; *böse*, aamod, *bausi*, arcáico.

10. Blao, Blavo (*blâo*, *blau*, aaa).

11. Botar (*bózen*, aa, de los tiempos medios; *bauta*, escand. ant.; *beátan*, anglosajón). De donde Embatir. Á este radical se refiere Bote, golpe (*bützt*, pezón de pecho, aaa); Boto, obtuso (*buz*, *butzen*, aamod, *butt*, bajo alemán); Botón (*bózo*, lío, paquete pequeño, aaa).

12. Cosido, adj., se dijo del varón prudente, noble, esforzado, lib. de Alex.; cosiment, cosimente, acogida, lib. de Alex.; cosimant, cosiment, doc. nav., alimento, comida; scosir, cat. ant., escogimiento, hablando de cosas, y elección, hablando de personas, pero en sentido activo (*kausjan*, gustare, probare, g.)

13. Froila, Froyla, Froylán, Froilán (*Fraunila*, aaa, de *Frauja*, señor g. *Fró*, aaa), de aquí Froia, Froga, m.; Froilo, f.; Froilaz de *Fraulins*

y el apellido catalán FRAU, cuya forma provenzal coincide con la alemana *Frau*, domina, femina, conjux, mulier.

14. GALOPAR (*ga-halauppen*, correr, g.)

15. GAUCEL (*Gôzhelm*, aaa).

16. GAUSBERTO (*Gôzbert*, aaa). De aquí *Josbert* prov., como *Jaufré* (*Gôzfrit*, aaa). *Jauri* (*Gôzrîch*, aaa).

17. GOZMÁN, GUZMÁN.

18. LONJA, LONJISTA (*lauba*, *laubjan*, aaa; *laube* aamod.; *laubia* lat. med.)

19. LOTE, LOTERÍA (*hlauts*, sors, g.)

20. LOZANO (*laus*, solutus, vanus, g.)

21. ODOVACAR (*Oodovacar*, aaa; *Eádvacar*, anglosajón: 1.°, *aud*, opes, facultas, g.; 2.°, *vackrs*, vigilante, g.) De aquí ODÓN, el acaudalado.

22. ONTA, cat. ant.; *Fonta*, Poema del Cid; *A-ontar*. Canc. de Baena; AFONTAR (*hônida*, ultraje, ignominia, aaa).

23. ROBAR, ROBO, y en el Lib. de Alex *Robir* (*roub*, spolium, aaa; *bi-raubôn*, despoliare, g.; *rauben*, aamod.; *to rob*, ing.) La aurora de la baja latinidad iluminó el período inicial de la voz: Quidquid super eum cum rauba vel arma tulit L. Alam. Si quis in via alterum adsalierit et eum raubaverit L. Sal. El catalán conservó la *b* y dijo *roba* en lugar de *ropa*, tomando la sonora. Despojo es el significado fundamental; particularizó el italiano la acepción de objeto de valor, y las otras lenguas románicas particularizaron más, hasta llegar á la noción de vestido. D. J. Borao trae dos formas: ROPERÍA, robo en despoblado. Códice de la Unión; y ROPADOR, ladrón en despoblado.

24. SOPA (*saup*, escand. ant.)

El franco conservó el diptongo *au*.

1. AUDINO (*Audinus*).
2. AUSTRAPIO.
3. AUSTREBERTO.
4. AUSTREGILDA, f.
5. AUSTREGISILO (*Austregisil*).
6. AUSTRUDIS.
7. BAUDEGISILO (*Baudegisilus*).
8. BAUDEMAR.
9. BAUDERICO.
10. BAUDILIO.
11. BAUDINO (*Baudinus*).
12. GAUDO (*Gauda*, *Gaudus*, franco; *Geáte Geat* anglosajón: *kóza koz*, aaa, es decir, la relación de *Gaudae*, *Gautôs*, *kóza*. El elemento *gaudus*, cuya *d* se libró de la sustitución fonética, entra en muchos nombres personales.

a. Nombres de varón:

1.° Adalgaudo (*Adalgaudus*, franco, *Adalkôz*, aaa).

2.° Amalgaudo (*Amalgaudus*, franco).

3.° Ansegaudo (*Ansegaudus*, franco).

4.° Armengaudo (*Armengaudus* de *Irmin*, *Erman*, bajo la influencia gótica como *Arminio*).

5.° Baldegaudo (*Baldegaudus*, franco).

6.° Bernegaudo (*Bernegaudus*, franco).

7.° Hildegaudo (*Hildegaudus*).

8.° Lentgaudo (*Letgaudus*, franco, *Liutkôz*, aaa).

9.° Madalgaudo (*Madalgaudus*, franco, *Madalgôz*, aaa).

10. Mauregado (en el Cronicón Iriense, *Maurgado*; escritura de 1036 en el tumbo de Celanova, *Mauro* del gr. ant. μαυρὸσ).

11. Ratgaudo (*Ratgâudus*, franco).

12. Teogaudo (*Teutgautdus*, franco).

13. Trugaudo (*Trutgaudus*).

14. Vulfegaudo, Wulfegaudo (*Wulfegaudus*, franco, *Wolfkôz*, aaa).

15. Valdegaudo, Waldegaudo (*Waldegaudus*, franco).

16. Valcaudo, Walcaudo (*Waltcaudus*, franco).

b. Nombres de mujer:

1.° Ermengauda (*Ermengauda*).

2.° Framengaudia (*Framengaudia*).

3.° Gaudalinde (*Gaudalindis*).

4.° Teutgaudia (*Teutgaudia*).

IU.

El diptongo gótico *iu* salió del grupo primitivo *au* por la atenuación de la *a* en *i*. Las lenguas germánicas tienen el guna de la *i* además del de la *a*, que es una *a* suavizada, cual la *a* radical llegó tal cual vez á ser *i*. El aaa y el de los tiempos medios conservaron el diptongo gótico *iu*; pero el aa moderno le transformó en *ie* y hasta en *eu*. La transcripción románica fué algo arbitraria.

1. Esquivar (*skinhau*, aaa, *scheneu*, tener recelo, miedo, aconsonantada la *u* y suprimida la *h*).

2. Gustios (*Gudestheus*, *Godesteos*, *Gusteus*, que vienen de *Guthsthius*, de Dios siervo, conservadas las dos vocales: *Gustiós* en el Poema del Cid, *Gústios* en los Romances).

3. Quilla (*kiol*, *këgel*, aaa; *kiölr*, escand. ant.)

4. Tregua (*triggva*, g.; *triwa*, *triuwa*, fe, pacto, aaa).

CONSONANTISMO.

GUTURALES.

G.

La gutural gótica sonora, que llegó hasta ser *k* en el aaa, se transcribió con alguna irregularidad por las lenguas románicas, principalmente por el francés.

I. Suave delante de las vocales *a o u*.

1. GABARSE, alegrarse; verbo tan raro hoy como frecuente lo fué en el Lib. de Alexandre (*gabb*, burla, risa, escand. ant.)

2. GABELA (*gaful*, *gafol*, anglosajón; *gavel*, ing. del verbo *gifan*, y por tanto, de *giban*, daré, donaré, g. y de aquí *gablum*, *gabulum*, lat. med.)

3. GABOTE, term. arag., juego (*gabb*, escand. ant.)

4. GACETA, dim. de *gazza*, urraca, y éste de *agalstra*.

5. GADULFO.

6. GAFO (*gafel*, *gabel*, a, y mejor, *gaifen*, cortar en corvo, aaa; *gaifung*, anillo de hierro aaa).

7. GAISO, n. pr. (*gis* elemento sacado del verbo got. *us-geisnan*, horrorizarse, *us-gaisnan*, inspirar horror).

a. GISA, fem., nombre rúgico de mujeres.

b. LANIOGAISUS, nom. vand.

c. MEROGAIS, nom. vand.

d. RADAGAISO, *Rhadagaisus*, *raths*, fácil, g.

8. GAITA (?).

9. GALANTINA (*gal* de *gallert*, aamod).

10. GALDRES, GALDRE (vestido traído de *Geldern*), Rosa de Gueldres, Viburnum Opulus.

11. GALFARROS, vellacones, perdidos, medio rufianes, cuasi gafarros, porque gafán dice Covarrubias.

12. GALSUINDA (*Galsvinda*).

13. GAMALBERTO (*Gamalberaht*, aaa: 1.°, *gamli*, escand. ant. *Kamalo*, aaa de *gamall*, viejo, escand. ant.; 2.°, *beraht*, fulgente).

14. GAMALDRUDO (*Gamaldrût*).

15. GAMARRA (*gamarjan*, impedir, aaa; *gemearra*, impedimento, anglosajón).

16. GANGA (*gang* de *gehen*, ir, aamod).

17. GANSO (*gans*, aamod; *kans*, aaa; *goose*, ing.; *gôs*, anglosajón; χήν, gr.; *hăsa*, por *ghăsa*, sánscrito. Esta voz indica la tendencia del aamod á volver

al godo). De aquí *Geisericus*, Víctor vitensis; *Gaisericus*, Idatius; *Genzericus*, Iornandes; *Gensericus*, Marcellinus, comes, Prosper y Sigibert. Salió de Γένζων, *Gento*, Vict. vit. que vale ganso, porque los Vándalos permutaron la *s* y la *t*, σύ, tú. La antigüedad tomó los nombres de ciertos animales valientes para formar nombres y apellidos, y repetía en el del hijo el del padre.

18. GARBA (*garba*, aaa).

19. GARDA (*gards*, casa, familia, g.) De aquí:

a. GARDILA, m., nombre de varón.

b. ARMGARDA, f.

c. GARDINGO (*Gardingus*, lat. med., *gardiggs*, g.)

d. LUDGARDA.

20. GAS, nombre formado en el siglo XVII (*geest*, espíritu, neerl.)

21. GASERANS, apell. La terminación *ns* revela la alcurnia provenzal.

22. GAST, elemento de nombres personales (*gasts*, hospes, g., y por la raíz sánscrita vale comedere, *kast*, aaa; *hostis*, lat.) El franco suprimió la *g*. De aquí GASTÓN.

a. ARBOASTES, franco, por *Arbogastes*.

b. BLADASTES.

c. BLANDASTES.

d. FLIDASTES.

e. GASTALDO (*gastaldius*, *gastaldio*, y también *castaldius*, *castaldio;* pero éste no se refiere á *gast*, sino á *gastaldan*, consistere, permanere, g., *gastalds*, g.; *gesteal*, anglosaj.; *stalt*, aaa, y es también elemento formativo).

f. LEONASTES.

g. LEUBASTES (*Liopkast*, aaa).

h. LEUDASTES (*Liutkast*, *Liudigast*, aaa).

i. SEGESTES, Tac. A. 1-55, príncipe germano (*Segegast*).

j. TANASTES, THANASTUS (*Tangast*, *Dangast*).

l. VEDASTES (quizá el *Widogast* del prólogo de la ley sálica).

23. GAYO (*gâhi*, rápido, súbito, aaa, *jähe*, aamod). De aquí GAY ó GAYO, térm. arag., arrendajo; GAYADO, mezcla de diferentes colores alegres; pintado, alegre.

24. GODOS (*Gŏthi*, Γοθοι Inscr. *Gŏthĭa*, Amm., Ulfilas y Casiodoro emplearon la *th;* pero en los fragmentos publicados por Waitz, se lee *lĭngua gótica* y también *gens Gothorum*: de *Guth* deus, salió *Gutha*, conservada la *g* primitiva; luego los divinos).

25. GODOFREDO (*Guthafriths*, g.; *Godafrid*, aaa); de aquí GOCELO, *Gozelo*, dim.

26. GODOMAR.

27. GOMA, m. (*guma*, vir, g.; *komo*, aaa; *goma* borgoñón. De aquí GOMAR).

28. GOMBETA (así llamó la Edad Media á la ley *gundobada* ó *gumbada*, porque el rey *Gundobaldo* fué quien recopiló las leyes borgoñonas en el año 513).

29. GORMAR, vomitar (*gorm-r*, lodo, escand. ant.; *to gorm*, manchar, dial. ing. y también *gorm*, plenitud, cinro, de la partícula *gor*).

30. GORRÍN, y en el cat. GARRI (*gurren*, *gorren*, aamod).

31. GUDILEBO (*Gudilebus Guth*, Dios, g.)

32. GUGERNOS (*Gugerni*, Tác. H. 4. quien decía, Germani læta bello gens. *Gundgerni*: *gund*, pugna, luego belicosos).

33. GUMBERTO, GOMBERTO, GUNDEBERTO (*Gundobert*, aaa: *gund*, pugna, *bert*, fulgente).

34. GUNDA, GUNDO (*gund*, pugna, aaa).

35. GUNDEMARO (*Gundmar*: *gund*, pugna, *mar*, memorable, aaa).

36. GUNDERICO.

37. GUNDILA, GUNDILO.

38. GUNDOLFO (*Gundolf*, aaa: *gund*, pugna, *olf*, lobo, esto es héroe).

39. GUNGINGO (*Gungingus*, según los buenos manuscritos de Paulus, *Gugingus*, *Gugincus*, que supone un tema *gund*, relacionado con *Gûngnir*, lanza de la pelea, lanza victoriosa; *gûngnir* ó *gugnir* vale violentus, dormitor, escand. ant.; *gunga*, oscillari, suovo; *gingan*, appetere, desiderare, aaa; *gingo*, appetitus, y *gungida*, cunctatio, aaa).

40. GUSTAVO (*Gustaf*, sueco; *Chustaffus*, borgoñón, *Kundstap*, aaa; *gund*, pugna, escand. ant.; *Sta*, f. báculo, luego baculus belli, como SIGESTAVO *Siegstap*, baculus victoriæ).

II. Influyó algunas veces el intermedio.

1. DARGA y A-DARGA, TARJA, TARGEA, A-TARJEA (*Zarga*, aaa, por la influencia del árabe *al-darah*, *addarah*).

2. BOJAR (*bogen*, plegar, doblar, neerl. cual el lat. flectare, promontorium).

III. Fuerte delante de las vocales *e*, *i*.

1. GELAMER (*Geilmar*, *Geilimar*, vandal. *Gailamers*, g. de *gailjan*, alegrar, g. y *mer*, memorable).

2. GEPIDOS, GEPIDA (*Gepides*, corippus con la primera sílaba breve; *Gepida trux*, Sidonius con la primera sílaba larga; *Gepidi*, Paulus diac; *Gibedi*, *Gebedi*, *Gibidi* y *Gebeti*, *Gibitis*, los escritores lombardos. GIPEDES. S. Isidor. 9-2. *Gibitha*, g. *Kipido*, aaa, derivado de *giban*, datus, concesus, como *Fastitha*, servatus, nombre de un rey Gepida, *Fastido*, aaa. de *fastan*, servare ó como *Lofedi*, escan. ant. *Lopido*, aaa de *lofa* laudatus. Afine con aquél es el adjetivo *gifede*, concessus, félix, anglosajón: *gibhidhi*, *gibedig*, saj. ant. La canción anglosajona del Cod. exon. 322-2 llama *Gefdas* á los Gepidas. Así *Sigugibitha*, victoria con cessa cual *sigegifu*, victoriæ donum.

¿Por qué pusieron los romanos y los griegos *p* por *b* en el nombre Gepidas? ¿Oyeron *pes* ó πατσ? ¿Fué la sustitución fonética?

3. Gepidojos, isla de los Gepidas (*ojos* ó por contracción *ós*, del gót. *aujós* pl. de *avi*, insula).

4. Gero (*ger*, lanza, aaa), elemento formativo.

a. Geraldo.

b. Gerardo (*Gêrhard*, aaa), ardida lanza.

c. Germando, Germundo (*Gêrmund*, escudo por la lanza, aaa).

d. Germar (*Gêrmar*, memorable por la lanza, aaa).

e. Gerrán (*Gêrram*, el cuervo de la lanza, aaa).

f. Gertrudis (*Gêrtrud*.)

g. Gervasio.

h. Gervino.

i. Adalgerio, Adalgerio (*Adalgêr*, nobili hasta, aaa).

j. Berenguer, Berenguel, Berenguela, *Berenger*, Belenguer, Belengario (*Berengar*, la lanza de los osos, aaa).

l. Periger, Perigerio, Peliger, *Perigêr*, aaa: *per* oso.

m. Ogero, Ojero, Oger, Ojer, Odegario, Odejario, Odejero (*Audgarius*, *Audgerius* de *Otger*, aaa: *aud*, opes, *ôt*).

5. Getas (*Gĕtæ*, Cic. Att. 9-10-3. Γεται *Gĕtes*, lo relativo á los Getas. Ov. P. 4-13-17).

6. Getinos (de *Getæ*, *Getini*; de *Gothi*, *Gŏthīni*. Tac. G. 43, los Gotinos; de *Daci*, *Dacini;* los Dacinos, y de este último *Dani*, como de *picinus* salió *pinus;* de *decem*, *deni;* de *secem*, *ceni*. Los escritores latinos de la Edad Media traen *Dacus* por *Danus*, y *Dacia* por *Dania*).

7. Geyser, Geiser, tem. geol., volcán de agua hirviendo.

8. Gevisos (*Gevissi* ó *Gevissæ*, nombre étnico, debido al del héroe *Gevis*, *scius*, præscius, luego *præscii*, sagaces, anglosajón).

9. Giberico, Jiberico (*Gibareiks*, liberalis, de *giban*, dar, g.)

10. Gibebto, Jiberto.

11. Gilaberto, Jilaberto, Gelabert (*Gilbert*, aaa).

12. Gildardo.

13. Gilda (*gild*, compañía, sociedad, anglosajón).

14. Gildo (*gildan*, offerre, tribuere, g.; *gil*, tributo, g.)

15. Gildia, g.

16. Gilduino.

17. Gilimero.

18. Gilona.

19. Giltmir (*Giltmir*, *Giltimir*, m.); de aquí *Hotgilda*, *Hosgeldus*, m. borgoñón).

20. Gimiro *Argimiro*.

21. Girón (*gêro*, aaa).

22. Gisela (*Gisela*, aaa, rehen).

23. Engelfredo, Engilfredo (*Engilfrid*, la paz del ángel, aaa; *aggilus*, *aggelus*, *aggillus*, ángel, g., *engil*; *angil*, aaa; *engel*, aamod). La voz se introdujo en el pueblo godo antes de la traducción de la Biblia, porque los nuncios celestiales divinos se llamaban *aggiljus* ó *aggileis*, n. pl., cual la voz *angeli* de la Iglesia latina.

a. Engilbaldo (*Engilbald*, aaa).

b. Engilberto, Engelberto (*Engilberht*, aaa).

c. Engilgerio (*Engilgêr*, aaa).

d. Engilerio (*Engilher*, aaa).

e. Engilardo (*Engilhart*, aaa).

f. Engilmar.

g. Inglaterra, Anglorum terra, de Anglia, Anglus, ya *Angli*. Tac. G. 40. «Porro de Anglis, hoc est de illa patria quæ Angulus dicitur, et ab eo tempore, usque hodie manere desertus inter provincias. Juntarum et Saxonum perhibetur.» Beda, 1-15.

IV. Desapareció la *g* algunas veces:

1. Ayo (*hayan*, *hagjan*, andar, aaa), de donde el nombre propio *Heio*, *Heyo*.

2. Barrachel (*barigildi et advocati*, Cap. del año 864).

3. Esmair, Lib. de Alex., Desmayar (*magan*, posee, valere, rigere, g., con la privativa *es* ó *des*).

4. Haya, seto, perfil (*hag*, aaa).

V. Se conservó delante de la *l* y de la *r*.

1. Gleta (*glåte*, aa de la Edad Media).

2. Grabar (*graben*, aamod).

3. Grau, apellido (*grau*, gris).

4. Grauvaca, térm. geol. (*grauwacke*).

5. Grima (*grima*, colérico, aaa); de aquí Grimaso, Grimaldos.

6. Grinnon, Grinnone, Grinones, Greñón, Griñón. Los que afirman que esta voz viene de crines, crinium, no han leído á San Isidoro: videmus granos et cinnabar Gothorum, y tenía razón, porque la palabra sale de *granî*, pl. aaa.

7. Gris (*grîs*, canus, anglosaj. en las Glosas de los siglos viii y ix, y *griseus*, lat. med. doc. del siglo ix), de donde Griseo; pero Egrisé, polvo de diamante, sale de *gries*, aamod, arenilla.

8. Grog (*grog*, ing.)

9. Gron, Grumete (*groom*, ing.)

VI. El sufijo *ing*, que denota origen ó semejanza.

1. Abadengo (voz híbrida).

2. Abolengo (voz híbrida con abolo, abuelo).

3. Adalingo (con adal, nobleza, aaa).

4. Berlanga (*bretlîn*, *brettling*, a de *bret*, tablero).

5. Camarlengo.

6. Escalín, Escalino, Eschelín, Chelín (*skillingus*, baj. lat.; *shilling*, ing.; *skilling*, dinam.), de *schallen*, sonar, moneda sonante.

7. Esperinque, Capmany; Espirenque, Graells; Esperlinque, Esperlano, Eperlano (*spierling*, *spiering*, *eperlānus* de los naturalistas, neerl.)

8. Esterlina (*sterling*, ing. nummi easterlingi, moneda acuñada por los Esterlingos, Easterlingi, ó sea los mercaderes del Este de Inglaterra, esto es, los occidentales de Alemania; *east*, este).

9. Flamenco (*vlammsch*, neerl. *vlœming, flămisch*, aamod): también Flamengo.

10. Frailengo.

11. Loderingo, apell. (*Lodaring*).

12. Marengo.

13. Realengo.

VII. Se empleó algunas veces la sorda por la sonora.

1. Adarca por Adarga.

2. Ascua (*azgó*, cinis, g.; *asga*, aaa); *asche*, aamod.

3. Castaldo por Gastaldo.

4. Confalón, que no sale inmediatamente de *gundfano: gund*, pugna; *fano*, enseña, sino que se debe á la forma piamontesa *cundfano*.

5. Esprinque (*springa*, cadena, grillos, aaa).

6. Desfalcar (*falcan* por *falgan*, sacar, aaa; si procediese del latín falx se tendría *falchan*, *falachan*).

VIII. La terminación gótica *iggs* es muy común, y se transcribió por *ignus*.

1. Greotingos (*Greotingi*, del nombre dinástico *Griuts;* sin embargo, *igg* no es necesariamente patronímico, así es que *Griuttigs* sale de *griut*, arena glarea, saxum, g.; luego los habitantes de las gleras).

2. Marsiños (*Marsigni*, Tac. G. 43, supone un héroe *Murso*); de aquí *Marsos* (*Marsi*, Tac. A. 1-50).

3. Reudiños (*Reudigni*, Tac. G. 40, de un héroe llamado *Riuds*, modesto, de *ga-riuds*, rubicundus, verecundus, castus, g.; luego Verecundi, Reverendi).

4. Tervingos (*Thervingi*, de un héroe *Therus*).

5. Turingos (*Thuringi*, de un héroe *Thurus*).

IX. Respecto del grupo inicial *gn* propuso Salvá la protesis, diciendo p. e., Egnesia por *gneiss* ó *gneuss*, especie de roca; el uso no admitió esta regla, y dice Gneis, la Academia autoriza la supresión de la *g*, esto es, Neis.

X. La *g* final es contraria al espíritu de la lengua española: se redondea en ésta con una vocal si la palabra es corta ó resiste poco, pasando á ser sorda débil en el período etimológico, ó desaparece en el simbólico.

1. Talve. Algunos escriben *Thalweg* sin españolizar, otros *talveque*, forma de malísimo gusto; pero en nuestras aulas se dice ya *tálvec* con la *c* muda; Thalweg, aamod; *thal*, valle, aamod; *dal*, g.; 2.°. *wegvia*, aamod; *wëc*, aaa, y *vigs*, g.

2. Sandui. Así han españolizado nuestros gastrónomos la palabra inglesia *sandwich*, lonja de jamón, colocada entre dos rodajas de pan untadas con manteca.

K.

La gutural gótica sorda *K* ó *q* llegó á ser aspirada *ch* ó *h* en el alemán, sobre todo en medio y fin de dicción. Para el grupo kv=qu lat. tuvo el godo un signo peculiar, el cual se transcribe por *qv*, aunque la *q* no se emplea en otra parte, y la *v* se combina también con la g, de manera que kv=qv : gv : : k : g.

1. Cab, especie de cabriolé (*cab.*, ing.)

2. Cabestrante, Cabrestante (*capstan*, ing. de κάβοσ y σάω, según Thomson).

3. Cachalote (*cachalot*, ing.)

4. Cagotes, Agotes (Canes Gothi, *câ*, perro provenzal; *got*, godo).

5. Calambre (*Klamphern*, aa de los tiemp. med.; *chlampheren*, aaa).

6. Calapato, Calapatillo, escuerzo (*Kriupan*, frisón).

7. Calesa, Calesín (*Kolo*, rueda, eslavo, y pasó probablemente á las lenguas románicas por el intermedio alemán *calesse*).

8. Camelia (*Kamel*, naturalista de Brünn, que en 1731 trajo de China aquella planta á Europa).

9. Cancrelas, Caquerlaque, Blata americana de los naturalistas, *Kakkerlak*, neerl. Vino probablemente de la América meridional el nombre *Kakkerlaki* por los holandeses del Surinán.

10. Canoa (*Kaan*, neerland. *kahn*, scapha, linter, navícula, aamod; no sale de *canna* lat. porque el diminutivo de *canne* es *cannete*).

11. Caráuz, el vaciar completamente la copa en el brindis; «de origen alemán, decía Covarrubias, y tenía razón;» por consiguiente, de *gar-aus* en la locución *das garaus machen*, acabar, concluir, llenar la medida; *carrousese*, fr., *carouse*, ing. Además *Ciscot Lacciscot* en los brindis, dice Covarrubias.

12. Carcan, argolla (*querca*, aaa: *qverk*, cuello, gaznate, escand. ant.)

13 Carlos (*charal*, *charel*, *charl*, maritus, conjux, amator, aaa, voz formada cual el nombre mítico Mannus de *mann* hombre, *Carolus*, lat.)

14. Carlomán.

15. Carlovingio, Carlovingiano.

16. Carric (*carrick*, ing.)

17. Casilda.

18. Castina (Kalkstein, lapis calcareus; 1.°, el alemán *kalk*, *kalch* salió del caso oblicuo de *calx* lat. porque los Germanos deben á los Romanos el conocimiento de la *cal;* 2.°, *stein*, piedra).

19. Cayo, isleta (*Kaai* neerl. y este del celt. *cae;* pero Cayo, chova, de *kaha*, Corvus corone de los zoólogos, aaa; *kauw* neerl.)

20. Clisado, Clisar, Clisé (*clicher*, fr. ant., *cliquer* del alemán *ab-klatschen* de *klätschen*).

21. Clon (*clown* ing. propiamente patán, después zopenco, valió gracioso hasta Shakespeare, y se empleó después con relación á las pantomimas).

22. Club (*club*, sociedad, ing.)

23. Coaltar (*coaltar*, ing. *coal*, carbón, y *tar*, alquitrán).

24. Coalla (*quakele*, neerl.) De aquí el apellido Coalla.

25. Cobalto (*Kobolt* ó *Kobalt*, demonio, en el Harz y en Sajonia).

26. Coche (Ávila en el año 1553. «Carlos V se puso á dormir en un carro abierto, al cual en Hungría llaman coche; el nombre y la invención es de aquella tierra.» En efecto, el húngaro tiene *Kotczy* y el alemán *Kutsche*; pero la voz italiana *cocchio* recuerda la latina *conchŭla*).

27. Gok según la Academia, Coc, Coque, escriben otros, *coke* ing. de lignum coctum.

28. Colza, Colsate (*Koolzaad*, neerl., á saber: *kool*, col; *zaad*, semilla, que es la que se utiliza para sacar de ella el aceite; *kool*, neerl. y kohl cuando viene del lat. *caulis* y *côlis*).

29. Comité (*commitee*, ing. part. de commetre).

30. Confortable, vocablo que los franceses han tomado de los ingleses y que los galoparlistas han traído á España en significación de cómodo, dice Baralt. La palabra inglesa *confort* provocó una resurrección inconsciente de las voces españolas *conforte*, *conforto*.

31. Corchete (*Krókr*, gancho, escand. ant.; *crook*, ing.; *krooke*, neer. *cróg*, cinro, voz común á las lenguas germánicas y celtas. En la ley sálica se lee: incrocare).

32. Costila, Costula (*kostula*, *kostila* de *kiustan*, probare, eligere, g.)

33. Cota, cast.; Cot, cat. (*cotta*, *cottus*, bajo lat. sig. x; *cote*, anglosaj. *coat*, cota de malla, vestido, ing.; *kutt*, *kutel*, túnica, a).

34. Cretino, Cretinismo (*kreidling*, cretino, derivado de *kreide*, creta por el color blanquizco de la piel de los cretinos).

35. Cronglas (*crownglass*, ing.: *crown* corona, *glass*, cristal).

36. Cuados, Quados (*Quādi*, Tac. G-41. La etimología depende de la cantidad de la *a*; si ésta fué breve, se debe la voz al hipotético *qaths*, digno, de *qithan*, g. como dignus de dicere; pero si fué larga, como opinan la mayor parte de los ant. *guâdus*, proviene de *qêths*, malo, *quâd*, fris. ant.; calidades opuestas). Se empleó por César, Plinio y Tácito con la inicial y la medial góticas.

37. Cuarzo (*quarz*, a, y éste de *warze*, berruga, piedra berrugosa, porque la textura de la cuarcita es granuda, y astillosa la fractura).

38. Cuni (del adj. gótico *kunds*, oriundo, de un linaje; *kuni*, género. g.)

a. Cunegisilo, nom. borg. (*kunjagisils*, g. *Cynegisel*, anglosaj.)

b. Cuniberto (*Chunniperaht* aaa, voz parecida á Eugenius).

c. Cunigerio (*kunger*, la lanza del linaje, aaa).

d. Cunigunda (*Chunigunda*, la peleadora del linaje, aaa).

e. Cunimundo (*Chunimundus*, suevo, gentis tutor).

39. Cúter, térm. marít. (*cutter*, cortador, ing.)

II. Se aumentó por epéntesis el grupo inicial *kn*, extraño á las lenguas románicas.

1. Cañivete, Gañivete (*kneif*, *kneip*, trinchete, tranchete, pondón, aamod.; *cnîf*, anglosaj.: *knîfr*, escand. ant., es diminutivo).

2. Lasquenete (*landsknecht*: *land*, terra, regio, ager, g.; *Knecht*, puer, famulus, servus, aamod; pero desde el siglo XV, los que acudían de las ciudades y los campos á las armas, dieron á la voz el significado de miles).

III. El grupo inicial *kr* se subordinó á la gutural sonora.

1. Grafio por Garfio (*Krapfo*, *Krafo*, aaa), de aquí Agarrafar.

2. Gramallera, y en Aragón Cremallos (*cramaila*, Gloss. de Cassel; cramaculus, Cap. de Villis; *cramacula hahhala*, Glos. de Lind; *kram*, gancho de hierro, neerl.)

3. Grapa (*Krapfo*, aaa; *Krappen*, aamod), de aquí Grapón.

4. Gratar (*chrazôn*, aaa; *Krat-sen*, neerl. *cratare*, baj. lat.)

5. Gripan, cat. *Gropal*, por *Grapal* lemosín (*creopan*, anglosaj.; *kriapa*, frisón; *kruipen*, neerl.; *to creep*, arrastrar, ing.)

6. Grosella (*krausbeere*, uva crispa, aaa).

7. Grupo (*kropf*, aaa; *krippa*, giba, escand.; *crupel*, aaa; *crup*, contraer, gael.)

IV. 1. Anca (*ancha*, tibia, crus, aaa).

2. Asco (*aiviski*, turpitudo, dedecus, g.) La interjección alemana de asco es *äks*. Es notable que nuestra lengua tenga también *Usgo* por *Asco*.

3. Ercambaldo (*Erchambald*, aaa).

4. Ercamberto (*Erchambert*).

5. Escafida, cat. (*scafjan*, formar, ordenar, aaa; part. *guscafit* por *wola gascafit*, como en fr. *mole* por *bien molé*, *firme* por *bien firmé*, y en lat. *compositus* por *bene compositus*).

6. Escaramuza (*skerman*, combatir, aaa).

7. Escarbar, cat., Esgarrapar, cat. (*schrappen*, neerl., *schrafen*, aa de los tiemp. med.)

8. Escarnio (*skërn*, burla, mofa, risa, aaa; *skërnon*, huchear, chiflar, silbar, aaa; *skirmo*, burlón, chancero, aaa).

9. Escarola (*scariola*, lat. bot., ¿de la raíz *skar*, que vale cortar en las lenguas germánicas, es decir, la yerba que se corta).

10. Escarpa, Escarpín. Eran los Escorpios instrumentos que se emplearon para martirizar cristianos en las primeras persecuciones de los romanos, por la semejanza de las garras. Siendo la noción de agudo, puntiagudo, la fundamental de aquel signo, la etimología está en *skarp*, escand. ant.; *scarfa*, aaa (*scharf*, cortante, aamod. De aquí *scarpa*, zapato, it., y *Escarpín*, esp.)

11. Esclatar, cat. (*skleizén* por *sleizén*, rasgar, hendir, aaa).

12. Escora, Escorar (*shore*, puntal, ing.; *to shore*, apuntular, ing.)

13. Escota (*schost*. neerl., y éste de *schieten*, tirar).

14. Escote (*scot*, tributo, ing.; pero escote, corte en el vestido, de *skant-s*, fimbria, g.)

15. Isco, hijo de Mannus (*Iscus*, *Iskus*, lat., *Iskvans* ó *Isqans*, de donde *Iscevones*, en lat. *Iscœvones*); pero *Ingo*, otro hijo de Mannus, se debe á *Ingus*, lat., *Iggvans*, g., de donde *Ingœvŏnes*, Tac., G. 2, *Ingevones*, *Injevones*. Las tres formas *Ask*, *Isk*, *Esk*, se refieren á *Asciburgium*, Tac., 5-3, usado también por César y Plinio, y por el consonantismo gótico corresponde al *Askr*, escand. ant.

16. Marca, Marques, Marco (*marka*, terminus, finis, g.; *marha*, aaa; *margo*, lat. La voz Marcha salió directamente de la francesa *marche*, *aller de marche en marche*, porque la transcripción de la *k* germánica siguió en francés la regla de *cha*, *che*, *chi*, *co*, *cu*; así se ve en la voz Brecha y en la valenciana Bretja. J. Febrer, 229, ambas de la fr. *breche* y ésta de *brecha*, aaa, cual Hacha viene de hache, fr. y *hacke* neerl.)

17. Marcomanos (*Marcŏmanni*, *Marcŏmăni*). Cæs. b. g. 111, *marka*, limes, pero en la antigüedad constituía el límite un territorio extenso, un bosque como la Silva marciana, p. e.

18. Ricardo (*Rihhart*, aaa).

19. Tocar y su ant. Toquar (*zucchón*, aaa).

V. Algunas veces la *k* pasó á ser *g*, aun en medio de dicción.

1. Amerigo por Americo.

2. Arrigo por Arrico.

3. Brigola, máquina de guerra. Hist. org., 1-29 (*brëchel*, rompedor, quebrador, cascador, aa de los tiemp. med.)

4. Esgrumar, cat. (*kruim*, neerl.; *krume*, miga, aaa).

5. Federigo por Federico.

6. Rodrigo, Rodríguez (*Hróthareiks*, de la gloria, príncipe, g.)

VI. El español suele conservar la gutural sorda de la última sílaba.

1. Blanco (*planch*, brillante, aaa; *blanc*, aa de los tiempos medios, de *blinken*, brillar; *blank* vale blanco brillante, y la voz alemana *weisz* indica el blanco, el opuesto á lo negro. La voz blanca de índole germánica anuló la palabra *albo*, *albus*).

2. Emerico (*Emerîh*, *Emrîh*, príncipe de la actividad, aaa), de donde Amerigo, Americo y America.

3. Federico (*Friederîh*, aaa; *Fridurî*, aa; *Frithareiks*, príncipe de la paz, g.)

4. Franco (*Franci*, Claud. 1, Laud. Stil. 189; *Francus*, adj. Hier.; de *freis*, liber. sui juris, g.; *frî*, aaa, de donde *Franco*, aaa; *franca*, arma y también *framea*. Tac. G. 6, y los derivados fuertes ó sea con *qu:* Franquo, Franqueza, Franquía. Después las formas suaves ó sea las latinas: Francia, Aus.; Francisca, arma, San Isidoro, y Francés con el sufijo correspondiente al latín *ensis*). Framasón, de *franco*, libre y *masón*, albañil.

5. Godescalco (*Gotascalc*, Dei servus, de *skalks*, siervo, g.)

6. Placa (*plack*, neerl.)

VII. Desapareció tal cual vez en la última sílaba.

1. Brea (*brâk*, escand. ant., aceite de ballena).

2. Mariscal (*marascalh*, mozo de caballos, aaa).

3. Senescal (*siniscalh*, decano de los criados, aaa).

VIII. Son frecuentes las transcripciones con *que*, *qui*.

1. Anrrique, Anrique, Enrique al lado de *Anrrich*, Enrico, Arrigo (*Heimrîh*, de los lares príncipe, aaa).

2. Esquena (*skina*, aguja, aguijón, aaa, voz que significa también espinazo como la voz lat. *spiña*, y de aquí la vacilación entre la *e* y la *i*. Esquinela, Espinela), de *skina*, *skena*, tubo, pierna, aaa y Esquina, probablemente forma de Esquena, punta, como el italiano *Spigolo* vale esquina, y sin embargo, proviene del lat. *spīcŭlum*, dardo, la punta del dardo, aguijón de la abeja y rayo del sol.

3. Esquerdar, cat. (*scartî*, aaa, *skard*, incisión, escand. ant.; *skertan*, hacer incisiones, aaa; *skarda*, escand. ant.) De aquí probablemente el apellido *Escartín*.

4. Esquila (*skilla*, *skella*), cencerro, campanilla, aaa; *schelle*, aamod, del verbo *skëllan*, sonar. Si quis schillam (al. schillam, schellam, skellam), de caballo furaverit. L. sal.

5. Esquivar (*skiuhan*, aaa, aconsonantada la *u* y perdida la *h*).

6. Etiqueta (*stikke*, clavito, a. bajo mod.; *stikken*, horadar, taladrar, agujerear, alemán bajo mod.) Serie: marca, rótulo, y por extensión orden, arreglo, norma, de donde ceremonial.

7. Franquila, doc. del año 927.

8. Requila por Rechila.

9. Roderíquiz.

10. Queche (*Ketch*, ing.)

11. Quejido.

12. Quincalla (*klinken*, neerl.)

13. Quindulfus se decía en el sig. ix.

14. Quinivida (*kuivida*, g.; *kueba*, anglosaj., de *kuin*, rodilla, g.)

15. Quintila por Chintila.

16. Quito cast. Quiti, cat. Quitar, dar por libre, Poema del Cid (*quitt*, adv., quito, corriente, igual, sin deber, aamod; *quit* p. p. de *to quit*, libertar, ing.; *guyt*, neerl.; *qwit*, sueco; parece que la voz es de índole germánica, y así lo aseguran algunos filólogos españoles, pero las leyes lombardas traen la locución: «*Sit quietus*,» esto es, «*sit absolutus*,» y por tanto, *quito* se refiere á *quedo*, cambiada la sonora en sorda, salen directamente de *quietus* tranquilo, de la misma manera que el lat. *pacare*, apaciguar, pasó á la acepción de pagar.

17. Savaríquez como Fadríquez.

IX. Después del período franco se introdujeron algunas voces escandinavas y neerlandesas, transcritas con *quí*, nota de diminutivo.

1. Berbiquí, Verbiquí (*wimpelkîn*, neerl.; *winboreken*, bajo alemán; *windelbohrer*, aamod); 1.° *windel* de *winden*, torcer y *bohrer*, taladro.

2. Botiquín, bote pequeño, *bootje* neerl., *bótkîn* arcáico.

3. Maniquí (*mannekîn*, hombrecillo, neerl.)

4. Triquiña (*trekken*, neerl.)

X. Tal cual vez llegó á convertirse en *ch*.

1. Chalet (voz suiza, del patues de los Grisones, casa de vacas, quesería; se formó con *castelletum*).

2. Chova, Choya (*chouh*, aa de los tiemp. med.; *cauha*, L. Álam., 99-13; *kaw*, neerl.)

3. Chueta (*chouh*, aa de los tiemp. med.)

XI. El grupo *sch* del alemán alto moderno se transcribió por sonidos análogos: *ch*, *c* fuerte, *s* ó *z*.

1. Chabrac (*schabracke*, a, y éste de *czabray* polaco, y *tschaprak* turco, llegó por el intermedio germánico).

2. Chacó (*schackó*, *chacó*, a, y éste de *tzako* húngaro).

3. Chal (*schawl*, ing., y éste de *schâl*, tejido fino, persa).

4. Chalupa (*shallop*, lancha, ing.; *schuct* de *schieten*, lanzar, correr, neerl., *schnapphahn*).

5. Chamberga (del general *Schömberg*, que organizó el regimiento de los guardias del rey Carlos II).

6. Charpa (*scherbe*, trena, aaa; *schärpe*, aamod); de aquí Escarcela.

7. Chope (*schupfa, schoppen*, de *schöpfen*, agotar).

8. Choque (*schock, schocken*, aamod).

9. Chorlo (*schörl*, a).

10. Echopa, punta para grabar al agua fuerte (*schoppen, schuppen*, aamod; *schupfa*, aaa).

11. Ensopegar, tropezar, trompicar, cat. (*schupfen*, a; *schoppen*, neerl.)

12. Escorbuto (*scharbok*, aaa; *scurvy*, ing. de *schorf*, costra, cáscara).

13. Zopo, Zompo (*schupfen*, a).

14. Xerif, Capmany; *Jerif*, otros (la *sh* inglesa se presenta en la voz *sheriff*: 1.° *shire*, circunscripción territorial; *scyre*, provincia, anglosaj.; 2.° *rif* ó *reef*, abreviación del anglosajón *geréfa* de *graf*, conde, a).

XII. Compaño. No es de origen gótico, como expresa D. A. Capmany; se formó de *com* y *panus*, tomando por modelo la voz del aaa: *gi-mazo*, ó *gi-leip*, en las que *gi* equivale á *con*.

J.

La iota, la *i* consonante ó la *i* ramista, como ahora se dice para perpetuar la memoria de Ramus, gramático del siglo xvi, á quien se debe la distinción gráfica de la consonante, ha tenido suerte varia. Ya la Iot fenicia se descompuso por el alfabeto latino en *i* vocal y en *i* consonante.

A la semivocal sánscrita corresponden la *j* gótica y la del aaa, representada por *i*: pero Grimm y Bopp ponen la *j* con relación al período del aa. En las lenguas germánicas aconteció lo mismo que en sánscrito y zendo; las semivocales *y* = *j* y *v* suelen salir de la *v* y de la *u* con el fin de evitar el hiato; así la voz gótica *suiv-é*, filiorum, sale del tema *sunu* con la *u* modificada por el guna. Pero las lenguas germánicas siguieron casi siempre la regla inversa: la *j* y la *v* se vocalizaron al fin de las palabras y delante de las consonantes, conservando únicamente la forma primitiva delante de las terminaciones con vocal inicial. Así, *thius*, siervo, da *thivis* por genitivo; pero la *v* no salió de la *u* del nominativo, sino que *thius* es el residuo de *thivas*, vocalizada la semivocal después de haber perdido la *a*. Los alemanes pronuncian suave la iota como la *y* castellana.

La jota es la gutural absoluta del alfabeto español y tiene por relativas la *x* y la *g*. La letra arábiga *ch*, خ, no tiene el valor de la jota española; las equivalencias fonéticas saltaron á la familia de las labiales, á la aspi-

rada *f* y ésta á la *h* cual la *f* latina. La pronunciación de la *ch* arábiga y de la *j* española no fué la misma: no empleó el español su gutural para transcribir la arábiga, porque la reservó para la paladial ج en las voces *jarra*, *alforja*, p. e. También es *f* la equivalencia portuguesa. ¿Por qué, dice Delius, consiguió el árabe introducir este carácter orgánico en España y no en otra parte? «No tomamos de los árabes la *j* fuerte, como en general se ha creido,» decía el Dr. Monlau en 1870, «sino de los alemanes, de la fonética germánica, que anduvo de moda en la corte de Carlos V.» «Hasta el reinado de Felipe IV, añade el ilustre académico, cuando ya no había moros en España, pronunció el castellano la jota con suavidad, lo mismo que la han y la siguen pronunciando el italiano, el francés, el catalán y demás lenguas románicas.» Del godo no puede provenir, porque este idioma no la tiene, y tampoco salió de la letra alemana *ch* en *ach*, p. e., porque si entre ésta y la *j* española hay semejanza fonética, no hay igualdad entre ambas; la aspirada española arranca de más hondo y tiene mayor brío. Tampoco se la debemos al vascuence, según terminantemente declara Larramendi. Luego ¿de dónde viene? De los españoles. El aire de las montañas meridionales, tan favorable para la creación de las aspiradas y tan vibrado durante muchos siglos por las guturales aspiradas, la educación del aparato fonético y el complemento de las clases, órdenes y familias del alfabeto, produjeron la peculiaridad española. La estadística muestra en el estudio de las razas que el elemento romano, en contacto con el germánico y aun con el semítico, ganó siempre terreno, conservando la originalidad primitiva y haciendo, por decirlo así, su historia.

I. La *j* inicial de las palabras de índole germánica y las transcripciones presentan notable vacilación.

1. Jalón (*valus*, baculus, g.; ó de *gwalen*, bajo bretón).

2. Jardín (*karto*, cuyo genitivo y dativo es *gartin*, aaa, χόρτος, gr. *hortus*, lat. *gards*, g.: *garden*, ing.; *garten*, aamod., testimonio de la sustitución de las consonantes explosivas).

3. Jaquir, dejar, desamparar (*jehan*, a).

4. Jolin, cat. ant. (*jul*, escand. ant., la fiesta del solsticio de invierno, la navidad pagana, *hjul*, sueco).

5. Jutungos, Iutungos, Yutungos (*Iuthungi*, pueblo suevo, citado por Amiano, Idacio y Próspero, *iodh*, proles, escand. ant.)

6. Yac, Yaque (*jach*, bandera, ing.)

7. Yascht, Yate (*yacht*, ing. de *jagen*, cazar, a).

8. Yarda (*yard*, ing.)

II. Se muestra con bastante regularidad, sobre todo después de la *l*, de la *m* y de la *n*, pero ya *i*, ya *j*.

1. Después de la *b*. Lonja (*laubja*, aaa, de donde Alogar, tomar casa;

LOGAR, alquilar; LOGUERO, alquilador, voces usadas en los doc. navarros).

2. Después de la *d*. GUARDIA (*vardja*, g.); REGUARDIO, doc. nav., y en estos mismos se ven voces, donde sólo se emplea la *a*, por ejemplo, REGUARDAR, ESGART ó ESGOART, consideración; *en Esgoart*, en consideración; *Esgoardando*, considerando; *Esgoardar*, considerar, todos de ESGUARDAR.

3. Después de la *f*. GARFIO (*krapfijo*, hipot. de *krapfo*, *krafo*).

4. Después de la *l*, cual *hijo* de *filius*, y en el libro de Apollonio, 193, se lee *fixa* de *filia*; así, GASALIANES (*gasaljans*, g., pl.)

5. Después de la *m*. RAINO, térm. arag., caballo arisco, del provenzal *rainar* (*harmjan*).

6. Después de la *n*. BRUNIA (*brunjó*, brillar, g.)

7. Después de la *r*. ESTURION (*sturjon*, aaa).

8. Después de la *s*. BRASA, BRASERO (*bräsian*, anglosajón; desapareció la *i* en español).

9. Después de la *t*. SITIAR (*sittian*, sag. ant.)

10. Después de la *v*. ATAVIAR (*ga-tévjan*, ordinare, ó *taujan*, agere, g.)

H.

Como las lenguas románicas no admitieron la aspirada latina, no tuvo en ellas la germánica acción señalada y decisiva; pero, al tomar las voces alemanas, no podían prescindir de un sonido, que, aunque olvidado, llegaba de nuevo, y con mayor fuerza, al oído latino. Cada lengua siguió regla especial; mas adoptado aquél pocas veces, se buscó un equivalente, imitando la transcripción *galbanum* de χαλβάνη, *orca* de ὕρχη. Así:

1. ABRIGAR (*bi-rîhan*, cubrir, hipotético, pero fundado en *ant-rîhan*, descubrir, aaa).

2. DEGUNO, Fuego Juzgo, ninguno (*diheim*, aaa), *degun* se usa todavía en Niza.

3. TACAÑO (*zâhi*, aaa), empleando la gutural sorda (*taai*, neerl.)

I. Se prescindió algunas veces de la *h*.

1. ALABARDA (*Helmbarte*, aa de los tiemp. med.)

2. ALBRAN (*halbente*, a, anas querquedula, cual *halberent*, *halber ampfer*).

3. ¡ALTO! (*halt*, firmeza, a; *halta*, impedimento, aaa).

4. ARPA (*harpha*, aaa).

5. ASPA (*haspa*, *haspel*, aaa).

6. ASTINGOS (*Astingi* ó *Azdingi*, Jornandes, cap. 16 y 22; *Husdingi*, Casiodoro; *Hazdiggós*, capillati, g.; *Haddingjár*, escand. ant.; HERTINGA, *Hartungá*, aaa; el traje de pelo era signo de linaje libre, y, por tanto, noble).

7. AVERÍA (*haverij*, neerl.)

8. Izar (*hissa*, sueco; *hissen*, bajo alemán).

II. Se pintó tal cual vez la *h*, pero por galicismo.

1. Hacha (*hache*, fr.; *hacke*, neerl.)

2. Halar (*haler*, fr.; *halon*, aaa).

3. Hamaca (*hamac*, fr.; *hangmat, hangmak*, neerl.)

4. Harpa, aunque al fin prevaleció la forma sin *h* (*harpe*, fr.; *harpha*, aaa, *harpa*, lat. Venant. Fort. 7-8).

5. Heraldo (*heraldus*, *haraldus*, lat. med.; *hariowalt*, aaa; *hari*, ejército y *walt*, dominante).

6. Hornabeque (*hornwerk*, aaa).

7. Hugo, y en Berceo Ugo (*hugu* prudencia, luego Hugo, Prudencio).

8. Hulano, Ulano (*hulane* fr. *Uhlan*, *Ulan*, a, voz tomada del polaco, donde vale lancero).

9. Huna (*hune*, cofia, gavia, fr.; *hûn*, escand. ant.)

10. Hura, Canc. de Baena (*hure*, cabeza de jabalí y por extensión de otros animales, cabeza despeluznada ¿de *hule=huwel?* ó del vb. fr. *ahurrir*, relacionado con *um-hiur*, *um-hiuri*, horroroso, aaa).

11. Huta (*hutte*, choza, fr. *hutta*, tugurium, aaa).

III. Débese la confusión de la *h* con la *f* á los árabes y á los franceses, pero de ningún modo á los germanos. Revelan la vacilación y la duda los vocablos precintados en las aduanas francesas.

1. Bohordo, Bofordo (*bohorde*, fr. de *bot-hort*, *bo-hort* porque desapareció la *t* delante de las aspiradas: 1.°, *bot*, de *botar*, y 2.° *hurt*, tablado, aaa; *hourdeum*, lat. med.; luego lo que se tira al tablado).

2. Haca, Hacanea, Faca, Facanea, Jaca (*haque* fr. *hack*, ing.)

3. Farpa, arpa, Poema de Alfonso Onceno, harpa.

4. Fonta-Onta (*honta*, fr. *haunitha*, g., *hauneins*, humildad, g.)

5. El adjetivo Fardido, Ardido (*hardi*, fr. *hardus*, durus, g.; *herti*, aaa; *hart*, aaa; de donde *Ardil*, ánimo, valor y *Ardo* sufijo muy fecundo, á saber:

a. Nombres apelativos.

1.° Bastardo. Ego Wilhelmus, cognomine bastardus. Así firmaba el conquistador de Inglaterra en el año 1066, el primero que empleó aquella voz (*basto* esp.; *bastum*, bajo latín del radical βαστάζειν, llevar, βασταξ, bestia de carga).

2.° Bayardo (*bayo*, esp. *bai*, *badiŭs*, lat.)

3.° Begardo, Bigardo (*beggardus*, *beguardus*, bajo lat.; *beggen*, pedir, neerl. *to berg*, ing., la holganza es efecto de pedir). Al mismo radical se refiere Beguina.

4.° Billar (*billard*, fr.; *billa*, bajo lat.; *bickel*, huesecillo, dado, aa de los tiemp. med.; *bikkel*, huesecillo, taba, neerl.)

5.° Bombarda (*bombus*, ruido, lat.)

6.° Brocado y en Aragón Brocato (*brocart*, fr. de *broca*, esp. y *brocchus*, *broccus*, diente saltón, Plauto y Varrón).

7.° Brocardo, térm. for. (*brocarda, brocardium*, sentencia de la obra de Burchard, obispo de Worms en el siglo XI). De aquí el libro *burcardus* y las sentencias brocardinas.

8.° Cobardo, Lib. de Alev., 124. Cobarde (*cauda*, lat., *co-ardo* por *codardo*, cual *juvicio* de *juicio*).

9.° Espingarda (*springan*, aaa, perdida la *r*).

10. Galavardo (*geil*, vano, aaa; *geilî*, vanidad, aaa).

11. Gallardo (*gayol*, *geagle*, anglosajón).

12. Moscarda.

13. Petardo (*petar*, prov. *pedere*, lat.)

b. Nombres personales.

1.° Abelardo.

2.° Adelardo (*adel*, nobleza, aamod).

3.° Alardo, Alerdo (*Adalhart*, aaa).

4.° Bernardo (*Bernhardt*, aaa; *pern*, oso, aaa, *bär*, aamod). En la mitología germánica el oso es el rey de los animales, y los Escandinavos, los Eslavos, los Fineses y los Lapones le consideraron sér sagrado, dotado de entendimiento y con la fuerza de doce hombres. Oso pasó á significar vir y heros.

5.° Biscardo.

6.° Blanchard.

7.° Bojardo.

8.° Eberardo, Everardo (*Eberhard*, aaa), *eber*, jabalí, aamod; *ëpar*, aaa; *ëber*, aa de los tiempos medios; *ibr* y *iöfur* vale únicamente príncipe ó rey, escand. ant., pasó á significar vir y heros en los nombres personales. De aqui Ibor, nombre lombardo.

9.° Guiscardo (*wis*, sapiens, aaa, endurecida en *c* la *h* de *hardus*).

10. Leonardo (*Leonhard*, aaa fuerte como un león). El león fué emblema del valor entre los Francos.

11. Nisardo (*Nidhart*, aaa).

12. Picardo (*Pichard*, *pick*, alcaravan, aaa).

13. Ricardo (*Rihhart*, aaa).

14. Sicar, Sigar (*Sicard*, *Sigihart*, aaa, *Sigo* victorioso).

c. La forma alemana *hart* se confunde con la latina *ars, artis* por los etimologistas de sonsonete.

1.° Aicardo, Aicarte (*Aikardus*, doc. de 911; *Eckihart*, aaa, de *echo*, el eco); de aquí Axarte (*Achard*, *Echard*, fr.)

2.° Baluarte, Balluarte (*boulevard*, *boulevart*, fr. *bollwerk: bollen*, lanzar y *werk*, obra, voz del siglo XV).

3.° Bayarte (*Bayardo*).

4.° Blancarte.

5.° Estandarte (*standart, stand*, estado, sitio, asiento).

6.° Guillarte (*Willihart* de *willi*, querer, luego voluntad poderosa).

7.° Huarte, Hugarte, Ugarte (*Huguihart*, aaa).

8.° Iriarte (*Erhart*, aaa).

9.° Lasarte.

10. Losarte.

11. Posarte (*possen*, burla).

12. Recarte, Ricarte (*Rihhart*, aaa). De aquí Recaredo, ó éste de *Ricarid*, aaa de *rat*, consejo.

13. Susarte.

IV. También se puso la *h* por la *v* en algunos nombres étnicos.

1. Naharvalos (*Nahanarvali* y *Naharvali*, Tac., 43; *Navarnéhaleis*, g. *Nornahalir*, viri qui dearum fatalium tutela gaudent, escand. ant.: 1.° navis, mortuus y principalmente, fato concessus, g.; 2.° *hals*, hipot. gót. de *halr*, vir, heros, escand. ant.) Luego *navairns*, g., está por *norn*, escand. ant.

2. Victovalos, Victovales (*Victovali*, *Victohali*, lat. *Vaithéhaleis*, g., *Vœttahalix*, escand. ant.: 1.° *vaihts*, sér parecido á la Norna, g.; 2.° *hals*, g.)

V. Ch. La *ch* es carácter diferencial del franco. El latín transcribió por *f* la aspirada labial griega ph. φ, y dejó sin utilizar la gutural aspirada la *ch*, χ, así como la aspirada de las dentales la *th*, θ. En lugar de la *ch*, χ se puso una consonante bastarda la *h*, así *hortus* de χόρτοσ, ó se suprimió por la debilidad de la equivalente *anser* de χήν, ó se contrajo la *h* y la vocal siguiente *nemo* de *nehemo*, ó pasó sin más á la gutural sonora *lingere* de λειχω. El alemán carece de la gutural aspirada, y emplea la *h*, y conviniendo en esto con el godo, sustituye así tanto la sorda como la aspirante del griego. De los idiomas germánicos, únicamente el franco tuvo la aspiración orgánica *ch*, χ, gr., distinta de las aspirantes.

1. Chamavos, Camavos (*Chămāvi*, Tac., g., 33; *ham*, cutis, tegmen, aaa, y *ouwa*, vega, isla, aaa; luego pueblo ribereño, como los Ubios y los Ripuarios)

2. Chariberto, Cariberto (*Charibertus*, *Heriperaht*, aaa, *heri*, ejército, *peraht*, fulgente).

3. Chariovalda, dux Batavorum, Tácito, Ann. 2-11 (*Hariowalt*, aaa, sorprende no encontrar la forma *Chariovaldus*, atendida la forma *Hariolt*, saj., y *Haraldr*, escand. ant.)

4. Chasuarios, Casuarios (*chasuārii* Tácito, voz tomada por los latinos con la *ch* franca; *Hasuarii*, aaa, del río Hase, tributario del Ems).

5. Chattos, Cattos, Catos, Cattos (*Chatti*, *Catti*, Tac., g., 30, voz tomada por César, Plinio y Tácito con la medial gótica, y con la *ch* franca *Hazzi*, *Hazi*, aaa, *Hassii*, *Hessii*, aa de los tiempos medios, de *hät*, anglosajón; *hat*, ing.; *hattr*, pileus, pileolus, galerus, escand. ant.)

6. Chattuarios, Chatuarios, Catuarios, Atuarios (*Attŭarĭi*, Vell. 2-105, *Athuarii*, *Hätvare* ó *Hätvere*, colentes, gestantes pileum: 1.° *hät*, pileus, anglosaj.; 2.° *vare* ó *vere*, colens, anglosaj., del verbo *verjam*, tueri, defendere, de donde *Hattuarii*, *Hazzoarii*, aaa).

7. Chaucos, Caucos (*Chauci*, *Chauchi*, *Cauci*, Tac. G., 35, voz tomada con la *ch* franca; *hauhai*, altura, g., *hóhe*, aaa; luego los excelsos).

8. Chedino, Quedino (*Hedin*, aaa).

9. Cheruscos, Queruscos, Ceruscos (*Chĕrusci*, Cæs. y Tac., 5-36. *Cheru*, Marte; *Heru*, a, de *haîrus*, ensis, g.)

10. Childeberto (*Childebertus*, *Hiltiperaht*, aaa: 1.° *Hilti*, *Hilto*, *Hilda*, y 2.° *peraht*, fulgente, aaa). De aquí *Hildeberto*, *Udeberto*.

11. Chilperico (*Chilpericus*, *Hëlfrîch*, aaa).

12. Chillo (*Hilla*, anglosaj.)

13. Chindasvinto, Chintila (*Chindasvinthus*, *Chintila*, Conc. tol., 13: año 683). Amiano, 28-5 trae la explicación de dos voces borgoñonas, cuyo interés filológico es considerable: apud hos generali nomine rex apellantur *hendinos*, nam sacerdos apud Burgundios omnium maximus appellatur sinistus et est perpetuus, obnoxius discriminibus nullis ut reges. *Hendinos* coincide con la voz gótica *kindins*, prefecto, gobernador, porque los Borgoñones no tuvieron nunca rey. La *h* está por *ch*, ó sea *k* gótica, nuncio de la sustitución, cual *Hortarius*, nombre de un rey de los alemanes, por *Chortarios*, de *chortar*, grey. Afine con el nombre gótico *Kindins*, es el alemán *chint*, proles. *Sinistus* salió de *sinista*, superl. senior, g.; *sin*, perpetuo, aaa. Por lo que hace á la terminación, se tiene *svinths*, fortis, validus, g.; *swinde*, aa de los tiemp. med.

14. Chlodoveo, Clodoveo (*Chlodoveus*, *Hludo wîc*: *hludo*, ilustre y *wic*, combate, aaa), de donde *Chlovis*, *Clovis*, Ludovicus, *Luis*.

15. Chlodosinde, Clodosinde, Chlodosindus Clodosindis.

16. Chochilaico, Coquilaico *Chochilaicus* (*Hukileih*, aaa).

17. Chramno, Crano (*Hramnus*, cuervo, aaa).

18. Chrodoberto, Crodoberto (*Chrôdobertus*, franco, *Hruodperaht*: *hruod*, gloria, *peraht*, fúlgente, aaa).

VI. Antes de la *t* ó de la *s* predominó la *c* primitiva, y no llegó ésta á *ch*.

1. Ambactus, Caes. b. h. 6-15 (*andbahts*, minister, y primitivamente amigo ó servidor que guarda á otro las espaldas, g.; *ampaht* aaa, á saber: *and*, partícula y *bak*, espaldas), de donde *Ambaxia*, *Ambactia*, lat. med. y Embajada, Embajador.

2. Los nombres compuestos con *dructis*, ley sál. 14, *draúhts*, miles, g. *truht*, aaa.

a. Drotara (*Droctara*).

b. Drotarno (*Droctarnus*).

c. Drotulfo (*Droctulfus*).

d. Drutoino (*Drurtoinus*).

3. La forma *berct* por la gótica *bairhts* como *Childeberctus*, *Berctoaldus*.

4. El lombardo empleó la *h* algunas veces: *Ahistulf* por *Aistulf*.

VII. La *ch* cayó con la dinastía merovingia; muchos manuscritos de la ley sálica presentan la *h* en lugar de la *ch*, y los escritores romanos se inclinaban á esta sustitución. La ley rip. 64 trae *hariraida airagida* = *airaida*. La *h* desapareció por la influencia lombarda.

1. Aribannum, Arribanum (*Herebannum*).

2. Aribau por *Haribau* (*Haribaldus* lat. *Aribald*).

3. Arigis por *Harigis*.

4. Arimanni, Áriminenses, homines exercitales; por *Harimanni*, *Harimannus*.

5. Ariovisto (*harjis* ejército g., *heri*, aaa).

6. Aripertus por *Haribertus*.

7. Ariulfus por *Hariulfus*.

8. Eriberto por *Heriberto*.

9. Ildiperto por *Hildeberto*.

10. Ilpericus por *Chilpericus*.

VIII. También desapareció la *h* en medio de dicción.

1. Crodieldis por *Crodhildis*.

2. Erboildis por *Herbohildis*.

3. Marioildis por *Mariohildis*.

IX. Además de la *ch* franca y de la *h* alemana, hay otra especie de *h*, la verdadera espirante, que resistió á la sustitución; se propagó por el latín, franco y alemán, y por aféresis suele desapareeer.

1. Hermino, Irmino, Irman (*Hermin*, lat.; *Hermun*, lat.; *Ermenius*, lat, med.; *Irmin*, Erman, aaa; *Airman*, g.; *Iörmun* escand. ant.; *Eormen*, anglosaj.) La mitología germánica prueba la unidad de las voces *Armin*, *Irmin*, *Irman*, *Erman*, uno de los hijos de Manno. De aquí:

a. Arminio (*Airman* g. con la forma latina, *Arminĭus*, el célebre jefe de los Queruscos, Vell. 2-118; Tac.; Flor.) Los romanos conservaron la a, vocal pura de los germanos.

b. Ermanarico, Armanarico, Hermanarico (*Airmanareiks*, g., *Ermanaricus*, lat.)

c. Ermenegildo en la moneda y en Mariana; pero después Hermenegildo por galicismo.

d. HERMIONES, HERMINONES (*Herminones*, Tac.; es una equivocación la forma *Hermĭŏnes*). Plinio 4-14-28. Nunca se dijo *Cherminones* á la manera franca.

e. HERMONDUROS, HERMUNDUROS, HERMODUROS (*Hermundŭri* Plin. 4-14-28, Duri ó Dori).

f. IRMANSUL, templo levantado á *Irmin* por los sajones (*Sul* columna, aaa; sauls, g.)

2. HARUDES (*Harŭdes*, Cœs. b. g. lib. I *charad*, *harud*, *hard*, lucus, silva; saj. ant.; *hart* aaa, luego silvicolæ).

3. HERCAMBERTO, ERCAMBERTO.

4. HERCINIA (*Hercynia* Cœs. b. g. 6. 24).

5. HERULOS (*Hĕrŭli*, *Eruli*, lat. *Airulos* de *hairus*, ensis, g.)

X. Los tres grupos góticos HL, HN, HR se debilitaron al principio de dicción en el aaa, anunciando el tránsito á otra articulación análoga, pero no tan acentuada como aquélla. Así es que las lenguas románicas emplearon tres medios de transcripción: 1.°, la aféresis, que fué lo más común; 2.°, el cambio en *f*; y 3.°, la vocal epéntica; generalmente la *a* afine con la *h*, y variable en *e*. También se simplificó el grupo HT.

A. HL.

1. ALOTARIO (*Alotharius* doc. del año 840 *Hlothar*).

2. FLANCO (*hlancha*, aaa).

3. GALOPAR (*ga-hlaupan*, correr, g., la partícula que tiene funciones análogas al aumento griego).

4. LASTA, LASTRE, térm. marít. (*hlast*, peso, aaa).

5. LEIRE (*hleîthra*, *lethra*, *leire*, tabernaculum, g., compárese con κλεῖθρον).

6. LORD (*hlâford*, *lâford*, señor, anglosajón; *hlaifs*, pan, g.) De aquí LADY, *hlœdige*, *hlœfdie* anglosajón y el apellido LAVERDE, de *laverd*, *lauerd*, lord, ing. ant.)

7. LOTE, LOTERÍA (*hlaut*, suerte, g.)

B. HN.

NIQUITOSO térm. arag. (*hnicchan* aaa; *nicken*, hacer señas con la cabeza, aamod).

C. HR.

1. AREMIR, cat. ant. (*aramir* un sairement, aramir ou jurer, *ad-hramire*, *ad-chramire*, lat. med. *hramjam*, croci affigere, g.; *arâmen*, aaa).

2. ARENGA (*hring*, aaa, círculo, reunión, espectáculo).

3. RANCHO, RANGO (*hringón*, aaa).

4. RENTAR, cat. (*hreinsa*, escand. ant.)

5. RIBALDO, Arc. de Fita. RIBALDERA (*hrîba*, prostituta, aaa).

6. ROTA, instrumento músico, Berceo (*hrota*, aaa).

7. El vocablo *hrotheigs*, gloriosus, rutir, g., *hruodó* aaa, es elemento de muchos nombres personales.

a. Rodrigo (*Hróthareiks*, g.)

b. Roger, Rogerio, Rogelio (*Hruodger*, aaa).

c. Rolando y por metátesis Orlando (*Hruodland*).

d. Romundo, Rodomundo (*Hruodmund*, aaa).

e. Rotano (*Rotanus*).

f. Rotario (*Rotarius, Hruodharius*, aaa).

g. Rudolfo, Rodolfo (*Hruodolf*, aaa).

h. Ruperto, Roberto (*Hruodperaht*, fama clarus, aaa).

8. Runge, Rungo, apellido (*Hrûngnir*, escand. ant.; *hruga*, virga, g., *runge* aamod).

D. HT. Perdió la *h* inicial en medio y al fin de dicción; se convirtió algunas veces en *it* provenzal, y aun en *ch*, cual el correspondiente latino *it*.

1. Agait, Aguaitar (*wahten*, estar en guardia, aaa, de donde *Goaitar* guardar, y *Goiamiento* guarda, tutela).

2. Flete y aun Frei en los doc. navar., *fréht* servino, aaa.

3. Matilde (*Mahthilt*, aaa).

4. El elemento Berto (*baîrhts*, fulgens, g.; *peraht* aaa se presenta sin *h* ya en los documentos del siglo vi, y entra en muchos compuestos).

a. Berta, f. Fulgencia.

b. Bertilo (*berahtilo*).

c. Bertin (*Bertin* aaa con sufijo diminutivo).

d. Berto, Fulgencio.

e. Bertoldo, Bertoldino (*Bertoaldus*, *Berchtolt*, *Berahtolt*, aaa; *walte*, dominador; *valdus*, lat., domina con esplendor).

f. Adalberto (*Adalberaht*, aaa; *adal*, nobleza): de aquí Alberto.

g. Gerberto.

h. Guilberto (*Wiliperaht*, aaa).

i. Herberto (*Heriperaht*).

j. Huberto (*Hugiperaht*).

l. Humberto (*Huniperaht*).

m. Lamberto (*Lantperaht*, aaa): de aquí Lanzodim.

n. Norberto (*Nordoperaht*, *Nordoperctus*, aaa).

o. Siberto, Sigiberto, Sigeberto (*Sigiperaht*, aaa).

p. Silberto (*Seliperaht*, aaa).

Ñ.

Respecto de la nasal de las guturales, Ulfilas, siguiendo la regla griega, empleó la *g* como nasal delante de las guturales; pero en las otras lenguas

germánicas se expresó generalmente la gutural nasal por una *n*, y como ésta sólo se encuentra en medio de dicción y delante de otra gutural, se conoce con facilidad, por ejemplo, *drinkan*, beber, aaa; *trinken*, aamod; pero al transcribir esta voz al español diciendo TRINCAR, TRINQUIS, no se hizo uso de la nasal gutural.

DENTALES.

T.

La *t* gótica pasó á ser *z* en el alemán alto y en el medio. Hay dos especies de *z*, las cuales no reinan en el alemán alto de los tiempos medios: domina en la una el valor de la *t*, y prevalece en la otra el sonido de la *s*; San Isidoro representa con *zf* á esta última, y con *zff* la reduplicación, y expresó con *tz* la reduplicación de la primera especie. El alemán alto moderno ha conservado únicamente el sonido silbante de la primera, y emplea en la escritura la *s*, propiamente dicha.

I. En las iniciales pasó íntegra la *t* gótica.

1. TACA, TACHA, TACÓN, ATACAR (*tak*, neerl., común con el celta, *tac*).

2. TAIFALO (*Taifalus* salió de *Decebalus*, nombre de la dinastía más noble de los Dacios, *tai* ó *thai*, está cual Δαοσ, Davus por *Dacus*).

3. TALA, excydium sylvarum, y en sus compuestos (*zâlon*, deripere, aaa).

4. TAMIZ (*teems*, neerl.)

5. TAPÓN, TAPAR (*zopfo*, aaa): de aquí *zampar*.

6. TAS (*tas*, neerl.)

7. TASCAR (*zaskôn*, aaa).

8. TATO, TOTILA (*Tótila*, g.; *Zuozo, Zuozilo*, aaa, raíz común al celta *tad.*, al gr. τάτα, al homérico τέττα, al inglés *dad*, *daddy*, papá, al bávaro *tat*, *tatt*, *tatte*).

9. TENCTEROS (*Tenchtēri*, *Tenctēri*, Cæs. b. g. 4-1-1, *Tengtheri*, á saber: 1.º *tengdr*, junctus, affinis, consaguineus, part. del verbo *tengja*, jungere, escand. ant.; 2.º *heri*, ejército; luego fratres y consaguinei).

10. TENDER (*tender*, ing. de *to tend*, estar de servicio, apócope del fr. attendre).

11. TETA, esp. y DIDA, nodriza, cat. (*tile*, anglosajón; *zitze*, aaa).

12. TILBURY (*tilbury*, ing.)

13. TOA, TOAR, ATOAR, ATOAJE (*tow*, ing.)

14. TOAST (*toast*, ing.)

15. TOLDO (*tialld*, escand. ant.; *telde*, neerl.; *zelt*, aaa. No hay, pues,

necesidad de acudir á la intercalación de la *d*, como sucede tomando el latín *tholus*, según propone Covarrubias ó la voz árabe *dholla* de M. Dozy).

16. Tolmo, Tormo (*turn*, torre, anglosajón).

17. Tomar (*tómin*, anglosajón).

18. Top, Tope, Topete, Topar, Tupé, Tupir (*top*, punta, cima, anglosajón).

19. Trampolín (*trimpan*, calcare, g.)

20. Tranvía, Tramvía (*tramway*, ing.: 1.°, *tram*, tramo, porque tuvo su origen á últimos del siglo pasado en las minas de carbón, y entonces se construía con tramos de madera en los que se fijaban chapas de hierro, 2.°, *way*, vía, como *railway*, camino de hierro; *broadway*, arrecife; *causeway*, travesía; *pathway*, sendero; *troughway*, pasaje).

21. Troje (*trog*, anglosajón).

22. Tudel (*túda*, tubo, escand.)

23. Tuina (*twine*, ing.)

24. Tulga, Tulgilo (*Tulga*, *Tulgiló*, aaa; *tulgus*, firme, estable, g.)

25. Tumbar (*tumba*, escand. ant.)

26. Túnel (*tunnel*, ing.)

27. Tungro. (El primitivo Germano y lo tocante y perteneciente á la antigua Germanía, dice la Academia. *Tungri*, Plin. 4-17-31, nombre de un pueblo situado en la Galia bélgica, hoy Tougres, y viene del alemán *zungar*, linguosus, clamosus, traducción de *Germāni*, Cæs, b. g. 2-4, porque este último nombre viene del celta *gairm*, pl. *gairmeanna*, grito, aquel grito belicoso, terror de las legiones romanas.)

28. Turf, jardiner. (*turf*, gason, ing.)

II. Se conservó la *t* en las mediales.

1. Atracar (*trekken*, *antrekken*, neerl.)

2. Batel (*bât*, anglosaj.; *bátr*, buque pequeño, escand. ant.; también se encuentra en las lenguas célticas *bâd*, cinro, *bad*, irl.)

3. Brote, Brotar (*broz*, renuevo, aaa; *brozzén*, renovar, aaa).

4. Estay, Estayar (*staye*, puntal, neerl.)

5. Este y el térm. marít. Leste (*eást*, anglosajón; *east*, oriente, ing.; *sót? óstan*, aaa; *ost*, *osten*, aamod. Con esta voz se ligan los nombres Ostrogodos y Ostrogoda, *Austrogothi*, Pollio Claud. 6; *Ostrŏgŏthi*, Claud. in Eutr. 2-153, Sid; *Ostrogotha*, rey de los Godos, Jorn. Cass).

6. Estios (*Æstўi*, *Æstii*, *Æstui*, Tac. Germ. 45, hoy Estonia, *aistan* revereri, g. de *aisa*, *aiza*, honor, primitivamente splendor, decus, g., *Aisteis*, reverendi, honorati, g.)

7. Etapa (*stapula*, bajo lat.; *stapel*, depósito, neerl.; *staple*, ing. de *stab*, bastón, a).

8. Hato (*vazza*, *vaz*, aaa).

9. Guita (*witta* del lat. *vitta*).

10. Iutas, Jutas, Yutas, Yutos (*Iuts* y el pl. *Iutôs*, hipot. g. *Ioz* pl. *Iozâ* aaa, exterior, extremus, porque habitaban la parte septentrional del Quersoneso címbrico. *Jute*, *Jutland*, sueco; *Jyde*, *Jylland*, danes; *Iotar*, Eda; *Iotar*, *Iotland*, *Iotagrund* en los Escaldos. Sedusios (*sedusii*, Cæs. 1-15, son los llamados en otro país *Eudoses*, Tac. G., 4. *Iutosjós* y cual *berusjós*, parentes, y *Iutôs* y *Iutusjôs* indican un mismo pueblo; tiene todavía sin sustituir el sonido de *Eudi* y *Eudoses*.

III. Se empleó con parsimonia la supresión de la *t*.

Guiar (*vitan*, g.)

IV. Se propagó mucho la *z* alemana por las lenguas románicas, y se encuentra empleada delante de todas las vocales; el italiano la trasladó íntegra por regla general, pero los otros romances la transcribieron por *z*, *c*, *s* ó *ss*.

A. 1. Zalagarda (*zâla*, destruir, y *warta*, acecho, aaa).

2. Zebra, Zebro, Zevro, Cebro, Cevro (*zëpar*, aaa).

3 Zinc (*zink*, aamod).

4. Zig-zag, Zis-zas (*zick-zack*, a).

B. 1. Baza, cast., Basa, cat. (*bazze*, ganancia, aa de los tiempos medios).

2. Camuza, Gamuza (*gam-z*, aa de los tiemp. med. ¿Estará el radical en *gamo* de *dama*, como *golfin* y *delfin*, *gragea* y *dragea*, *gazapo* y *dasapo?*)

3. Cazo, Cazuela, Cacerola, Caceno (*katils*, lebes, g., *chezzi*, aaa). Se intercaló la *r* en *cacerola* cual en *muse-r-ola*.

4. Ezilo (*Ezilo*, aaa dim. de *azo* padre, como Atila de Attila, paterculus, g., diminut. de *atta*, padre, g.)

5. Gauseran (*Gôzran*, aaa).

6. Liza (*letze*, aa de los tiemp. med.)

7. Melsa por Melza (*milzi*, aaa).

8. Orza (*lurts*, neerl.; *lurz*, izquierdo, babor, suprimida la *l* inicial que desempeña las funciones de artículo).

9. Pizca, Pizcar (*pfetzen*, aaa).

10. Vitiza, Witiza, Uuitiza, el Sabio (*vitan*, saber, g.; *wizan*, aaa; *wissen*, aamod).

C. Pasó la silibante algunas veces á ser paladial.

1. Bocha, Buche, Bucha (*butze*, *butzen*, obtuso, aaa: *butse*, chichón, hinchazón, neerl.) De aquí Esbozo y Bocio.

2. Chivo (*zeibar*, aaa; *zëbar*, aaa).

3. Frecha, ant. Flecha (*flitz*, aaa).

4. Pinchar (*pfetzen*, a).

V. Se simplificó la *st* cual se hizo con las palabras tomadas del latín, pasando á ser *x* ó *z*.

1. Cruxir, Crujir (*Kriustan*, stridere, g.)

2. Broza, Bruza (*burts*, *brusta*, cerda, peine, aaa), y también *Bruxa*, *Bruja*, forma secundaria de *bruza*, como *uxier* de *uzier* y *usier*, y respecto del cambio etimológico en simbólico, basta recordar aquello de «convertidas en gallos, lechuzas ó cuervos, como el lat. striga.»

D.

La *d* gótica, que pasó á ser *t* en alemán, se transcribió como la *t* latina, conservándose, por regla general; sin embargo, en la banda occidental desapareció tal cual vez, al estar, ya entre vocales, ya después de ellas.

I. 1. Dacos, Dacios (*Dāci*, Plin. 4-12-25, Caes. b. g. 6-25. *Dagos* ó *Dagós* en las lenguas germánicas. «Daci autem Gothorum soboles fuerunt et dictos putant Dacos quasi Dagos quia de Gothorum stirpe creati sunt,» S. Isid. orig. 9-2. La raíz es *dags*, dies, g.; es decir, el tiempo opuesto á la noche, el período de la luz, y por tanto, *Dacios* son los luminosos, *Daco* el luminar, noción afine con la de la divinidad Δῖοι).

2. Daga (*daca*, baj. lat.; *dagge*, neerl.; *dag.*, ing.)

3. Dalia, planta dedicada por D. A. J. Cavanilles al botánico sueco *Dahl*, que significa cuervo.

4. Dalla, Dalle (*dagol*, neerl.)

5. Dandy, vocablo anglofrancés condenado por Baralt. *Dandy*. ing.; *dagan* valere, prodesse, g., *takan*. aaa.

6. Dardo (*daradh*, anglosajón; *darodh*, ing.; *tart*, venablo, aaa).

7. Dalina, lámpara (*Davy*, ing.)

8. Dique, térm. de constr. (*dyk*, neerl.), pero Dique térm. geol. (*dyke*, filón, ing.)

9. Dogo (*dog*, perro, ing.)

10. Dogre (*Drogue*, término marít.; *dogger*, neerl.)

11. Doque (*dock*, neerl.)

12. Draga (*drăg*, escand. ant.; *drăge*, anglosajón; *drag*, cavar, ing.)

13. Drauvaque, término merc. (*drauwback*, ing.)

14. Drenar, Drenage (*to drain*, desecar, agotar, ing., *drehnigean*, anglosajón).

15. Droga (*droog*, seco, mercadenus secas, como plantas secas, neerl.)

16. Dulgibinos, Duljibinos, Dulgivinos, Duljivinos (*Dulgibini*, Tac. G. 34, y con mayor propiedad *Dulgubini*, *dulgs*, vulnus, g.; de aquí *Dulgubni*, vulneratio, y después *dulgubnja;* vulnerator; luego, viri vulnerantes, vulneradantes; esto es, bellatores).

17. Dunga, Tuga, térm. geol. (*dung*, abono, ing.)

II. 1. Audeca, Audica, nombre suevo de barón con la terminación gótica (*audags*, opulentus, beatus, g.)

2. Banda (*bandi*, vínculo, g.)

3. Bandera (*bandva*, signo, g.)

4. Bando (*bannum*, edictum, interdictum, lat. med.; *bannire*, edicere, citare, relegare, lat. med.; *bandvjan*, significar, g. y su forma secundaria *bandvjan*, g.)

5. Bedel (*bidellus*, lat. med.; *bydel*, præco, anglosajón, ó mejor de *petil*, emissarius, aaa).

6. Borda, cat. y nav., barraca (*baurd*, g.) De aquí Bordel, *Burdel*.

7. Borde, Bordo (*bord*, orilla de nave ó de vestido, saj. ant.) De aquí salió Bordar, recamar las orillas de los vestidos; según dice Covarrubias, Brodar, cat. El español antiguo emplea la forma Broslar por *Brosdar*, brosdus, lat. med. del siglo x, *brustus*, bordado que vienen del hipot. y g. *brûzdon*, punta, por la analogía de las operaciones. Bordar, rodear y Bordear, dar bordos, vienen de bordo. Pero Borde, el nacido fuera de matrimonio, sale de *burdus*, lat.; *bairan*, g.

8. Brida (*bridel*, anglosaj.)

9. Guardar (*vardjan*, g.)

10. Ordalia term. for. (*Ordalium*, bajo lat.; *ordâl*, anglosajón; *urtheil*, *urthel*, juicio; *ur*, fundamental, y *theil*, partición).

III. Desapareció algunas veces:

1. Braon (*brâto*, aaa).

2. Forro (*fôdr*, vagina, g.)

IV. Se emplea algunas veces la *z*.

1. Azalberto (*Adalbert*).

2. Azaleis (*Adalheit*).

3. Azimar (*Hadumâr*).

4. Biezium, lat. med. (*bed*, saetín de los molinos, anglosaj.)

5. Esguazo, Vado (*watan*, vadear, aaa, y *waten*, aamod); de aquí Esguazar, y probablemente Guacharo y Guachapear.

6. Ozil (*oudil* de *uodil*, prædium, aaa; *othli*, g.)

V. La *t* alemana tuvo también alguna influencia, presentándose hasta en las palabras donde dominaba ya la *d* alemana.

1. El nombre *dags*, dies, g.; *tac*, aaa; *tag*, aamod; es elemento formativo.

a. Dago (*dago*, aaa).

b. Dagoberto (*Dagoberto*, fulgente como el día).

c. Tagantes.

d. Tagar.

e. TAGAROTE (*Tagroth*).

f. GERTACO (*Gértac*, aaa).

g. HELTACO (*Helmtac*, aaa).

h. RUTACO (*Hruodtac*, aaa; *hruod*, gloria).

i. SIGITACO (*Sigitac*, aaa; *sig*, victoria).

2. TANNO, TAÑO, TANERIA, TENERIA (*tanare*, Gloss de Erfurt; *tanna* de *tanne*, Abies pectinata, Pinabete).

3. TRAPA, TRAMPA, ATRAPAR (trapo).

4. TRAPO, DRAPO, TRAPERO, DRAPERO (*trappen*, pisar fuertemente; *trapping*, tapicería, ing.) De aquí GUALDRAPA, según investigaciones estimables: pero ¿de dónde vino la voz *Gual?* Covarrubias dice que la inventaron los de Güeldres, y que fueron recibidas en España con el nombre de *Güeldrapas*.

5. TRAQUE, TRAQUEAR (*trach*).

6. TREPAR (*treppe*, aaa), que TRÁPICO, *Trap*, térm. geol., vienen de la forma *trappa*, escand. ant.

7. TUNSTENO, mineral (*tungstein: tunge*, pesado, aaa, y *stein*, piedra).

TH.

El alfabeto gótico tiene para expresar la *th* el signo Ψ. Al lado de la *z* gótica subsistió la *th* gótica en el aaa; pero en el moderno es sonido inorgánico, cuya existencia no está justificada, porque ni es aspirada por la pronunciación, ni por el origen; es, en realidad, una sorda. Limitada por el aaa, ó convertida en *d*, no pudo enriquecer la lengua española como lo hizo la theta griega, ya directamente, ya por medio de la *th* latina; pues se opuso la equivalente alemana, ó sea la *d*. Cuando las lenguas románicas recibían la aspirada gótica, se transcribía ésta por la sorda, cual se hacía también en los documentos latinos, y hasta en los correspondientes á tiempos posteriores; la misma *th* inglesa llegó á ser *z*, como *Arzur* por *Arthur*.

Los nombres germánicos, conservados por César, Plinio y Tácito, presentan el consonantismo gótico; pero, por excepción, la *t* ocupa el lugar de la *th* al principio de dicción: TANFANA, TEUTONI, TRIBOCI, y aun en medio de las palabras, como NERTUS, GOTONES, GOTINI, aun cuando se nota la vacilación, puesto que acá y allá se ven las formas *Nerthus*, *Gothones*, *Gothini*. Hay, pues, que examinar con cuidado las transcripciones, porque puede la *t* proceder de dos letras góticas: de la *t* y de la *th*.

I. En los primeros momentos dominó la *t*.

1. TANCREDO (*Tancradus*, doc. francés: 1.°, *thanks*, *thagks*, gratia, g.;

dank, aaa, *dank*, aamod; 2.°, *ragin*, consilium y primitivamente motus animi, g.; *rath*, a).

2. Tanculfo (*Tanculfus*, doc. fr.: *Danchwolf*, aaa; *danch*, gratia; *wolf*, lupus por heros).

3. Tanfana (celeberrimum illis gentibus templum, quod Tanfanæ vocabant. Así como de *tepere* salió *templum*, que primitivamente valió el sitio del fuego sagrado, altar, del mismo modo *dépan*, calere, æstuare, dió *dampf?* vapor, odor, *thefr*, escand. ant.; de aquí Tamfana, Tanfana, la diosa del fuego, del hogar; la Vesta, de los latinos; la *Tabiti*, de los escitas).

4. Tejón, Tasugo (*dahs*, probablemente por *thahs*).

5. Teodo (*Thiuda*, gens. g., *Diot*, aaa. *Teodo*, *Tido;* Publios Publicola de populos). De aquí:

a. Teobaldo (*Thiot bald.*)

b. Teodoberto (*Theodobertus*, aaa; *Teutbertus*, Irmm.)

c. Teodomiro (*Thiudamers*, g.)

d. Teodorico (*Thiudareiks*, g.)

e. Teudelinda (*Theudelinde*, la amiga del pueblo, aaa).

f. Teudigisclo (*Theudegisclus*, g.)

g. Teudila (*Theudila*, g.)

h. Teudis (*Theudis*, g.)

i. Teudiselo (*Theudiselus*, g.)

j. Teutoburgo (*Diootpurc*, populosa civitas).

l. Tibalte.

m. Tiburgo (*Thiudburg*).

6. Tilla (*thilia*, escand. ant.)

7, Tiufado. En el Forum judicum, lib. III, tít. 1, ley 25 y en el libro IX-2-1, se lee: «Thyuphadus millenarius;» equivale á *thusundifaths* de Ulfilas, comandante de batallón, comandante de 1.000 hombres; diferénciase de *hundafaths*, centenarius, Ulfilas. Millenarius es glosa del texto: 1.°, la voz *tigus*, decas, g.; *zuc*, aaa, es igual á *deh*, lat., δεκ, gr.; pero *thyu*, *thijus* ó *thiyus*, es abreviación de *thusundi*, mille, g., voz formada con el fin de entrar al menos entre los visigodos la palabra larguísima *taihuntaihuntaihun*: $10 \times 10 \times 10$ ó *tîutîutîu*, escand. ant.; 2.°, el elemento *fado* salió de *faths*, potis, potens, g.; afine con *fadar*, padre, g., y con *fadan*, alere, g., y este vocablo es formativo.

a. Caninefates, Canenufates (*Canninefus*, *Caninefas*, sing. Tac. *Canninefates* ó *Caninefates*, César, Plin. y Tác. con la inicial y la *f* góticas. *Hundafadeis*, centenarius, g.; *cannin*, *cannan*, ciento entre los batavos y arcáico *kinnin*, y efectivamente la *nn* franca coincide con la *nd* en *chunna*, nombre sacado de la guerra ó de la división territorial en cien pagos allá en la banda septentrional de Holanda.

b. Usipetes (*Usīpĕtes*, Cæs., b. g. 4-1-1, *Usipii*, Tac. An. 13-56. Los romanos de aquel siglo oyeron la *p*, todavía sin sustituir. *Visifadeis*, g., á saber: 1.°, *visan*, manere, g.; *vis*, tranquilidad, g., de donde occidente; y 2.°, *faths*, potens, g.; luego los señores de occidente).

8. Toalla (*thval*, lavacrum, g.; *duahal*, aaa).

9. Torismundo, Turismundo.

10. Torito, mineral dedicado al dios *Thórr*, de los escandinavos, ó sea *Donar* de los alemanes, *Taranis* de los celtas, *Perun* de los eslavos, *Perkunas* de los lituanos, *Júpiter* de los latinos, *Zeós* de los griegos, *Vishnus* de los indios, el que fecundiza la tierra, deus fortis, el tonante. De aquí por metátesis el apellido Tro, distinto de las partículas provenzales *tro*, *troa*, comunes en los doc. navarros, y que valen *hasta que*, *ternus*, lat. y que vienen de *entro*, intro.

11. Trasaberto (*Trasaberht*, *thrasabalthei*, rixandi audacia, g.: *thras*, igual al gr. ζράσὺς, *berht*, fulgente).

12. Trasamundo (*Thrasamunt*, g.)

13. Tribocos, Triboces (Tribocci, Triboci, Cæs., b. g. 1-5 y 2, *Drîbuochi*, las tres hayas, aaa: 1.°, *threis*, g., *drî*, aaa, tres, lat. τρεῖς; y 2.°, *boka*, γράμμα, littera, y por extensión el árbol llamado haya, en cuya corteza escribían los germanos primitivos, g.; *buche*, aamod).

14. Tudesco (*thiudisco*, gentiliter, g.; *deutsch*, aamod, nunca *dudesco*).

15. Turpin (*Therpwinus*, amigo en los apuros).

16. Farabustear, Farabusteador. Presentan estas voces la singularidad da referirse la *f* á una *th* quizá gótica. Se lee Tarabosteos en Jornandes, capítulo 5, var. *Zarabostereos* «vocitatos pileatos hos, qui inter eos generosi exstabant;» salió de *tharbôstai*, egentes necesarii, acaso también sacrifici sacrificantes, g. No son de Germanía aquellas voces, como indican nuestros mejores diccionarios.

II. 1. Atanagildo (*Athanagildus*, lat. *Athnagilds*, y de *athn*, año, g.: ¿por qué se suprimió la *a*, hecho más propio del sajón y del aaa, que del godo?)

2. Atanarico (*Athanaricus*, lat. *Athnareiks*, g., *athn*, año: ¿por qué se suprimió la *a*?)

III. Hay algunas excepciones.

A. Inicial.

1. Dala (*dola*, tubo, canal, aaa); de aquí Adala.

2. Dama, térm. de const. (*damm*, dique, a).

3. Danzar (*dansôn*, aaa, y no de *thinsan*, trahere, g.)

4. Dril (*drîl*, desecho, escand. ant.)

5. Drusa (*drüse*, glándula, a).

B. Medial.

1. Bodrio, Brodio (*brod*, pan, aaa; *brodh*, anglosaj.)

2. Gualardón, F. Juzgo; Galardón por Gadarlón y Guardó, cat. (*widerdonum*, lat.; *Wider*, aaa; *vidher*, anglosaj.)

IV. El adjetivo *altheis*, vetustus, senex y el substantivo *alths*, cuyo genitivo es *aldais*, ævum, ætas, g., dieron *alt*, vetus, aaa y aamod, *ald*, saj. ant., *old*, ing. Son elementos formativos.

1. Alda, Aldo, Aldonza, Aldina, Aldino (*Aldo*, aaa).

2. Aldafadir (*Aldafadir*, el padre de los siglos, nombre místico de Odín).

3. Aldegunda (*Aldgund*, aaa, *gund*, pelea).

4. Aldelmo.

5. Alderico.

6. Aldimaro (*Altmar*, aaa, *mar*, memorable).

7. Aldermanes (*Aldermanni*, senatores presbyteri, seniores populi, anglosajón).

8. Aldobrando (*Altbrant*, la tizona antigua, aaa).

9. Aldrete, Aldretez, Alderete, Alderetez, Alderetiz, Aldrey, Alderito y Alderitiz, Aldreti, Aldretiz, Aldretez, Aldoitro, Aldroito, Alderito, Alderey (*Alderedus*, obispo cesaraugustano del siglo vii, *Aldarit*, aaa; *rid*, consejo, aaa).

10. Altemir, Altimira, Altimirano, Altamira, Altamirano (*Altmir*, *Altimir*, g.)

11. Alto, apellido (*Alto*, aaa).

12. Altogilo (*Alt ogilus*, gil, arroyo, celt.)

13. Altruda.

14. Altuni, Altuna (*Altuni*, aaa).

V. El substantivo *adal*, origo, indoles, nobilitas, generositas, aaa; *adel*, aamod y cuyo equivalente le falta al godo, es elemento de muchos nombres propios.

1. Adalaldo (*Adalwalt*, *walt*, dominador, aaa).

2. Adalaro.

3. Adalbaldo (*Adalbaldus*, aaa).

4. Adalberon (*Adalburo*).

5. Adalburgo (*Adalburg*).

6. Adaldago.

7. Adalgario.

8. Adalmaro (*Adalmari*, aaa). De aquí Adimar.

9. Adalo (*Adalo*).

10. Adalrico (*Adalrih*); de aquí *Alaricus*, Jorn., *Halaricus*, Casiod.; pero según algunos viene de *alls*, totus omnis, g., y según Grimm salió de *alah*: domus regia, templum, arx.

11. Adalsindis.

12. Adaulfo, Adulfo, Adolfo, Adelulfo (*Adalolf*, aaa), de donde *Ataulfo*, *Athiulf* y las variantes Edolfo, Edolfus, y Deodolfo, Deodolfus.

13. Adbergada.

14. Adela, Adelo, Adelina (*Adelo*, aamod); Azo, dim.

15. Adelberga.

16. Adelbondo.

17. Adelmo, Adelelmo.

18. Adelgiso.

19. Adelgunda.

20. Adelinda.

21. Adelmar.

22. Adelvino.

23. Adila (*Adila*, *Odila*, m.; por la letra *o* parece que viene de *aud* y de *audags*, opulentus, beatus, g.; pero como la *o* puede ser posterior y haber salido de la *a*, se refiere á *Althala*, g., supuesta la equivalencia entre la *th* y la *d* que realmente existió).

VI. También es elemento formativo el vocablo *deus* procedente de *Týr*, escand. ant.; *Zio*, aaa; *Hesus*, celt.; ''Αρης, gr.; *Mars*, lat.; *Svajatovit*, esl.; *Pykullas*, lit.; *Siva*, ind.

1. Aganteo, Agateo (*Agantheus*, *Agatheus*, borgoñón; *Agantýr*, escand. ant.; *Agantýr*, de *angan*, molestia, necessitas); de aquí Agathio de algunos diccionarios.

2. Agedeo.

3. Ansedeo, Ansbde (*Ansedeus*, franco; *Astýr*, escand. ant.)

4. Sigedeo (*Sigedeus*, franco; *Sigtýr*, escand. ant.)

VII. Es también elemento formativo el vocablo *teus* = *theus*, de thŷr, servus, escand, ant.; *dio*, aaa.

1. Electeo (*Electeus*, franco; *alah*, templum).

2. Raganteo.

3. Teudo (*Teudo*, franco, y en Greg. se lee *Theodo*, *Dioto*, *Dieto*, aaa).

4. Teulindis (*Teutlindis*, franco; *Dietlint*, aa de los tiemp. med.)

VIII. Algunos nombres francos reciben una vocal epéntica.

1. Ansedrano ((*Anse-d-ramnus*).

2. Electardo (*Elect-d-ardus*).

3. Electelmo (*Elect-d-elmus*).

4. Electulfo (*Elect-t-ulfus*).

5. Erbedildis (*Erbe-d-ildis*).

6. Ercadrana (*Erca-d-ramna*).

7. Ermentildis (*Erman-t-ildis*, f.)

IX. Odin (*Odhin*, escand. ant.; *Wuotan* de los alemanes, 'Ερμῆς de los

griegos, *Mercurius* de los latinos, *Teutates* de los celtas, *Radigast* de los eslavos, *Potrimpos* de los lituanos, *Brahma* de los indios. *Wuotan*, del verbo *Watan*, aaa, perfecto *Wuot*, aaa; *vadha*, escand. ant.; *ódh*, escand. ant., ir impetuosamente, comparable con el verbo lat. *vadere*).

N.

La nasal de las dentales pasó íntegra casi siempre.

1. Nafrar, cat. (*nabagér*, barrena, aaa).

2. Narval, térm. zool. (*narh-vall*, escand.: 1.°, *nar* por *nase*, narices, del lat. nares; 2.°, *vall*, ballena).

3. Nemetes (*Němētes*, *Němětes*, Cæs. b. g. 1-51).

4. Neperiano, térm. mat. (Neper, escocés inventor de los logaritmos; el verdadero nombre es Napier, de mapparius, officium domus regiæ apud Anglos, cui scilicet incumbebat, mappas, canabum, manutergia et similia provedere. Naparius itidem apellabunt sed mappa et nappa tantumdem valebant).

5. Nibelungos (*Niebelungen*, *Nibelungen*, los hijos de las tinieblas: 1.°, *ga-nipnan*, obscurecerse, afligirse, g,; *nip*, n. caligo, anglosaj.; *nibul*, aaa de *nebela*; 2.°, *ung*, terminación de significado colectivo).

6. Niquel (*nickel*, escand., uno de los genios mineros: se llaman así por los perjuicios que aquel mineral causa en las fundiciones).

7. Nitardista (*Nithard*).

8. Normanos, Normandos, Normandia (*Nordman* de *north*, norte, ing. y *man*, hombre, se debe la *d* á la parágoje, efecto de la influencia francesa. *Lormanos* por *Normanos*, cual *Lebrija* por *Nebrija*, *Alfons* y *Anfos*).

9. Nornas, mit. escand. Nombre de las tres vírgenes *Urdri*, *Urdhri*, el pasado, *Verandi*, *Verhandi*, el presente, *Scul*, *Skul*, el porvenir, dan la ley al mundo, crean la vida y deciden sobre la suerte de los mortales.

10. Norte (*nord*, anglosaj.)

11. Nuca (*nocke*, muesca, columna vertebral, neerl.; *nock*, muesca, ing.)

II. 1. Alna, Ana (*aleina*, g.; *ulna*, lat.)

2. Alcuño, sobrenombre; Alcuña, gente, linaje (*kuni*, genus, g.; *athalakuni*, nobile genus, g.; *adalkuni*, aa). La *ñ* proviene de la flexión, á saber: gen. *kunjis*, dat. *kunja*. El poeta valenciano Jaume Febrer empleó la forma alcunya diciendo: «sa alcunya, et sa real sanch,» str., 109.

3. Sonia (*Sonia*, nomb. borg., *sunja*, veraz, g.)

4. Sugnefredo por Suñefredo (*Suniefredo*, Marca hisp., p. 821, como *dagnatione* por *dañacion*, *caugnia* por *caluña*; *Sunno*, aaa; *Sunna*, Sol, g.; Suñer, Sunierico, Suniemiro).

5. Manno.

6. MANILA (*Mannila*).

7. LAGARIMANO (*Lagarimanus*, g.)

III. ALEMÁN (*alaman*, in alleim allamannam inter omnes homines). Se conservó la *n* pura sin la parágoje que emplea el fr., el cual dice *allemand*.

IV. La voz alemana *Nand*, audaz, es elemento formativo.

1. NANDO escrit. de 1023 en el tumbo viejo de Sobrado (Nandus escrit. de Sahagún del año 1108); de aquí *Nandin*, *Nandillo*, *Nandulfo*.

2. NANDEQUILDE (*Nandechildis*, franco; *Nanlhilt*, aaa); de aquí *Nantildis*.

3. FERNANDO, HERNANDO (*Herimand*, el audaz del ejército, aaa).

4. FULCRANDO (*Volchnand*, aaa; *volch*, pueblo).

5. JORNANDES (*Iornanths*, g.; abr. de *Ibrnanths*, *Iburnanths*, g.; *Eparnand*, audaz como el jabalí, aaa de *ibrs*? jabalí, g., y *ëpar*, aaa).

V. El nombre gótico *ans* entra en muchos compuestos; *Anseis*, *Anzeis*, g. Proceres suos quasi qui fortuna vincebant non puros homines sed semideos, id est Anses vocare Jornandes. *Ans* vale también *trabs*, internodium lignorum, ya porque los héroes eran columnas del cielo, ya por la relación que hay entre la voz gótica *ans* y la latina *ara*, arcáica, *asa* y *ansa*.

1. ANSALDO, ANSOVALDO, ANSUALDO (*Ansolt*, dominador por los ansos, aa; *Ansovaldus*). De aquí *Osualdo*, *Osvaldo*.

2. ANSARACO.

3. ANSARDO, ANSARTE.

4. ANSBERTA, ANSBERTO (*Ansberta*, fulgente por los ansos, aaa).

5. ANSBRAN, ANSBRANDO (*Ansbrant*, la tizona de los ansos, aaa).

6. ANSELMO (*Anshelm* con el yelmo de los ansos). De aquí ASNO.

7. ANSER (*Ansheri*, el ejército de los ansos, aaa).

8. ANSGERIO (*Ansgér*, la lanza de los ansos, aaa).

9. ANSGISIL (*Ansgisil*, el siervo de los ansos, aaa).

10. ANSILA (*Ansila*, m. g. *Ensilo* aaa, perteneciente á los ansos).

11. ANSIN.

12. ANSIVARIOS (*Ansĭvārĭi*, Tac. A. 13-55, var. *Ainpsivarii*, deos colentes, voz formada como *Ziowari*; el grupo *ns* es igual á *mps*, luego *Ansivarii*, qui deos colunt).

13. ANSMAR.

14. ANSMUNDO.

15. ANSO.

VI. El godo, el alemán y el franco no rechazaron la *n* del vocablo *ans*; pero los sajones y los escandinavos suprimieron la *n*, y los últimos llamaban *Aesir* á las divinidades que formaban la corte de Odín, testimonio irrecusable de la unidad étnica y explicación del galimatías con que la mayor parte de los traductores franceses revisten la mitología germánica,

distinguiendo lastimosamente los *Ansos* de los *Asos* ó *Ases*, formas gramaticales de un mismo nombre.

1. Asfalsio.

2. Asgarda (*Asgard*: *gard*, domus, g., el palacio de los ansos, g.; *Âsgarhr* ó *Âsagardhr*, escand.)

3. Asio, apellido.

4. Asman por Ansman.

5. Asmundo por Ansmundo; de aquí *Osmundo*.

L.

I. La líquida lingual, la lingual líquida de las dentales, conservó su valor.

1. Lacra, Lacrar (*læcke*, neerl.; *lake*, ing. ant.)

2. Lagan, térm. forense (*laganum*, bajo lat.; *lagamaris*, *lag*, ley, escand.; *law*, ley, ing.)

3. Lagotear (*bi-laigon*, aaa).

4. Lambel, blas. (*lappen*, girón, aamod).

5. Lambrequin, blas. (*lambequin*, *lambrequin*, neerl. de ¿*lappen* aaa?)

6. Landa, Landas (*land*, terra, regio, ager, g.)

7. Landefredo, Landfredo (*Lantfrid*, pacificador de la tierra, aaa); abrev. Lanzo.

8. Landelino.

9. Landerico (*Landreiks*, príncipe de la tierra, g.)

10. Landgrave.

11. Landestur (*Landsturm*, aamod: *sturm*, tempestad, aamod, alzamiento general del país).

12. Landó (*Landau*, ciudad donde por primera vez se usó aquella forma de coche).

13. Landoaldo (*Landoaldus*, lat.; *Landot*, dominador de la tierra, aaa).

14. Landver (*Landwehr*, aaa: *Wehr*, arma, defensa, aaa, reserva militar).

15. Lapo, *Solapar* (*lappa*, aaa).

16. Lasquenete (*landsknecht*, *lands* del pays; *Knecht*, servidor, aamod).

17. Lastar, Lasto, térm. foren., pagar, *laistjam*, segui, esto es, vestigia legere, y mejor de *leistjam*, aaa, abreviación de *fol-leitén*, afianzar.

18. Lasten, tela de lana (*lasting*, part. pres. del verbo *to last*, durar).

19. Lastra (*astrich*, baldosa, aaa; *estrich*, aa de los tiemp. med.; *astricus*, plastar, lat. med., agregado el artículo).

20. Lata (*latta*, aaa).

21. LEMAN, LEMANAJE, térm. marít. (*lotman*, neerl.; lot, plomada y *man*, hombre).

22. LEME, el timón del buque (*lim*, anglosajón); de aquí LIMONERA y LIMONERO, adj., términos de carretería.

23. LEMERGAYER (*lämmergeier*, aamod: *lamm*, cordero, *geier*, buitre, esto es, Gypætus barbatus de los zoólogos, el quebrantahuesos de las serranías de Gredos y Guadarrama).

24. LESNE, *Alesna* (*alansa*, aaa).

25. LIAS, térm. geol. (*lias*, ing., voz provincial de *layer*, banco ó lecho, ing. *lager* a). De aquí LIÁSICO.

26. LIGIO, feudo, LIGE en los doc. navarros (*ligius*, *ligia voluntas*, *ligio potestas*, y en un doc. del siglo VIII se lee: ligius home quod teutonice dicitur *ledigman*: luego *ledig*, libre y *man*, hombre).

27. LISO, LIZNE, *De-leznar* (*lîse*, aaa; *leise*, aamod).

28. LISTO (*listînc*, aaa).

29. LIVA, nombre de un rey visigodo. Liuua en San Isidoro; LEOVIGILDO (*Livigil*, *Leuuigildus*). Se refieren al nombre león, así como el nombre étnico LIGIOS ó LUZOS, *Ligii*, Tac.

30. Lo! Loo, *Loó*, *Lof* (*loof*, ing.; *luftus*, aire, g.; *Luf*, aamod, y de aquí probablemente LOD, LUA, ALUA, LOA, LUBA, todos térm. marítimos).

31. LOMBARDO, LONGOBARDO (*Langobardus*, *Langobartus*, *langbardhr*, barba larga, sobrenombre de Odin, escand. ant.; *Lancpart*, aaa).

32. LONCHA, LUNCH (*lunch*, *luncheon*, refrigerio, ing., que lonja de cuero, de tocino, etc.; viene del adj. *lumbea*, latín hipotético derivado de lumbus).

33. LUA, guante (*lófa*, vola, g.)

34. LUGRE, térm. marít. (*Lugger*, ing. de *to log.*, llevar; *luggage*, bagaje, buque de carga, ing.)

II. 1. ALEVE (*læva*, traidor, anglosaj.; *lerjan*, entregar con perfidia, g.)

2. ALODIO (*alodium*, lat. med.: pero es más antiguo *alodis*, ley sálica, y lo es más *alaudes*, ley visig.: *al-ód* todo propio, propiedad plena). De aquí el nombre propio de mujer ALODIA.

3. ALOSA (*Clŭpĕa* Plin. 9-15-17; *Alausa*, Aus. Mos. de *alse*, *alosa*, a). De aquí ALACHA, la cría de este pez, y también LACHA en Andalucía y *Alatxe* en Mallorca.

4. BLONDO (*Blond*, *Bland*, delicado de color ó de calidad, escand. ant.; *blŏd*, dan).

5. ISLANDIA (*icelan*, ing.; *ice*, hielo; *is*, hielo, escand. ant.; y *land*, tierra).

6. MALANDRIN (*ma-landr-ino, landerei*).

III. La *l* con muda suele dar la esforzada como GALLARDO (*gagle*, anglosajón), sobre todo en las provincias donde predomina el lleismo.

1. Llepar, cat., lamer (*lappen*, aaa).
2. Llesca, Llescar, partir en hojas delgadas (*lisca*, brezo, aaa).
3. Lliscar.
4. Llista, cat. lista (*lîsta*, aaa).
5. Llotja, cat., lonja (*lauba*, *laubja*, aaa).
6. Llucar, cat., ojear.
7. Lluch, traza, muestra (*look*, ing., según D. A. Bergnes de las Casas).

R.

La líquida canina de las dentales mostró grandes bríos.

I. 1. Raca, Racamenta, Racamento, térm. marít. (*rack*, aaa), sueco; *rak*, neerl. y danés; del anglosaj. *raca*, según Jal, ó de *raccan*, *ræcan*, extender, alargar, según Webster, porque la *raca* es anillo grande de hierro, que sirve para que alguna cosa á él sujeta pueda correr fácilmente por el palo ó cabo á que deba estar unida.

2. Rada (*reida*, escand. ant.)
3. Radberto.
4. Radegasto.
5. Radegunda, Radegundis.
6. Rado (*Rado*, aaa, de *rath*, consejo; pero como la voz valió primitivamente motus animi, suele entrar en los compuestos con el significado de facultas, proventus, fructus, opes).
7. Radoaldo (*Radoaldus*, domina con el consejo, aaa).
8. Radulfo (*Radulphus*, el héroe del consejo, aaa); de aquí Ralfo.
9. Rafa: sus acepciones fundamentales son cortadura, hendidura, abertura (*raffen*, quitar, a; *ræfan*, anglosaj.; *raffa*, sueco; *rafle*, danés, todos formados de material latino con la raíz de *rapere*); de aquí Rafe, término arag. y murc., alero de tejado, extremidad de una cosa, por rape, y de aquí también Rife-rafe.
10. Ragenfreda (*Raginfrid*, aaa).
11. Raigras, Raygras (*raygrass*, ing.; *ray*, raya, y *grass*, yerba).
12. Rail (*rail*, barrera, balaustre, carril de camino de hierro, ing., y esta voz de la gaélica *rhail*, barrera).
13. Raimundo, Raymundo (*Ragimund*, aaa; *ragin*, consejo, g.)
14. Raina.
15. Rainelda.
16. Rainerico.
17. Raingarda.
18. Rainmiro (*Rainmir*, g.; *hrains:* nítido, g., y *mir*, memorable).
19. Rainrat, apellido (*Rainrath*, nitidum consilium, franco).

20. Raitre. Raytre, soldado de caballería (*reiter*, caballero, a de *reiten*, cabalgar).

21. Ramberto (*Rambert*, aaa; *hram*, *hraban*, cuervo; *bert*, fulgente).

22. Ramequin (*ramequin*, pasta hecha con crema; *rham*, y el sufijo dim. *kin*, *ken*, neerl.)

23. Ramesio.

24. Ramiso.

25. Rampar, Rapar, y Leo rapan de los valencianos (*rapen*, asir, neerl.; *rampfen*, bávaro).

26. Rampo (abrev. de *kramperaht*, aaa; *hram*, cuervo; *peraht*, fulgente).

27. Ran, Aran, morueco (*ram*).

28. Ranart, cat. ant. (el fr. ant. tuvo las voces *goulpil, gorpil*, *golpille*, vulpeja, cual gulpeja, raposa, Arc. de Fita, de vulpeculus ó vulpecula, dim. de vulpes; la *v* latina se convirtió en *g* por la influencia de la *w* alemana, como golpe, gastar, gomito. En el poema del Reinhart figuran los animales, y la zorra se la llamaba *Reginhart*, aaa: 1.°, del pl. *regin*, divinidades que discuten y resuelven, escand. ant.; 2.°, *hart*, animoso; contraído *egi* en *ei*, salió *Reinhart*, y después el provenzal *Raynart*).

29. Rancar, vencer, poema del Cid; Rancar, arrancar, Berceo; Rancada, Berceo; Rancon, Rencon, rincón, Berceo; Rencon, Part. 2-24-7; Rancura, queja; Ranco, cat.; Renco, cojo por lesión de las caderas, cast. De aquí Renquear (*rank*, sutileza, astucia, ardid, aamod; *wronke*, retorcimiento, aa de los tiemp. med.; *renken*, dar tirones, bávaro; *vraigvs*, curvo, g.) Se ha confundido malamente el verbo español arrancar con el fr. *arracher*, y éste viene de *abradicare*. La forma Rengo, que significa lo mismo que Renco, viene de la raíz latina *Ren*, el riñón; *Renes*, los riñones; *Der-ren-go*, *Der-ren-gar*, *Der-ren-ga-dura*, *Der-ren-gada*, *Der-ren-gado*.

30. Randa, de Rendon, de Rondon (*rand*, aaa en la acepción primitiva del escand. ant.; *rönd*, margo, extremitas).

31. Ranero, Ranerio, Ranerico.

32. Ranfo, calambre (*ramph*, *rampf*, aa de tiempos med.), de donde *Rampa*, calambre.

33. Rangel.

34. Rangifero (*rangifer*, lat. med.; *raingo*, voz lapofinesa, pero voz recibida por el intermedio germánico).

35. Rano.

36. Randosindo.

37. Ranz (*ranz*, cantinela pastoril de los suizos, aa de los tiemp. med.)

38. Raquilde.

39. Rasa, térm. arag.; regacha (*râs*, escand. ant.)

40. Raspa, Raspar (*raspôn*, aaa).

41. Ratina, tela de lana (*rate*, panal de miel, neerl. por semejanza).

42. Ratón, Rata. (No se conoció la rata en la Europa antigua; proviene quizá de Persia y fué introducida por los buques: *ratus*, *raturus*, lat. med.; rato, aaa; *ræt*, anglosaj.; *ratta*, alem. baj. ant.; *radan*, gaélico; *raz*, bretón.)

43. Ratopolis (*raton* y πόλισ, villa).

44. Reciario.

45. Reciberga.

46. Recinuro.

47. Rechila, nombre suevo con terminación goda.

48. Rechinar (*resche*, *rősche*, áspero, duro, quebradizo, aaa).

49. Rechiario.

50. Redingote (*riding*, *coat*, vestido de montar; *ride*, cabalgar, ing., *coat*, vestido).

51. Regañar (*geinon*, abrir la boca, aaa; el prefijo *re* ó *ri*, el latín ganire, que vale gruñir como el perro, y se tiene: *sembla mu can reganha*, lex rom.)

52. Regneiferos.

53. Reginaldos.

54. Rejo (*riffil*, *ripil*, aaa).

55. Relinga (*raaleik*, aaa; *raa*, verga, y *læccan*, asir, anglosajón, porque la relinga es el cabo que se une ó cose con las orillas de las velas).

56. Remismundo.

57. Renaldo, Renalte.

58. Reno (*rhēno* ó *rēno*, lat. Cæsar, b. g. 6-21, *renn*, a ¿es celta?).

59. Renoberto.

60. Revisclar.

61. Revitar, térm. marít. (*rîfa*, escand. ant.; *rive*, danés, quitar todo lo que es saliente, porque aquel verbo vale doblar la punta de un clavo y embutirla en la madera, remachar).

62. Rewolver, Revólver (*revolver*, ing. de *to revolve*, revolver, y éste del lat. *revolvere*).

63. Ricilone.

64. Rictad, Rritad, Ritad, poema del Cid, honra, fama, riqueza, «Sánchez.»

65. Rifa, Rifar (*riffen*, bávaro); de aquí Rifle.

66. Rigodón (*Rigaud*, nombre del inventor, y éste de *rîga*, línea, aaa).

67. Rildesindo por Rosendo.

68. Ringle, ant. Ringla (*rîga*, línea, aaa; *rîhe*, aa de los tiemp. med.; *reihe*, ringla, aamod).

69. Ringrave, Ringraviato (*rheingraf*: *Rhein*, el Rhin; *graf*, conde).

70. Rinlandico (*Rheinland*, a; *Rhein*, el Rhin; *land*, tierra).

71. Risban, térm. de const. (*rissbank*, a, banco de arranque; *riss*, arranque).

72. Risberma, térm. de fort. (*riss*, arranque, y *berm*).

73. Risdale, Rixdale, Risdaler (*reichsthaler: reich*, imperio, a; *thaler*, escudo).

74. Rizo, térm. marít. (*riv*, *rift*, danés; *ref*, sueco; *ræf*, ing.; *rope*, cuerda, ing.)

75. Rob, Robre, juego del vist. (*rubber*, de *to rub*, frotar, ing.)

76. Robinia, género de las leguminosas, dedicado por Linneo al francés Robin, éste de *Robert*.

77. Robinsón.

78. Rocambola, especie de ajo (*rocckenbollen*, a; *rocken*, centeno, y *bollen*, bulbo por semejanza).

79. Rocín «et duas equas, et uno rocino, et una mulla.» Fund. del monast. de Obona, años 780 (*ros*, corcel, aa de los tiemp. med.; se refiere á *rreinno*, aaa, ¿será *ross-ic-in?* En algunos doc., por ejemplo, Lex rom IV, 66, se lee: *ros liar*, caballo blanco, y también *rosin liar*, donde el substantivo no expresa el color). De aquí *Rocinante; Ros*, térm. de tejed., que viene de *roseau*, y éste de *raus*, arundo, g.

80. Roina, cat., lluvia suave (*rein*, ing.; *regnen*, aa, según el Dr. Bergnes de las Casas).

81. Ron (*rhum*, ing.)

82. Ronzar, Roznar, Roncesvalles, Roncear, Roncero, y también Roncejar, cat. (*rûnazôn*, aaa).

83. Roquete, dim. (*rocus*, baj. lat., y éste de *hroch*, *roch*, aaa; *rock*, casaca, vestido, aamod).

84. Rosbif, Rosbife (*roastbeef*, ing.; *roast*, asado, y *beef*, buey ó vaca).

85. Rotger.

86. Rudesindo.

87. Rufián (*ruf*, *rufl*, tiña, a).

88. Rugios (*Rugĭi*, Tác. G. 43, pueblo de la isla de Rugen, Rugus, anglosajón; *Rygir*, escand. ant., de *roga*, moliri, y *rygr*, mulier opulenta, escand. ant., quizá *ruchan*, novere, aaa). De aquí:

a. Etelrugos (*Ethelrugi*, Iornandes 3-4, con la *é* anglosajona; *wodal*, patria, prædium avitum, aaa; *édhel*, anglosaj.)

b. Ulmerugos (*Ulmerugi* por *Hulmerugi*, Iornandes 3-4; *Hólmrygir*).

89. Ruisquiana, anat., membrana de la coroide (*Ruysch*, anatómico holandés).

90. Rumbo (*rum*, anglosaj.; *raum*, espacio, tomando rumbo por el espacio comprendido entre las direcciones de dos vientos). La *b* fué atraída por la *m*, ambas labiales.

91. Rustina, térm. metal.

II. Tal cual vez se fortificó la *r* con una *b* protésica, como Bravo (*raw*, aaa), del que, como del lat. crudus, pudieron fluir las acepciones de inflexible, intratable, duro, valiente. La protesis de la *b* es frecuente en las lenguas románicas para fortificar la *r* inicial, *brusco* de *ruscum*, *bruire* de *rugire*, *braire* de *raire*.

III. 1. Aligator (*alligator*, ing.)

2. Aorsos (*Aórsi* de *aîrzis*, erroneus, g.)

3. Arenque (*harinc*, aaa, y éste del lat. *halec*, de donde *harengus*, lat. med.)

4. Arlote. «Pedro dito arlote,» el sucio, desnudo, desarropado, hecho un Adán, según D. A. Fernández Guerra, escrit. del Monast. de Oscos, otorg. el 29 de Abril de 1268 (*Harlot*, *herlote*, pícaro, bribón, ing. ant.; *harlot*, embustero, ruín, vil, ing. med. La madre de Guillermo el Conquistador fué llamada Arlota de *hors*, m. adulter, g.; *huora*, meretriz, aaa. Se formó con materiales latinos. S. Isidoro trae *ardelio*, y se traduce por gluto. Ardelio es, según el Dr. Puigblanc, un diminutivo de *ardilla* de los de la clase de *pelón*, *ratón*).

5. Armai, Frauja armai, grito belicoso de los visigodos, según Don J. Amador de los Ríos, *Hist. de la lit. esp.*, I, 293 (*armaio*, f., misericordia, g.)

6. Armalausos, pueblo germánico (*Armalausi*, *Armalausini*, del traje llamado *Armelausa*, *Armilausa*, de *Ermalaus*, sine manicis, jubón sin mangas, brazos desnudos, escand. ant.)

7. Arnes (*harness*, ing., y éste del cinro *haiarnaez*, utensilios de hierro.)

8. Aragán, Haragán (*arg*, malus, pravus, aaa, y arcáico, tumidus, avarus; *arga*, iners et inutilis, Paul. Diac. 6-24. Voz injuriosa entre los lombardos, en cuya patria el cosmaquico conserva la palabra *árgan*, poltrón, con el mismo sufijo).

9. Arreo, Arrequive, Conreo, Arrear, cast., y Aredar, Arrezzar, en las provincias de Levante; Conrear; Arreo, adv. Acad. *á rreo* Cerv. Viaj. al Parnaso. Se conservó la voz matriz por el fr. ant. *roi*, orden: mesure ne roi, Rubet. I. 108; *pied de roi* vale pie de orden, de tipo, de norma, pie legal, y algunos españoles tradujeron ¡quién lo diría! pie de Rey, de donde leguas de Rey acá y leguas de Rey allá (*réden*, preparar, neerl.; *gereiten*, aa de los tiemp. med.; *ge-rædian*, anglosajón; *raidjan*, parare, constituere, g.)

10. Arriar, Arrizar (*ar-rîsan*, descaecer, aaa).

11. Arrorú, Arorú (*arrow-root*, ing.; 1.°, *arrow*, flecha; 2.°, *root*, raíz, porque los indios creen que el rizoma de algunas marantas sirve para curar las heridas de flecha).

12. Arroyo (*arrogium*, lat. med. doc., del año 775. Esp. sagr. XVIII-301 ¿del lombardo *rogia*, hilo de agua, que sirve para regar los prados?)

13. Arrufarse y el cat. Arrufar, rizar, contraer, poner áspero (*raufen*, aaa); de aquí Rufo, el que tiene ensortijado el pelo. Arrufar, térm. marít., encorvar (*roof*, tejado; *to-roof*, techar, ing.; Rufo, camarote; *roef*, neerl.)

14. Arrumar, estivar la pipería y barrilería; Arruma, Arrumaje, Arrumarse, Arrumazon (*ruím*, espacio del buque, neerl.)

15. Edredón (*eiderdaun*, pluma de la especie *Anas mollissima: eider*, pluma blandísima, y *daune*, pluumacium, flojel: *ederdon*, aaa; *œdhrdûn*, escand. ant.; *ederduun*, danés; *eiderdune*, aamod, *eiderdorn*).

16. Enridar (*ga-rîdan*, aaa; *rîden*, girar, torcer, aa de los tiemp. med.)

IV. La *r* pasó á ser *l* con alguna frecuencia, sobre todo después de consonante inicial.

1. Bladevin por Bradevin (*Brantwein*, vinum adustum, aamod; *brandevin*, danés, de *brennen*, quemar, destilar; *wein*, vino); de aquí *Brandy*, ing.

2. Blandón por Brandón (*brand*, titio, torris, neerl.; *prant*, aaa; el godo no tuvo esta voz; de *brinnan*). A. March, poeta valenciano, empleó la voz *brant* por espada, y como ésta brilla y reluce, de aquí la asociación de las ideas de luz y fuego, y el denominarse así la espada en varios poemas, en el del Cid por ejemplo, se emplean las voces *tizona*, *tizón*. El caballero de la ardiente espada.

a. Brandila.

b. Brandis.

c. Hildebrando, Hilbrando; la tizona de Hilda.

d. Sibrando (*Sigubrand*, la tizona de la victoria).

e. Gubrando (*Gudbrand*, ¿la tizona de Dios?)

3. Esplinque por Esprinque.

4. Flauila por Frauila (*Frauila*, a).

5. Flecha, Frecha (*flits*, neerl.)

6. Flete por Frei, usado en doc. rav. (*fracht*, a).

7. Floberto por Froberto.

8. Flodoino por Frodoino.

9. Florián por Frolián, Froilán.

V. Se conservó en la voz *ragin*, consejo, g., y *rad*, *rat*, *rid*, aaa.

Conrado, Conrades, Corrado, Corradi (*konrad*, consejo independiente, atrevido, aaa).

VI. Muestra su fuerza en los nombres compuestos con el vocablo *rico*.

1. Ricafembra.

2. Ricaldo (*Richoaldus*, aa).

3. Ricilone.

4. RICIMIRO (*Richmir*, ortografía semifranca).
5. RICHALTE.
6. RICHAMUNDO.
7. RICHILA.
8. RICHTRUDIS.
9. ELRICO (*Adalrch*, aaa).
10. EURICO (*éwa*, ley, aaa).
11. GAUDERICO (*waldric*, aaa).
12. GENRICO (*Genrich*, del lat. *gena*, mejilla).
13. HERRICO (*Herricus*, borg.; *Hairicus*, g.)
14. MANRIQUE (*Maginrich*, poderoso, aaa).
15. ODALRICO, UDALRICO, ULRICO (*Uodalrîh*, prædiis dives, aaa)
16. ODERICO (*Otrîh*, rico en tierras, aaa).
17. RIQUELME (*Richhelm*, aaa).

El vocablo *arn*, águila, aamod; *aar*, que es la forma genuina, aamod; *ara*, g.; *âro*, aaa; *ar*, *arn*, aa de los tiemp. med.; *earn*, anglosajón.

1. ARNALDO, ARNAL, ARNÁLDEZ, ARNALDI, ARNALDOS, ARNOLDO (*Aranold*, aaa; *Arnold*, aamod; *Aranolt*, aaa; *Arnaldus*, lat.; *aldus*, documentos).
2. ARNAO.
3. ARNAU.
4. ARO, ARNO (*Aro, Arno*, aaa).
5. ARNOLFO (*Arnalfus*, lat.; *Arnolph*, *Arnulf*, a), de donde *Ernulfo* por la acción del anglosajón, y *Ornulfo* por la del escandinavo.

S.

La silbante de las nasales se prestó con docilidad á las transcripciones románicas.

I. 1. SABLE (*säbel*, a, y éste de *száblya*, húngaro; *sablja*, serbo; pero *sable*, voz del blasón, no viene del alemán, sino del eslavo; *sabol*, marta negra, cebellina).
2. SABORDO (del hipot. *sawn-poard*, bordo aserrado, ing.)
3. SABRETACHA, térm. mil. (*säbeltasche*: *säbel*, sable; *tasche*, bolsa, a).
4. SACOMANO.
5. SAGA, tradición entre los escandinavos (*saga* de *sagen*, narrar).
6. SAGARELO.
7. SAGÚ (voz india propagada por la forma inglesa *sago*).
8. SAJONES (*Saxŏnes*, Amm. 27-8, Σακκαι es á Sacæ como δεκκα es á decem, como *taîhun*, g., es á *zëan*, aaa. Respecto de la segunda *s* de *sac-son* se tiene ἐκ, εξ, *veihs*, *vicus* y el genitivo *veichsis*. g. Es probable la relación entre las voces *sahs*, aaa; *seax*, anglosajón; *sax*, escandinavo ant., porque

aquéllas valen cuchillo, hacha de piedra, como dicen hoy los geólogos. La voz latina *saxum* significa piedra dura con que se labran las hachas. Las voces *Sahso*, aaa; *Seaxa*, anglosajón; *Saxi*, escand. ant., valen espada. *Saxnaut*, escand. ant.; *Sahsnóz*, aaa, y *Sahsanauts*, g., valen el caballero de la espada).

9. Salbanda (*shalband*, aamod; *selb*, fin, aaa; *band*, banda, porque se trata de la cara lateral del filón).

10. Salma.

11. Samogeta.

12. Sandraz.

13. Sandrimero.

14. Sarria, sera (*sahar*).

15. Sayón (*sago*, aaa, esto es, *sager*, notificador, a; *saio*, *sagio*, lat. med., el que notifica la providencia judicial; *ansagte*, *sagja*, probablemente entre los godos, así como *asega*, legem dicens, juridicus, de *sagjan*, *segjan*, dicere, nuntiare, loqui, aaa).

16. Sax, nombre de un belga inventor de varios instrumentos de viento, á saber:

a. Saxofon (φώνη).

b. Saxhorn (*horn*, cuerno).

c. Saxotrompa.

d. Saxotuba.

17. Scala, lat. med. (*scala*, aaa).

18. Sebaldo.

19. Selandia, Zelandia, Xelandia, Gelandia (*seeland*: *see*, mar; *land*.)

20. Senones (*semnŏnes, senones*, Tác. G. 39, sirva semana semna, ¿*semo*, suevo; *sâmo*, aaa, de *semen*, lat.; luego los selváticos).

21. Sigo (*sigis*, victoria, g.; *siku*, aaa; *sieg*, aamod).

a. Seguin, Siguin (*Següinos* de *Sigwin*, aaa).

b. Segur, Sigur.

c. Sigivuldo (*Sigivuldus*, victoriæ gloria, de *vulthus*, gloria, g.)

d. Sigmaringa.

e. Sigvaldo.

f. Sigofrido.

g. Sigrada.

22. Sinderedo.

23. Sindigio.

24. Sindilo (*Sindilo*, de *sindo*, compañero).

25. Sindulfo.

26. De-sitar, desposeer, quitar, doc. nav. (*sazjan*, *bi-sazjan*).

27. Sitiar, Asitiar, Sitio (*sittian*, estar sentado, saj. ant.)

28. Sivia.

29. Siviando.

30. Silingos (*Silingi*, Idatius, Isidoro: *seilan*, *sail*, *silum*, ligare, a. Hay el nombre Silardo, *Silhard*, a, y quizá el origen se ligue con la raíz *sil* en los nombres geográficos pagus Silensis y Silesia).

31. Somnica.

32. Sonila.

33. Sonna.

34. Sonnica.

35 Soro, halcón cogido antes de haber mudado la primera pluma (*sooc.*, neerl.; *saurus*, *sorius*, bajo lat.)

36. Suavila.

37. Sud, Sur (*sudh*, anglosajón).

38. Suevos. César, Estrabón, Tácito y Ptolomeo escribieron *Suevi;* Σοήβοι, Σουήβοι, de *svoi*, ἴδιος, sui juris, esto es, liber; no se indicaba con esta voz el estado opuesto á la esclavitud: valía la libertad política, porque hasta los mismos galos decían: *Nervii liberi*, *Treveri liberi*, *Bituriges liveri*. La voz *suoba*, bohemo ant., significa libertad y coincide con las voces *svobod*, *libre*, *svoboda*, libertad, que son más usuales entre rusos y polacos. Se emplea también en Bohemia la voz *sloboda;* los eslovenos vacilan entre *svoboda* y *sloboda*; para los serbos la voz *sloboda* significa únicamente franqueza, y *svoboda* sale también de *svoi*, sui juris, liber, porque se originó la *b* como en el genitivo del reflexivo *sebe*. Es singular que el nombre de un pueblo germánico sea el mismo que el de los eslavos, con los que los suevos fueron primitivamente afines, y por tanto distintos. El nombre suevo fué puesto por los sarmatas á los germanos fronterizos con ellos por el E., cual fueron llamados germanos por los belgas y los galos los tungros, con quienes confinaban por el Occidente. Sedujo á los eslavos la belleza del nombre suevo y le tomaron por denominación nacional; la ironía llamó esclavos á los que antes habían sido *eslavos*, esto es, libres: á los eslavos prisioneros desde las guerras del siglo x, dando á la voz *svoi* el significado de proprius, lo perteneciente á otro. Por el contrario, los germanos aplicaron los nombres étnicos *Vandali*, *Vindili*, en la forma *Veneti*, *Vinidi*, *Winidi* á sus vecinos los eslavos. Los suevos germánicos conservaron el nombre, pero endureciéndole. *Svêbos*, g.; *Suâpa*, aaa; *Sœfas*, anglosajón, como el griego escribió Σοήβοι por Suevi. Entre los eslavos meridionales arraigó el nombre *Sloveni*, cual prefirieron *sloboda* á *svoboda*. Los bizantinos Procopio, Agathias escribieron Σκλάβοι, Σκλαβηνοι con *c*, introducida poco á poco por los escritores latinos; luego *Sclavi*, *Sclaveni*. El nombre *Suovenos* se debe á los incrementos *eni*, *ini*, como Γηπηνοι, Gothini.

39. Suina, f.; Suino, m.

40. SUMACA, térm. marít. (*smack*, ing. de *smalist*, mínimo, g., y *akan*. vehere, g., porque vale buque pequeño).

41. SUNILA.

42. SUTJE, cat. (*sóting*, anglosaj.)

43. SUVITUNO.

44. SYAGRIO.

II. Tal cual vez la *s* pasó á ser *z*.

1. ZAFO (*saf*, ing., y éste de *salvus*, pero el portugués dice *safo*).

2. ZANCA, ZANCO, y también CHANCLO (*scancha*, aaa).

3. AZCONA (*asc*, fresno, aaa; *eschinér schaf*, Nib. 537; pero conservaron la *s* las voces ASCAR, OSCAR, Acs-heri, lanza, ejército, a; ASQUE, el primer hombre, según la mitología escandinava).

III. Los grupos iniciales *sk*, *sl*, *sm*, *sn*, *sp*, *st*, recibieron la protesis de la *e*, según la regla del latín popular.

SK.

1. ESCABINO, térm. for.; ESCLAVIN, de Díez (*scabineus*, *scabinius*, L. Long. Cap. Car. M. *scabinus*, lat med.; *scepeno*, saj. ant.; *sceffeno*, *sceffen*, aaa; *scheffen*, aamod de *schaffen*, ordenar, arreglar, disponer).

2. ESCALDA, ESCALDO. Nombre que los antiguos escandinavos daban á sus poetas (*skáld*, poeta, sale de *scald*, sagrado).

3. ESCAMOTEAR (*scamara*).

4. ESCIROS (*skeirs*, clarus, purus, g.) De aquí *Sincero; sin*, representante de *sim* en *sim-ul*, que viene de *sama*, sánscrito, y de *cerus*, que se debe á *skiri*, puro, aaa; de modo que sincero vale todo puro).

5. ESCITAS (*Scýthæ*, Cic. Verr. 2-5-58, de *skiutan*, jaculare, lanzar flechas, g.)

6. ESCLAVINA (*sclavîne*, aa de los tiemp. med.)

7. ESCRAMO (*scrama*, Teli vel spathæ latioris genus, dice la Academia, glosando la voz del lib. 9, tít. II, ley del Forum Judicum; y como no se encuentra en el texto español, se ve que no pasó al romance). Gregorio de Tours IV-46 trae un compuesto con *sahs*, cuchillo, á saber: cultris validis quos vulgus scramaxasos vocant. *Scramasaxus*, arma merovingia, parecida á la espada romana, pero con un solo corte, de donde ESCRAMASON, ESCRAMAZON y aun ESTRAMAZON, palabras usadas en las fábricas de cristales y que en la de la Granja se emplearon por primera vez en España (*skramo*, *skrams*, g.; *schramme*, herida, golpe, a, y *sahs*, cuchillo, aaa).

8. ESQUINCE. Forma apofónica de la italiana *sguancio; windisch*, *winseh*, oblicuo, a; *squint*, ojizanco, bizco, ing.

SL.

ESLINGA (*slinka*, funda, aaa).

SM.

Esmalte (*smalz*).

SN.

1. Esnobismo, térm. periodístico, admiración de las cosas vulgares (*snobism*, ing. de *snob*, zapatero de viejo, ing.)

2. Esnon, térm. marít. (*snok*, ing.)

SP.

1. Espato, térm. mineral (*spath*, a).

2. Espeche, ave (*speh*, el género picus de los naturalistas, a).

3. Espelta (*spelta*, Palæmon Nicentinus, voz procedente de las lenguas germánicas, de *spelt* ó *spelz*).

4. Espeque (*spœcke*, neerl.)

5. Espiche, térm. gostronom. (*speech*, ing.)

6. Esplín (*spleen*, ing.)

7. Espron, sturnus vulgaris (*spra*).

8. Espurriar (*spruejen*, aa de los tiemp. med.; *sprewen*, mojar, humedecer).

ST.

1. Estaca (*staca*, anglosaj.; *stake*, frisón ant.)

2. Estafeta («cursor tabellarius cui pedes in stapede perpetuo sunt;» *staph*, *stapho*, paso, pisada, aaa; *stapia*, lat. med.)

3. Estalo ant. (Estala, Equus ad stallum, ley visig.; *stal*, statio, locus, aaa; pero Establo se debe á *stāblum*, lat. pop.; *stābulum*, lat. clas.); de aquí Instalar, esp.; *installare*, bajo lat. de *in* en y *stallare*.

4. Estambor (*stant*, de pie, y *bord*, presa de mar, neerl.; *board*, ing.)

5. Estampar (*stamphón*, dar patadas; aaa; *stampfen*, aamod).

6. Estanga, térm. metal. (*stanga*, aaa; *stange*, pértiga, vara, estaca, aamod).

7. Estarna, ave (*starn*, aaa; *stearn*, anglosaj.; voces que, además de expresar la perdiz pequeña, vale estornino).

8. Estemple, térm. min. (*stämpel*, madera de entivación, aamod).

9. Estepa (voz eslava, y recibida por el intermedio germánico *steppe*, planum salsuginosum, terreno sedimentario salado, a).

10. Estona, rato, cat. (*stunde*, aaa).

11. Estoque (*stock*, bastón, a).

12. Estrapazar (1.°, *barzjan*, *parzjan*, aaa; *barzen*, aa de los tiemp. medios, estar furioso, furibundo, rabiar; la supresión de la *r* es normal, porque es muy común delante de la *z*, y de su afine la *s*, sobre todo, en italiano, cuyo idioma nos sirvió de intermedio; así, *curuzza* de *cucurbita*; *gazzo* de *garzo*, *pesca* de *persica*; 2.°, *stra*, *estra* de *extra*, lat.)

13. Estras y, según D. A. Capmany, Éstrús, térm. industrial (*Strass*, nombre del inventor).

14. Estrava, pajaza, cama de paja, cama para las caballerías (del verbo gótico *straujan*, pretérito *stravida*, que vale sternere, extender; *streuen*, esparcir, a, y *streu*, cama de paja, pajaza, a).

15. Estrave, roda, branque, Capmany (*steven*, neerl.; *stæf*, sueco).

16. Estrenque, Estrinque (*strick*, *stricken*, con *n* intercalada, cuerda, cordón, a).

17. Estribo (*strĕban*, descansar el peso de alguna cosa en otra sólida y segura, aaa, ó de *striepe*, tirilla de cuero, baj. saj.); de aquí probablemente Estribote, Berceo, S. Dom. 648.

18. Estribor (*steórbord*, anglosaj.; *starboard*, ing.; *stiurs*, firmus, g.; *stiuri*, fortis, aaa; *stiuran*, valere, vigere, pollere, g., de donde la idea de la superioridad del lado derecho).

19. Estriquete, Etriquete, red para pescar (*strick*, cuerda, a).

20. Estrovo (*strop*, ing.)

LABIALES.

Cuatro son las labiales góticas: *p*, *f*, *b* y la nasal *m*. El alemán alto antiguo tuvo doble aspiración en esta familia alfabética, así como por todas las familias la tuvo el sánscrito: fué una la sorda *f* y fué otra la sonora *v*. En el alemán alto moderno se confunden la *f* y la *v*; en el de los tiempos medios se distinguían los dos valores, y por consiguiente, los dos signos, y la *v* fué más blanda que la *f*; así la *v* pasó á ser *f* al fin de las dicciones: *wolf*, lobo, hace el genitivo *wolves*, y en medio de las palabras la *v* se convirtió en *f* delante de las consonantes sordas *zwelve*, *zwelfte*. La *f* y la *v* debieron de tener igual valor tal cual vez en el alemán alto de los tiempos medios, porque varios códices emplean indiferentemente una ú otra letra, aunque revelan cierta preferencia á la *v*. A la misma regla obedeció el alemán alto antiguo, y no obstante, para Necker la *f* fué la aspirada primitiva y la *v* la aspirada blanda ó sonora; monumentos hay donde no se ve la *v* inicial y donde domina constantemente la *f*. También el alemán alto antiguo expresó á veces por *ph* la aspiración de la *p*. Al principio de dicción se empleó sólo la *ph* en las voces bárbaras, por ejemplo, *phorta*; pero se ve ésta en medio y al fin de las palabras verdaderamente germánicas *warph* en Tatien y *limphan* en Otfrid. Según las investigaciones de J. Grimm, la *ph* valió *f* en muchos casos; pero los documentos que traen la *f* presentan la *ph* por equivalente de la *pf*; así *kuphar*, cobre, no se pronuncia como *kufar*. El alemán alto de los tiempos medios mudó en *pf* la *ph* inicial de las voces bárbaras y conservó la *pf* en medio y al fin, por ejemplo: 1.°, *kampf*, pugna, a: *p* es complemento eufónico de la *m*; 2.°,

enpfinden: la preposición inseparable *ent* pierde la *t* delante de la aspirada labial; y 3.°, *kopf*, después de las vocales breves. También se encuentran las mismas voces con dos *efes*, por ejemplo, *kaffen*, asimilada la *p* á la *f*.

La sustitución fonética de las labiales muestra alguna irregularidad.

En las transcripciones románicas la sonora pudo más que la sorda: agua *temblada* por *templada* suelen decir los alemanes doctos aun de largo establecidos en España.

P.

La *p* gótica está representada por *p* y *ph* en el alemán alto antiguo.

I. 1. PAILEBOT, PAILEBOTE, térm. marít. «Voz tomada de la inglesa *pilot's boat*, que vale bote del piloto ó del práctico y se aplica entre nosotros á una goleta pequeña sin gavias, muy rasa y fina.» Dicc. marít.

2. PALETÓ (*paltsrok*: 1.°, *palster*, peregrino; 2.°, *rok*, vestido, esto es, vestido de peregrino).

3. PANFLETO (*pamphlet* Shakespeare, *paunflet*, *pamflet*, textos de 1510 de *palme-fleuillet*, hoja como la palma de la mano, menos que un folleto).

4. PANTARDO.

5. PANTUFLO y en cat. PLANTOFA (*pantoffel*, a; *pantofle*, ing.; *pattufel*, hol. del radical *pat*, nasalizado, el cual equivale á *pata* y el foral *afle* imitando á *man-oufle*, empleado en Provenza por *moufle*, guante).

6. PAQUEBOT, PAQUEBOTE (*paaket-boat*, ing.: 1.°, *packet*, paquete de pliegos, cartas; y 2.°, *boat*, batel).

7. PAQUETE (*paccus*, bajo lat. de un radical común al celta y al alemán; *packen*, a; *packa*, sueco; *to pack*, empaquetar, ing.; *pac*, paquete, gaélico y bajo bretón).

8. PARTESANA (*part*, *bart*, hacha, aaa, pero ¿y *ana?*)

9. PATA (del radical *pat*, que se encuentra en *patsche*, pata, a).

10. PELTRE «viene de Inglaterra y trajo consigo el nombre» Covarrubias (*pewter*, ing. de *peodar*, gaélico; *ffeutur*, estaño, cinro y del sánscrito *pādīra* con *d* cerebral, y cuya voz vale también estaño).

11. PENIQUE (*penny*, ing.; *penig*, saj.; *penning*, neerl.; *pfennig*, a).

12. PERLASA, potasa pura (*perlasche*, a; *perl*, perla, y *asche*, ceniza).

13. PERQUINISMO, sistema médico (de *Perkins*, norte-americano, muerto en 1799).

14. PÍFANO, PÍFARO (*pfîfa*, aaa; *pfeifer*, silbador, aamod., y éstos del lat. *pipare*).

15. PILOTO (*pijloo*, neerl.; *peilen*, medir la profundidad del agua; *lood*, *loot*, plomada, neerl.)

16. PINCO, PINGUE, térm. marít. (*pink*, neerl.)

17. Pinta (*pint*, ing., vale señal ó mancha, además deexpresar una medida para los líquidos; hay analogía entre el marco de medida y la marca ó señal; se formó, pues, con la raíz de *pingere*).

18. Planera, nombre erudito del olmo de Siberia. Planera crenata de los botánicos (*Planer*, naturalista de Erfurt).

18. Plata (*flaz*, aaa; πατύσ, y de una raíz común á las lenguas arianas, *prĭthu*, *prath*, estar extendido. El español tomó probablemente de los germanos la noción aplastar, achatar, extender, y el nombre desalojó al verdadero, ó sea *argen;* se encuentra empleada la voz plata en doc. del sig. x p. e. Esp. sag. 18-332 en la Marca hisp. p. 854. Los godos emplearon la voz *silubr*, y el aaa dijo *silapar*, de donde la vascongada *Cilarra*).

20. Pocha, término arag., ave y bolsa (*pocca*, anglosaj.; *poke*, ing.)

21. Polder y también Puldre, Vallejo, *Tratado de las Aguas*, III, 350, térm. de constr. (*polder*, hol. del ing. *pool*, a; *pfulhl*, paular; nombres formados con el lat. *palus*).

22. Polea (*pulley*, ing., y éste de *pullian*, tirar; *to pull*, guindar, ing.)

23. Poltrón (*polster*, almohada, aconchado, aaa, y *polstar*, *bolstar*, aaa). El italiano clásico carece de la voz *poltro*, en el significado de lecho; pero expresan esta idea el milanés *polter*, y el romañol *pultar;* es irregular la pérdida de la *s*, tratándose del grupo *lst*; mas la vacilación entre la *p* y la *b* es frecuente en alemán.

24. Ponche (*punsch*, ing., y éste de la voz malaya *panscha*, ó sea la persa *panj*, que vale cinco, bebida compuesta de cinco ingredientes: te, azúcar, aguardiente, canela y agua).

25. Poni, jaquita (*pony*, ing., y éste del gaélico *ponaidh*, caballo pequeño).

26. Pota, cat. (*pauta*, prov.; *poot*, neerl.; *pfote*, pata, aaa).

27. Potasa (*pottasche*, aamod; *pott*, pote, y *asche*, ceniza, aamod).

28. Pote (*pot*, neerl.; *potus*, en un verso de Fortunatus; no hay otra razón que la cantidad para no referirle á *pōtus*, lat., bebida, el continente por el contenido).

29. Poto (poto, nuncius, præco, angelus, aaa; bodo, saj. ant.; *bote*, aamod).

a. Antarpoto, Antarbodo (*Antarpoto*, aaa).

b. Arbodo (*Arbod* de *âro*, águila).

c. Gerbodo, Gerboto (*Gerbot* de *ger*, lanza).

d. Gualpoto (*Waltpoto*, nuncio del poder, aaa).

e. Hilpodo (*Hultipoto*, nuncio de la batalla, aaa).

f. Lombodo (*Lônpoto*, nuncio de la recompensa, aaa).

g. Malbodo (*Mahalpoto*, nuncio de la reunión, aaa).

h. Marobodo, Maroboduo (*Maraboduus*, lat.; *Meripoto*, aaa).

i. Sigibodo, Sigipoto (*Sigiboto*, nuncio de la victoria, aaa).

j. Tragabodo.

l. Wolfpodo, Volfpodo (*Wolfpoto*, nuncio de los héroes, aaa).

30. Prama, térm. marít. (*prame,* ing.; *paraam*, neerl.; *prahm*, a).

31. Priego (*prica*, clavo, anglosajón).

32. Proa (*prora*, lat.; pero el italiano tiene *proda*, voz que puede referirse al aaa *prot*, que vale proa).

33. Prúsico (*preuss, preusse*).

34. Pudinga (*pudding*, ing., y éste del gaél.; *putag*, *putagan*).

35. Pudlaje, Pudlage, térm. metal. (*to puddle*, enlodar, ensuciar el agua, ing.)

36. Puseismo (secta anglicana, formado por el Dr. Pusey).

II. Pasó íntegra en medio y al fin de dicción.

1. Arapar (*rappen*, neerl.)

2. Baupres (*bowspriet*, ing.; *bugspriet*, a: 1.°, *bug*, la proa, curvatura, de *biegen*, encorvar, y 2.°, *spriet*, pieza de madera, a).

3. Caparrosa (*copperas,* ing.; *¿kupferache*, a; *kupfer*, cobre; *asche*, ceniza: cal de cobre literalmente).

4. Crup (*croup*, laringitis pseudo-membranácea, ing.)

5. Tripa (*¿trippe*, neerl.)

6. Upa, Aupa (*iup*, sursum; *iupa*, supra, sursum, g.; *up*, *ûp*, *upa*, saj. ant.)

7. Upar, Aupar (*iupan*, tollere, erigere, pendere, g.; *uppian*, anglosajón).

III. También la acción germánica de la *p* modificó la *b* latina, tal cual vez. Tropa (*turba*, lat.) De donde Tropel, Tropezar, Entropezar, Tropellar, Atropellar, y el apellido Trúpita.

B.

Se conservó con alguna firmeza.

I. 1. Babor (*backboord*: 1.°, *back*, castillo anterior; 2.°, *boord*, borde, neerl., porque aquel castillejo estaba en la banda ó costado izquierdo).

2. Babuino (*băppe*, hocico, a, esto es, el hocicudo).

3. Bacalao (*kabeljaauw*, neerl.; por metátesis *bakkeljau*, alem. bajo, y quizás por la influencia del lat. baculus, *kabel*, cable ó de Juan Cabot, navegante veneciano del siglo xv).

4. Bacauda.

5. Bacenis. De Băcēnis silva. Nombre germánico empleado por César, Plinio y Tácito, y cuya inicial revela el consonantismo gótico.

6. Bada.

7. Badar, cat., embobarse (*beitôn*, *baidôn*, tardar, aaa).

8. Bado (*Bado*, aaa).

9. Badona.

10. Baduena Bădŭhennæ lūcus. Nombre germánico usado por César, Plinio y Tácito, el cual presenta el consonantismo gótico).

11. Bago, apell. (*Bago*, aaa, de *baug*, sortija, anillo, g., y de *biugan*, flectere).

12. Bailar (choreis et ballationibus, San Isidoro). *Bailar* supone *balear*, como *guerra*, *guerrear*; balear vale tirar la bala, la piedra, la honda, y *balear* significa también hacer balas, hacer montones de heno, acepción esta última usual en las montañas de Santander. El juego de pelota se acompañó durante la Edad Media con danzas y coros, según costumbre griega, y tal es el origen de Balada, canción para bailar. Bala (*balla*, *palla*, aaa; *bal*, aa de los tiempos med.; *bőllr*, escand. ant., voces que se presentaron á las lenguas románicas más directa y activamente que la palabra παλλα. De aquí Abalear, cast., y Balejar, cat.)

13. Balafre, apell. (*balafre*, chirlo, cuchillada, fr.: *bis*, oblicuo, y *leffur*, labio, aaa).

14. Balaguer.

15. Balamiro.

16. Balandra (*by-lander*, *belander*, ing.; *by*, junto, y *land*, país, barco que va cerca de tierra).

17. Balastre, Balastrar (*ballast*, lastre, ing., y éste de *bal*, arena, céltico, y *lad*, *load*, lastre).

18. Baldo, apellido (*balths*, celer, fortis, audax, voz empleada por Jornandes; así como también el adv. *balthala*, audacter, g.; *balthei*, audacia, g.; *balthjan*, audacem esse, g.; *bald*, *pald*, liber liberalis, aaa; Baud, cat. ant.

a. Baltos (*Balthæ*, lat.; *Balthi*, Jornandes, Casiodoro; y como *Bald* era el nombre del dios de la luz, se toman también por los luminosos y divinos).

b. Baldes, Valdes.

c. Baldor.

d. Baldovinos, Valdovinos, Balduin, Baldoin, Baldoino, Baldovin (*Baldwin*, *win*, amigo).

e. Baldres. En la pág. 147 del For. Jud., ed. de la Acad., tratando de pondere et mensura, se lee: Baldres faciant argencontabilis. La noticia es diminuta; pero si el nombre se liga con la dinastía de los baltos, no es un obstáculo la presencia de la *r* para confirmar la etimología, porque el escandinavo antiguo tiene *Baldr*, ó sea *Paltar*, aaa.

f. Baldrich (*Baldrich*, aaa).

g. ADALBALDO (*Adalbaldus*, aaa; *Adal*, nobleza).

h. DRUBALDO (*Drudbald*, aaa).

i. GARIBALDO (*Garibald*, aaa).

19. BALMES (*balma*, gruta, cat. y prov.; *balme*, fr. ant., luego de *balm*, seno, suizo; *barm*, sinus terræ, aaa).

20. BANCA, BANCO (*banc*, scamnum, aaa).

21. BANDO, BANDIR, y el cat. BAN y BANITO, desterrado, doc. nav. ABANDONO, CONTRABANDO (*bandvjan*, significare, y la forma secundaria *banjan*).

22. BANDA, BANDERA, BANDEAR (*bandva*, signo, g.; pero *Venda* de *bindan*, ligar, g.)

23. BANYA, cat., asta de ciervo, cuernas, cuerno, cat. *bainban*, *hirschbain*, aaa.

24. BAO, tér. marít. (*balken*, viga, aamod.; suprimida la *k*, resultó la forma provenzal *Bau*).

25. BARÓN, BARONESA, BARONÍA, además *Barnax*, nobleza; BARNAJE, acción libre, Lib. de Alex.; BARNAJE, proeza, Poema de Alfonso Onceno (*bairan*, llevar y «barum vel feminam,» el término opuesto á mujer, fortis in laboribus, lleva la labor, ó la casa; noble, prócer; que la fuente de la nobleza es el trabajo).

26. BARRIGA, BALDRIGA (*baldrich*, cinto, aaa, cual el fr. *poitrine*, cinto del tórax. BALDRIGA de *baldrich*, como *Rodrigo* de *Rodrich*).

27. BARUFALDO.

28. BASO (*Baso*, aaa).

29. BASTA, EMBASTAR (*bestan*, echar piezas, apedazar, remendar, componer la ropa, aaa; *besten*, atar, encordonar, encordelar, aa de los tiemp. med. de *bast*, liber, especialmente el del tilo con el que se hacen ataderos, cuerdas y tejidos en Alemania).

30. BASTERNAS, BASTARNAS (*Bastārnæ*, *Barternæ*, Liv. 40-50; *baistairnô*, vehiculum lectica, carro hecho con *bast*, liber, g. Se conservó el consonantismo gótico por César, Plinio y Tácito).

31. BATAVOS (*Bătāvi*, César, Plinio y Tácito, con la inicial gótica).

32. BAÚL (*¿behut?* aa de los tiemp. med.)

33. BAZO (*bazo*, aaa).

34. BEFA, BEFO, BEFAR, y también BAFA, BAFAR, burla, burlar, Lib. de Alex. (*beffen*, ladrar, gruñir, neerl.)

35. BELITRE (*bettler*, mendigo, pordiosero, a, de donde, por metátesis, *bleter*, *blitre*).

36. BERFREDUS, BELFREDUS, lat. med. (*bercvrit*, *bervrit*, aa de los tiempos medios, torre defensiva ú ofensiva: *berc*, torre, altura, y *vrit*, *fred*, conservar).

37. BERLINA (de *Berlín*, en cuya ciudad se inventó).

38. Berma (*breme*, neerl.; *brim*, ing.; *brymme*, orilla, anglosaj.; *brĕme*, aaa).

39. Besi, variedad de peral (*becie*, neerl.)

40. Besos (*Bessi*, Cic. Pisc. 34-84; Cæs. Plin. Baza, sobrenombre de la genealogía de los Gunthingis, descrito por Jornandes en ¡la forma arcáica del godo. *Bassi* y *bessi*, valen oso en escand. ant.; de aquí *Bessus*, citado en tiempo de Alejandro, y de aquí el nombre lat. *Bassus*).

41. Bicho (*bîta*, animal mordedor, anglosaj.)

42. Biftec, Bistec, Bisteque (*beef-steack*, pedazo de vaca, ing.)

43. Bigo, apellido (*Bigo*, aaa).

44. Bigote. (?)

45. Bil (*bill*, ing.; *bille*, ant.; *billa*, cédula, memoria, es la voz inglesa latinizada). La voz *bill* viene de *bulla*.

46. Bilboquete (1.°, *bill* por *bille*, y 2.°, *boquetum*, estaca, por *bosquetum*, pedazo de madera).

47. Bilo (*Bilo*, aaa; *bilo*, azadón para cavar, aa de los tiempos medios).

48. Bisof, especie de bebida (*bischoff*, obispo, aamod, porque la bebida es digna de un obispo).

49. Bitas, térm. marít. (*biti*, travesaño, codaste, escand. ant.; *bit*, ing.; *bissen*, suizo). Las Glosas de Esfurt, pág. 279, traen *bitus*, lignum quo vincti flagellantur. De aquí Bitadura, Abitas, Abitadura, Abitar, Abiton.

50. Biter, especie de bebida (*bitter*, amargo, anglosaj., neerl.)

51. Bito (*Bito*, aaa).

52. Bivac, Bivaque (*Biwacht* por *Beiwacht*, aamod).

53. Blasón. Francia empleó esta palabra en el significado de armas y divisa, y de allí se propagó por todo el área neolatina. El valenciano Jaume Febrer, á fines del siglo xiii, empleó la forma blasó para expresar, ya las armas, ya la divisa: *armes é blasó*, 9; ya la gloria ó el esplendor: *llustre é blasó*, 2, acepciones puramente españolas; la de arte de armas es posterior, y nació en Francia (*blæse*, hacha: de aquí esplendor, anglosaj.; *blaze*, ing.; *blâsa*, trompeta, aaa; *blazen*, ostentar, neerl.)

54. Blenda (*blenden*, cegar, deslumbrar, aamod).

55. Blesa.

56. Blindar (*ga-blindjan*, occæcare, g.)

57. Blocaus, Blokhaus (*blockhaus*: *block*, bloque, y *haus*, casa, a).

58. Bloque, y el cat. *Bloch*, pedrusco; Bloqueo (*bloc*, *bloch*, aaa; *block*, tajo, pedruzco, aamod: éste por *bi-loh*, cerradura, cerrojo, del gót. *lukan*, cerrar; porque *bloquear* es cerrar los accesos á un lugar, pero *bloca* viene de *bucula*, lat.)

59. Bobiné (*bobbinet*, a, á saber: 1.°, *bobbin*, canilla, ing.; y 2.°, *net*, red.)

60. Bode. Fr. Luis de Granada; Boque, macho cabrío, Borao; Buco, esp. ant., Orden de Tarazona; *Boch*, cat. y de origen germánico, según Don A. Bergnes de las Casas, y efectivamente, la voz es popular en Alemania. ¿Será elaboración de las lenguas románicas con el material céltico *boc*, *boic*, según presume J. Grimm?

61. Boios (*Boĭi*, César, Plinio y Tácito con el consonantismo gótico).

62. Bol (*bowl*, cuenco, tazón, ing.; y éste de *bol*, *boil*, copa, gaél.)

63. Bolina (*bowline*, ing.; *buglinie*, danés; *boelinju*, hol.: 1.°, *bug*, *bow*, *boe*, proa; y 2.°, *lîne*, cuerda).

64. Bolingrin, jardín (*bowling*, ing.; *bolw*, bola; *green*, verde).

65. Borceguí (*brosekin*, *broseken*, neerl., dim. de *broos*, quizá transformación de *byrsa*, cuero, cual *leerse*, bota, de *leer*, cuero).

66. Borgoña, Burgundia, *Borgoñón*, *Borgoñones* (Burgundiōnes, Plin. 4-14-28). *Burgundio*, sing., Sid.; *Baurgundja*, hipot. gót., habitante de Burgo. Perdida la *d*, como *vergueña*, Ruiz, de *verecundia*).

67. Bosque (*boscus*, *buscus*, lat. med. de *buwisc*, *buisc*, material de construcción; derivados hipotéticos de *bauen*, construir, a); de aquí: 1.°, Buscar, verbo formado por los españoles para llenar las funciones del verbo fr. *chercher* y del it. *cercare;* salió de bosque, como montar de monte; 2.°, Busca, Brusca, vara, tuero, cat.

68. Botín, térm. mil. (*bŷti*, escand. ant.; *bûten*, aa de los tiemp. med.; *bùten*, aamod; *beute*, presa que se hace en la guerra, aamod; *booty*, ing.)

69. Brabante (*Brâchbant*, aa de la Edad Media), á saber: *brâka* y *prâcha*, aratio, y *bant*, pagus, como: 1.°, Tubantus (*Tubanti*, los que viven en dos pagos); 2.°, Bursibantos (*Bursibanti*, de *porsa*, Ledum palustre, aaa, viven en los paulares); 3.°, Bucinobantes, Bucinobantos (*pouchîn*, fagineus, aaa, los que viven en los hayales); de aquí: 1.°, Bramante, de brabante, porque al principio se trajo de Brabantia, dice Covarrubias; 2.°, Breymante, lib. de Alex., parece monstruo, dice D. T. Sánchez, y dudaba con razón aquel distinguido literato, porque el nombre debe su origen al Brabante, tierra de aventureros, de *breiman*, corsario, filibustero, prov.

70. Braco (*braccho*, aaa; *brake*, aamod: braco es también adjetivo y se aplica al que tiene roma y algo levantada la nariz; de un substantivo salió un adjetivo, procedimiento atrevido, como de *cĭnis*, la ceniza, salió *cenizo;* de *cicuus*, la membrana de las cavidades de la granada, salió *chico;* de *fundus* salió hondo).

71. Bradon y su ant. Brahon (*Brand*, *Brandon*, sust. del verbo *brander*, contraído de *brandeler*, bambonear, menear, puesto que se bambonea el pingajo colocado en la extremidad de un palo).

72. Bramar (*breman*, aa; *bremmen*, bramar, neerl., cuyas voces corresponden al gr. βρέμειν).

73. Braña, Areña (*brenna,* lat. med., doc. de 781; *brahne*, matorral y aun peñascal, a).

74. Brasa (*brasa*, soldar, escand. ant.; *brasa*, sueco); de donde Brasil, porque el palo que dan varias especies del género Cæsalpinia sirve para teñir de rojo.

75. Bray, tierra negra, lodo, fango (*brack*, escand.)

76. Brema, pez (*Cyprinus brama* de los naturalistas; *bresmia, braximus*, baj. lat.; *bream*, ing. de *brachse*, *brachsme*, a).

77. Briba, Bribón (*bilibi*, pan, alimento, aaa, convertida la *l* en *r*, hecho muy común).

78. Bric, Brig, Brik (*brig*, barco con dos mástiles, ing.)

79. Brico, banco de arena (*breki*, escollo en el mar, escand.)

80. Brígida.

81. Brin. Vitre, lienzo de cáñamo más fino y flexible que la loneta, Dicc. marít. El brote rollizo y sano que se reserva en la conversión del monte bajo en alto, se llama *brin* por los franceses, y de aquí Brin y Brinzal; en español Brizna, parte menuda y sutil de alguna cosa que los franceses dicen también brin. La etimología es dudosa: hasta el siglo xvi el fr. *brin* valió fuerza, ruido; la locución *à un brin* significaba á la vez, y desde aquella época empezó á tomar las acepciones hoy corrientes. Según Díez, la primera viene de *brim*, ola, oleada de mar, escand. ant.; la segunda se debe á *brieren*, bretón, de donde Bran, salvado, como cosa menuda, fr.; *bran*, ing.; *brenium*, lat. med., y Breu, Berceo, salvado de la harina, voz «que tiene uso en algunos lugares de las montañas de Santander,» dice Sánchez, donde también se usa la forma Bran.

82. Brindar, Brindis (*bring dirs*, de *bringen*, traer, convidar al compañero con la copa en la mano, bebiendo él y luego el otro, aamod).

83. Brincar (*blinchan*, brillar y después temblar, pernear, como los verbos latinos micare, coruscare, que tienen ambas acepciones).

84. Brisa (*¿breeze*, ing.)

85. Brollar, Embrollar, Embrollo, Abrollo, Adrojo (*broilus, brolius*, lat. med.; *brog*, hinchazón, confusión, maraña, celt.; pero *brog-il* es germánico por el sufijo y quizá se encuentra la misma raíz en *brogen*, levantarse, aa de los tiemp. med.)

86. Bructeros (*Bructĕri*, nombre usado por César, Plinio y Tácito, con el consonantismo gótico, *Borahtheri*, *Borhtheri*, *Bĕrahtheri*: 1.°, *bĕraht* y *boraht*, coinciden con raíz y significado, y valen fulgente; 2.°, *heri*, ejército).

87. Brusco (*bruttisc*, aaa; *brutt-sc*, obscuro, furibundo, rabioso).

88. Budget, térm. parlam., pedantería excusada sin antecedentes ni raíz en nuestra lengua, decía D. R. Baralt (*budget*, ing., de *boulgette*, fr.)

89. Buega (*buk*, *buik*, mojón maestro, a).

90. Bugada (*bauchen*, solar la ropa, lavar con legía, aamod., y mejor de *bûh*, aaa).

91. Buho (*būbo*, lat., pero la *h* proviene quizás de *bûf* ó de *hûf*, aaa).

92. Buldogo (*bulldog*, ing.; *bull*, toro, y *dog*, perro).

93. Burgrave (*burgraf*, a; *burg*, burgo; *graf*, conde).

94. Burgo (*burgo* y *burgus*, lat. med.: castellum parvulum, quem burgum vocant, Vegetius, 4-10, *baurgs*, f., arx, urb. g.; por resello del gr. πύργος; *bairgan*, *bergan*, servario, tuere, aaa). De la voz burgus, popular antes de la caída del imperio romano, salió el romance *borgo*, no del alemán *burg*, porque de éste no pudo salir *burges*; después, por la acción del alemán, se desenvolvió paralelamente la forma con g. fuerte; *Burgi Burgirum*, Esp. sag. 26-169 doc. del año 884, la reunión de muchos burgos. Así, César, Plinio y Tácito emplearon la voz con el consonantismo gótico p. e. *Asciburgium*.

95. Burgundoforo, usado ya en el siglo vii (*Faramani*, el estado de una gente, lo perteneciente á una *fara*: cum fara sua migrare).

96. Buril, y su ant. Boril (*bora*, terebra, aaa; *borón*, terebrare, aaa; *bohren*, taladrar, aamod.)

97. Buso, agujero (*bósi*, vano, vacío, aaa).

98. Butones.

99. Buzo, embarcación de un solo palo, Part. 2.ª, tít. 24, ley 7 (*butse* en *butse-carlas*, marineros, anglosaj.; *buss*, barca de pescadores, ing.; *buisse*, neerl.)

II. Hubo vacilación entre la *b* y la *p*.

1. Balcón, Balco (*balcho*, *palcho*, viga, aaa; Balke, granero, bajo alemán).

2. Bala, Pala (*palla*, aaa).

3. Bocardo, Pocardo (*pochwerk*, de *pochen*, mojar, porque se dice del pilón en que se moja el mineral antes de fundirle).

4. Plecturdis. En los documentos francos se encuentra la forma Plectrudis con la *p* alemana, esto es: *Plihtrut*, aaa, en lugar de *Blictrudis*, de *blic*, flumen, cual exige la lengua franca. Algunos escritores confunden aquel nombre con *Blidtrudis*, pero éste viene de *Blîdthrût*, de *plîdi*, aaa; *bleith*, mitis, g.; *lætus*, lat.)

III. 1. Abeter, embobar, engañar, Lib. de Alex (*bœtan*, anglosaj.)

2. Abrusar (*brochisón*, aaa).

3. Adobar (*dubban to ridere*, dar la pescozada al caballero, anglosaj., doc. del año 1085; *dubba*, dar un golpe, escand. ant.; *daubar*, pegar, valon namurense; *dub*, golpe, ing.)

4. Cimbros (Cimbri en César, Plinio y Tácito, con la inicial y la medial gótica; *cimber*, *cempere*, *cimpor*, prædator, grassator, anglosaj. El robo y el

asesinato no deshonraban entonces: honraban, según ha puesto de manifiesto la crítica de J. Grimm; por esta razón se formaban entonces nombres étnicos, que hoy parecen extraños á los que juzgan sin tener á la vista el criterio histórico p. e. Estumaros, Esturmarios, *Sturmari*, *Sturmarii*, de *Sturm*, tumultus, seditio, aaa; *Stürmer*, tumultuator, grassator; del lat. grassari de latronibus quia vias obsiden, aaa, y *mari*, memorable, aaa).

5. Frambuesa (*braambezie*, neerl.; *brâmberi*, fruto del espino, aaa, cambiada la *b* en *f* por la influencia de la voz fresa). La edad de la voz se refiere á *Framboses hintperi*, frambuesa, Glos. emmeran.

6 Obenque (*hőfunbendur*, escand. ant., con el interm. *hobenss*, franco).

7. Obus (*haubitze*, a; *haufnitz*, siglo xv, de *haufnice*, bohemo, máquina para lanzar piedras).

8. Ubios (*Ŭbĭi*, voz usada por César, Plinio y Tácito con el consonantismo gótico; qui proximi Rhenum incolunt, decía César; de *ahva*, agua, río, g.; *aha*, aaa, como *Fulda* de *Fuld-aha*; este elemento pasó á ser *apa*, como *Geldapa*, y con *u* breve salió *ubĭi*, cual *Dambius* y Gelduba.

F.

La *f* gótica equivale á *f*, *v* ó *b* en el alemán alto antiguo, y tanto la *f* de éste como la del godo, se transcribieron en español, como la *f* latina, esto es, con aspiración casi nula.

I. 1. Fafila.

2. Fal, elemento de muchos compuestos (*falval* ó *phal* de *fëlhan*, anglosaj.; *filhan*, condere, tegere, g., y vale, por consiguiente, conditus, esto es, constitutos, institutos, y *falah* significa habitante de derecho, domiciliado, vecino).

a. Ostalfos, Ostfalianos (*Ostfali*).

b. Taifalos (*Taisfali*).

c. Vestfalos, Vestfalianos (*Westfali*).

3. Falagar, Afalagar, ant.; Afalegar, cat.; Halo, Halo! Arc. de Fit. (*thlâihan*, fovere, consolari, g.; por tanto, la forma dialectal *Flaihan*, ó sea *Fléhón*, lisonjear, pedir, aaa).

4. Falbalá, Farbalá (*furbelow*, ing.; *fur*, forro; *below*, abajo).

5. Falda, Halda (*falta*, aaa); de aquí Faldriquera, Faltriquera, supuesto el diminutivo Faldica, y la intercalación de la *r*, como en Faltrero, ladrón de bolsillos, esto es, *Faldr-iqu-era*).

6. Falesa, Falesia, Felisa (*fels*, saxum, rupes, petra, scopulus, aaa; *falesia*, lat. med.); de donde Filisingo, hijo de las rocas, porque *ing* vale origen.

7. Falun, Falunera, térm. geol. (*falh*, pallidus, flavus, subflavus, gilbus, aamod.)

8. Falla, térm. geol. (No viene de *fall*, caída, a, como generalmente se cree, porque este nombre no puede dar ni un femenino ni la doble *l*. Está relacionada la voz con los verbos *falir*, *fallir*, cat. *fallere*, lat. σφαγειν, faltar, g., y *sphal*, vacilar, sánscrito).

9. Fallar, Hallar (*falla*, decipula, trampa, lazo para coger pájaros y ratones, aaa).

10. Fandila.

11. Fanez, Fannez, Fañez, Ffanez, Fano (*fana*, bandera, g.; *fano*, aaa; resellamiento de *pannus*, lat.; πῆνοσ, gr.)

12. Faquin (*vantkin*, hipotético de *ventjo*, mozo, neerl.)

13. Faradisacion (*Faraday*, apell., ing.)

14. Farándula (*fahrend*, movibilis, movens, aamod; *fahrende*, compañía de cómicos de la legua, músicos y danzantes. Farándula supone un primitivo taranda, como Lavándula de *lavanda*, Girándula de *Giranda*).

15. Fardin (*farthing*, ing., cuarto, por ser la cuarta parte del penique); de aquí *Ardite*, que, según el Dr. Puigblanch, pronunciaban *árdite* en algunos pueblos de Castilla la Vieja, y que antiguamente era con *h*.

16. Faro (*Faro*, aaa; *fahr*, unus e majoribus, qui ante nos vixerant, aamod). De aquí:

a. Faramundo, Faramundus, lat. med., voz que el franco escribió con la aspirada labial *Pharamundus*, caso excepcional, porque siempre se escribió la *f*: ej. Faro, nomb. pers.; Franco, nomb. étnico; Fledis, apelativo.

b. Faraldo (Faraldo, aaa).

c. Farval.

17. Fastida.

18. Fastila.

19. Fato, Hato (*faza*, *fazza*, aaa).

20. Faura.

21. Feijóo.

22. Feldespato (*feldspat*, spatum scintillans, aamod: 1.°, *feld* vale ager, campus, y también mons, rupes; 2.°, *spat* de σπαδη).

23. Felpa (*felwa*, vello de las hojas de algunas especies de sauce, aaa).

24. Fenris.

25. Ferlin (*feordling*, anglosaj.)

26. Feu, cat.; Feudo, esp. (*feu-d-um*, lat. med.; *faîhu*, *faîho*, ganado; después pecunia, g.; *fihu*, aaa).

27. Filiberto (*Filibert*: *filus*, mucho, g.)

28. Filibuster, Filibustero, Flibustero, corsario (*vrybuiter*, neerl.; *vry*, libre; *boot*, botín).

29. Filmar, Filomar (*Filomar*, aaa; *filus*, mucho, g.)

30. Fingar.

31. Fisca, Fisga, Fisgar (*fiskón*, pescar, g.)

32. Fita, cinta, Silva (*fiza*, cinta, hilo, aaa).

33. Flamberga (*flamberge*, f., el nombre de la espada de un héroe).

34. Flandes (*Flandern*, aamod).

35. Flanela (*flanell*, pannus laneus tennior, aamod).

36. Flibote, Filibote (*flyboat*, ing.: 1.°, *fly*, volar; *boat*, bote).

37. Flisflast, cat.

38. Flos (*fliessen*, correr, a).

39. Flota (*fluctus*, lat.; pero la voz *vloot*, neerl., ó *flöot*, sueca, fijó la actual acepción, y así se propagó por el área románica).

40. Fofo (*pof*, hinchado, esponjoso, neerl.)

41. Foque (*fock*, neerl.)

42. Forestal, Floresta por Foresta desde el siglo xv, térm. erudito; Foresta, *foreste*, *forestum*, *forasta*, baj. lat.; voz formada con el lat. *forastĭcus*, exterior, Placidus; el verbo *forestare*, declarar un terreno fuera del aprovechamiento común; *foresta*, terreno defendido, vedado, fué para los germanos lo que para los españoles la voz *dehesa* de *defesa*.

43. Fornir (*fraumjan*, procurar, suministrar, aaa).

44. Frac, Fraque (*frack*, aamod).

45. Frau, apellido, cat. (*Frau*, señora; de *fró*, señor, aaa).

46. Frauja, dominus, g. (*Fró*, *Freyr* son masculinos é idénticos con *Fraujó*, *Frouwá*, *Freyja*, con que se denomina el día sexto de la semana, el viernes, de Venus, es decir, unidad superior, y por tanto, comprensiva de los dos sexos, como *Lunus* y luna, lat. *Sunna*, *Sunnó*, sol, g.)

47. Fresa, Frisa, Frisar, Frezada, Frazada, *Saga Fresonica*, Pallia Fresonica, vestimenta, de Fresarum, provincia; de *frisle*, rizo, frisón, *frizzle*, ing.; pero según las investigaciones de J. Grimm, la raíz está en *freisan*, periclitari, y Frisones vale periclitantes, audaces. El verbo Frezar, arrojar excrementos, y el nombre Freza, excremento, indican á primera vista la etimología de *fritan*, *frezzan*, aaa; pero comparado Frezar con *derezar*, de directus, se llega á la voz *frictus*, part. de *fricare*, fenómeno cuya probabilidad acrece por lo raro que es el cambio de la *t* gótica en *s* española; además Fresar, gruñir, puede venir de *frendere*, part. *fressus*.

48. La voz alemana *frid*, que se refiere al gótico *ga-frihon*, pacificar, es elemento formativo.

a. Federico.

b. Fredegunda.

c. Fridulfo.

d. Fritila (*Frithila*, m. g., Fridila).

e. Fritigerno, Fridigerno (*Fritigernus*, g., con la *t* latina. *Frithugairns*, g.; *Fridokern*, aaa).

f. Alfredo (*Adalfrit*, aaa).

g. Berfredo.

h. Lanfredo (*Landfrid*, aaa).

i. Manfredo (*Meginfrid*).

j. Sifredo, Sigefrido (*Sigufrid*).

l. Tiofredo (*Thiotfrid: thiot*, pueblo).

m. Ufo, Ofo (*Otfrid*, aaa).

n. Vilfredo, Wilfredo (*Willifrid*, aaa).

49. El elemento *frod*, hábil, entra en muchos compuestos.

a. Frodardo (*Frodard*).

b. Frodegaudo (*Frodegaudus*).

c. Froderio (*Frodher*).

d. Frogero (*Frodger*).

50. Fucar (*Fuggar*, a).

51. Fuina y en cat. *Fagina* (*fehe*, especie de marta, aamod; *fág*, *fâh*, abigarrado, lustroso; *faih*, g.)

52. Fulco, *Fulcon* (*Fulch*).

53. Fust (*faust*, puño, aamod; *fûst*, aaa; pero no se confunda con *Fausto*, del lat. *Faustus*).

II. 1. Catafalco (1.°, *catar*, *cadar*, ver; 2.°, Falco de Palco, por la influencia de la aspirada *ph* ó *f*, especialmente en el provenzal); de aquí Cadalso, Cadahalso, *Cadafalso*, cast.; *Cadafal*, cat. ant.; *Carafal*, val.

2. Moho (*muffen*, *muff*, neerl.); de donde Mohino.

3. Ruflada (*hruf*).

V-W.

La *v* gótica corresponde á la semivocal sánscrita, y la misma equivalencia presenta el alemán alto antiguo; sin embargo, se observa en algunos manuscritos del último idioma que el sonido de la *v* india y el de la gótica están representados por *uu* y que llegaron á ser *vv* en el alemán alto de la Edad Media. Después de consonante inicial se encuentra *u* por *w* en la mayor parte de los monumentos del aaa; *Zvalif*, doce, g.; *zuelif*, aaa; *zwölf*, aamod; sin embargo, hoy se admite en todos los períodos del aaa la *w*, que nosotros llamamos valona, alemana ó inglesa.

El sánscrito y el cendo ponen la semivocal *v* por la consonante ó ramista, á fin de evitar el hiato, y lo mismo suelen hacer las lenguas germánicas. Del tema gótico *sunnu*, p. e., salió el genitivo *suniv-é*, filiorum, cual se ha dicho al tratar de la f.

El valor de la *w* en *wa*, p. e., es el de *uá*, ó mejor *uwa* con labial líquida. Para este sonido tenía poca receptisidad el aparato vocal de los pueblos románicos, aun cuando sus idiomas presentan en la inicial las combinaciones *uá*, *ué*, *ui*, *uo*, como *vuate*, fr.; *huebra*, esp.; *huitre*, fr.; *uomo*, it.

A. Se sustituyó con el valor de la *v* el uso de la advenediza, llegando hasta escribir *b* en algunos casos.

I. 1. VAGÓN, WAGÓN (*wagón*, ing.; *vigan*, vehere, movere, g.; *wëkan*, aaa).

2. VAGUIDO, VAHIDO (*vangjan*, vertere, g.; *wentan*, aaa).

3. VALABONSO, WALABONSO (*Walabonsus*, lat. med.)

4. VALDO, WALDO (*Valdus*, *Waldus*, lat. med.: WALT, WALD, a, de *Walten*, dominar, aamod; *Waltan*, aaa; *Valdan*, imperare, g. Significa, pues, 'Αρχέλοσ, 'Αρχίδαμοσ y pasó á ser *Valdus* en lat. med., y *aldus*, *oldus* en español, huyendo del diptongo, como de *batualia* salió *batalla*).

a. AIROLDO.

b. ADOALDO (*Adaloaldus*, lat.; *Adalwalt*, aaa; *adal*, nobleza).

c. ARNALDOS (*Aranaolt*, aaa, de *aro*, águila).

d. BASUALDO (*Bessi*, Cic. Pis. 34-84; Cæs., Plin. ó *Bassi*).

e. BERALDO, BEROALDO (*Bervaldus*, lat.; *Peralt*, aaa, de *ber*, oso).

f. BONALDO.

g. CASTOLDO.

h. ERMOLDO, ERMULDO (*Ermenevaldus*, lat. med.; *Ermen* por *Irmín*).

i. FARALDO, FEROLDO (*Faro*, *Fahro*).

j. FRIDULDO, FRIDUALDO (*Fridualdus*).

l. GASOLDO.

ll. GERALDO (*Gerwalt*, gêr, lanza). De aquí GEROLDO.

m. GESUALDO.

n. GRIMALDOS, GRIMALDI (*Grimoaldus*, la t. med.; *Grimmwalt*, aaa: *grimm*, ira).

ñ. LASALDE.

o. LEOPOLDO (*Liebold*, domina con el amor).

p. RECALDE (*Richolt*, aaa).

q. REINALDOS, REYNALDOS, REINOLDO (*Reinwalt*).

r. RIBOLDO.

s. TEVALDO.

t. VALVERTE, WALBERTE, VALVERDE (*Walbertus*).

u. VALFREDO, WALFREDO, WALFRIDO, VALFRIDO (*Walfridus*, la t. *Walt-frid*, aaa).

Son raros en alemán los apelativos formados con este elemento, pero abundan en las lenguas románicas.

a. HERALDO (*hariowalt*).

b. MANIGOLDO, verdugo (*manowald, manogald, manogolt*: *menni*, pl. collar, el que domina por el collar).

Se suele confundir con *wald*, bosque, como RODEBALDO (*Rodewald*, silva cædua, aaa).

También se confunde con *wald*, dominante, eslavo, en cuyos compuestos el primer elemento es el determinante.

a. LADISLAO (*Wladislaw*; *wlad*, dominante; *law*, gloria).

b. VLADIMIRO (*Wladimir*: *walh*, dominante; *mir*, paz).

5. VALON, WALON, BALONA (*walh*, *alwah*, bárbaro, aaa).

6. VALS, WALS (*Wälzen*, aamod; *valvison*, volvi, g.)

7. VAMBA, BAMBA, UUAMBA (*vamba*, venter, uterus, g.; *wampa*, aaa, pero BAMBA, tonto; BAMBARRIA, BAMBOLEAR vienen del lat. *bambălĭo*, sobrenombre romano, Cic., Plin. 3-6).

8. VANGIONES (*Vangĭōnes*, Cæs., b. g., 1-51-1; *vaggs*, campus, g.; *wanc*, aaa), de donde *Vangio*, campo, y la terminación *vango*, wang, wangen, común en los nombres geográficos.

9. VARENGA (*vrănger*, sueco).

10. La terminación VARIO viene de *vare*, *vere*, anglosajón; *veri*, colens, habitans, escand. ant. de *verjan*, defendere, tueri, anglosajón; *varjan*, g.; *werian*, aaa.

a. ANGRIVARIN (*Angrĭvārĭi*, Tác. G., 33, de *angar*, pratum, viridarium, aaa; *anger*, aamod), de donde Angrarii.

b. ANSIVARIOS (*Ansĭbārĭi*, Tác. A., 13-55, de *Ans*, deus).

c. BAJUVARIOS (*Bajuvarii*, qui Boihemum incolunt).

d. GUNDVARA, f. (GUNDWARA, quæ pugnam colit, Bellona, aaa).

e. HERIVARA, f. (HERIWARA, quæ exercitum tuetur, bellatrix, aaa).

f. RIPUARIOS (*Ripuarii*, qui ripam tenent; *Riparii*, Plin. 30-4-12, qui ad Rheni ripas, circa fluvium consederant).

g. SUARDONES (*Sveordveras*, *Sveordvere*, gestantes ensem).

h. ZIUVAROS (*Ziuwari*, *Ziowari*, qui Martem colunt, tuentur).

11. El vocablo *wart*, guarda, aaa, de *vaîrdan*, tueri, g., es también elemento formativo.

a. AYLVAR (*Egilwart*, aaa).

b. EDUARDO (*Eadweard*, anglosaj.; *Edwards*, guarda de los bienes ó guarda afortunado, ing.); de donde DUARTE, ADUOARTE.

c. ELVERTO (*Eliwart*, aaa).

d. EVERTO (*Ewert*: *ewâ*, ley; *wart*, guarda).

12. VASINTONIA (*washingtonia*, género de plantas dedicado á *Washington* por los norte-americanos, ó sea VELINTONIA dedicado á *Wellington* por los ingleses: 1.°, *Welling*; 2.°, *ton*, ciudad; *tun*, septum prædium. *Sequiva*, nombre indio).

13. Vidigoya, apellido (*Vidigoia*, g.; *Vidugauja*, g.; *witugouwo*, *witicho*, aaa; *itwegouwe*, *witege*, aaa de los tiemp. med.; *Vudga*, silvícola, anglosaj.)

14. Vido.

15. Vigisclo.

16. Vigitino.

17. Vigo, Wifo, obispo de Gerona en 935 (*wigo*, pugnax, belicoso, aaa). De aquí muchos compuestos con *wig*, pugna, aaa.

a. Viman, Vicman, Wiman, Wicman (*wicman*, pugnator, aaa).

b. Vigando (*wigand*, peleador, aaa; forma de participio, aaa).

c. Vigberto (*Wigberaht*, fulgente en la pelea, aaa).

d. Vigmundo (*Wiegmund*, *Wigmunt*, escudo de la pelea, aaa).

e. Eduvigis (*Haduwîc*, aaa; *hadu*, guerra).

f. Luis (*Hluduwîc*, aaa).

18. Vilia, Wilia (*Wilia*, aaa de *viljan*, g.; *wëllan*, aaa; *velle*, lat.)

a. Vilibaldo, Wilibaldo.

b. Vilibrodo, Wilibrodo.

c. Viljarito, Wiljarito (*Wiljarith*).

d. Vilmaro, Wilmaro.

e. Vilmundo, Wilmundo (*Wilmunt*).

19. El nombre *wini*, amigo, aaa, del verbo *vinan*, amare, diligere, gaudere, g., es elemento formativo y la *w* suele pasar á ser *u* y *o*; también *wi* se convirtió en *gui*.

a. Angevino (*Engilwin*, aaa).

b. Arduino (*Hartwin*, aaa).

c. Baldovinos (*Baldwin*, aaa; *bald*, audaz).

d. Frovino (*Frowin*).

e. Gervino (*Gervinus*, *ger*, lanza).

f. Guimbau (*Winbald*, aaa).

g. Guinardo (*Winihart*, fuerte en la amistad, aaa).

h. Guinemaro (*Winmar*, memorable por la amistad, aaa).

i. Liuvino (*Liutwin*, demofilo, aaa).

j. Oldoino (*Altwin*, aaa).

l. Vinebaldo, Winebaldo (*Vinebaldus*, *Vinibaldus*, *Winibald*).

m. Vinefrido, Winefrido, Vinifrido, Winifrido (*Winifrid*).

n. Vinemaro, Vinimaro, Winemaro (*Winimaro*).

20. Visigodo, Wisigodo (*Wesegothæ*, los godos occidentales del Ponto; *Visigathans*, *vis*, tranquilidad, g.)

21. Vist, Wistt (*whist*, ing.)

22. El nombre masculino *vulfs*, lobo, g.; *wolf*, aaa, pasó al español, ya conservando la *v* gótica, ya conmutándola en *u*, ya suprimiéndola.

a. Adolfo (*Adalof*, aaa); de donde Ataulfo (*Athialf*).

b. Arnolfo (*Arnolf*, aaa).

c. Astolfo.

d. Asulfo (*Asenwolf*, aaa).

e. Berolfo, Berulfo (*Berulfus*).

f. Biterolfo (*Bitterolf*, aaa; *bitter*, amargo, mordaz).

g. Edolfo (*Eadulph*, anglosaj.)

h. Gangolfo (Gangolf, aaa: 1.°, *gang*, camino, lo contrario de *Wolfgang*).

i. Ludolfo (*Liutolf*, aaa; *lint*, pueblo).

j. Jarulfo, Jerulfo, Gerulfo (*Werwolf*).

l. Marcolfo (*Markolf*, aaa).

ll. Odolfo, Odulfo (*ead*, possesio, opes, anglosaj.); de donde Odon, Oton, Odo.

m. Ordolfo, Ordulfo (*Ortolf*, aaa).

n. Randulfo (*Rantolf*, aaa de *rant*, escudo).

ñ. Rodolfo, Rudolfo (*Hruodolf*, aaa; *hruod*, gloria).

o. Sigulfo (*Sigulf*, aaa; *sig*, victoria).

p. Teodolfo, Teodulfo (*Theodulphus*).

q. Ulfila, form. grieg., y por disimilación Urfilas, Vulfila, lobenoz (*Wölfel*, aaa).

r. Ulfoardo (*Wulfert*, aaa).

s. Varolfo, Verinolfo (*Warolf*, *Weriniolf*, de *weher*, arma, aaa).

II. 1. Aviones (*Aviones*, Chaviones, *aujans*, g.; *ouwon*, aaa; luego habitantes de la *aue*, vega, isla, aamod; *avi*, g.; *ea*, anglosaj.); de aquí Batavi, Chamavi.

2. Blavo (*bláw*, aaa).

3. Esparavel, Esparvel, Esparaván, y el cat. Esparvenc (*spaqwari*).

4. Gonsalvo, Gonsalvus, doc. del año 844. Esp. sagr. 26-47, pág. 447, ¿*Gundsarvus*, preparado para la pelea, existe *gûdh-searo*, anglosaj.

5. Iva (*iwa*, aaa). De aquí Ifina.

III. Dominó la *b*.

1. Belisario, según costumbre bizantina (*Valisaharis*, g.)

2. Bismuto (*Wismuth*, aamod; *bismuth*, ing.)

3. Bogar (*wogón*, aaa; *wagón*, aaa; *wogen*, aamod).

4. Garbar (*garawan*, aaa).

B. Pero no se rompió abiertamente con el sonido extranjero, y se creó otra combinación para expresar mejor la esencia del nuevo sonido, el grupo *gu*, en el que se condensó la aspiración de la *w* alemana, dominando generalmente al principio de dicción, que es donde más sobresalía. Los documentos del siglo viii muestran á cada paso testimonio de este cambio.

1.° GUALBERTO (*Waldberth*):

2.° GUICHINGO.

3.° GUIDO (*Wito*, aaa).

El uso de *gu* por *m* pasó á los mismos dialectos germánicos, obra de los alemanes que vivían entre los latinos. Cuenta de los lombardos Paulus Diaconus 1-9 que aquéllos pronunciaban *Gwôdan, Guodan* la voz *Wôdan*, y lo mismo *guald* por *wald*, silva; GUAJE, doc. nav.; *gaje*, cast. (*guadium, wadium, vadium, vadig*, pigmus); *guaregangus* (*waregangus, exsul*); GUIDRIBORA (*idwribora*, cenatus, liber), y lo mismo aconteció en el Bajo Rhin. San Isidoro escribió GULFILAS por VULFILAS, esto es, *Ulfilas*. Y que el procedimiento no fué caprichoso lo indica la historia de las lenguas románicas, en las que se decía GUANACO por HUANACO, MAN-GUAL por MAN-UAL, MENGUAR por MENUAR, y también GÜEBRA por HUEBRA, GÜERTA por HUERTA, GÜESO por HUESO, aceptando la ley de los grupos *gu* (*gv*); *Ku* (*qv*); *du* (*dv*), esto es, el *gw* céltico por la *v* latina: *gwin=vinum; gwel=velum; w* arábiga por *gu*; *wad*, río=guad, GUILLERMO, GUILLELMO por *wilihelm* (*willo*, voluntas, voluptas, studium, aaa, y *helm*, yelmo).

I. 1. GUADAÑAR (*weidanôn*, aaa).

2. GUAFLA (*waffel*, aaa).

3. GUALANDO (*wielant*, aaa).

4. GUALDA, GUALDO, GUADO (*weld*, ing.)

5. GUALDANA (*woldan*, aaa).

6. GUANTE, VANTE, y en cat. *Guant* (*wantus*, bajo lat. en un texto de Beda; *vantr*, escand. ant.; *vante*, sueco y danés).

7. GUAÑIR (*vânjan*, anglosaj.)

8. GUAPO, GUAPEZA (*vapul*, pompholix, anglosaj.; *wapperen*, lisonjear, neerl.)

9. GUARAÑÓN, GARAÑÓN (*waranio*, lat. med.: *wrênjo*, alemán bajo ant.; *wrêne*, neerl.; *reino*, aaa).

10. GUARDA (*warde*, aaa).

11. GUARDAR (*wartên*, aaa).

12. GUARECER, GUARESCER, GUARIR, GUARIDA, y además GUARITA, doc. nav.; GARITAR, doc. nav.; GARITA, GUESCA SE, imperativo de guarecer, doc. nav. (*werjan*, aaa; *varjan*, g.)

13. GUARLANDA, ant. GUARNALDA, GUIRNALDA.

14. GUARNERIO (*Wernhêr*, aa de los tiemp. med.)

15. GUARNIR, GUARNECER, GUARNICIÓN (*warnôn*, aaa).

16. GUASTAR, GASTAR (*vastare*, lat., pero bajo la influencia de *wastjan*, cual sucede con otras voces románicas con *gu* inicial).

17. GUAYA (*vai*, væ, g.; *wé*, aaa).

II. 1. GAIRE, mucho, cat. (*wâri*, aaa).

2. Gambax, Lib. de Alex (*wamba*, vientre, aaa).

3. Gancho.

4. Gandir, tragar, comer (*vandjan*, g.; *wantjan*, *wentjan*, aaa).

5. Garana, bosque artificial (*warenna*, ing. ant.)

6. Garante (*wëren*, responder, aaa).

7. Gason, térm. arag. (*wasso*, aaa).

8. Gaucho (*wark*, *werken*, aa de los tiemp. med.)

9. Gayfa, Gayfio, res derelicta (*wayvium*, *vayfium*, lat. med.; *vafian* anglosaj.)

III. 1. Guercho (*twer*, *dwerch*, travieso, transversal, aaa, perdida la dental).

2. Guerra y Gerra, poema del Cid (*werra*, aaa).

3. Guiberto (*Wigberaht*, fulgente en la pelea, aaa).

4. Gindar, Guindola (*windan*, aaa).

5. Guindaste (*wind-as*, neerl.)

6. Guisa, Guiso, Guissadus, Guisandus.

IV. *Ub* por *w*.

Las leyes visigodas presentan la transcripción de *ub* por *w*.

1. Ubisando. Con el nombre alemán *wisunt*, tomado del latín *bison*, gr. βίσων, se formó el nombre épico Wisunt; los bizantinos dijeron Οὐισανδος y los españoles *Ubisandus*, cual de *Episcopus* salió *Biscopus* y después *obispo*.

2. Ubalia (*Wallia*, aaa).

3. Ubaldo (*Waldo*, aaa).

4. Ubalfredo (*Ubalfredus*).

5. Ubamba, Vbamba.

6. De Ueste triunfó Oeste (*vest*, anglosaj.; *west*, occidente, ing., por la acción de la *v* griega).

7. Noruega (*Norvegr.*)

V. Aféresis.

1. Andalucía viene de Vandalucia, de *vandajan*, tornar, girar, gót., porque no se dijo *Guandalucía*, *Guandaluz*.

2. Impla por Guimpla (*wimpel*), como traen un misal mozárabe y Berceo.

VI. *Sw* pasó á ser *su*.

1. Suabia (*Schwaben*).

2. Suecia (*Schweden*).

3. Suero, Suárez (*svérs*, gravis, g.; *sudri*, aaa).

4. Suiza (*Schweiz*).

5. Arsen (*Arsinde*).

6. Brunesinda (*Brunjasuind*).

7. Ermesinda (*Irminsuind*).

8. Garien (*Garsindis*, *Gersindis*).

9. El nombre *svinths*, fortis, validus, g. (*swinde*, aa de los tiempos med., es elemento de muchos compuestos).

a. Suintila (*Svinthila*, g.)

b. Amalasvinto (*Amalasvintho*, g.)

c. Amalasunda, f. (*Amalasuntha*, g.)

d. Recesvinto.

VII. *Q* por *w*.

Quintrio es nombre tomado del franco, y viene de *Wintrio* por *Vintrio*. Hay entre *vintrus* y *quintrus* la misma relación que entre el verbo gótico *qainon*, plorare, y el aaa *weinón*, como *qiman*, g., y *venire*, lat.: como *quius* y *vivus*, lat.; como *quattula*, *quacara*, con wahtula, coturnix; como las voces alemanas *Quiliperht*, *Quolfwin*, respecto de *Wiliperht*, *Wolfwin*.

M.

La nasal de las labiales se conservó con regularidad, sobre todo al principio y fin de dicción.

I. 1. Macadan (*Mac'Adam*; *mac*, gaélico; *magus*, hijo, g., patronímico escocés, como Mac'Crohon).

2. Macuruna, nombre borgoñón de mujer (*mucg*, muga, anglosaj.; *mugr*, *mugi*, acervus frumenti, escand. ant., y de aquí *acervus* en general; el frisón *muka* vale igualmente acervus, manipulus culmurum, y como en anglosajón *mucgvyrt* significa Artemisia, parece que Macuruna está tomado del nombre de la planta Artemisia).

3. Mafalda.

4 Magan, Magaz.

5. Mala, Maleta, Maletón (*malaha*, saco, aaa).

6. Malina, el reflujo diario del mar, así como Ledona es el flujo (*mălina*, lat., se refiere á *magle*, grande, aaa).

7. Malta, térm. de cerv. (*malt*, ing., de *malz*, a, y éste de *melzen*, reblandecerse, aaa).

8. Mallum, publicum (*mathl*, tribunal, gót.)

9. Manganeso (*mangan*, aamod).

10. Manillas (*monile*, lat., con la acción de *mânili*, adorno en forma de *l* una, aaa).

11. Mansarda (*Mansart*, constructor del siglo xvii).

12. Marchal (*marsch*, aaa; *marsch*, ing.; *marais*, fr.)

13. Mar, Mer, Mir. Estos tres vocablos son formativos de nombres personales, y provienen de *mérs*, gót.; *mari*, vir memorabilis, aaa; probablemente de un verbo gótico *maîran*, ó μερμερα ἔργα, gr.; *memor*, lat.; *smar*, sánscrito.

a. Maro (*maro*, aaa).

b. Merica, donde domina la *e* gótica.

c. Merila, m.

d. Miro. La *e* gótica fluctuó en *i*.

e. Ademar (*Hadumâr*, aaa); de aquí Aymar.

f. Agilmar (*Agilmar*, aaa).

g. Balomeres (*Ballomêres*, franco).

h. Carimeres (*Chariméres*, franco).

i. Clodomeres (*Chlodoméres*, franco).

j. Fromiro (*Frôtmirus*, franco; *fro*, prudente).

l. Gausmaro (*Gausmarus*).

ll. Gislemaro, Gislemiro (*Gislemârus*, aaa; *Gislemirus*).

m. Godemar (*Godemar*, aaa).

n. Gozmar, Cosmar (*Gozmar*, aaa).

ñ. Inguiomero (*Inguiomérus*, franco).

o. Marcomaro (*Marcomârus*, aaa).

p. Mariomiro.

q. Meroveo. *Merowig*, memorable por la pelea, de donde con la terminación *ing*, que indica origen, Merovingios, *Merovingianos*.

r. Osmer (*Ansmar*, aaa, de *Ans*, divus).

s. Otmar.

t. Ricimiro, Richimir, franco (*Riciméres*, franc.)

u. Sigimaro (*Sigumar*, victoria præclarus, aaa; *Segimérus* es la forma gótica que trae Tácito; *Sigemârus*, aaa).

v. Teodomiro (*Theodoméres*, franco).

14. Marrar, Marrido, Maraña, Marañar, Enmarañar, Amarrar (*marzjan*, impedire, offendere, g.; *marren*, tirar, neerl.; *marrjan*, detener, aaa).

15. Mástil (*mast*, aaa).

16. Mata (ípsum forest vel ipsam matam quæ dicitur silva, doc. esp. del año 876; *maitan*, scindere, g.)

17. Mate (*matt*, sin brillo).

18. Matiacos (*Mattĭăci*, Tác., Hist., 4-37; *mate*, *matte*, prado bajo y húmedo, suevo y alemán).

19. Mazonero (térm. arag.; Mazonería, Masonería, fábrica hecha de cal y canto; Masonar, Masón, *metz*, picapedrero; *mëzzo*, aaa).

20. Medus, lat. med.; *Mezium*, lat. (*medo*, aguamiel, aaa; *mead*, ing.; μέδο, gr.)

21. Mego (*mahi*, aaa).

22. Mequetrefe («de origen inglés, como que es el antiguo *meketrefle*, hacedor ó fabricante de baratijas,» dice el Dr. Puigblanc).

23. Merlin, térm. marít., cuerda (*marline*, ing.; *maarline*, neerl.; *maar*, mar, y *linc*, cuerda).

24. Merengue (del país *Mehringen*).

25. Metralla (dim. de *mite*, *mitje*, moneda pequeña, minucia, neerl.)

26. Minesinger (trovador alemán de los siglos xii, xiii y xiv; *minne*, amor, y *singer*, cantor).

27. Miñoń (*minni*, a).

28. Miting (*meeting*, ing.)

29. Mitón (*mittamo*).

30. Moaré (*mohair*, ing.)

31. Moca, cat., vientre (*mauk*, persona gruesa, a).

32. Molsa, cat.; musgo de *moos*, a; *moss*, ing., según D. A. Bergnes de las Casas.

33. Momería (antiguamente se sacaba la etimología del lat. *momerium* y éste de momus; pero la comparación de aquella voz con la francesa *momerie*, mojiganga, y con las inglesas *to*, *mumm*, enmascarar, y *múmmery*, *múmming* llevan al verbo gótico *mummen*, fingir, enmascarar, g.)

34. Morena, montón, voz popular en Castilla la Vieja (*mur*, bávaro; de aquí Morón).

35. Morganático (Matrimonium ad morganaticam contractum, del verbo *maurgjan*, abreviar, g.)

36. Mota (*mott*, bávaro).

37. Munderico (*Munderichus*, de *munt*, tutela, tutor, protector, cuyo vocablo es formativo).

a. Bermudo, Beremundo (*Veremund*, *Warmunt*, aaa, protege con la defensa, con las armas).

b. Edmundo (*Otmund*, aaa; *ead*, possesio, opes, anglosajón).

c. Segismundo, Sigismundo (escudo de la victoria).

Hay que procurar, en el análisis filológico, que no se confunda *munt*, tutor, con *mund*, boca, que es también formativo de nombres familiares y geográficos.

Además se distingue de *mót*, ánimo, aaa, que es elemento de muchos nombres familiares.

a. Asmuto (*Assmuth*, a; *ans*, divus).

b. Dimuto (*Demuth*, humili, submisso, ánimo, a).

c. Harmuto (*Harmuth*, ánimo duro).

d. Viguimuto, Wiguimuto (*Wigimuot*, voluntad animosa).

38. Muñajo (*meum*, gaviota).

I. 1.° AMALOS (*Amalæ*, *Amali*, los laboriosos; de *aml*, labor, strenuitas, escand. ant.); de aquí:

a. AMALABERGA.

b. AMALAFRIDA.

c. AMALARICO, AMALRIQUE.

d. AMALIA, la laboriosa.

e. AMELIA.

f. AMALTRUDIS.

CONTESTACIÓN

DEL

Sr. D. FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS

AL DISCURSO PRECEDENTE.

Señores:

Hacedero y fácil es mi cometido. Los parabienes son ociosos escuchado el erudito discurso que consagra el nuevo Académico al estudio del grupo de lenguas conocido con la denominación, más ó menos exacta, pero corriente, de lenguas germánicas. Consagrado á una rama muy principal de las ciencias naturales; perito en las lenguas del Norte; docto en estudios administrativos; familiarizado con los literarios; manejando fácil y correctamente el habla castellana; promovedor infatigable de reformas é institutos que concurran al adelanto y progreso de la cultura patria, el Sr. Pascual es uno de esos nobilísimos espíritus que, con fe inquebrantable en los destinos que la Providencia apercibe al género humano, abre serena y confiadamente su ánimo y su inteligencia á las fecundas y salvadoras corrientes de las ideas modernas, saboreando con júbilo sus invenciones y sus descubrimientos. La Academia Española contaba con sus luces, y esperaba mucho de su discreción y perspicacia; y el dis-

curso que acabamos de oir justifica el juicio y da por cumplidas las esperanzas.

No pondré yo mano, temeroso de deslucirlo, en el cuadro filológico que pinta el nuevo Académico, ni le seguiré en la exposición de las leyes *lingüísticas* que engendran la abundosa variedad de las lenguas germánicas, desde el antiguo gótico hasta la de Goëthe y Schiller, ni he de retocar el entusiasta elogio de las calidades y prendas gramaticales y literarias del idioma que, al parecer, aspira á una dominación semejante á la que disfrutó en días de mayor ventura para nosotros la hermosa lengua de Cervantes, y há poco gozaba con afectada superioridad la francesa. Tengo por ciertos los caracteres que el señor Pascual señala: juzgo como excelencias las que con singular tino nos recuerda; pero no entiendo entraña la lengua alemana el nervio de la historia en los días que corren, ni me adhiero á los juicios hoy en boga sobre las futuras grandezas del germanismo, en cuyos juicios voy acompañado de mi nuevo y docto colega, lo que me presta aliento para apuntarlos por vía de ilustración y nota á su excelente trabajo.

El éxito, la dominación debida á triunfos militares y á favorables coyunturas diplomáticas, ávidamente aprovechadas; el enloquecimiento popular de una raza que se mira de pronto potente y fortísima, no son bases graníticas que aseguren de modo perdurable la influencia y el predominio en el mundo moral. Son oleadas que van y vienen en la historia; que traen, pero que, al retornar por la fuerza misteriosa que las llama de nuevo al seno de la historia, se llevan algo más, mucho más, de las rizadas y pomposas espumas con que deslumbraron á los que sólo miran luz y colores, atavíos y apariencias en la historia

humana. El imperio germánico que hoy enaltecen sabios y doctos, aclaman muchedumbres armadas y temen las más poderosas naciones de la tierra, no descansa en ninguna de las ideas que, según el Sr. Pascual, aportó á la historia la raza germana, ni se apoya en ninguno de los principios que permitieron á la Alemania la influencia moral y política que gozó en otros días. La oligarquía militar, que le ha procurado pasajeros triunfos, y la intolerancia que ahoga la santa y natural libertad de la conciencia individual, son verdaderos contrasentidos en esa raza que, al decir de los más, reveló la noción de la libertad, arraigándola en la vida y difundiéndola por el mundo. Y cuando se corta de esta manera la tradición moral del pueblo ó de la raza, y se ponen en guerra instintos y conveniencias, aspiraciones espontáneas y provechos calculados, se apaga el foco vital; y si se escuchan apoteosis de la fuerza y apologías de la opresión de boca de doctores, poetas y sacerdotes, como hoy acontece en las aulas y academias de Alemania, más se me antojan esos cantos y loas anuncios de próxima muerte, que regocijos de lozana y robusta juventud.

Si las razas y naciones vencidas ó desdeñadas por el orgullo germánico recogieran con celo las ideas que Alemania condena, y avivaran el culto á los principios y á las verdades que á los ojos de la novísima ciencia anglo-germánica son vanos ideales de fantasías juveniles, y, reanimando el *logos* sagrado de la conciencia racional, abrieran anchas sendas y caminos reales á los mundos de lo inteligible y de lo divino, la historia demostraría muy luego que son poco más que nada imperios y dominaciones que no descansan en la santa verdad de las ideas.

Aprovechen en buen hora las ciencias naturales el impulso vigoroso que el espíritu crítico de los doctores sajones y germánicos imprime á la observación y al experimento; sorprenda el análisis misterios y maravillas, desde el protoplasma á la más acabada y perfecta organización; desentrañe con esmero operaciones y funciones de órganos y dinamismos, que esa excelente labor y santa tarea es agradable y gozosa para la ciencia; pero no se embriaguen con la hipótesis, ni tomen por verdad las generalizaciones abstractas y verbales, tejiendo con leyes quiméricas un mundo no menos fantástico que el de las pasadas escuelas idealistas que, si pecaron contra la verdad, mostraban al caer la grandeza y portentosa energía del pensamiento humano, mirando cara á cara el sol de lo divino, en tanto que los nuevos errores ni advierten ni aleccionan, descubriendo sólo en el pensar penosa y contrariada secreción de un órgano fatigado y perezoso.

Y como nada prescribe ni gana derecho por el uso, en el campo de la ciencia, si no se asienta en la verdad, pasarán estos vientos materialistas y escépticos, como pasaron al comenzar el siglo las muy aplaudidas y afamadas enseñanzas de La Mettrie, D'Holbach, Helvetius, Cabanis, Volney, y la transformación de la sensación que difundieron por Europa Condillac, Desttu-Tracy y Laromiguiere, no inferiores estos últimos á los afamados maestros de Oxford, Cambridge y Abeerden, que hoy retocan y restauran sus doctrinas.

Sirva el caso de significación y aviso á las escuelas que estudian la razón y el espíritu, y proclaman la verdad de la metafísica y de la teología. En todo fenómeno histórico se esconde lección provechosa, é importa escla-

recerla y declararla. La reaparición del materialismo en el corto espacio de algunos lustros, patentiza el hambre y sed del espíritu humano y su creciente afán de poseer la verdad con entera evidencia y á toda luz, y es necesario satisfacer esa ansiedad con procedimientos racionales precisos y vigorosos, cuyas demostraciones repercutan con soberano imperio en el seno de la conciencia racional y libre, santa autoridad, íntima, inmediata, siempre viva y siempre pronta, que no puede engañarse ni engañarnos.

Vayan tras los ecos fugitivos del día las naciones y las razas; que pongan su pensamiento en éxitos que deslumbran como el incendio, pero que pasan como pasan las llamas, consumiendo y consumiéndose. Los pueblos y las naciones que traspasen en sus artes, en sus ciencias, en sus institutos, el mundo del presente con sus conveniencias y precauciones; el pueblo que continúe creyendo y pensando en lo permanente y eterno, que es lo único verdadero y bello, y no finja y mienta ciencia para disculpar lo hecho ó para legitimar lo que proyecta, será el verdadero pueblo elegido en la historia futura y el guía y el maestro en la centuria próxima.

Pero abandonemos lo futuro con sus misterios, y recojamos de la erudita disertación del Sr. Pascual los juicios sobre la influencia germánica en la historia pasada de la Península española.

Confieso que no me vence la opinión del ilustre Alderete respecto á la influencia de godos y de vándalos á la caída del imperio de Occidente, y especialmente en nuestra España. De Ataulfo á Recaredo y al famoso Concilio toledano, no van tantos siglos que permitan una influen-

cia filológica en pueblos que poseían la lengua latina; y á contar de Recaredo, la influencia hispano-latina, representada por el clero, fué decisiva y borró hasta en los mismos godos el recuerdo de sus tradiciones religiosas, políticas y filológicas. Los visigodos, como los más de los pueblos bárbaros, y más que los otros, se afanan por remedar usos, leyes, instituciones y trajes romanos, por aprender la lengua, y Ataulfo, y Alarico, y el mismo Leovigildo, se señalan en la historia como promovedores de este romanismo político, que era enérgicamente secundado por el clero católico, dueño de la vida moral del pueblo hispano-romano. Asentado de antiguo en las fronteras del imperio, solicitando mercedes y salarios, el visigodo no conservaba antiguas y estimadas tradiciones religiosas y poéticas que sirvieran de paladio á su lengua, y con la misma docilidad con que abandonó su religión una y otra vez pasando del gentilismo al arrianismo y del arrianismo al catolicismo, abandonó sus usos, su lengua y sus instintos en el suelo de la Península, empapado en las tradiciones romanas y en la fe del cristianismo.

Se debe este fenómeno histórico, tanto á la blandura y docilidad de los visigodos, que carecían de recuerdos, tradiciones religiosas y literarias que oponer á la maravillosa cultura representada por los Leandros é Isidoros, como á la tenacidad de la raza hispano-latina que, superior á la vencedora, menospreciaba su lengua y sus condiciones. La influencia filológica supone siempre una mayor cultura reconocida, por más que no sea confesada por el pueblo que la recibe, y esta ley de buena crítica explica por qué el simple contacto de los pueblos no produce revoluciones en el lenguaje, y las engendra una influencia

extraña y ejercida á distancia. Confundidos en nuestras villas y ciudades corrían judíos y mudéjares con los castellanos durante los siglos medios, y, sin embargo, apenas se percibe su influencia en la lengua de la Edad Media, y lejana era la influencia de los provenzales y franceses, y es mayor y más acentuada que la que procedía de fuentes interiores.

Buen testimonio de esta verdad es el libro primorosísimo de las etimologías de San Isidoro, en que son muy contadas las huellas de germanismo que se advierten y recuerda el Santo Obispo. Apenas se vislumbra esta influencia después de la conversión de Recaredo, porque iba unida la lengua de los vencedores al recuerdo de la herejía que repugnaba á los hispano-latinos, y en los monumentos mozárabes y en las cartas-pueblas de los siglos siguientes, con gran dificultad se recogen vocablos germanos.

No hay influencia germana en nuestra historia de los siglos medios: no la hay filológica, porque no la hay religiosa, ni política, ni social, por más que sostengan lo contrario, en mi sentir sin razonarlo, los partidarios de aquel germanismo romántico que el ilustre M. Guizot difundió años atrás en sus no olvidadas lecciones sobre la civilización europea.

El romanismo, que en su período de decadencia sintió aflojarse el yugo del César adquiriendo las provincias de hecho, franquicias y señoríos, y que conservaba con tradicional respeto la idea del ciudadano y la concepción del municipio; el romanismo, fecundado por el espíritu cristiano, engendró las ideas primordiales del Fuero Juzgo, como el Himnario de la Iglesia gótica procuró cantos y ejemplos á la fantasía del pueblo; como los recuerdos de

las fiestas cristianas y de los circos y teatros romanos, perpetuaron la tradición latina durante el período que se extiende desde Ataulfo á la invasión agarena.

Pero es un hecho, que ha demostrado con sagaz y laborioso estudio el Sr. Pascual, que existen hoy en el abundoso caudal de la lengua española muy cerca de 1.000 palabras de procedencia germánica; y como no hay efecto sin causa, ¿es lógico señalar una influencia germánica en nuestra lengua? En efecto, existen esas palabras de linaje germánico en la lengua española; pero lo que importa decidir es si acusa el hecho una verdadera influencia germánica, ó si se explica por el natural trato y comunicación de unas naciones con otras en la revuelta y agitada existencia de los pueblos de Europa en los últimos siglos. Son cosas muy distintas: la una expresa y significa sólo el roce y contacto natural de las naciones por motivos de comercio ó industria ó por accidentes políticos; la otra significa la confesión y reconocimiento de la supremacía moral del pueblo que influye.

No negaré que en la historia de la Edad Media española la influencia francesa, tanto la ejercida por la lengua de *oc* como la de la lengua de *òil*, es influencia política y literaria, eclesiástica en ciertos momentos, y por estas razones filológica. Gran número de esas palabras que ahora se inventarían como de procedencia germánica, lo son, en efecto; pero llegaron á Castilla por el provenzal, por el francés, por el catalán, en cuyas lenguas se encuentran asimismo. ¿Cómo conocerlas?

Cada lengua posee procedimientos propios en materia de derivación; y si la transformación que ha sufrido la palabra germánica se encuentra en consonancia con el modo habitual de derivación de las lenguas habladas en

Francia, más que con los modos predilectos del pueblo español, puede asegurarse que vino á España después de haber sufrido la transformación francesa ó provenzal. No pocas de las que generalmente se señalan se encuentran en este caso, y la observación advierte que no basta encontrar palabras procedentes de un idioma dado en otro, para afirmar la influencia de una en otra civilización.

Por otra parte, tras los Reyes Católicos imperó en España el César Carlos V, y en su reinado y en los siguientes mantuvieron los españoles muy frecuentes y por desgracia poco felices relaciones con los países germanos en que se hablaba el alto y bajo alemán, y allí se perfeccionaron industrias y artes militares, y de aquella comunicación y estancia trajeron nuestros soldados y nuestros escritores militares gran golpe de voces de armas, milicia, política é industrias que encontraron franca acogida en nuestro léxico; y por mi parte no titubeo en aventurar que muchas más de la mitad de las señaladas datan de estas fechas y de aquellas infelicísimas campañas.

Claro es que las reglas críticas á que obedezco para formular las dudas que anteceden sobre la verdad de una influencia germánica en lo pasado y sobre su legitimidad en los días que corren, necesitan á su vez complemento y demostración, y que sólo en las teorías *lingüísticas* y en las enseñanzas filológicas se descubren las verdaderas condiciones de una influencia filológica, sus leyes y sus modos. Las recordaré por exigencias del método, y porque ni basta ni es bien dar gusto al deseo ó ceder á momentánea preocupación del ánimo para prorrumpir en alabanzas ó en críticas acerbas, dirigiéndose á tan respetable Corporación y tratando asuntos científicos.

Pero me asalta en este punto mayor dificultad, y es que la ciencia *lingüística* que encarecía y ensalzaba en otros días (1), se ve combatida y alterada por las escuelas materialistas tan aplaudidas en Inglaterra y Alemania, y debo, al recordar sus principios y sus teoremas, mostrar lo injustificado de la impugnación y de las novedades y mudanzas que enseñan los nuevos doctores.

Las enseñanzas de los más esclarecidos ingenios de la docta Alemania, opuestas á las novedades que ahora propalan los que no titubean en escribir que no es grande Alemania por Schiller y Goëthe, Humbold y Hegel, sino por Moltke y Bismarck, me obligan á recordar que la *lingüística* y la filología, es decir, el estudio antropológico que agota la primera y el histórico que persigue la segunda, consideraban las *especies* en que se clasifican las lenguas, como originadas de tipos permanentes representativas del genio de la raza ó de la nación, por lo que eran una manera de decir la verdad y la belleza fija y constante. De aquí divisiones en familias; de aquí las lenguas semíticas, las indo-europeas y las turanienses, ó si se quiere, ya que esta calificación no goza favor en los escritores novísimos, las ouralo-altáicas, divididas en los cinco grupos en que hoy se subdividen. Enseñaban ha poco los más distinguidos doctores que la flexión indo-europea era distinta de la flexión semítica, y las estimaban irreductibles. Pasaban después al estudio de una de esas familias, procurando el filólogo resucitar la madre común de las lenguas semíticas ó de las indo-europeas, encontrando en ella la fuente de los caracteres comunes á toda la familia, y por último, se clasificaban, enume-

(1) *Curso de Literatura general.* Parte 1.ª: *La palabra.*—Madrid, 1868.

rando en la familia indo-europea la rama índica, las lenguas neo-índicas, las lenguas iránicas, las helénicas, las itálicas, las neo-latinas, las célticas, las germánicas, las eslavas y el grupo léttico; pero cada una de estas variedades de la familia europea mantenía tenazmente su carácter, sin que se transformara ni disolviera en otros diversos ú opuestos.

La ley de su naturaleza (enseñábamos todos) mantiene y conserva la vida de las lenguas; se perpetúa su léxico cuando llegan á un período literario, y son eternas cuando las hablan Esquilo y Platón, Marco-Tulio y César, Cervantes ó Bossuet, Goëthe ó Byrón. Nacen de esta permanencia del tipo lingüístico leyes de formación, de derivación, leyes gramaticales y léxicas, el diccionario y la gramática de cada una de las lenguas que, con ser hijas de la madre común y afectar el aire de familia, conservan sello original en que destella la infinita variedad del espíritu humano y las múltiples é inagotables formas de decir lo que pasa en su alma, y lo que ven sus ojos y penetra su inteligencia.

Maravillábase el lector al contemplar el himno infinito (1) en variedad y extensión que á la verdad y á la belleza se formaba, con la inenarrable serie de lenguas y dialectos que producía el espíritu humano; y se postraba el hombre ante la grandeza del pensamiento que, tomando carne en la palabra, creaba algo tan duradero como el mundo, tan permanente como el Cosmos, tan uno como el espíritu y tan vario como la vida.

Pero hoy cambia la enseñanza.

(1) Discurso leído ante la Academia Española: CANALEJAS. *Doctrinas religiosas del racionalismo moderno*, pág. 11.—Madrid, 1875.

Todo pasa, se cambia, muda y borra, como dijo el poeta. Nada hay permanente y estable. Nunca estamos en lo mismo; siempre caminamos á lo otro, que será á su vez lo diverso cuando creamos poseerlo. Las especies varían; cambian y mudan los seres en todo el ordenamiento de la naturaleza por la ley de la selección, y la lingüística, rama de las ciencias naturales, se transforma por esta ley que reviste la alta autoridad que tienen los hechos, según se afirma, en el orden científico.

Será cierta la ley; pero la historia no depone en pro del hecho. Irreductibles é invariables, al través de siglos y siglos, se muestran las lenguas semíticas y las lenguas indo-europeas. Siglos cuentan de existencia las lenguas que representan las variedades itálicas, célticas, góticas de la familia indo-europea, y vivas y tenaces se manifiestan sus leyes gramaticales, sin que baste el aluvión del neologismo ni las invasiones de la moda á cambiar su sintaxis ni á renovar su prosodia.

Se cumple la variedad en la historia de una lengua en su elemento léxico, pero con sujeción á las reglas propias del idioma; se extiende de región á región variando su fonología y leyes prosódicas, pero dentro de la fórmula general de la lengua matriz generadora del grupo, cuya variedad dialectal estudiamos.

Si comparamos el grupo itálico con el helénico, el gótico con el eslavo y con el céltico, al través de la variedad de su léxico, de las diferencias de su vocalismo, de las singularidades é idiotismos de su sintaxis, descubrimos el parentesco con el tipo generador de la familia indo-europea. No se dan casos de una lengua semítica transformada en lengua que ostente los caracteres de la indo-europea; y en la vegetación, como decía Humbold,

de las lenguas no escritas, que es tan rápida que cambia el diccionario en cincuenta años, se advierte que aquella exuberante variedad, pálido reflejo, sin embargo, de la actividad del espíritu, se cumple según los términos y modos gramaticales de la familia á la cual pertenece la lengua ó el dialecto.

¿Por qué esa permanencia? ¿Qué secreta virtud es la que mantiene activo y pronto ese sello peculiar y característico de cada familia de lenguas? ¿Por qué si las especies se transforman y los tipos se mudan y cambian, ni se transforma ni muda ni cambia la fisonomía gramatical de las lenguas, sino que crecen y se desarrollan, viven y mueren sin que en la vida ni en la muerte se obscurezca su progenie y su carácter?

No hay explicación en la novísima escuela del transformismo de estos fenómenos que reconoce el *lingüista* y comprueba el filólogo. Si la *lingüística* es una ciencia como la paleontología ó la botánica, se debe cruzar de brazos ante los problemas que encierra el lenguaje, y dando el caso por ininteligible, borrarlo de la lista de los problemas científicos. La *lingüística*, como ciencia natural, mirará como un asombro la aparición del lenguaje; tendrá por milagro la facultad de hablar; supondrá yo no sé cuántos órdenes de *primados* y predecesores del hombre, que expliquen la variedad de las lenguas semíticas, indo-europeas ó altáicas; porque la diversidad de los tipos gramaticales acusa necesariamente una diversidad fisiológica de cerebros, y por lo tanto distinto abolengo y diverso árbol genealógico para cada uno de esos hombres semítico, mongol, hindo, iránico, helénico ó celta; se verá forzada á enseñar que el hombre corta el paso á la fuerza creadora de la naturaleza, porque al hablar crea

algo no sujeto al eterno oleaje de la transformación y de la mudanza: estimando esa fuerza que crea y mantiene un sér permanente y fijo, como sortilegio ó hechizo con que encadena no sé quién la corriente general de las fuerzas naturales.

¡Cuánto milagro! ¡Cuánta hipótesis! ¡Cuánta maravilla en los que pretenden secar en la ciencia y en la vida la fuente de lo sobrenatural!

¿Por qué el griego no es el latín, ni el celta el sajón, ni el eslavo el zend ó el sánscrito? ¿Por qué, congenerados en una madre común, hay tal variedad en sus leyes gramaticales? ¿Por qué se mantiene la gramática de cada una de esas lenguas al través de los siglos y de las primaverales renovaciones de su vocabulario? El origen es el mismo. El que habla el mismo: el hombre. Las condiciones del clima y medio ambiente no llegan á la sintaxis. Las influencias históricas pasan, y pasan los Alejandros, y los romanos, y los bárbaros, y los turcos, y la lengua griega vive bajo los unos y bajo los otros, y renace, y crece, y se extiende, conservando siempre sus rasgos distintivos, las leyes privativas de su sintaxis y de su lexicografía, y no se transforma en lengua romana ni en lengua turca: la educación y el progreso la acaudalan; pero pule las palabras que recibe con misterioso cincel, y revisten el aspecto de las que van á ser sus hermanas..... y no hay más causas de selección natural en *lingüística*, según advierten los novísimos doctores.

Y el hecho queda en pie.

Las lenguas no se transforman, dice el filólogo señalando á la historia, ni cambian de especie, ni la flexión semítica se muda en la indo-europea, ni ésta se confunde con aquélla, por muchas y potentes que sean las cau-

sas externas que pudieran provocar esta transformación (1).

¡Pero—dicen los novísimos filólogos—la lengua es un organismo! Nadie lo duda; pero un organismo espiritual, que el espíritu de raza ó nacionalidad crea y mantiene. Pero—continúan—las lenguas no aparecen brusca é inopinadamente. Cierto: como que aparecen cuando es consciente el espíritu humano; pero las raíces se crean de golpe, y no se elaboran. Hay descendencia en las lenguas, y herencias, y atavismos—replican,—muy cierto; como que hay historia en el espíritu humano, y hay historia porque goza de vida el espíritu. Que las lenguas se transforman dentro de su especie ó familia, nadie lo ha negado.—Que cambian..... Cierto: todo cambia en el espíritu humano menos su esencia, y de la misma manera en las lenguas se perpetúa su esencia, que es la gramática.—Pero existe un período de desenvolvimiento del organismo corporal humano en que el lenguaje era mudo..... ¡Hipótesis aventurada y quimérica!—Hubo otro período en que el lenguaje fué inarticulado y semejante al ronco aullido de las fieras..... Hipótesis que no encuentra justificación en el estudio comparativo de la onomatopeya y la interjección, ni en la observación experimental.—Que fueron muchas, innumerables las lenguas primitivas..... Hipótesis desmentida por la filología comparada y con-

(1) En estas observaciones críticas me refiero expresamente, indicando sus afirmaciones, al eminente filólogo A. Schleicher y á la carta publicada en Weimar en 1863, dirigida al Dr. Hœckel, así como al escrito que publicó al año siguiente en defensa de las opiniones emitidas. La autoridad muy respetable de Schleicher ha servido después á Hœckel y á darwinistas franceses, que han hecho aplicaciones á la filología y á la lingüística de las teorías de Darwín y Wallace, entre otros á M. Ferriere en su «Selección en las lenguas.»—París, 1872.

tradicha por la ley de unidad que pretenden enaltecer los nuevos doctores. ¿No afirman los mismos que tal especie aventuran, que la unidad de formas es innegable en todas las lenguas? ¿Y esa unidad *morfológica* no es trasunto claro y fidedigno de la unidad del fondo, y, sobre todo, de la unidad del espíritu que engendra forma y fondo? Y si no es ésta la causa, ¿de qué procede esa unidad *morfológica*, reconocida y confesada por el mismo Augusto Schleicher? ¿No se reconoce la derivación de las lenguas, en el estudio filológico, de tres tipos á lo sumo, el semita, el indo-europeo y el mongólico? ¿En qué se apoya la hipótesis de innumerables lenguas primitivas, cuando el estudio comparado ha llegado ya á reducir á tres tipos generadores las innumerables que se han hablado y se hablan?

—Las lenguas se diferencian, porque hay diferencias (que no puede descubrir la observación por ser muy tenues y delicadas) en los cerebros de las razas y familias que proceden de un mismo tronco,—dice Schleicher..... Hipótesis gratuita y temeraria como las demás, que no tiene en su abono dato anatómico ni fisiológico que la legitime. ¿Dónde está, ni quién ha visto la diferencia cerebral entre provenzales, franceses, españoles, portugueses é italianos, que han roto de mil maneras y formas el tipo latino?

¿No es un hecho confesado por el mismo Schleicher que diversas razas hablan una misma lengua, y que una misma raza habla distintas lenguas hace siglos, citando ejemplos de uno y otro caso? Siendo el hecho cierto y averiguado, no es verdad que la diferencia ó identidad de las lenguas corresponda á la diversidad ó identidad de la organización cerebral.

Por último,—que hay una *selección artificial*, docta, que contraría las leyes naturales ó que las dirige, y que es la causa de las singularidados que ofrecen las lenguas. ¡Ah, no! No alcanza á tanto el arte, ni menos el artificio de los hombres. Cabalmente los anales literarios demuestran que pasa como nube de estío por la faz de la historia lo que no brota con ardiente espontaneidad del seno del espíritu humano. En vano magnates y barones, reyes y príncipes, maestros y doctores del Gay-saber pretendieron crear una lengua que fuera la de los trovadores y poetas y sirviera de instrumento universal al arte, y escribieron gramáticas y dictaron códigos henchidos de reglas; la utopia se desvaneció en el corto espacio que separa el reinado de San Fernando de los días de Sancho el Bravo. En vano los gramáticos alejandrinos, y los latinistas del siglo de León X, y los comensales del *hotel de Rambouillet* quisieron vestir y aderezar de ésta ó aquella manera las lenguas griegas, francesa ó italiana; el empeño quedó como ejemplo de que no es dado cortar la espontaneidad del espíritu, sean cortes, consistorios ó academias los que lo intenten.

Resbalan sobre las lenguas las creaciones del gusto histórico. Pasan y se pierden las novedades que aconsejan marinistas ó gongorinos. Apenas queda algún vocablo ó acepción en la generación siguiente de la fraseología propia de la anterior, y sirven sólo para citas de casos insólitos y temerarios, las tentativas de los que aspiran á cambiar la ley gramatical de un idioma.

Bajo este recamado y estas bordaduras, fruto de la labor de los siglos y de los vendavales históricos, permanece fijo, inalterable, fecundo el genio de la lengua, rechazando ó apropiándose, por ministerio del

uso, lo que cuadra y conviene con su natural y con su linaje.

En vano se argumenta al uso con principios lógicos, con razones de analogía, con casos ya consentidos y pasados en autoridad de cosa juzgada. El uso se propaga, extiende y triunfa, sin que haya atajo ó valladar que lo detenga. ¿Por qué? Porque el uso de doctos é indoctos es la intuición poderosísima del espíritu general que conoce la ley del idioma como se conoce á sí mismo, y que la expresa con la misma naturalidad con que piensa, siente ó quiere. ¡Con qué pasmosa y sorprendente verdad fija el uso los conceptos y las acepciones! ¡Qué fidelidad tan peregrina guarda á la índole y prístina esencia del lenguaje patrio! Analizados los idiotismos, las idiosincrasias de lenguaje, las frases hechas, adagios y refranes, el filólogo admira este ingénito conocimiento y esta ciencia virtual y no sabida, que dirige la vida de las lenguas, manteniendo sus notas peculiares y características.

Por eso esta docta Corporación, alejándose de idealismos *língüísticos* y filológicos, busca en el uso norte y guía, y se limita á recogerlo y fijarlo, sabiendo por experiencia que no basta esa *selección* erudita de que se nos habla para crear lenguas que sean potente y verdadera expresión de una vigorosa nacionalidad.

De otra suerte, existiría lo que nuestros padres llamaban gramática universal, en la manera y forma que la entendían, como mera y sistemática deducción de la lógica subjetiva (1). Siguiendo ese criterio, tornaríamos á engolfarnos en la alquimia filológica buscando la lengua

(1) Monde primitif analysé et comparé avec le monde moderne, consideré dans l'histoire naturelle de la parole, ou. *Grammaire universelle et comparative*, par M. Court de Gebelin.—París, 1774.

universal; y punto por punto, impresión tras impresión, transformaríamos el habla castellana en no sé qué algarabía que reflejara el confuso enmarañamiento de nuestras conturbaciones intelectuales.

El nuevo Académico lo ha dicho con frase precisa y exacta: «La Gramática es la nación.» Tan íntimo y estrecho como es el vínculo que une al escritor con su estilo, es estrecho y vivo el lazo de la gramática con la nación. Es la gramática la expresión íntima, espontánea y viva de las condiciones espirituales de una nación. Conoced la gramática griega, ó la latina, ó la inglesa, y no os sorprenderán ni los vuelos ni las decadencias de sus artes, de sus ciencias ni de su política. Lo que son y la manera en que lo son, está allí. Sus conocimientos, sus métodos y procedimientos, su carácter científico, sus pasiones, su modo de ser en las relaciones humanas y en las morales, se refleja en su lexicografía, en su sintaxis y en su prosodia, y hasta su carácter público y su historia se traslucen en su ortografía.

La persistencia de la gramática crea las leyes de derivación y formación, las formas verbales, las terminaciones y la acentuación que rigen en la admisión del neologismo y que guían en el crecimiento de las acepciones. Sin esas leyes gramaticales, serían las lenguas mosáico mal unido y trabado, incapaz de todas esas cualidades que hermosean á las lenguas antiguas y modernas, y no habría influencias, sino irrupciones y conquistas.

Las invasiones y las conquistas no son, por lo tanto, posibles en el mundo de las lenguas. La voz extranjera viste los colores y blasones del nuevo señor en cuyos dominios sirve, y el giro de la frase gálica ó germana resal-

ta, en la construcción española, como nota disonante que rompe la belleza del conjunto.

Los que no lo creen así, lastimosamente se equivocan. Los que por soñar en pan-germanismos ó pan-slavismos niegan el principio nacional y reniegan de estas leyes gramaticales, creyendo que en el *combate de la vida* hay razas, naciones, lenguas y gramáticas predestinadas y cuya desaparición no se hará esperar, lastimosamente se engañan y niegan la luz que alumbra, el calor que sentimos, la palpitación que nos agita. No es del momento demostrar la real verdad del principio de las nacionalidades. «Tan real y viva como mi santa madre que está en los cielos, decía hace muchos años, es esta otra madre mía que se llama nacionalidad española (1).» Tan real y

(1) Yo no discuto lo que sea y lo que valga en la historia universal la idea y el sentimiento de nacionalidad; yo no discuto hoy si esta idea constituye una entidad histórica viva, ni si es ó no una de esas grandes energías colectivas que nacen en la dinámica universal de la historia para crear la variedad de los organismos políticos y sociales; yo no discuto ni pretendo hoy averiguar si existe la nacionalidad real, ontológicamente, y no como abstracción diplomática ni como creación política de política internacional; ni tampoco pretendo escudriñar, descendiendo á las profundidades de la historia, si la nacionalidad es una condición esencial de la vida humana, como la familia y el municipio. No lo discuto: pero faltaría á un deber de conciencia si no dijera que así lo creo; mentiria á sentimientos muy caros si no manifestara que creo, como en la existencia de mi pobre madre que está en los cielos y en la necesidad de su amor y su cariño, de que tan hambrienta se siente aún mi alma, en la existencia de esta otra madre que se llama España, y cuya solicitud y cuyos cuidados engendran en mi corazón un tierno, piadoso y exaltado sentimiento filial. ¿Para qué negarlo? De todas las inspiraciones, la que mágicamente vibra en mi alma es la inspiración nacional; de todas las esperanzas, la última que perderé es la esperanza en el porvenir de mi patria; de todos los amores de la vida, el que morirá conmigo, cuando mueran el de mis hijos y el de mis hermanos, es este amor nacional que me inspira enternecimientos tan profundos como exaltaciones indecibles, cuando, al pensar en lo pasa-

vivo como el espíritu de mi patria es su *verbo*, la hermosa lengua de Cervantes y Calderón. La conciencia racional me procura la verdad de una y otra existencia.

Mueren las lenguas como morimos nosotros: dejando hijos y herederos. ¡Qué gloriosa muerte la del sánscrito, engendrando las lenguas indostánicas que viven hace dos mil años! ¡Qué muerte la del latín, que deja por hijos y herederos al latín eclesiástico, al latín de la Edad Media y á la hermosa familia de las lenguas neo-latinas que ilustran Dante y Petrarca, Garcilaso y Camoëns, Calderon y Corneille! ¿Es esto morir? ¿Es esto desaparecer? ¿Es que ha desaparecido por inútil y estéril, en el sangriento circo de la vida histórica, ni el sánscrito, ni el griego, ni el latín? ¡Ah, señores! Sólo jugando el vocablo puede aplicarse á la filología la desconsoladora ley que Darwín aplica á las especies de la naturaleza. ¿No es nuestra lengua latín más castellano? Ni la analogía meramente verbal es posible entre el mundo de la naturaleza y el mun-

do y al estimar lo presente, se ofrecen á mi fantasía cuadros de magnífica grandeza y heróico ardimiento, ó escenas de profunda abyección y miserable apatía. No me defiendo si ésta es una preocupación pueril á los ojos de ese cosmopolitismo matemático y geométrico con que sueñan muchos y que repiten no pocos es la última palabra de la ciencia política; me declaro impotente para desasirme de vínculos y lazos tan dulces y para creerme desobligado de un deber que lleva el enternecedor calificativo de filial, y cuyo cumplimiento me reclama

Triste y llorosa la nación que un día
Poblara inmensa gente,
La nación cuyo imperio se extendía
Del Ocaso al Oriente.

La poesía épica en la antigüedad y en la Edad Media.—Discursos pronunciados en el Ateneo de Madrid: conferencia cuarta, pág. 98.—Madrid, 1869.

do del espíritu, en que tienen raíz y asiento la filología y la lingüística.

—¿Es que en las comarcas de África y América y en las estepas del Asia han desaparecido, sin dejar huellas, innumerables lenguas que no llegaron al período escrito, que pululaban en las muchedumbres y tribus nómadas de uno ú otro continente?.... No lo sé, é ignoro quién lo sepa; pero aun cuando así fuera, ¿eran lenguas definidas por la expresión de sus leyes gramaticales por el uso, ó se llaman lenguas para decorar la argumentación á las variedades dialectales, muy propias del período oral, y que retornan al tipo genérico por la atracción y señorío de la lengua madre? Me atengo á esto último, mientras no se demuestre lo contrario, y no es hacedera la demostración.

No legitima la historia esas teorías imaginadas por los soberbios de un día, que, desdeñando pueblos y razas, profetizan dominaciones inacabables al que consiguió la victoria en un acaso. Grande, glorioso fué el espíritu germánico; rica, abundosa y flexible su lengua; inmenso el número de los que la hablan; potentísima es hoy su influencia política; pero no debemos los herederos de Grecia y Roma plegar nuestra bandera ni correr á nuevo bautismo, renegando del gloriosísimo que recibimos en el seno de la raza latina. Justo y debido que recojamos en la cultura germánica lo verdadero y bello, peregrino en la greco-latina; pero el filólogo, como el artista, no debe olvidar que en el vasto teclado que forma la universalidad de las lenguas, corresponde á cada una un tono, un modo musical que necesita de los demás modos y tonos para producir la armonía en la historia universal. La variedad vivifica la unidad.

*

Si en la lucha ó combate por la existencia que se pretende aplicar á la historia moral de los pueblos, el organismo superior ahoga y devora al menos perfecto, no hay paridad en la historia de las artes y de las lenguas, porque no existe en el orden moral esa superioridad total y definitiva que se advierte en la fisiología comparada. Excelente es en ciertos aspectos prosódicos y sintáxicos la lengua griega, en parangón con las demás; pero la saca ventaja la latina en otros procedimientos sintáxicos. Acabada y admirable es la lengua francesa en la claridad y precisión de su sintaxis; pero cede á la española ó á la alemana en variedad y múltiples formas de régimen y construcción, y aventaja la italiana á la alemana en vocalismo y flexibilidad prosódica, sirviendo de esta manera en distinto grado una á la ciencia, á la narración otra, á las expansiones líricas, ó al trato ó relación política las demás.

No encuentra la filología comparada esos organismos perfectos y totales que permiten considerar como embriones, bosquejos y tentativas otras lenguas anteriores ó coetáneas, y que legitiman la hipótesis de su inutilidad y el anuncio de su próxima desaparición; como no hay raza singular y elegida que represente la variedad inextinguible del espíritu del hombre, ni entidad nacional que sea un macro-cosmo de la esencia y de la vida humana.

Y así en las lenguas, porque es así en el espíritu. ¿Dónde el organismo más perfecto de las facultades y propiedades humanas? ¿Lo es el genio griego? ¿No tiene calidades superiores en varios aspectos el latino ó el germano? ¿Dónde la perfección en el organismo del espíritu individual? ¿El soñador que fantasea con inenarrable espontaneidad, vale más ó menos que el matemático que aten-

ta y cuidadosamente descubre y encuentra las incógnitas del cálculo? ¿Es inferior la virtud entera ó resignada á la audacia intelectual? ¿Dónde el lleno de las perfecciones humanas? Ni aquí ni allá, sino en la plenitud de la esencia del género humano, abrazando en su concepto tanto lo que se ha cumplido en los actos de la vida, como lo que aún se esconde en los misterios de lo potencial.

La influencia en el orden moral no se asemeja ni en poco ni en mucho á las leyes de la superioridad del organismo, de que hablan los naturalistas, porque no proceden de la perfección del organismo, sino de sus funciones ú operaciones siguiendo la analogía fisiológica. Es la misma la lengua de Kant y la de Strauss; es la misma la lengua de Strauss en su *Dogmática* y en su Antigua y nueva fe; pero la diferencia del contenido de uno y otro libro explica la influencia del primero, y el olvido que ha seguido al segundo. Así de las naciones: influyen ó no influyen conservando su organismo en uno ú otro caso, porque el espíritu que anima y vivifica al organismo lingüístico, no el organismo, es la verdadera y eficaz causa de la influencia. Influyó grandemente Alemania, desde 1780 á 1850, en los días de Kant, Herder, Fichte, Schiller, Goëthe, Novalis, Humbold, Schelling, Baader, Hegel y Schleimacher, y no influye ahora porque se ocupa en negar lo afirmado en aquel glorioso y memorable siglo de oro de sus ciencias y de sus artes.

He demostrado mi tesis, al amparo de la verdadera crítica.

La influencia filológica que se ajuste á estas reglas será legítima. Si las quebranta, menospreciando los derechos de la gramática de cada una de las lenguas, no será

verdadera influencia, sino rapto pasajero, arrebato atentatorio á la verdad y á la belleza, su íntima é inseparable compañera. Y aun una influencia filológica intensa (como ya dije) es resultado y efecto de una influencia religiosa, moral ó artística, que, si no se relaciona con esas influencias, será la filológica vana afectación y gárrula pedantería. Si cuanto he dicho es cierto, debo añadir á manera de conclusión que, corriendo la segunda mitad de este siglo, no encuentro razón ni motivo para esa influencia moral y artística del germanismo, fecunda en otros lustros, pero que tampoco existió en edades pasadas. El germanismo contemporáneo no es fuente de vida, y para la raza latina es una influencia letal.

Prevengámonos contra ese negro, negrísimo pesimismo que turba hoy los ojos del espíritu y hasta los de la carne, pintándonos decadencias, postraciones y miserias misérrimas en nuestra raza, en nuestra patria, en nosotros mismos, y que inspira á no pocos disgusto y tédio de la vida nacional y aun de la individual. A esa preocupación que reemplaza al riente optimismo nacional de nuestros antepasados, obedece el prurito de salir del arte, de la ciencia, de la tradición y de la lengua nacional, para buscar mejor luz y más anchos horizontes. Ese sentimiento es falso. No es más vasto el horizonte extraño que el propio; no es más pura aquella luz que la que nos ilumina, ni es todo allí juventud y lozanía, ni aquí todo marasmo y decrepitud. En el cotejo resultaríamos alternativamente deudores y acreedores.

Lo que importa, á ejemplo del nuevo Académico, es contemplar con piedad filial los caracteres extraordinarios y exaltados de esta nacionalidad que no vive si el ideal no la apasiona; lo que interesa es respetar como

verbo maternal esta hermosa lengua española, de larga existencia, cuya vida, variada cual ninguna y al servicio de las mayores exaltaciones que ha experimentado el espíritu humano en su historia, le procura tesoros infinitos, recursos inagotables, allegados así en la dominación ejercida en el mundo del arte y de la política, como en dolorosas y larguísimas tribulaciones que la permiten servir de instrumento propio y adecuado á las más arduas y díficiles empresas, sin necesitar auxilio ni remedio de otras lenguas, que no son más ilustres porque las hablen hoy ensoberbecidos conquistadores.

Lo que importa tanto como este sereno estudio de las cosas patrias, es no ceder á las excitaciones pasajeras de una vida agitadísima corriendo tras la novedad por creer que lo nuevo es siempre adelanto y progreso, ni esperar Mesías y redentores llegados de extranjeras playas, sino buscar con amor, en el fondo de la conciencia, la fuerza redentora. Lo que importa es conservar claros y limpios los criterios que nos procura la razón, desechando lo que no se ajuste á la verdad conocida y sabida, recordando siempre, como lo hace mi nuevo compañero, que la ciencia no sirve á emperadores ni á instituciones, razas ni partidos, programas ni propósitos, sino á la verdad, y que sólo sirviendo á la verdad consigue mostrar el santo vínculo que une á lo temporal con lo eterno.

He dicho.

13 de Marzo de 1876.

ÍNDICE.

Páginas.

OBRAS PUBLICADAS POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

que se hallan de venta en su despacho en Madrid, calle de Valverde, núm. 26, y en la librería de la Viuda de Hernando y Compañía, Arenal, 11.

	PRECIO de cada ejemplar. En rústica. — Pesetas.	En pasta. — Pesetas.
Diccionario de la lengua castellana, duodécima edición...	25	28,50
Gramática de la lengua castellana......................	4	
Compendio de la misma Gramática, destinado á la segunda enseñanza..	1	»
Epítome de la misma Gramática, para la enseñanza elemental..	0,50	»
Prontuario de Ortografía................................	0,75	»
Discursos de recepción en la Academia Española; tres tomos en 8.° mayor. Cada uno..............................	5	»
Obras poéticas del Duque de Frías; un tomo en 4.° mayor, edición de todo lujo....................................	10	»
Obras poéticas de D. Juan Nicasio Gallego; un tomo en 8.° prolongado..	5	»
El Fuero Juzgo en latín y en castellano; un tomo en folio..	»	8
El Siglo de Oro, de D. Bernardo de Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*; un tomo..........................	»	4
El Fuero de Avilés, con el texto en facsímile, sus concordancias y su vocabulario, por D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe; un tomo en 8.°..............................	5	»
La Sepultura de Cervantes, por el Sr. Marqués de Molíns; un tomo en 8.°..	»	3
Bretón de los Herreros. Recuerdos de su vida y de sus obras, por el Sr. Marqués de Molíns; un tomo en 8.°..........	6	»
Ensayo histórico, etimológico y filológico sobre los apellidos castellanos, por D. Angel de los Ríos y Ríos; obra agraciada con el *accésit* por la Real Academia Española; un tomo en 8.°..	2,50	»
BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ESPAÑOLES.		
La Araucana, de D. Alonso de Ercilla, con un prólogo é ilustraciones de D. Antonio Ferrer del Río; dos tomos en 8.°..	7,50	»
Farsas y Églogas, de Lucas Fernández, con un prólogo é ilustraciones de D. Manuel Cañete; un tomo en 8.°......	3	»
Comedias escogidas de D. Juan Ruiz de Alarcón, con un prólogo y juicio crítico por D. Isaac Núñez Arenas; tres tomos en 8.°..	9	»
Comedias escogidas de Calderón, con un prólogo y juicio crítico, por D. Patricio de la Escosura; dos tomos en 8.°...	6	»
MEMORIAS DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA; cinco tomos en 4.°, á 8 pesetas..	40	»



